Antonio Di Benedetto

Cuentos completos

Edición al cuidado de Jimena Néspolo y Julio Premat
Introducción de Julio Premat



Adriana Hidalgo editora

Di Benedetto, Antonio
Cuentos completos. - 1a. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2006.
704 p. ; 22x14 cm. – (La lengua. Cuento)
ISBN 987-1156-53-7
1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863.

la lengua / cuento

Editor:
Fabián Lebenglik

Diseño de cubierta e interiores:
Eduardo Stupía y Gabriela Di Giuseppe

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN 10: 987-1156-53-7
ISBN 13: 978-987-1156-53-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Lo breve, lo extraño, lo ajeno

Antonio Di Benedetto falleció en 1986, en el momento en que estaba preparando para la editorial Alianza de Madrid la publicación de dos libros que recopilarían el conjunto de sus cuentos: *Relatos completos* y *Cien cuentos*, incluyendo los relatos más extensos el primero y la narrativa breve el segundo. Los libros no llegaron a publicarse, agregando una peripecia más en una larga lista de desencuentros de Di Benedetto con la recepción que sus ficciones merecían. En los años ochenta, después de un exilio doloroso, parecía haber llegado la hora de retomar textos editados a lo largo de treinta años (de *Mundo animal*, 1953, a *Cuentos del exilio*, 1983), organizando así todo lo escrito en paralelo a las novelas. Ahora bien, esta reedición no iba a suponer el reconocimiento de una trayectoria hecha de libros publicados, coherentes y definitivos, ya que dos decisiones del autor perturbaban la visibilidad de las etapas de escritura anteriores: por un lado, Di Benedetto eligió la división de los relatos por su extensión (entre los *Relatos completos* y los *Cien cuentos*) y por el otro preparó en el volumen de cuentos breves una presentación de los textos en secciones temáticas heterogéneas y poco comprensibles, en vez de guardar el orden cronológico de las compilaciones ya publicadas.[1] La lógica de los libros, la unidad en su momento pensada para cada uno de ellos, hubiesen entonces desaparecido; ideas fuertes en la dinámica de una obra, como lo son la periodización, los efectos de agrupar en un volumen único un conjunto de textos, las relaciones entre los diferentes segmentos

[1] El orden previsto por el autor para la organización del volumen era temático y agrupaba bajo subtítulos entre uno y veinte cuentos en cada sección. En las páginas 37 y 40 se reproducen los prólogos que Di Benedetto escribió para los *Cien cuentos* y los *Relatos completos*.

de una obra, el valor emblemático de los títulos, la historia editorial, se dejaban de lado. En la recopilación de lo escrito no habría un relato implícito de la composición del *corpus*.

Sin embargo, estas reediciones hubieran podido volver perceptible la amplia extrañeza de una literatura sin parangón en Argentina, pero también permitir medir el peso de lo breve, de lo fragmentado, de lo despojado, como núcleos y moldes de escritura, tanto de los cuentos como de las novelas. Habrá que esperar el fin de los años noventa para que la reedición sistemática de los libros de Di Benedetto por Adriana Hidalgo vaya construyendo o reconstruyendo una obra y una trayectoria estética, con sus articulaciones, digresiones y tensiones internas. La presente edición de los *Cuentos completos* reequilibra a su manera la bibliografía dibenedettiana, dominada por un texto célebre, la novela *Zama*. Bibliografía que se compone, tomando los títulos definitivos y las fechas de publicación, de cuatro novelas (*Zama*, 1956; *El silenciero*, 1964; *Los suicidas*, 1969; *Sombras, nada más...*, 1985), y de seis compilaciones de cuentos (*Mundo animal*, 1953; *Cuentos claros*, 1958; *Declinación y Ángel*, 1958; *El cariño de los tontos*, 1961; *Absurdos*, 1978; *Cuentos del exilio*, 1983) más algunos relatos inéditos o nunca editados en libro. En el centro, un texto híbrido, esa "novela en forma de cuentos" (según la presentación del propio autor), *El pentágono* (1955), que Di Benedetto pensaba incluir, desarticulando los diferentes relatos que la componían, en secciones de sus *Cien cuentos*.

El gesto de reedición proyectada de los cuentos de *El pentágono*, disociados de su organización y justificación primeras y dispersos entre otros textos escritos en períodos distintos, es característico del modo de construcción (o deconstrucción) sistemática de lo escrito por su propio autor. O, si se quiere, de una dinámica de inestabilidad y de puesta en duda de lo definitivo que supone el paso a la edición (del borrador al libro) y del conjunto de libros a una "obra" (progresión, segmentos identificables, cierre). Porque la reedición desperdigada de su primera novela es sólo una anécdota en una larga lista de reescrituras, a veces muy posteriores, de lo ya publicado; Di Benedetto, en este ejemplo, redacta primero una novela que intenta "contar de otra manera" (aparentemente a fines de los

años cuarenta), luego la edita con varias modificaciones en 1955, para reeditarla en 1974 con otro título (*Annabella*) y con algunos cambios significativos, antes de, en los ochenta, prever su desaparición entre las capas de textos posteriores (en los *Cien cuentos*). No se trata de un proceso de corrección hacia una especie de ideal exigente o de escritura progresiva en busca de un resultado acabado, sino la muestra de una relación conflictiva con la creación, que llevaría más a una negación que a una afirmación, a un silencio más que a una expresión inteligible, a un desplazamiento más que a una posición estética firme. Una novela en forma de fragmentos que a su vez se fragmenta hasta dispersarse. Y no se trata, tampoco, de un ejemplo aislado o excepcional, al contrario: los cambios de títulos o las importantes correcciones de algunos textos, a menudo varias décadas después de la escritura, son prácticas constantes en Di Benedetto, prácticas vertiginosas porque transforman lo ya publicado en borradores, en aproximaciones, en variantes de un relato nunca narrado del todo. Lo más sintomático de este mecanismo es el cambio de título (de *El pentágono* a *Annabella*): así llegamos a la aparente aberración de ser la tradición editorial y crítica la que fijó los títulos de algunos libros, como puede constatarse con estos dos casos opuestos: *El silenciero* se reeditó una vez en España con el título, efímero, de *El hacedor de silencio* (1982), sin que el segundo título prosperase, mientras que *Cuentos claros*, en su primera versión, se intitulaba *Grot*, título éste rápidamente olvidado. Más que el escritor fueron los lectores y editores los que, en un punto, decidieron qué títulos podían considerarse definitivos.

En vez de facilitar una legibilidad de su producción literaria, las intervenciones del autor tendían entonces a aumentar la opacidad del conjunto, o a borrar la idea en sí de un conjunto, lo que quizás deba agregarse a la larga lista de razones que explicarían el lento reconocimiento de Di Benedetto en tanto que gran figura literaria en Argentina. Al respecto se ha aludido, por supuesto, a su posición marginal: a la vez mendocino y a contrapelo de las corrientes regionalistas en los años cincuenta y sesenta primero, expulsado a un exilio difícil luego, sin haber logrado encontrar un espacio en el Buenos Aires de la posdictadura cuando regresó. Para explicar su

relegación también se ha puesto de relieve el carácter experimental de su narrativa (como si la experimentación, valorable en sí, estuviese reñida con la calidad literaria), cuando no el tono existencialista de sus preocupaciones éticas (ocultando las innovaciones y la fuerte personalidad literaria de su prosa). Sin embargo, reconocer a *Zama* como una de las grandes novelas argentinas es, desde hace décadas, un lugar común de la evaluación crítica: ya en 1987, una célebre encuesta a escritores clasificaba a *Zama* en un noveno lugar en la lista de las novelas argentinas más importantes, después de *Rayuela, Los siete locos, Adán Buenosayres, La invención de Morel, Don Segundo Sombra, Facundo, El juguete rabioso* y *Sobre héroes y tumbas*.[2] También son conocidas las reivindicaciones del lugar de Di Benedetto en la literatura en castellano –la de Juan José Saer es, seguramente, la más firme y la más explícita. A pesar de ese reconocimiento, la obra resiste, en parte por su atipicidad, por la sutileza con la que se desliza fuera de todo encasillamiento fácil, por la dinámica que traba la percepción de un todo coherente a partir de los fragmentos que la constituyen, e inclusive por la imposibilidad de aplicarle al escritor algunos tópicos sobre autores relegados, como el de "marginalizado genial" o el "precursor ignorado". La suya es una negatividad que supone una singularidad: Di Benedetto es un "fenómeno" literario, es un escritor anticlásico, que practicó una literatura inacabada, silenciosa, inestable, en cambio constante (como lo era su firma, que él variaba sistemáticamente). Un escritor que no cabe en el molde uniforme de la canonización, un escritor extraño o, mejor, un escritor de la extrañeza, del extrañamiento, términos que, a falta de otros más específicos, parecen calificar acertadamente sus textos.

La presente edición de *Cuentos completos* permite en todo caso esbozar algunas pistas de comentario sobre el ritmo, las características y las fechas de la producción literaria de Di Benedetto. Por lo pronto, sus dos primeros libros (*Mundo animal* y *El pentágono* son

[2] *Humor*, nº 203, agosto de 1987.

su "entrada en escritura") eligen la experimentación narrativa y la aterritorialidad referencial, rompiendo con el horizonte regionalista que hubiese podido esperarse de un escritor mendocino en esos años.[3] Los desarrollos futuros no van a contradecir esta inscripción inaugural del proyecto literario en una dinámica que asocia la crisis del sujeto con la crisis del relato. Del lado del apólogo o de la fábula, con trazas kafkianas, marcas freudianas y variantes alrededor de la literatura fantástica, los breves textos de *Mundo animal* multiplican metamorfosis, mutilaciones, intrusiones violentas, en donde lo humano está a cada paso sometido o igualado a lo animal; mientras que en *El pentágono*, una serie de variaciones alrededor de un tema clásico, el adulterio, lleva al estallido del relato único, a la formalización de las relaciones amorosas en triángulos y pentágonos y a una dinámica de repetición de lo mismo, todo lo que ocupa, significativamente, el lugar de la primera novela. Ambos textos plantean entonces una representación fraccionada del individuo y de su relación sufriente con lo no racional. Lo indecible de lo pulsional, las angustias identitarias, los límites de lo cultural, los conflictos éticos, no originan un gran relato organizador sino al contrario una proliferación, una división, una repetición negativa, una serie de transgresiones genéricas. El origen de la escritura en Di Benedetto estaría por lo tanto del lado de la fragmentación, tanto del cuerpo y del sujeto (invadido, multiplicado en reflejos deformantes, mutilado) como del relato (una novela desmontada en segmentos similares y diferentes), así como estaría en un proceso de deshumanización (el mundo humano convertido en mundo animal, las relaciones amorosas reducidas a formas geométricas).

Sólo después de estos dos libros se da la escritura de un gran relato (en el sentido de la extensión y coherencia), la novela histórica *Zama*, primer eslabón de lo que sería una trilogía completada en

[3] Jimena Néspolo analiza detalladamente esa "entrada en escritura" del autor en su libro *Ejercicios de pudor. Sujeto y escritura en la narrativa de Antonio Di Benedetto* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004, pp. 23-84), subrayando la falta de color local como marca fundacional de su escritura. Se trata, en regla general, del estudio más serio e informado que existe sobre la obra de Di Benedetto; muchas afirmaciones de la presente introducción podrán ampliarse o completarse consultando ese trabajo.

los sesenta con *El silenciero* y *Los suicidas*. Paralelamente, los postulados de una poética del fragmento, de la deshumanización y de la transgresión formal, se prolongan en dos orientaciones opuestas: por un lado, con un volumen mucho más extremado en sus principios narrativos de reificación de lo humano (*Declinación y Ángel*), y por el otro, con dos libros (*Cuentos claros* y *El cariño de los tontos*) que integran personajes y situaciones más "claros" (como lo afirma el título de uno de ellos), es decir más legibles por su diálogo directo con tradiciones realistas, temáticas regionalistas y tramas argumentales límpidas. Pero la incorporación del desierto y la montaña, así como de personajes, lenguajes y situaciones no urbanas, se lleva a cabo, como se verá más adelante, respetando los postulados iniciales de extrañamiento discursivo, inestabilidad del sujeto, forma entrecortada, irrisión generalizada (y hasta de grotesco, que era el sentido del primer título de *Cuentos claros*, *Grot*). Es decir que el paso a una gran novela situada en la historia colonial (*Zama*) y la introducción del paisaje mendocino y de temáticas regionalistas en la obra (*Cuentos claros*, *El cariño de los tontos*), prolongan la deshumanización y la fragmentación de los dos primeros libros. Sólo se puede nombrar lo propio, sólo se puede narrar la historia, después de haber delimitado una posición de perplejidad estética y existencial radical. Y nótese que al final de la producción y luego de una pausa significativa (en diecisiete años Di Benedetto sólo publica dos novelas), la última parte de la obra parece dominada de nuevo por la generalización de los cuentos (en *Absurdos* y en *Cuentos del exilio*), que son una variación sobre la pérdida, el desajuste existencial y el desarraigo. Todo esto lo encontramos también en *Sombras, nada más...*, una novela que se presenta como una serie dispersa de relatos de sueños, con "episodios de aparición repentina sin solución ni epílogo propio"[4] y sin un eje narrativo específico.

Vemos entonces que en una clara tradición latinoamericana el cuento no es, para Di Benedetto, un espacio menor de entrada progresiva en los grandes relatos, ni es tampoco, como en Cortázar, una

[4] Antonio Di Benedetto, "Cronología y método", *Sombras, nada más...*, Madrid: Alianza, 1985, p. 9.

forma narrativa autónoma de las novelas. Con las particularidades que le da Di Benedetto, el cuento es el laboratorio de una escritura, el cimiento del proyecto, la estructura que prefigura toda posibilidad de relato; en él se expanden algunas de las mejores páginas del autor (las de "Caballo en el salitral", "Aballay", "Obstinado visor", "As" y otras más). Si el cuento o, mejor, la forma breve, es el punto de partida y de llegada de la trayectoria de creación, es, también, el espacio privilegiado de la innovación, del experimento, de la variación genérica (relatos realistas, psicológicos, de ciencia ficción, policiales, históricos), hasta a veces desestabilizar la arquitectura de las novelas (como sucede con *El pentágono* y *Sombras, nada más...*). Expansión del fragmento, crispación existencial de la forma, usos peculiares de lo regional y de lo fantástico, inserción lateral en la literatura argentina, serían entonces las grandes características de la trayectoria del autor y, en todo caso, las características mayores de los cuentos que, en esta introducción, merecen algún desarrollo complementario, buscando así circunscribir, si no definir, la extrañeza de la prosa de Di Benedetto.

Aunque podría considerarse que las tres novelas de dicha "trilogía" (*Zama*, *El silenciero*, *Los suicidas*) representan el centro de la producción, la forma breve sería el molde de la frase y la prosodia dibenedettianas (o sea, de su estilo). Una lectura atenta muestra cómo el fragmento funciona en tanto que unidad mínima de construcción de sus relatos, aun de los más extensos. La estructura en sí de los textos (capítulos escuetos divididos en secuencias, tendencia a la miniescena, con planteamiento y resolución propios) y del discurso (párrafos y frases cortas) llevan la marca de los períodos breves y más generalmente, de la ruptura como modo narrativo. Esta afirmación es ante todo comprobable en lo que sería entonces lo más específico del estilo dibenedettiano, es decir ese ritmo o escansión producidos por el uso agudo de la interrupción de lo dicho, perceptibles desde el nivel más elemental de la frase y el párrafo hasta la serie de acontecimientos y el encadenamiento causa-efecto que permiten el avance de la narración. Citemos un ejemplo singular por ser un episodio de tensión situado en el desenlace de un cuento,

"Aballay". Se trata del encuentro final entre un gaucho estilita en la pampa del siglo XIX, Aballay, que ha pasado largos años expiando la muerte de un hombre, con el hijo de este último:

> Siempre piensa en el gurí que le hincó la mirada.
> Pasan años. Un día se encuentra con esa mirada.
> Sabe que el niño, hecho hombre, viene a cobrarse.
> Lo ha seguido, el mozo. Lo topa en un cañaveral.
> Podría parecer un santón de poca edad, en digno caballo. Trae templados los ojos, pero decididos. Igual que Aballay, está en harapos.
> Le comunica:
> –Lo he buscado.
> –¿Mucho tiempo...?
> –Toda mi vida, desde que crecí.
> No pregunta, afirma:
> –Conoció a mi padre.
> Sería ocioso preguntarle quién es él y quién era su padre.
> Le pide:
> –Señor, eche pie a tierra. (p. 337)

En el fragmento se nota cómo el lenguaje dibenedettiano está marcado por una cadencia sincopada que sería el paroxismo de un estilo, tanto discursivo como de estructuración del relato: frase-pausa-frase-pausa. Esta manera de llevar adelante la acción tiene que ver con una focalización: la narración integra constantemente una subjetividad ante lo que sucede, gracias a ese vaivén entre la acción y el sujeto (acciones explícitas o implícitas en este ejemplo: pensar, saber, parecer, ver, recordar, etc.), de un sujeto situado, como lo afirma Sergio Chejfec, en el entrecruzamiento de "percepción, acontecer y recuerdo".[5] Porque ese vaivén pasa por el uso sistemático de períodos cortos y del punto y aparte, que introducen un *tempo* semánticamente sugestivo (el de la observación, el de la reflexión, el del interrogante) pero también negativo (el de lo callado, lo in-

[5] "La lenta moral del relato" en Guillermo Saavedra, *La curiosidad impertinente. Entrevistas con narradores argentinos*, Rosario: Beatriz Viterbo, 1993, p. 152.

decible, lo no narrado). En las pausas, en la exposición del silencio, en la combinación de percepciones, deducciones y narraciones, se amplifica y prepara el desenlace trágico: la violencia, la venganza, la muerte que ronda entre los dos personajes. Así se subraya también la textura verbal, las resonancias, los ecos y otros efectos fónico-semánticos que esta misma escasez induce –al igual que en la poesía–: la palabra dibenedettiana es "pesada" por su dramática parquedad. Véase, en el ejemplo citado, la recurrencia en fin de frase de dos sustantivos, "mirada" y "padre", que funciona como una puesta de relieve rimada: la repetición, la fatalidad, la acusación, el dolor de la filiación, están allí sugeridos. El minimalismo, lo compacto de los períodos discursivos, son los que se expanden en modalidades de organización globales: el relato dibenedettiano está casi siempre dividido en minisecuencias, a veces de pocas líneas pero relativamente autónomas, separadas por espacios en blanco que a su vez terminan componiendo secciones breves (en general divididas por tres sobrios asteriscos). Una obra, todo un *corpus*, en forma de cuentos.[6]

Así, frente al acontecimiento y a la experiencia se instala una subjetividad extrañada, cuando no espantada, señalando constantemente lo callado: el tartamudeo podría ser la posición del narrador dibenedettiano, que muchas veces es también el protagonista de lo que cuenta. O sea, alguien viene a balbucear su propia historia: cuento callando. El hiato, la elipsis, lo lacónico, lo sugerido, lo sincopado, son en todo caso las marcas estilísticas del desajuste entre el sujeto y un mundo ajeno, el ritmo de una observación interrogativa o, si se quiere, una modalidad de integración –de no integración– en lo real. Escritura negativa, por supuesto, que no puede sino ser asociada al silencio, esa obsesión de uno de los personajes de escritor más fuertes de la obra, el *silenciero*. Porque

[6] En un reportaje del final de su vida, Di Benedetto declaraba que la ley fundamental de su escritura era la economía: "Economía de las palabras, no abundar en ellas y, por el contrario, elegir la que sea más precisa, la que más exprese. Esa es la ley" ("La soledad como protección", entrevista, *en Sin embargo* n° 10, Sevilla, julio-diciembre 1998, p. 5). Sobre el desglose de *Zama* en "microhistorias" en relación con efectos de sentido, ver: Julio Schvartzman, "Las razones de Zama", en *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*, Buenos Aires: Biblos, 1996, pp. 63-72.

la marca mayor sería entonces la de escribir callando, haciendo silencio, exponiendo lo no dicho en pausas duras, que introducen, más que un efecto musical, una impresión de extrañamiento en el sentido formalista del término (la *ostranenie*): una desautomatización de la representación, una desfamiliarización de lo conocido. El extrañamiento también se deduce de la radical antinaturalidad del estilo, de su extrema visibilidad; antinaturalidad y visibilidad que no son las de la profusión o la invención léxica sino que se producen con una gran economía de medios: el decir indirecto con agudas analogías, precisiones que resultan abstractas y que se sitúan a veces en los límites del anacoluto (en "Aballay": "le hincó la mirada", "templados los ojos", "lo ha seguido, el mozo", "lo topa en un cañaveral"), cuando no se elige sistemáticamente el término descontextualizado, fuera de todo uso coloquial o connotado, la rareza, lo insólito, creando así una especie de idiolecto neutro, y por eso mismo fuertemente original y reconocible.

La estructuración de la frase, el párrafo, la secuencia y el relato a partir de la brevedad y la pausa corresponden con un gesto experimental que encontramos en todo el *corpus*, así como encontramos una dimensión digamos existencial. En la edición de 1953 de *Mundo animal* aparece una aclaración liminar del escritor que puede leerse como el prólogo para la obra en su totalidad y en el que figuran esos dos niveles. Por un lado, algunas precisiones del escritor intentan volver inteligibles los extraños textos que siguen, orientándolos hacia una dimensión moralista y por lo tanto inscribiéndolos en la óptica de alegorías o, mejor, de fábulas. Por el otro, se advierte que se introducirá al lector en el "juego de la literatura evolucionada", anunciando una indeterminación programática del sentido y un espacio de libertad interpretativa.[7] La crispación formal y la ambigüedad semántica (cuando no el laconismo, como

[7] Antonio Di Benedetto, *Mundo animal*, Mendoza: D'Accurzio, 1953, p. 8. En el prólogo de la reedición de 1974 de *El pentágono* (con el título *Annabella. Novela en forma de cuentos*, Buenos Aires: Orión, 1974) se refiere al proyecto del libro como una pretensión "de hacer algo distinto" y un intento de "contar de otra manera" (p. 12), o sea que se afirma la misma inscripción en una literatura "evolucionada" o al menos de renovación formal.

vimos) en tanto que cimientos de una literatura marcada por el pensamiento existencialista serán dos características mayores de la obra por escribirse. Un distanciamiento narrativo transforma al sentido en enigma, dejándole al lector construir el resultado de lo narrado. Un interrogante implícito (pero con resonancias éticas) reemplaza así la afirmación plena.

Por lo tanto, las incursiones de Di Benedetto en "experimentos" narrativos no pueden asociarse simplemente a posiciones vanguardistas ni metaliterarias rígidas, sino que habría que poner los postulados de los dos relatos publicados en 1958 en *Declinación y Ángel* ("Declinación y Ángel" y "El abandono y la pasividad") en la perspectiva del resto de la obra.[8] "Declinación y Ángel" corresponde a lo que Di Benedetto llamó una "abdicación a la literatura de la técnica cinematográfica", ya que intenta narrar una historia a partir de imágenes visuales y sonidos, imitando varios procedimientos del lenguaje cinematográfico (montaje, fragmentación en planos, cámara, encuadre, escenas, simultaneidad, etc.).[9] En vez de un narrador o un reflector, el punto de vista aparece transformado en una máquina que registra y enmarca la realidad, sin comprenderla, simplemente reproduciendo los estímulos que ésta le propone. Ahora bien, el intento de imitar imágenes cinematográficas en un texto narrativo explica el uso de una focalización a menudo deformante, mutilante, sesgada (como lo es en general el estilo dibenedettiano), focalización que termina atribuyéndole una extrañeza y una tensión a esa historia de celos y deseos, mucho antes de que se produzca una tragedia en el desenlace (desenlace, de nuevo, con tintes de moraleja). La supuesta ignorancia de la

[8] Nótese, hecho extrañísimo, que la edición *princeps* de estos cuentos era bilingüe castellano/inglés.

[9] "'Declinación y Ángel' es el que tiene más referencia a los contagios del cine. Es un cuento de noventa páginas y está narrado exclusivamente con imágenes visuales (no literarias) y sonidos. Fue concebido para que cada acción pueda ser fotografiada o dibujada, en todo caso termine de explicarse con el diálogo, el ruido de los objetos, o simplemente la música. Es una abdicación a la literatura de la técnica cinematográfica, no escrita como guión sino como narrativa." "Antonio Di Benedetto, 'La culpa de haber nacido'", resumen del programa de la televisión española "A fondo" del 17 de septiembre de 1978, publicado en *Tele Radio*, Madrid, 1978, p. 615.

instancia narradora (se narra sin saber que se narra, simplemente se narra "mostrando"), desemboca en una aguda deshumanización de personajes y sentimientos.

En cuanto a "El abandono y la pasividad", el relato sería el resultado de un desafío, el de contradecir la opinión expresada por Ernesto Sabato sobre la imposibilidad de escribir un relato sin personajes.[10] El texto que leemos es una descripción diacrónica de una habitación, es decir que el cuento da cuenta de lo que sucede en él, de las transformaciones posteriores a la partida de una mujer (partida que tiene connotaciones de un abandono amoroso), hasta la llegada de un hombre al mismo lugar, después de un tiempo indeterminado pero importante. La habitación se degrada en ese lapso, y en particular se degrada una carta dejada por la mujer. El mensaje, que se supone hubiese podido explicar las circunstancias de una separación, se vuelve ilegible: en el papel, mojado por el agua de un florero, ajado por el sol, ensuciado por el polvo, la escritura se borra. El tiempo transcurrido impide la comprensión del texto, impide aclarar las coordenadas de una pasión o contar las circunstancias de su fracaso. Este breve relato termina con un intento de lectura, indirectamente narrado: el "papel" se acerca a la luz y "tiembla un rato inacabable ante los lentes redondos". El hombre (deducimos) no logra descifrar lo escrito: el mensaje "no se entrega. No es más un mensaje" (p. 189). Este relato sin personaje retoma, a decir verdad, el modelo de la creación en Di Benedetto (o lo que aparecía como justificación legendaria de la innovación): la pérdida, la deshumanización, la fragmentación. La carta borrada sería la imagen paradigmática de un proyecto de escritura: la escritura como una mancha, que fue sentido pero que sufrió un proceso de deformación, de ocultación, de represión, que la convierte en un dibujo no figurativo, ahora incomprensible; la escritura como una cicatriz dejada por un abandono ya sucedido; la escritura como una práctica sin mensaje, sin comunicación, hecha por lo tanto de silencio ininteligible y amenazada constantemente por la propia

[10] "Lentamente estoy volviendo al exilio" (entrevista), *Clarín*, Buenos Aires, 14 de julio de 1985.

desaparición. La historia (lo que sucedió antes del instante de la escritura o de la lectura) no es narrable.

Cierto es que la historia literaria posterior a los cincuenta lleva a leer *Declinación y Ángel* desde las vanguardias de los sesenta y como un ejercicio precursor del *Nouveau roman* (el propio Di Benedetto alentó esas lecturas, dando lugar a algunas polémicas sobre el tema). Sin dejar de valorar la originalidad del libro, quizás resulte más pertinente respetar su especificidad: ni eco tardío de los años veinte ni "invención" ignorada de nuevas modalidades de narración, sino más bien otro avatar de una concepción formalista de la literatura, inherente al siglo XX y a la modernidad, que supone que no hay gran escritura literaria sin una relación reflexiva y hasta conflictiva con los códigos utilizados, una exhibición problematizada de los componentes del relato, una distancia dubitativa que dé cuenta de lo incierto de la representación, una palabra que se interrogue a sí misma. La forma del relato, las modalidades de la focalización, la relación con el lenguaje, son espacios para representar una incertidumbre existencial, una crisis del sujeto, un escepticismo sobre el sentido. La apasionada reivindicación de Di Benedetto por parte de Saer se explica, ante todo, por esta constatación, que corresponde con algunas de las ideas centrales del proyecto literario del escritor santafesino.

Porque en los relatos más "experimentales" encontramos a la vez la deshumanización, la fragmentación y la extrañeza, lo que permite comprender entonces la coherencia latente entre estos textos extremados (a los que podría agregarse, desde otra perspectiva, *El pentágono*) y los más lineales y "clásicos" del escritor. Un comentario similar podría hacerse sobre la variedad genérica y temática de estos cuentos completos; bajo la aparente variedad y multiplicidad encontramos postulados estilísticos y existenciales similares que vuelven homogéneo un *corpus* en el que figuraría la literatura fantástica (en *Mundo animal*, *Absurdos* y *Cuentos del exilio* particularmente), los cuentos policiales ("Los reyunos", "Ortópteros"), los relatos históricos ("Felino de Indias", "Caballo en el salitral", "Aballay"), las fábulas y apólogos (en *Mundo animal* y *Cuentos del exilio*), la ciencia ficción ("En busca de la mirada perdida"), el melodrama

("Enroscado", "Pez"), las comedias grotescas ("Ítalo en Italia", "El juicio de Dios"), etc. Esta serie de categorías es relativamente forzada y sólo muestra la capacidad de reconstruir, con esquemas narrativos diferentes y tramas variadas, una constancia que podría resumirse en un desajuste estructural entre la palabra, la enunciación, la narración por un lado y la realidad por el otro. Una literatura ajena, un hombre que se siente ajeno. Las opciones estilísticas, constructivas y genéricas de los relatos de Di Benedetto afirman ese desajuste, ya que no oponen vigilia y sueño o vida e imaginación, sino que perciben al mundo como una dimensión más en el universo de las pesadillas, como una serie de ominosos enigmas.

Esta constatación general es sobre todo pertinente, claro está, en la problemática adhesión a la categoría de "relatos fantásticos" que a menudo se le aplica a parte de su producción. Muy tempranamente, ya en los años cincuenta, Di Benedetto sugiere una filiación borgeana para su obra, inscribiéndola en la órbita de la literatura fantástica; al final de su vida vuelve a reivindicar su pertenencia a esa corriente, afirmando haberla estudiado meticulosamente.[11] En 1958, una anécdota reúne las dos referencias: el entonces director de la Biblioteca Nacional, Jorge Luis Borges, lo invita a dar una conferencia sobre el tema, conferencia comentada luego en los diarios porteños: un reconocimiento nacional y una ubicación en el mapa de autores argentinos se perfila entonces en ese acontecimiento. Ahora bien, en un nivel estricto, esta clasificación es discutible y habría que limitarla a aspectos temáticos sobre todo presentes en *Mundo animal* y *Cuentos del exilio*: espejos, animales teratológicos o mezcla de la animalidad con la humanidad, metamorfosis y fantasías anatómicas, el poder del sueño y del pensamiento, espacializaciones deformantes de la conciencia, variaciones temporales. En ese contexto, el cuerpo y la casa son un terreno de enfrentamientos y transformaciones: invasiones, distorsiones, amenazas, degradaciones, expulsiones, se suceden en los relatos como acontecimientos espantosamente banales. La literatura fantástica en la versión dibenedettiana supone también la puesta en escena de un sujeto sufriente y conflictivo, que muchas veces actualiza la figura de un ingenuo culpable o de un inocente acusado, o de una víctima responsable.

[11] "Antonio Di Benedetto: entre los grandes narradores argentinos" (entrevista), *La Prensa*, 26 de febrero de 1984, p. 6 (citado por Jimena Néspolo, *op. cit.*, pp. 41-42).

En cambio, sería difícil identificar en estas ficciones una especificidad genérica que las diferenciaría de otros textos más "realistas". Mientras que Cortázar integra la irrupción de lo otro perturbador en una cotidianeidad neutra o Borges inventa la desestabilización caótica de la lógica desde el sistema racional de pensamiento, en Di Benedetto no hay una confrontación de dos realidades o dos dimensiones opuestas. Él se encuentra quizás más cerca de las particularidades de la literatura kafkiana: una percepción onírica del mundo, en donde no se puede distinguir lo real de lo soñado, lo temido de lo sucedido, lo verosímil de lo inverosímil, construyendo en sus textos alegorías infinitamente significativas. Un universo pesadillesco, sin un afuera, una normalidad o un punto de referencia en donde refugiarse. Lo fantástico, no como lo desconocido y temido que irrumpe, sino como la materia íntima de la realidad, como el grado cero de lo real, como una manera de mirar. En ese sentido, lo que podría denominarse la literatura fantástica en su obra es una peripecia más de la extrañeza y la deshumanización que vimos en los textos denominados experimentales. Tampoco habría diferencias esenciales entre, por ejemplo, dos cuentos de *Cuentos del exilio*: "Recepción", en donde con una leve lógica onírica, un hombre es discretamente rechazado por amigos, conocidos y familiares durante una fiesta (o sea, la puesta en escena de una sutil extrañeza sin acontecimientos inverosímiles ni realidades diferentes), de otro relato, "Bueno como el pan", en el que un sentimiento de culpa lleva a la metamorfosis de un hombre en pan y en migas desperdigadas por una calle (un desenlace francamente sobrenatural con tintes alegóricos).

Los postulados de escritura de Di Benedetto lo asocian con una filiación subterránea de la literatura hispanoamericana, que prolonga la literatura fantástica en textos sin acontecimientos ni sintaxis de ese orden, concentrándose más bien en efectos y sentidos seme-

jantes a los textos clásicos del género. Con prácticas muy variadas, podrían incluirse en esa corriente a Felisberto Hernández, Silvina Ocampo o Virgilio Piñera, por dar algunos nombres. Son escritores que retoman las preocupaciones de la literatura fantástica (puestas en escena de perturbaciones de la identidad, de lo turbio de las pulsiones, de la pesadilla de la modernidad), pero sin el despliegue de una parafernalia temática y a veces sin, ni siquiera, acontecimientos sobrenaturales. Lo fantástico como impresión y no como fenómeno argumental, como horizonte y no como mecanismo narrativo, como focalización y no como peripecia. O, ejemplo opuesto y simétrico, haciendo de lo más extraordinario y sobrenatural lo más banal –lo más insoportablemente banal–. En ambos casos se borra la idea de una irrupción o choque entre dos mundos, creando una extrañeza que vuelve difícil describir esos textos inclasificables. Las lecturas de Freud y la utilización literaria del psicoanálisis son, quizás, la especificidad de una práctica literaria en la que se le atribuye una especie de valor de verdad al espacio del sueño, trama secreta de todos los comportamientos. Y si el sueño es la figura de lo literario en Di Benedetto, al sueño habría que entenderlo en tres niveles diferentes: un sueño a la Borges (es un sueño dirigido), un sueño a la Kafka (una pesadilla culpabilizante), pero también un sueño a la Freud (el sueño como un relato hecho de claves ocultas y determinantes, de pulsiones inconfesables en lucha con la censura y la ética, el sueño como una máquina de narrar). Por lo tanto y a partir del psicoanálisis se percibe a la realidad como una construcción subjetiva, como una urdimbre de deseos y fantasmas. Significativamente, una constatación semejante puede llevarse a cabo en el caso al menos de Felisberto Hernández y de Virgilio Piñera. Porque el concepto en sí de extrañeza, varias veces utilizado aquí, no es ajeno a la lectura freudiana de lo fantástico –el *unheimlich*, la *inquiétante étrangeté* en su traducción francesa–, es decir la confrontación con lo amenazador que es, de hecho, la otra cara de lo propio y lo familiar.

En este sentido podemos interrogarnos sobre el objetivo de la adhesión explícita de Di Benedetto a la tradición de literatura fantástica, si no se entiende como literatura fantástica a toda literatura no realista o no referencial en el sentido más lato del término. Seguramente, la inscripción en esa filiación implica a la vez la búsqueda de un espacio de libertad (la literatura fantástica en Argentina tiene sus letras de nobleza en la innovación estética y la capacidad de desarrollar problemáticas éticas y epistemológicas originales) y también un gesto de oposición o resistencia (ante el realismo imperante en los cincuenta, el compromiso de los sesenta y la combinación de ambos que podría ser la literatura regionalista). Elegir lo fantástico es elegir una filiación o familia intelectual (Borges, *Sur*), como manera de inscribirse en el campo literario de la época, legitimando así ciertas opciones estéticas, sin que esa filiación sea plenamente reconocible en las características de la atípica producción del escritor mendocino.

Al respecto cabe recordar algunas pautas de integración de la tradición, lo local y lo regional como complemento de esta construcción de una filiación literaria. Escrita desde Mendoza con una voluntaria omisión de Buenos Aires y sus tradiciones culturales, la obra de Di Benedetto establece una compleja relación con la ciudad en tanto que espacio literario. En un primer nivel de lectura se puede observar un rechazo vehemente de cualquier localización limitativa de sus relatos: las intrigas de *Mundo animal* o de *El pentágono* están situadas en un espacio urbano neutro, innominado y generalizante, lo que va a prolongarse en muchas ficciones posteriores, cuentos o novelas. *El silenciero*, por ejemplo, está precedido por una aclaración del autor, casi un epígrafe programático, que afirma: "De haber ocurrido, esta historia supuesta pudo darse en alguna ciudad de América Latina, a partir de la posguerra tardía (el año 50 y su después resultan admisibles)", declaración válida para casi todos los cuentos urbanos del escritor. El borrado toponímico y referencial de muchos textos suyos corresponde con la construcción literaria de una esfera particular, autónoma y conflictiva. El mundo reflejado en un "mundo animal" y narrado como un "absurdo" –retomando los títulos de dos libros–: ése es el gesto de escritura de la realidad, ésa es la manera de situarse ante el realismo. Antirrealismo que conlleva una postura de reinvención interpretativa del mundo, a partir de una posición de extrañamiento y de no pertenencia que tiene que

ver con la posición de un escritor mendocino en el sistema literario argentino de los años cincuenta y sesenta, pero sobre todo con una especie de metafísica de la aterritorialidad, un escribir desde afuera, desde lo ajeno, desde el margen, posición que va mucho más allá de las coordenadas regionales de Mendoza. Un escritor desamparado.

En ese sentido es significativo que su tercer libro, *Zama*, elija una posición dos veces excentrada. Primero temporalmente, ya que es una novela situada en el pasado histórico del Virreinato, pero en un pasado (últimos años del siglo XVIII) sin acontecimientos centrales para la fundación de los países del Plata. Luego, espacialmente, en la medida en que se desarrolla en un lugar lateral dentro el mapa virreinal (Asunción, como un reflejo de Mendoza, en vez de Buenos Aires) pero también del mapa cultural (la novela termina en el corazón de la selva en vez de hacerlo en la inmensidad connotada de la pampa). Semejante aterritorialidad es una manera de defender la especificidad del espacio literario, o de afirmar un extrañamiento radical ante lo propio, aunque ese principio lleve también a ver Mendoza de otra manera o a modernizar su representación literaria: la señorial ciudad provinciana se convertirá, en muchos textos, en una urbe moderna alienante y anónima. Y nótese, volviendo a las marcas particulares del estilo y a *Zama*, que es al inventar una lengua capaz de narrar esa historia alejada (en el tiempo y en el espacio), en el artificio de una seudo lengua del siglo XVIII, que Di Benedetto termina de forjar algunos procedimientos retóricos que serán características permanentes luego (dijimos: anacoluto, extrañeza léxica, antinaturalidad sintáctica). O como escribe Saer, refiriéndose a la lengua en la que está escrita la novela, un estilo fuera de toda época determinada: "no se trata de una imitación pedestre a la manera de nuestros neoclásicos, sino de un sabio procedimiento alusivo y secundario incorporado a la entonación general de la lengua personal de Di Benedetto."[12] Esa "entonación general de la lengua personal", ese escribir como un "sabio procedimiento alusivo y secundario", se definen en el afuera, en el margen, en la frontera del territorio, de la historia y de la cultura de Argentina.

[12] Juan José Saer, "*Zama*", en *El concepto de ficción*, Buenos Aires: Ariel, 1997, p. 49.

Esta conclusión es útil para observar la otra cara de la escritura dibenedettiana, que se caracteriza por una serie de desplazamientos dentro de cierta tradición de oposición pampa/ciudad y civilización/barbarie. Es decir toda la vertiente de su obra que recupera el espacio del desierto, de la montaña y en general de lo no urbano (en "El juicio de Dios", "El cariño de los tontos", "El puma blanco", "Los reyunos", "Ortópteros", "Pez", "Caballo en el salitral", por ejemplo). En estos textos vemos que se realiza una doble operación: por un lado, el conflicto fundacional del espacio argentino (Buenos Aires/la pampa) se desplaza hacia una oposición ciudad/no ciudad centrada en el contexto mendocino, lo que es una manera de modificar lateralmente la tradición. Así como la ciudad ya no es Buenos Aires sino una imprecisa Mendoza, la pampa se ha convertido en un verdadero desierto, el que domina el paisaje de esa provincia. Muchos relatos del autor retoman la oposición entre la ciudad y la no-ciudad como elemento estructurante de la concepción del espacio nacional. Pero la retoman con una marca imaginaria que desdibuja sus valores ideológicos: la oposición toma visos de una confrontación entre el yo y el no-yo, entre el mundo consciente y el mundo incontrolado de la indiferenciación hostil, entre lo humano y lo animal (o entre la razón y una peligrosa animalización del hombre). Fuera de la ciudad, más allá de la casa, de la calle, de la construcción, comienza un espacio arcaico en donde fuerzas incontrolables amenazan los proyectos de progreso humano, pero que sobre todo ponen en duda la identidad, la conciencia, el control racional de un universo regresivo. A partir de esta especificidad, se puede afirmar que Di Benedetto propone un nuevo avatar de la dicotomía civilización y barbarie, actualizando algunos tópicos: la inanidad de los proyectos de desarrollo (en este caso el ferrocarril) frente al condicionamiento telúrico en "El juicio de Dios" o en "Ortópteros", la barbarie animal que irrumpe en una civilización precaria en "Pez", la maldición geográfica en "Caballo en el salitral", la presión de la inmensidad como condicionante de la vida en los pueblos aislados (las langostas de "Ortópteros"), etc.

El desplazamiento es entonces también el paso de lo ideológico-cultural (la propuesta sarmientina y sus peripecias posteriores) a

una lectura imaginaria, material, subjetiva del fenómeno. En la serie de textos que marcan la estructuración del mapa argentino en términos literarios, Di Benedetto lee la subjetividad, las proyecciones afectivas, la capacidad de fantasear o soñar el espacio (características presentes en el *Facundo* y a veces dominantes en *Radiografía de la pampa*). El espacio de la no-ciudad es ese espacio de la barbarie (Sarmiento), de un determinismo negativo (Martínez Estrada), pero es también la pantalla de proyección de un universo íntimo. En ese caso, el desplazamiento de la pampa a Mendoza debería tomarse como una posición de lectura: de Sarmiento a Güiraldes, de Martínez Estrada a Borges, la escritura del desierto aparece aquí marcadamente intertextual. Representar el espacio mendocino es una manera de integrarlo, no en una geografía, sino en una biblioteca. El mecanismo es particularmente visible cuando en ese marco aparecen reescrituras de textos de otras literaturas, como por ejemplo en "El cariño de los tontos", que puede tomarse como una versión mendocina de *Madame Bovary*; o en "El puma blanco", en el que la búsqueda de un puma en la inmensidad cordillerana se convierte rápidamente en una quimera enloquecedora, o sea en una variante andina de la ballena blanca de *Moby Dick*.[13] Vemos entonces que Di Benedetto recupera el espacio no urbano con una dinámica intertextual de apropiación: por un lado la dicotomía de civilización o barbarie se encuentra anulada por la doble negatividad, por la extrañeza simétrica de los dos mundos, por la irrupción de lo imaginario, es decir que se la trata como tema literario con consonancias metafísicas. Por el otro, Flaubert puede sencillamente reescribirse con regionalismos y con una fuerte tipicidad local. Si las comparamos con las de "El escritor argentino y la tradición" y "El Sur", vemos que ambas posturas son semejantes a las de Borges.

Un relato aparentemente marginal es en este aspecto esencial. Nada anunciaba que el mendocino iba a escribir, prácticamente al final de su producción, un texto que no sólo dialoga con una filiación ficcional y problematizadora de la figura del gaucho, sino que puede considerarse como un texto magistral que "cierra" cierto tipo de ficciones al respecto. "Aballay" es la historia de un gaucho estilita, un gaucho que decide expiar una culpa no bajándose más del caballo. El punto de partida de la intriga es un duelo, anterior al tiempo de la historia, en el cual Aballay mata a un hombre y guarda en la memoria la mirada acusadora del hijo de éste. Una referencia hecha al pasar por un predicador en la pampa lo lleva a imitar el ascetismo de los estilitas de la Antigüedad: en vez de subirse a las columnas que quedaron después de la destrucción de los templos paganos, Aballay va a subirse "para siempre" a su caballo y a expiar su culpa con una vida de sacrificios y de largos recorridos por la pampa. En algún momento, y huyendo de las patrullas de soldados, debe internarse "tierra adentro", del otro lado de la frontera, en el mundo de los indios. Su regreso es el inicio de una transformación involuntaria y paradójica: le van naciendo "mitos", "historias", y la gente termina tomándolo por un santo; casi involuntariamente, él mismo se adapta a su papel de "hombre-caballo" puro, sin que el malentendido sobre la santidad calme los reclamos de su conciencia. Por fin el hijo del muerto, ya hombre, le sale al encuentro y lo desafía a un segundo duelo, simétrico al primero. Aballay, fatalmente, vuelve a matar y, al bajarse del caballo para ayudar al herido, muere él también.

La intriga, así resumida, contiene una serie de ecos intertextuales fuertes que merecen algún comentario. Lo primero sería asociar la transformación de este gaucho en una especie de santón errado con toda una tradición de lectura del *Martín Fierro*, desde Rojas y Lugones hasta Borges. Símbolo de la culpa y la redención, Aballay es, como puede verse, un gaucho expiatorio. Es decir un gaucho responsable de una muerte causada en un duelo (como lo era Martín Fierro), pero torturado por la culpa. Es un gaucho que integra, entonces, la dimensión ética que a menudo Borges comentó en su lectura del poema de Hernández, señalando que la figura elegida como antepasado colectivo de los argentinos era un asesino. Aballay es un Martín Fierro culpable (es decir, un Martín Fierro leído por Borges), pero consciente de la culpa e inscrito en una perspectiva

[13] Di Benedetto confiesa haber buscado en "El cariño de los tontos" "tonos semejantes a los de *Moderato cantabile*" (p. 40 del presente volumen). Completando estas referencias posibles, Jimena Néspolo ve lecturas de Faulkner y el *Deep south* en esta parte del *corpus* (*op. cit.*, p. 126).

de redención. En este sentido y a diferencia del payador, el estilita sí sería un antepasado posible. En todo caso, su regreso y el segundo duelo retoman también el desenlace del *Martín Fierro*, en el cual un nuevo duelo, de payadas esta vez, enfrenta al protagonista con el hermano del Moreno asesinado otrora (y recuérdese que Rojas, en la segunda "pelea", ya leía, significativamente, la voz de la conciencia).[14] Borges en su momento había prolongado, en "El fin", el desenlace del poema de Hernández; en ese cuento de *Ficciones*, siete años después de la payada, Martín Fierro vuelve a enfrentarse con el hermano del muerto y muere, por supuesto; pero al cumplir su propio destino (al cerrarse la biografía de Martín Fierro, dejada abierta por Hernández), él le transmite involuntariamente al otro Moreno su propio destino de asesino y de gaucho perseguido.[15] En la versión de Di Benedetto, el duelo no produce, como en el cuento de Borges, una repetición o una reproducción de destinos: no es el hijo el que mata para convertirse en un nuevo culpable, sino que Aballay, sin quererlo, repite su gesto asesino (mata al hijo después de haber matado al padre), y él mismo termina su recorrido de expiación recibiendo una herida mortal en el momento en que decide bajar del caballo para socorrer al hombre agonizante. Hay por lo tanto una especie de anulación ética, una fatalidad de la verticalidad negativa; la repetición indica la falta de libre albedrío en el comportamiento del gaucho y lo ineluctable de esa repetición que, desde el inicio, Aballay pretende evitar. La tierra bárbara termina, con un pesimismo digno de Ezequiel Martínez Estrada y de su visión apocalíptica de la pampa, tragándose al gaucho mártir.

Más ampliamente, podríamos ver en "Aballay" una dramatización de la relación con la tradición, con la palabra heredada. Volviendo al argumento del cuento: la modificación del gaucho criminal proviene de un relato y de una palabra. Aballay oye, en un sermón, una palabra que trae consigo una figura de expiación de pecados y una tradición, ajena pero ejemplificadora, ajena pero reutilizable

[14] *Cf.* Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, *El Martín Fierro*, *en* Jorge Luis Borges, *Obras completas en colaboración*, Madrid: Alianza, 1983, pp. 65-119.

[15] *Cf.* Beatriz Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires: Ariel, 1995, pp. 85-93.

para resolver los conflictos de ese presente (el del siglo XIX, en algún momento impreciso después de la muerte de Facundo Quiroga). Esa palabra es "estilita" ("En el sermón de la tarde, el fraile ha dicho una palabra bien difícil, que Aballay no supo conservar, sobre los santos que se montaban a una pilastra", así empieza el cuento). Efectivamente, un cura de campo menciona a esa corriente mística del Cercano Oriente, la de ermitaños que se instalaban sobre una columna o un pilar y permanecían allí, subsistiendo en medio de privaciones, emblemas vívidos de un sufrimiento encaramado sobre las ruinas del pasado glorioso y rechazado: el del paganismo grecolatino. Aballay, a partir de una palabra, traduce, establece equivalencias y toma esa decisión magnífica: la de volverse él mismo estilita, es decir y en términos pampeanos, no bajar nunca más de su caballo, convertirse en una reproducción gauchesca de ese ejemplo insigne, de la palabra revelada. Al hacerlo, Aballay intenta, compulsivamente, alejarse del determinismo telúrico de la tierra sin límites, arcaica, bárbara, refugiándose en la cultura, en la espiritualidad, en un relato mítico preexistente. Constantemente, el protagonista se interroga sobre el sentido del relato del cura y el valor del ejemplo que está intentando seguir.[16] Al final del cuento se agudiza ese interrogar un discurso anterior, cifrado y determinante. Aballay hiere al hombre con una caña que, por accidente, se ha vuelto afilada (la caña se incrusta en la boca del retador y se la destroza). Entonces se plantea para el gaucho un dilema: ¿puede o no desmontar?, dilema que amplifica un interrogante constante a lo largo del texto sobre la norma de su conducta, sobre lo acertado del comportamiento del protagonista, comparado siempre con las explicaciones liminares del

[16] Nótese que el texto parece avanzar, por momentos, a partir del discurso del cura. Por asociación de palabras: "El fraile dijo que *montaban* a la columna. Él, Aballay, es hombre de a caballo. Tempranito, a los primeros colores del día, Aballay *monta* en su alazán" (p. 319); tomando ese discurso como ejemplo: "En adelante debió socorrerse con imaginación y ahí donde la astucia fallaba o vislumbraba riesgo de quebrantar su designio, tomaba enseñanza del relato del cura" (p. 320); o tomándolo como un intertexto enigmático que se interroga: "No abusa de la licencia por causa de extrema necesidad o fuerza mayor [...] que creyó sobreentender de los ejemplos del cura" (p. 322-323).

cura.[17] Esa duda, ese interrogante formulado a la palabra paterna, a la tradición, al pasado, a Dios, le es fatal: "El instante de vacilación basta para que el vengador de abajo alce de punta el cuchillo y le abra el vientre" (p. 339). Lo que se le plantea a Aballay, en el momento de actuar, es un interrogante ético sin respuesta, un dilema sin solución, pero que remite a un discurso heredado, a una visión tradicional del mundo. La palabra del cura (los estilitas y el conjunto normativo que se esboza detrás de esa denominación), ¿qué quiere decir exactamente? ¿Cómo interpretarla? ¿Cuál es la norma? ¿Cómo actuar? Este sería el primer segmento de una larga serie de preguntas que la reescritura de la reescritura borgeana del *Martín Fierro* va a ir suscitando. A pesar y pasando por "El escritor argentino y la tradición", la palabra heredada, la palabra aprendida en la cultura occidental, no permite enfrentar las contradicciones de la realidad, ni definir una posición ética, en Argentina y a mediados de la década del setenta. Nunca la problemática moral que recorre la obra de Di Benedetto había sido desarrollada en términos tan complejos; resulta singular, por otra parte, que sea en el contexto literario de la pampa y en un cuento quizás escrito en la cárcel, que esta problemática se plantee con tanta agudeza y dramatismo.[18]

La inscripción en la tradición como error, la figura del gaucho convertida en la de un héroe sin atributos, la imposibilidad de encontrar verdades en la palabra heredada, la apropiación del espacio fundador de la literatura argentina dentro de obsesiones y constantes personales: en "Aballay" Di Benedetto cristaliza su relación con la cultura y con el sistema literario a los que pertenece. Y, por supuesto, hacerlo retomando la figura del "payador" (del gaucho como emblema legendario del escritor) es significativo para una obra centrada hasta entonces en otros espacios y otras reescrituras.

[17] La duda se formula en estos términos: "Desmonta a dar socorro y llega hasta el vencido, pero lo bloquea su ley: no bajar al suelo, y lo ha hecho.
Angustiado, levanta la mirada para consultar, y por su cuenta resuelve que en esta ocasión será justo que permanezca todo lo que haga falta"(p. 339).

[18] Según recurrentes declaraciones periodísticas de Di Benedetto, el conjunto de los cuentos de *Absurdos* habría sido escrito en la cárcel (el libro se publica, por otra parte, pocos meses después de su liberación).

Ahora bien, como en tantas otras obras (pero seguramente más que en muchas otras obras), la de Di Benedetto tiene visos de una autoficción en donde el ser escritor, el poder escribir, el representar el trabajo o las condiciones de emergencia de la escritura, ocupan un lugar importante. Esa tematización de la escritura aparece siempre marcada por la impotencia, las perturbaciones producidas por el deseo, la recurrencia de una culpa de raigambre edípica, la evocación repetida de un padre ausente o de un padre muerto. Ser escritor tiene que ver con una intensa dramatización de la herencia, herencia convertida en un pericote gigantesco, monstruoso, porque ha devorado la biblioteca paterna (en "Amigo enemigo"), herencia bajo la forma de una compulsión al suicidio (en *Los suicidas*) o de un piano que el hijo no sabe tocar, mientras busca desesperadamente escribir una novela intitulada *El techo*, es decir una novela que lo ampare (*El silenciero*).

En este sentido puede leerse "Aballay" a partir de la relación conflictiva que se instala, desde las primeras páginas, entre el relato de Di Benedetto y otros relatos, otras tradiciones: la cultura clásica, la tradición cristiana, la gauchesca, sus lecturas e interpretaciones. El gaucho Aballay no puede sino interpretar, repetir, releer, reescribir, intentar descifrar correctamente un mensaje heredado y polisémico; y también buscar en esa biblioteca un camino para su propia culpa, para su propio crimen, para su propio destino, para su propia palabra. El intento de purificación (o de glorificación) gracias a la identificación con los modelos es, de por sí, un gesto del pasado, condenado a fracasar: ya no se puede elegir ser ermitaño sobre una columna, ya no se puede inventar nada sobre gauchos y pampa, sólo se puede recorrer un laberinto de nombres canonizados y frases ya impresas, leídas e interpretadas. Después de escribir desde el margen y la aterritorialidad, aquí se constata que la pampa es incapaz de brindarle a un autor argentino ninguna imagen heroica renovada; el anacronismo aparente termina definiendo coordenadas muy actuales de cierta disolución melancólica de una tradición, de una tradición que ha dejado de ser un concepto operativo. Si Martín Fierro se ponía a cantar y fundaba una literatura, si el gaucho Don Segundo Sombra resultaba ser un diestro maestro de escritura para Fabio en

la novela de Güiraldes, Aballay sólo copia, reproduce, mima. Estilita o estilista, ese lugar elevado sobre una columna, un pilar, un caballo, es el emblema del escritor en la versión de Di Benedetto, ermitaño sufriente, instalado en las ruinas de una arquitectura equilibrada y perfecta, de una creencia y una belleza sin fallas, de una escritura a su manera clásica (la de Hernández, la de Lugones, la de Borges), imposible de imitar pero todavía imponente.

Para establecer el texto tomamos algunas decisiones que merecen un breve comentario final. Por un lado, por razones de visibilidad y de historia editorial, preferimos respetar la organización de los cuentos en libros, o sea que el índice retoma las recopilaciones que, a lo largo de los años, Di Benedetto fue publicando. Salvo *Declinación y Ángel* y *Cuentos del exilio*, todas ellas ya habían sido editadas por Adriana Hidalgo en volúmenes independientes que seguían siempre las versiones más recientes: *Cuentos claros* (en 1999), *Mundo animal* y *El cariño de los tontos* (en el 2000), *Absurdos* (en el 2004). Sin embargo, y para recordar el último proyecto de Di Benedetto (los *Relatos completos* y los *Cien cuentos* ya comentados en el inicio de esta introducción), incluimos en la sección "Di Benedetto por Di Benedetto" los prólogos que el escritor había previsto para esos dos libros. En la misma sección figura una "Autobiografía", breve texto de autopresentación de 1968.

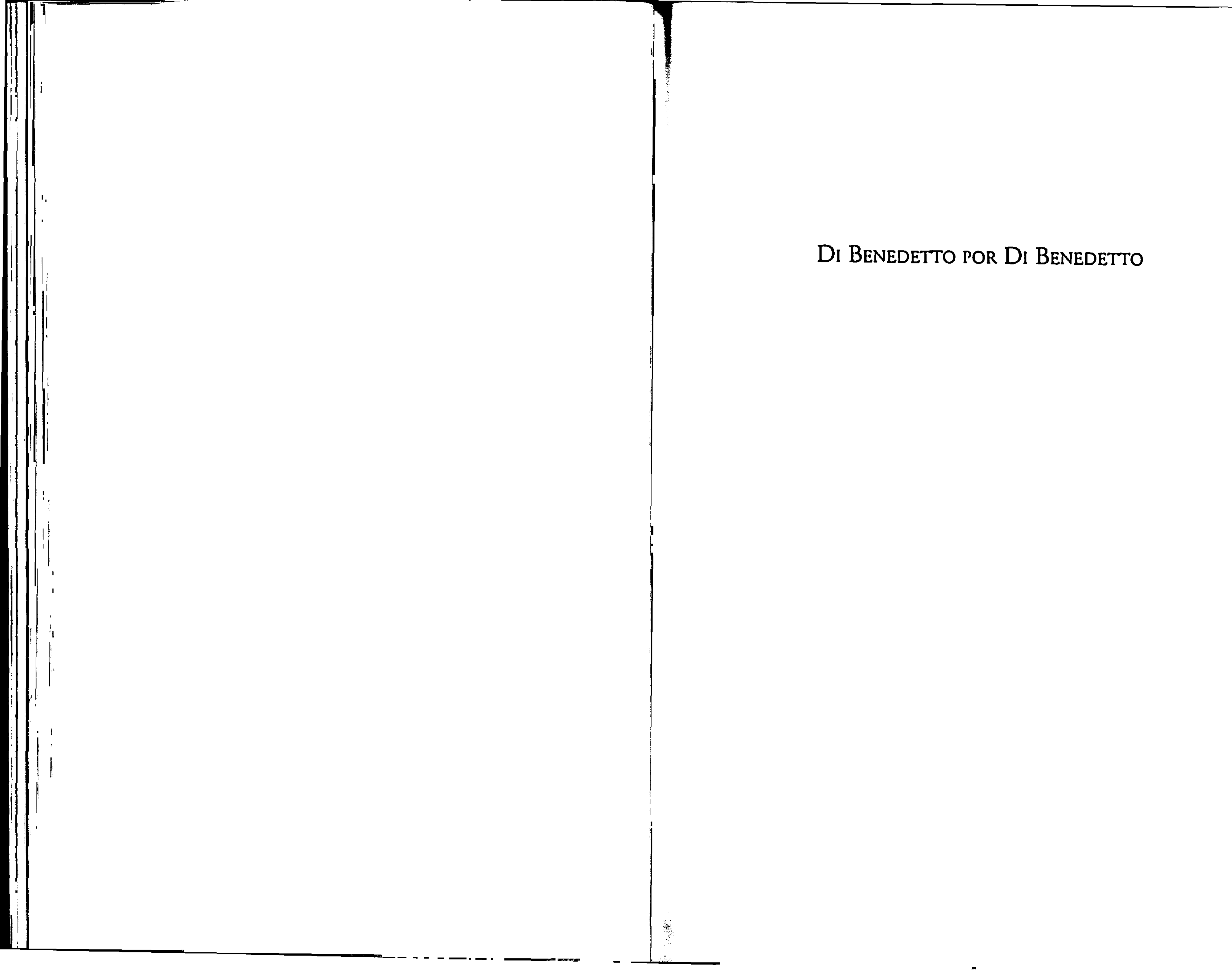
Bajo el título "Otros cuentos" se podrá leer relatos publicados en diarios y revistas pero nunca retomados en libro, relatos que fueron desechados entre dos ediciones de la misma recopilación o reescritos de manera notable (en este último caso, se incluye la primera versión, lo que permitirá medir la importancia de los cambios realizados). Los trece cuentos de los que se trata van de una rareza de juventud, "Los trágicos amores de Julieta y Jordán" (1943), a una investigación periodística con forma narrativa, "Niños" (edición póstuma con ese título en 1987). En el liminar de los *Cien cuentos*, el autor se refiere a cuentos publicados en diarios y revistas que, según él, se habrían perdido "sin rescate posible": esperamos estar rescatando aquí algunos de ellos; por otro lado, y teniendo

en cuenta la inestabilidad de la "obra completa" de Di Benedetto, nos pareció útil proponer una lectura de esos textos marginales.

Por último, señalemos que en el volumen *Cien cuentos*, Di Benedetto pensaba incluir ocho cuentos inéditos. Lamentablemente, no conseguimos versiones definitivas de cuatro de esos textos, de los cuales sólo conocemos los títulos: "El mate", "La boda", "Historia cainita" y "El estrecho de Behring". Los otros cuatro ("La prematura espera", "Epístola paternal a Fabia", "Trencito de la infancia", "Muy de mañana, en el cementerio") aparecen en la sección "Cuentos inéditos".

Para terminar deseamos recordar que esta edición no hubiese sido posible sin el trabajo de preservación y archivo de Graciela Lucero primero y de su hermana Cristina luego.

Julio Premat



Di Benedetto por Di Benedetto

Autobiografía

Escrita en 1968 por encargo para una publicación de Alemania Occidental.

He leído y he escrito. Más leo que escribo, como es natural, leo mejor que escribo.

He viajado. Preferiría que mis libros viajen más que yo.

He trabajado, trabajo. Carezco de bienes materiales (excepto la vivienda que tendré).

Una vez, por algo que escribí, gané un premio, y después otro y después... hasta unos 20 de literatura, uno de periodismo y otro de argumentos de cine.

Una vez tuve una beca, que me dio el Gobierno de Francia, y pude estudiar algo en París.

Un tiempo quise ser abogado y no me quedé en querer serlo, estudié mucho, aunque nunca lo suficiente.

Después quise ser periodista. Conseguí ser periodista. Persevero.

Una época anduve de corresponsal extranjero (por ejemplo, revolución de Bolivia, la que llevó al poder a René Barrientos).

Yo quería escribir para el cine. Pero en general no soy más que un espectador de cine, y también periodista de cine. Una vez fui al Festival de Berlín, y otra al de Cannes, y otra a Hollywood, el día de los Oscar, y otra... Bueno, en el Festival de Mar del Plata un año me pusieron en el jurado internacional de la Crítica.

Soy argentino, pero no he nacido en Buenos Aires.

Nací el Día de los Muertos del año 22.

Música, para mí, la de Bach y la de Beethoven. Y el "cante jondo".

Bailar no sé, nadar no sé, beber sí sé. Coche no tengo.

Prefiero la noche. Prefiero el silencio.

PRESENTACIÓN DE *CIEN CUENTOS*

Lo que sigue es la reproducción de la presentación que Antonio Di Benedetto había redactado para la edición Alianza de sus *Cien cuentos*. El texto se encontraba escrito a máquina con varias correcciones a mano. Puede suponerse que nuevas correcciones hubiesen tenido lugar antes de su publicación. El orden previsto por el autor para la organización del volumen era aparentemente temático y agrupaba bajo subtítulos entre uno y veinte cuentos en cada sección. Los subtítulos eran los siguientes: "De nostalgia"; "De amor"; "Sentimentales"; "De celos"; "Desafecciones del amor"; "De humillaciones"; "Del absurdo"; "Sombríos"; "Cruel"; "De las guerras"; "Del cinismo"; "Irónicos"; "De frustraciones"; "De metamorfosis"; "Psicológico"; "Torturado"; "Oníricos"; "Realistas"; "Realismo mágico"; "Realismo lírico"; "Fanta-realismo histórico"; "De lo irreal"; "Transrealistas"; "Objetivista"; "Naturalista"; "Apólogos"; "Fábulas"; "Con animales, pero no fábulas"; "Zoo-botánico"; "Policíacos"; "Cuestiones de identidad y del tiempo"; "Cortísimos (de humor; extrañeza e ironía)"; "Fantásticos"; "Ominosos". El volumen reunía los cuentos del autor publicados en libro (con excepción de los doce, más extensos, incluidos en otro volumen, *Relatos completos*), los cuentos que forman la novela *El pentágono* (con correcciones y variaciones), dos cuentos breves que figuran en la novela *El silenciero*, algunos cuentos publicados en revistas o periódicos, más algunos textos inéditos.

INFORMACIÓN

La denominación *100 cuentos* no representa la única arbitrariedad, siéndolo ésta porque entre tapa y contratapa están albergados 106. Lo de 100 es sólo para redondear.

Están todos, o casi todos, los escritos desde los comienzos hasta los más recientes, esto es los inéditos al tiempo de entregarlos a la editorial. De ese modo puede hallarse un número suficiente para advertir la juventud (o falta de destreza) del autor en sus faenas iniciales. También, entre los más lejanos, posiblemente muy anteriores a 1950, uno o unos como "El abandono y la pasividad", que andando el tiempo motivaría, juntamente con "Declinación y Ángel", largas controversias periodísticas y universitarias sobre la paternidad del Objetivismo literario.

Ni el orden ni por consiguiente el índice son cronológicos, ni aparecen acumulados en fila india los contenidos en libro tras libro, sin contar que los hay carentes de procedencia de libro alguno: fueron dados a través de revistas o suplementos literarios y por tal vehículo (más difícil de conservar) otros se han perdido, quizás ya sin rescate posible.

La clasificación no está sustentada por fundamento técnico o profesional, atiende más bien al tema o carácter de las distintas piezas, con sobra de dudas, de quien esto explica, acerca de dónde colocar tal o cual cuento.

La instalación en el género cuento se debe al tamaño corto; otras narraciones, de más páginas y mayor empeño quedan para un segundo libro, titulado "Relatos completos". ¿Son o no son, esos relatos, cuentos? Para el autor, sí. Si bien admite que los relatos del segundo volumen pueden pareceros a vosotros lectores, "nouvelles". Como gustéis.

Con no ser tantos, no es por la cantidad que pretende tener peso este acopio. Vale considerar que un cierto número ya ha tenido aprobación

y premio de jurados en concursos de años recientes de Madrid, Valencia, Oviedo, Calabria y Buenos Aires. El más fresco, de junio de 1984, concurso "Puerta de Oro" de la Capital de España.

La presente gavilla de cien composiciones cortas constituye, si se quiere, una porción de las fanegas rendidas por la molienda de una vida dedicada –en parte– al ejercicio de la pluma, variadas mieses panificadas, como queda dicho, en encuentros y relatos, amén de mucho periodismo en América y España, una poca de poesía condenada al fondeadero y un parco número de novelas.

El autor

Presentación de *Relatos completos*

Aquí se reproduce la presentación que Antonio Di Benedetto había redactado para la edición Alianza de sus *Relatos completos*. El texto, manuscrito, tiene algunas tachaduras y aclaraciones que parecen destinadas a un corrector profesional; sería, por lo tanto, el texto definitivo para la impresión. El libro debía comprender los relatos más extensos del autor, es decir: "Pez", "Enroscado", "El Juicio de Dios", "Aballay", "El cariño de los tontos", "Ítalo en Italia", "Onagros y hombre con renos", "En busca de la mirada perdida", "As", "Declinación y Ángel ", "El puma blanco ", "Ortópteros".

Información

Cuando Alianza Editorial decidió recoger mi dispersa narrativa sin pecado de extensión quedó claro que, a los fines de la comodidad manual del lector, convendría repartir en dos volúmenes. Lo cual facilitó además una distribución interna: la separación entre narraciones breves y medianas (las largas, o novelas, para el caso excluidas).

Las cortas, incluidas las cortísimas, configuran el volumen "Cien cuentos". Las de mediano tamaño, donde van unas pocas "nouvelles", el de "Relatos completos".

Éste es y aquí queda, con una debilidad, la de indicar preferencias del autor, que el lector puede o no compartir.

Los relatos más queridos –o más sentidos, algunos párrafo a párrafo, otros frase a frase– son "Aballay" y "Pez", sin negar la diversión que le causó componer "Ítalo en Italia".

Sin hacer sombra, ninguno de ellos, a la pretensión, vaya a saberse si lograda, de haber modulado, en "El cariño de los tontos", tonos semejantes a los de "Moderato cantabile".

Mundo animal

1953

Se respetan las correcciones hechas por el autor para la segunda edición: *Mundo animal*, Buenos Aires, Fabril, 1971.

Mariposas de Koch

Dicen que escupo sangre, y que pronto moriré. ¡No! ¡No! Son mariposas, mariposas rojas. Veréis.

Yo veía a mi burro mascar margaritas y se me antojaba que esa placidez de vida, esa serenidad de espíritu que le rebasaba los ojos era obra de las cándidas flores. Un día quise comer, como él, una margarita. Tendí la mano y en ese momento se posó en la flor una mariposa tan blanca como ella. Me dije: ¿por qué no también?, y la llevé a los labios. Es preferible, puedo decirlo, verlas en el aire. Tienen un sabor que es tanto de aceite como de yerbas rumiadas. Tal, por lo menos, era el gusto de esa mariposa.

La segunda me dejó sólo un cosquilleo insípido en la garganta, pues se introdujo ella misma, en un vuelo, presumí yo, suicida, en pos de los restos de la amada, la deglutida por mí. La tercera, como la segunda (el segundo, debiera decir, creo yo), aprovechó mi boca abierta, no ya por el sueño de la siesta sobre el pasto, sino por mi modo un tanto estúpido de contemplar el trabajo de las hormigas, las cuales, por fortuna, no vuelan, y las que lo hacen no vuelan alto.

La tercera, estoy persuadido, ha de haber llevado también propósitos suicidas, como es propio del carácter romántico suponible en una mariposa. Puede calcularse su amor por el segundo y asimismo pueden imaginarse sus poderes de seducción, capaces, como lo fueron, de poner olvido respecto de la primera, la única, debo aclarar, sumergida –muerta, además– por mi culpa directa. Puede aceptarse, igualmente, que la intimidad forzosa en mi interior ha de haber facilitado los propósitos de la segunda de mis habitantes.

No puedo comprender, en cambio, por qué la pareja, tan nueva y tan dispuesta a las locas acciones, como bien lo había probado, decidió permanecer adentro, sin que yo le estorbase la salida, con

mi boca abierta, a veces involuntariamente, otras en forma deliberada. Pero, en desmedro del estómago pobre y desabrido que me dio la naturaleza, he de declarar que no quisieron vivir en él mucho tiempo. Se trasladaron al corazón, más reducido, quizás, pero con las comodidades de un hogar moderno, por lo que está dividido en cuatro departamentos o habitaciones, si así se prefiere nombrarlos. Esto, desde luego, allanó inconvenientes cuando el matrimonio comenzó a rodearse de párvulos. Allí han vivido, sin que en su condición de inquilinos gratuitos puedan quejarse del dueño de casa, pues de hacerlo pecarían malamente de ingratitud.

Allí estuvieron ellas hasta que las hijas crecieron y, como vosotros comprenderéis, desearon, con su inexperiencia, que hasta a las mariposas pone alas, volar más allá. Más allá era fuera de mi corazón y de mi cuerpo.

Así es como han empezado a aparecer estas mariposas teñidas en lo hondo de mi corazón, que vosotros, equivocadamente, llamáis escupitajos de sangre. Como véis, no lo son, siendo, puramente, mariposas rojas de mi roja sangre. Si, en vez de volar, como debieran hacerlo por ser mariposas, caen pesadamente al suelo, como los cuajarones que decís que son, es sólo porque nacieron y se desarrollaron en la obscuridad y, por consiguiente, son ciegas, las pobrecitas.

Amigo enemigo

Eran de mi padre y quedaron para mí. Quizás nunca los tocaré. Son dos cajones de libros de química antigua que alternan con cabalísticos, astrológicos y quirománticos. Con los de química no quería hacer nada bueno: falsificar vinos y licores. Creo que lo hizo, porque son más efectivos que cualquiera de los otros, el adivinador de la lotería, por ejemplo. Han venido conmigo a todas las pensiones porque no me atrevo a venderlos ni a tirarlos. Tienen algo de mi padre o él tenía algo de ellos, y yo nada tengo de él, excepto esto.

Excepto esto y la mudez. No era mudo él, no. Pero fue por él. Yo tenía diecinueve años y estaba enamorado. Entré en el baño y ahí estaba mi padre, en la bañera, bajo la lluvia, sí; pero colgado del caño de la flor.

* * *

El pericote, que de tan joven podía confundirse con un ratón, entró de día, en la siesta, quizás en fuga de alguna persecución infantil. Los chicos se bañan ahí al fondo, en el canal, bajo el sauce. Pasan las horas desnudos, alborotando. Hacen puntería sobre alguna lata o sobre algún animalejo. Escarban las cuevas. De vez en cuando muere alguno, alguno de los chicos, se entiende, que muere ahogado.

El pericote se iría, sí, apenas digerido el miedo al amparo de los cajones surtidos de cábalas de mi padre. Mi padre habría dicho: "Pobreza; anuncia la pobreza". Yo, de pensarlo, tendría que haber preguntado: "¿Aún más?".

Proseguí convocando el sueño, que, despreocupado de mí, hacía las cosas a medias: no me tomaba del todo.

* * *

Por esa imposibilidad de participar en la conversación, uno, claro, se exime de atender y nadie se molesta por ello. Rovira, un periodista que acostumbra contar cosas y que me contó esta historia, decía algo para todos. Yo percibí distintamente sólo la palabra "Hamelín" (o "Hameln", no memoro bien) y las demás no, como si se mira la tela y se descuida el marco. Pero no hice nada con ella, porque no la había buscado ni me interesó nada más que por el sonido.

Después, sólo después, yendo a la habitación, en unos instantes se me presentó todo lo que pude recordar entonces, que es todo lo que sobre eso puedo recordar. "El tesoro de la juventud" y "El flautista de Hamelín". Un viejito de melena larga y blanca que toca un cornetín y multitud de ratas que pasan junto a él y se arrojan a un río. Con el dibujo una poesía –"del escritor inglés..."– que habla de flauta, no de cornetín, y dice que las ratas siguieron, como encantadas, al flautista, y seguían y seguían y cayeron todas al agua y el pueblo se libró de la plaga. Pero había más tarde una venganza y no sé de quién, si de las ratas sobre el flautista o del flautista sobre la gente del pueblo, porque no le pagaron.

Quizás, me dije, el pericote esté todavía en mi pieza. Quizás venga su compañera o alguna otra que le guste y hagan cría. Quizás de este modo desde mi pieza podría lanzar sobre toda la pensión, sobre toda la ciudad, una plaga de pericotes. Pero yo no quería hacerle mal a nadie. Pensaba nomás.

* * *

Esa noche el pericote estaba allí, dentro de un cajón. Tarde, en mi desvelo, meditando otras cosas de la infancia, lo escuchaba roer su alimento nuevo: los libros de mi padre.

Le di un puntapié al cajón, pero después siguió. Seguí yo también, escuchándolo.

Esos libros me resisten, mas quiero conservarlos. No quería que el pericote se los comiera. Le llevé pan, miga. La introduje por las rendijas y esa noche no escuché sus dientes moliendo papel. Siempre le llevé migas, pero no todas las noches se conformó con las migas. No obstante, algo hacía yo por la salvación de los libros.

Tomaba las sobras de la mesa del comedor. No me gusta lo bastante nada más que la corteza del pan. Dejo la blanca y pesada pulpa. Más aún desde que una señora atemorizaba a su niño –delante de mí, la malvada– diciéndole que no comiera miga, que engorda, que la miga es el alimento de los tontos y de los mudos.

Siempre he prescindido de la miga, pero antes nunca cargaba con ella en mis bolsillos. La muchacha lo sabía y me preguntó por qué lo hacía ahora. Quise ser humorista y le escribí en mi cuadernillo: "Es para mi hijo". Pero no le hizo gracia. Otra noche se acordó de mi respuesta al verme recogiendo migajas sobrantes de todos los pensionistas y me preguntó cuántos años tenía ya mi hijo. No supe qué contestarle, porque deseaba seguir la broma y no se me ocurría nada ingenioso. Pero ella estaba festiva y sin esperar respuesta a la primera pregunta me hizo una segunda: "¿Cómo se llama su hijo?". Ahí, con su café, hablaba Rovira. Contaba de las guerras o de alguna guerra. Yo anoté en mi cuadernillo, para la muchacha: "Guerra".

–¡Je! Se llama Guerra. Un nene que se llama Guerra.

Entonces me fue fácil, también por el éxito, la respuesta a la primera pregunta: "Tiene los años de la humanidad y todavía más". Pero ella ya no me entendió.

* * *

Yo escribía algo, una carta, y crujió la tapa del cajón puesto arriba. Era la tapa del cajón de arriba presionada desde adentro y astillándose segundo a segundo.

No podía ser alguna fórmula de mi padre, debía de ser el pericote, que yo tenía olvidado, olvidado ya por tres días, con la emoción de haber recibido esa carta de mi hermana, al cabo de tantos años. No estaba solo, no.

No estaba solo en el mundo, no; pero en ese momento, en la pieza, tan tarde, sí, y sin voz, que me hizo tanta falta cuando asomó y sacó la cabeza gorda de bestia cebada, cuando puso afuera –engendro asqueroso– medio cuerpo desmesurado y dos patitas todavía

minúsculas. Era un monstruo repelente y fiero que me miraba como en reclamación, como anunciando castigo, venganza, y ahí voy por ti mientras te revuelves en la impotencia de tu propio espanto.

No podía salir aún porque la panza le resultaba, seguramente, demasiado voluminosa, y un escaso lapso de tregua a mi pavor, vergonzoso pero justificado, me sirvió para escapar de la silla y subirme a la cama.

Forcejeó más y se arrojó, se arrojó hacia mí; cayó como un derrame de leche condensada, de puro gordo y graso, de pura miga y papel. Y grande, deforme, pelando dientes, avanzaba, avanzaba, arrastrado, gomoso, hasta que sentí en mi mano la lapicera y se la lancé como un puñal. Se le clavó en el lomo y vi la sangre brotar en un chorro mugriento, curvo, decadente pero continuo en su manar.

Desfallecí. Caí en mi lecho, boca arriba, abandonado, vencido. El miedo y el asco me forzaban a la lasitud fatal y me forzaron, ¡oh, maravilla!, me forzaron un aliento de voz que yo no sabía qué era y creí sería, deseé que fuese, una flauta. Y mi arroyito de voz era el terror afinándose en música al paso por una flauta.

* * *

Ha quedado el rastro de sangre hasta el canal. Yo no pude verlo, nunca podría verlo. Y sin embargo lo veo. Lo veo desplazándose como una bola lustrosamente inmunda con un lapicero hundido en un hoyo de tinta roja.

Nido en los huesos

Yo no soy el mono. Tengo ideas distintas, aunque se nos haya puesto, por lo menos al principio, en la misma situación.

Mi padre lo trajo como a la palmera. Le sobra tierra, le sobra dinero. Puso la palmerita y le pareció muy bien mientras permaneció joven y primorosa. Pero cuando se fue estirando, estirando, se fastidió de ella, por desgarbada y barbuda, por inadaptada, dice él. Porque la perdió de vista, creo yo, pues no acostumbra llevar la mirada al cielo, al menos, hacia el lado donde se erguía la palma. Mira hacia la boca del río, donde se forman las tormentas, ya que de las lluvias depende, para bien o para mal, la cosecha.

Tampoco cayó en la cuenta de que el monito no se adaptaría, no sólo por cuestiones de clima, sino porque le sería imposible adaptarse a la familia, y él quería que fuese como un miembro de la familia. Quizás no andaba del todo desacertado, pues, favorecido por ciertas consideraciones, en las que mi padre ocasionalmente se mostraba intuitivo, el pequeño simio hacía algo por ganarse el lugar que se le prometiera. Pero su sitio, en definitiva, fue la palmera. No siempre empleaba mi padre la fiesta, el alimento y la caricia; por sobre todo, lo privaba de comida y no se cuidó de educarlo verdaderamente. El mono huyó, refugiándose en la palmera, como el hijo vuelve a la madre. Bajaba sólo para hurtar o para tomar la comida que la compasión de alguien le hubiese dejado al pie de su vivienda. Vivió solo, tal como se veía la copa raquítica del árbol en su altura. Se puso huraño y meditabundo, torpe para todo lo que no fuera procurarse el sustento. Quizás por malhumor –porque el invernáculo anunciado nunca se construyó– mi padre hizo limpiar de vegetales todo el sector donde se estiraba lentamente, como un suspiro nostálgico, la palmera. Cayeron palmera y mono, y el mono

se escondió entre algunos cajones y baúles hasta que los perros, enardecidos por la sangre de un pollo que dio degollado unos pasos agónicos, se le echaron encima sin que nadie se los impidiera.

* * *

Yo no soy el mono, pero también, por orden de mi padre, a causa de infracciones leves, en la niñez muchas veces tuve prohibido el acceso a la mesa. No tengo palmera, sin embargo hice de mi casa una palmera, mejor dicho, de los cuartos y de los cuadros de tierra que podían serlo, de algún paseo, de algún libro y de algún amigo. Mi palmera poseía, en verdad, muchas ramas, y por eso, quizás, tuve la posibilidad de pensar que yo no debía ser como el mono. Tal vez todo dependiese, como en el caso del simio y de la palma, del lugar de nacimiento y del ulterior destino inadecuado. No sé. Tal vez debí nacer en otras tierras y tal vez no sea así. Es posible que yo no debiese haber nacido en este tiempo. No quiero decir con ello que mi alumbramiento hubo de producirse en la Edad Media ni en el mismo año que el de Dostoyevski. No. Tal vez yo debí nacer en el siglo XXI o en el XXII. No tampoco porque crea que entonces será más fácil vivir, aunque es posible que lo sea. Para que sea posible, ya que es imposible que yo nazca transcurrida una centuria, he querido, en la medida de mis fuerzas, ser de alguna utilidad.

Cuando comprendí la inutilidad del mono pude acercarme a lo que me pareció hacerse un destino útil, siquiera sea para los demás. Su cabeza hueca me sugirió el aprovechamiento de la mía. Quise hacer de ella, y fue sencillo hacerlo, un nido de pájaros. Mi cabeza se colmó de pájaros, voluntaria y gozosamente, de mi parte y la de ellos. Gozaba, sí, por la felicidad del nido firme, seguro y abrigado que podía darles, y gozaba de otras maneras distintas. Cuando, por ejemplo, aquella vez hice mi aparición, físicamente sombría, en el semialborozo, con urdimbre de cálculo e inquietud transfigurados, del té-canasta de mi madre, y ella tuvo que decirme, retadora y perdiendo aplomo, que cómo hacía eso de ponerme a silbar en medio de la reunión de señoras. Y yo decía, con mi boca de labios desunidos nada más que por una sonrisa de lástima de su ignorancia, que

no era yo mismo quien silbaba, y en aquella muchacha suscité el asombro candoroso de quien presencia el tránsito de un dios musical, tangible y perecedero.

* * *

No fue siempre así, sino apenas unos años, quizás unos meses. Con el cambio he dudado un tanto de que haciendo la felicidad de un pájaro haré la felicidad de todas las familias de los siglos venideros. Si todos pusiéramos nuestra cabeza al servicio de la felicidad general, tal vez podría ser. Pero nuestra cabeza, no sólo el sentimiento.

Yo puse la mía y tuvo gorriones, canarios y perdices dichosos. También lo son ahora los buitres que han anidado en ella. Pero ya no puedo serlo. Son inacablablemente voraces y han afinado su pico para comerse hasta el último trocito de mi cerebro. Ya en hueso mondo, aún me picotean, no diré con saña, pero como cumpliendo una obligación. Y aunque sus picotazos fueran afectuosos y juguetones, nunca podrían ser tiernos. Duelen ferozmente, hacen doler el hueso y hacen expandir mi dolor y mi tortura en un llanto histérico y desgarrado de fluir constante. Nada puedo contra ellos y nadie puede, pues nadie puede verlos, como nadie veía a los pájaros que silbaban. Y aquí estoy yo, con mi nido rebosante de buitres que, aprovechados, insidiosos y perennes, hacen crujir, con cada picotazo de cada uno de sus mil picos, cada hueso de cada parte de todo mi esqueleto. Aquí estoy, escondido entre los baúles, a la espera de que alguno de los que antaño dieron de comer al mono se compadezca de este acorralado y azuce los perros.

Pero, por favor, que nadie, por conocer mi historia, se deje ganar por el horror; que lo supere y que no desista, si alienta algún buen propósito de poblar su cabeza de pájaros.

Es superable

Generosa de leche mi madre, abundantes los pastos, sin una sequía en los tres años, mi infancia y mi adolescencia fueron poco menos que enteramente dichosas. Es por eso que nada contaré, aunque podría, de aquel tiempo pasado, pues generalmente a los demás les fastidia y les aburre la exposición, más o menos circunstanciada, de la felicidad ajena.

A los tres años me sucedió lo que yo había observado de una mosca: seguía su vuelo con la mirada, no tan rápida como sus piruetas de dibujo impecable, y al deslizarse por una recta vertical ignoro si es que la perdí de vista o realmente se transformó en una hormiguita negra que por metros y metros, hasta no verla más, no se despegó de la tierra.

Me amodorraron de un mazazo en el cráneo; me abrieron el cuello y me desollaron. Me partieron en canaleta, hurgaron en mis profundidades y sacaron cuanto podían sacar. Ciertas vísceras fueron inmediatamente a las fauces de los puercos de engorde y de canes bestializados. Alguien me cargó sobre sus lomos y yo era como una breva sin piel, pero tenuemente roja y con cuatro muñones. Me pusieron asociado con otros extintos de la misma procedencia, es decir, de la misma estancia, en un carromato de estructura de hojalata.

Reparé en el cambio, que vino a mí despacioso y evidente como un amanecer, por el ruido del rodado. Cuando arrancamos, calle abajo, del matadero a las carnicerías, era estruendoso y bárbaro e iba precedido del trote cascado de los caballos. En cierto momento, no digo que sea el preciso momento en que ocurrió, sino algo después, pues quizás tardé en advertirlo, el ruido se hizo un zumbido y el traqueteo un deslizarse. Eran neumáticos de automotor y yo tenía

rostro, tenía manos con unas uñas comparativamente diminutas y estaba constreñido, pero con un cuerpo vivo, aunque no fuese el mío, en un camión celular.

Los policías, cándidos, creyeron, y yo en mi asombro no podía contradecirlos ni explicarles, que me habían traído de la cárcel.

El secretario del juzgado también lo creyó, y ahí está lo malo. Me aguardaba –y todas mis protestas parecieron estúpidas– un pedido del fiscal de que se me guardase, juntamente con no sé qué recibo, en caja de seguridad.

* * *

Creo que me cuadraré, que tomaré la forma de la caja de hierro, o que, de seguir siendo lo que soy, seré un hombre encogido. Es justicia. ¿Es justicia? ¡No! No se me escucha. Todavía –me informan, si algo digo cuando abren en busca de un papel– no ha llegado mi turno. Todo esto es tenebroso. No lo digo sólo por la falta de luz, sino porque me resulta una patraña oscura, como una trama maligna o tal vez como una trama descuidada, de la que soy víctima. No me quejaré más. El quejido es una voz estéril. Antes mugía; fui demasiado bovino. Pero existía. Ahora también existo; pero pienso. Y no puedo entender si la angustia me viene de pensar o si es que hace falta la angustia para poder pensar. Percibo mucha angustia entre los que ya podían pensar antes de que yo pudiera, aunque ellos habitualmente no piensen como si pensaran, porque, creo yo, pensar es tan hermoso y tan terrible que, cuando se hace, debe hacerse bien.

Percibo la angustia de los dos hombres que limpian la oficina; al anochecer, cuando se reúnen con su café y sus tortitas, y hablan de lo que querrían hacer, que es como decir que no quieren hacer lo que han hecho ese día y todos los días. Habla uno de ellos del campo y considero que si a él pudiera sucederle al revés de lo que me sucedió a mí, sería aceptable; de lo contrario, no.

Estos hombres que sirven, también a mí –¡hasta a mí!– tienen que servirme. Cuando me pasan el café con leche, a pesar de la presencia del secretario que permanece vigilante, llave en mano, mientras se entreabre la pesada puerta sólo lo indispensable para

que, un tanto inclinada, a fin de ahorrar espacio, entre la taza, cuando me pasan el café con leche, me pasan, con la mirada, un poco de solidaridad. Tomo la solidaridad y la agradezco con todo mi sentimiento; pero no puedo tomar el café con leche, y aunque lo tomara no podría digerirlo.

Ellos, los dos encargados de la limpieza y de mi café con leche, lo comprenden y, solidarios, tratan de que, por lo menos, digiera mi angustia. Uno de ellos, ligeramente memo, habla de que es mejor estar adentro, porque afuera hace mucho frío. El otro, también hablando a voces, para que yo lo escuche bien, pero hablando de cosas más convincentes, aunque ni él ni yo las entendamos, repite lo que dice el juez, sin omitir, honesto como el campesino que quiere ser, el nombre de quien lo dijo, es decir, sin que pretenda apropiarse la idea. Dice que, después de todo, yo soy un hombre dichoso, porque he superado la materialidad constante.

La materialidad constante... Pero, ¿qué es esto de la materialidad constante? ¿Pasar de vaca a hombre, con un intermedio de muerte? ¿Y para qué? ¿Para que, en vez de parar en el estómago del juez, pare en la caja de seguridad del juez? ¿El señor juez querría superar la materialidad constante con una regresión que le otorgue la supuesta dicha pastoril? ¿Querría ser vaca el señor juez? ¿O tal vez anhela ser cigüeña o tordo o peje-rey? No está satisfecho, eso es todo. ¿Por qué? ¿Sus narices, su tufo o la humedad de sus manos lo hacen intolerable para las mujeres? O quizás yo no entiendo sus palabras y no estoy preparado para entenderlas. Si sólo eso fuera, podría superar la materialidad constante con la muerte. Aunque es posible que tampoco de tal manera, si lo pienso sobre mi propio caso. Porque mi muerte no me hizo perder la materialidad; tras la muerte había otra materialidad. Él, que parece hallarse al tanto de mi anterior estado, ¿piensa en un estado superior después de morir? No. De lo contrario podría buscarlo.

Quizás mi historia no se ha producido para ser interpretada, y nada vale que yo haya superado ciertas constantes o constancias de la materia si es para alimentar las cavilaciones del señor juez. De nada me servirá la tal evolución, de nada a nadie ha de ser útil, excepto como muestra fenoménica, de no ser que yo pueda aplicar mi nueva

facultad, la de pensar. No he venido a ser hombre sólo para atragantarme de angustia. Quiero poder hacer, para digerirla. Quiero poder hacer, siquiera para morir por mi propia mano y no por la del matarife, como ya me sucedió.

Pero no. Quiero vivir.

* * *

Es de noche, estoy en la caja de hierro, la caja de hierro está en la oficina y parece que yo no estuviera entre paredes de caja fuerte ni muros de oficina ni fuera de noche; únicamente me ilusiono, y con aprensión, por el calor que sube, como en campo abierto a mediodía, en el estío.

Se me construye la noción de un incendio que vulnera el edificio. El incendio se toma la licencia de entrar al despacho del juez; se pone curioso de la caja fuerte, la asedia, la lame e infiltra en ella su aliento de llama.

Moriré quemado, o tostado por fuego indirecto. Abomino de mi condición. No de la condición humana, sino de la condición humana sin libertad: moriré sin quererlo o antes de cuando yo podía querer morir y por una muerte que se me da, no que me doy.

Mientras se me produce un desvanecido y cálido, también sufriente, deslizarse a la muerte, percibo que en mí se va operando una especie de transformación hacia una masa homogénea, a la cual, después de todo, el calor no le cae mal, le hace nacer un aroma... como de pan. Me desmodorro gradualmente y es como una ascensión o recuperación, pero en otro estado.

Ya sé, la caja de hierro se ha convertido en horno, yo en pan.

Pan. ¿Blanco o moreno? ¿Dulce o ácido? Quién sabe si los sufrimientos de los hombres hacen que al cabo, cuando se convierten en pan, sean un alimento amargo o con sabor de miel...

Rescatan la caja fuerte. Seguramente el esfuerzo de los bomberos es para salvar no la caja, sino su contenido, que no he de ser yo, sino algún valor caro al juez.

En la calzada la enfrían con chorros de agua, la abren con cuñas y sopletes.

Extraen el pan bien armado, cuadrado y fragante que soy; pero la decepción del juez lo desdeña, pues los valores que busca están destruidos o transfigurados, no sé, en todo caso, perdidos para él.

Quedo en la retaguardia del frente de lucha contra el fuego, más bien, extraviado en la confusión. Me apartan, me salpican, me abandonan.

He venido a dar, por los desordenados impulsos de una cantidad de pies, en la naciente de una callejuela oscura.

Allí, arrinconado y solo, espectador de la orgía del fuego, está un niño, tan escaso de ropas como de carnes. Me considera de lejos, con cautela. Pobrecito, me mira como si le hubiesen bloqueado el paso con un animal quieto. Olfatea, me huele. Al fin, se acerca, con prudencia, y cae de rodillas como en acto de adoración: todo este pan para él, para él solo, para toda su hambre.

Hunde en mi pulpa las uñas. Arranca dos trozos. La boca está abierta y espera. No obstante, el chico vacila. Salva las dos primeras porciones del suelo, de la suciedad ambiente, de él mismo: las lleva al alféizar de una ventana cercana, allí las deja y ante ellas se persigna. No entiendo, luego creo comprender o recordar: es un rito infantil o campesino o de los pobres. El pan, como símbolo del sustento de la vida, es sagrado. El primer pedazo, aunque sea del tamaño de un pellizco, o el mendrugo abandonado, debe ser consagrado, lo cual se logra apartándolo de la contaminación y del apetito descontrolado.

Ya el niño se halla de regreso y me devora y yo me ofrendo abnegado y satisfecho a su ansia de nutrición, a su gusto, y advierto que me encuentra delicioso. Soy, pues, aparte de sagrado –sagrado por ser pan–, un pan dulce a la boca pura de un niño.

Quién sabe de qué sombra brota un hombrón, no por grande menos mendigo que el chico; lo aparta con violencia y le quita lo que de mí queda. Toma un pedazo, lo prueba y lo devuelve, renegando de él. Soy amargo pan.

Amanece. La pelea con el fuego se apagó a la medianoche, y el barrio se ha quedado delicadamente callado y quieto. Hay, en el aire, una serenidad de cristal solo.

Me reencuentro en las migajas, mis últimos restos, levemente ateridas sobre el pavimento color de ceniza.

Después vendrá el sol, a devolver el dorado a las cascaritas.

Sus destellos atraerán las aves que vengan navegando el cielo y entonces, por sus picos, me elevaré a otra muerte, alada.

Yo acepto. La vida es superable.

Reducido

Desde su aparición en mis sueños fue, en cierto modo, mi perro. Como de día no tengo perro y sí muchas fatigas, es bueno curarse de ellas con un cuzquito nocturno, que no exige de uno ni siquiera moverse de la cama. Sólo es necesario dormirse, con el deseo, que sería inútil expresar a nadie, de esas horas de holgorio –liviano e infantil, lo admito–, para que él se presente dispuesto a jugar o, con comprensión superior de perro, para acompañarme mansamente.

Si se me preguntara no sabría decir cómo es. Pero en sueños podría reconocerlo, infaliblemente, en medio de una jauría compuesta por hermanos idénticos a él. Es que, si bien fue un perrito evidente e indiscutible desde el primer momento, algo tiene que, cuando pienso en él, me sugiere que es distinto porque ha venido a mí paulatinamente, como en una integración demorada. Por esto resulta contradictorio su nombre: Reducido; aunque le corresponda en relación con su físico. No es que se haya achicado, ni mucho menos que esté en proceso de reducción. Tampoco advierto –he aquí otra cuestión importante–, por más que observe, que crezca ni siquiera un poquito, siendo como es tan natural que los perros de corta edad se desarrollen casi de día en día, como cabría decir exagerando un tanto. Esto le da algunos caracteres de inmutabilidad que no me tienen tranquilo. Si Reducido, si mi Reducido, este perrito tan jovial, tan buen perro, es decir, tan buen amigo, no varía, es que tiene la fijeza de un sueño, nada más que de un sueño. Es, entonces, mi Reducido, como una persistente pesadilla, que vuelve siempre, igual, torturante, y aunque él no puede considerarse de ningún modo una pesadilla y si lo fuera sería una pesadilla simpática, justamente como las pesadillas me tiene el corazón sobresaltado, no en el momento en que se extingue, sino en el día, por la probabilidad, nunca desechable, de que en la noche no vuelva.

Por eso, admitiendo que sea un sueño, necesito que se traslade a mi vida despierta. Si lo es, tendré, en esta miserable vida mía, sin sol, aunque bajo el sol, un sueño. Si lo es, no tendré que temer la ausencia definitiva, una noche cualquiera, porque, pese a que nada ha hecho para que yo pueda juzgarlo así, puede ser inconstante y pasarse, con sus pasos de sombra, a los sueños de alguno de mis vecinos. Vivo, sobre la tierra, es indiscutible, puede morir. Pero pensaré en su muerte como en la mía: pensaré que es algo que no viene, aunque se desee, si no se busca de frente.

Ya he conversado con Reducido. Le confesé, francamente, mis inquietudes, que quizás antes no se le escapaban, porque es muy perspicaz, muy avisado. Le pedí que se apee de la noche y venga. Me pidió él que no le exigiera la respuesta hasta la noche de ayer. Su respuesta no responde directamente a mi pedido. Me contesta que sí, que le gusta ser mi perro y podemos pasar juntos más tiempo; pero, a su vez, me propone algo que también me obliga a diferir la respuesta, hasta pensarla bien.

Esta noche debo contestarle. No faltan muchas horas y he de resolver, siendo, como es, tan difícil decidir sobre lo que Reducido quiere. Porque lo que Reducido quiere es que yo me vaya con él, es decir, que yo me vaya con él a los sueños.

Trueques con muerte

Es como ella lo precisaba y como podría haberlo amado, antes. Antes de que perdiera confianza en la perduración de los sentimientos y en el valor de sus atractivos, que él hizo renacer, pero agotó.

Porque él, su esposo, todo lo agota. La sorbe.

Es como ella lo necesita, tan apasionado y violento, y tan bueno; tan repentino catador de los rasgos de espíritu, tan buscador de la pureza, y tan detonante. Le ha cobrado un amor completo, que ni se altera, ni merma, ni le concede reposo. Es, decididamente, agobiador.

Puede ser que esté bien que sea así. Por otra parte, ella mantiene intacto su encanto social y externo y no le da motivo alguno para que se reduzcan ni su cariño ni su devoción. Él desconoce que a ella ya no le importa su propia hermosura, y que no lo ama. Lo cual no significa que vaya a abrumarlo con alguna caída, ni siquiera en procura de una resurrección, porque, claro está, no sólo cree en la dignidad del hombre, y lo cuida, sino que es una mujer enteramente honesta.

* * *

Con la germinación de la criatura en sí misma se produce el principio de su ir a la muerte.

Se ha venido sintiendo circundada de vacío, y con nada adentro. Ahora en su materia está enfundada otra materia, que posee temperatura y palpita, que la llena y crece.

No obstante, conjetura que un día esa materia viviente se evacuará, y entonces en su interior, al igual que en el exterior, se establecerá la nada.

Reniega de esas abstracciones. Se complace en una maldad romántica y lisonjera: cuando muera, y él vea a la niña, se obstinará en

evocarla y ya no estará al alcance de sus brazos. En esas ensoñaciones vengadoras unas veces "él" es su esposo, el padre de la criatura, y otras veces "él" es Aníbal.

* * *

Éste es el primer día que se asoma al patio, tras aquello que sucedió, sin que a ella nada le ocurriese, ni siquiera por su propia mano, que con tal anhelo solía tomar la forma de la tentativa, o la del abandono definitivo.

Vaciada del niño, que ni le permitieron ver –para qué, se le dijo–, se ha vuelto frágil, y el sol que la recibe es templado y protector. En pura delicadeza se ha tornado ella, y cuanto la acompaña, hasta la naturaleza, la trata con dedos muy suaves.

Sin embargo, se siente como contaminada de materia; ¿qué materia?, no lo sabe. En todo caso es –o era– algo pegajoso que ella, tal vez, amaba.

Se le arrima la gata blanca, con su panza englobada, los pezones rosados y reventones. A puntapiés la agrede (muda, mordiéndose los labios). Quizás quiere matarla, quizás quiere matarle los nonatos.

* * *

Después de la furia, días y días permanece yacente en el lecho, la mirada a nada dirigida, sino a lo alto.

Abriga el silencio, que los demás acatan, aunque la vigilan. Guarda dolores del cuerpo, a causa de los golpes conque la sofrenó el marido.

Pide ver la gata. Le dicen: "Ha muerto". "¿Y los gatitos?" "Se han salvado dos." Y ella entonces dice: "Todo eso es justo".

A menudo, en sus visiones –despierta, dormida– anda viviendo la gata blanca con su bolsa cargada de gatitos muertos. Pero no es la figuración que ella prefiere, más bien querría una imagen de la gata muerta.

Hombre-perro

Magissi me dijo: "La diferencia está en que usted cree que a veces los hombres se portan como perros y yo sé que todos los hombres son unos perros. Ésa es la diferencia entre usted y yo".

No podía darle la razón, sencillamente porque hubiera sido reconocer que él sabía más que yo. Entonces quise persuadirlo de que él se equivocaba aun respecto a mis ideas. Deshice mis anteriores argumentos y, sin llegar a usar la palabra "bueno" en un sentido general, ni para el hombre ni para el perro, opiné que uno y otro tienen sus momentos malos.

–O de maldad. ¿El momento de la perrada?

Él me preguntaba lo qué sabía que yo estaba pensando. Quería que lo afirmara, que dijera simplemente "sí", pero un sí sin lugar a dudas. No pude dejar de intuir una celada, pero yo mismo me había llevado a ese punto y en consecuencia, muy a pesar de mí, tuve que decir:

–Sí.

Yo lo sabía. Me había hecho volver al punto de partida. Esa ansiedad porque dijera que sí... Si yo creía en el momento malo es que juzgaba que habitualmente son buenos. Y era todo lo contrario: habitualmente son malos y por momentos, sólo en contados momentos, buenos. Procuraba convencerme, ya sin esfuerzo, porque él podía darse cuenta fácilmente de que yo resistía por terquedad, por mantenerme en antiguas convicciones y también, desde luego, por orgullo. Aunque a él no le importaba el orgullo, ni el propio ni el mío.

Algo, algo que no se puede palpar, pero nos asiste, me soplaba al oído que la verdad estaba en mí. Sin embargo, era inútil discutir. Fastidiaba decir lo mismo, decirlo él y decirlo yo, con nuevos ejemplos o con otras palabras. En fin...

* * *

Cuando era muy joven, hasta los dieciocho años, tenía ilusiones. Tenía ilusiones porque vivían mis padres y yo no necesitaba trabajar. Ambicionaba ser director ad honorem de la Biblioteca Provincial. Cuando se volvió imperioso procurarme sustento, debí desistir de esta ambición, pero tuve suerte, de un modo relativo. La casa Raft, de la Capital, vende ficheros metálicos para bibliotecas. Al que le compra un fichero le envía, junto con el fichero, un empleado, que le organiza la biblioteca y le ficha los libros. Ese empleado era yo. Podía disponer hasta de dos semanas para organizar y fichar una biblioteca de quinientos libros. La casa Raft quiere que las cosas se hagan bien. La casa Raft quiere que el cliente quede satisfecho. Un cliente satisfecho es nuestro mejor propagandista, etc. Estaba equivocado: aun trabajando tenía ilusiones, quizás mayores.

Pero me dejaron cesante, ¡maldita sea! Me pusieron cierta cantidad de billetes en un sobre. No obstante, el sobre de las explicaciones lo dejaron vacío. El empleador tiene derecho de prescindir de su empleado, siempre que lo indemnice debidamente. La ley debe de decir algo por el estilo. Y como la ley me cortaba tan bruscamente, nunca más pude, pobre de mí, pasar por esa calle de la sucursal Raft. Me sentía el tachado por la ley, como si se tratara de la ley penal.

Otras casas venden ficheros metálicos, pero la única que entrega con un fichero un fichador es la casa Raft. Pensé de nuevo en la Biblioteca Provincial, ya no, por cierto, con aspiraciones de dirigirla. Pensé –y aún más, intenté– emplearme en una librería. En un diario, en un museo...

En febrero se iba vaciando del todo el único sobre lleno que me dio la casa Raft. Era el tiempo de comprar uva. Una bodega de tres cuerpos me encargó que pagara hasta cinco pesos sobre el precio oficial. Yo recorría, a pie, con toda esa tierra y ese maligno sol, viñas y viñas de diez, de cinco, de dos hectáreas. Otro corredor, de una bodega más grande, había pasado antes, en automóvil, pagando ocho pesos por encima del precio oficial.

* * *

Trabajaban ella y la madre. Quizás podrían haber dispuesto para un departamentito mejor, por lo menos exento de esa vecindad que lo asemejaba al de un conventillo. Pero Barbarita prefería guardar la diferencia con el propósito de comprarse un piano. Era una desdichada ilusión, porque por cada cien pesos ahorrados el precio de los pianos aumentaba doscientos. De todas maneras, doce años sin tocar, desde los catorce...

Cuando vino Conchita Piquer al Teatro Municipal, la Perea, departamento seis, aprendió aquello de

"A la lima y al limón,
Te vas a quedar soltera..."

Se lo cantaba sin compasión. También los niños lo aprendieron.

Barbarita me lo contó; no para apurarme, estoy seguro. Me lo contó con una sonrisa triste, alguna vez que quiso hacerme entender que no sólo yo era digno de lástima.

El sábado, ¡oh, qué malintencionado estaba yo!, fui preparándola y en cierto momento, bajito, muy bajito, le canté:

"A la lima y al limón,
Te vas a quedar soltera..."

Y la dejé irse, en retirada, herida, con la boca semiabierta, pero sin palabras.

¡La perrada, santa furia! ¡Mi perrada!

* * *

Sin saber hasta cuándo podría pagar la pensión, sin Barbarita, ciertamente... Uno, claro, necesita que algo suceda, está en tensión, a la espera. Y sin embargo no se le escapa que muy probablemente lo que ha de suceder será malo.

Aquel hombrecito, de mi edad, pero mucho más endeble, era mi amigo. Conversábamos y conversábamos y me daba envidia porque él tenía tiempo para leer tanto. Nunca le pregunté de qué vivía, si

bien alguien me contó que del padre, y esta explicación de ninguna manera quería yo que fuese inexacta, porque me daba un motivo para despreciarlo. Supe además, aunque vagamente atendí la referencia, que el padre le exigía que buscara el medio de atender a sus necesidades. Por eso él siempre hablaba de publicar una revista, de la que nunca he visto un solo número.

Lo perdí de vista tantas semanas y ahora... ¡Ah, como me lo esperaba yo! Si algo sucedía, algo malo tendría que ser. ¡Él, sangre pútrida, él está allí, en mi puesto, nombrado el mismo día de mi despido!

* * *

Estuve aguardándolo pacientemente, pero cuando lo vi toda la furia me poseyó. Se me hincharon los belfos, me fui al suelo y mis cuatro patas me dispararon hacia él, que ya, advertido rápidamente, en sus cuatro patas también, con un leve aullido de miedo, mostraba, por instinto de defensa, los dientes. Me abalancé sobre su cabeza mordiéndolo con implacable rabia, echando espuma por la boca, tratando de hincarle los dientes en el cuello, que él defendía desesperado con las patas delanteras.

Un barrendero, a instancias de una mujer que gritaba espantada, nos separó a escobazos.

* * *

Nada de esto, sin embargo, concede la razón a Magissi.

En rojo de culpa

Los hombres dicen: "No es mi culpa; no soy culpable". Y culpan a la esposa, al clima, a su hígado, a Dios, al nuevo horario.

Ellos, los ratones, dicen: "No es culpa nuestra. El culpable es Caín".

No soy Caín. Soy Abel. Ellos me llaman Caín por humillarme, por humillar su culpa, su culpa comprada.

Me pagan, sí; soy un pagado de los ratones. Cuando el papá sugiere al nene que ponga el dientecito debajo de la almohada para que los ratoncitos, en cambio, le dejen una moneda, los ratoncitos, en cambio, se le llevan al papá todos los billetes que escondía en el estante de los libros. Se especializan en padres lerdos difusores de candideces. Podrían hacerlo con cualesquiera otros, pero les divierte burlar la historia de la moneda. A mí también me divierte cuando me cuentan sus hazañas y cuando arrastran a mis pies los billetes, que son mi paga.

Soy una culpa paga: tengo un ruin y desconsolador oficio.

Es absurdo, pero ellos sostienen ese absurdo y por su falta de eficiencia vivo, pago los estudios de mis hijos y las pieles, ¡Cristo, hasta pieles!, de mi mujer. Mi familia lo ignora. Si mi esposa lo supiera no me diría, no, que dejara de hacerlo aunque tuviese que vender sus pieles y aunque hubiéramos de quedar sólo con las nuestras originales. No se lo digo por su aprensión a los ratones. Pensaría después que viste pieles de ratones y estaría constantemente histérica e insoportable.

Es un absurdo. Entienden que su vida es así por culpa de los hombres, más poderosos, más numerosos, mejor armados que ellos. Cuando los ofenden, cuando los dañan, fue el hombre; cuando infestan una ciudad, la culpa es de la ciudad. Se consideran inculpables y quieren tener en quien descargar la culpa que los hombres les adjudican, y me pagan a mí para que yo sea la culpa de ellos. Los culpables son, según su punto de vista, todos los hombres, y yo, que soy un solo hombre, les cuesto trabajo –un trabajo que los regocija, he de reconocerlo– para ser mantenido como culpable. Es absurdo. Cuando cometen una canallada y hasta se asustan de haberla cometido, por temor a las represalias humanas, no me exponen como culpable ante mis congéneres. No me presentan y dicen: "Somos inocentes. La culpa es de Caín. Descargad en él vuestra razonable furia". No. Tampoco les sirvo para alegato alguno ante un orden superior. Se conforman con saber que el culpable soy yo, aunque sepan que no lo soy. Es estúpidamente absurdo. O quizás no lo sea. Quizás se trate de una forma y un problema de la responsabilidad; pero... no está a mi alcance. Quizás, para comprenderlo, tendría que ilustrarme con algún ilustrado profesor. Tendré que hacerlo, si procuro ser, como muy probablemente ellos me prefieren, una culpa sosegada.

* * *

Las guerras necesitan al asesino de Francisco José para descargarse. Ocurrió todo en una sola casa y pudo parecer nimio, en relación con el orden general de persecución y muerte de ratones.

La casa era miserable como mi puesto. La habitaba, sin corregir la soledad de sus cinco cuartos ruinosos, un viudo avaro. La compartían, a su modo la disfrutaban, sin descuidar el sigilo, aunque fuese innecesario, los ratones, una caudalosa pandilla. Pero a la muerte del viudo penetró, con su familia y una sonrisa, una mujer pequeña, laboriosa, afable y optimista. Optimista a pesar de los ratones y de la relativa ineficacia de su lucha, planteada con espanto femenino, contra ellos.

Pero la infortunada era miope y cardíaca. Sirvió a los niños jalea de membrillo, untada en rebanadas de pan, y ella misma comió jalea cuidadosamente untada en el pan. Al tapar el frasco reparó en que había algo oscuro sumergido en el dulce, como un inesperado carozo. Escarbó con la cuchara de mango largo; lo sacó y... Claro está, el asco, su corazoncito tan poco dispuesto... Quedó mal, muy mal. Después, de nuevo, con su miopía, creyó que a su pequeña se le habría caído una de las rosas rojas preparadas para la maestra, la alzó y... Es que el gato nada más había hecho que matarlo y destrozarlo,

instintivamente, por oficio, puesto que hambre no tenía, harto de bien alimentado por la doméstica dueña.

La enconada desgracia. La enconada desgracia para el nuevo viudo, el viudo de la mujer que sonreía, la desdichada optimista. La enconada desgracia para él, para los ratones y para mí.

Allí hubo de ser, porque la desgracia estaba enconada allí. Allí hubo de brotar la peste bubónica y prender en los dos niños, allí.

No esperó, no, a los fumigadores de Salubridad. Instantáneo, con un arrebato como el de la muerte sobre sus hijos, el hombre de luto, armado de hacha, pico, un garrote, un cuchillo, escarbó, demolió, en busca de madrigueras, sacando a la luz los animalejos de su catástrofe, y estrellándolos en rojo implacable. Y la casa siniestra tuvo por una vez, efímero, un jardín de abundantes rosas rojas.

* * *

Esto también es estúpido. Pero, creo, es la última estupidez que cometen conmigo, la última estupidez en que me complican.

Se han vuelto contra su culpa. El ilustrado profesor diría que no es posible destruirla, que las culpas permanecen y nos sobreviven, que moralmente sólo podemos contra ellas un acto bueno y compensador referido a la misma cuestión, aunque no ha de extinguirlas de ninguna manera. Sólo hay un medio, diría él, de vestirlas de humo tolerablemente camuflador y complaciente: el olvido voluntario, mecanismo apaciguador para tolerar la vida ajena y la propia.

Ellos no me olvidan, no. Se han cebado en mí para anularme, expeditivos como una revolución triunfante, pero sádicos como los que montan con despaciosa delectación el aparato de la horca de los vencidos a la vista de éstos.

Me previnieron que no debía intentar la fuga. Cubrieron el espacio que me circunda de ratones muertos por la bubónica. Comprendí. Menosprecié la advertencia y quise huir. Tres de los vivientes treparon por mis piernas y paralizaron mis movimientos con el miedo de sentirlos sobre mi cuerpo y de ignorar qué harían de mí. Nada hicieron, por unos minutos. Intenté dar otro paso. Se escurrieron por mi pecho y surgieron por el cuello de la camisa. Grité,

despavorido y en demanda de socorro. Uno de ellos se zambulló en mi boca. Me llenó de náuseas. Procuré escupirlo y se aferró a la lengua y finalmente se me introdujo por la garganta. Espantado, adivinando sin esfuerzo lo que harían los otros, apreté los dientes y me lancé a la carrera, pero sólo por unos metros. Los dos que estaban en mi cara, para obligarme a abrir la boca, me mordieron los labios, principiaron a comérmelos y yo grité y ellos se suicidaron. Y otros subieron por mis piernas, por mi pecho y por mi cuello, y me desgarraron labios, orejas, nariz, y fueron colmando mi boca y mi garganta y mi estómago. Comprendí. No hubo necesidad de que ninguno más fuera devorado por su culpa, por su culpa paga.

He vuelto. Aquí estoy, sin nariz, sin labios, con restos de orejas, vomitando, tirado en medio del círculo de ratones muertos. Ellos, muertos, se enfrían, y yo, con una maldita resistencia involuntaria, no muero ni me desvanezco. Abro los ojos, abro los ojos y veo más claro, con un horror que no puedo superar, que me seduce. Horror de mí mismo y de verlos y de ver lo que a mí viene. Verlos muertos, enfriándose, mientras mi sangre se coagula. Verlos muertos, y las pulgas transmisoras del mal que los abandonan al sentirlos fríos y que vienen, una a una, a mi carne caliente, derrotada e inculpable.

Las poderosas improbabilidades

Esta historia mía pudo ser una historia de amor.

El comienzo, con la relativa indeterminación de las grandes acumulaciones, puede haberse producido cuando ella y yo éramos individuos de unos doce años y mis rodillas estaban habitualmente sucias y su larga cabellera posiblemente también, aunque no se notara y fuese muy adornada con cintas.

En el cementerio, donde un momento antes habían puesto el ataúd con el cuerpecito de nuestro compañero muerto y luego flores y flores, yo leí el discurso que me escribió mi padre y, aunque vacilé unos instantes, hasta comprender por qué no me aplaudían al terminar, me sentí resueltamente importante. Nora me miraba, mientras el maestro decía unos versos olímpicos, y si bien no puedo considerar que ella me mirase porque me considerara importante, su mirada caía en mí y no en otra cosa ni en otra persona porque yo, entre todos los colegiales, había sido el elegido para decir el discurso y porque, efectivamente, lo había dicho.

En la escuela, en el día siguiente y en muchos otros días que no sé cuántos fueron, quizás todos los de un mes, a veces en medio de un juego jugado con sus compañeras descubría mi presencia y me miraba, con reserva, sin ninguna otra expresión, pero como recordando que yo era el que leyó el discurso en el cementerio. Después ha de haber olvidado esto y como nada más que pueda considerarse notable hice yo, hasta la primavera no me miró de nuevo de una manera particular.

Entonces, en primavera, el 21 de septiembre, en el picnic, yo dije que sabía dónde estaba el manantial del agua fresca en verano y tibia en invierno, y Nora dijo que también sabía y fue la vez primera que ella dijo algo por mí. Pero también José declaró que lo sabía,

de modo que los tres –y no sólo yo, ni sólo ella y yo– condujimos a los demás arroyo abajo, adonde crecen los berros porque el agua del constante surgente les da vida y desde arriba los sauces cuidan que haya sombra y, creo yo, cuidan asimismo que haya sosiego.

* * *

Si la vecindad en aquel año en que observamos que yo soy hombre y ella mujer nos inhibió la palabra, la sostenida ausencia de contacto, después, hizo del reencuentro el hallazgo de amigos, y nada había de "usted", quizás por repentino coraje de ambos. Con José, desde luego, para mí esto era más natural.

Éramos amigos, ¡Cristo! Éramos amigos, allí ante todos, y yo era amigo de la muchacha más bonita de todas. Aunque bailó toda la noche apasionadamente y sólo en la mesa hablamos, hablando, aún, con interrupciones, sin coordinación. Ella, esa noche, era libre, absolutamente libre, porque no estaba en el corazón de uno, sino en el de todos.

Nos hicieron quedar, porque, claro está, la fiesta no había terminado con la partida de los novios, ni mucho menos la comida y las bebidas. En la mañana todos dormimos hasta que el sol se puso ardoroso, como fatigado de la cuesta que debe subir hasta llegar arriba. Comimos de pie unos bocados y los demás hombres salieron a pescar a la laguna y las mujeres se reunieron en la galería a tomar mate y yo no quería irme con ellos pero tampoco podía quedarme con ellas.

Dije que deseaba buscar fruta y dormir entre los álamos y me dijeron que la fruta estaría caliente y que me cuidase, al echarme al suelo, de las viboritas de la siesta. Tomé unos granos de uva, resguardados, para visitantes tardíos, por una celosa capa de hojas poderosamente verdes y anchas. Comí sin deseos aparentes, por si alguien me observaba. Permanecí, atento a cualquier presencia humana, la de algún contratista, que Nora no podía ser, siendo como era la única que yo deseaba se fijase en mí.

Una acequia, cariñosamente sombreada por los sauces, confortablemente rellena de limpia arena, me invitaba, si no a la siesta,

que al cabo hice, a sentirme en paz sobre la misma tierra, a saberme en una soledad deliberadamente buscada y no ingrata ni dolorosa. Allá arriba –¿a cuántos metros?– algún bichito con alas hacía un cantito liviano, repetido y, tal vez, enamorado.

Algo me picó en el empeine del pie y –el pájaro tuvo la culpa– supuse que era una hormiga y me limité, sin alzar la cabeza, a frotarme con el otro pie.

Distraído por la no vista hormiga, descuidé un momento el pájaro y las ramas del sauce que se derramaban, pero finamente y sin caer sobre mí, y pensé en Nora, pero no mucho ni muy circunstanciadamente. Sólo que deseé que estuviera allí, conmigo, solos los dos, allí, bajo el sauce y con todo el silencio de la viña y del domingo, sin hablar, partes del silencio nosotros mismos, pero, ¡palabra!, sin dejarla que respirase un instante, besándola, besándola sin piedad.

Otra vez la picadura, maldito pinchazo instantáneo de alfiler, y alcé la cabeza y vi como una mosca que remontaba vuelo desde mi pie, pero nada de hormiga.

* * *

El sol se iba abajo, lentamente, a guardar, y yo retornaba, con un extraño fastidio, fastidio de pisar los desparejos terrones, de sentir un leve ardor en las picaduras, con aprensión de que la arena húmeda pudiera provocarme un resfrío o una ciática, como a un anciano.

Ella se aderezaba, en algún lugar de la casa adonde ese día sólo tenían acceso las mujeres, y la partida de pescadores no había regresado.

Fui entre los mesones de fruta seca hacia los chiqueros y los corrales. En el gallinero había una pavita nueva, de esas que todavía nadie se ocupa de engordar, que pudo asombrarme si no fuese que ella en nada se diferenciaba de otra que caminó ante mí algún día cuando yo era niño. Caminaba con una sola pata, faltándole en absoluto la segunda. No era un animal que naturalmente poseyese una sola pata, sino una pavita vulgar, de dos patas, a la que sólo le quedaba una. No por eso, al caminar, tenía que hacer desesperados esfuerzos, ni andar a saltos, ni siquiera con pérdida del equilibrio.

Era como si normalmente tuviese dos patas, pero una fuese invisible. Era estrictamente como la pavita de mi infancia y ni siquiera conseguía excitar mi imaginación. En todo caso, suscitaba en mí estas mortecinas preguntas: ¿siempre habrá alguna así...? ¿Siempre he de encontrarlas...? ¿Siempre...?

Cuando me llegaron las voces de los pescadores y acudí, a su llamado, a comprobar su grado de éxito, José se había hecho visible nuevamente. Lo comprobé, pero con indiferencia y hasta con fatiga. No es que él hubiese faltado en la noche anterior. No. José estuvo allí, con nosotros; pero ya, esa tarde y hasta el final, fue como si estuviera más.

* * *

No era una hormiga. Era un tábano. Por ahí, por la picadura, con la arena de la acequia o con la tierra de la viña, entró la infección, y de ese modo vinieron el dolor y la renguera, que han de pasarse, y esta postración y la penicilina.

Nora lo supo y si lo desairado de mi actitud en la visita nada pudo expresarle de mi agradecimiento, nada tiene que ver eso con mi cariño especial, que ha nacido junto al de siempre, siendo, quizás, parte de él mismo. Ha nacido de saber que se decidió a entrar en mi casa para estar conmigo; es más, que después del domingo averiguó, o, si es que lo supo accidentalmente, no prescindió de la información e hizo lo que yo no me habría atrevido a hacer siendo ella la enferma.

Vino, por mí, por este infortunado, por este torpe y callado enamorado. Porque, ¿qué he de hacer? Vino, sí; vino a verme, pero con José. Con José. ¿Podía ser de otra manera?

A pesar de José, posiblemente dispensada por la indiferencia y falta de sobresalto con que él asiste a mi existencia, tuve entonces el beso –uno para siempre– con el cual Nora me religó a la convicción de que la tengo en mí pero nunca la tendré conmigo. Porque sus labios no fueron al encuentro de mis labios, sino de mi frente, y únicamente allí se posaron.

Su cabeza se inclinó al beso sobre mi cabeza en la almohada. Ella estaba de pie y vestía una blusa blanca. Al agacharse se abrió

la blusa y pude *ver*, porque yo había bajado levemente la mirada, a causa de sentir que el beso era de amiga.

Pude ver, por la blusa entreabierta, que sólo tenía un seno, y con la pena por Nora acudió la memoria de la pavita de una sola pata.

Enseguida, Nora, inadvertida de la revelación, se irguió con su sonrisa buena y diáfana, y se restablecieron el relieve y la armonía exterior de su busto.

* * *

Cedieron los fuegos del verano. El otoño fue un manso atardecer que transcurría lentamente. Luego ha vuelto la estación que inmoviliza el aire y aterra las cosas.

No siempre estuvo, con Nora, José. Sin embargo fue –y es– como si estuviera.

En general, de ellos lo ignoro todo, si bien creo saber que no son novios, que no se aman ni los une la alegría. Cuando se reúnen –creo–, el silencio los separa.

A mi vez, para pensar en Nora tengo que desunirla de José.

Pienso en Nora y el equilibrio de sus pasos en la vida; pienso en la pavita coja.

En la normalidad –presuntamente irreal– de Nora hay un sostén invisible. Soy yo.

Me tomo de la afligente improbabilidad.

Por ver a Nora, de cierto modo para esperarla, me aplano sobre el muro que da frente a su casa. El muro traslada humedad a mi espalda. La humedad avanza hacia la base del cráneo y poco a poco me voy helando. Los ojos quedarán detenidos en una mirada hacia Nora, ausente.

Volamos

Como puesta ante un apacible e inofensivo misterio, que puede serlo, con ganas de hablar, que a mí me faltan, me cuenta de su gato.

Es, sí. Claro que es; pero... Ante todo, como es huérfano, recogido por compasión, se ignora su ascendencia. Es gato y le agrada el agua. De las acequias no prefiere los albañales, sino la corriente barrosa. Se lanza acezante, pisa fuerte y salpica; hunde las fauces y hace que toma, pero no toma, porque es de puro goloso que lo hace. Puede pensarse que no es un gato, que es un perro. También por su actitud indiferente en presencia de los demás gatos. Pero es que asimismo se limita a observar desde lejos a los perros y ni siquiera se enardece frente a una pelea callejera. Como al emitir la voz desafina espantosamente y además es ronco, no puede saberse si maúlla o ladra.

Hago como que me asombro. Pero no abro la boca, porque de preguntar o comentar me preguntaría por qué pienso así y tendría que explicar y complicarme en un diálogo. Empero ya no me habla: se habla. Revisa lo que sabe y quiere saber más.

Es gato y le gusta el agua. Eso no autoriza a concluir que sea un perro. Ni siquiera está la cuestión en que sea perro o gato, porque ni uno ni otro vuelan, y este animalito vuela, desde hace unos días se ha puesto a volar.

Yo espero que me pregunte si creo que se trata de una brujería. Pero no; al parecer, no cree en eso. Yo tampoco; aunque lo pensé. Mejor dicho, pensé que ella lo pensaba. Pero no.

–¿No te maravillas?

–Sí; seguramente. Me maravillo. Cómo no. Me maravillo.

Podría maravillarme, cómo no. Pero no. Puedo maravillarme porque el gato-perro vuela. Pero es que no sólo hablo. Estoy pensando.

Pienso que ella supone que he de maravillarme porque lo que creyó era gato puede ser perro o lo que puede ser gato o perro puede ser un ave o cualquier otro animal que vuele. Debiera maravillarme porque, lo que se cree que es, no es. No puedo. ¿Acaso me maravillo de que tú no seas lo que tu esposo cree que eres? ¿Acaso me maravillo de no ser lo que mi esposa cree que soy? Tu animalejo es un cínico, nada más. Un cínico ejercitado.

Sospechas de perfección

Creo yo que nada se me opuso porque, al entrar y en todos los sucesivos registros, hice poner que era maestro de vocación. Se pensó que mentía, porque allí nadie cree en la vocación, y como la mentira es una de sus formas de expresión normales, se me aceptó como uno de ellos.

Como soy un vendedor nato, ideal, tanto que, para poder vender, donde no existe necesidad de lo que vendo creo la necesidad, de ningún modo me desalentó la falta de librerías, clientes naturales de los libros que yo suponía en viaje tras de mí, ni tampoco la comprobación subsiguiente de que nadie sabía leer. Hice lo que hubiera hecho de vender cocinas de gas: enseñar el uso de la cocina de gas. Me consagré a la enseñanza de la lectura. Sólo enseñaba a leer, no a escribir, puesto que no vendía papel en blanco ni estilográficas. Quizás era una manera escandalosamente mercantil de comportarme, pero yo juzgaba que no podía malograr el costoso viaje y ese cálculo, tal vez por determinar mis acciones con fatal exclusividad, no me permitió apreciar debidamente el riesgo, del que me había noticiado el hotelero, enterado, cauteloso y útil, como suele serlo su gremio. Me exponía yo, era peligroso lo que hacía, según él y según, asimismo, el misterio que mis alumnos ponían en torno de su concurrencia a mis clases. Pero precisamente esa aceptación, de parte de ellos, de la responsabilidad de tomar mis lecciones, contribuía a confundirse sobre la realidad del estado de cosas. Descuidaba yo la noción de que aun en las sociedades más liquidadas hay quienes desean algo mejor y quienes se animan a intentarlo.

* * *

Por algunos días, la tolerancia o el descuido, ignoro qué, me mantuvieron impune; lo cual terminó cuando los libros, al llegar a la frontera, pusieron claridad, como menos no podía ser, tratándose de libros, acerca de mi persona y mis propósitos.

Suspendidos mis propósitos, mi persona fue llevada a juicio, ante un tribunal de hombres enmascarados y a caballo en bestias cubiertas de gualdrapas. Yo, en medio de todos, de pie, las muñecas oprimidas por una cuerda. Ni la cuerda, ni los jinetes y sus disfraces de justicia alcanzaban a turbarme tanto como el hedor del estiércol constantemente removido por las pezuñas de los impacientes animales.

Yo no tenía defensor ni se me permitía nombrarlo y pregunté por qué.

–Porque de todos modos serás condenado.

–¿Y cuál será la condena?

–La única que establece el Código: la muerte.

–Entonces, si de antemano tienen resuelto mi ajusticiamiento, ¿por qué me juzgan?

–Porque éste es un país amante de la justicia.

* * *

A fin de hacer economías en la cárcel, se me autorizó a permanecer en el hotel, a mis expensas, hasta la fecha de la ejecución.

Ese día me desperté bien temprano, con el bullicio de la gente que acudía a tomar plaza para presenciar mi muerte; y muy enseguida, con un tanto de curiosidad, me mezclé con el que sería mi público.

Ya, mientras me peinaba, había escuchado un cañonazo. Andando, escuché otro y vi, a la luz del fogonazo, el cañón, que apuntaba al cielo pero a nadie podía intimidar, a menos que fuese por el estruendo, porque lo tenían encerrado en un corralito de alambre de púas, en un terreno salitroso y baldío que se explaya a la derecha del camino.

Interrogué a uno de los silenciosos individuos que marchaban cerca de mí sin siquiera dirigirme una mirada y me informó que el cañón disparaba para anunciar mi ejecución, pues debía consumarse con el mayor sigilo, sin ninguna señal exterior.

–Es la costumbre –me explicó, por si yo no estaba satisfecho con sus palabras anteriores.

–¡Ah, sí! Claro –declaré a mi vez, respetuoso del respeto a las costumbres.

* * *

El ajusticiamiento pudo ser vulgar; no lo fue, no sólo por el punto en que se suspendió, sino por la realidad, novedosa, por lo menos para mí, del pelotón de ejecución. Era propiamente un pelotón: algo así como una pelota grande formada por millones de hormigas.

Las hormigas y las gentes se saciaron cuando yo estaba en los huesos. Y al parecer se comprendió de inmediato que esas hormigas no podrían con mis huesos, porque en mi presencia se sugirió el empleo de perros, que no fue aceptado porque, oí decir, los perros no eran, en ese caso, un instrumento legal.

Se difirió, pues, la consumación del ajusticiamiento hasta que llegara otro pelotón especializado. Yo, en huesos, pero con altivez adquirida por la conciencia de que les estaba dando un trabajo poco común, caminé hasta la celda.

En el curso de las jornadas de espera me entretuve con la historia del trámite, aparentemente menuda, sin embargo no desdeñable para el ministro de Hacienda, que perdió el cargo con tachas de indignidad. Se había resuelto que el pelotón viniera de una famélica ciudad del valle. El ministro se opuso argumentando que costaría menos traer un pelotón de la montaña, porque podría bajar rodando y por consiguiente en menos tiempo y con menor gasto. El ministro fue destituido, pues como resultaba razonable allí, ninguna razón económica podía oponerse a un gasto para defender a la sociedad de una persona como yo.

Sin embargo, algo importó la opinión del ministro, pues en definitiva se ordenó la actuación de un pelotón de hormigas voladoras. Esto me sería provechoso como yo no podía imaginar, ignorando, como ignoraba, la insuficiencia del arma aérea del lugar.

Cuando llegaron las hormigas voladoras concurrieron, en circunspecto pelotón que naturalmente las obligaba a plegar las alas,

a observarme en mi celda, con el objeto de formarse idea del trabajo que tendrían al día siguiente.

Quizás la disponibilidad de horas libres y algún espíritu de disconformismo y posiblemente un incipiente ánimo de sublevación, que, desde luego, yo desconocía y no conocí hasta verlo manifestarse en hechos, las predispusieron a escuchar las quejas de que yo estaba ahíto. Aun más; es probable que me escucharan porque mis quejas no fueron violentas, no podían comprometer mayormente a ningún auditorio, y tenían más bien el carácter de la confidencia y el lamento del que sabe que se va, irremediablemente, pero no pierde del todo su integridad.

–Yo no he nacido para este país –dije.

Era como una explicación cortés, como una disculpa, ante recién llegados, por el estado en que me veían.

Dije más:

–Si bien yo nací aquí y aquí pasé mi infancia, al volver, sin sentirme superior a los demás –o al menos sin hacer ostentación alguna de superioridad– realicé algo que, si en esencia era interesado, como toda venta de un objeto, aunque sea un libro, era también algo bueno y necesario: enseñar a leer.

Empecé a percibir que hallaba eco y a comprender por qué: esos seres tenían alas; poseían algo que hace posible no permanecer pegado al suelo.

Dije aún:

–No soy superior a ellos pero carezco de su crueldad.

Observé que el pelotón se movía y advertí que en realidad estaba afrentando a las hormigas, porque ellas eran el instrumento obediente de esa crueldad.

Dije, pues, fastidiado y dispuesto a terminar (a que terminaran conmigo):

–¡Y bien, adelante! Basta de quejidos. Soy uno de los sostenedores de este Reino de los Hombres (que apenas es algo más que un Mundo Animal). Que se cobren en mí, las bestias, lo que de ellas despreciamos, condenamos y tememos, mientras en la misma especie humana brota y se ejerce, por individuos, por multitudes, de instante en instante, o por rachas, la ferocidad, la impiedad, la cerrada torpeza, los inmundos o temibles hábitos, el designio tramposo, el ánimo bélico y, en la guerra y la paz, el sentido de destrucción y la voluntad de opresión –hasta ahí iba, exaltado, mas de súbito me quebré en una transición–. Pero, por piedad, salvad mis huesos...

Sucedió: el pelotón se deshizo. Como si una cálida lágrima hubiese llegado a una superficie plana, cambió su forma y se tendió, convertido en convidadora alfombra dispuesta a recibirme y volar. Y voló, llevándome, esa unidad aérea con impulsos de desafío a mi reto y desobediencia a sus mandos, que no sé adónde la conducirían después, pero a mí me condujeron hasta la frontera –que la escuadrilla no decidió trasponer– de otro territorio, definitivamente diferente.

* * *

Tenía ese territorio, evidente desde mis primeros pasos en él, un manso y caudaloso río de leche. Pero mi olfato experimentado percibió que cerca había otra bebida y, en efecto, poco me costó dar con un río de vino. No obstante el segundo hallazgo y su tentación, me decidí –posiblemente inducido por el instinto de conservación– por el río de leche, y en sus riberas encantadoras pasé un tiempo feliz de recuperación de mis carnes. Quizás esto significó para mí algo como una nueva representación de la infancia, mejor en mucho de la que tuve y en contraste con las penurias recién sufridas, con lo que, es muy probable, me malcrié.

Malcriado en mi segunda crianza, la seducción de un placer, en brindis natural y constante, me preparó otra serie de contrastes. Un día de calor probé el vino y renegué de la leche. Me trasladé a las riberas del río de vino y las seguí, curso abajo, exultante, extasiado con los cambios que en su cauce producían las horas del día: era un clarete balsamina al amanecer y a mediodía mudaba en un semillón tan fino y dorado como los propios rayos del sol en ese momento; por la noche, tinto cabernet o denso barbera d'Asti.

Entré en comunicación con la gente, en sucesivas poblaciones y tierras cultivadas, y no podía entender su sobriedad poseyendo, como poseen, a total discreción, un inagotable río de vino. Para comer y participar de la mesa familiar me bastaba presentarme en

cualquier casa en el momento adecuado. La despedida, con su ritual de brindarse para una u otra ocasión que yo eligiese, hundía en mí el descontento como ante una sospecha de perfección que me resultaba ajena. Pensé que si hacía algo, trabajar, por ejemplo, entraría en esa organización armónica como atrapado.

* * *

Me propuse, entonces, un plan bélico encaminado a perturbar el equilibrio de ese territorio. Se me ocurrió que destruyendo sus ídolos algo fundamental destruiría.

Una de las deidades generales es la música y tiene su monumento en el parque principal. No es una escultura, sino una fuente de sonidos visualizados en color. Para anularla fabriqué pólvora y por semanas y semanas hice estallar bombas y baterías. Nada pude. Era como si la música saliese del corazón de las gentes. Intenté distraerlas con fuegos de artificio de curioso surtido, aprendidos de los expertos chinos de oficio milenario. Siempre resultaba más fascinante la belleza de los colores de la fuente. Finalmente, me puse a tapiar el parque, sin esperanzas y sin fe, sólo por hacerlo, como lo sabían todos los que me veían afanado en la empresa, a tal extremo que yo me hallaba asistido por unánime indiferencia. Al menos, hasta ser llamado a juicio, y aun entonces, pues este juicio, puede pensarse, tiene por objeto, solamente, volverme juicioso.

* * *

El juicio tiene algo de feria regional y de juegos florales; lo primero, por los quioscos, las diversiones mecánicas y la alegría general; lo segundo, porque los abogados, tanto los fiscales como mis defensores, que son muchos, unos y otros, se suceden igual que en un torneo de poesía. Hacia lo último, uno de los defensores y uno de los fiscales, que lucen, uno y otro, sendas flores naturales y parecen ser los triunfadores en la competencia, me invitan al proscenio y, como si ellos fuesen los jueces, siendo posible que hayan ganado la facultad de serlo, me preguntan qué es lo que yo

deseo. De momento no acierto a contestar. Puesto que sus miradas, bondadosamente, me ayudan, abro la boca y digo algo que no pensaba decir:

–Amor...

–¿No lo has tenido de las gentes, por lo menos en nuestro territorio?

Digo que sí y me sonrojo.

Entonces, ellos comprenden y todo el auditorio comprende y lo manifiesta con ojos conmovidos y un vientecillo de palabras afectuosas.

La sesión entra en una pausa de algunas horas.

* * *

Al reanudarse el juicio ya no estamos en el escenario los tres solos, sino que también están unas treinta mujeres, casi todas ellas muy jóvenes y muy bonitas, si bien algunas decididamente no lo son.

Casi no habría necesidad de preguntar, y sin embargo pregunto:

–¿Todas ellas quieren casarse?

–Todas ellas quieren casarse contigo. Otras hay, no aquí, que quieren casarse, pero no contigo.

–¿Y todas las que están aquí pueden casarse conmigo?

–Todas pueden.

–¿Y puedo yo casarme con todas?

–¡No! Sólo con una, con la que elijas.

–Ah.

Quedo indeciso entre dos de ellas y finalmente les pido que hablen. Elijo la de voz más cabalmente musical, sin pensarlo, y al pensarlo y verle los ojos comprendo que ella me ama y que yo la amo, y comprendo asimismo que si ahora destruyera la fuente sería como destruirla a ella y eso, para mí, resultaría imposible, por absolutamente doloroso.

Se me pregunta qué más quiero y yo digo:

–Dinero.

–¿Para qué quieres dinero? Si trabajas, no te será necesario.

–Es que no quiero trabajar.

–Eres holgazán.
–No. Quiero retirarme. Al menos, por algún tiempo quiero retirarme.
–¿Adónde quieres retirarte?
Digo que al bosque, al lado del río de... Vacilo un instante y enseguida afirmo que al lado del río de leche. Me preguntan por qué y yo sé que si dijera que deseo retirarme a cavilar me dirían que sí, que puedo hacerlo. Pero no lo digo porque repentinamente me inhibo para la mentira y entonces me dicen que no podrán autorizarme porque retirado, sin ninguna actividad útil, correré el riesgo de devorarme a mí mismo. Como estoy ante un tribunal, callo, porque entiendo que los tribunales han de discernir lo que es mejor para todos y esta vez confío en que el tribunal así ha de actuar y percibo que en el número de todos puedo estar yo también.
Tendré una casa, para mí, para mi mujer y mis hijos, y podré trabajar y además aprender algún oficio o arte bello, según las posibilidades que mis aptitudes me deparen. Éste es el fallo del tribunal y, en principio, me conforma.
La casa estará muy próxima al arroyo derivado del río de vino, junto a otro que nace del río de leche, y ante el jardín pasará un cauce de límpidas aguas.
Mientras me regocijo de tales perspectivas, y se me ocurre que esos ríos no existen dentro del territorio, porque no son algo que sea posible, sino dentro de mí –lo cual también es imposible–, irrumpe el más real, el hasta ahora innombrado cuarto cauce: el río de sangre. Me encoge de súbito una mala memoria. Penetrante, la visión de uno de mis jueces-jinetes alcanza las imágenes de horror –que no he pasado a palabras– del país donde mi cuerpo fue descarnado.
Es que un juez, de mis actuales jueces, me está sonriendo de un bondadoso modo, ¿y por qué si va a decir lo que dice?:
–¿Querrías, huésped, una justiciera revancha?
¿Por qué digo sí, si me propuse decir no?
Toda la fiesta sonríe, con fervor y ansiedad, como a punto de soltarse, cuando el juez, un ser de tanta fineza, me propone o manda (es lo mismo):

–Volverás al otro país. Nuestras huestes, con tanto amor armadas para las glorias de la victoria, acogerán con gratitud tus conocimientos del adversario y de su suelo, hombre reconstituido.

Algo del misterio

Las señoras dicen que soy ordinario, pero simpático. Dicen eso y omiten decir que bien quisieran tener mis ojos, su tamaño, al menos. Quizás por verme de tanto ojo me eligieron para este trabajo. Han puesto ratoneras y ratoneros. Los ratoneros somos nosotros, los gatos. Un diario dijo que en un cine se vio un ratón que recorría de extremo a extremo el pasillo. Como esta sala es chica, se halla exclusivamente a mi cargo, con la colaboración, relativamente inoperante, de unas ratoneras de resorte.

Me he hecho ya a esta vida y puedo decir que es una buena vida. Tiene sus aspectos duros, claro está. Se me envidiará, por ejemplo, el calorcito que gozo aquí en invierno. El envidioso olvida que la calefacción funciona solamente durante los espectáculos. Las noches, amigos, son aquí tan despiadadas como en una vivienda de obreros. Desde luego, no es por la noche cuando yo paso frío, pues entonces me queda la evasión del techo, más frío, ciertamente, pero pletórico de amor. Son las mañanas las insoportables, mejor dicho, serían las mañanas las insoportables de no ser que entonces me sirven la única comida del día.

* * *

Esta buena vida, sencilla y clara, a pesar de desenvolverse entre las sombras, las nocturnas y las necesarias para la proyección de las películas, no es tan sencilla ni se me está haciendo tan clara. Aprendo, con las películas y con las conversaciones, aprendo. En rigor de verdad, aunque pueda creerse que no lo es y que sólo se trata de engreimiento, al recibir conocimientos siento como si eso que se incorpora a mí ya se hallara en mi interior y el escucharlo, el

verlo, no hicieran nada más que hacerme notar que lo tengo. Toda adquisición me resulta como un hallazgo de algo mío. La cultura es para mí como una devolución. Percibo que la cultura me era necesaria y connatural.

De ahí, entonces, que sin establecer comparaciones, me encuentre, con certidumbre y placer, en el plano de la vida superior. Ya me sé capaz de grandes cosas, la primera de ellas, reflexionar.

Una madre dice a su niño, en una matinée de butacas vacías, que no juegue conmigo, porque puedo hacerle daño. Estas palabras imbéciles no hallan en mí el vacío ni suscitan el rencor. Me colman de ideas que van naciendo unas de otras, como las luces de Bengala. Pienso que, como le ha respondido la criatura a la madre, yo no le hago nada si sólo juega conmigo. Esto significa que soy inofensivo. Pero no lo sería si se me tratara de otra manera y tampoco soy inofensivo para los ratones. Los ratones, aunque ellos creyesen portarse bien y aun si se portaran bien, es más, si todo lo malo que hiciesen fuera jugar conmigo, lo que no es nada malo, serían mis víctimas, de cualquier manera, sin solución alguna. Podría haber también gatos para los niños. Gatos más grandes que ellos que los mataran aunque los niños se portaran bien y sólo quisiesen jugar con los gatos. De ese modo, creo yo, habría después menos hombres desdichados. Lo serían asimismo si se causaran menos desdichas unos a otros. Los ratones no se hacen daño entre ellos; hacen daño a los hombres. Los hombres serían imperdonables si no fuera porque, aunque se causan el daño unos a otros, también se hacen el bien unos a otros.

Puedo reflexionar y puedo hacer mucho más aún. He visto, en una documental sobre Roma, una decoración mural con el tema de un mártir cristiano que tuvo que sorber una cantidad de plomo derretido. Yo querría hacer una escultura que represente, no al mártir en su integridad, sino el plomo tal como quedó en su cuerpo al enfriarse, y también, por encima de esa tortura de plomo, los ojos del sacrificado. Lo haría, quizás lo haré; pero no acierto a resolver cómo he de suspender los ojos en el aire.

* * *

Puedo hacer tanto; me siento dotado para hacer tanto... Y, lo que me resulta más difícil de resolver: me hallo como ejercitado para hacer. Igual que esa previa posesión de conocimientos, hay en mí algo como el precedente de numerosas realizaciones, y no minúsculas, sino magnas. Casi podría afirmar, y lo afirmo, que algunas de las obras de arte que andan por el mundo son mías, mías, absolutamente de mi creación.

Yo he hecho, por ejemplo, claro está que con otro nombre, una de las más indiscutibles películas que se han exhibido en este cine. Esa película está levantando elogios y admiración por las salas de cuanto mundo hay, y aunque nunca se agotará el interés de esta generación por ella, quedarán en reserva, para el entusiasmo continuo de las sucesivas generaciones, las copias de cinemateca. Mientras tanto, como siempre desde hace un tiempo y siempre será en el futuro, mi película se ve, se estudia, se discute y finalmente se alaba en forma unánime en los clubes de cine-arte. Los libros de historia del cine le dedican capítulos y reproducen fotografías de sus mejores escenas, a pesar de que todas sus escenas son las mejores. Los mayores cumplidos son para el argumentista y director, y el argumentista y director soy yo, aunque todos ignoran la verdad. Cuando, lejos en los siglos, alguien procure ubicar corporalmente al argumentista y director que hizo la famosa película, se dará con el desconcertante problema de que, tras el nombre fingido, está el anonimato. Con el desconcierto vendrá un estado de ánimo subyugante, el de la intriga.

Ahora mismo lo siento yo, siento ya el goce de la incógnita a punto de ser revelación que nunca se revelará y, aun sabiendo que nunca ha de revelarse, se espera que se revele. Me toma, como un manso lago, la voluptuosidad del misterio inofensivo, porque hasta yo mismo desconozco qué nombre usé para firmar el argumento y presentarme como director, e ignoro igualmente cuál es, dónde está, mi excelsa, mi bienaventurada obra de cine.

Bizcocho para polillas

Puede apolillarse una persona, se dice, cuando se retira, cuando hace de la soledad su compañera. Puede, sí; puede apolillarse. Es mi caso, como todos lo saben.

Todos lo saben, porque me ven; todos, asimismo, desconocen las causas. La opinión generalizada, no por generalizada, creo yo, acertada, es que siempre me resistí a los deportes o por lo menos al aire libre, al campo o simplemente a cualquier esfuerzo físico.

Quizás induzca tales pensamientos mi cuerpo, ahora tan visible. Es, posiblemente, mi castigo. En esto tiene que consistir. Porque esto de apolillarse, esta palabra rancia que me ha ocurrido, tomó posesión de mí como menos podía esperarlo, sin haberlo esperado nunca, claro está.

La polilla, este ejército ciego y famélico, me come, me come, paciente pero activamente, cuanta ropa me pongo para cubrirme, sin dar alivio no sólo a mi pudor, sino a mis carnes metalizadas por el frío. Todo es imposible contra ellas. Cualquier trapo que me caiga encima suscitará, no digo su apetito, que debe ser implacable, sino su decisión de cumplir una especie de abominable mandato que me persigue. Devoran; me dejan con los brazos cruzados sobre el pecho; y desaparecen. Desaparecen; pero yo sé, avisado por la experiencia, que siempre volverán.

Nada puedo contra ellas y tampoco, ¡Cristo!, puedo contra mí. No es sólo porque al tomar el revólver las polillas se comerían las balas, sino porque yo quiero vivir. Yo quiero vivir. No sé para qué; pero quiero. Lo único que pido es que se me libre de las polillas, que se me permita andar por la calle oculto, como todo el mundo, dentro de un traje.

La gente no se acostumbra y casi no me tolera. Al principio, yo cultivaba la esperanza de que se habituaran a verme, como les

ha sucedido con el hombre sin piernas y tantos otros desdichados que tienden la mano, si es que la tienen. Pero no. Lo único que legalmente no se me impide es andar libremente por la calle, ir a la confitería y al cine, o adonde necesite o puramente quiera presentarme. Con esa disposición al simbolismo que, con el pretexto de sobrepasarla, elude la realidad, se ha entendido que yo, por algún designio que nadie explica, soy el símbolo de la pobreza. Es un error. No se animan a ver la realidad escueta y simple: estoy sin ropas porque las polillas me las comen.

* * *

Hacia el término de este mal año, la reflexión ha sucedido al desasosiego. La lucidez ha venido, tal vez adulterada por la resignación, y he dado con la pregunta clave que pocos quieren contestarse sensatamente: ¿para qué vivir?

Ayer hice lo elemental: hablarles. Les pedí compasión, sin entrar a preguntarles si pueden tenerla o les está prohibido ejercerla. Nada me respondieron, quizás por no comprometerse; se habían acercado a mí y me circundaban, como antes, cuando yo intentaba cubrirme. Esto, para mi espíritu necesitado de esperanzas, fue suficiente. Emprendí la parte consecuente de mi plan. Puesto que las polillas comen las superficies manchadas y excavan devorando, les dije que en mi vida había una mancha, localizada en el pecho. De tal manera, calculé, si lograba conmover su sentimiento, podrían darme la necesaria muerte sin asumir mayores responsabilidades ante su mandante.

Ahora están comiendo mi corazón, ahí han llegado las penetrantes, y yo siento, cada vez más, un grande alivio, como si fuera entrando en el sueño, pasito a pasito...

El resto de corazón que me queda palpita de gratitud por ese acto de amor y cuando –todavía– pienso en el amor, se me ocurre, ignorando el porqué, que toda mi culpa debe de haber sido ocultarle mi cuerpo. Aparte de esto, que se me diga, por piedad, se me diga, ¿qué puede haber cometido de aborrecible un muchacho de veinte años?

La comida de los cerdos

Puede en ella el desconsuelo, seco y vago, si todo el interés se le aplana y no es interesante más lejos de lo previsible. Eso sucede siempre, porque siempre no se atreve hasta el fondo de la aventura.

Era, media hora atrás, sólo un mirador del río, la ancha muerte de un camino carretero entre fortificaciones de barrancas e impensados charcos verdosos. Ah, pero acaso, ¿qué es, sino una copa de arena, la playa por donde se busca la conquista del mar? Saberlo constituía, al fin, nada más que la comprobación de las negaciones no apetecidas aunque sí esperadas.

Pero lo que no era puede ser, y nadie sabe de qué impulsos dotó, a esa mujer inexplorada, aquel ojo de agua que manaba limpio acariciando sin sensualidad las caderas de una vegetación hecha al destino de su ensimismado mundo líquido. En su cabeza, que no anda sin comparaciones, era un globo de cristal en una mesa de noche con tapa de mármol. Malograba el hallazgo la infortunada transfiguración y necesariamente su ánimo tuvo que sacudirse para ver de sutil telaraña, de blanca red de gasa, la contención puesta a los cerdos en el chiquero.

Más allá del corral se devanaba la huella pisada por las patas mulares que la hicieron, retadoras del río, y allá fue esa gana de soledad, siquiera una vez, real.

Raleada su guardia de cortaderas, la orilla formaba defensa, también con sus medios acuáticos, pues a la miasma sucedían en ese punto los arroyos apurados. Puso los pies en ellos y resultó ofender su pureza, una pureza llevada a tal término que en su seno se desarrollaban barbudas axilas masculinas, pero idealizadas en verde suave y transitable por los dedos del agua.

Entre los arroyos y el río, que desenrolla sus ruidos de indefensión contra el sueño, el viento entabla contienda con el sol impalpable

que le dice quédate. Y éste gana. Cielo adentro, rebrilla de gusto en las cúpulas pareadas de algún indescifrable edificio rural.

Entonces dice: "Y con la noche he de volver a ti, dueño mío. Pero ahora déjame, querido. Déjame. Puedes ser piadoso: déjame".

Los puercos, con su afinado olfato, han elegido este momento para romper la tela de araña e irrumpen entre los pastos bajos.

Los tres más bestiales la disputan en una contienda atroz. Ante su vista han perdido los colmillos e incalculable sangre. Pero esto, para ella, que tanto conoce a los hombres, es indiferente. El vencedor lo comprende, aun antes de enfrentarla. Quizás la vara de mimbre que trae en las manos ha de ser para sus carnes, de todos modos –él lo ignora– indoblegables.

Salvada pureza

De todas maneras, ya tendría que haber suspendido la lectura. Debo medirme, para no gastar demasiada luz eléctrica; debo medirme para dormir las horas precisas y no ser mañana un reprensible empleado dormido.

Me han quitado el libro de las manos los apasionados gatos, los seres del amor belicoso y esencialmente nocturno. Bajo la luna, creo yo, el amor puede ser más idílico y puede ser más bestial. Quizás la franqueza del sol propicia, dentro de la relación, las revelaciones que conducen al tedio y al desencanto.

Entre todos esos gatos ha de andar mi gatito, mi Fuci, ignoro si idílico o bestial, sin duda irreconocible. Irreconocible aun para mí, que cuido su desarrollo y lo veo incluso en mis sueños, cuando sueño que es leopardo. Lo veo leopardo, como si yo fuese un padre normal y mi hijo hubiese ido más allá de mis deseos, tomando las proporciones de un gigante. Padre normal, al fin, no podría impedir que mi voz de adentro lo llamara, sencillamente, hijo.

Así llamo a mi Fuci-leopardo: simplemente, Fuci. Fuci, le digo, como un saludo y como un cariño, cuando lo visito en ese prado del parque donde reproduce su antigua costumbre de cuando era gato. Cuando era gato se avecindaba, envuelto en sí mismo, dormitando, al pie de alguna cacerola, que oliese bien. Ahora que es leopardo dormita en un prado donde picotean tres gallinas, a la espera, supongo, de que ellas mueran, para poder comérselas sin cometer excesivo delito. En la espera se han abultado necesidades que, sin hacerle olvidar su anhelo, aunque relegándolo a la condición de una esperanza posiblemente fallida, le han impuesto otra vida y otra situación. Su situación es actualmente la del jefe de familia. Vive, con sus cachorros y su elegida –que a mí me produce la impresión de

una hiena y posiblemente lo es– en un horno abandonado, donde el prado extingue su verdor, que no puede entrar en la tierra salitrosa. Mi Fuci-leopardo a nadie permite acercarse, excepto a mí, si bien nuestra comunicación está un tanto interferida por la presencia de su esposa, que no me manifiesta simpatía alguna. Me limito, entonces, a detenerme a cierta distancia del horno y mirar, nada más, mirar, mientras lo nombro: Fuci, como en una conversación unilateral, confidente y compasiva. Porque ahora veo, en el rostro triste y tenuemente severo del Fuci, el gravamen de las obligaciones, y yo pienso que, por más leopardo que sea, en lo íntimo es sólo un gato y no pueden cargarse demasiadas responsabilidades sobre un gato. Bien lo sé yo, por mi personal experiencia de hombre.

Si ahora regresa, de los techos y de su porción de amor, sentirá en mí, más que la habitual protección del hombre al gato, la solidaridad de los nivelados por los problemas.

Debe de ser él y esta noche tiene que ser leopardo, por la fuerza y la torpeza conque abre mi puerta.

No.

No es. Es un hombre, un hombre de presencia inexplicable. Tengo un segundo para saber que no necesita cuchillo ni revólver, que no le veo, para asesinarme; y un segundo para saber que, sin él, el cielo, que ha descubierto abriendo la puerta, podría ser hermoso.

Por fortuna, yo soy un niño y aún me quedan muchos años de vida.

Pero, ¿cómo libraré a mi Fuci de ese criminal?

Cuentos claros

1957

Se respeta el cambio de título (*Grot* por *Cuentos claros*) que realiza el autor en la segunda edición del volumen: *Cuentos claros*, Buenos Aires, Galerna, 1969. Varios cuentos fueron reeditados luego en dos antologías del autor: *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios*, Buenos Aires, Orión, 1975. "Enroscado", "As", "El juicio de Dios" y "No" fueron publicados también en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.

ENROSCADO

En la casa que ha quedado vacía de la madre, el niño recorre con suavidad habitación tras habitación. Las mira pausadamente, como si descubriera su contenido o la altura de las paredes.

La tía, en las pocas horas que permanece para ocuparse de la cocina o de la batea, le resulta indiferente. Entre los dos median silencios que parecen olvidos.

Sólo se confía al padre, se recoge en él, durante los descansos del trabajo, a mediodía y en la noche, que siempre ilusiona con que será muy larga.

El padre, contra la costumbre, se queda una tarde de semana. El niño está contento. Pero llegan unos hombres que retiran los muebles del comedor y los sacan a la calle. El padre los dirige. El niño se va a la cocina y el padre lo considera, sin decirle nada, porque puede ser timidez natural acentuada por los acontecimientos. Los hombres caminan después hacia la cocina y la nombran, porque deben llevarse el armario y la mesa. El niño lo advierte y se desliza al patio solitario, donde no hay más que unos cajones de basura, y se esconde detrás de los cajones. El padre lo observa y lo compara, apenado, con una lauchita asustada.

Las deudas, por esa enfermedad tan larga y sin remedio de la mujer, la cifra del alquiler, que en su nuevo estado económico se vuelve inmoderada, lo constriñen a ese cuarto de pensión. Pero íntimamente se halla complacido, porque el hogar quebrado no se arregla con la presencia de la cuñada. No se arregla; se afea. Y él presiente que debe darle a ella la oportunidad de terminar con un trato y una responsabilidad que ya no se ven favorecidos por ningún afecto.

Queda solo, con su pequeño hijo. Quizás para siempre, se dice.

Despacha en una chatita las valijas con la ropa, la camita del chico y la silla a la que está acostumbrado su cuerpo.

Cierra la puerta y pasa la calle para tomar el tranvía. Mientras lo espera, contempla las ventanas clausuradas, sin visillos. Se acuerda de los visillos que colgó la esposa. ¿Quién los habrá sacado?

Por la otra cuadra viene el tranvía. Es preciso despedirse. Despedirse de la casa. En los días anteriores, cuando imaginaba ese momento lo suponía solemne. Sin embargo... Suspira. Siente cobijada en su mano la manecita del niño. Hurga en el bolsillo del saco, retira unas monedas y extiende el brazo para prevenir al motorman.

Entrega la llave al dueño de la casa, toma otro tranvía y desciende a dos cuadras de la pensión.

Camina, el hombre solo, con una figurita muda tomada de la mano, y tampoco él pronuncia una palabra. ¿A quién contar, a quién explicar nada?

Cuando llegan, antes de entrar, juzga necesario decirle:

–Bertito, aquí vamos a vivir.

El niño lo mira. Mira la casa. Vuelve a mirar al padre. Y esta última mirada es una pregunta.

El padre no puede contestarla. Quiere terminar esa situación. Dice: "Entremos", toma en brazos a la criatura, sube el escalón y toca el timbre.

Ha dispuesto, para completar el traslado, de la tarde del sábado. Puede guardar y ordenar la ropa sin apurarse, tanto que le sobra tiempo y así repara en que son muy pocas las cosas que le quedan. El chico lo mira hacer. Está sentado en la cama, donde el padre lo ha puesto una hora antes.

–Papá, tengo sueño.

El padre se sorprende:

–Cómo, hijito. Son las seis de la tarde...

Lo observa, buscando esas sombras de cansancio que el niño declara. No son visibles, no. Pero le admira hallar, en los ojos, un destello de inquietud. Sí, hasta se desvían hacia determinado lugar, esos ojitos. Parecen desear que algo no esté donde está. Presta atención. Viene una voz, una voz de mujer. Una mujer canta. Conjetura que es una que ambula en salida de baño, como esperando turno para el agua.

Intenta comprender a la criatura. Deduce que lo intimida esa voz tan libre, en chocante contraste con el silencio del hogar propio recién abandonado. El niño percibe una presencia extraña, en ese lugar donde tienen que vivir, y no le agrada, pero se da cuenta de que le falta derecho para reclamar.

–Está bien, Bertito. Vas a dormir. Te preparo tu camita ahora mismo.

El niño asiente con el gesto. Con el gesto, no más, dice: "Está bien. Es lo que necesito".

La noche ha sido muy tranquila. El padre recibe el día con esa confusión que provoca el cambio de cama y de ambiente. Cuando se despeja se siente fortalecido y equilibrado.

Despierta al niño:

–Bertito, arriba. Van a limpiar la pieza.

Lo lleva al baño. Le hace beber el café con leche. El niño hace todo, prudente y pasivamente.

Pero no habla, no muestra alegría, ni satisfacción, ni siquiera curiosidad.

El padre piensa: "Es el cambio. Ya se le pasará".

Piensa que al niño, y a él también, les sería saludable ir al cine, a la matinée. No se puede, tan pronto, después de lo que ha ocurrido.

Opta por el parque. El niño se deja llevar.

Vuelven anochecido. El aire fresco convidaba a demorarse y después era difícil conseguir ómnibus. El padre se apura. No sabe a qué hora servirán la cena los domingos.

La casa es como si fuera otra. Desde la vereda, a través de la cancel abierta, descubre que el patio está endiablado de bailarines y de música.

El padre siente algo en la garganta. Un mal trago. No por él –¿qué puede importarle?– sino por el niño. Intuye que ahí abajo, a su lado, tiembla un desconcierto, tal vez un pequeño espanto. No se atreve a mirar al niño. Antes de enfrentarlo procura encontrar una solución. Sospecha que el *error* ha sido detenerse. Debió entrar sin titubeos. Mira al niño. El niño está mirando hacia adentro, como encogido, como replegada su alma. El padre quiere creer que no pasará nada. Por fortuna, su habitación es la primera de la izquierda y tiene puerta al zaguán. No será necesario llegar al patio.

Entonces se decide. Primero intenta animar al niño:

–Mirá, Bertito. Una fiesta. Qué lindo, ¿cierto?

El niño niega con la cabeza.

–Qué, ¿no te gusta la fiesta?

El niño sacude la cabeza, obstinadamente.

El padre juzga que debe actuar con energía.

–Bueno, vamos.

No ha contado con la voluntad del niño. Tira de la manecita, y ese cuerpo, tan pequeño, se resiste. Si se empeña, puede arrastrarlo. Pero...

Lo alza en brazos. El niño agita piernas y brazos, en franca rebeldía.

–Vamos a tomar chocolate.

El niño intenta desasirse, arrojarse al suelo.

–Chocolate con churros, con tortitas. Lo que quieras.

Aclara:

–Aquí no, en otra parte.

El niño se calma y se entrega.

Toman el chocolate en un bar con billares, donde sólo van los hombres. El niño observa deslumbrado el juego cercano. Pero al terminar la taza inclina la cabecita sobre la mesa y el padre sabe que ya no ofrecerá resistencia.

No ha cesado el baile. Son las once.

Acuesta a Roberto.

Desearía pasar al fondo, donde está el baño; se abstiene, tendría que mezclarse con los bailarines u orillarlos sin saber cómo. Son tan desconocidos para él...

Lee títulos, mira fotografías del diario de la tarde que compró en el bar. Bosteza. Se desviste. Antes de apagar la luz, acude a controlar el sueño del niño. Levanta la sábana. Está con los ojos desesperadamente abiertos.

El padre quiere decirle: "Duerma, hijito; duérmase". Quiere decirlo con su voz más tierna y protectora, pero la voz no le sale de la garganta.

Sección jubilaciones del Centro de Empleados. Un oficinista que se apura en su trabajo, aunque no podrá arrancarse del escritorio hasta las doce en punto.

Sin embargo, a las doce y cuarto consigue estar en la pensión. Lleva una protesta, en nombre de su hijo. Al pasar por el zaguán observa que la puerta de su habitación permanece cerrada. Le sorprende, pero no lo retiene.

–Señora, ante todo, buen día. Yo creí que esto era una casa de familia.

–Señor Ortega, usted sabe muy bien que esto es una casa de pensión. En la calle hay un letrero.

–Sí, lo sé. Quise decir una pensión familiar.

–Y lo es. ¿Quién dice que no?

–Los hechos, señora; los hechos.

–¿Qué hechos?

–El baile de anoche.

–¿Y eso qué tiene de malo? ¿Acaso este es un night-club? ¿Acaso se baila todas las noches...?

En el primer momento la dueña no estaba dispuesta a someterse a un pensionista tan nuevo y tan encrespado. No obstante, advierte que puede transar: el motivo de la irritación es circunstancial y no tiene importancia.

–Vea, señor Ortega, yo le voy a explicar.

Explica: eso ocurre rara vez. El baile fue entre pensionistas.

Ningún extraño. Llegaron camioneros de Córdoba y como en la pensión hay *señoritas* que son turistas...

Ortega escucha y hace suposiciones: "Turistas y camioneros. Turistas muy económicas. Camioneros que ganan mucho...". Observa que se ha dejado sacar de su enojo. La defensa de la dueña es inobjetable. Él y ella lo comprenden. Tanto que de inmediato la dueña se halla en condiciones de plantear algo más delicado en que ella es la disgustada.

–Y ahora, señor Ortega, ¿me puede decir qué pasa con su hijo? ¿Todos los días va a ser así?

El hijo. La puerta cerrada. El padre siente que, en ese instante, puede ser volteado con lo que lo toquen.

Quiere correr. Necesita ver. Pero antes precisa apuntalarse en alguna información.

Él dejó al niño. Cuando la muchacha quiso entrar, para hacer la limpieza, el niño se puso a gritar. La muchacha se impresionó y se negó a avanzar si no mediaba la patrona. Al ver a la dueña el chico se irritó más. Y se notaba que no le sucedía nada, que no gritaba de enfermo, que no quería que entrara nadie, no más. De modo que las mujeres cerraron la puerta y se acabó el ruido. La pieza estaba sin hacer y así tendría que aguantarla el padre.

–¿Nada más que eso?

–¿Y le parece poco?

La reiteración del episodio, al día siguiente, obliga a combinar un sistema. La mucama llega a las siete. Antes de limpiar la vereda, apenas sacados los tachos de residuos, hace la pieza de Ortega, es decir, mientras éste puede ocuparse del niño. Diez minutos están salvados por la visita al baño.

Pero, ¿el resto del día?

–Bertito, yo no puedo quedarme acá. Si quisieras salir de la pieza mientras no estoy... Al fondo, en el último patio, hay pollitos.

Una luz de interés se enciende en los ojos de la criatura. Es fugaz. El padre se afana por hacerla renacer:

–Pollitos amarillos. Chiquititos. Así de chiquitos. Caben en tu mano. Así, hacé un hueco con la mano.

El niño admite que el padre haga combar su manecita.

–¿Querés verlos? Te llevo.

El niño cierra la mano. El padre ve que se ha transformado en un puño y le duele que la mano del hijo ya anticipe las durezas de la vida.

Ocho y cuarto de la noche. El padre llega. No desperdicia un minuto en amigos, en vidrieras, en pizarras. No puede robar al hijo ese rescate del encierro que dura ya casi una semana, hasta tanto acierte con una solución o la criatura deponga su empecinamiento en la clausura. El padre confía en que la salida vendrá sola, por exclusivo imperio de la naturaleza.

El padre llega. El cuarto está a oscuras. Lo comprueba mirando desde afuera el vidrio de la banderola. Entra tendiendo la mano hacia la llave de la luz y diciendo su dolorido reproche:

–Hijo, siempre igual, y en la oscuridad. ¿Por qué? ¿Por qué?

La luz acude obediente al clic de la llave, para revelarle la integridad del cuarto, pero a él sólo le descubre la presencia del niño, ahí paradito, conteniéndose con la mano cierta parte del cuerpo.

–Papá, pi.

El niño no contesta los reproches. Nada dice a la averiguación del padre. Pide:

–Papá, pi.

–Ya te llevo. Guardo esto y...

Pero el niño lo interrumpe y lo apura:

–Papá, pi.

Es un ruego.

El padre comprende. Arroja las carpetas sobre la mesa, tira al niño de la mano y lo conduce al fondo.

Cuando llegan, la criatura se ha mojado el pantalón.

Después, mientras aguardan la cena, el padre, sentado al filo de la cama, considera ese semblante que no parece reflejar culpa ni vergüenza y sin embargo traduce la guardia frente a un castigo que no se puede descartar.

El padre está demasiado confundido:

–¿Será posible, hijo...? ¿Ni aunque te mueras de ganas...?

Ortega pide permiso. Media hora para ir a la tienda.

Vuelve a la oficina. La envoltura de papel no esconde el contenido. Alguien se da cuenta. Una sonrisa que se comunica. Ortega la percibe. No había pensado en eso. Tampoco se le ocurrió dejar el paquete en el guardarropa. Ahora no puede ponerlo sobre el escritorio. Lo disimula en el canasto de los papeles. Un compañero ríe con ganas. Todos los compañeros ríen un momento. Pero nadie insiste con comentarios. Ortega se serena.

A las doce, saca el paquete del canasto de alambre.

El jefe, que no había participado de la risa, le dice:

–¿Se la lleva? Creí que estaba por usarla aquí.

Los demás cargan la burla con entera libertad.

Ortega no se ofende. Sonríe. Acepta. Se le ocurre, repentinamente, que en todo esto hay un oscuro culpable, y sale pensando que debe encontrar soluciones, sin-la-menor-demora.

Deshace el paquete. Al niño le resulta un objeto familiar. No hace mucho que cesó de usarla.

Se desabrocha.

El padre se toma la cara con la mano derecha. "Para no pegarle", piensa, sintiendo que tiene la mano ocupada en algo.

Lo ataja:

–Pero hijo, si estoy yo aquí te puedo llevar al baño.

Es tarde. Ante el reproche, el niño procura reprimirse; no obstante, las cosas ya estaban en curso y como consecuencia mancha el piso.

El padre sonríe, con resignación.

–Bueno, alguna vez había que estrenarla. Que sea ahora.

La reincorporación al cuarto, después de las ocho de la noche, le permite enterarse de que la utilidad del utensilio ha sido completa. Enseguida tienen que cenar, ahí mismo. Hay que llevarse eso. También hay que llevar al niño. Está sucio, ha ensuciado la ropa. Pero antes que nada, eso.

Lo toma. Sale. Se abre una puerta. La puerta donde está esa mujer.

Vuelve. Lo deja ahí. Lo tapa con una revista.

Conduce al chico hacia el baño, con ropa interior limpia para cambiarlo.

Cuando la muchacha viene a poner la mesa, le pide que saque la vasija. Ella vacila, dudando que, en realidad, a esa hora tal tarea se cuente entre sus obligaciones. Una resignación heredada le hace contestar:

–Bueno. Enseguida.

La muchacha hace el reparto de las canastillas del pan desde la cocina, habitación por habitación. Como la de Ortega es la última de la casa, de adentro para afuera, cuando le provee su canastilla con panes franceses las manos le quedan libres. Entonces levanta el utensilio y sale al patio.

El padre escucha voces de protesta. Es un hombre y vocifera. La muchacha le dice algo.

El padre se sobresalta. No entiende el sentido de las palabras, pero sospecha que tienen relación con él.

La muchacha regresa con los platos de sopa. Viene empacada. Ortega le pregunta qué ocurrió.

–El señor de la pieza 9. Dice que él no va a aguantar que yo esté tocando esas cosas cuando sirvo la comida. Le contesté que usted me había mandado, que no lo hago por mi gusto. La señora también se enojó conmigo. Me tuve que lavar las manos para seguir sirviendo.

El padre no puede defenderse, no puede discutir el episodio con persona alguna. Mira con rencor al niño. El niño recibe la mirada. Había levantado la cuchara. La abandona, junto al plato, e inclina la frente.

El cambio de pensión está decidido. Roberto no acepta vivir en ésta, la rechaza, tal vez porque representa su primera morada en territorio ajeno. Roberto se siente rodeado de enemigos y la hostilidad se ha declarado contra su padre, no ya con formas meramente ilusorias.

Demora unos días en encontrar lo que busca, no por exigente, sino porque precisa una habitación que tenga muy cerca el baño. Esto se lo ha prescripto la experiencia y no es difícil de lograr. Además necesita –o desea– que esté junto a la calle, con salida directa o siquiera como la otra, con puerta al zaguán. Esto se lo ha sugerido

cierta idea, que fue súbita, que él no quiere admitir y que ya, presumiblemente, pasó, aunque le ha dejado el mandato de hallar la pieza con esa ubicación y no una diferente.

Nada representa, para el niño, el traslado. Sostiene su vocación de encierro y, a lo más, concede acudir al baño sin la compañía del padre.

–¡Mañas! ¡Mañas! –clama el padre, el día que se persuade del fracaso.

–¿Y si estuviera enfermo...? –sugiere esta dueña, que es menos discreta o menos egoísta que la otra, y ha tratado de entrar en el problema del padre y el hijo.

–Come, ¿no? –replica con violencia el padre.

–Sí, eso sí.

–Hace todo lo que tiene que hacer, ¿no?

–Sí... Todo, lo que se dice todo... Hace ciertas cosas. Pero no hace lo que hacen los demás niños.

–Ni lo que hace la demás gente, chicos o grandes. Es el carácter, señora. El carácter. Eso no lo arreglan los médicos.

La mujer carece de mayores argumentos. Queda en silencio, concentrada. Después aventura esta opinión:

–El carácter... puede ser. O la pena.

La pena.

Estas palabras se prenden del corazón del padre. La pena.

Recuerda que ha olvidado la pena. Él.

Íntimamente, ya desligado del diálogo con la dueña, procura justificarse. Enumera: una, dos mudanzas, las contrariedades con el niño, las deudas, la crueldad de los acreedores.

No obstante, a pesar de los motivos que pueden disculparlo, he aquí que... la pena, tan lejana, tan apagada en tan pocas semanas.

Pero no en el niño, no puede haberse disipado en el niño. Y él, que nunca le habla de la madre... Para no hacerlo sufrir, ha creído hasta ahora. Y es que su pecho, como aquella casa que dejaron, se ha vaciado de ella.

En la mañana compra un portarretrato, tamaño de postal. Espera la noche, que es más propicia para la efusión de sentimientos. Es más apta, también, para que un padre hable las pocas palabras que un hombre grande puede decir a su pequeño hijo, y percibir sus latidos.

–Papá le hará ver algo que usted y yo queremos mucho. Pero, m'hijito, no vaya a llorar.

El niño recibe con sorpresa esa noticia y esa recomendación.

El padre despoja del papel el portarretrato y lo ubica sobre la mesa, que ya está libre de las migas de la cena. Abre la cartera de cuero donde conserva cartas, recibos, documentos de identidad.

Extrae una fotografía. Un retrato, un retrato de la esposa.

"Así era", se dice.

Así era unos meses antes de enfermarse.

La contemplación del retrato lo abstrae en una forma que no había sospechado. Le viene un calor de emoción y una desesperanza de ausencia. Comprende que ha sido un error guardar la fotografía. Tal vez su presencia entre las cosas cotidianas lo habría confortado de tanto suceso áspero y adverso.

"Así era..."

Así la conoció el niño. Así debe recordarla.

El padre advierte que ha estado todo el tiempo bajo la mirada del niño. Recela de haber predispuesto sus sentimientos y vacila antes de mostrarle la fotografía. Pero está decidido –si eso tiene que suceder– a llorar con su hijo, por primera vez juntos, lo que en común han perdido.

Coloca el retrato en la mesa, delante del niño.

El niño lo mira.

El padre va a preguntar si la reconoce, porque el niño no ha despegado los labios, no ha hecho un gesto, no ha intentado tomar la fotografía. No es necesario preguntar. El niño dice:

–Mamá.

Nada más.

Levanta la mirada al padre, como preguntándole si aparte de eso hay algo más que ver.

El padre está mortificado. Masculla la sospecha de que el hijo es idiota. Lo que ha hecho en las pensiones... La falta de reacción ante el retrato de la madre...

Ha dejado la fotografía en el portarretrato. En la mañana y a mediodía continuaba ahí. En la noche no. El niño la ha recortado con tijeras y su falta de destreza para manejarlas ha causado una decapitación de la imagen.

–¿Qué has hecho?

El tono es tan duro, ya castiga tanto la pregunta, que el niño suelta el llanto. Sin embargo, entre sollozos hace escuchar sus cuestiones:

–Quiero más, quiero otra para jugar.

El padre se enfurece y golpea al niño.

Cuando lo tiene entre las manos como una cosa vencida, lo lleva a la cama. No a la camita propia del niño, sino a la que usa él, la que estaba ya en la habitación, que es grande, antigua, de matrimonio. Se acurruca junto al niño. Mientras mide la disminución de los sollozos, como si al decrecer mermara el mal causado a la criatura, le surge un presentimiento y se excita por el deseo vehemente de comprobar si está o no en lo cierto.

La oportunidad se produce más tarde, después que ha convencido al niño de que abandone la cama y tome la sopa.

Con gran ansiedad por la respuesta, pregunta:

–Berto, Bertito, hijo, ¿qué le ha pasado a mamá?

De los ojos del niño desciende una agüita fina. El padre teme lastimar y lastimarse si averigua más el pensamiento del niño. Se arriesga, con una voz cautelosa dispuesta a retirarse en cuanto vea que hiere:

–Berto, Bertito, ¿dónde está mamá?

El niño levanta una mano, con el ademán del asombro, el desconsuelo y la total ignorancia, y dice:

–No sé, no sé, papá. Me ha dejado solo. Me ha abandonado, papá.

Puede verse que un sollozo le nace muy adentro, y hasta que sale a la boca y a los ojos le sacude el pecho varias veces.

Y el padre no puede consolarlo porque a él se le ha caído la cabeza sobre el mantel y también está llorando.

El padre posee ahora dos experiencias significativas.

Por una de ellas sabe que, si olvidó su propia pena, no la había perdido y por esa pena existente de verdad es que está tan extremadamente sensibilizado que hasta ha humedecido su rostro con el llanto.

Por la otra experiencia se cree reconciliado con el hijo. Ya no lo culpa de sus contratiempos y disimula hasta donde puede el disgusto que le provoca el tenaz encierro en la habitación.

–Cuando seas más grande, tendrás que ir a la escuela. ¿Hasta cuándo, Bertito, seguirás de esta manera?

Ha intentado amistarlo con una niña vecina. Como siempre, aceptó salir con el padre; pero jugar, hablar con esa criatura del mismo tamaño que él, eso no, no.

La tía no puede tenerlo consigo y el padre prefiere que no pueda.

Una visita, tercera o cuarta desde que habitan en pensión, ha tenido un resultado ingrato. Crispamiento del niño, gritos, una taza rota. Al salir, la tía deplora en presencia de la dueña:

–Es un animalito.

La dueña trata de ayudar, aunque forma parte de la multitud de seres que el niño no admite en sus proximidades.

Entonces procura acordar la cooperación del consejo:

–A usted le hace falta mujer y al niño madre.

Mujer.

Otra palabra que se toma de Ortega. Otra palabra tomada de él, pero tapada.

La dueña no puede saber qué sucede. No es mujer lo que le falta. Precisamente, una causa de su trastorno es el desorden con las desconocidas mujeres de medianoche, cuando se desliza a la calle dejando el hijo al cuidado de su único guardián infalible: el sueño. Con la mayor tajada de su tiempo otorgada a la oficina y la espuma de sus minutos cernida para su niño, ¿cómo establecer relación regular con una mujer? ¿Cómo encontrar mujer respetable que se avenga a su situación, a su chico, a sus deudas inagotables? No, mujer no le falta; pero... qué mujeres. De otras habla la dueña, él lo comprende, pero su impaciencia de hombre no le permite elegir.

Es la hora en que el domingo declina. Ortega está sentado, con su niño, cerca del lago. El niño lame un helado.

Pasan muchas mujeres y el hombre las considera, con gusto de verlas, nada más, sin darse a las ilusiones ni establecer ninguna especie de provocación sentimental.

Pero ésa, esa que viene allí, con un vestido que manifiesta y vela su cuerpo inquieto, le pone adentro como un presagio. Ella viene como llegando a reunirse con alguien. Se nota, porque va sola, si bien no parece sentirse sola. El hombre se reduce a mirarla a los ojos y ella se reduce a mirarlo. Pero a los ojos.

Es suficiente. Está penetrado, está herido de deseo. Debe seguirla, debe darse con ella. Incita al niño a caminar. Le ordena que lo haga. Allá va ella, con paso rápido. Él detrás. Se retrasa, porque el niño sólo logra dar pasitos cortos, perdiéndose entre las piernas de la gente que camina despacio porque pasea. El padre lo toma de una mano y tironea. Lo alza. Le hace caer el helado. Se salva de unos lagrimones de protesta sólo porque la criatura está ejercitada en la resignación silenciosa.

La mujer ya no se encuentra donde pueda verla Ortega. El hombre deja al niño en el suelo. Recupera la compostura exterior. No obstante, se halla convulsionado de anhelos. ¿Por qué tanto? No lo sabe. Lo piensa un instante. Porque cuando él la descubrió, ella a su vez lo descubrió a él. Porque no es una mujer de la calle y él no está acostumbrado, hace tiempo, a las sugestiones que contiene la mirada de una mujer que se posa en los ojos de un hombre.

Debe encontrarla.

Ella, era evidente, iba al encuentro de alguien. ¿De quién? ¿De quién? Ahí está la respuesta: iba al encuentro de unas amigas. Están reunidas, tomadas del brazo, festivas, como muchachas, aunque ninguna lo sea. Ahora tendrá que pasar él delante de ella. De ellas. Tendrá que conformarse con verla al pasar. ¿Cómo abordar a una mujer tomada del brazo de otras?

El hombre espera recoger otra mirada íntima. Recoge en cambio las miradas de tres, cuatro mujeres. No quiere verlas, ya no quiere

verlas, porque son de ojos de confabulación y de malicia y, para que las entienda mejor, están subrayadas sus expresiones por unas risitas de burla.

Súbitamente, el hombre toma conciencia de la imagen que calan las mujeres: un hombre que intenta el asedio romántico, que sigue a una mujer por el paseo de los enamorados, y que de la mano lleva colgado a un hijo, del que no puede desprenderse y que lo sigue con la consternación de sentirse forzoso testigo de algo secreto que está ocurriendo entre los mayores.

Le surge, al padre, una reflexión: le ha perdido el respeto al hijo. Él mismo se dice que es una extraña idea. Pero la tiene.

El lunes, el padre lleva una revista para que el niño corte las fotografías y los dibujos. Últimamente lo hace siempre; aunque esta vez ha elegido una con figuras de mujeres llamativas. En el quiosco le pareció que el tamaño, los volúmenes contrastados, el fondo claro que destaca las siluetas, harían más fácil el recorte a las tijeras del niño. Mientras espera el almuerzo la abre; observa algunas páginas y la revista cambia de destinatario.

Al llegar, el niño le ha preguntado: "¿Para mí?", y él ha asentido.

Pero antes de irse la guarda en un cajón que el niño no puede alcanzar. El niño considera, con tristeza, cómo se desbarata su juego.

–Ésta no se puede romper. En la noche te traeré otra, con gatitos y patitos en colores.

La trae, en la noche. Pero el niño quería llenar sus horas de la tarde: el cojín que se pone sobre la silla para que él alcance la mesa es de cretona floreada; las tijeras han andado por ahí, dando independencia a las flores estampadas, y la libertad ha sido aprovechada por la pobre mezcla de paja y lana sucia que constituía el relleno.

El padre quiere ocultar los restos del devastado cojín, que no es de ellos, sino del limitado ajuar de la pensión. En la silla pondrá una almohada. Mañana comprará otro cojín. Pero la muchacha entra sin llamar y ve al hombre en el suelo, recogiendo paja.

La señora se entera por la muchacha. Acude como si la hubieran convocado.

Se detiene en el umbral. El niño se retrae detrás del hombre, que se ha puesto de pie. No huye porque está el padre.

–Era tan bonito, el cojín... No debí dárselo. Son cosas que deben traer los pensionistas.

–Se lo pagaré, señora. No es tan valioso.

–No, si no es por el valor, después de todo. Es... usted sabe, para qué decirlo. Me da lástima. Tiene razón la tía. Es un animalito.

–¡Señora! ¡Qué barbaridad está diciendo! Y el chico oyendo todo. ¿No tiene compasión? Si no fuera por...

La mujer comprende que ha ofendido demasiado. Se arrepiente, porque no se proponía hacerlo. Dijo todo eso por disimular la molestia que le causa perder el cojín.

–Está bien. Tiene razón. Disculpe. Buenas noches.

Quiere sofocar, con muchas palabras, el incendio. Quiere huir del fuego.

Pero al padre le sigue quemando, horas más tarde, y necesita escapar adonde haya aire fresco.

Cuando el niño duerme, se va.

Es medianoche.

En la calle recoge a una mujer.

Su entendimiento está turbado por la rabia. Da con el medio de vengarse de la ofensa que le ha hecho la dueña: le ofenderá la casa a ella. Recuerda que por algo buscó habitación cercana a la calle; aunque nunca creyó posible que se animara a sacar provecho de la ubicación. ¿Y si lo descubren? Bueno, en eso estará la satisfacción. Cambiará de casa y quedará, para la dueña, el agravio. ¿Y el niño? Duerme, duerme. Tiene que seguir dormido. Por otra parte, tanto le hace el niño a él que algo puede hacerle él al niño. Y no se dará cuenta, aunque oiga, aunque vea.

Lleva a la mujer. El niño reposa. La mujer, al descubrir el cuerpo en la camita, se rebela. El hombre se pone imperativo y ella cede.

Después la acompaña hasta la esquina.

Cuando regresa, el hijo no está en la camita.

¿Dónde? ¿Dónde?

Busca en el baño, en el patio, sin encender luces, llamando quedamente, con sonidos empañados por la angustia. Se asoma a la vereda. Vuelve a la habitación, a revisar rincones.

El niño está debajo de la cama grande, justamente donde se encuentran dos paredes.

El padre respira aliviado antes de preguntarle qué hace ahí, de invitarlo a salir.

Cuando le habla, no consigue respuesta. Puede ver que la criatura permanece agazapada y descubre sus ojos redondos y luminosos como los de un gato. ¡Cómo lo miran esos ojos...!

Insiste. Da razones: hay que dormir; es tarde; no puede quedarse ahí, casi desvestido... Pero, ¿es que le ha ocurrido algo?

Quiere cambiar el método y recurre a un primer tono:

–¿Estás jugando...? ¿Jugando a qué? Si salieras podrías contarme.

Luego apela a un segundo tono:

–Berto, Berto, que viene el cuco de los rincones.

Hace una voz de meter miedo, se echa el faldón de la camisa sobre la cabeza y avanza bajo la cama.

El niño grita.

No es posible dejarlo gritar a esta hora.

El padre se retira.

Ejecuta un plan elemental: correr la cama. Empieza a arrastrarla, cuidando de no escandalizar con el ruido y que la pata no atropelle al chico. El niño se solevanta prendido de los hierros que tiene el elástico al costado. Nada podría contra la fuerza del padre, pero el padre no quiere esa lucha.

Enardecido dice: "Estarás ahí hasta...", apaga la luz, se desviste y se acuesta.

Permanece un rato conteniendo la respiración para espiar, por el ruido, los posibles movimientos del hijo. Nada se le alcanza.

Se duerme con la hondura de las noches de amor.

Despierta como amenazado, como si un peligro lo hubiera sorprendido indefenso. Golpean a la puerta. Mira la camita: sigue vacía. Grita: "Espere".

Se viste someramente.

Entreabre. Es la muchacha.

–No limpie. Hoy no limpie. No es necesario que limpie. Yo le avisaré, más tarde.

Toma conciencia de la contradicción y procura aliviar su efecto:

–Mejor enseguida me trae el desayuno. Estoy apurado.

Hasta que ella vuelve, respecto al niño afecta olvido o despreocupación.

Recibe la bandeja en la puerta y la coloca en la mesa.

Llama:

–Berto.

Llama de nuevo:

–Bertito.

Deja caer la tentación:

–La leche, Bertito, con medias lunas y mermelada.

Se inclina a ver, por si el niño está dormido. No está dormido, ¡y esos ojos, que parece que no fueran a cerrarse nunca...!

Al irse, dice en voz alta, con la seguridad del que sabe más:

–Ya saldrás por tu propia cuenta.

Entrega la bandeja en la cocina. No precisa pedir que las mujeres no entren durante su ausencia.

A las doce y diez regresa con la intensísima esperanza de que el niño haya reaccionado como él desea. Que la actitud esté depuesta, que no sean necesarias las reconvenciones, las amenazas, el castigo o el ruego. Que no haga falta explicar ni recordar nada.

En el cuarto todo se halla tan contrario a sus deseos que hace lo que hizo su propio padre cuando él era niño, y que él como padre había jurado no hacer nunca: afloja el cuero de la hebilla y tira de la correa. Ahora está armado:

–¿Vas a salir o...?

Permanece de pie. Tiene el cinturón por la hebilla y lo deja caer a lo largo para que el niño vea la lonja de cuero que llega al suelo.

–¿Vas a salir...?

El niño sólo le devuelve silencio.

Por tercera vez:

–¿Vas a salir?, te he dicho.

Y se hinca, como para un sacrificio, y tira golpes de cuero a lo ciego, hacia aquel rincón. Uno, dos, tres golpes que se pierden en la blandura del aire, hasta que sabe que acierta, porque lo siente en la mano y en el choque del látigo.

Entonces se encoge. La correa queda lacia, debajo de la cama, porque el hombre la ha soltado. Las dos manos cerradas, el hombre se afirma en el piso, porque le está pesando brutalmente la cabeza, cargada de sangre. Teme haber dado en la cara, teme haberlo desmayado: del niño no ha salido una queja, no ha salido un ay, no ha salido el miedo.

Mira con terror de haber estropeado demasiado.

Ahí está: vivo, terco, jadeante, acosado, convirtiéndose en un gatito despavorido, en un cachorro de tigre con el espanto de que, en el último refugio, lo despedacen los perros.

Recibir el almuerzo es más complejo que recibir el desayuno. Son tantos los viajes de la muchacha... Sin embargo, consigue que no entre, y más luego consigue que no pregunte por qué quiere dejar en la habitación un plato con alimentos.

Antes de irse, consiente en humillarse. Ha elaborado las palabras durante toda la comida, durante toda la siesta, que no durmió.

–Berto, Bertito. Perdoname por haberte hecho daño. Perdoname por haberte pegado. Berto, Bertito, ¿saldrás a decirle a papá que lo has perdonado? ¿Saldrás? ¿Saldrás, Berto?

Espera.

Pero tiene que seguir:

–Bueno, no importa. Yo te perdono. No estoy enojado. Ya no me enojo más.

Hace otra pausa. Otra pausa que pide respuesta. No la obtiene.

–Bueno, Bertito, chau. Hasta la noche. Tendrás hambre. Sobre la mesa te dejo comida. Estará fría, pero no importa, te gustará lo mismo. Podés comer cuando yo no esté.

Camina todos los pasos que debe dar hasta la puerta. Son tan pocos, pero le duelen, porque no quería darlos.

Abre la puerta, y no se resigna a irse, a abandonarlo así.

Le dice, muy quedo:

–Hasta la noche. Hasta la noche, hijito.

Suspira y cierra.

Sale a la calle. La claridad radiante le choca: "Cómo puede haber tanto sol, hoy".

A las ocho y diez extiende el brazo, casi desde la puerta, y enciende la lámpara.

Ya no habla, no llama, no pregunta con palabras. Interroga con un examen visual: la camita está desarreglada, con el mismo desarreglo que le conoce desde anoche; el plato que tuvo la comida, ya no la tiene; el utensilio, que había caído en desuso, ha salido de la mesita del velador, y habrá que cubrirlo con una revista.

El padre comprende que ahora las cosas serán más difíciles.

Falta de vocación

Si se encuentran en el centro, al final de la mañana, vuelven juntos. Don Pascual le ha alquilado el departamentito de atrás, es decir, de atrás de su casa, en el pasaje Romairone, y las mujeres se entienden, a pesar de la diferencia de edad. Además, a Segura le gustan algunas cosas que puede hacer con don Pascual, como jugar a las bochas, por ejemplo, o tomar de aperitivo un par de empanadas con vino blanco bien frío. Conversan mucho y están de acuerdo.

Sin avisarse el uno al otro, miran en el mismo instante y ven al hombre que cae, de un piso altísimo, con un largo grito de miedo. El cuerpo contra el suelo hace un ruido aplastado, y se acaba el grito.

Don Pascual y Segura quedan magnetizados. Segura, sin salir del trance, balbucea:

–Primera vez que me ocurre.

Después, en casa, puestas al tanto las dos mujeres, revisado y comentado el acontecimiento, don Pascual se recuerda y reclama:

–¿Por qué dijo "Primera vez que me ocurre"? ¿Le ocurría a usted, acaso...?

Segura se explica: con sus relatos policiales para el diario, él cuenta al público qué ocurrió y cómo; pero siempre llega después del choque o del crimen, tiene que revivirlo imaginativamente con testimonios e indicios. Nunca, hasta ahora, el suceso se desenvolvió ante sus ojos ni el alarido de la víctima entró por sus propios oídos de cronista.

Don Pascual que, como cualquiera, ha leído infinidad de páginas policiales, realmente tampoco fue espectador de ninguna catástrofe ni de hechos violentos que merecieran la atención del periodismo. Por eso quiere cotejar la realidad con la crónica y espera el diario:

Ayer, minutos antes de que sonara la sirena que anuncia el fin de las tareas de la mañana, del edificio en construcción de San Martín esquina...

Aproximadamente lo que sabe don Pascual, con algunos detalles de individualización: Julio Funes, frentista, 32 años, casado, etc.

Pero Segura, que escribe todas las noches para el diario donde le pagan un sueldo, también escribe para un periódico donde nada le pagan. Es un semanario y cada viernes se lo trae a don Pascual. Don Pascual lo lee con cierta condescendencia: prefiere el diario de todos los días.

Este viernes, sin embargo, encuentra algo que lo excita:

El miércoles, el obrero Julio Funes cayó del décimo piso del edificio en construcción en San Martín y San Luis. El obrero se rompió cráneo y cuerpo. Ni el edificio ni los andamios sufrieron deterioros.

Nada más. Sin embargo, esa noticia, que por su modo se ha vuelto diferente de la otra, le produce determinada excitación, de la que no habla.

Por ratos se dedica a pensar tan abstraído que pone distancia entre él y la mujer. Ella, asombrada y en silencio, husmea.

Un día le dice a Segura que tienen que hablar y lo convida a Rodicar de la calle Amigorena.

Saca un papel y se lo pasa por encima de la mesita. Segura titubea entre desdoblarlo o empezar con la empanada. Pero nota en don Pascual una especie de ansiedad o apuro. Lee:

En la estación de San Luis subió al tren el señor Bautista Frías. Con el señor Frías viajaba la hija, de ocho años de edad, llamada Ernestina.

Cerca de la estación de San Vicente, los demás pasajeros notaron que la niña estaba llorando sin hacer ruido. Observaron bien y descubrieron que el padre había muerto, sin alterar apenas su posición en el asiento, junto a la ventanilla.

Segura mira por encima del papel a don Pascual, que no se tiene de inquieto, y vuelve a leer:

En la estación de San Luis...

No termina. Está ligeramente desconcertado. Pregunta:

–¿Qué es esto?

Don Pascual teclea con los dedos en la tabla y confiesa, a medias:

–Lo escribí yo...

–De acuerdo, ¿pero qué es?

–Una noticia... una crónica. Usted sabrá.

–¿Cómo una noticia o una crónica y que yo sabré...? Discúlpeme, don Pascual, no lo entiendo. ¿Es una noticia que me da para publicar?

–No. Para publicar no es ...

–¿Cuándo ha ocurrido esto...? ¿Dónde...?

–Y... aquí en Mendoza, creo yo.

–¿Y yo no sé nada? No puede ser, en el parte diario de la policía tendría que estar.

–Bueno, ocurrió en otro tiempo.

–¿Otro tiempo...? –a Segura se le ilumina la situación–: ¿Como cuándo, a ver? ¿Unos treinta o cuarenta años atrás? Porque ya no hay estación San Vicente. San Vicente se llama, hace mucho, Godoy Cruz.

Don Pascual confiesa: quiso probarse, por si podía escribir una crónica como la del periódico del viernes. Pero no sabía qué contar. Sacó el tema de una lápida del cementerio.

Como está abochornado, lo cual se le pinta en la cara y se corrobora con la evidencia de que no ha tocado el plato, Segura colige que debe ser comprensivo y le dice:

–¿Usted quiere escribir? Bueno, hace bien. Pruebe otra vez y hágamelo leer.

Otro día don Pascual entrega otros papeles al periodista. Al ponerlos en sus manos lo hace con la sonrisa confiada de quien cree haber acertado:

Esther y Stella estudiaban juntas para ser maestras. Esther era pobre y cuando el padre murió todos creyeron que tendría que emplearse. Sin embargo, ella y la madre comieron menos, la madre trabajó más y Esther continuó estudiando.

Stella le prestaba los libros y, con la autorización de su propia madre, las zapatillas de goma y algún delantal blanco en caso de apuro.

Esther era pobre y Stella era rica. Pero las dos eran igualmente feli-

ces cuando se recibieron y vino un fotógrafo y las cuarenta compañeras posaron en conjunto, cada una con una flor en la mano.

Esther, que era bonita, se casó y nunca tuvo necesidad de ejercer. Stella, que no era bonita y no precisaba puesto, consiguió uno en la escuela Nº 1 de la capital y por lo tanto ni siquiera tenía que viajar en ómnibus a la campaña, como las demás maestras nuevas.

Cuando celebraron los diez años de ser maestras –no las cuarenta, porque una había muerto de parto– Stella, que ya era vicedirectora, le pidió algo a Esther. Le dijo: "Esther, tengo que pedirte una cosa". Esther recordó todo lo que Stella le había prestado cuando estudiaban y le contestó: "Lo que quieras, todo lo que quieras".

Stella le pidió prestada la voz por una noche, para ir a una fiesta. Porque Esther siempre poseyó una hermosa voz y cuando criaba a sus dos niños no tenía mucho que hacer en las tardes y estudiaba canto. Esther dijo que sí y Stella fue a la fiesta con la voz de la amiga.

Al otro día, al devolvérsela, a Stella le brillaban los ojos, y le dijo a Esther: "Ahora tengo novio. Gracias, Esther", y le besó una mejilla.

Segura siente necesidad de preguntar, como antes: "¿Qué es esto?" Se contiene. Procura poner inteligencia y tacto para no herir y, tal vez, para no destruir:

–¿Esto ha sucedido, don Pascual...?

Don Pascual se sobresalta. Esperaba un juicio aprobatorio.

–Tanto como suceder... más o menos.

–¿Más o menos...?

–Es un drama social.

–¿Un drama social?

–Sí. La huérfana, la madre que se sacrifica... No sé si me expreso bien.

–Sí, sí. Eso está bien. ¿Pero ese préstamo de la voz...? ¿Cómo puede ser, don Pascual?

–Ah, eso. Es que yo no quería un final dramático... –titubea– como los suyos. Y contar la verdad de lo que pasó con Esther y Stella es muy vulgar.

–¡Ah! –ahora el sorprendido es el periodista.

Recapacita y empieza:

–Don Pascual, ¿usted sabe qué es la literatura fantástica...?

–Y... más o menos.

–No, más o menos no. Literatura fantástica es esto que ha hecho usted. Esto es literatura ingenua y es literatura fantástica. ¿Quiere que le explique más?

–Bueno. A ver.

En el diario, Segura le pasa el papel a un colega:

–Leelo.

El colega lo lee y se lo devuelve:

–No está mal. ¿Lo escribiste vos?

Segura responde con un entusiasmo que parece protesta porque el colega no valora como él:

–No. Lo escribió un escritor nato. ¡Una revelación!

–¿Un chico precoz?

–Qué chico precoz. Cincuenta y siete años, jubilado municipal, cuarto grado, ¡cuarto grado!

Otro periodista pide:

–A ver...

Y un compañero se sale del escritorio y se acerca al papel.

Segura espera que terminen. Está impaciente por la opinión.

El que pidió, levanta la mirada.

–¿Seguro que no tiene más que cuarto grado? Habrá escrito toda la vida.

Un redactor literario consulta:

–¿Es para el suplemento?

Segura no había pensado en esa oportunidad para el amigo:

–¿Te parece...?

–Parecer, me parece. Con otro final.

–¿Así no?

–Mucha fantasía.

Interviene el que pidió el papel. Desdeña esa opinión:

–¡Mucha fantasía...! ¡Mucha fantasía...!

Ya le ha indicado que no piensa igual que él. Ahora le dice, como si lo invitara a ser más comprensivo:

–Si al fin y al cabo, el mundo está hecho de fantasmas...

Segura asimila el diálogo de la oficina. Se afirma. Elabora algunos planes generosos. Recoge la suposición de que don Pascual tiene que haber escrito toda la vida. Le pregunta y don Pascual lo admite: Sí, tiene varios cuadernos llenos. Aunque es otra cosa y no puede confiárselos a nadie. Cuenta en ellos cómo eran sus compañeros de la Municipalidad y... algunas cosas que ocurrieron en la Municipalidad, con aquel gobierno, y con el otro y el otro. Segura es de confianza, pero no le van a gustar. Cuando los hizo, "todavía no sabía escribir".

Como confirmación de que ahora sabe, y de que ha entendido qué es la literatura fantástica, le entrega otro papelito:

De noche, la sombra de los árboles es de las parejas.

En la mañana, cuando los árboles han recogido su sombra encubridora, en mi vereda encuentro una pareja todavía entrelazada.

Con discreción, para advertirles que ahora serán vistos por todos, toco el hombro de él. Caen los dos al suelo y no se mueven.

Mientras busco un teléfono para llamar a la policía, me pregunto ansiosamente si ha sido un suicidio de amor o si soy yo quien los ha matado.

–Sí, está bien. Está muy bien. Sólo que no debe intentar otra vez los dramas sociales. No son para usted. No los haga tan cortitos. ¿Es su estilo? Bueno. Pero así nunca podrá armar el libro. ¿Le faltan temas? Bueno, imaginación no le falta. Dedíquele más la cabeza y los temas vendrán solos.

Don Pascual dedica la cabeza. Obedece. Tanto que la esposa se alarma y se fastidia, aunque no se atreve a oponerse. Porque ya lo sabe todo. Don Pascual escribe con ostentación y cuando toma el lapicero es prudente que ella aleje visitas y traquetee menos por el patio. Sin embargo, cuando está pensando, puede golpear el balde y las cacerolas, puede cantar y hablar a gritos con la vecina por encima de la pared. El hombre permanece tirado en una silla, como encogido por el dolor de pensar, y ella se compadece de él porque cree que, de viejo y con esos raros deseos, está un poco ido. Entonces hace más ruidos, para ver si lo despierta. Es una manera de sacudirlo o de cachetearlo. Don Pascual se deja.

Segura aplica un ferviente afán de impulsarlo, como si temiera que la vida del revelado escritor se extinga antes de realizar su obra. Lo vigila, controla la producción. Rara vez le discute lo que hace. Sólo le exige que rinda.

El gato de la casa tenía cara de bagre.

Se lo decían, le hacían la broma de que lo iban a meter en una pecera.

Él acogió la ocurrencia con una vanidad exagerada. Y se puso a presumir de bagre.

Otro gato se lo comió.

–¿Todos, ahora, van a ser de animales? Éste es el quinto.

–Y qué quiere, Segura. Me da.

La mujer, desde la cocina, secándose las manos con un repasador, piensa: "Esta vez lleva razón. Le da. Vaya si le ha dado". Está gravemente preocupada. Sólo la desarman la complicidad y la complacencia del inquilino, ese hombre que pretende saberlo todo.

Don Pascual tiene sus cuidados, viejos reparos que siempre, antes de declararse escritor, lo apartaron de ciertas tolerancias vulgares.

Las moscas le repugnan con sólo verlas. Si alguna aletea con insistencia cerca de su plato, se niega a comer.

Ahora es de noche. Cenan en un comedorcito a la medida de los dos. Al lado está la cocina. La mujer se levanta para traer el segundo plato. Don Pascual se queda solo y descubre el vuelo de estudio de una mosca que elige plato para posarse. Don Pascual agita las manos a fin de alejarla de la comida, apaga la lámpara del comedor y enciende la del patio contiguo. Sabe que la mosca se dejará seducir por la luz. Entorna la puerta. Mueve los brazos. A través de la semiclaridad que entra por el vano, sale como un proyectil el pequeño cuerpo negro. Lo sigue con la mirada. Constata el traslado. Ve desplazarse como un puntito que, en cierto momento de su trayectoria... ¡aletea con alas descomunales para su tamaño y se abate contra el farolito del patio! Es un murciélago, que sube, baja, gira en torno y permanece como cautivo sin sosiego de la luz que irradia el foco.

Don Pascual siente como si una mano, como si su propia mano más fuerte, le hubiera capturado el corazón y se lo estuviera apretando.
Sin declinar la mirada del aleteo que él ve, llama a la mujer, que viene llegando con la fuente y se apercibe de su voz de angustia.
–¿Qué te pasa, Pascual?
–¡Mirá! ¡Mirá! ¿Qué ves?
–¿Adónde?
–Ahí, ¿no ves? En el patio.
–Pero... ¿ adónde?
Ella mira afuera y vuelve la mirada a él, con aprensión.
–¡En el foco! ¿Qué ves? ¿Qué hay?
–¿En el foco...? –ella se esfuerza por ver, pero tiene que comunicarle–: Nada, nada. No veo nada.
Él sí ve.
–¿Nada? ¿Nada?
–¡Nada!
–¿Nada? ¿Ni un murciélago?
Y cuando está preguntando, cesa de ver el murciélago.
Calla. Queda como marchito.
La mujer enciende la luz y le examina el rostro.
–Viejo, ¿qué te ha ocurrido?
Él hubiera preferido que siguieran a oscuras, un rato, hasta que se le pase.
A don Pascual le gustan las cosas dulces. Todas las noches, al acostarse, le agrada ponerse un confite en la boca, un confite grande, de almendra. Pero esta vez descuida la costumbre.
La mujer, mordiendo su alarma, procura que don Pascual repose y se esmera en los últimos cuidados del día. Cuando él entra al lecho, le alcanza la bolsita de La Balear.
–Viejo, ¿no querés uno, esta noche...?
Don Pascual la mira como volviendo de una distracción. Dice con el gesto: "Ah, sí", y toma un confite. Lo deja en la boca, y se olvida de chuparlo. El confite permanece alojado junto al carrillo izquierdo.
Al dormirse, sobre el costado del corazón, don Pascual sueña que se le ha salido un ojo y que lo está aplastando con la cabeza.
Se despierta gimoteando como un chico.

En la mañana parte temprano. Esquiva a la mujer.
Al regresar, le prescribe con severidad: "Para Segura, no estoy".
De ese modo lo elude, hasta que Segura lo atrapa y entonces arguye:
–Tuve que andar saliendo. Cosas.
Segura desconfía y le concede una tregua, pero no resiste mucho tiempo la falta de papeles y quiere saber qué ha pasado con su cuentista.
–No ha pasado nada, Segura. Nada. Sólo que hay cosas que no pueden ser y eso es todo.
–¡Cómo que no pueden ser...! Usted podía. Usted puede, y no debe parar.
Don Pascual hace un ademán que pretende borrar o frenar la seguridad del periodista, y declara:
–Tarde me equivoqué, tarde lo supe. De viejo me agarraron con ganas las ilusiones de ponerme a escribir. Qué me iba a imaginar lo que cuesta ser escritor; todo lo que hay que pensar y el tormento que es inventar para que, al final, uno descubra que la imaginación se le ha puesto tan fácil que trabaja sola y empieza a soltar monstruos. Demasiado peligroso, digo yo.
Todavía don Pascual reniega un poco, y como Segura amaga salir con otro argumento, le espeta con firmeza:
–Yo-no-es-cri-bo-más-cuen-tos-de-é-sos. ¡Entiéndalo bien y quíteselo de la cabeza!
Ante la embestida, Segura, prudente, se retrae, y don Pascual se aplaca y se arrepiente. Propone un principio conciliatorio:
–Para ser escritor, ¿no es cierto?, hay que tener vocación. Y bueno, pongamos que, a mí, me faltó vocación.

As

Hay que tomar una chica. El padre sabe por qué. Porque la hija no soporta más los trabajos de la casa que ensucian excesivamente las manos. La hija sostiene otros motivos y el padre no los cree, tampoco los discute.

Desde que el padre quedó impedido de las piernas, la hija supo organizar tiempo y fuerzas para cuidarlo, hacer las comidas y la limpieza del hogar, vigilar y atender la tienda. La tienda, la tiendita, podía estar abierta de esa manera las ocho horas con un solo dependiente. Hacía de esto unos quince años, la misma época en que el padre se convenció de que la hija estaba desilusionada de los hombres. Después sólo la oyó hablar de ellos para censurar los defectos vulgares y los defectos menos evidentes que les descubría.

Cuando emplearon al nuevo dependiente, que al padre no le impresionó bien porque carecía de eso que manifiesta a las personas trabajadoras y parecía demasiado acicalado y compuesto, comenzaron en la hija los primeros signos de la evolución.

Ahora hay que tomar una chica.

El cartelito de la vidriera convoca una cantidad considerable, a lo largo del día. En definitiva queda Rosa Esther. La ha traído el padre, viejo criollo, lo cual puede aceptarse como una garantía.

Tal vez durante los quince años la hija deseó ir sola al cine, después de cenar.

–Ahora que tiene a la chica que lo acompañe... –dice, una noche tras otra, y para cada una encuentra un programa de películas que le interesa, que naturalmente no podrá dejar de ver.

Regresa temprano, apenas pasadas las doce. Sólo una vez se demora.

–Encontré a Manuel. Me invitó a tomar chocolate. No me pareció mal. No porque una sea la patrona tiene que mostrarse orgullosa.

En otra oportunidad puede decir con anticipación que volverá tarde. Y al decirlo parece que pidiera permiso:

–Manuel me ha invitado al casino. Yo no conozco el casino, papá. Y si no acepto, ¿cuándo tendré otra oportunidad? ¿Quién me va a llevar?

El padre comprende. Pero no le gusta: la hija tiene cuarentisiete años y el empleado veintitrés.

Rosa Esther es resignada y pasiva. Vela al amo en silencio. Si él llena con radio las horas de ausencia de la hija, acepta la música clásica sin insinuar la menor preferencia personal. Él la estudia: ella se absorbe en algo que no es la música y prescinde por completo de los sonidos que vienen del aparato. Si maneja las piezas de ajedrez después de concentraciones tan rigurosas como para enfrentar a un sabio jugador, ella se mantiene calladita, en su rincón, mirándolo o mirando quién sabe qué. Entonces, si la observa, él piensa: "Descansa". A veces se dice: "Descansa, la pobre. Cada vez trabaja más".

Nunca se ha acercado a ver cómo juega, solo, el amo. Seguramente ignora de qué se trata y lo considera una operación personal.

Una noche visita al amo un anciano que es como él, con la diferencia de que puede caminar. Hacen una partida. Rosa Esther los mira, todo el tiempo, desde lejos.

En la noche siguiente, cuando se quedan solos, ella se atreve a preguntar:

–Señor, ¿qué es eso?

–¿No lo sabes?

Se asombra y también se enorgullece de haber provocado curiosidad. Fue un jugador difícilmente batible, "cuando –ha sostenido alguna vez– los ocios de la juventud eran más intelectuales". Él leía.

Revela a Rosa Esther qué es el ajedrez: un juego, pero un *juego-ciencia.*

–¿Me comprendes? No como los demás. No es como el de barajas, o dados. Para jugarlo, hay que tener un cerebro desarrollado y pensar mucho.

En la joven ha encarnado la primera parte de la instrucción: es un juego.

–¿Yo también podría jugar?

–No, no –dice con toda la aristocracia de su veteranía; pero se arrepiente del impulso negativo que rebaja a la muchacha y atenúa la respuesta–: Bueno, no creo que puedas hacerlo, siendo tan joven.

Rosa Esther no protesta. No pide más. ¿También a eso se resignará?

El amo no quiere negarse del todo:

–Hay una solución. Un juego más simple. Sirve el tablero de ajedrez.

"Busca allí", le indica, y Rosa Esther, guiada por él, encuentra una caja con fichas de madera, rojas y verdes.

Le enseña la técnica. La chica aprende pronto. Al amo se le llena el rostro de satisfacción. Podrá alternar sus solitarios de ajedrez con partidos de damas frente a una persona que mueva las piezas de verdad.

Rosa Esther aprende pronto. En la noche siguiente gana tres partidos sobre cuatro.

La hija anuncia:

–Manuel me ha invitado de nuevo al casino.

–Sí, sí. Está bien –contesta el padre, apurado porque no vaya a rechazar la salida.

A la hora indicada nota que ella no se ha vestido como para entrar a una sala de juego elegante, sino de modo mucho más común, con ropas ligeras que no le conocía. Esto lo deprime un poco. Pero no se cree con derecho a hablar.

Rosa Esther lo vence de nuevo, partido tras partido y noche tras noche. Entonces el amo advierte que el juego perderá seducción si el resultado es abiertamente previsible.

–Tienes mucha suerte, hijita. Veremos si en el ajedrez es lo mismo. Porque el ajedrez –y agita el dedo de la superioridad y la seguridad– es un juego-ciencia, y con él de nada vale la fortuna.

La chica se informa del movimiento y el valor de las piezas. Él le enseña algunas partidas fundamentales; naturalmente, las más sencillas.

Naturalmente, la derrota. Rosa Esther aplica con extrema habilidad lo que ha captado, pero él sabe más, y puede sorprenderla siempre. Sin embargo, ella asimila las partidas con que él corta sus avances, aunque no le sean explicadas. Esto tiene su placer para el veterano y el juego vuelve a ser en él, como en la juventud, una ardiente vocación.

Rosa Esther intenta trayectorias que no le han sido marcadas. El amo se inquieta:

–¿Por qué mueves la reina de esa manera?

–¿Está mal? –pregunta azorada la chica, dispuesta a retirar la pieza.

–No, no; pero...

La mano de la chica sigue en el aire, sobre la reina, pronta a corregir el error si se lo dicen.

–¿No se corre así?

–No, no es eso. Es que...

–¿La saco, entonces?

–No. Puedes seguir, pero... ¿quién te ha enseñado a mover así?

La niña retrae la mano. Con los ojos dice: "¿Enseñado...? Nadie. ¿Quién me va a enseñar a mí?".

Antes de un mes, Rosa Esther pierde muy escasos partidos.

El amo se apasiona. Ganar –"ganarle a esa chica"– es una necesidad que lo domina.

La hija vuelve tarde. Ya no explica que va al casino. Saluda. El padre le contesta abstraído, molesto a veces porque le perturba el itinerario ideal de una torre.

–¿Cómo ha estado, papá?

–Bien, bien. No me distraigas.

Más adelante, Manuel pasa a la sala comedor a las dos de la madrugada. Se queda hasta las tres.

En la mañana viene tarde. Un día el negocio se abre a las diez. Manuel no ha llegado, la dueña ha conseguido despejar la cabeza sólo a esa hora, y la chica también duerme. El amo no se da cuenta. Todos se han acostado pasadas las cuatro. No obstante, la hija reta a la chica.

–Mucha confianza, mucha confianza te estás tomando.

–¿Tienes cincuenta centavos...?
–Sí, la mamá me dejó cinco pesos del sueldo.
–Te gustará más si jugamos por plata.
El amo sabe que está contraviniendo ciertos principios del ajedrez, que se toma de los placeres y las tentaciones de los otros que no son "juego-ciencia", y es que percibe que le gustará más, a él, no a Rosa Esther como dice.
Ha imaginado bien. Con un jaque devastador se apropia de los cincuenta centavos y eso le produce una satisfacción tan ávida y sensual que decide hacerla secreta. Pasa el día siguiente con una alegría y un optimismo que no consigue atenuar el estado de cuentas de fin de mes.
–¿Tan poco, hija, tan poco...? ¿Es que ya no entra nadie a esta tienda?
–No tenemos novedades, papá, y la gente busca colores modernos.
–Nunca hemos trabajado con el público de las novedades.
El padre dice verdades y entiende que debieran gravitar para un cambio en la vida de la hija, que represente además una mejora en la actividad del negocio. Pero también considera que la marcha de la tienda ya no es problema suyo. Suyas son las noches, actualmente, después de años y años de monotonía junto a la hija, olvidado de los amigos que fueron o existieron.
–Un peso, ¿te animas?
–Sí.
Gana él.
–¿Otro?
–Sí.
Gana ella.
–¿Dos?
–Sí.
Gana ella.
–¿Los dos que me ganaste anoche?
–Bueno.
Él los recupera.
En un mes la chica se hace de un capital de setenta pesos. Él le ha enseñado a jugar el todo por el todo y necesita que ese dinero, desmenuzado partido tras partido, vuelva repentinamente a su caja de ma-

dera. Es el fondo de sus reservas personales, para los gastos chicos, de tabaco, de periódicos, y esta vez se ha agotado excesivamente pronto.
–¿Todo lo que me has ganado hasta hoy?
Rosa Esther vacila:
–¿Ya...?
–No, no. Mañana.
Si ella hubiera contestado que sí, sin titubear, él habría temido tanta seguridad. Pero ella ha dudado. Si él hubiera tenido los setenta pesos en su caja de la mesa de luz, los habrían disputado esta noche. Tendrá que pedirlos.
–Hija, debes darme setenta pesos.
–¿Y lo que tenía...?
–Se me ha terminado.
–¿Para qué los quiere?
El padre se enardece:
–¿Tengo que explicarte?
Si la hija dice que sí, si de algún modo pretende desconocer, en ese punto, su autoridad de padre, será ella quien tenga que explicar muchas cosas.
Pero ella declina una discusión. Sin embargo, al decir que está bien, mientras se retira de la habitación, declara:
–Tendré que pedírselos a Manuel.
¡Pedírselos a Manuel...! El padre está abochornado por esa confesión de la hija. Una herida que pudo evitarle. Ah, ni piedad tiene ya el único ser de su sangre que le queda. Sólo puede contar con esa chica, su compañía verdadera.
Recibe los setenta pesos. En la noche pasan a ser de Rosa Esther.
Está confundido. Retorna a las cautelosas apuestas de un peso.

El experimentado jugador de ajedrez desea entender lo que ocurre. En muchas ocasiones aprovecha las horas del día para meditar alguna jugada que hizo Rosa Esther, mientras la chica está lavando los pisos, seguramente ajena a ese tipo de preocupaciones que tienen tomado al amo.
Le desconcierta que las jugadas sean tan correctas.

Su propia mente no da luz al caso. Trata de recordar la escasa bibliografía del juego que ha pasado por sus manos. Ya no cuenta con los libros, que fueron de préstamo.

Cuando no está pensando en eso repentinamente se le aparece con cierta nitidez un párrafo, que en otro tiempo le impresionó. Está en un libro... de un autor de nombre francés.

Con ayuda de la hija lo consigue. Relee, rebusca.

Da con ello: "Van Dusen demostró que mediante la lógica inevitable un novicio en el juego de ajedrez podía llegar a derrotar a un campeón que le hubiera dedicado toda su vida".

Eso según Van Dusen. Ahora bien, ¿quién era Van Dusen?, se pregunta el anciano. Un sabio, según el libro. Pero el libro es de ficción, aunque no dice si también lo es Van Dusen o si realmente el personaje existió. El amo no se siente muy firme en materia literaria y no acierta a interpretar de modo que quede convencido en algún sentido. Busca una nota de editor, un prólogo que lo oriente. Sólo halla una referencia biográfica del autor: "Jacques Futrelle. Autor de ascendencia francesa. Nació en Estados Unidos de Norteamérica. Pereció en el naufragio del 'Titanic', en 1912".

"Bueno, por lo menos el autor era una persona concreta", se dice el amo, satisfecho de su ironía. Entonces vuelve al texto: "Van Dusen demostró que mediante la lógica inevitable...". Suspende la lectura y se consagra a la reflexión: "La lógica inevitable". Relaciona la frase con Rosa Esther. Concluye quitándose de encima la preocupación: "¿Pero es que puede haber una lógica inevitable en esa criatura...?".

No mucho después, en esa hora de la madrugada en que se perciben los pasos tenues, el padre nota que por el patio circula alguien. No es un ladrón, no. ¿Cómo pensarlo? La hija ha vuelto diez minutos antes y está en el dormitorio.

Entonces en el padre se produce un ahogo de indignación. Se le ocurre probar si la hija está en situación de escuchar ruidos extraños. Le dice a la chica, que se halla absorta en un problema del tablero y no se ha dado cuenta de nada:

–Vas al negocio. Enciendes las luces. Buscas la pieza de género que más te guste. No te asustes de hacer ruido, mover la escalera ni abrir las puertas del mostrador. Eliges y traes lo que más te convenga para un vestido.

Rosa Esther obedece. Produce ruido como mandada a hacerlo.

La hija no muestra enterarse. ¡Y la luz del dormitorio está encendida!

Rosa Esther vuelve con un corte estampado, de variados valores fuertes de azul y amarillo. El amo está enceguecido de dolor, pero deriva hacia la otra parte del plan que se ha propuesto:

–Fíjate en la etiqueta. ¿Cuánto vale el metro?

–Treinta pesos.

–¿Cuántos metros precisas para hacerte un vestido?

–No sé. Unos tres...

–Eres muy delgada. ¿Cuántos años tienes?

–Dieciséis.

–Bueno. No importa la edad. Tres metros, dices. Son noventa pesos. ¿Los juegas?

–¿Yo apuesto plata y usted la tela...? Bueno.

El amo juega con pasión y en un estado nervioso que le hace equivocar hasta el ejercicio de las intenciones.

No obstante, llegado el momento toma sus precauciones:

–Lo cortaré yo. Trae el metro de hule y las tijeras. Mi hija no tiene que enterarse. Después dejarás todo en orden y apagarás las luces.

Manuel da la pista:

–Ayer teníamos seis metros. Esa señora quedó en volver hoy. Pidió cuatro. No quedaban más que tres. No los hemos vendido. ¿Dónde están?

La dueña se enciende. Allana la pieza de Rosa Esther. En apariencia es el cuarto humilde, con sólo lo indispensable, de una muchacha a la que no se reconoce necesidades. Debajo del colchón, en paquetes detrás del baulito, en el baulito mismo, hay cortes de tela, ropa interior, puntilla, botones forrados...

La saca de un brazo de la cocina, sacudiéndola:

–¡Ladrona! ¡Porquería!
–Yo no he robado nada. No he robado nada, lo juro por Dios –y llora, debatiéndose por zafarse de la mano que la aprisiona y de la acusación que la humilla.
La mujer la arrastra ante el padre.
–Mírela. Es una ladrona. ¡Lo que he descubierto...! ¡Y lo que tendrá en su casa...!
El padre está desesperado. Quiere hablar, no acierta a hacerlo y la hija, profiriendo insultos, no se interesa por lo que él pueda decir.
La niña llora y le ruega:
–Por caridad, señor... Cuéntele... Dígale que no...
–Está bien –el hombre hace por delante de sí, con una mano, el gesto del que ha sido descubierto, a la hora de las confesiones expiatorias. Sólo consigue tranquilizar medianamente a la chica, que sofrena el llanto. La hija no contiene el vendaval de las imputaciones y las suposiciones.
–No la maltrates. La culpa es mía.
Ahora sí, la hija se queda quieta. La ha congelado la declaración.
–Me lo ha ganado honestamente, jugando al ajedrez, en todo este tiempo.
La hija averigua, con la palabra y con los ojos:
–Papá... ¿está loco, usted?
–No, no estoy loco. Y lo que tiene no es todo. También me ha ganado la vitrina alta.
–¿Cómo...?
–Sí, hija. Esperaba recuperarlo esta noche. Ya lo has malogrado y no sé qué haremos.
Manuel, con una actitud de hombre tranquilo, ha estado en la puerta escuchando sin ostentarse.
Ahora interviene y decide. Cuando el amo confiesa: "No sé qué haremos", él sentencia:
–Quitarle todo y echarla.
El padre lo mira, con la serenidad del que está resignado a dialogar con los intrusos:
–No es posible.
–¿Por qué no es posible?

–Si somos honestos...
–Ja –la media risa le descuelga a Manuel un costado del labio.

La muchacha vuelve en la tarde detrás del padre, con un miedo espantoso de volver. Ha tenido que enterarlo sin reservas porque, de otro modo, ¿cómo explicar la pérdida del trabajo? ¿Cómo hacerle entender, a la familia, que le haya sido negado hasta el baulito con su propia ropa? "Que venga tu padre", le ha dicho el ama, y ahí está el padre.
Manuel no le da paso:
–La señorita no está y el señor está en cama. Tiene que entenderse conmigo.
–¿Y usted quién es?
–Manuel Gutiérrez, nada más. Pero usted tiene que entenderse con Manuel Gutiérrez.
Al padre de Rosa Esther le viene la gana de darle un manotazo.
–Su hija ha robado.
–¿Qué dice, mocito atrevido?
Pero una mano, muy joven y muy poderosa, lo agarra de la solapa.
Tiene que contentarse, después, con gritarle desde la puerta:
–El asunto no termina aquí. ¡La policía va a venir! ¡Y la justicia!

El padre de Rosa Esther conoce algunos procuradores. Repasa los rostros –y los hechos que a ellos se refieren– mientras se va tragando el frentazo. Sabe que existen procuradores de los pobres y que existen procuradores de los pobres que se han equivocado a propósito. A él le parece que su caso es limpio; sin embargo, como hay juego por medio y su apellido no constituye una recomendación... elige un pillo.
El pillo le dice:
–No tiene ninguna prueba... Y ella es menor...
El padre le hace notar:
–Mire que hay muchos pesos sobre la mesa. Y las deudas de juego son deudas de honor.

Entonces el procurador sospecha la posibilidad de un arreglo extrajudicial.

–Bueno. Si voy y lo asusto con una amenaza de embargo... ¿Dice que es un viejo...? Le prevengo que precisaré la firma de un abogado. Y si perdemos eso costará plata.

El padre de Rosa Esther ha puesto en marcha la venganza. Respira tranquilo y puede olvidar la ofensa de Manuel Gutiérrez. Además su cabeza tiene espacio para otro tipo de consideraciones. Las masculla. Despacito.

Al entrar, los recibe la averiguación de la madre de Rosa Esther:

–¿Y...? ¿Qué hubo...?

No hace falta respuesta.

Entonces quiere vengar en las carnes de la hija la pérdida de la ropa y el baulito. Alcanza a darle un bofetón, pero el padre la ataja con firmeza:

–Dejala. Ella no tiene la culpa. Al contrario... –dice y se interna de nuevo en su meditación.

Pide mate y sigue pensando.

Después llama a Rosa Esther.

–¿Así que tenés mano con suerte?

–Y... no sé –responde la muchacha, modosa y encogida, porque desconoce si la atropellará un reto o la consolará un halago y considera más posible lo primero.

–¿Qué jugaste, ajedrez no más?

–Y damas.

–¿Qué?

–A las damas.

–¿Y baraja?

–No, eso no, papá. Se lo juro –con dos dedos hace una cruz sobre los labios.

Recela de haber llegado al punto más peligroso del interrogatorio. No obstante, el padre pronuncia palabras insospechables:

–Bueno, eso se arregla. Yo te voy a enseñar.

El tono lleva algo de lamentación y de conformidad.

La niña mira al padre. El padre no sonríe, no se burla. Ha hablado con toda seriedad.

Le da la impresión de que estuviera cansado a cuenta. Como siempre que tiene que trabajar.

Le enseña la escoba de quince. Lo más sencillo, piensa. Resulta excesivamente rudimentario para la chica. Tute, brisca, truco. Rosa Esther no puede decir todos los versos que rima el padre, como un floreo del juego. Ella no tiene memoria. Pero tiene lo que el padre quiere: el camino siempre fácil para el triunfo. En la mesa de la cocina el padre padece tantas derrotas juntas como no ha experimentado en mucho tiempo de ronda por los boliches.

–Para el domingo hacé pasteles, Teresa.

Ha llegado el día señalado para la prueba. Invita a tres amigos. Comen los pasteles con ensalada y vino tinto, en el patio, debajo del parral.

Después Teresa pasa un paño húmedo al hule y el marido aparece con el mazo de naipes y una cajita de granos de maíz. Arman el tute de cuatro. El padre pierde. A cierta altura, socarrón, les confía:

–Para el truco tengo otra flor.

Y presenta a la hija.

Se ríen. ¿Qué pretende? El truco no es juego de chicos, menos de chicas. Pero le hacen lugar. Y ponen el pesito que no puede hurtarse al partido aunque vaya "en broma". Al perder se dan cuenta de que no es broma. Ellos no son jugadores novatos y no cualquiera les gana de primera intención. A menos –se consuelan– que sea con mucha suerte.

Como la suerte se despega de ellos toda la tarde y no se resignan a esa pérdida afrentosa –unos quince pesos por cabeza–, combinan otra partida, por el desquite.

Al desquite acude un curioso.

La curiosidad, en la segunda ocasión, sale a la calle y gana el boliche.

Algunos amigos incitan al padre a que la lleve. Determinan una noche de mitad de semana, con ciertas precauciones, para no llamar la atención. Esa noche el bar tiene más gente que los sábados. Todos hombres, ella sola mujer. De este lado del mostrador, porque del otro está la esposa del dueño, indispensable para enjuagar tantos

vasos, mordida de curiosidad, ella también, por entrever el juego de "esa negrita que arrea con todos".

No pasa de ser la primera noche. Tendrá muchas.

Después, en cada oportunidad, al entrar en el callejón que termina con su casa al fondo, Rosa Esther saca del bolsillito del vestido treinta, cuarenta pesos, que el padre recibe y cuenta, a la luz del farol, antes de entrar.

–A tu mamá decile, si te pregunta, que no te fue muy bien. Que ganabas veinte y perdiste diez.

El recelo del padre es de que siempre gane. Por fortuna, a veces pierde. De lo contrario sólo la vanidad de algún jugador podría mantener la aceptación de una muchachita en la mesa de los varones.

El miedo de la madre es diferente. Teme por los hombres. No faltará alguna mano...

La mano que una noche se desliza hacia Rosa Esther no va para acariciar subrepticiamente, no va a despertar ladinamente la mujer. Le saca el rollito del bolsillo. Es el último partido y ella pierde: no tiene por qué, al levantarse, poner la mano de nuevo allí.

En el callejón, sin el requerimiento del padre, ya innecesario, busca el fajo. No está. Mira el suelo.

–Papá, se me ha caído.

Recorren el callejón, ayudándose con fósforos para descubrir la huella de las pisadas, para buscar justo, justo, por donde vinieron. Llegan al boliche. Hacen levantar al dueño. Revisan el piso.

–A la policía, habría que avisar. ¡Sinvergüenzas! Aprovecharse así de una criatura.

El padre siempre amenaza con la policía, pero ni acude a ella ni acudirá. Sabe que ningún policía que lo conozca "le hará justicia".

"Como si lo hubiera llamado", se dice mentalmente, en la noche que sigue, cuando en la puerta del boliche aparece un vigilante. No es el único que se intimida ante la presencia policial. En la mesa no hay dinero, sólo porotos para marcar los tantos. Sin embargo, hay que borrar de los ojos, de la nerviosidad de las manos, el indicio de las apuestas.

–Buenas...

–Buenas, agente.

–¿Gusta de algo?

–¿Una copita...?

Con la mano dice que no y avanza mientras contesta.

El partido no se interrumpe, porque sería traicionar algo escondido. Rosa Esther no comprende en todo su alcance el peligro de un policía en la mesa de juego. No se preocupa. Baraja ella. Los dedos se le han puesto muy ágiles.

El policía comenta: "¡Una luz...!", mientras, de pie no más, ocupa el hueco que le han abierto en la rueda. Todos asienten con un murmullo, no arriesgan otro comentario. Ignoran a qué ha venido el vigilante.

Él incita: "¿Y...? ¿No hay plata?". Algunos dicen que no con la cabeza. Uno lo niega abiertamente, con tranquilidad, como cosa demasiado sabida: "No, agente. Qué va...". El padre se cree obligado a una información más clara: "Gusto no más agente. A los amigos les gusta ser testigos del caso". La llama el caso, porque no puede negarlo y hasta huele que el policía ha venido justamente a constatar la fama. Por eso esgrime la osadía como un reto: "Caso de suerte, no más. Tanta que, por plata, no se le anima nadie".

El vigilante lo mira. Ha recibido la insinuación y le parece que hay una sobra de coraje. Tiene que achicarlo. Y para eso ya no es cuestión de uniforme. Saca un billete de cinco pesos. Lo pone a una carta. La muchacha corta y da. Recoge el billete de cinco pesos. El policía le estudia el semblante. Le recuerda ese tipo de jugadores que no se entusiasman con la ganancia. Rosa Esther ni siquiera le devuelve la mirada.

El policía lleva la mano al pantalón. Busca un solo billete. No quiere arriesgar demasiado. Dice: "Aquí hay otro", y observa con disgusto que ha sacado uno de diez.

Hace tres tiros más. No consigue retener ningún papel.

Entonces deja las manos quietas, sin confesar si no tiene más o no quiere seguir jugando, y opina:

–Caso de suerte, no más.

Se produce un momento de incertidumbre. Lo salva alguien con un envite de escoba. Y para no pecar por exageración de pureza, apuesta una vuelta de caña.

Da vuelta los ojos hacia el agente, mientras baraja, y le explica:
–Cañita dulce, de duraznito. Por la chica, usted sabe, agente.

No ha sido una buena noche. El padre de Rosa Esther sabe que ha dejado un encono. Todo el tiempo estuvo deseando que cada mano se le diera en contra, a la hija. Si hubiera conseguido prevenirla... Pero la chica veía el billete y adelantaba porotos, estaba claro que con el respaldo del padre, y éste no podía decir que no.
Deja en blanco cuatro días.
Visita al procurador. El procurador le confiesa que un empleado, un tal Gutiérrez, no lo ha dejado hablar con el dueño de la tienda. Habrá que hacer un amago de demanda. Hace falta plata.
El padre de Rosa Esther se sulfura: "¿Otra vez el metido ese? Yo le voy a enseñar". Pregunta: "Cuánto". Cuánto dinero hace falta.
El procurador no sospechaba un acuerdo tan candoroso y no tiene pensada la cantidad que puede obtener. Vacila:
–Y... a ver, unos cien, ciento veinte pesos.
–Le voy a traer cincuenta.
–A ver... puede andar, si es pronto. ¿Mañana...?
–Mañana.
Hay que ganar cincuenta pesos.

No cree haber entrado, otra vez, con el pie debido. Al primero que descubre, el padre de Rosa Esther, es a ese que no conoce, que había aparecido la noche que apostó el vigilante. Le cayó mal, aquella vez. Tiene aire de compadre, pero compadre joven, que ahí está lo malo. Y no es de la zona, ni de todo lo que él conoce en la orilla del zanjón. Y no hizo apuestas, ni espiaba el juego. Sobraba, no más, sin ofender. Pudo pasar, si era de pasada. Pero ha vuelto.
Antes de sentarse, el padre de Rosa Esther se acerca al mostrador y hace una seña al bolichero.
–¿Quién es?
–¿No se acuerda? El hijo de doña Cristina Leyes, que era lavandera.

–Sí, es cierto. Como se ha estirado, no lo reconocía. Pero, ¿cuánto hace de eso?
Además la condición humilde de la madre no es una garantía de lo que pueda ser el hijo. Por eso el padre de Rosa Esther, disimulando que habla, por si el aludido le mira la boca en ese momento y reconoce la palabra, pregunta al bolichero:
–¿Batidor...?
De atrás del mostrador sale una mirada inquieta, la de un hombre que hasta ese momento no había pensado que ahí está alguien que representa un peligro. Lo observa bien, antes de contestar, y da un argumento para tranquilizarse:
–No creo. Mírele las manos. Ha trabajado. No mucho, pero...
A su vez el padre de Rosa Esther lo analiza. Resume sus conclusiones:
–Mucha ropa para tan poco trabajo.
–Y... a lo mejor... –y el bolichero hace el ademán de vistear las cartas.
Esto convence, aunque no del todo, al padre de Rosa Esther, porque es un argumento razonable y combina bien con la curiosidad que provoca su hija. Está preparado, pues, para recibir sin sobresalto las palabras que, con aire de sugestión y complicidad, le hace llegar en la primera ocasión, con muchas pausas y hablándole muy cerca de la cara:
–Una joya, la chica. Lástima que no sepa el poker.
–¿Lástima...? –dice lentamente el padre, pero en voz alta, para que alguno más atienda, por si hay provocación–. ¿Y por qué, si se puede saber?
El otro lo mira sonriente, aunque sin pelea. Le descubre la desconfianza y lo quiere ganar:
–Porque es una pena que no salga del barrio. Yo sé de un café...
El padre se engalla ligeramente, como si atajara una insinuación sucia. El otro lo comprende todo muy rápidamente y lo serena de nuevo, con la sonrisa y con el gesto:
–No se incomode, pues. Escúcheme un poquito no más. Yo sé de un café, le decía, donde el poker llama mucho de esto –y se frota, expresivamente, el pulgar con el índice.
La seña se ha quedado en el aire, encandilando al padre.

Convenido. Leyes le enseñará el poker. Él conseguirá que entre sin revuelo en el café. El padre podrá cuidarla en todo momento. No han hablado de la distribución de beneficios. Evitan hablar, todavía, de ese juego como de un negocio. Un pudor que aún se puede sostener un tiempo. Hasta que sea necesario concretar.

Leyes se queda en camisa y cuelga el saco con determinadas precauciones. Luce bien, pero es siempre el mismo, y lo cuida.

Enseguida comienza la lección. Lo hace en serio, sin permitirse distracciones ni bromas.

Doña Teresa canta en el patio, mientras jabona la ropa.

Sin despegarse el cigarrillo del labio ni sacar la mirada de sus cartas, Leyes indica:

–Por favor, don, dígale que...

El padre de Rosa Esther lo mira sin saber al principio qué quiere; otra mirada y un movimiento de cabeza le ayudan. Sale al patio y enseguida el canto se corta.

El hombre vuelve a la silla, junto a la mesa, y no atiende el juego por un rato. No está muy seguro de haber acertado. No le gusta obedecer. Menos a alguien más joven que él. Menos, en su propia casa.

Más le fastidia la invasión de doña Teresa. Pero al marido no puede protestarle. Se le atreve al mozo porque fue vecina de la madre:

–¿Y usted no trabaja en nada?

–¿Por qué lo pregunta, señora? –responde muy tranquilo y muy pausado, sin molestarse.

–Como viene todas las tardes.

–Observadora, ¿no? –sonríe–. Da la casualidad que estoy de licencia.

–¿Y dura siempre esa licencia? –pregunta Rosa Esther riéndose con simpatía.

Él la mira y enseguida le ayuda a reírse. Se han entendido.

Hasta ese momento, Rosa Esther nunca había dicho, para él, una frase ajena a los temas del juego. Nunca habla en la mesa. Nunca habla con los hombres. Lleva semanas de alternar con ellos y nada ha conseguido perturbarla. Ni las malas palabras.

–¿No le parece que ya sabe bastante la muchacha? –reclama el padre cuando el aprendizaje ha cubierto todos los días de una semana.

–Todavía no, don... El poker, usted sabe, es una historia que tiene muchas historias.

El padre está por contestarle: "Más historias tenés vos", pero se contiene, porque reconoce que anda demasiado quisquilloso, por culpa de un dolor reumático que le permite decir: "Ya ve amigo, el trabajo al final lo mata a uno".

Leyes manosea, dueño de la situación:

–Para el poker hay que hilar fino, don. No se apure por ser rico. Ya llegará. Tenga paciencia.

Pero antes de llegar, el padre se enferma. "Un mal de cama", dictamina la esposa, y él acata, porque no puede resistir en pie. Como es un mal de cama, sólo al lecho se confía y no a médico ni remedio alguno. Se deja estar.

Leyes se asoma a la pieza.

–Buenas... ¿Cómo anda hoy ese ánimo...?

–Así, así, no más. Bien, mejor dicho. Pero si me muevo, grito.

–¿Quiere que le llame la Asistencia?

–¡Hospitales, a mí, no! A mí no me encierran así como así.

–No se enoje. La Asistencia he dicho, no hospitales.

Y a los tres días:

–¿Y don...? ¿Se decidió?

–Venga, Leyes. Acérquese.

Y cuando Leyes está parado junto a la cabecera, barajando el mazo para la lección puntual, el enfermo le dice, con ese tipo de pregunta que es un pedido.

–¿Usted no tendría...?

Con Leyes no es necesario hablar todas las palabras. Leyes no precisa saber, siquiera, cuánto:

–No, don... Conmigo no cuente para eso. Voluntad no falta, pero...

El padre sabe que no sacará nada de provecho con insistir. Echa la cabeza sobre la almohada y con la mirada en el techo se queda masticando la caída de una esperanza.

Leyes no se va. Sonríe.

–Hay una solución –Leyes habla con muchas pausas, hasta para decir tres palabras: –"Hay una solución".

Lo repite con un campaneo insinuante.

El padre mira a Leyes. Ve una sonrisa. Le desconfía, sin embargo, se aviene a preguntar:

–¿Cuál...?

–Y... usted sabe –Leyes arrastra las sílabas.

–¿Qué sé yo? –el padre está por enojarse, pero no lo hará mientras no sepa bien de qué se trata.

–Usted lo sabe. La chica está lista para el café.

–¿Y ahora me lo dice?

–Ahora está lista y ahora le hace falta a usted –Leyes ha hablado con mayor rapidez que de costumbre. Es una de esas conclusiones suyas que no se pueden discutir.

El padre se toma un tiempito para dar su asentimiento. Como demora, el otro lo impulsa:

–Ahora le hace falta a usted, ¿no...? –ha vuelto a demorar las sílabas.

El padre accede con una queja:

–Justo ahora, que estoy en cama, que no puedo ir yo.

–¿No me tiene confianza, don...?

El padre lo mira y se silencia.

Es sábado. Rosa Esther se ha puesto lo mejor de su ropa. La madre la ha ayudado a vestirse. Eso no sucedía desde que era chiquita. Se ha fijado en los detalles: "Mirate esas mechas". Y ella misma ha metido el peine en la cabeza de la hija.

Al desembocar del callejón, Leyes la toma del brazo. A Rosa le gusta. Le agradaría estrenar, esta noche, zapatos altos.

Toman un tranvía.

–¿Dónde es?

–Callate. No preguntés. Te va a gustar.

La lleva a un baile. Hay mascarones pintados a un lado y otro de la boca de entrada, que revienta de luces. Entran mujeres con vestidos

de telas brillantes, morochas en el fondo sencillas, como ella. Rosa Esther descubre esa semejanza por debajo de la diferencia de los trajes.

– ¿Te gusta?

–Sí.

–¿Sabés bailar?

–Un poco.

–Vení. Yo te enseño lo demás.

Leyes vuelve solo a la casa de la muchacha. Pero dos meses después de haber salido con ella.

La madre está sola. Lo recibe hosca, a la defensiva, como si temiera que ese hombre pueda hacerle más daño. No puede mirarlo de frente, ni siquiera al hacer la pregunta:

–Ella, ¿dónde está?

Él la observa despreocupado, sin concederle mayor importancia. Contesta con otra pregunta:

–¿Su marido, doña Teresa? A él lo busco –y condesciende a explicar algo–: Tenemos que conversar.

–Ya va a venir. Ha salido –a su vez, explica–: Ya camina.

Se arrepiente de hablarle así a ese hombre. Entonces se anima a mostrar la rabia. Le sale:

–Ya está avisada la policía. Le va a costar caro: es menor. Suerte ha tenido hasta ahora. Quién sabe dónde la habrá escondido. Pero se le acabó, ¡se-le-a-ca-bó! ¡Solito tenía que caer!

Leyes no se afecta. Cuando ella termina el párrafo, se vuelve y camina hacia la puerta.

Ella quiere atajarlo, con un grito:

–¡No se vaya! ¡Espérelo!

Sin detener su paso lento ni acompañar las palabras con una mirada, él le concede:

–No se asuste. No me voy.

Desde la boca del callejón, el padre lo descubre ante la puerta de su casa.

Va diciéndose: "Lástima de Colt que me dejé quitar". Pero de eso hace muchos años.

Desde que se ha levantado lleva en la cintura un cuchillito corto, de cocina, de hoja triangular y muy filoso y puntiagudo, que el saco no deja ver.

No sabe si Leyes está armado.

Cuando lo tiene más cerca y lo ve tan sereno y sólido, considera que será prudente parlamentar. "Pero si hace falta..."–, se dice, y acompaña la reserva con un juramento, para comprometerse a no aflojar.

–Buenas, don...

El padre no recoge el saludo más que para advertirle:

–Usted sabrá si son buenas.

–Creo que sí, digo yo.

El padre se ha detenido, a dos metros, y espera.

–Vengo a decirle que nos vamos a casar.

Más de lo que el padre esperaba. Mucho más. No puede decirlo. No quiere confesarlo. Se calla y sigue mirando, como diciendo: "Más. Más cosas, para que yo entienda mejor. Esto no está muy claro".

Leyes comprende la ansiedad y dice todo con franqueza:

–Me la llevé a prueba. Estoy conforme. La Esther va a tener un chico –sonríe–. Cuando sea el tiempo, se entiende.

En la mesa de la cocina, el padre recobra la palabra:

–¿Dónde está?

–En una pensión.

La madre quiere saber:

–¿Cómo está?

Leyes vuelve la cabeza hacia ella. Se asombra de la pregunta:

–Bien. ¿Cómo va a estar?

Y dirige la mirada al padre, considerando que sólo de él espera preguntas sensatas. El padre recoge con gravedad la distinción:

–Bueno, ahora quiero saber yo, ¿cuándo se van a casar?

–¿Casarnos...? En cuanto arreglemos. Yo, por mí... Y ella está de acuerdo.

–Pero es menor.

–Claro –Leyes acepta que es menor, sin decir más, por no destapar que teme mayores exigencias de los padres para otorgar el consentimiento.

Sin embargo, el padre no le plantea directamente la cuestión.

–¿Dónde van a vivir, si se puede saber?

–Aquí no.

–¿Cómo, aquí no? –el padre se levanta.

Leyes recibe el disgusto sin alterarse. Se llama a una cautelosa espera. Cuando el padre ha cesado de barbotar el enojo, hace escuchar su palabra pacífica que no se le importa mucho de la opinión del prójimo.

–Yo le dije recién: "Me la llevé a prueba y estoy conforme". Entiéndame. Si se enoja y no da la venia, me voy y no nos ven más. No se la voy a devolver. No se haga ilusiones. Si me la llevé a prueba era para ver cómo andaba en el poker con su suerte famosa. Si estoy conforme es porque anda bien. Además, me gusta. Es flaquita, pero aceptable. Si la traigo acá, el negocio no anda, para mí, se entiende.

Hace una pausa y pregunta:

–¿Estamos?

El padre comprende. No sacará nada de ese hombre. Nada.

Sin embargo las ilusiones, cuando se apagan, a veces dejan rescoldos.

Antes de comprometerse con una respuesta, deja caer algo que parece preocupación paternal:

–¿Tendrán un chico? ¿Ya lo saben?

–Sí claro. Seguro.

–¿Ve...? –se lamenta el padre, como dirigiendo la queja a sí mismo–. Me queda una sola hija. Se va. A los dos meses, ya está casada y por tener un hijo. Al año ya tendrá su propia familia, bien completa, y los viejos... solos, machucados y tristes –hace que su mirada resplandezca como ante un hallazgo súbito–. ¿Y si nos dieran el chico...?

–¿Darle el chico? ¿Y por qué? –con la sorpresa y la pregunta va el rechazo; pero Leyes se consulta y halla que puede decir–: Yo, por mí... ¿Pero la madre...? No va a querer, no.

El padre ha dado el consentimiento, a cambio de nada. El domingo vendrá a almorzar Rosa Esther con Leyes.

La madre espera el domingo.

Le pregunta al marido:

–¿Para qué querías el chico? Hay que criarlo, ¿sabés, no?

El marido se fastidia por la pregunta:

–Es hijo de la Rosa, ¿no?

–Sí, es hijo, ¿y qué?

–¿Y si sacara la suerte de ella? Unos años de pobreza, pero después... ¿te das cuenta? A ése no se lo iba a llevar ningún compadrito.

La mujer se convence: hombre con mañas, el suyo. Medita un rato el plan del marido.

–¿Qué estás pensando?

–Que Leyes tenía razón: que ella no iba a querer.

–¿Quién no iba a querer qué?

–Mi hija. No iba a querer dártelo a vos.

Usa la voz de no ofender. Pero dice: "Mi hija", y dice: "Dártelo a vos".

Llama, en la abierta puerta de calle, un par de manos.

La mujer obedece. El marido queda exigiendo jugo al mate.

La mujer regresa.

–Es el procurador, otra vez. Dice que si no le das algo el juicio no puede seguir.

El Juicio de Dios

El cuento para Sarita

El siglo ha comenzado unos siete años antes. San Rafael evoluciona. El cuatrerismo decae porque el ganado es menos, sólo por eso. La tierra se racionaliza en colonias y en ellas enraizan la viña, los duraznernos y los hombres. El ferrocarril ha llegado con la puntualidad de los que, si bien es cierto que ayudan, vienen a cobrar una parte.

El ferrocarril. Organización inglesa. Organización. Pero allí, tan lejos, con tanta soledad en torno, hace falta mucha voluntad para que las cosas marchen sobre rieles. Por eso, el jefe de la estación, superior autoridad ferroviaria de la zona, si quiere hacerlo tiene mucho que hacer, y como el jefe, don Salvador Quiroga, lo hace todo, parece que el ferrocarril fuera suyo.

Con esa disposición para atender a cuanto sea necesario, cuando se entera de que el tren de carga que viene de Mendoza ha quedado detenido, por confusas causas, entre Resolana y Guadales, se dice: "¡En pleno desierto!", y como su cuadrilla de vías y obras está trabajando mucho más arriba, cerca de Pichi-ciego, y es lunes y por lo tanto no circula tren de pasajeros, piensa llegar primero con su presencia y el auxilio humano para el maquinista, el foguista y el guarda del convoy. En una zorra carga dos damajuanas de agua, una de vino, galleta y salame, jamón y escabeches. Y como el ferrocarril es suyo, con sólo dos peones toma la vía, dispuesto a alternarse con ellos en el braceo de la palanca.

Don Salvador cala los atributos de mando. Lleva chaqueta con botones de metal blanco y gorra de visera, con el cargo bien claro en letras doradas, pero con una grafía de uso exclusivo en los ferrocarriles ingleses: "gefe", así, con "g". En realidad ni gorra ni

chaqueta le convienen para el calor, tan serio, a golpes limpios de sol y rachas de aire de hoguera. Con una mano defiende la gorra del viento; con la otra tironea las damajuanas que se corren para atrás en la plataforma y pueden perderse.

Antes de dejar los cultivos que configuran Cuadro Nacional, don Salvador siente que, por lo que respecta al trabajo, él está sobrando, aunque sea máquina para ocho brazos. Los peones se bastan solos. Fuertes, graves, suben y bajan los duros torsos, mientras el sudor les pega la camisa al cuerpo. A uno le vuelan las crines negras; el otro las encasqueta con una boina. No piden resuello. Tampoco don Salvador, porque no es hombre blando aunque no le vaya bien esa travesía tan trajeado.

Les da una tregua, concediéndosela él mismo. Paran, respiran hondo. No hablan, todavía. Los tres tienen sed, no quieren beber estando sudados. Por entretener la espera que manda la prudencia, observan en lontananza, con mayor interés hacia el punto donde se pierden los rieles.

–No viene –dice uno de los peones, y es indudable para los otros que se refiere al tren.

–Ni un alma –resume el que ha mirado más detenidamente en torno.

–Pero más arriba están sembrando. Yo he visto, en otra vuelta –previene el que los desilusionó de que el tren acudiera por sí solo hacia ellos.

Ya han descansado y han conversado lo suficiente. Don Salvador destapa una damajuana de agua y se la alcanza al más forzudo. Para tomar hay que empinarla en el aire. El hombre pone los labios en el vidrio, recibe el líquido en la boca, baja la damajuana y escupe el agua.

–¡Caliente como un diablo!

–¿Y el vino...? –pregunta el jefe. La respuesta es obvia, sólo que él, el "gefe", tiene que mostrar preocupación por sus subordinados en ese trance que no se le ocurrió, porque a la intemperie los recipientes tenían que calentarse, pero no tanto. Echa cuentas: están a unos seis kilómetros de Cuadro Nacional; falta más del doble de ese trayecto hasta la próxima estación, dos horas con exceso. ¿Habrá que volver esos seis kilómetros?

–¿Donde están sembrando habrá agua que no sea salada? Eso está antes de Resonala, supongo.

–Sí, don Salvador. A una hora de aquí. Tal vez menos.

Hay conformidad en el que responde. No en el otro, aunque lo diga sólo con los ojos. Don Salvador nota esa inquietud y sabe que puede comunicarse al compañero. Porque allí posiblemente, tendrán agua dulce y fresca, ¿pero más arriba? Mucho exige el jefe, y él mismo se siente incómodo de pedir tanto, pero, qué ha de hacerle: el ferrocarril es suyo y tiene que cuidarlo.

A media hora de marcha, el peón conocedor suelta una mano de la palanca y con el brazo extendido señala hacia el norte, del lado del poniente. Don Salvador sigue con la mirada el rumbo indicado: jarilla no más, jarilla todavía por todas partes. Pronto igualmente él descubre la tierra limpia de malezas y luego percibe la forma civilizada de los surcos. Más adentro, como a cuatrocientos metros, la vivienda.

Los peones bogan lentamente, hasta ubicar el punto apropiado para detenerse.

Por allá se distingue una mujer, probablemente una anciana, con una criatura pegada a las faldas. Más lejos aún, un hombre que estaba encorvado sobre los surcos suspende el trabajo y se queda mirando. Los campesinos se mantienen a la expectativa.

Don Salvador da orden de detenerse y los peones, como grandes perros cansados, suspenden el bombeo de la palanca y se dejan caer al suelo, a la exigua sombra de la zorra. Delegan implícitamente en el jefe el resto de la tarea. Él tendrá que conseguir el agua. Don Salvador se pregunta si también le corresponderá traerla, y comprende que ellos hacen demasiado bien y demasiado solos su parte. Los deja con un resuelto: "Ya vuelvo".

Se encamina adonde está la anciana. No sabe cómo pisar para no romper los surcos ni sufrir la posible acusación de dañar semillas o brotes. Va a solicitar algo; lo necesita para sí y para sus hombres y no debe provocar reacciones en contra.

Se estira la chaqueta; prende los botones para que el metal, al sol, impresione más; se asegura que la gorra con la palabra "gefe" en letras doradas esté bien derecha sobre la cabeza.

La anciana parece recibirlo con gusto. Sonríe. Él le dice: "Abuelita", explica lo que pasa y pide el agua. La mujer dice: "Sí, sí", sigue sonriendo y no muestra apuro por hacer nada, aparte de ver bien al hombre,

su uniforme y sus botones, y escuchar su historia. Don Salvador teme encontrarse frente a una débil mental y le dan ganas de empujarla hacia la casa. Se contiene y hace una caricia a la niña, que naturalmente no le importa, y que está muy sucia, descalza, con una mirada tranquila y amistosa para él, como si hubiera estado esperando que reparara en ella, pero plenamente confiada en que eso sucedería. Cuando retira la mano del mentón de la chica –una nena de menos de dos años, que no parece saber hablar– ella hace algo semejante a un gran esfuerzo con todo el cuerpo, levanta el bracito, señala con el dedo a don Salvador y, cortando la palabra en sílabas, con mucha firmeza articula:

–Pa-pá.

Don Salvador sonríe como ante una gracia. La vieja se sorprende un instante, nada más que un instante, y de inmediato también sonríe, aunque con mayor satisfacción que él. Se inclina, para acercar su cara a la carita de la niña, y le dice, como incitándola a confirmar, o negar:

–¿Papá? ¿Paaa-pá?

Lo dice y se ríe.

–¿Pa-pá? ¿Paaa-pá?

Y la niña repite, muy convencida:

–Pa-pá –y con el dedo apunta hacia arriba, a la cabeza del jefe.

Don Salvador pasa de nuevo la mano por la carita y puede creerse que hace un esfuerzo no calculado por borrar de la nena la gana de decir esa palabra que, sin motivo, le está provocando un malestar.

Los ojitos están tiernamente puestos en él y la vieja mira esos ojitos con una curiosidad impaciente y gozosa.

Don Salvador hace otro esfuerzo por distraerlas de eso que le parece juego:

–Abuela, el agua. Mis hombres, allá, tienen sed, y tenemos que seguir.

La vieja, como recordando repentinamente algo muy importante que había descuidado, lo calma con la mano, le dice "Sí, sí" y se va tironeando de la criatura que se da vuelta para llamarlo quedamente: "Papá, papá".

Dos fuerzas tironean también de don Salvador: seguirla en procura del agua y volverse a la zorra. Hay algo que no comprende y

sospecha que le conviene evitarlo. Cuando advierte que la mujer no se encamina a la casa, sino hacia el hombre que ha permanecido quieto al extremo de un cuadro de surcos, opta por quedarse.

La vieja habla con el hombre. Lo hace inclinar, para hablarle al oído. No se percibe que él responda. Alza la cabeza y mira con detenimiento en derechura a don Salvador. Don Salvador lo ve agacharse. Cree que recogerá un porrón de barro para ofrecerle agua. Pero no. De los surcos el hombre levanta una escopeta.

Don Salvador no acepta pensar nada malo. Se dice que no sale de lo común que el campesino tenga a mano la escopeta, por si corre una liebre, por si sale la víbora, por si vuelan palomas silvestres o se abalanza la plaga de los tordos. ¿Que el hombre viene con la escopeta? Bueno, es gente que no suelta el arma, prevenida frente a un extraño. ¿Que ya está ahí, encima, y él y la vieja traen una acusación en los ojos? Bueno, bueno...

Como llegan, se detienen ante él y no hablan, don Salvador intenta entenderse con el hombre. Le cuenta: el tren, el agua, los peones, las damajuanas, el sol...

El hombre –treinta años, es decir, seis, ocho, menos que don Salvador, pero un cuerpo duro y elástico, y un enojo fuerte en la cara– lo corta sin atenderlo: "Ya lo sé, ya lo sé... Vamos a ver otra cosa". Sin aliviar la mirada que descarga sobre don Salvador, llama: "Juanita", como si se tratara de alguien que se halla lejos; pero nombra a la niña, que lo mira con un poquito de temor. Entonces la vieja se siente convocada a la prueba, satisfecha de la oportunidad, y con alegría excita a la pequeña que está en sus brazos:

–¿Paaa... pá? ¿Paaa... pá?

Y le hurga la pancita con una uña, como para hacerla contestar con palabras y, a la vez, con risas. "Sigue el juego", quiere pensar don Salvador, mas no consigue tranquilizarse.

–¿Paaa... pá? ¿Paaa... pá?

Y de nuevo, esa mirada infantil que se abstrae para contemplarlo a él, ese dedito que se alza y la vocecita que dice:

–Paaa-pá.

Y entonces también se alza la escopeta y la boca del caño queda a la altura de la frente de don Salvador.

Desde la sombra de la zorra, los dos peones del ferrocarril han estado observando: el "gefe" que se estira la ropa; el jefe que pisa los surcos como temeroso de ensuciarlos; el jefe que habla con la vieja, que habla, que habla, que habla; el jefe que se agacha y acaricia a la chica; la vieja que se va con la chica; el hombre que se agacha para escuchar a la vieja; el hombre que se agacha y levanta... ¿un palo?, no, una escopeta; el hombre que viene con la escopeta, la vieja y la chica; el jefe que habla con el hombre o el jefe hablando solo frente al hombre; la escopeta que se levanta...

–¿Vamos...?

–¿Adónde?

–A pelearlo.

–Y él, ¿qué hace que no lo pelea?

–Y... cuchillo no tiene.

–¿Y manos...?

–Qué, ¿querés que lo manotee...? Ya es tarde.

–¿Y patas...? Con una patada en la canilla...

–Cierto, no.

El que preguntó "¿Vamos?" se calla. Ya no tiene qué argumentar.

Siguen echados, ahorrándole al cuerpo todo lo que pueden, de sol y de movimiento. Parece que están amodorrados y distraídos. Sin embargo:

–Ahora se lo lleva.

El otro no comenta la nueva situación. El primero insiste:

–¿Vamos?

–¿Adónde?

–A traerlo.

–¿Y si lo traemos...?

–Y... lo traemos.

–Lo traemos y a seguir... sube y baja.

–Cierto.

Otro silencio. Hasta que el de la iniciativa propone:

–Ponemos la damajuana debajo de la zorra; cuando se pueda tomar, si don Salvador no ha vuelto nos vamos a la estación y que se encargue la policía.

El otro no responde. ¿Asentimiento o duda? El compañero averigua:

–¿Qué te parece?

El preguntado se toma todavía un momento. Después dice:

–¿Cuál damajuana, la del agua o la del vino?

Un chico de unos diez años, que sale al encuentro del grupo junto con los perros, da vueltas y corretea como sabandija. El hombre de la escopeta le ordena que avise "a todos los demás" y antes de media hora don Salvador se halla frente a un especie de tribunal. En la cocina, con larga mesa cubierta de hule y suelo de tierra apisonada, le ponen una silla baja, de totora, desde donde ve más altos a esos hombres flacos, con mucha tierra en el pelo y unas manos de dedos duros como madera, que también pueden parecer garras.

El que lo empujó hasta la casa lo tiene más cohibido que los otros, porque a la menor tentativa de protesta se insinúa con la escopeta.

Comienza el más viejo:

–¿Dónde está la Juana?

Don Salvador va a responder instantáneamente: "¿Quién es la Juana? ¿Qué estupideces son éstas?". Siente que le nacen las preguntas y la protesta; pero antes de abrir los labios consulta con la mirada al dueño de la escopeta. Cree adivinar que ya tiene franquicia para decir algo, aunque seguramente con limitación a lo que se le pregunte.

–¿La Juana...? ¿Quién es la Juana?

Entonces un hombre que estaba en otra silla, más alta, y muy cerca de don Salvador, levanta una mano como para darle un bofetón, sin que llegue a descargarlo.

Don Salvador se vuelve más tímido. Hace un esfuerzo por entenderlos, ya que visiblemente no tendrá su ayuda para desentrañar la cuestión.

–¿Es la hija... la hermana de ustedes?

La vieja ríe. Eso significa que ha acertado. Significa también que ellos sospechan: "Se hacía el que no la conoce".

–¿Dónde está? –insiste el del bofetón suspendido.

–¡No sé! ¡Qué sé yo! No la conozco.

Como ha reaccionado con mucho ímpetu, teme que se le echen encima. Como eso no ocurre, adquiere por un momento la ilusión de que los ha sorprendido con el acento sincero de su réplica. Se desengaña solo: lo único que despliegan sobre él, provisoriamente, es un poco de paciencia.

–¿A qué has venido?

–¡A mí no me vosea nadie! Soy el jefe del ferrocarril. La ley... –y se ha puesto de pie.

Los que estaban sentados también se paran y los que estaban parados ponen el cuerpo como si estuvieran por saltar.

Don Salvador se sienta. Pasa la ráfaga de violencia. Queda, como resultado, una modificación parcial en el trato:

–¿A qué ha venido?

–A pedir agua. La abuela lo sabe.

La abuela ríe. Tiene una boca desagradable, tal vez temible, pero ahora don Salvador aguarda que de ahí nazca para él una ayuda.

Con muestras de afecto, la anciana se acerca y le pone una mano en el hombro. Le dice, como recapitulando algo bien sabido por los dos:

–Tenías sed, ¿cierto?

–Sí, usted lo sabe.

–Y querías agua.

–Claro.

–Y yo soy la abuela.

–Seguro.

–¡Ja, ja! –la vieja ríe, victoriosamente, mientras los hombres, que han seguido con atención el diálogo, se esfuerzan por comprender el sentido.

La vieja comienza a revelar su treta.

Ríe, ríe, mientras se señala golpeándose con toda la mano abierta y dice: "Yo soy la abuela". Los otros la acompañan con una sonrisa de acuerdo, sin que todavía se haga en ellos la claridad. Don Salvador está muy desconcertado, tanto que reclama:

–Sí, sí. ¿Qué hay con eso?

Los hombres no le hacen caso, porque esperan algo de la vieja y ella se va al centro de la cocina, como para que la vean mejor.

Se sosiega. No ríe más con tanto ruido. Con una sonrisa de malicia le da de nuevo a su argumento desde el principio.

Con el dedo gordo vuelto sobre el pecho se señala y dice: "Yo soy la abuela". Indica hacia un lugar impreciso, que bien puede ser la puerta por donde se sale al campo, y recuerda: "La Juana era la nieta". Y con decidida picardía en los ojos y una risa altisonante estira todo lo que puede el brazo y el índice hacia la sillita de don Salvador y declara su convicción: "El que andaba con mi nieta también es mi nieto y tenía que llamarme abuela". Ahí quería llegar.

Don Salvador se enciende de rabia, como si hubiera caído en una trampa. La familia masculina de los campesinos tarda un poco en captar la conclusión. Al hacerlo varía en la relativa unanimidad anterior: algunos acompañan a la vieja en su hilaridad, otros se ponen más ceñudos y severos. Despectivo, pero menos hostil que antes, uno le dice:

–Te has pisado, che.

Don Salvador no lo puede admitir:

–¡No! ¡No! ¡Y no! –protesta, machucándose el muslo derecho con tres golpes de puño, sin atreverse a abandonar nuevamente la silla.

Su enojo despeja de risas el ambiente y parece un llamado a considerar la situación más en serio. Las preguntas se multiplican:

–¿Se han casado?

–¿Te mandó ella?

–¿Por qué no vuelve?

–¿Has venido por la Juanita?

–¿Espera otra...? –en un además expresivo de maternidad.

–¿Qué piensan hacer?

–¿No han pensado en nosotros?

Don Salvador mira a cada una de las bocas que se abren e insensiblemente la suya se va abriendo también, de asombro. Sin embargo, advierte que la situación se inclina más en favor de un diálogo razonable, porque los acusadores ya no tienen la preocupación de probar su culpa.

Hace una seña, con la mano. Un ademán en el aire. Por el ademán y por el rostro, que muestra cansancio, un cansancio como de hombre vencido y dispuesto a confesar, cesan las voces inquisidoras.

Don Salvador mismo cree que pedirá que lo escuchen serenamente, con más conciencia, pero... de adentro le sale otro ruego:

–Agua...

No esperaban eso los jueces. Esa palabra: "Agua...", en lugar de la confesión sospechada, parece más sincera que todo, y en sus mentes comienza a escampar. Tal vez una punzada de emoción hace que alguien ordene al sabandija:

–Traele.

Y todos permanecen callados hasta que el sabandija trae el jarro de loza, mientras don Salvador hunde los hombros, en la espera, con la vergüenza de tener que confesar una necesidad tan elemental y verse forzado a recurrir a una especie de piedad para conseguir un trago de agua. Cuando se lleva el recipiente a la boca, se da cuenta de que precisa mucho el agua, pero que algo se le ha endurecido en la garganta, porque para pasar cada sorbo tiene que esforzarse y le resulta como tragar algo sólido. Nunca don Salvador se ha visto en trance tan absurdo, porque eso no se arregla con arrestos de hombría, porque lo confunden, lo atropellan y lo tienen secuestrado, porque está desamparado en un rancho del desierto donde sólo moran enemigos que nunca imaginó tener. No puede confortarse con la idea de que en la vía están los peones. Los campesinos no los dejarán acercarse y, si salen por su cuenta en busca de ayuda, es dudoso que vengan con auxilio antes de que él sufra quien sabe qué afrentas y qué castigos.

Le han dejado un remanso, para pensar, y se percata de que su único recurso es apelar a la palabra y el razonamiento aunque constituyan débiles medios frente a tanta obstinación. Sin embargo, lo alienta esa sorpresa respetuosa que consiguió al rogar: "Agua...". Sí, tal vez logrará algo.

–Ustedes creen que yo estuve con la Juana, que yo soy el padre de la chica. Yo soy el jefe de la estación de San Rafael. Nunca estuve aquí. Siempre pasé en el tren. No me había fijado ni siquiera en que estaban cultivando esta tierra. ¿Cómo podía... conocer a la Juana?

–Ella iba al pueblo.

–Era la única que podía dejar el trabajo.

Tienen motivos remotos para sospechar, pero razonan. Don Salvador se anima a formularles una medida objeción, también natural, con el riesgo de que la tomen como una acusación y una ofensa:

–¿Y no fueron al pueblo... a ver quién había hecho el daño?

Parecen desentenderse con el gesto, como si sus impedimentos tuvieran que ser comprensibles para todo el mundo:

–Eh, ¿y la cosecha?

–¿Y todo lo demás? ¿Y lo que había que embolsar?

Están dando explicaciones; se disculpan. Don Salvador siente que gana terreno.

El viejo no sólo tiene memoria para los primeros inconvenientes:

–Al principio, mientras eso le crecía, sí, fue por el trabajo. Después, con la papa, fuimos en el carro, yo y éste, y la llevamos a la Juana. Pero no quiso decir nada. Como siempre, decía que no sabía lo que le pasó. Que nadie tenía la culpa.

–El viejo...

Se ha generalizado un afán explicador y hasta el niño, el sabandija, pone lo suyo; empieza a decir: "El viejo..." y uno de los mayores recoge la referencia para contar él:

–El viejo la molió a palos. Pero se volvió muda.

Otro refiere:

–Todos los días, a la oración, al volver de la chacra yo le preguntaba –como observa que don Salvador no le entiende, procura ser más claro–: Yo cuido la chacra. Bueno, cuando volvía de la chacra, todos los días, todos los días, le hablaba del asunto, y ella ¡nada! Entonces yo le sacudía un sopapo. Después se escapaba. Hacía la comida temprano, a media tarde, y la dejaba al rescoldo. La vieja la servía.

–¿Y entonces se fue? –quiere saber don Salvador.

–No, pues, primero tuvo la cría. La amamantó.

El viejo lleva más ordenadamente la historia, que los demás quizás recuerdan por episodios, rasgos, detalles, sin haberla repensado íntegramente. Él puede dar un cuadro más completo:

–La tuvo aquí, la crió. Ya no le hacíamos nada, ni preguntas, y ella hablaba otra vez. Hasta que tuve la idea...

–La mala idea –interrumpe el de la escopeta.

–Sí, la mala idea –corrobora otro, asumiendo el papel de narrador–. Tuvo la mala idea de volver a pensar en el tipo...

(Don Salvador recoge eso con esperanza: dice "el tipo" y no se refiere a él; a él, simplemente, le cuenta. ¿Se entusiasma prematuramente?)

–...y la mandó al pueblo como antes, pero con la mocosa, para ver si el otro picaba y se encariñaba. Una vez, cuando volvió, la chica decía...

–No, no. Dejame a mí –la vieja le tajea el relato.

Ella quiere decir su parte, lo que más domina:

–Decía "papá". Antes no sabía hablar. Volvió del pueblo y decía: "Paaa-pá" –y la vieja trata de decirlo como la criatura.

La vieja sigue soltando consideraciones que los demás saben: "Lo único que aprendió: pa-pá. Seguro que lo vio; seguro que la Juana se lo hizo ver y él le enseñó: paaa-pá" –mientras los hombres se abochornan como ante el fracaso ominoso de un agudo plan. Procuran dejar a salvo el orgullo:

–¡Le pegamos una....!

–Entre todos, ¡le dimos! Y ella, nada ¡muda otra vez!

–Y una noche desapareció. En la madrugada, cuando me levanté, el fogón estaba apagado, y yo me dije: "Algo pasa".

La vieja empieza a llorar en silencio. Los hombres sorben recuerdos desagradables.

–Dejó la chica, se fue y esta es ya una casa sin mujeres, porque la vieja... ¿Y quién hace ahora una comida decente, quiere decirme, quién lava la ropa y hornea el pan, quiere decirme? ¿Voy a tener que casarme yo?

Don Salvador está admirado: ¡ahora se confiesan ellos! De modo que... la Juana se fue, ellos están furiosos porque perdieron a la hija, la hermana y la mujer de trabajo, y desean recuperarla; en cuanto al hombre, lo precisan sólo a fin de saber dónde está ella, y en cuanto a sí mismo, poco es, seguramente, lo que falta para quitarse de encima las sospechas que despertó. Pero... se equivoca.

Intenta despojarse definitivamente de los cargos pintándose con un aura moralista, familiar, y con los tonos de su autoridad.

–¡Ah, si ustedes, antes de acusarme, hubieran pensado quién soy yo! Mi responsabilidad... –saca el Longines, mira la hora, muestra la esfera y lo guarda en el chaleco– si antes de las 12 no doy desde Resolana la señal de llegada del tren de carga, bajará la cuadrilla de vías y obras. Si no pueden ayudar y más demoran, más seguro es que, de arreglarse, el tren llegue por acá de noche. Cómo va a pensar

el maquinista que aquí está parada una zorra. Si no la ve, la choca; el tren descarrila, muere gente, se incendian los vagones, se pierde la mercadería –gesticula, exagera el vaticinio porque sabe que los peones pueden sacar la zorra de las vías; y sólo cuando ha conseguido el efecto de desastre cambia de tono–: ¡Ah, si ustedes me conocieran a fondo...! Si preguntaran por mí, sabrían que soy casado, que tengo mujer, dos hijos, ¡dos hijos!, uno de siete y otro de cinco.

–¡Peor! –replica uno por todos, y ya no lo dejan hablar, para acusarlo, más enojados que antes.

–¡Casado, y con la Juana!

–¡Y haciéndole hijos!

–Seguro que la ha perdido y viene aquí a buscarla.

–¡Más que seguro!

Uno avanza. Don Salvador quiere atajarlo con los pies, pero está tan bajo en la sillita que apenas consigue levantar las piernas en el aire, mientras el otro atropella y de un empellón lo tira al suelo. El vecino, enardecido, le aplica un puntapié en las costillas y don Salvador ya sólo atina a encogerse. Los golpes cesan.

Arriba, en la superficie donde discuten y se mueven los hombres que pueden estar de pie, y no como él echados en tierra, el viejo ha conseguido frenarlos. Don Salvador calcula que ese puede ser su resguardo, si aún es posible conseguir alguno.

El viejo los aquieta, los distribuye en lugares donde no puedan trabarse tan fácilmente en camorra.

Asume el semblante de la sentencia, aunque con cierta humildad, como si actuara por delegación o de antemano se sometiera a una voluntad superior. Con todos los signos de una decisión final, declara:

–Apelaremos al juicio de Dios.

Este expediente tiene una virtud apaciguadora, que se traduce en silencio respetuoso, de gente a quien se le recuerda poderes que están por encima de los suyos. Sin embargo, el hombre de la escopeta se atreve a sacar una pregunta que insinúa el reparo:

–Bueno, de acuerdo. Usted lo manda. Pero, ¿por qué?

El viejo mira al joven. Mira también en derredor y encuentra que en los ojos de los demás se ha formado la misma interrogación. Entonces accede a pronunciar los fundamentos.

–Porque este hombre dice que no es el padre de la Juanita y nosotros decimos que es. Dios debe estar enterado y tiene que decirlo.

Habla con mucha suavidad, con una especie de iluminación rústica que ante su auditorio reviste de prestigio sus palabras. Dice y observa, y descubre que el efecto es convincente para todos, menos para el hijo apegado a la escopeta, que mantiene el gesto porfiado y menea la cabeza. Comprende que si el hijo discute ya no será eficaz el discurso de la dulzura. El hijo termina de sacudir la cabeza, como si hubiera batido en ella todo lo que tenía que decir, y plantea:

–El juicio de Dios está dado. Dios ha hablado por boca de la chica. Ella era la única que conocía al hombre de la Juana y cuando lo ha visto lo ha dicho.

El viejo se irrita porque lo contradice:

–¿Qué ha dicho la chica?

–Le ha dicho papá.

–¡No, no y no! Ese no es el juicio de Dios. Para que Dios dé el juicio hay que pedírselo.

–Sí es.

–No es, he dicho.

El hijo es tozudo. El viejo comprende que ha hecho mal en permitirle que le discuta.

–¡Se hace así y ya está! ¡Se acabó!

–Se acabó, ¿y por qué? ¿Porque lo diga usted? ¿Ah...?

–Sí, porque lo digo yo.

Y cierra el puño alrededor del caño de la escopeta y se la saca del brazo con un tirón sorpresivo. La enarbola y está listo para golpear con ella.

El hijo da un paso atrás, se agazapa, para defenderse y saltar, si es necesario.

Pero el viejo puede dar el primer golpe y arrinconarlo. Domina la situación. Le dice: "Levantate", y el otro se levanta. El viejo baja el brazo, deja deslizar el arma por la mano y sosteniéndola del caño apoya la culata en el piso. Escudriña la probable actitud del hijo. Se convence de lo que desea. Da al caño un envión hacia arriba, suelta el arma un segundo y la toma de nuevo a la altura del gatillo. Se la pasa al hijo. Mirándolo muy fijamente, le reprocha:

–Qué, ¿acaso vos sabés más que Dios?

–No, pues... No digo eso –refunfuña el terco.

A esa altura el viejo cierra el capítulo:

–Bueno, entonces dejá que Dios nos diga lo que tenga que decir y vos no te metás.

Y le vuelve la espalda para enfrentar al resto, por si algún otro tiene algo que objetar. Se trasluce una disposición de ánimo de acatamiento.

Don Salvador bebe los acontecimientos, tan llenos de malos augurios para él. Si eso hace el viejo con el joven, sólo porque se le opone, quiere decir que a él todavía lo están respetando mucho. Puede ser por la gorra que dice "gefe", que ha rescatado del suelo y que no piensa abandonar, porque tal vez lo preserva. Puede ser por la duda. Pero si dejan de dudar y le adjudican definitivamente la culpa, ¿qué clemencia puede esperar de ellos?

–¿Cómo va a ser el juicio? –averigua uno de los hombres.

Sin duda el viejo lo ha pensado en detalle, antes de proponerlo, porque lo expone sin vacilaciones:

–Este hombre dice que en la noche puede llegar un tren...

–Puede estar aquí a medianoche –interrumpe don Salvador.

–Mejor –dice el viejo, dejando confuso al jefe, y prosigue–: Si el maquinista no ve la zorra parada en las vías, habrá un choque. Este hombre no quiere el choque y tampoco quiere reconocer a la Juanita. Si él levantó a la Juana, Dios dispondrá que el tren choque con la zorra.

–Así sea –dice la vieja y se persigna.

Don Salvador siente que le nace una rebeldía y que el temor no podrá apagársela:

–Pero eso... pero eso ¡no puede ser! –se agarra con las dos manos del asiento de totora, para contenerse, y no logra contener las palabras: "¿Cómo van a dejar que choquen? ¡Pueden morir cuatro o cinco hombres!".

Los campesinos lo consideran desdeñosamente, como a un chico que se entromete en la conversación de los mayores.

Como don Salvador continúa: "Casi, casi, sería un crimen, y un desastre: vagones rotos, mercadería tirada, incendio", el viejo le previene: "La culpa no será de nosotros. Y usted, mi amigo, se calla, y nada más". El capturador juzga llegado el momento de

entrar de nuevo en funciones. Le pone la boca de la escopeta en la oreja derecha; le dice: "¡Arriba!", y cuando don Salvador lo hace, le indica: "Andando". Lo guía empujándolo con el arma.

De atrás va la vieja, con sus risitas, y se pone a llamar: "Juanita, Juanita". Juanita aparece, quien sabe de dónde, junto a la puerta del galpón. Hacia allá llevan al presunto padre.

Don Salvador ve, mordido por los pequeños dientes, ese dedito que lo ha acusado; ve también esos ojitos blandos y cariñosos para él. Apenas consiguen distraerlo. Su cabeza está en otra cosa: ¿cómo puede andar ese cuerpo suyo, repentinamente tan flojo, incapaz siquiera de esbozar una protesta o una defensa? Nunca se sintió así, tan basureado. ¿Cómo es posible ahora...? Ahí está el galpón; lo encerrarán, y la vieja estúpida rebajándolo con la risa. Pero no es tanto la risa. Es ese hombre con la escopeta. Eso es. Jamás se sintió con un caño de escopeta en el cuello y con un individuo, detrás de la escopeta, con tanta gana de meter bala.

La niña lo recibe con la mirada en alto, buscando sus ojos, y no habla. La vieja la alienta: "Papá. Aquí está papá. Decile, vamos: pa-pá, paaa-pá".

El hombre ha abierto el portón y empuja a don Salvador. La vieja entra con él. Se escapa, cloqueando, una gallina. Con mano segura, la vieja hurga entre unos palos y saca un huevo. Al salir, lo levanta para que don Salvador lo vea. Está contenta con el huevo.

El hombre se fastidia: "Apúrese", y cuando ella sale asegura el portón con alambre.

El viejo ordena hacer asado a la sombra de la casa. La vieja resiste: "Hay puchero", y no consigue ni la atención de una respuesta.

Los hombres de edad menor que el jefe tácito le obedecen ya sin revisar sus planes. Comer, en ese momento, puede creerse un disparate, porque lo urgente es capturar a los dos hombres de la zorra, para que no lleven alguna denuncia a San Rafael. Más irrazonable parece preparar asado afuera habiendo sopa adentro.

Pero en el asado está la astucia.

El viejo les advierte: "Que se vea bien el fuego". Descuelga de

la cocina la fiambrera de alambre tejido y la lleva al patio. Saca un costillar, que de inmediato le disputan las moscas gordas. Aparatosamente, lo alza como para revisarlo. Se pone de perfil, a fin de que lo vean de lejos.

Es difícil que a esa distancia los peones puedan distinguir la carne. Sin embargo, la operación resulta bien sabida y no sólo los ojos parecen seguir el preparativo: el estómago muestra estar alerta y les participa, con ruido, sus deseos.

Uno de los peones pregunta:

–¿Convidarán?

Y el otro pronuncia la respuesta que los dos saben:

–Plomo te van a convidar.

Se explican a sí mismos esa situación, de apetito y de imposibilidad de conseguir nada de los demás, a fin de justificar la acción que fatalmente va a seguir.

–¿Le metemos?

–Y bueno, le metemos.

Y se levanta para descargar la bolsa de provisiones.

El viejo, en el patio, advierte los movimientos, y teme que anuncien la partida. Al verlos descargar algo y echarse de nuevo los dos en el suelo, comprende que ha triunfado. Ignoraba que tuvieran qué comer. Sólo quería distraerlos, para que no se cuidaran las espaldas. Pero ahora estarán más ocupados aún.

–¿Esperamos la siesta?

–¿Y si les viene el apuro?

–Vamos. Vos te quedás. Usted, vieja, también, con los chicos. Entren y salgan de la casa; vayan al chiquero y al corral. Que crean que somos todos que andamos dando vueltas por aquí.

El piquete de cuatro hombres se desliza de uno en uno detrás de la vivienda, que obstaculiza la visual desde la zorra hacia el poniente. Caminan en fila y sin desviarse hasta el bosquecito de algarrobos. Por dentro de él derivan hacia el norte y después vuelven hacia el naciente, buscando encubrirse con la vegetación: algarrobo y jarilla. Cruzan los rieles a unos quinientos metros de donde se halla estacionada la zorra, reptando sobre los durmientes. Diez minutos más tarde están en el jarillal que nace veinte metros detrás del rodado.

El viejo da la voz, en tono bajo pero enérgico: "¡Ahora!" y los cuatro salen de disparada. La maniobra es de sorpresa: dos saltan encima de la zorra, los otros dos la flanquean.

Al golpe seco de los pies sobre la madera, uno de los peones reacciona. Elástico como una víbora, hace con el cuerpo un firulete en el aire y cae parado. En un instante toma idea de la situación y se aleja corriendo.

El otro tenía el cuchillo en la mano, cortando una rodaja de salame; no alcanza ni a ponerse en guardia. De un puntapié uno de los campesinos lo desarma y con ayuda del viejo lo voltea. De espaldas en tierra, el hombre agita las piernas reciamente, para defenderse, pero corre el riesgo de que lo tajeen a mansalva y tiene que rendirse.

En cuanto el apegado a la escopeta estuvo encima de la zorra y vio escapar al primer peón, hizo pie firme para apuntar a las piernas. El fugitivo, en previsión de un ataque de esa naturaleza, corre en zigzag, para dificultar que hagan puntería sobre él. Con su escopeta, el agricultor se larga a la carrera, seguido por un hermano. El ferroviario, con sus cortes, no puede ganar distancia y la falta de reparos naturales no lo alienta a tomar ningún rumbo especial. Piensa que tendrá que ofrecer pelea o será cazado por la espalda. En ese momento, los dos hermanos, que corriendo en línea recta han descontado distancia, le gritan:

–¡Aflojá!

–¡Parate, si no...!

El peón acciona su cuerpo con igual rapidez que las advertencias del instinto. Clava los talones en tierra, y frena la carrera. Da un brinco para quedar de frente a los enemigos y al caer en el suelo lo hace abriendo las piernas, de modo de afirmarse bien para la defensa. Mientras, el filoso cuchillo de punta ha salido a destellar al sol, sostenido por la mano derecha a la altura del estómago.

Los perseguidores paran en seco, a unos veinte metros. El que va desarmado sugiere al otro:

–Dale bala alrededor, hasta que tire el fierro.

Pero el de la escopeta asume un carácter que hasta entonces había ocultado con la supremacía del arma de fuego en las manos. Dice:

–No. Quiere pelea. Me desafía.

–¿Y cuchillo...? No tenés.

–No, importa –contesta, y arrojando la escopeta a un costado comienza a caminar en dirección al peón. A unos diez metros de él, se descalza. Mantiene el cuerpo altivo, fija la mirada en el contendor. Deja una alpargata en el suelo y empuña la otra. Entonces da pasos serenos, cautelosos y firmes.

El peón comprende que lo enfrentará armado sólo con la alpargata: alpargata contra cuchillo. No puede ser, para él, esa desigualdad que le ofrece tanta ventaja. Arroja el cuchillo de manera que se vea que va bien lejos, donde ni el miedo ni la desesperación, si se siente en pérdida, le permitan rescatarlo. La hoja de metal brilla en el vuelo como una estrella que se pierde en el vacío de la inutilidad.

El peón se despoja de las dos alpargatas –de las dos, por razones de equilibrio del cuerpo– y, con una en la mano, espera la ofensiva. Se mantiene sólido en su posición. El otro llega a metro y medio y comienza un juego de movimientos semicirculares, con la alpargata en alto. Si el contendor descuida la defensa, la descarga y golpea. Si él no se está quieto, lo perturba, sin ofrecer blanco. Hasta que al pasar al costado izquierdo le tira un golpe a la cintura, que el peón alivia con la mano libre, sacándose de encima el "arma" agresora.

Se retuerce la mano, el peón, como para desembarazarse del dolor a la altura de la muñeca. El ataque y su repercusión dolorosa lo distraen una insignificancia de tiempo. Basta para que descuide el rostro y reciba un alpargatazo que le aplasta la nariz, mientras el agricultor salta atrás y se pone fuera de su alcance. Siente una ilusión de vahído y un adormecimiento desagradable en la parte central de la cara e inmediatamente percibe que algo caliente le viene de adentro; antes de que se dé cuenta cabal de la eficacia del impacto, la nariz chorrea sangre en abundancia.

Se enfurece y toma la ofensiva. Se va en derechura sobre el ofensor y, en tanto que con la mano izquierda trata de contener la hemorragia, con la derecha para la alpargata en el aire, amenazando caer sobre el agricultor con todo el ímpetu de la embestida y de la rabia. Pero es una treta. Prevé que el otro se apartará a la derecha y por eso no gasta la energía en un golpe de arriba abajo, sino que

al pasar baja el brazo y le asesta con la alpargata en el vientre. El campesino, que había llevado su defensa a la altura de la cara, se siente muy mal, y antes de que el otro se plante en guardia o vuelva al ataque, lo persigue sin una vacilación. Al volverse, el peón se encuentra con que la alpargata del campesino le sacude la cabeza a derecha e izquierda: uno, dos, uno, dos, sin darle un respiro ni tiempo más que para alzar los brazos; de ese modo tuerce el envión de la alpargata que venía sobre él y en lugar de recibirla de plano en la mejilla se le va de punta sobre el ojo derecho. Grita de dolor: "¡Gran siete, desgraciado!". Tan en pérdida está, con fuertes padecimientos, que se marea y no atina más que a un manoteo confuso mientras se aguanta otra bofetada más de la alpargata, y otra, y un golpe de canto en el cuello, y de plano uno más en la boca, que por primera vez le hace soltar un "¡ay!" que, por vergüenza de coraje, transforma en "¡ay! ...juna". Está derrotado y exhausto, aunque se mantiene de pie.

El campesino lo considera con prudencia. Está alerta al contraataque y a la traición. Pero toda posibilidad de una u otra cosa ha pasado.

También jadea, el vencedor. Vencedor y vencido son dos figuras lamentablemente agotadas, que no se derrumban sobre la tierra sólo por hombría.

Cuando consigue hablar, ordena al hermano:

–Traele la otra alpargata y llevalo. Que se lave la sangre.

Por allá abajo, los otros enfilan hacia el galpón arreando al prisionero que cayó sin pelea.

El campesino se acuerda del dolor que le alojó en el vientre la alpargata del peón. Siente aflojados los intestinos.

Los zumban al galpón, uno tras otro.

El menos maltratado le pregunta a don Salvador:

–¿Y usted qué ha hecho?

El jefe, para ellos, es el culpable cuyas culpas pagan los tres.

Don Salvador declara que lo quieren hacer padre de la criatura, pero que él no es el padre.

–¿Seguro...? –desconfía el peón que ha peleado, que ha sangrado, que está extenuado y que apenas puede hablar.

El jefe no discute. Las preocupaciones de que lo hagan responsable, la aprensión por su propia seguridad, han mermado frente a otra posibilidad más cercana: ahora es verdad que el tren puede chocar con la zorra.

–¿La zorra quedó en las vías?

–Seguro.

–¿Para qué la quieren ésos...?

No. No piensa que los campesinos se la hayan robado. Piensa que ya no estarán los peones para hacer señales al maquinista si el tren llega de noche.

No se queda con sus inquietudes adentro. Los peones, si bien las comprenden, nada pueden hacer por atenuarlas.

Les traen asado. El jefe acepta: los peones no. Entonces el jefe deja su porción de lado. Supone que ellos le están dando una lección de orgullo. Ignora que han comido de lo que traían en la zorra.

En la tarde, uno de los peones dice:

–Si usted no come... –y se apodera de la carne fría.

Le convida al compañero: "¿querés?". El compañero acepta. El jefe se queda mirándolos. A él ni siquiera lo invitan.

Hambre, temor, rabia, con una bárbara carga de responsabilidad, se posesionan del jefe cuando se insinúa la noche.

Repite, en voz alta: "hay que hacer algo", "hay que hacer algo".

Los peones toleran que diga, se pasee, se enfurezca. Saben que no pueden hacer nada. Han revisado el galpón. Tal vez, forzando chapas podrían escapar; pero, si miran por los agujeros que dejan los clavos salidos, descubren al hombre de la escopeta, que vigila como un soldado, y a un hermano, que está sentado en el suelo, pelando cañas con un cuchillo.

Antes de que las sombras les dejen sólo las palabras para comunicarse, los peones han cambiado miradas que ellos comprenden muy bien, para establecer un plan respecto al jefe.

Porque don Salvador no se contiene. Ha gritado reclamando libertad aunque sea para impedir el desastre. Convencido de que no la tendrán, ha pedido que lo escuchen, por lo menos desde afuera. Ha voceado de nuevo sus razones. Nadie le ha contestado. Ha pretendido que hagan una fogata junto a las vías. Nadie se ha

movido. Y va perdiendo el control de las palabras, porque ha perdido el control de los nervios.

Le quedan dos fósforos. Regatea encenderlos. No ha querido que se consuman dando fuego a los cigarrillos. Los peones se los piden; ellos no tienen. Saben que los guarda para mirar la hora; pero están prevenidos: puede tirarlos sobre los fardos de pasto para incendiar el galpón. Una acción desesperada para conseguir que les abran la salida.

Penúltimo fósforo. Don Salvador mira la esfera del Longines: "Once y veintiocho". Los peones están atentos al destino de la llamita. El jefe deja caer el fósforo a sus pies y lo aplasta. Sin embargo, se lamenta en voz alta: "Si quemáramos los fardos, el maquinista se pondría alerta. Algo vería, algo podría sospechar".

Uno de los peones le advierte, muy pausadamente:

–Con cuidado, don Salvador.

Y el otro repite, con el mismo tono:

–Hay que andarse con prudencia, don Salvador.

La sentencia está pronunciada y uno de ellos tiene a mano un palo.

Don Salvador percibe que su voluntad puede ser resistida. Luego se olvida, porque está calculando los minutos, sabe que la hora probable se acerca y no quiere hacer ruido, para notar desde lejos, desde muy lejos, la llegada del convoy.

Todo, en la tierra, parece dormido. Sólo de tanto en tanto se revela, por algún ruido, que alientan los animales del corral. Don Salvador, frío y trémulo, aguza el oído como si de los hechos dependiera su propia vida. Desfallece porque sus cuentas le dicen que la medianoche ha pasado y si el tren no ha llegado puede ser que ya, esa noche, no avance. Trata de consolarse con la probabilidad de que la tarde haya resultado escasa para la compostura o que el auxilio necesario dependa de Catitas o de Mendoza. De día no habrá riesgo alguno.

Si gasta el último fósforo quemará con él la última posibilidad de encender una señal. Pero como ya es muy tarde, como cree que es muy tarde, se resuelve. Enciende. Uno de los peones, que estaba adormecido, se despabila con la luz y rápidamente apronta el palo.

–Una y treintinueve –pronuncia don Salvador.

Vacila con el fósforo en la mano. Si pudiera conservar la llama... Los hombres vigilan: uno saltará sobre él, el otro donde caiga el fósforo.

El fósforo se consume entre los dedos y sólo cuando le escuece la piel don Salvador se resigna a soltarlo. Cae cerca; es inofensivo. La llama se extingue. Por las dudas, el pie de un peón se posa sobre el fósforo y lo ahoga del todo en la tierra.

Entonces se descubre el rumor, inequívoco, de los vagones que se arrastran por el camino de hierro.

No sólo los percibe don Salvador, con su oído experto. Los peones se comunican simultáneamente: "Ahí viene". Los campesinos, que parecían dormidos, se pasan una advertencia, en voz baja, que llega al galpón como un cuchicheo.

Don Salvador se va contra el portón, a golpear con las manos, con los pies, con los gritos:

–¡Fuego! ¡Fuego! ¡Hagan una fogata! ¡Vayan a las vías! ¡Lleven farol! ¡Queremos salir!

Y como fracasa, como está claro que fracasa, desborda:

–¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

De atrás, uno de los hombres lo toca y se anima a sacudirlo:

–Cállese, don Salvador, que nos van a largar unos tiros.

Pero el jefe no se interrumpe:

–¡Asesinos! ¡Criminales! ¡Hagan fuego! ¡Hagan fuego, asesinos!

Entonces, el peón se da vuelta y le consulta al compañero:

–¿Le damos?

El compañero dice rotundamente: "No". Avanza y se pone como el jefe, a gritar y golpear el portón.

El que ha quedado atrás se asombra del cambio. Luego comprende y suelta toda su voz:

–¡Asesinos! ¡Hagan señales! ¡Por Dios..., criminales!

Enardecidos por el reclamo y el insulto, aturdidos por su propio ruido, los tres prisioneros no ven nada, no advierten nada.

En cambio, la familia, que está en el patio, con una tensa ansiedad ve correr el tren y aunque no distingue el bulto de la zorra, sabe en qué punto se halla. Desde su embozamiento en la oscuridad, los hombres y la vieja calculan, segundo a segundo, el instante del

encuentro. Tienen los oídos preparados para escuchar el estruendo más grande que se haya producido en esos campos.

Se puede medir la distancia, entre el convoy y la zorra, por el aumento de rigidez que se va operando en la mandíbula de los pasivos espectadores.

Sucederá, ¿quién lo duda? El tren rueda, despacio; pero rueda, confiado, rueda.

El viejo está preparado para decir otra vez: "¡Ahora!", como si tuviera el encargo de ordenar el asalto del tren a la zorra.

Cuando va a soltar la palabra, se oye ese chirrido estridente, irritante, de todos los frenos puestos al mismo tiempo. Un segundo, dos más. El tren patina y un ruido formidable apaga los gritos de los prisioneros. De la fricción han brotado largas chispas que refucilan la noche, y la zorra ha saltado, desarmándose en el aire, hasta la altura del faro de la locomotora.

–¡El juicio de Dios! –proclama el viejo, que no piensa en otra cosa.

Su voz no entra en los demás, que sienten escalofríos de ver el comienzo de la anunciada catástrofe, aunque no saben cómo se desarrollará hasta el fin.

Por el ruido, crujiente, moliente, se percibe el brutal estremecimiento que sacude al convoy, recorriéndolo desde la punta a lo largo de los cuatro vagones. Pero se amansa. Y no hay vuelco, no revientan las llamas del incendio. Está parado, ahí, donde chocó.

En el galpón se ha establecido el silencio.

Pero los animales balan, aúllan, relinchan, mugen, y no dejan entender unas voces, lejanas, que no se sabe si son llamados de socorro o clamores de dolor.

Una lucecita se corre de atrás. Un farol, sin duda, en manos de un hombre.

El dueño de la escopeta tiene la obsesión de los prisioneros y es individuo previsor. Abre el portón. Les dice: "Salgan". Ellos creen, mientras caminan tres pasos, que han recuperado la libertad. La escopeta les apunta y el hombre marca la regla: "Mucho silencio". Sólo ha querido dejarlos al alcance de su mano. Sabe que un grito bastará para poner alerta a los ferroviarios del convoy y la prudencia aconseja saber primero con qué fuerzas cuentan. Pueden ser muchos y cargar armas.

El farol deambula. Los campesinos, veteranos de la tarea, advierten que los recién llegados buscan ramas delgadas y secas. Leña deben tener, en abundancia, en el ténder.

Antes de media hora arde una hoguera cerca de cada extremo del tren.

Don Salvador se alivia. Se alivia tanto que se siente mareado. El tren parece conservar su integridad. No hay indicios de víctimas, porque no se manifiesta el desorden, ni la agitación, y las siluetas se destacan erguidas al pasar por delante de las fogatas.

Después sobrevienen otra espera y otra guardia. Los ferroviarios, desconocedores del terreno que se despliega a los costados de las vías, no se atreven a explorar en medio de la oscuridad. Los campesinos permanecen en el patio, al acecho de los movimientos, a la espera de la aurora.

La anciana considera terminada la función, por esta noche, y es la única persona que acude al lecho. Encuentra despierta a la niñita. Se entera por el tacto. Como no debe encender velas, le toca las mejillas, tal vez intuyendo lo que sucede, y las nota mojadas. Lleva los dedos a los ojitos y los descubre abiertos.

–¿Te asustaste? No era nada, no era nada. Ya pasó. Mañana, Juanita, vas a dormir con la mamá y el papá.

Pasadas algunas horas, la anciana distingue, en el sueño, la proximidad del alba. Se alza de la cama y sacude a la niña. La niña puede oír despierta el primer canto del gallo.

El nacimiento inminente del día se revela a los campesinos con una tenue franja de rosa que viene por el este, enredada con los matorrales de espinillo, pero mucho más ancha, infinita. Se repliegan a la cocina. Los prisioneros los preceden, empujados, cabeceando un sueño y un cansancio desesperantes.

La claridad inicial muestra qué son tres los ferroviarios que el accidente ha volcado junto al fogón. A éstos les enseña, allá hacia el oeste, pero no lejana, la casa flanqueada por el galpón y los corrales. ¡Ah, se sienten seguros, confortados, ahora! Antes de la revisación prolija que precisan máquina y vagones para saber si se podrá seguir la marcha normalmente, pedirán comida, encontrarán gente que les dé una idea del abandono tan extraño de esa zorra sobre los rieles.

El guarda, que ha recuperado la gorra de visera, perdida anoche al saltar del furgón de cola mientras se remecía el tren, sospecha que la casa está abandonada. Les dice a los compañeros que miren, que no sale humo, que el ruido pudo movilizar hacia ellos gentes no sólo de allí, sino de lugares mucho más apartados de la vía. Pero los otros tienen la esperanza y hasta la voluptuosidad de un desayuno caliente y se niegan a recoger como verosímiles esas conjeturas. Prefieren comprobar personalmente lo que sea y allá van, a hacerlo. El guarda acata esa decisión, los sigue y los alcanza.

Uno de los optimistas encuentra argumentos a favor:

–Estamos pisando tierra arada. Aquí han sembrado ayer. Y el caballo está en el corral.

Los campesinos no han previsto a tiempo todas las posibles consecuencias de que esos hombres tomen el camino de la casa. Tarde advierte el viejo que, si se viera obligado a franquearles el paso a la cocina, descubrirían a los prisioneros. Ya no se les puede trasladar al galpón, porque habría que pasar con ellos por el patio.

Ordena a dos hijos que salgan a recibirlos delante de la casa y averigüen qué quieren, sin ofrecerles ni explicarles ninguna cosa. No han visto ni saben nada.

Manda al jefe y a los dos peones al dormitorio de las mujeres, con el dueño de la escopeta. El dormitorio de las mujeres tiene ventana y el dueño de la escopeta podrá vigilar a los cautivos, para que no alarmen, y a los que llegan, por si sospechan algo y sacan revólver.

Los dos encargados de salir a la vanguardia se plantan en el patio, abriendo las piernas y afirmándose en el suelo, como para resistir una embestida. Los festonean los perros, que participan de su táctica cautelosa, pero hacen algunos aprontes de carreras y gruñidos. Detrás se ha venido la vieja con la chica prendida de la mano, y el sabandija, que tiene algo de potro y de payaso, porque corre, va, vuelve y hace movimientos impensados, se tira al suelo y brinca como las cabras. Está tremendamente contento con tanta novedad en su casa.

El recibimiento adusto acorta el paso de los ferroviarios, mientras más cerca están. Se detienen a unos metros. Saludan. Les contesta uno de los hombres. El otro evita hacerlo con el pretexto de espantar a los perros, para que no ataquen.

Desconcertados porque nadie les pregunta nada, los recién llegados se animan el uno al otro para tomar la palabra. Y entre los tres, un pedazo de discurso cada uno, cuentan, preguntan y piden. Los dos hermanos se entienden con la mirada: lo que buscan es poco y tal vez, conformándolos, se librarán de ellos. Les advierten que tendrán que consultar y les vuelven la espalda para entrar a la cocina.

El guarda medita: "¿Consultar...?". No le gusta el procedimiento. Comunica la inquietud a los compañeros:

–¿Por qué, consultar? ¿A quién? No debíamos haber pedido nada. No hacía falta.

–Son ariscos, no más –sostiene el más confiado, con una sonrisa de tranquilidad.

–¿Si nos vamos...?

–No, no. Se van a enojar. Van a creer que les despreciamos lo que tengan para darnos. Son huraños, nada más; pero si se ofenden golpean.

El guarda considera que este razonamiento tiene cierta lógica atendible, pero más que las palabras de su compañero lo conquista la presencia de la abuela con los chicos que se han quedado allí, observándolos con una sonrisa amistosa.

El guarda cree adivinar cuál es la puerta de la confianza. Camina unos pasos y se acerca a la anciana. Le dice: "Buen día, ¿cómo le va?", porque no se le ocurre nada que pueda interesar a la mujer, y al mismo tiempo le hace una caricia a la criatura, deslizando la mano por su melenita lacia. A la niña se le iluminan los ojos de gusto: ha descubierto algo, se empina todo lo que puede, estira el bracito, alarga un dedo hacia la cabeza del guarda y dice:

–Papá.

La anciana oye. Mira ese brazo tendido, mira ese dedo. Estudia bien al hombre; se cerciora de que no es el que estaba adentro. Mira a los ojos de la niñita, ve en ellos satisfacción y seguridad. Y se inclina hacia la criatura y pregunta:

–¿Pa-pá? ¿Paaa-pá?

La niñita confirma:

–Paaaa-pá.

Y la vieja se ríe y repite:

–Paaa-pá, paaa-pá.

El guarda las ve tan complacidas que también dice: "Paaa-pá", y ríe; pero no deja de admirarle tanta alegría y que la vieja no pare de decir "paaa-pá" y ahora acompañe cada sílaba con un batir de palmas.

El viejo está haciendo dos porciones de jamón casero y tiene pronto el pan, también de la casa. Uno de los hijos, desde la puerta de la cocina, observa entretanto que la niña denuncia, en el guarda, al padre. Lo gana el asombro y como solo no puede entenderlo, llama la atención del viejo, para que opine. El viejo deja el jamón en la mesa y mira. Los otros hombres también miran. Ven que la abuela provoca la ratificación y consigue esa prueba. Se miran entre ellos, estupefactos, y ya sólo falta que uno haga punta, para salir todos.

En el dormitorio de las mujeres han visto y han oído lo mismo don Salvador, sus dos hombres y el dueño de la escopeta. Y el caño de la escopeta ha depuesto su terrorismo y su autoridad, y ahora apunta al suelo, apenas sostenida el arma por una mano que, de pronto, se ha vuelto indecisa.

Don Salvador no establece diálogo, no necesita ningún permiso para entender que puede salir. Pasa por la cocina, abriéndose camino entre la familia con un ademán, y se presenta en el patio.

–Soy el jefe de la estación de San Rafael. Ya les voy a contar por qué estoy acá. Enseguida lo van a saber todo.

El maquinista, el fogonero, el guarda tienen ante sí a quien de ninguna manera podían sospechar que estuviera en tal sitio. No saben si saludar o averiguar, no saben si deben callar y esperar algo que, puede suponerse, está por suceder. Cualquier deseo de hablar se les corta, además, cuando ven emerger de la casa uno, dos, tres hombres; los conocidos y uno, dos, tres más, uno de ellos con una escopeta que parece olvidada en la mano.

Entretanto, el jefe ha procedido, sin tenerse quieto un instante. Le ha dicho al guarda: "Permítame". Sin esperar su opinión, le ha sacado la gorra de visera donde está escrito, con hilo blanco: "Guarda". Con la gorra en la mano ha ido adonde está el fogonero y lo trae de la mano, como si fuera un niño, mientras masculla su enojo: "El juicio de Dios... El juicio de Dios...".

Pone al fogonero delante de la mujer y la niña, le coloca la gorra de visera que dice "Guarda" y conmina a la anciana:

–Pregúntele, ahora.

El fogonero no se mueve. Lleva la mirada hacia arriba, como si le hubieran puesto en la cabeza un objeto mágico, que no se puede tocar, que si se cae hace daño.

El jefe insiste: "Pregúntele, pregúntele"; el fogonero considera al jefe de costado, con desconfianza; la anciana entiende y ríe. Entiende y pregunta:

–¿Paaa-pá?

Se inclina y con su mano guía la manecita de la niña, apuntando hacia arriba, para que la criatura vea la gorra de visera que dice "Guarda".

–¿Paaa-pá?

La niña, que se había turbado por los movimientos de don Salvador, se pone radiante de nuevo, porque ha descubierto la gorra.

La anciana suelta con suavidad el bracito. Ya no precisa orientarlo. La niña lo mantiene muy firme en el aire, apuntando con el dedito la cabeza del fogonero, y declara:

–Paaapá, pa-pá.

Don Salvador respira el aire de la mañana como si lo necesitara todo para resolver lo que todavía tiene por delante: la partida del convoy, el informe por la demora, el sumario por la destrucción de la zorra... y esa gente, que él puede denunciar, y que se ha quedado ahí, abochornada, mirando al suelo...

No

Más puntuales los sueños que los recuerdos, me visitaron para decirme que, por tercera vez, se cerraba el cielo de los años de su ausencia.

Comencé a sentir el día como una carga, melancólica, dolorosa.

Debía esperar la noche para la conmemoración solitaria y el ritual sencillo de mi culto de amor.

En la mañana me ordenaron ir a una oficina pública que tiene, delante, un jardín de césped y una reja de barrotes finos. Mientras aguardaba el curso interno de unos papeles, me entretuve en caminar por el sendero enripiado.

Acompañada de una niñita con el asombro de la orfandad recién asomada al mundo, llegó una monja y, al pasar hacia el edificio, detuvo su mirada en mis ojos. Estuvimos cerca, el uno del otro, y pude percibir su bozo muy fino y un lunar pequeño, marrón claro, también sobre el labio. Ella era joven y no sé si su mirada removió mi tristeza o la nostalgia de aquel cariño que era como no tenerlo, porque nació a destiempo.

Cuando la monja se retiraba, y esto ocurrió enseguida, yo la miré intensamente. Ella me devolvió una mirada clara, limpia y lejana. Salió a la vereda, caminó a lo largo de la reja, pasé la calle y se alejó, sin volver nunca la cabeza.

En la noche caminé hacia la estación del ferrocarril. Puede parecer un extraño lugar para mi ofrenda. Ah, es que soy capaz de construir mis sentimientos en silencio y también en la soledad. Pero algo es preciso, para fundar una memoria, y de ella tuve esas manos que se tomaron de las mías, aquella noche, cuando el tren partía.

En la noche del tercer aniversario, en medio de la turbulencia de los andenes, no podía musitar la frase de ternura que tengo pensada

para ella. Porque para decirla, en fugaz –tal vez milagroso– estado de pureza, debía concentrar y aislar todas las fuerzas de mi emoción y de mi pensamiento.

Subí entonces al puente elevado por donde la gente pasa de una plataforma a otra, por encima de los trenes. Era una noche fresca y el puente, como una caja oscura, parecía deshabitado. Hice los tres tramos de la escalera y arriba encontré a una mujer en actitud de espera. Aunque yo podía ganar la soledad en el otro extremo del puente, me molestó descubrirla, porque me infundía esa perturbación que da la evidencia de que también existe, en la relación con las mujeres, el deseo. Y no era el momento de acceder a lo que ocurre todos los días.

Descendí los tres tramos de escalera de la parte opuesta. Hice el trayecto de la segunda plataforma hasta donde traban su extensión los rieles.

Regresé. La mujer seguía en el mismo lugar. Desesperanzado de darme con el momento propicio al recogimiento, cerré los ojos y dije su nombre, muy quedo: "Amanda...", y pronuncié las palabras rituales que para ella tenía cinceladas. Pero aun sin ver lo que discurría en mi contorno, me distraje y no logré la comunión ilusoria que otras veces había alcanzado.

Empecé a caminar los pasos del regreso. Apareció un hombre y la mujer se reunió con él. Bajaron delante de mí y se mezclaron con la otra gente que hay en el mundo.

¿Había pasado, se había perdido el misterio de la evocación?

Oh, sí, se estaba diluyendo en mí a medida que andaba, al reintegrarme al corazón de la ciudad. Porque luego de unas cuadras prevalecieron las voces exteriores. Llegaron primero de tres mujeres que habían terminado su servicio en la cocina de un restaurante. Lo decían. Dos hablaban y la tercera cantaba, bajito, para ella sola. Y pensé que la tercera, la que cantaba, estaba disfrutando como nadie la dicha de haber terminado un día de trabajo.

Después me reconoció un amigo. Y me habló. Y hablé.

–¿Cómo estás?

–Bien.

–Me alegro.

–¿Y vos?
–Bien.

Nada más porque se fue corriendo a tomar su ómnibus. Pero yo estaba de nuevo en comunicación con los demás. Aun ante mí mismo, volvía a ser como todos los hombres.

En un quiosco compré caramelos de leche. Eran para los hijos de mi hermana, sólo que al llegar a la casa supe que estaban durmiendo. Ella trabajaba y el ruido de la máquina de coser era la única voz no acallada del hogar. Se los dejé cerca de la mano.

Ella, que había suspendido la costura para recibirme, dándose vuelta me miró con humildad y gratitud. Me dolía que me agradeciera cualquier cosa, aunque fuese con los ojos. Desde dos años atrás estábamos tan solos, ella, yo y los niños, que no podía pensar en nosotros sin definirnos como una pequeña comunidad obligada por las necesidades y naturalmente dispuesta por los sentimientos.

"¿Estás cansado?", me preguntó; yo dije "Sí", y ella repitió "Sí. Estás cansado". Lo decía con un acento tan doliente, tan dolido por mí, que pude percibir su ala protectora.

Entonces comprendí que con ella podía hablar de Amanda, esa noche, porque de pronto volvió mi nostalgia. Y la nostalgia se debatía con cierto orgullo, el orgullo de poder confesar un amor tan callado y tan desprovisto de futuro. Pero no hablé.

Cuatro días después, al regresar a casa para el almuerzo, en la máquina de coser, que a esa hora descansa, en el lugar donde yo había puesto los caramelos, me esperaba una carta con mi nombre.

Era de Amanda y era la primera carta de Amanda que en todo el tiempo de mi existencia había llegado a mis manos. Era de Amanda. No precisaba abrirla para enterarme. Sabía todos los detalles de su letra. Conservaba entre mis papeles una hoja de block con una tarea escolar que me prestó y nunca le devolví, por distracción, por olvido, por no sé qué, porque en la etapa del colegio nunca pude sospechar que llegaría a amarla, y tanto.

"Querido amigo:..." Un trato tan común, y no lo era para mí, porque yo estaba pleno de anhelos y presentimientos. Me decía que había

suspendido los estudios a la altura del penúltimo año de la carrera. Había dejado el estudio para casarse, en el otoño anterior.

Yo lo sabía. Lo supe todo cuando ocurrió, y no lo supe por ella.

Vino un compañero. Contaba de ese noviazgo de la amiga común y yo lo escuchaba como si esa existencia fuera algo absolutamente ajeno a lo que podía interesarme. Pero me retiré como de regreso de una batalla en la que hubiera sido derrotado. Nunca hubo esa batalla, sino en mi interior.

Un tiempo, ofuscado por la inminencia de la pérdida, me dediqué a confabular. Urdía planes para impedir ese matrimonio. Nunca el más simple: decirle a ella lo que me pasaba. Es que era aún el tiempo en que yo temía las responsabilidades profundas.

Acaté entonces la convicción de que ese matrimonio tenía tanto de terrible como de inevitable.

Cuando supe que el casamiento estaba consumado, me conformé con la fe de que su imagen de muchacha, de novia que no fue mía, seguiría perteneciéndome, siempre.

Consagré a ese credo la parte secreta de mi corazón, mientras paradójicamente la vida me convertía, en el hogar de mi hermana viuda, en una especie menor de buen padre de familia.

Nada, en la carta, me autorizaba a pensarlo; no obstante pensé: "¿Por qué *ha necesitado* escribirme?".

Escarbé en esa sospecha, favorecí en mis cartas una confesión, pero ella nada revelaba con palabras. Sin embargo, jamás mencionaba al marido, como si no existiera, y si mis cartas eran dos en una semana, dos eran las suyas, y si eran tres, tres igualmente las que el cartero traía, y era la respuesta tan veloz, tan escrita con mis papeles recién leídos, que ya lo nuestro constituía un vívido diálogo.

Y en una noche de exaltación descolgué, del recinto de mis sentimientos más cuidados, una verdad de amor. Escrita en el papel, era como si ya no me perteneciera, y fuera de Amanda. Puse el papel en un sobre. Lo llevé, esa misma noche, al correo central. No podía concederme oportunidades de arrepentimiento.

Esperé tres días, cuatro, la espera habitual. Tuve que sufrir todos los instantes que forman un día más. La carta llegó, y supe que mi declaración no suscitaba ni la aceptación ni el reproche.

Rogué, entonces. Le rogué que me dijera algo, aunque fuese la palabra de la condenación y el olvido, pero que diera firmeza a mi posición sobre la tierra, a tal extremo dependiente de ella.

Vino a mi casa, a los tres días, un sobre con un pequeño retrato, la figura que alentaba en mí con ese encanto de lo ideal que cuesta una lucha de sangre que no se ve.

¿Era la respuesta? No acepté desvanecer la esperanza.

Quedó en suspenso el diálogo, por mi voluntad y mi silencio, hasta asegurarme la posibilidad del viaje: el permiso en el empleo, el dinero necesario, el boleto adquirido, con la certeza de una fecha determinada.

Nada le pedí, a nada podía comprometerla. Sólo que me esperara, y no al descender del tren, que tan lamentable presencia deja a los viajeros; no en su hogar ni en un lugar secreto; que antes de mi partida me dijera, con dos líneas, una hora y un lugar.

Me esperó, en su ciudad, en un paseo que tiene un respaldo de árboles altos como las trincheras de álamos de mi provincia, más corpulentos. Cuando lo conocí, al llegar, me alegró con la sensación de sentirnos, para un acontecimiento vital, en un paraje dotado de los caracteres que posee la grandeza.

Estaba allí, en una terraza todavía solitaria, con veinte o treinta mesitas de confitería, que era el sitio designado para el encuentro.

Sin nada que se interpusiera entre nosotros, sino unas cuantas desatendibles mesas desocupadas, se me reveló su presencia, dulce y grave. Me recibía sin expansiones, como lo hacen en las estampas algunos santos que acogen a los niños, con esa bondad y esa paz de los sin pecado.

¿Cómo hablar?, me preguntaba yo mientras sentía que mi cuerpo estaba avanzando. ¿Cómo hablar a ese rostro, a esa mirada? ¿Cómo elegir palabras, cómo pensar palabras...?

Ella permanecía en la silla y por encima de la mesa quedaban recortados el busto sereno y el rostro noble de la bienvenida. Yo estaba blandamente gobernado por una emoción nueva, que me vedó llegar del todo a su lado, haciéndome caer en la silla de enfrente, mesita por medio de los dos. Dije dos veces su nombre predestinado: "Amanda... Amanda...", y tomé su mano, que estaba en descanso sobre la blancura del mármol.

¡Ah, Dios mío!, cómo se conmovió de verme así. En sus ojos nació una lágrima tan discreta que no cayó del párpado. Y repetí su nombre, que era como nombrar el amor. Y ella tuvo que decir mi nombre, porque le venía de adentro, lo sé bien, puesto que se le quebraba en la boca con un sollozo. Y me dijo, ¡ah, me dijo!, "querido mío", y sollozaba.

Yo me arranqué de la silla y, al llegar a ella, ella se ató para darse a mis brazos y decir, decir: "Querido mío, querido mío...".

Pero era la voz con que se nombra lo muy amado que está perdido y en mi abrazo quise preguntar, con desesperación, por qué, hasta que en el abrazo mismo percibí su cuerpo combado desde abajo del pecho, marcando entre nosotros una separación irreparable.

Nos dimos, después, la hora más bella y más triste de mi vida. Pero sin lágrimas. Al despedirnos, posé mi mano sobre la suya, que reposaba sobre el mármol de la mesita; la apreté fuerte, muy fuerte, y nos sonreímos, el uno al otro, con amargura y con valentía.

Declinación y Ángel

1958

Declinación y Ángel/Decline and Angel, edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Biblioteca Pública San Martín, 1958. "El abandono y la pasividad" fue reeditado luego en sucesivas antologías del autor: *Two Stories*, edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Voces, 1965; *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios*, Buenos Aires, Orión, 1975 (libro que incluye también "Declinación y Ángel").

El abandono y la pasividad

Una bocanada de luz se derramó en el cajón de la ropa de hombre; pero inmediatamente fue ahogada. La luz fue entonces sobre la ropa femenina, que mudó de continente: del cajón de la cómoda a la valija, sin la pulcritud sedosa que conoció recién planchada. Un viso, despreciado, quedó marchito y encogido sobre la cama. La malla enteriza perdió la compañía de las dos piezas bikinis.

Cuando la puerta selló con ruido la salida de la valija, el vaso alto de agua al fin intacta permaneció haciendo peso sobre el papel escrito, asociado, en la explanada de la mesita, a la presencia vertical de un florero de flores artificiales, rojas con exceso, veteadas de un rosa tierno mal conjugado con el color furioso.

Pero al acallarse la violencia exterior, también la violencia del sol, la vena rosa se extinguió y las flores comenzaron a ser una revuelta e impalpable mancha acogida a las discretas sombras. Entonces, sólo el despertador mantuvo la guardia, una relativa espera, espera de luz de velador, de transformarse el orden de algunos objetos, su integridad tal vez.

Porque todo era pasivo –o mecánico, el reloj–, aunque dispuesto a servir en cuanto la puerta se abriera.

El vaso, casi repentinamente, alarga su sombra, una sombra liviana y traslúcida, como hecha de agua y cristal; luego, despacio, la contrae y más tarde, con cautela, la extiende de nuevo, pero con otro rumbo.

Otra vez cuando afuera, en el cielo, hay nubes y ruidos como derrumbes subterráneos, el vaso está aterido y tiende a ser algo neto, conciso, también, si es posible, levemente impregnado de azul.

El despertador ha caducado.

Por su inercia cobra vigencia una mosca, entre un sol y otro, entre un sol y otro, pero no más de dos.

El agua se enturbia en el vaso y se hace nido. Como una flor ha sobrenadado su superficie un mosquito y adentro, ahora, prueban profundidad las larvas.

No obstante, este mar manso es cuna letal, agua sin alimento, y al cabo manda arriba los débiles despojos.

La atmósfera quiere desprender su peso creciente sobre las cosas y es una amenaza de todos los días que no puede temerse.

Una piedra, una piedra vulgar de acequia, sin aviso ni apoyo de congéneres consigue lo que antes no logró su familia menor, blanca y efímera: la del granizo.

Rasga la castidad del vidrio de la ventana y trae consigo el aire, que es libertad, pero pierde la suya, cayendo prisionera del cuarto.

Sin la unidad que contribuía a hacerlo estable, el vidrio se descuelga de prisa y arrastra en su perdición al hermano hecho vaso. Lo abate con su peso muerto y se confunden las trizas entre una expansión desordenada de agua que, tan de improviso sin claustro, no sabe qué hacerse, va a todas partes, ante todo al papel que resultaba intocable vecino.

La tinta, que fue caligráfica, se vuelve pintora y figura, en azul, barbas, charcos, estalagmitas...

En adelante la ventana a nada se opone. Expedita al aire, una vez permite la brisa que elimina de la mesa el papel, seco y prematuramente viejo; otra, el viento zonda, que atropella el florero y, por si fuera poco, arroja tierra a él y sus flores.

La luz, que sólo fue diurna y venía por la ventana, retorna una noche emanando de los filamentos de la lámpara del medio. Las cosas, opacas bajo el polvo, recuperan volumen y diferenciación.

Uno de los zapatos que avanzan entre ellas va sobre el papel como a corregir rugosidades, en realidad únicamente a ensuciarlo. Así, decrépito y embarrado, el papel sube crujiendo hasta la proximidad brillante de unos anteojos. Desciende hasta la mesa

de noche y después, con otra luz encima, la del resurrecto velador, tiembla un rato inacabable ante los lentes redondos. Pero no se entrega. No es más un mensaje.

La pureza de la luz solar triunfa sobre el amarillo tenue, ya extemporáneo, que permanecía derivando de los dos focos.

La luz solar, consecuente inspectora, encuentra que todo está. Hay menos orden: la colcha arrugada, cajones abiertos... aunque todo permanece. Faltan del cajón de la ropa de hombre una camisa, un pañuelo y un par de medias; pero encima de una silla quedan otra camisa, otro pañuelo y un par de medias, sucios.

Declinación y Ángel

Una cabeza de mujer reposa sobre un respaldo de cuero sujeto a leves sacudimientos rítmicos. También en una atmósfera gris azulada que diluye los contornos, se ve otro rostro, dormido, el de un adolescente.

Nace un sonido que se identifica mientras se pone de manifiesto que los dos, mujer y adolescente, están sentados uno frente al otro. Entre ambos, la ventanilla del tren revela, al fondo del campo, el ascenso del sol que gana el horizonte. El sonido de marcha del tren se superpone a la imagen encarnada del sol en eclosión y de inmediato a otra que la sucede, la de una lamparilla del vagón que al apagarse quita el brillo a la madera del techo; luego desciende hasta casi desaparecer.

Las manos del adolescente se retuercen, acuden a los ojos y los frotan. Todo ese cuerpo se estira en el asiento, desperezándose.

La mujer entreabre los ojos, examina un instante al muchacho; los cierra.

Él lo nota. Se alisa el cabello.

Ella abre los ojos definitivamente y sigue las alternativas del amanecer. Su cabeza, descuidada sobre el marco de la ventanilla, golpea, golpea, golpea. Con dos dedos, la mujer oculta un bostezo. Se yergue.

El muchacho, acurrucado en el asiento, alza la vista hacia ella; le sonríe y le dice:

–Buenos días.

Ella se detiene a examinarlo, antes de contestar:

–Buenos días.

Sus manos sacan un bolso de la rejilla. Lo cuelga del brazo y sale del espacio entre los dos asientos.

El muchacho la observa caminar sin completa estabilidad por el pasillo, hacia el fondo del coche.

Sus manos tantean en la rejilla. Retiran un bolso de lona azul; del bolso, una revista y una caja chata de cartón, con tricromía en la tapa.

Se sienta, abre la caja y extrae un bombón. Lo despoja del papel de plata y lo entrega a la boca.

Un hombre enorme, desde otro asiento, lo analiza, con sueño; entrecierra los párpados y se deja caer sobre el respaldo.

Sube el sonido del tren y desde arriba del convoy se ve, adelante, la locomotora afanosa que hiende una ancha planicie sin cultivo, amarronada e indiferente.

Se abre una puertecilla de madera lustrada.

El muchacho atiende, con la mirada, y mastica.

La mujer regresa por el pasillo. Llega. Guarda en el bolso una toalla lacia de humedad. Observa a su izquierda al muchacho que come bombones; le mira las piernas y comprueba los pantalones largos; le pregunta, ironizando sobre la confitura:

–¿Es su desayuno?

Con un rostro que indica que todo es como debe ser:

–Sí. ¿Quiere?

La caja destapada, en sus manos, avanza hacia la mujer.

Ella hace que no, con un gesto de los ojos y de la boca. Surge una cigarrera de metal. Humo entre los labios: un celeste flotante contra el rojo fresco.

El muchacho continúa masticando.

La mujer se fija: la caja ha perdido la mitad de sus bombones. Lo considera largamente. Le acerca esta interrogación:

–La señora que lo despedía, ¿es su mamá?

Él sonríe, un tanto divertido por el equívoco:

–¡Oh, no! A mí no me despidió nadie. Mamá…

La mano desciende; pierde el bombón a medio comer.

–Mamá no sabe…

Sobre el asiento se derrama el licor de la golosina.

En la mirada de la mujer ahora se multiplican las interrogaciones, pero los labios están cerrados.

El muchacho la atisba, mientras su rostro busca las formas de la energía y el habla se le torna rebelde y disgustada:

–Viajo solo, señora.

Ella se conforma, sonriendo para sí, y vuelve a la ventanilla.

El vidrio registra el trote de una estación de campaña, que no ha merecido una parada del tren. El movimiento rápido de la estación en fuga se repite en una rueda alta y negra de máquina que persigue el riel, y enseguida se mantiene la elocuencia de esa pujanza en el empuje de la locomotora y en la expresión del maquinista que por la ventanilla controla distancias. Luego el convoy se arquea en una curva y descubre, en lateral, toda su longitud.

La visión se ha serenado en ese último enfoque y, trasladada a la altura del techo del vagón, ahí donde se detiene y se deshace la puntilla de humo, muestra entre la simetría de los asientos verdesucios un uniformado de blanco y birrete que avanza con pausas, repartiendo vasitos cónicos de plástico.

Por encima del hombro de la mujer se manifiesta el contenido –torrado: café– del vaso igual al que, más al fondo, sostiene con las dos manos el muchacho. El adolescente lo sorbe con placer y saca por encima los ojos, que se enzorran por un deseo. Se decide:

–A usted sí la despidió su mamá. Yo la vi.

Una expresión entre sorprendida y en guardia y, finalmente, estas palabras:

–Sí. Era ella. ¿La conoce?

El muchacho sacude la cabeza con gusto y gracia, negando.

Ella depone el gesto prevenido, pero se nota que quiere salir de una sorpresa:

–Y a mí, ¿me conoce?

Fuertes sacudidas de cabeza del muchacho.

–¿Lo conozco yo a usted?

El vasito blanco, prisionero de los dientes del muchacho, hace el movimiento que dice que no, los ojitos achicados, infantiles y amistosos. Bebe el resto de café volcando la cabeza hacia atrás, sin tomar el vaso con las manos. Arroja el cono plástico.

Se recompone en el asiento y ordena las facciones hacia la formalidad. Pregunta como si estuvieran familiarizados el uno con el otro:

–¿Como está su mamá?

Asombro de ella.

Él insiste, explicándose:

–Sí, ¿cómo la ha encontrado?

La mujer se ablanda a algo interior. Dice, con la expresión que manifiesta un pensamiento alejado del muchacho:

–Con más ganas que nunca de que vivamos juntas.

El muchacho prosigue seriamente su rastreo:

–¿Hace mucho que no la veía?

La mirada de la mujer retorna a ese lugar. Da sitio a un reproche para el interrogador; pero es una mirada benigna, como los labios al abrirse de nuevo:

–Ya es tarde para hablar tanto de todo eso que ha quedado allá. Dejémoslo, por favor.

El adolescente se reprime, como si fuera a empacarse.

Pero ella le prueba que no quiere interrumpir el trato:

–¿Sabe a qué hora llegaremos?

Él resplandece otra vez:

–¡Oh, sí!

Un dedo corre el puño del saco y deja libre toda la redondez del reloj pulsera.

* * *

Desde adentro del coche se siente que el tren invade con paso fuerte la estación. Saltan atrás, a sus costados, andenes, gente, otros trenes.

En el interior, la mujer y el adolescente dan la espalda a los demás; de pie junto a sus asientos, las manos precavidas sobre sus cosas. El brazo del muchacho resguarda un maletín, un bolso, la revista, la caja de bombones, que cae al piso, vacía.

Sin mirarla:

–¿La esperan...?

Sin darse vuelta:

–Sí.

Una pausa, entre ellos, que se cubre con el sonido de los frenos exigidos y desentonados.

Luego, ella establece una variante de su respuesta:

–Posiblemente sí.

Los dedos del muchacho apresan la ventana de guillotina y elevan el cristal.

La mujer se inclina hacia el vano y entra una oleada de voces del andén.

Toda la gente está ante ella: hacia adelante, hacia atrás, ahí enfrente. Un rostro, del que retira la mirada; un color, una cabeza, la altura de alguien que sobresale, aquel que corre...

Por encima de los hombros de la mujer, el muchacho diferencia caras de hombres.

Sin acercarse a la mujer, averigua:

–¿No es ninguno su marido?

Ella sigue con la cabeza fuera de la ventanilla. No parece haberlo oído.

* * *

Ante sus pies, sobre el pavimento comienza el giro de la rueda trasera de un auto, que desaparece.

En ese sitio entran rueda y guardabarros delanteros de otro automóvil, mientras al previo ruido de arranque se sobrepone el de la frenada del que estaciona. Una mano baja la banderita roja del taxímetro y los brazos del muchacho cargan la valija en la parrilla superior.

El adolescente coloca el bolso grande de la mujer en el asiento de atrás y retrocede hasta su equipaje acumulado en el piso. Su rostro dice que ya está todo y que ella puede dejarlo, que él se queda ahí, en la vereda, para verla partir.

Ella lo ve quedarse.

–Venga conmigo. Lo dejo donde sea.

Él sonríe:

–Bueno; me gustará. Pero primero a su casa.

En el coche en movimiento, el muchacho se palmea las rodillas, distraído de la mujer.

Ella lo observa y se complace. Pero su rostro recoge una idea interior y se preocupa. Con la naturalidad de las personas acostumbradas a hablar solas en voz alta, dice:

–Es raro.

Las palabras llegan al muchacho pegado a la ventanilla, pendiente del paisaje urbano que circula afuera, alegres las piernas, que brincan.

–¿Qué es raro? ¡Ah, ya sé! Que él no haya venido a buscarla. ¿Tampoco sus hijos?

La mujer se retrae:

–No tengo hijos.

Despreocupado de ella, con la cara y todos los sentidos entregados a la ciudad:

–Ya sé. Disculpe.

* * *

El auto para ante un montón de ripio volcado en la calzada. El muchacho salta afuera. Sus brazos se encumbran y descienden sosteniendo la valija. Corre por delante pisando el ripio con delectación y deja la valija en el puente. Las manos femeninas reciben el vuelto.

El muchacho, parado en el puente:

–No le pague. Yo sigo con él.

Ella desciende y lo interroga con afecto:

–¿A dónde va?

Él achica los ojos; sonríe:

–No sé. Ya veremos.

La mano de la mujer se posa en la del muchacho:

–¿Vendrá a visitarme?

El muchacho, con el revés de la mano, se aplasta la nariz hacia arriba y le quedan en descubierto los ojillos vivientes de simpatía:

–Sí; pronto. Mañana. Le traeré bombones. ¿Cómo se llama?

El brazo de la mujer indica hacia adentro y hacia arriba de una casa de departamentos marrón chocolate y su voz explica:

–Cecilia. En el C.

* * *

Un dedo de la mujer aprieta tres veces, en la botonera, el timbre donde una tarjetita orienta: departamento C.

En el suelo está la valija oscura con el bolso panzudo y rojo.

Unos pasos que vienen sonando y una voz de muchacha:

–Buen día, señora. Ya voy. ¿Cómo le fue?

–Buen día. ¿Y el señor?... –mientras la mano de la otra mujer despega la valija de las baldosas.

La viajera se adelanta, pero la alcanza la contestación:

–El señor estuvo anoche. Vio su telegrama.

Una mirada aérea, que entretanto haya ido de la espalda de la sirvienta, girando en redondo, a encontrar de frente a Cecilia, podrá ver en ésta los párpados que un instante se entornan como vencidos, pero muy luego dan paso al brillo de dos ojos que miran adelante con decisión.

El pie de Cecilia alcanza el primer escalón.

En mitad de la escalera, colgado por un brazo de la barandilla, con un rostro tan tierno y perdido como el de un tontito manso, está un niño. En sus ojos se refleja la aproximación de Cecilia.

Cuando tiene delante de sí el brazo con el vestido celeste, abre la boquita de conejo y dice:

–Buen día, Cecilia. ¿Me lleva?

El cuerpo con el vestido azul sigue subiendo.

El chico se da vuelta con fuerza y agita los brazos gritando en protesta:

–Buen día, señora Cecilia. Buen día, señora Cecilia.

La mujer padece como una turbación que la detiene y se vuelve con un esfuerzo de paciencia. Dice hacia abajo, hacia donde está el niño en la escalera:

–Buen día, Ángel.

Se abre una puerta de la planta baja y entresaca el cuerpo una mujer que habla en voz alta hacia arriba:

–Cecilia, ¿llegó? Después tenemos que hablar.

Sin pausa, desinteresada de una contestación, ordena:

–¡Ángel, acá! ¡Ángel, acá!

Un taco delgado y alto, verde intenso, se eleva unos milímetros: primer movimiento para reanudar la marcha.

El bolso de mano de Cecilia cae de cualquier modo sobre un sofá. Un pie se arquea y queda libre del calzado verde intenso; en media, de un nylon sutil, ese pie busca a ciegas despojar al otro de su zapato.

–Estoy sofocada, Silvia. Traeme agua. Traeme agua, rápido.

Encogida en un sillón, la cabeza volcada, Cecilia tiene todos los nervios en los dedos de los pies, que no se están quietos.

Suena el timbre.

La mano de la sirvienta sostiene el vaso bajo el grifo, que mana flojamente. La sirvienta mira el timbre, que repica de nuevo.

Viene la voz severa de Cecilia:

–¡Silvia, el timbre!

La mujer aparece en el vestíbulo con el vaso en un platillo, pero se apresura hacia la puerta. Gira el picaporte.

Ahí está el niño, con un dedo en la nariz. Habla como si se arrancara algo o supiera por anticipado que se le negará:

–Quiero pasar.

El niño recibe en el rostro la réplica irritada de Cecilia, que viene de adentro:

–¿No está tu madre abajo? ¿Para qué tienes que pasar por aquí?

El rostro del niño resiste el golpe o la fricción de cada palabra, y afinando sus labios blanduzcos da sus razones:

–No es para bajar. Es para subir al techo. Están arreglando el tanque.

–¡Que pase, Silvia! ¡Que pase y que me deje en paz!

El niño se encorva y embiste a la sirvienta.

El vaso hace una proeza sobre el platillo y la otra mano de Silvia le ayuda a recuperar estabilidad.

El niño cruza corriendo el vestíbulo, la cabeza gacha, sin ocuparse de Cecilia que permanece con las piernas abiertas y los pies desnudos en el sofá.

Ángel trepa a la ventana y desaparece.

El vaso avanza hacia Cecilia, pero la mano de Cecilia hace que espere y Cecilia realiza un esfuerzo por poner orden en sí misma y explica, a sí misma o a nadie:

–No puedo dejar de verlo.
Ya está, ella, en la ventana.
El niño circula por la cara externa de un mucho, apoyándose apenas en uno de los delgados caños de gas.
Cecilia mira dónde posa el niño los pies y se pone rígida de temor.
Con un tono precavido, para no asustarlo, le envía un consejo doliente:
–¡Ángel, pudiste usar la escalera! ¡Ángel...!
Una voz masculina golpea una protesta:
–¡Señora, ese chico se va a matar! ¿Por qué le permite?
Cecilia busca con los ojos el origen de la voz: un hombre de jardinera gris se halla junto al tanque del agua, hurgándose nervioso debajo de la gorra.
Cecilia sumerge una mirada rápida en el hueco cuadrado que desciende entre los cuatro departamentos. Abajo está barriendo la madre de Ángel.
A oír las voces, la madre de Ángel levanta la cabeza. Contempla el tránsito del niño. Desde donde se encuentra ella, desde muy abajo, parece que la criatura camina en el aire, simplemente rozando la pared.
El niño llega al extremo, adonde está abierta la mano ansiosa del plomero que quiere sacarlo del vacío.
Allá en el fondo, la madre inclina la cabeza y sigue barriendo.
Detrás de Cecilia, la sirvienta constata que ahí enfrente, hueco de aire en medio, el niño llega al techo, junto al plomero. Está violenta y nerviosa.
Cecilia, absorta e inmóvil, aún crispada, comenta:
–¡Siempre igual! ¡No es un chico, es una araña!
La sirvienta sale de la tensión. Riéndose, replica:
–Es un ángel, señora. ¿No se llama Ángel? Si no se cae nunca, es un ángel.
El cuerpo de Cecilia da media vuelta y ahora ella está despótica y fría:
–¡Basta de estupideces! ¡Dame el agua!
Los dedos de la mano se separan unos de otros para tomar el

vaso. El agua se vuelca toda en la boca angustiada. Luego, el cuerpo se desmorona sobre el sillón.
La sirvienta está ahí, a la expectativa del vaso. Mira el vaso, mira con recelo y su mirada encuentra la cara fieramente deprimida de Cecilia.
–¿Qué más sabés?
La voz viene baja, a la altura de las rodillas: es como si se viera un letrero con la frase "¿Qué más sabés?" no más arriba de las medias de la sirvienta.
La sirvienta hace un gesto que significa todo el esfuerzo por obedecer, por no equivocarse esta vez, y sobre Cecilia cae la información:
–El lunes lo vi en la calle con la señora.
Es como si las palabras "El lunes lo vi en la calle con la señora" hubieran caído sobre la cintura de Cecilia y aparecieran escritas todo a lo ancho del lugar donde ella está.
No se ve el rostro de Cecilia. Se ve la frase y enseguida esta otra frase dicha por ella:
–¿Con cual señora?
En el mismo sitio, sin que emerja ninguna cara, se inscribe la respuesta:
–Con la señora de él, señora. Con la esposa.
Ahora se ve levantarse el cuerpo de Cecilia y caminar como decapitado y a dos metros inclinarse y la mano buscar un botón de la radio y, cuando la música llega, girarlo con los dedos para que el volumen sea estruendoso y, cuando hasta ese punto ha subido sube también la visión –Silvia levanta la mirada– y ya está a la vista una cabeza que si no grita se saldrá del cuerpo por la furia:
–¡La señora soy yo! ¡La esposa soy yo! ¡Yo soy la única, la única!
Está contra el combinado y a un lado y otro hay sillones amarillos y mesitas adamascadas y cortinas azules y más allá el bar americano, y todo queda extendido en panorama ante la sirvienta, con la patrona colérica y herida al medio. Y la muchacha cabecea su desconcierto cuando Cecilia dice "La señora soy yo" e inicia la negativa; reacciona y cabecea la afirmativa, pero no basta porque ya Cecilia está gritando:

–¡...tamaña insolencia! ¡Te vas ya mismo de mi presencia y que nunca más te vea...!

Piernas de la sirvienta que caminan apresuradas. Con ella se entra a su habitación, que de un golpe de vista puede conocerse íntegramente. Con un empujón de nalgas cierra la puerta por dentro y su mano la clausura con llave.

La mano de Cecilia impulsa el botón de la radio hacia el volumen descendente. Baja la música y el plomero mira hacia la ventana abierta de la mujer.

* * *

Chorrillos blandos de la flor del baño. Los ojos de Cecilia bañados por la lluvia, entrecerrados, para no anegarse, se levantan a ver. Los chorritos se afinan, amenguan. Últimas gotas.

Manipuleo violento de las llaves.

Zuecos de madera que van dejando rastros de agua por el camino de baldosas que antes recorrieron las piernas de la sirvienta.

Espaldas de Cecilia, donde desciende una gota de agua, que reduce su impulso a cierta altura y luego se suicida en la carrera de la cintura abajo.

Cecilia golpea la puerta de Silvia. Reclama:

–Silvia, ¿qué pasa con el agua? ¡Silvia!

Todo el cuerpo desnudo de Cecilia. De atrás se ve un brazo doblado a la altura del codo, como conteniendo los senos.

–¡Silvia! Contestame, desgraciada. ¿Qué te pasa?

Las dos manos de Cecilia tomadas del picaporte sacuden la puerta.

Zuecos que pisan el granito blanco del baño. Con un toallón Cecilia se envuelve el busto hasta cerca de los hombros, que quedan al natural.

Acude a la ventana. Pestañea. Arriba, de frente, está el sol. En el techo, con los bordes de su figura comidos por la claridad solar, el plomero. Detrás, contemplando el interior del tanque, el niño. Eleva la cabeza, porque viene una voz que pregunta:

–¿Ha cortado el agua, usted?

El plomero sitúa a la persona que pregunta: ve a Cecilia y su cara fruncida por arrostrar el sol. Secándose el sudor de la frente con la mano que sostiene una llave inglesa, lanza una respuesta que surca el hueco entre los bloques del edificio ("Sí, claro. Les avisamos a todos") y que la mujer de abajo muestra escuchar, porque alza la cabeza para recibir mejor las palabras.

–¡Cecilia!

Cecilia inclina la cabeza hacia el hueco. En el fondo del patio interior está la mujer y sus palabras ascienden.

–¿Precisa agua? ¿Quiere bañarse? Venga. Dejé la bañera llena.

Se hunde en el hueco, como respuesta, una pregunta:

–¿Está sola?

Ángel, allá arriba, agita las manos como pantallas y a su vez informa:

–Sí, el papá no está.

Trepa una voz:

–Venga Cecilia; estoy sola. Así hablamos.

* * *

La mujer de abajo, como interrogando a la puerta:

–¿Puedo?

Voz de Cecilia:

–Sí; entre.

El cuerpo de la mujer de abajo pasa por el vano de la puerta. La puerta queda entreabierta.

La mujer retira un banquito blanco que estaba junto al lavatorio y se sienta. Mirando un punto fijo, hacia adelante, habla:

–Usted tiene que enterarse... Tocaron el timbre. Tres veces. Encendí la luz. Eran más de las 2.

Un hombre tranquilo, de semblante serio, portafolios bajo el brazo, viene de la calle. Apoya la mano en el picaporte del departamento A.

El rostro de la mujer de abajo, visto de perfil muestra los labios en movimiento y una mirada deseosa de contar:

–Mi marido salió al hall. Lo escuché hablar con una mujer.

El hombre deja el portafolios en la mesita del hall.
Rostro de la mujer, siempre de perfil:
–Después se cerró la puerta y él volvió. Dice que era una muchacha y que le dijo "Aquí estoy" y que no parecía una sinvergüenza: que estaba llena de vergüenza.
El hombre tira el saco en la cama y su cara se define cuando dice sin gran esfuerzo de garganta:
–¡Ana, aquí estoy!
Rostro de la mujer, siempre de perfil.
–Le dijo: "El C está arriba", y a ella entonces le creció la vergüenza.
El hombre entra a la cocina, abriéndose el cuello de la camisa. La mano derecha levanta la tapa de una sartén. Trozos de carne ribeteadas del amarillo de grasa, pimientos rojos y verdes, blancas rodajas de cebolla sufren y exhalan vapor a medio hundirse en un aceite brillante y oscuro. La mano del hombre acciona la llave del gas. Debajo de la sartén costrosa y quemada, la llama, con su delicadeza celeste, se reduce.
El rostro de la mujer, de frente, está confirmando:
–Sí, en la ventana de ustedes había luz. Quiere decir que él estaba ahí.
El hombre avanza hacia el baño. Su mano izquierda dobla el puño derecho de la camisa.
Empuja la liviana puerta del baño, ¡pero queda con la palma en alto, adherida a la puerta, el cuerpo a medio entrar!
Ve a la esposa sentada en un banquito, de espaldas, callada, y a la mujer de arriba en la bañera, con el pecho tostado que flota en el agua, casi cerca de la cara congestionada y caída.
Todo es ahí adentro como una congoja estática.
El hombre se retrae, con infinita cautela. Enhiesto, rígido, se oculta al filo del muro. La cabeza apenas sobresale, no se mete: manda la mirada codiciosa, de reojo, prudente.
El plomero desciende por la escalera a la calle.
El niño baja por un caño de desagüe. Apoya un pie en la ventana que da a la cocina de su hogar. Salta al alféizar. Enfrenta el interior. Cocina vacía de gente. Se vuelve. Ahí está el hombre.
Rostro alegre del niño.

–¡Papá, aquí estoy! ¿Llegaste?
La voz levanta de su asiento a la madre, acá adelante, y al fondo en la bañera hace erguir la cabeza de Cecilia. En la superficie quieta del agua azulina, a la altura del busto tostado, cae una gota, una sola gota.
Dos manos de trabajador desanudan una servilleta que descubre la forma de dos platos puestos boca contra boca. El obrero, sentado en el borde de la acequia, pone los platos sobre las piernas y destapa su comida.

* * *

Cecilia en la escalera, en "robe". Si se observa de arriba, cuando entra a su departamento, abajo a la izquierda, en el suelo, se manifiestan trozos reconocibles de un jarrón dorado. Cecilia se detiene. Los fragmentos ocupan toda la atención.
Cecilia continúa, apresurada.
La puerta del cuarto de Silvia está abierta.
Cecilia entra.
El cuarto sólo conserva los muebles.
Un papel sobre la mesa de noche: "Vendré a cobrar cuando sepa que está el señor".
Un ruido de puerta que se cierra. Y el rostro, la actitud, todo en Cecilia se vuelve vigilante, como ante una gran alarma.
Se adelanta con precaución. Queda en el vacío de la puerta con una mezcla de desconcierto, rabia, quebranto y satisfacción.
Ahí está su hombre. Ostensiblemente: los brazos abiertos y una exclamación:
–¡Venga aquí esa muchacha!
Los ojos derrotados, el sacudimiento de cabeza de la desesperación de Cecilia.
Los brazos del hombre fuerte se extienden a lo largo del cuerpo; las piernas abiertas y los pies firmes en el piso, como a la espera del vuelco de ella que no se produjo. El rostro se extraña:
–¿Pasa algo?
El llanto de Cecilia y las palabras mezcladas con lágrimas:

–¡Todo eso junto, Julián! ¡Nunca me habías hecho tanto!

Un gemido que se manifiesta también con los ojos. Si se recorta sólo medio cuerpo de Cecilia, resalta más su brazo que apunta al suelo, estremecido, mientras ella pronuncia su torturada queja:

–En esta casa que me diste...

* * *

Peldaños de hierro de los que se toman las manos del trabajador. Flexión y caída del plomero. Los pies calzados con zapatillas blanco-oscurecidas, de goma, avanzan por el "rubberoid" negro-arenoso y simultáneamente crece el volumen de una música que el obrero localiza en la ventana de Cecilia.

Mesa de diario con la familia de tres de abajo. El hombre masticando, tuerce el ceño mirando hacia arriba.

Rebrota la música de Cecilia.

La esposa controla con recelo al marido. Él se echa sobre el plato y protesta:

–¡Esa escandalosa...!

Ángel ensarta su carne sin prestar atención a la acritud ambiente.

La boca del hombre lucha por acomodar un bocado caliente y dar paso a sus averiguaciones de hombre fastidiado, al borde de un estallido:

–¿Qué le pasa? ¿Por qué está así?

La mujer sacude los hombros, junta las cejas:

–¡No sé, no sé!

Ángel, circunspecto, clavando el tenedor en la papa, sin levantar la mirada de la comida y con un tono de absoluta seguridad en lo que dice:

–Está enojada porque no hay agua: hace calor.

Réplica y acción paralelas: "¡Usted se me calla!"; puñetazo sobre la mesa. El chico escupe el bocado y queda azorado ante el reto.

La mano de la mujer se adelanta impetuosa, con un trapo de rejilla, y limpia el mantel plástico; borra la manchita amarillenta de la superficie rosada y el rojo parece prender en su rostro, que enfrenta al del marido, listo al choque:

–¡Que pague ella tu enojo, no nosotros!

–¡Me enojo todo lo que quiera y contra quien quiera! ¡Y se acabó la comida!

–¡Decíselo a ella! ¡Cortale a ella la comida! ¡Cortale a ella la música!

–¡Claro que se lo voy a decir! ¡A eso voy!

La cabeza del niño sigue con estupor el movimiento del padre que sale.

Portazo. Grandes zancadas, hasta alcanzar el descanso de la escalera. Allí, el hombre se detiene. Su mano alisa el cabello, saca la servilleta colgada de la camisa y la deposita en la baranda. El semblante se compone hasta adquirir los rasgos de la amabilidad.

Llega con pasos definitivamente serenos ante la puerta que tiene tras de sí la música. Un dedo en el timbre.

El instante de quietud de la espera, le revela, con la música, voces. Se arrima al vidrio opaco.

Las voces de pelea, de pelea de mujer y hombre, parecen repelerlo del vidrio opaco, pero ahí mismo se proyecta, gesticulante, la sombra de una figura, y la retirada en comienzo se frustra.

Se entreabre la puerta y la altura del vano recorta al hombre de Cecilia, que dice, como sacado de una cuestión de suma violencia:

–¡Ah, es usted!

El rostro confundido se allana a la cortesía:

–Vine a ofrecerles... Como no hay agua.

Pero el hombre de Cecilia no atiende debidamente, no piensa lo que dice y exagera el acento al contestar:

–¡Ah, no hay agua! No sabía nada.

El hombre de abajo procura decir algo, pero lo exime la otra voz:

–Bueno, gracias.

Es una despedida, un despido; pero el hombre de Cecilia, que reparte sus miradas adentro y afuera, se da de pronto con una escapatoria y la usa:

–¡Espéreme, bajemos juntos! Ya me iba.

Dándose vuelta, sin abrir más la puerta, sin apartarse del punto de fuga:

–¡Vengo esta noche! ¡Estate lista para salir!

Un "¡No!" desgarrado, lleno de autoridad y despecho, llega instantáneamente hasta los dos hombres y siguiendo su resonancia se encuentra aún chisporroteando en la boca y en la mirada de Cecilia, y en este grado se mezcla con el ruido de la puerta que se cierra.

Pasos apresurados de cuatro pies. Una mano, al pasar, recoge furtivamente la servilleta.

Los dos hombres descienden el último tramo de la escalera.

–Hasta luego.

–Hasta luego.

Direcciones divergentes.

Desde arriba se ve caminar solo al hombre de abajo, hacia su departamento.

Campea la música.

Pero la mano de Cecilia acude al botón de la radio y hace el silencio, que toma ante su puerta al hombre de abajo y lo inunda de alivio.

Ahora está en el acceso al comedor y la mujer, sin mirarlo, sirve en el plato de él, directamente con el cucharón.

El hombre engancha la servilleta en la camisa.

Cecilia se arroja en la cama sin despojarse de las chinelas, los ojos muy abiertos. Una gran calma, una calma lúcida y sufriente.

Ángel y sus padres están comiendo. No hay palabras.

La atmósfera se hace sobre sus cabezas, como en un viejo cuadro de paz o de cansancio.

Después habla Ana, a nadie en particular, supuestamente:

–Tiene sus motivos. Se peleó con la sirvienta. La echó.

La cuchara del marido se estaciona en el aire, a nivel del rostro, que inquiere pestañeando:

–¿Ahora se queda sola?

La mujer hace que sí, con el sorbo en la boca, con la frente más cerca del mantel rosado que de ninguna otra cosa.

* * *

Cielo sin sol. Gris azulado del atardecer. El obrero y Ángel son figuras más nítidas, pero el contraluz está borrando sus facciones.

Un chorro de agua plateada cae en el fondo de portland del tanque.

El plomero se inclina sobre el baulito de chapa, que por obra de sus manos se nutre de herramientas. Con el ceño fruncido por la fatiga, se dirige al niño:

–¿Se lo decís vos?

La cabeza de Ángel asiente, sin distraerse de algo que hay debajo.

El rostro del plomero que insiste:

–¿A todos? ¿Lo de la conexión también?

Ángel cabecea, contemplando lo suyo: bailan sus dedos en la boca del caño que aprovisiona el tanque y múltiples chijetes atropellan los muros de portland, viniendo a morir en un remolino de espuma. Uno se escapa del gran dique y hace en el aire una línea de luz, que pierde fuerza, se encorva y finalmente se derrama sobre el hombro del plomero. El trabajador se mira la mojadura. Rezonga:

–No...

Ordena:

–Vamos.

Último número de la fiesta del agua: la mano infantil en el borde inferior del caño y el chijete que engorda, se hace columna, gana altura y es algo vivo que juega a ser blanco y espumoso y traslúcido, y a crecer y amenguar, contra el chocolate de los muros y el verde pulposo de la cumbre de los árboles y el cielo que está recibiendo el hollín vespertino y una que otra estrellita tímida todavía.

Con el niño detrás, explica a la mujer de abajo:

–Hice una conexión provisoria. Esta noche pueden juntar agua. Parece que la señora de arriba no está. ¿Le avisa usted?

La respuesta de la mujer no es para el hombre; dice al niño:

–Avisale vos, más tarde.

El chico cabecea que sí, da vuelta y toma escaleras arriba.

Empinado, con el dedo en el timbre; lo levanta, lo aplica, lo levanta, lo aplica.

Cecilia está desnudándose, sentada en la cama.

Observa el espejo del tocador: el pedazo de espejo que recorta el busto declinante.

Boca de sonrisa amarga y triste, la suya, que remeda:

–"¡Venga aquí mi muchacha!"

Inmedido tiempo de silencio, con la soledad del busto reflejada en el espejo.

Sonido del timbre.

Una recuperación lenta, en el rostro de la mujer, como si se proveyera de nuevo, y de a poco, de vida.

El dedo del niño en el timbre.

Cecilia hurga en cajones de ropa interior del placard.

Julián sube la escalera, vestido de un negro de fiesta, lustrosas las solapas.

Ángel se da vuelta como a recibir al recién llegado.

Julián visto de cintura arriba, como desde los ojos del niño:

–¿Qué, no abre...?

Ángel hace que no, con los hombros y como si importara poco.

La llave de Julián penetra en la cerradura.

Julián entra seguido de Ángel, que arrastra los pies.

Los pies del niño andan sin despegarse del piso, con los talones casi juntos y las puntas extremadamente separadas una de otra.

Julián de pie ante una puerta. De atrás se ve el interior: el dormitorio. Cecilia en combinación que lo acoge callada, con despego, pero sin dejar de mirarlo.

Él inquiere, con un golpe de cabeza:

–¿Ya está? ¿Ya pasó?

Ante los ojos de la mujer emerge el niño, entre Julián y el marco de la puerta, sin avanzar más que hasta donde está el hombre.

El rostro de Ángel, con esfuerzo de ojos, de boca, de labios salidos:

–Cecilia, esta noche hay agua. Mañana no. Hay que guardar.

Cecilia recoge la mirada que tenía puesta en el niño y se le hace una mirada plácida o cansada o resignada, que acude al hombre con esta frase:

–Sí, ya pasó.

* * *

Cecilia sale, displicente, a pesar de las galas: un vestido blanco, de cola, y la cola irisada con predominio de tonos rosados. Julián y el niño detrás. Julián pone llave a la puerta.

El sonido alerta a la mujer de abajo, que cierra en la cocina el paso del gas.

El niño se sienta en el último tramo, los codos en las rodillas, la cara entre los dos puñitos. Desde su posición se ve, en el descenso, la melena negra y el vestido blanco de Cecilia, las espaldas fuertes del hombre bien forradas de paño negro.

Se establece ante su puerta la mujer de abajo, como un centinela que no se oculta. Pero con una excusa:

–Buenas... –(Cecilia: "Buenas"; Julián: "Buenas".)– ¿Le dijo el nene...?

Al pasar, Cecilia dice: "Sí, gracias", y la mira como despidiéndose para un viaje penoso.

Ana, sin salirse de su puerta, controla al hombre con una mirada rápida (está despreocupado de todo lo que tiene alrededor) y con los ojos, impaciente, inquiere a Cecilia: "¿Y?...".

Cecilia, ya desprendiéndose de la escalera, con la cabeza apenas vuelta al interrogante, responde con el gesto de la resignación: "¿Qué puedo hacer?...".

Ana mueve toda la parte de arriba del cuerpo en la forma que dice: "Y... Si usted no puede...".

Esa boca de salida a la calle, penumbrosa, se ha llevado el vestido blanco de Cecilia.

Cuando Ana inicia con desgano el retiro a su departamento –brazo fláccido, con todo el peso del cuerpo puesto en el picaporte– se recobra la noción del niño sentado arriba, testigo universal, que aún espera algo del diálogo mudo, como si pudiera reanudarse en ese mismo momento. Su mirada recorta la porción de la escalera con la barandilla de raulí lustroso en pendiente hasta quebrarse en la verticalidad de la columna cuadrada y violeta: un desmesurado ángulo que se cierne sobre otro plano donde la madre empuja la puerta, sin peso y sin ruido.

* * *

Comedor de lujo visto desde lo alto y de ahí, si se desciende a una mesa determinada, se encuentran las manos de Cecilia entretenidas en los pliegues de una servilleta. En el campo visual donde se hallan esas manos están también las copas –cristal transparente y verde tallado con aplicaciones plateadas– y sobre una de ellas se posa el pico castaño espeso de una botella de delgado cuello, que vierte cautamente su contenido rubio y se retira.

Parte el mozo y a sus espaldas queda la mesa con Cecilia y Julián.

Julián sonríe, brindando en el aire; Cecilia, tras su copa apenas levantada, sonríe a su vez con un aire de aceptado sacrificio.

* * *

El farol de la esquina, galanteado por las mariposas, ornamenta la vereda de franjas diagonales: la sombra del tronco de los árboles. El caminante que viene con sus bultos es golpeado rítmicamente por los espacios de luz, que lo empapan un momento, deleitándose en extenderse sobre sus mejillas frescas y sus hombros erguidos, y luego se cortan por el tajo de las sucesivas penumbras.

La figura se detiene: el ripio, en la calzada, está seccionado por una franja de sombra y otra de luz. La figura sale de la vereda. Sus pies se hunden en el ripio crepitante, pasan a la lisura del pavimento y finalmente al puente de baldosas acanaladas.

En la boca de acceso a la casa –cuadro de sombra en la que pecha sin fuerza la luminosidad de la calle– queda completa la presencia del muchacho del tren.

Una de sus manos se libera de una revista y una caja de bombones y las lleva bajo el brazo izquierdo, que sostiene –los dedos se abren para abarcarlo todo– el maletín y el bolso.

Ya la mano derecha está en la botonera, oprimiendo el timbre del C.

El adolescente en la escalera, sube, y arriba, sentado como antes, se encuentra el niño.

El rostro de Ángel gira y brinda, a lo alto del bolso que pasa a su lado, una sonrisa amistosa.

El muchacho del tren llama con el timbre. Espera. Se da vuelta y sonríe a un punto fijo (donde está Ángel).

Ángel se le acerca, frotándose en el antepecho del descansillo.

Ángel, bonachonamente:

–No saldrá.

El adolescente se admira:

–¿No saldrá? ¿Por qué...?

Ángel estira el brazo hacia la escalera, como una estocada:

–Se fue.

El adolescente, aliviado:

–¿Vuelve?

Ángel, con los hombros, indiferente:

–No sé.

El muchacho del tren deja en el suelo maletín y bolso, encima la revista. Su índice rasga el celofán de la caja de bombones.

La caja de bombones abierta ante Ángel.

Ángel, alzando la mirada:

–¿Saco...?

La cara del adolescente, vista desde abajo:

–Claro... Sí.

Tres deditos de Ángel entran a la disposición armoniosa de los bombones, para capturar uno solo.

* * *

La mano de Julián se desliza más abajo del cuello de Cecilia.

Cecilia se vuelca sobre el respaldo del auto, explayándose a la caricia.

Ojos de Cecilia entornados, en una fuerte concentración de placer.

* * *

Ángel saborea el ya comido bombón: su boca sigue rechupándose. A disgusto de que pueda suceder:

–¿Te vas...?

De espaldas, el adolescente está recogiendo el maletín. Se pasa la correa del bolso azul por arriba del hombro, en el momento en que se vuelve y comunica al niño:

–Sí.

Ángel, con su concentración o esfuerzo facial para hablar:
–¿A dónde?
El adolescente, con despreocupación un tanto desolada:
–No sé.
Ángel, apuntando a la caja con el brazo y un dedo:
–¿Me das más bombones?
Irrumpe la voz de abajo que vuelca ligeramente la cabeza del adolescente y del niño:
–¡Ángel! ¡Áaangel...!
El adolescente y el niño uno frente al otro.
–Tomá.
La mano derecha del adolescente entrega la caja de bombones que las manecitas de Ángel apresan de dos ángulos. Ángel se asombra:
–¿Toda?
La mano del adolescente se desprende de la caja.
–Toda. Adiós.
Mirada de Ángel, muy larga, hacia la escalera; luego, cavilosa, a la puerta de Cecilia.
El adolescente del tren está en la puerta central, de espaldas a la casa, indeciso; enseguida tuerce a la derecha y al pasar frente al mucho queda eliminado de la visión.
Otro llamado ("¡Áaangel!") disuelve esta última imagen y entra en lugar de ella la de una mano –mano de Ángel– que extrae dos bombones y los pone en el bolsillo del pantalón vaquero. Retira uno más, vacila y lo reintegra a la caja.
El niño cierra la caja, la guarda detrás de una maceta celeste que no altera la frialdad del descanso de la escalera, y corre por ésta abajo.

* * *

Con igual velocidad, una ficha nacarada circula unos centímetros en la mesa de juego y la contienen los dedos de Cecilia. Suavemente es desplazada hasta un número, el 5, y otras manos cubren de fichas los sectores cercanos. Queda el 5 sólo con la ficha de Cecilia.
Sin sonidos se han encimado las fichas; sin sonidos está primero el rostro de Cecilia que aprovecha la pausa de la expectativa para

llevar a Julián una impresión de renacido afecto y confianza; sin sonidos devuelve Julián esa certificación, en un respiro del entusiasmo del juego que lo seduce de inmediato al arranque de la bolilla, enloquecida prisionera del círculo.
Los sonidos renacen con la entrada del niño en su casa. Corre hacia adentro y lo acompaña la voz de la madre:
–Ángel... ¿estás ahí?
Ángel abre su pequeña mesita escritorio. Retira papel cuadriculado –un cuaderno deshecho– y lápiz.
Corre de regreso y paralela circula la voz de la madre:
–¿Con quién estabas...?
Ángel, de carrera la respuesta, como los pies:
–Con el hermano de Cecilia.
Ana, sorprendida, levanta la cabeza de los rabanitos que revolvía con la lechuga. Para sí: "¿Hermano?..." (Ángel fuera del departamento, junta la puerta cautelosamente). Para el niño, en voz levantada que sin embargo no puede llegar a él: "Cecilia no tiene hermanos".
El niño está saltando de dos en dos, lápiz y papel en mano, el pedazo superior de la escalera.
Sentado con las piernas abiertas, estira el papel en la baldosa.
La bolilla corre desfalleciente el último tramo, tropieza, salta arriba, agoniza, se inserta en una ranura –el 12– y se deja llevar por la calesita taraceada de rojos y negros. Todas las cabezas dan vuelta con el giro de la rueda.
En una escena sin sonidos, Cecilia ve que Julián, gozador exuberante, levanta la mano extendida como marcando un nivel de acumulación o ganancias. Ella lo celebra con bondad, sin abrir los labios. Él recoge el gesto y lo agradece con un beso al aire.
En el suelo, con el papel entre las piernas, Ángel termina de escribir. La luz le dora la coronilla, que enseguida queda opaca, porque él se sale de su zona de influencia inmediata: de un brinco acude a la maceta y recupera la caja de bombones.
Una posición nerviosa de acción, en la que da de pleno el nuevo impacto de la madre:
–¡Ángel! ¿Otra vez?

Esta voz reconduce al departamento de abajo y en otro tono ("Lavate, que ya está") desmoviliza el diario "tabloid" del marido.

El hombre camina hacia el baño; el niño entra sigilosamente al hogar.

Ana viene de la cocina con la ensalada.

Un clic de la llave de luz y se llena de rojos y verdes la fuente que circula en las manos de Ana hasta el centro de la mesa.

Junto a un plato está un bombón.

Dos dedos de la madre lo tocan, por encima, nada más, y se retiran.

La madre ha quedado en la esquina de la mesa.

Ante ella, la extensión del mantel rosado: hay tres platos y tres copas: pero sólo dos copas están cargadas de vino, un vino tinto, y cerca de las dos copas, dos bombones de papel muy igual: un azul pálido rayado de oro.

* * *

Lamparilla cómplice. Mana una luz sosa, sólo sobre un sector de la mesita, y su mansedumbre resiste inconmovida el frenesí de la música.

La voz de Cecilia se abre paso entre los sonidos de la orquesta:

–¿Más vino…? ¿Puedo tomar café?

La voz de Julián, entreverada con las sombras, enérgica, pero alegre:

–¡No! ¡No seas tonta!

Una visión puede planear dos metros por encima de las cabezas, dejar abajo la fuente de música, distante pero existente; circular, leve y ligera, entre el humo que es siempre gris y siempre azulado; sentirse –la mirada– como un objeto, como una nave aérea que perfora, separa, recibe cálidas adherencias, envolturas como gasas… marearse de ausencia y regresar hasta un sitio fijo por encima de esa lamparilla hipócrita que apenas insinúa, como si fuera una brasa, la frente, la nariz, el mentón de los dos que hablan:

–Has ganado tanto… Podríamos llenar de cortinas.

–¡No! Para esa casa, ni un centavo más.

¡Ese silencio…! Como si la orquesta y la vajilla sonora hubieran retrocedido. Después, la inquietud de Cecilia:

–¿"Esa casa…" has dicho?

La uña ancha de un dedo de Julián se interpone entre la mirada que viene de arriba y el botoncito de la lamparilla de mesa. Se extingue la luz mediocre y se extinguen los rostros insinuados por la fingida brasa.

Las trompetas alargan su metal encima de la mesa. Lo achican, luego; lo acortan, y esa merma musical abre camino a este susurro apasionado y desfalleciente de Cecilia: "Julián… Julián…", que se traslada con ellos al automóvil (sube hasta el aire, por encima de esa multiplicación de coches escolarmente alineados contra el cordón de cemento) y se reitera al salir Cecilia, turbada, de un beso que le ha dejado un brillo de humedad en la grana del labio inferior.

Julián anticipa con una mirada de dominio y entendimiento esta consulta:

–¿A casa…?

Mano en botón de arranque. Motor en marcha.

* * *

Un salto, de muñeco de resorte, de nadador, deja al niño –espaldas y piernas desnudas, calzoncillito blanco muy ajustado– boca abajo en la cama y en un momento –he aquí la mitad delantera de la cabeza– dormido intensamente.

Surca el pequeño dormitorio, desde más allá, un "¿Tardarás?" que llega al hombre sentado a su escritorio, le hace esbozar un "No mucho", que se aniquila atropellado por un "Bueno, no demorés. Yo me duermo". En el punto en que él repite la consulta de su agenda –dedo que se corre por las anotaciones– esto más: "¡La basura! No te olvidés".

Cabeceo afirmativo, respondiendo a la orden lejana, mientras un dedo marca la línea que dice "Documento Gutiérrez", los labios murmuran "14.928, 14.928" y la otra mano con lápiz muy afilado anota en un block: 14.9…

* * *

La luz del farol callejero da contra el parabrisas del auto en marcha y es como un puñado de fuego frío que chocara el vidrio. Pero el coche arrolla la ilusión y revive su presencia de bulto oscuro y deslizante, tocado aquí y allá por algunos reflejos que luces fugaces prenden por un instante en los vidrios y el metal de la carrocería.

Un destello ilumina adentro: Cecilia, como una gran cachorra, se acurruca en el-satisfecho-de-sí-mismo, que guía con una mano, la vista vigilante puesta en el camino.

Un clic llena de luz la cocina y descubre, para el hombre de abajo, el tacho de zinc de los residuos. Se inclina a levantarlo.

El coche ondula –para no hundirse en el ripio– y una rueda monta el borde. Crujido de molienda. Frenada suave. Motor que calla.

El tacho, llevado de las asas, cubre de cintura abajo al cuerpo del hombre. Un codo del brazo cargado con la lata presiona en el picaporte. La puerta se vence y un pie la pecha, aumentando el espacio.

Un portazo de puerta de auto. Otro. Y el marido de Ana se inmoviliza, con el tacho en andas.

Los pasos, que vienen, allá por la entrada, lo empujan adentro. Deja el tacho en el suelo. Respira. Entorna la puerta, sin alejarse de ella, mientras su mano busca a ciegas el interruptor de la luz. Enseguida se hace, en el interior, la sombra. De afuera sólo se distingue la puerta despegada un centímetro del marco.

Ahí ha pasado –¡tan fugazmente, ante la rendija!– ese cuerpo de mujer, dócil a un abrazo de consecuencias inmediatas previsibles.

En la mirilla ocasional ha quedado un listón de rostro agitado, turbado de raíz, con los labios abiertos por caída del maxilar inferior, como si tuviera una gran sed. El fragmento vertical de cara retrocede, se confía a la penumbra.

Julián y Cecilia emergen al descanso de la escalera ligados en un abrazo carnal. De atrás, de más arriba de ellos, se ve el brazo potente que rodea a la mujer y, allá adelante, la puerta con la letra C. Si el enfoque desciende manifiesta en el suelo una caja chata y un papel semivolcado sobre ella. Es lo que Julián y Cecilia en sus rostros muestran advertir.

El brazo de Julián se desentiende de la cintura de mujer y el cuerpo del hombre se dobla hacia el suelo.

En sus manos el papel escrito con letra infantil: "Cecilia: Se los trajo su hermano. Me dio tres a mí. Ángel".

Las facciones de Julián se inundan de prevención. Cecilia, con la caja en la mano, ha estado leyendo de costado.

Un envión del papel hacia ella:

–¿Y esto?

Cecilia, perdida de alegría, pero con la tranquilidad del que puede justificarse:

–Tiene que ser un muchacho que conocí...

Julián (un rostro súbitamente endurecido):

–¿Dónde? ¿Cuándo?

Cecilia, ya en defensa:

–Esta mañana, en el tren.

Julián, con toda la carga en la franja que toma los ojos:

–¿Y ya está aquí con bombones?

Cecilia retrocede como ante una embestida y hace valer:

–Es un chico, Julián. Es un chico.

Pero una mano la alcanza de súbito y le estruja el vestido a la altura del escote:

–¡Mentime, también!

Tras el reto, la sentencia, pausada:

–Es lo único, ¿sabés?, que me faltaba para decidirme.

Las últimas palabras han sacado su filo mientras Cecilia se ve impulsada hacia la pared por la fuerza del brazo que la tiene tomada. De aquellas palabras fluye la imagen del cuerpo femenino compelido por el otro contra el muro; de toda la situación nace la transfiguración del rostro de Cecilia, que llega a expresar: "Ya entiendo", y se resuelve en un grito de desesperación:

–¡Vos querés dejarme!

El hombre de abajo (que surgía de nuevo con el tacho de basura) responde con el gesto al grito, como si lo hubiera sacudido.

La mujer, atracada ahora con más violencia, sufre la orden entre dientes:

–¡Callate, infeliz! ¡Te oirán todos!

El hombre de abajo desatiende y sigue con el tacho a la calle.

Cecilia, cerca de la crisis, aminora el grito, pero sopla:

–¡Me dejás! ¡Me dejás!
Un zamarreo (el cuerpo de ella rebasa el otro, a derecha e izquierda) y Cecilia, aunque zarandeada, recupera el dominio para volverse estridente:
–¡Bruto! ¡Traidor!
Resaltan las cejas espesas del hombre recio.
La mano izquierda suelta el vestido y de revés cachetea a Cecilia.
Un fragmento del rostro de Cecilia –en diagonal, por el dislocamiento del golpe– con unos ojos dolidos. La voz bronca y profundamente segura:
–¡Traidor! ¡Te haré mil daños!
El puño derecho de él se descarga sobre la sien de Cecilia y ella se derrumba a los pies del hombre.
Las piernas de Julián dan vuelta y escapan.
Cecilia permanece en el suelo, sin sentido. Por el vestido desgarrado cuelga un seno.
El hombre de abajo llega a su puerta. Le hacen volver la cabeza pasos veloces en la escalera. Su mirada sigue un movimiento de descenso y salida, atónita. Entonces dirige arriba el gesto intrigado, que no se altera por un portazo lejano, del auto, mas enseguida obedece al sonido del motor que arranca y del coche que parte.
Impreciso, inseguro, retorna, junta la puerta del departamento, pone en la baranda la mano izquierda y en el primer escalón un pie, con una blandura que traduce el miedo de denunciarse.
Prudente, en guardia, asoma la cabeza por la escalera a nivel del piso del descansillo y ahí tiene ante los ojos, tirada en el suelo, a Cecilia.
Una imagen, para la mirada del hombre, de todo el cuerpo de la mujer.
Una imagen del pecho liberado de la ropa, que el hombre recoge con un dolor que le sube a los ojos.
Le asienta los dedos sobre la zona del corazón y hace un cabeceo suave, de comprobación satisfactoria, la de que esa vida subsiste.
Mira la puerta cerrada, el picaporte, el bolsito de noche que está en el piso, junto a la caja de bombones.
La mano prueba el picaporte, que no acciona la puerta; se traslada al bolsito y encuentra la llave.

El hombre con la mujer cruzada sobre los brazos está en el living-room, lleno de una luz lunar que entra en abundancia por la ventana abierta. Él mira hacia los costados, orientándose.
Sus brazos la entregan, extendida, al lecho. Apoya una rodilla en tierra, para sacar las manos de bajo del cuerpo sin forzarlo por el tirón. Queda en esa posición, junto al lecho, contemplándola.
El seno desnudo se halla tan cerca de su rostro que el aliento del hombre jadeante puede humedecerlo. Con la punta de los dedos, con los miramientos que requiere la extrema fragilidad, lo levanta y procura introducirlo en el vestido blanco. El seno se descuelga de nuevo, por el desgarrón de la ropa.
Otra vez, ya no con las yemas solamente, sino haciendo comba con la mano para soliviarlo. Pero la cabeza del hombre cae, desesperada, y asienta la mejilla en la carne de la mujer.
Un rato así. Los ojos del hombre que no quieren ver, los párpados haciéndose violencia y la nariz que sorbe los perfumes íntimos y trastorna la cabeza marcándole un movimiento de desesperación. Es insignificante, pero se transmite al pecho de Cecilia.
La cabeza de Cecilia está volcada sobre la almohada. Ella parece venir del sueño. Percibe la mejilla contra su seno. Suspira guardándose de no agitar el pecho. Cierra con fuerza los ojos. Próxima al llanto, con voz muy tenue y esperanzada, nombra:
–Julián...
El hombre, como si obedeciera a un repentino recuerdo, yergue la frente. Luego, derrotado, con la curvatura vertebral de un simio, arrastra los pies apartándose de ahí.
La mirada de la mujer sondea las sombras –la mano abierta cubre delicadamente el seno– y asiste a la acción de sentarse de una figura quebrada, irreconocible al leve contraluz lunar que apenas accede a la habitación.
Un silencio que gravita en todo el cuarto.
De la figura sentada viene, a los ojos de Cecilia, una voz resignada a hablar:
–Soy el marido de Ana. Usted estaba desmayada. La traje.
Cecilia baja los párpados. Respira hondo. Le llega otro montoncito de palabras:

–Tiene que perdonarme.
Cecilia, sin abrir los ojos, apenas resuelta a sostener el diálogo:
–¿Perdonarle qué...?
–Usted no sabe... –dice el hombre, oprimido, culpable; pero aún rebeldemente apasionado.
Cecilia aprieta los párpados, sume entre los dientes el labio inferior, en una intensa concentración de ese tono en sí misma.
De arriba, el cuadro es de grises densos, de sueño cargado de palpitaciones. Pero más encima, sobre los tejados y la silueta de las chimeneas, la luna es un botón de nácar, ligeramente desgastado en un borde.
El cuerpo de Cecilia, con su vestido blanco, es también de nácar y asimismo algo hay gastado en él, la voz, que emana sin ilusiones:
–¿Usted sería capaz de pegarle a un hombre? Castigarlo, darle una lección...
Esa cabeza entre los grises, que se vuelve con su asombro:
–¿Pegar...? ¿A quién?
El cuarto es más, ahora, un cobijo de sombras, porque están también las del agobiamiento, sobre la una y el otro, hasta que el hombre reacciona, como respondiendo a la claridad mental que indica el monólogo:
–Ya comprendo... Sí. Ahora sí.
De pronto, con un tono que es como un salto, como un reproche de humillado que resiste una insinuación temible:
–¿Por qué yo?
Los brazos del hombre baten su propio cuerpo. Cecilia considera esa figura en silueta, que se ofusca y se golpea.
La protesta persiste:
–¿Por qué yo...? ¿Qué gano con eso? ¿Qué saldría ganando?
Los brazos se alisan, se amansan. El rapto de enojo declina.
En la zona de sombra, entre la mujer y el hombre, se establece la contestación:
–Ganaría... lo que usted desea.
Gira, vehemente, sacudida, la cabeza del hombre: busca con sorpresa a la mujer que ha pronunciado la oferta. Se alarga la cara, de tentación, de temores. Pero con un sacudimiento de energía vuelve a su quicio.

Late en la atmósfera la espera.
Al cabo, la voz de un hombre que ha recapacitado:
–¿Volverá ahora? Digo... ¿él volverá?
Cecilia, plena de apatía, de desengaño:
–Quién lo sabe.
El hombre deja, finalmente, la silla. Anuncia, con una vibración de coraje y de miedo:
–Voy a traer algo. Espéreme.
Camina adonde la luna está más cerca.
Cecilia lo ve partir y levanta la cabeza con esfuerzo. Después se abate y llora en silencio.
Se corre la mano del hombre por la baranda: él desciende atropelladamente la escalera.
Ante su escritorio, que permanece iluminado, está alerta al sector de los cuartos de dormir, gesticula con la boca para que no trascienda la agitación por serenarse, para tirar sin ruido de un cajón del mueble.
Abre el revólver. De atrás, el tambor revela completa y pulida la carga.
Débil, agotada, Cecilia se recuesta contra la puerta del departamento, por dentro, donde la luz del cielo se refleja a través del espejo, de los metales. Es como si estuviera tapando la entrada. Luego echa llave.
El hombre de abajo cierra la puerta de su departamento. Sube la escalera haciéndose liviano, con cuidadosos recaudos.
Cecilia, con escasísima firmeza, regresa por el living-room.
El hombre de abajo presiona el picaporte, en el departamento de Cecilia, como si lo cobijara, para ahogar el posible chirrido. La manija llega a un punto y la puerta no cede. Él comprueba la juntura intacta de la puerta y el marco. Repite el impulso sobre el picaporte y lo ayuda con la pierna, que hace fuerza en el panel inferior. Toma distancia, como a contemplar esa situación inesperada.
Se encorva sobre la puerta, igual que para una confidencia, y golpea con suavidad. Los nudillos marcan un toque; quedan suspendidos en el aire, en espera; llaman de nuevo; esperan.
El hombre espera con todo el cuerpo, encogiéndose contra la puerta, como si eso disimulara el volumen.

Un cortaplumas cerrado raspa la rugosidad del vidrio opaco. A ese llamado, el hombre suma una voz de garganta amenguada (los labios casi encima de la puerta):

–Soy yo, Cecilia. Cecilia, soy yo.

La fricción del cristal llega al lecho: Cecilia se crispa (dientes que se torturan), se estremece y enseguida sacude la cabeza a uno y otro lado, con vigor, como negando, como negándose; corta unos gemidos que apuntan y se confía a un llanto de muchísima pena.

El hombre, con el fracaso en su figura, que físicamente pareciera haberse vuelto miserable, de la cabeza gacha saca una mirada hacia arriba: otra puerta, con la letra D pintada. La vista recorre el muro y da con la llave de luz del descansillo. El hombre se acerca.

En la penumbra, contra el rincón de una puerta, queda acurrucado un hombre. De cerca se le oye:

–Cecilia... Cecilia...

Un tiempo sin cambios.

–Puede abrir: soy yo... Cecilia... Señora.

* * *

A la luz total; un sonido de garganta de fuego, el golpe de llama del soplete sobre el caño que se colorea de un azul inestable.

En diagonal, el busto del obrero, con la atención succionada por la soldadura. La frente se moja de sudor; por debajo de la gorra se cuela un chorrito. Parpadeando, mira el sol, que arde en blanco y pareciera superponer imágenes de discos blandos y flotantes.

En las manos del plomero el soplete sigue soplando fuego y el sonido de la bocanada crece... hasta confundirse con el sonsonete eléctrico de una máquina de afeitar, que al fin queda solo cuando conduce a un espejo pequeño y redondo que contiene un fragmento de la cara del hombre.

La voz de Ana se encima al chillido de la maquinilla:

–¿No es tarde?

El hombre tuerce la boca en el espejo, para afeitar el borde extremo de los labios, y contesta:

–No; las 10.

Recurre la voz interrogativa: "¿Café?", y siguiéndola se halla a la mujer de abajo en su cocina.

Ollas de panza celeste, lecheras y jarros de frío aluminio, espejeantes de agua, ocupan la pileta. La mano de Ana retira una botella y agrega agua a la cafetera que vaporiza sobre el fuego.

Cecilia se moviliza con desgano a la ventana del living-room. Con los dedos hace alero a los ojos y comprueba la presencia del trabajador. Mira el sol: abre la boca con desagrado como si el calor la hiciera más pastosa. Se vuelve con la expresión de quien va a mandar, pero se corrige blandamente, como recordando que no está la que recibía órdenes. Por la ventana se inclina al patio profundo. Llama:

–Ángel.

Con un leve alzamiento de los ojos responde Ángel a la seducción que para él tiene el llamado.

El rostro del hombre, en el espejo, se relaja.

–¡Ángel! –reclama Cecilia y el niño, que está levantándose del suelo, grita a su vez "¡Sí, voy!", suelta el rollo de piola que terminaba de formar, el rollo cae y rueda sobre un barrilete anaranjado que se aplana sobre el suelo.

Ángel oprime el timbre de Cecilia. La puerta se abre.

La mano del hombre descuelga el espejo. Las dos manos pliegan nerviosamente el cable de la afeitadora y lo colocan en la caja, junto a la maquinita.

El niño entra corriendo a su departamento. Un brazo del hombre lo contiene. El padre, desde su altura, lo interroga, con un tono discreto y riguroso:

–¿Qué quiere?

Los labios del niño se afinan apuntando adelante; las cejas se unen:

–Agua, un balde. No guardó.

La mano del padre suelta el hombro del niño.

Ángel entra a la cocina con el mensaje:

–Mamá, Cecilia dice...

En la pileta de la cocina, Cecilia pone un vaso bajo el grifo. Acciona la llave. Se suelta un chorrito flojo. El vaso, tomado por los dedos de Cecilia, sube hasta transparentar en su interior el pico de la canilla.

Se forma un fondito de agua, nada más. Cecilia lo lleva a la boca. Chasquea, insatisfecha. El vaso vacío queda en el mesón de granito.

En este punto, aquí adelante, comienza una mesa de cocina. La superficie del nylon se tiende desnuda hasta el otro extremo, donde se apoyan los codos del hombre de abajo, que sostiene una taza doble de café. El vapor de fluctuaciones lentas flota delante de una cara cavilosa.

El niño tironea por la escalera el balde de agua. El balde golpea en su pierna, el agua padece un remolino y suelta una ola que se hace charco en el escalón.

Ante su escritorio, el hombre de abajo guarda papeles en el portafolios.

Ángel, ya sin el balde, vuelve a trote rápido al hall. Descubre al padre en el ambiente contiguo. Se frena. Un gesto del padre averigua: "¿Y ahora...?". El niño explica, con ampulosidad de ademanes:

–Más agua. Para tomar. Tiene sed. La otra era para lavarse.

Un gesto adusto del padre que significa: "¡Ah!... Está bien. Puedes ir".

En la concentración de recipientes con agua que ocupa la pileta, pulgares e índices del niño anillan el ancho cuello de una botella lechera.

La mano del hombre corre el cierre automático del portafolios, que se atasca en una curva.

Cecilia bebe directamente de la botella lechera, con avidez. Unas gotitas desbordan de la boca, se escurren por la cara externa del vidrio y caen perpendicular y espaciadamente. Chocan –una, dos, tres– en la cabeza del niño, que levanta la faz hacia la mujer y ríe, gozoso, divertido. El rostro de ella sonríe a través del vidrio, sonríe al niño, y la risa y la sonrisa se encuentran, se estimulan, se corresponden.

La mano enguantada del plomero apaga la llama del soplete dorado (se corta el sonido furioso del fuego) y la cara del obrero sonríe. La mano enguantada soba la soldadura. La cara del trabajador está sonriente, satisfecha del trabajo terminado.

El hombre de abajo sale del escritorio con el portafolios marrón bajo el brazo. Al circular por el hall vira la cabeza y saluda en dirección a la cocina:

–Bueno, hasta luego...

A las espaldas del hombre que se encamina a la puerta acude la respuesta:

–No vengas demasiado tarde, te pido.

El hombre traspone su puerta. Ahí a un paso de él, el niño salta del tramo inferior de la escalera. El envión lo lleva, casi, a chocar con las piernas del padre.

El hombre, severo:

–¿Más agua?

El niño, auscultando al padre como si su mirada trepara una vertical, porque lo tiene muy encima de él, tímidamente informa:

–No, mi volantín.

Estira un brazo hacia la calle:

–Las hojas se mueven. Hay viento. Un poquito.

El padre repite el movimiento explicado, con un giro de dedos abiertos, en la cabellera de la criatura. Los mismos dedos impulsan la cabecita hacia adelante, y este es el consentimiento.

El padre, que todavía no ha dado un paso más, recupera en su rostro la distensión de la vida común. Pero en el mismo instante baja una corriente de música.

Medio cuerpo de Cecilia, en bata muy suelta, se aparta del combinado, que queda con su sola presencia de objeto emanando aquella música.

Ahora las facciones del hombre se trastornan de inquietud.

El hombre toma la baranda, pero mira indeciso su puerta. Mira por el hueco de la escalera arriba, comprueba el vacío de la entrada de calle. Salta a la escalera. Las piernas se sacrifican al estirarse por ahorrar escalones.

La puerta de Cecilia está entreabierta.

Cecilia, en su dormitorio, descuelga de la penumbra fresca del placard un traje de calle luminosamente durazno.

El hombre entra como un empellón. Cierra descargando el cuerpo contra el vidrio opaco. Un jadeo lo recorre íntegramente.

Por el portazo, Cecilia queda con la percha en alto, inmovilizada, para atender.

El hombre, con un arranque poderoso, enfila al dormitorio.

La mujer muestra que ha comprendido. Arroja el traje, entra a un pasillo (al costado izquierdo se ve el baño), dobla a la derecha y se asoma con precaución. Su mirada se corre por el muro y encuentra

al hombre que cae sobre la puerta del dormitorio. Cecilia circula por detrás y alejada de él, hacia el living-room.

Él la oye, salta en redondo y la conmina:

–¡Ni un paso más!

Sin volverse, sin verlo, Cecilia corta la carrera; pero enfrente tiene la ventana y se vuelca de bruces sobre el marco.

Por la inclinación brusca de la cabeza, capta en velocísimo paso: arriba, el niño-un barrilete naranja; abajo, en el fondo, Ana y su cepillo de piso que avanza y se retrae. Va a gritar.

Simultáneamente, al hombre se han revelado, más allá del cuerpo de Cecilia, el obrero y el niño. Ataja el sospechado grito:

–¡No me obligue, Cecilia!

La amenaza detiene todo un momento. Y ante ese tiempo suspendido, la voz del hombre embiste la nuca de Cecilia:

–¡Por dios, que si habla...!

Cecilia no ha hablado. No habla. Ahora se alza. Pero no se desune de la ventana. Las manos están prendidas de la madera. Contra el azul limpio del cielo, la cabeza recupera la vertical y el vientecillo que el niño dijo quiere llevarse unas hebras de pelo.

Se suelta –abundante, rica en brillos metálicos que suben y se hunden– el agua del caño que se derrama en el tanque y se agita en su prisión de cemento. En escorzo, el caño de boca espumosa y la figura del obrero con la frescura y los centelleos del agua en la alegría del semblante. Por encima de su hombro, en el aire, se bambolea el barrilete.

El niño está saltando –allá abajo hay un vacío– de su techo al otro, más encumbrado, de zinc, de dos aguas.

Cecilia (en la ventana, entregada a la luz), con una voz que sólo puede llegar al hombre:

–¿Está armado?

La expresón del que ha sido descubierto en falso, en el hombre adosado a la pared interior. Pero se recobra y miente:

–Sí.

Los dedos de Cecilia aprietan con mayor fuerza la ventana. Sin embargo, la cabeza, dada al aire, permanece erguida y orgullosa.

Airosa y tersa, la cometa está en el firmamento.

Medio cuerpo del niño: los brazos sostienen el piolín como un fusil liviano y el rostro está ansioso por el vuelo del volantín y el control del propio equilibrio. De la mano se sigue el piolín hasta el rollo caído y el rollo, ya pequeñito, se halla a los pies de Ángel: los pies de Ángel en una canaleta de desagüe, donde apenas pueden estar, porque inmediatamente se recuestan en pendiente las chapas de zinc.

Cecilia, en contraluz que le pone un poco de oro en la mejilla:

–¿Quiere hacerme daño?

El hombre, exasperado, desesperado:

–¡No! ¡No es eso! ¿No me entiende?

El rostro de Cecilia, de frente, lleno de luz solar: los párpados se inclinan, el labio inferior se muerde sin crueldad.

El plomero salta del tanque al techo de "rubberoid". Arriba tremola el barrilete. Él lo percibe y abierto de piernas se para a contemplarlo. Sin energía previene al niño:

–No estás firme. Un tirón te puede voltear.

Cabeza del niño. Oye, pero se sacude en una negación, sin mirar al obrero. La boca se ensancha de placer y los ojillos destellan. Peleando al sol con los párpados, observa su barrilete, que allá en lo alto forcejea, pero se despliega con la nitidez de su plano horizontal.

La cometa en el aire es un anaranjado movedizo, pero concreto, que se define contra todo el azul de la alta mañana.

Cecilia ha puesto la mirada en la limpidez de vuelo y color del barrilete. A través del nuevo poder que toman sus ojos, pareciera que eso la alienta y afirma. Previene al hombre.

–No, espere. No me moveré de aquí.

Y repentinamente participa en el juego del niño. Le grita:

–¡Arriba, Ángel! ¡Más alto!

El niño recibe el estímulo y sonríe hacia donde presiente que está ella, sin volverse en absoluto. Por las manos deja escurrir más piolín. El barrilete, achicado, distante, hace cabriolas, que transmiten felicidad al chico. Cecilia se exalta y manda:

–¡Más, Ángel! ¡Más!

El plomero mira los pies del niño, que se están olvidando de la canaleta.

El hombre de abajo mira las piernas desnudas de Cecilia.
El plomero reacciona con violencia y vocifera:
–¡Qué hace, señora! ¡Mándele que baje!
El hombre de abajo se echa al suelo. Se arrastra con la fiebre de alcanzar esas piernas de mujer.
Excitada y contenta, Cecilia replica al trabajador:
–¡Déjelo! No tenga miedo. Él puede. ¡Es un ángel!
El pie del niño se apoya en un grueso clavo herrumbrado que sobresale del zinc. Impulso y ascenso. Arriba descubre, minúsculo, el punto anaranjado móvil. Tiene, el rostro de Ángel, plenitud de dicha. Se arroba en todo cuanto lo circunda: a su nivel, en la vecindad, le guiñan con sus inconstantes cuajarones de sol los vidrios de los departamentos horizontales; en un baldío puro polvo y escombro, los chicos se dejan perseguir por un perro retozón y coludo.
Arriba de nuevo, los ojos del niño, a la búsqueda de su querida cometa. Pero la vista queda subyugada por el vuelo en repentinos arcos de una silenciosa familia de palomas. Grises, azuladas. Un imprevisto y suave viraje y muchas de ellas descubren, al levantar las alas, la blancura tierna del plumón interno.
Se salen de embeleso los labios del niño, que un momento ha estado cerca de todo aquello y lejos de todo lo demás, sin escuchar ruidos ni voz alguna... ¡pero ahora!:
–¡Más, Ángel! ¡Más! ¡Todo el hilo! ¡Hasta el cielo!
Ángel tiene un sacudimiento de emoción y de gusto por la incitación, reflejo de su victoria. Suelta toda la pistola y el rabo se le escapa. Tiende las manos –frenéticas– para alcanzarlo. Sus manos están prendidas del aire.
Un grito, en ese instante, va más alto que los brazos del niño. Pasa la cara brutalmente sorprendida de Cecilia: cae hacia atrás y de adentro del living se ve el vuelco, que el hombre echado en el piso provoca con un tirón tramposo de las piernas.
Un grito de Cecilia queda como inscripto en el aire, y en los oídos del niño choca con un gemido de furia del plomero:
–¡Señora, lo mata!
La criatura se estremece y... arriba, de improviso, el círculo de palomas se inclina y todo es blando e inestable y el marco, que viene

a los ojos y los pone aguachentos... El cuerpo se afloja y mansamente se entrega al plano inclinado de las chapas de zinc. Un momento se desliza así, sin voluntad, pero de pronto las manos reaccionan y tientan un último e imposible asidero.
El obrero hinca las rodillas en el techo y tiende los brazos en silencio, como para recoger a la criatura que va cayendo cinco metros más allá.
El cuerpito choca en la canaleta. Ángel abre los ojos. El cuerpo rebota. Ángel mira: debajo, una terrible profundidad lo absorbe. ¡Grita! ¡Grita desde muy adentro!
El grito golpea en la impavidez de los edificios. Golpea en el living de Cecilia: Cecilia y el hombre ávido luchan en el suelo. El grito magnetiza y esculpe la cabeza del hombre y todas las fuerzas del hombre lo empujan a la ventana. Encara el techo; la mirada busca, enredándose en el trabajador doblegado y trémulo, se resigna y baja, hacia el fondo del patio, y entonces la cabeza se hunde más, como para saber más hondamente.
Desde su humillacion en el suelo, Cecilia lo ve salir de la luz pujante de la ventana, clamando como para atajar algo poderosísimo:
–¡Soy culpable! ¡Soy culpable! ¡Soy culpable!
Apoyándose en un codo, la mujer levanta el torso desordenado por el combate. En torno de ella, la voz desenfrenada se reduce, pero no cesa.
El hombre ha bajado por la escalera y en la escalera queda suspendido el lamento:
–¡Soy culpable! ¡Soy culpable!
Cecilia sacude la cabeza para sacárselo de los oídos.
Ahora la voz del hombre brota de otro sitio. Cecilia mira a la ventana vacía y entonces asciende el estallido:
–¡Hijito! ¡Hijito!
Pero nada más.
Cecilia acuesta un antebrazo en el piso, la cabeza derrotada. Consigue sacar el cuerpo del suelo y, erguida con una altura nueva, se adelanta al cuadro de luz. Una mirada al azul ordenado del cielo, como una búsqueda de serenidad, y mira hacia abajo, sin doblarse, con temor de ver lo que enseguida descubre: unas personas, allá en

el fondo del patio, unas personas de cabeza inclinada muy cerca las unas de las otras que no se mueven.

Se vuelve, absorbidas las fuerzas físicas. Se corren unos pasos a la derecha, como a esconderse, pero rígida, adosada a la pared.

Escucha, escucha. El pecho empuja de expectativa. El rostro está tenso por la necesidad desesperada de escuchar.

Pero nada se oye.

Entonces, unida verticalmente al muro, lúcidos los ojos en un afán de altura, sus labios principian a rezar:

–Padre Nuestro que estás en los Cielos...

Y en ese momento, desde el patio profundo comienza a subir, muy delgado, el llanto.

El cariño de los tontos

1961

El cariño de los tontos, Buenos Aires, Goyanarte, 1961. "Caballo en el salitral" fue reeditado luego en sucesivas antologías del autor: *Two Stories,* edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Voces, 1965; *Caballo en el salitral,* Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios,* Buenos Aires, Orión, 1975; *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor,* Buenos Aires, Celtia, 1987.

CABALLO EN EL SALITRAL

Agosto de 1924

El aeroplano viene toreando el aire.

Cuando pasa sobre los ranchos que se le arriman a la estación, los chicos se desbandan y los hombres envaran las piernas para aguantar el cimbrón.

Ya está de la otra mano, perdiéndose a ras del monte. Los niños y las madres asoman como después de la lluvia. Vuelven las voces de los hombres:

–¿Será Zanni..., el volador?

–No puede. Si Zanni le está dando la vuelta al mundo.

–¿Y qué, acaso no estamos en el mundo?

–Así es; pero eso no lo sabe nadie, aparte de nosotros.

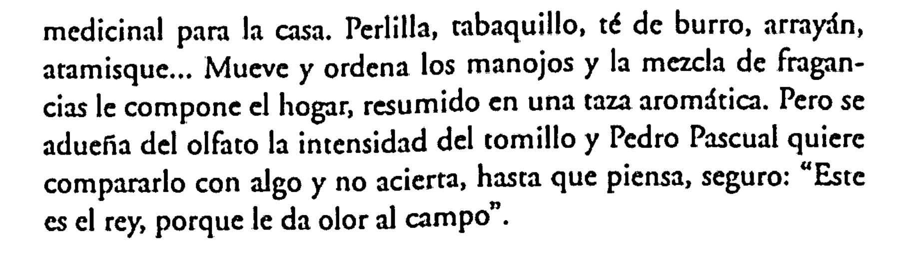
Pedro Pascual oye y se guía por los más enterados: tiene que ser que el aeroplano le sale al paso al "tren del rey".

Humberto de Saboya, príncipe de Piamonte, no es rey; pero lo será, dicen, cuando se le muera el padre, que es rey de veras.

Esa misma tarde, dicen, el príncipe de Europa estará allí, en esa pobrecita tierra de los medanales.

Pedro Pascual quiere ver para contarle a la mujer. Mejor si estuviera acá. A Pedro Pascual le gusta compartir con ella, aunque sea el mate o la risa. Y no le agrada estar solo, como agregado a la visita, delante del corralón. No es hosco; no está asentado, nomás: los mendocinos se ríen de su tonada cordobesa.

Se refugia en el acomodo de los fardos. Tanta tierra, la del patrón que él cuida, y tener que cargar pasto prensado y alambrado para quitarles el hambre a las vacas. Las manos que ajustan y cinchan dan con los yuyos que han segado en el camino: previsión



medicinal para la casa. Perlilla, tabaquillo, té de burro, arrayán, atamisque... Mueve y ordena los manojos y la mezcla de fragancias le compone el hogar, resumido en una taza aromática. Pero se adueña del olfato la intensidad del tomillo y Pedro Pascual quiere compararlo con algo y no acierta, hasta que piensa, seguro: "Este es el rey, porque le da olor al campo".

¿Eso, el tren del rey? ¿Una maquinita y un vagón dándose humo? No puede ser; sin embargo, la gente dice...

Pedro Pascual desatiende. Lo llama esa carga de nubes azuladas, bajonas, que están tapando el cielo. Se siente como traicionado, como si lo hubieran distraído con un juguete zampándole de atrás la tormenta. No obstante, ¿por qué ese disgusto y esa preocupación? ¿No es agua lo que precisa el campo? Sí, pero... su campo está más allá de la Loma de los Sapos.

La maquinita pita al dejar de lado la estación y a Pedro Pascual le parece que ha asustado las nubes. Se arremolinan, cambian de rumbo, se abren, como rajadas, como pechadas por un soplido formidable. El sol recae en la arena gris y amarronada y Pedro Pascual siente como si lo iluminara por dentro, porque el frente de nubes semeja haber reculado para llevarle el agua adonde él la precisa.

Ahora Pedro Pascual se reintegra al sitio donde está parado. Ahora lo entiende todo: la maquinita era algo así como un rastreador, o como un payaso que va delante del circo. El "tren del rey", el tren que debe ser distinto de todos los trenes que se escapan por los rieles, viene más serio, allá atrás.

Es distinto, se dice Pedro Pascual. Se da razones: porque en el miriñaque tiene unos escudos, y dos banderas... ¿Y por qué más? Porque parece deshabitado, con las ventanillas caídas, y nadie que se asome, nadie que baje o suba. El maquinista, allá, y un guarda, acá, y en las losetas de portland de la estación un milico cuadrado haciendo el saludo, ¿a quién?

La poblada, que no se animaba, se cuela en el andén y nadie la

ataja. Los chicos están como chupados por lo que no ocurre. Los hombres caminan, largo a largo, pisan fuerte, y harían ruido si pudieran, pero las alpargatas no suenan. Se hablan alto, por mostrar coraje, mas ni uno solo mira al tren, como si no estuviera.

Después, cuando se va, sí, se quedan mirándole la cola y a los comentarios: "¡Será!..".

Antes de que el tren sea una memoria, llega de atrás el avioncito obsequioso, dispuesto a no perderle los pasos.

Tendrá que arrepentirse, Pedro Pascual, de la curiosidad y de la demora; aunque poco tiempo le será dado para su arrepentimiento.

A una hora de marcha de la estación, donde ya no hay puestos de cabras, lo recibe y lo acosa, lo ciega el agua del cielo. Lo achica, lo voltea, como si quisiera tirarlo a un pozo. Lo acobarda, le mete miedo, trenzada con los refusilos que son de una pureza como la hoja del más peligroso acero.

Pedro Pascual deja el pescante. No quiere abandonar el caballito; pero el monte es achaparrado y apenas cabe él, en cuclillas. El animal humilde, obediente a una orden no pronunciada, se queda en la huella con el chaparrón en los lomos.

Entonces sucede. El rayo se desgarra como una llamarada blanca y prende en el alpataco de ramas curvas que daban amparo al hombre. Pedro Pascual alcanza a gritar, mientras se achicharra. Ruido hace, de achicharrarse.

El caballo, a unos metros, relincha de pavor, ciego de luz, y se desemboca a la noche con el lastre del carro y el pasto que le hunde las ruedas en la arena y en el agua, pero no lo frena.

Clarea en el bajo, mas no en los ojos del animal.

Ha huido toda la noche. Afloja el paso, somnoliento y vencido, y se detiene. El carro le pesa como un tirón a lo largo de las varas; sin embargo, lo aguanta. Cabecea un sueño. La pititorra picotea la superficie del pasto y a saltitos lleva su osadía por todo el dorso del caballo, hasta la cabeza. El animal despierta y se sacude y el pajarito

le vuela en torno y deja a la vista las plumas blancas del pecho, adorno de su masa gris parduzca. Después lo abandona.

El cuadrúpedo obedece al hambre, más que a la fatiga. El pasto mojado de su carga le alerta las narices. Hunde el casco, afirma el remo, para darse impulso, y sale a buscar.

Huele, trata de orientarse, si bien donde está ya no hay ni la huella que ayuda y el silencio es tan imperioso que el animal ni relincha, como si participara de una mudez y una sordera universales.

El sol golpea en la arena, rebota y se le mete en la garganta.

No es difícil –todavía– beber, porque la lluvia reciente se ha aposentado al pie de los algarrobos y el ramaje la defiende de una rápida evaporación.

El olor de las vainas le remueve el instinto, por la experiencia de otro día de hambre desesperada, pero el algarrobo, con sus espinas, le acuchilla los labios.

El atardecer calma el día y concede un descanso al animal.

La nueva luz revela una huella triple, que viene al carro, se enmaraña y se devuelve. La formaron las patitas, que apenas se levantan, del pichiciego, el Juan Calado, el del vestido trunco de algodón de vidrio. El pasto enfardado pudo ser su golosina de una noche; estacionado, su eterno almacén. Muy alto, sin embargo, para sus piernas cortas.

Muy feo, además, como indicio del desamparo y la pasividad del caballo de los ojos impedidos. Ahí está, débil, consumiéndose, incapaz de responder a las urgencias de su estómago.

Una perdiz se desanuda del monte y levanta con sus pitidos el miedo que empieza a gobernar, más que el hambre, al animal uncido al carro. Es que vienen volteando los yagua-rondíes. La perdiz lo sabe; el caballo no lo sabe, pero se le avisa, por dentro.

Los dos gatazos, moro el uno, canela el otro, se tumban por juego, ruedan empelotados y con las manos afelpadas se amagan y se sacuden, aunque sin daño, reservadas las uñas para la presa incauta o lerda que ya vendrá.

El caballo se moja repentinamente en los ijares y dispara. El ruido excesivo, ese ruido que no es del desierto, ahuyenta a los

yaguarondíes, si bien eso no está en los alcances del carguero y él tira al médano.

La arena es blanda y blandas son las curvas de sus lomadas. Otra, de rectas precisas, es la geometría del carro que se esfuerza por montarlas.

Sin embargo en esa guerra de arena, tiene un resuello el animal. Ofuscado y resoplante, tupidas las fosas nasales, no ha sondeado en largo rato en busca de alimento, pero el pie, como bola loca, ha dado con una mancha áspera de solupe. La cabeza, por fin, puede inclinarse por algo que no sea el cansancio. Los labios rastrean codiciosos hasta que dan con los tallos rígidos. Es como tragarse un palo; no obstante, el estómago los recibe con rumores de bienvenida.

El ramillete de finas hojas del coirón se ampara en la reciedumbre del solupe y, para prolongar las horas mansas del desquite de tanta hambruna, el coirón comestible se enlaza más abajo con los tallos tiernos del telquí de las ramitas decumbentes.

El olor de una planta ha denunciado la otra, mas nada revela el agua, y el animal retorna, con otro día, hacia las "islas" de monte que suelen encofrarla.

Un bañado turbio, que no refleja la luz, un bañado decadente que morirá con tres soles, lo retiene y lo retiene como un querido corral.

Las islas y las isletas se pueblan de sedientos animales en tránsito, se achican de población cuando unos se dañan a otros, sin llegar a vaciarse.

El caballo se perturba con la vecindad vocinglera y reñidora, aunque nadie, todavía, se ha metido con él. Un día guarda distancia, condenándose al sol del arenal, al otro se arriesga y puede roer la miseria de la corteza del retamo.

De las islas se suelta la liebre. Ahonda su refugio el cuye. El zorro prescinde de su odio a la luz solar y deja ver a campo abierto su cola ampulosa detrás del cuerpo pobrete. Sólo en el ramaje queda vida, la de los pájaros; pero ellos también se silencian: viene el puma, el bandido rapado, el taimado que parece chiquito adelante y crece en su tren trasero para ayudar el salto.

No busca el agua, no comerá conejos. Desde lejos ha oteado en descubierto el caballo sin hombre. Se adelanta en contra del viento.

A favor, en cambio, tiene el aire una yegua guacha, libre, que no conoció jamás montura ni arreo alguno. Acude a las islas, por agua.

La inesperada presencia del macho la hace relinchar de gusto y el caballo en las varas voltea la cabeza como si pudiera ver, armando sólo un revuelo de moscas. En los últimos metros, la yegua presume con un trotecito y al final se exhibe, delante, cejada, con sus largas crines y su cuerpo sano.

En el caballo resucita el ansia carnal. Si ella postergó la sed, él puede superar la declinación física.

Se arrima, se arriman él y su carro. La hembra desconfía de ese desplazamiento monstruoso, no entiende cómo se mueve el carro cuando se mueve el macho. Corcovea, se escurre al acercamiento de las cabezas que él intenta, como un extraño y atávico parlamento previo.

Brinca ella, excitada y recelosa; se aturde por el ímpetu cálido que la recorre. Y aturdida, conmovida, descuidada, depone su guardia montaraz y rueda con un relincho de pánico al primer salto y el primer zarpazo del puma.

Como herido en sus carnes, como perseguido por la fiera que está sangrando a la hembra, el caballo enloquece en una disparada que es traqueteo penoso, rumbo adentro del arenal.

Corta fue la arena para el terror. La uña pisa ya la ciénaga salitrosa. Es una adherencia, un arrastre que pareciera chuparlo hacia el suelo. Tiene que salir, pero sale a la planicie blanca, apenas de cuando en cuando moteada por la arenilla.

Gana fuerzas para otro empujoncito mascando vidriera, la hija solitaria del salitral, una hoja como de papel que envuelve el tallo alto de dos metros como si apañara un bastón.

Más adelante persigue los olores. Huele con avidez. Capta algo en el aire y se empeña tras de él, con su paso de enfermo, hasta que lo pierde y se pierde.

Ahora percibe el olor de pasto, de pasto pastoso, jugoso, de corral. Lo ventea y mastica el freno como si mascara pasto. Masca,

huele y gira para alcanzar lo que imagina que masca. Está oliendo el pasto de su carro y da vueltas, con el carro, persiguiendo enfebrecido lo que carga atrás. Ronda una ronda mortal. El carro hace huella, se atasca y ya no puede, el caballejo, salir adelante. Tira, saca pecho y patina. Su última vida se gasta.

Tan sequito está, tan flaco, que luego, al otro o al otro día, como ya no gravita nada, el peso de los fardos echa el carro hacia atrás, las varas apuntan al firmamento y el cuerpo vencido queda colgado en el aire.

Por allá, entretanto, acude con su oscura vestimenta el jote, el que no come solo.

Un septiembre

Lavado está el carro, lavados los huesos, más que de lluvia, por las emanaciones enemigas y purificadoras del salitre.

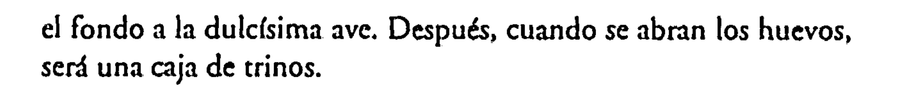
Ruina son los huesos, caídos y dispersos, perdida la jaula del pellejo. Pero en una punta de vara enredó sus cueros el cabezal del arreo y se ha hecho bolsa que contiene, boca arriba, el largo cráneo medio pelado.

Sobre la ruina transcurre la vida, a la búsqueda de la seguridad de subsistencia: una bandada de catitas celestes, casi azules los machos, de un blanco apenas bañado de cielo las hembras.

Como ellas, una pareja de palomas torcazas emigra de la sequía puntana. Ya descubren, desde el vuelo, la excitante floración del chañar brea, que anchamente pinta de amarillo los montes del oeste.

Sin embargo, la palomita del fresco plumaje pardo comprende que no podrá llegar con su carga de madre. Se le revela, abajo, en medio de la tensa aridez del salitral, el carro que puede ser apoyo y refugio. Hace dos círculos en el aire, para descender. Zurea, para advertir al palomo que no lo sigue. Pero el macho no se detiene y la familia se deshace.

No importa, porque la madre ha encontrado nido hecho donde alumbrar sus huevos. Como una mano combada, para recibir el agua o la semilla, la cabeza invertida del caballito ciego acoge en


el fondo a la dulcísima ave. Después, cuando se abran los huevos, será una caja de trinos.

El puma blanco

Buscamos un puma blanco. Polanco lo precisa vivo, para hacer cruza. Llevamos red, lazo y narcótico. Pero todos cargan revólver o pistola, como precaución. La única arma larga es mía. Soy el tirador, el contratado. No soy cazador; no me gusta matar animales. Sólo tiro a la paloma, por ejercitarme en blanco móvil.

–Todo esto es una estancia –indica el hombre con el ademán, trazando un medio círculo con el brazo–; y más allá...

–¿Más allá...?

–Están las minas, usted sabe; muy adentro en la cordillera.

Pienso que él también debiera ser un contratado, para guiarnos. Polanco no quiere; ya lo previno. Teme que nos salga un supersticioso.

El puestero observa nuestras armas y deduce, sin duda, que no somos cazadores:

–Si se puede saber qué andan buscando...

–Sí –dice Polanco–; un puma.

–¿Puma...? Pocos quedan. Los matamos. Si no hay caso, los corremos.

–Pero vuelven.

–¡Pucha si vuelven...!

–¿Usted sabe, usted ha visto –averigua con cautela– uno que sea blanco?

–¿Blanco? –y ríe.

Creo que se ríe de nosotros.

La firmeza de Polanco viene de su ciencia.

Alrededor del fuego comemos la mitad del corderito que nos vendió el puestero.

Yo oigo hablar, pero contemplo los retazos obstinados de luz que se prenden de lo alto de los cerros. Es la hora azul del monte y de las nubes, y al llano, en torno y por encima de nosotros, desciende ese color.

Polanco tiene los datos de gente del sur que decidieron la marcha. Y algo más: la certeza de que puede existir un puma blanco.

–Hay pantera negra. ¿Por qué no puede haber puma blanco?

Parece estar discutiendo, al puestero que dejamos atrás en la mañana.

–No son degeneraciones de la especie, son mutaciones, por combinación de genes. No influyen ni el clima ni el ambiente.

Sus amigos entienden más que yo y con seguridad saben perfectamente qué son los genes. Yo lo supe, creo; pero lo he olvidado. Me incomoda preguntar.

¿Por qué lo siguen, Iribarne y Giménez? No es por la ciencia, se ve. Estas cosas, por lo menos, las aprenden ahora, como yo, de lo que habla Polanco.

–Hay un antecedente. Uno solo, pero hay. Mendocino también. Veinte, veinticinco años atrás. De otros animales, de zorros, por ejemplo, se sabe de muchos casos, tal vez porque son más numerosos y, como viven cerca del hombre, el hombre descubre los albinos fijados como especie.

Yo atiendo, mas no dejo de observar otro prodigio blanco, que se halla próximo a nosotros y se multiplica hasta donde la cercana noche permite verlo: la flor del cacto, que aquí y allá, a esta hora, cierra sus pétalos como nosotros juntamos la punta de los dedos.

–Claro que no son propiamente blancos, sino albinos. Se les dice blancos y después de todo, en un sentido vulgar, está bien. En Moscú el museo Darwin dispone de un especialista en albinismo.

–¿No hay otros?

–Sí, debe haber, supongo. Ese que digo trabaja mucho en lobos. Pero escuchen esto –y lo posee el entusiasmo–: tiene un zorro albino y ese ejemplar salió de Mendoza. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué forma fue llevado tan lejos? –se anticipa a las preguntas–. No lo sé. Pero el catálogo del museo, del Darwin, dice: Mendoza, Argentina. ¿Se dan cuenta? –pregunta y es feliz.

Cabalgamos sin entrarle a la montaña.

De piedra y techo de chapa encontramos construido un rancho.

–¿El puma blanco...?

No dice "un" puma blanco y todos advertimos el sentido del cambio del artículo. Polanco resplandece, aunque no para enrostrarnos su victoria.

–Supo andar, más al verano. Lo ahuyentaron los perros. Es receloso y tímido ese bicho. De noche anda...

Polanco se agita de entusiasmo y quiere explicarnos, cortándole al anciano:

–Le molesta la luz, tiene las pestañas blancas y no lo protegen.

El anciano lo mira, extrañado de los conocimientos del recién llegado, y prosigue:

–... sin compañera andaba y era época...

Polanco atropella otra vez y lo justifico, porque está en lo suyo y no puede contenerse:

–Él mismo se siente inferior a los demás. Seguro que los otros pumas le desconfían a distancia. De cerca, oliéndolo, tal vez sería distinto. Podría hacer pareja o bien los machos lo matarían. Las dos cosas son posibles.

–Un condenado, el pobre diablo –asiente el viejo–. No se puede ser diferente. Entre los hombres pasa lo mismo.

–¿Y para dónde habrá tomado? –requiere la ansiedad de Polanco.

–Al sur, seguro, segurito, señor.

–¿Iba herido?

–No, mi amigo. ¿Quién lo iba a herir? Yo no. Cosa linda un bicho así. No hay que destruir las cosas lindas.

Más que todo lo que he oído, me asombra esa defensa encariñada de lo bello. Yo creía que un hombre de esta clase, a quien tanto debe costarle vivir, defendería sobre todo lo útil. Y no es así. Me alegró de que lo mío fuera solamente un viejo error.

Al sur, nos dijo el viejo. Al sur, ¿hasta dónde?

Cada veinte, cada treinta kilómetros hallamos otro puesto. En cada uno de ellos el hombre, el que toma la palabra por toda la

familia, al dirigirse a Polanco lo llama señor. Este pastor de cabras, también. A nosotros nos dice "don".

El rancho estaba vacío y lo mismo el corral. Lo buscamos, por tres rumbos. Lo encontró Giménez y a las voces nos convocó a los otros.

Tiene el bigote espeso, en punta, duro, como duro debe ser él mismo. La cara muy oscura y muy curtida: sol y aire fuerte de la montaña; luego, la nieve, meses y meses.

Sacrifica un cabrito. Yo sé que después Polanco se lo pagará, si el hombre acepta.

–El puma... No me hable.

Para él todos los pumas son uno solo, ya lo denuncia con las primeras palabras.

–Cuidábamos la mina. Poco había que cuidar: estaba abandonada. Teníamos una casucha de madera, buena en el invierno. Yo bajé a Malargüe. La Elena quedó sola, con los chicos, que eran dos. La nieve me cerró el camino, catorce días. Pero con la madre de éste –y señala un caballito viejo– me le atreví al final. La puerta se veía abierta. Alrededor de la casucha, frente a la puerta, frente a las ventanas andaban tirados los tizones largos de tablas a medio quemar. Adentro descubrí de dónde salieron: de la divisoria. Mi mujer los había arrancado para tirárselos al puma.

–¿El puma blanco?

–No, otro. Aunque es lo mismo. ¿Sigo...? –inquiere el hombre, como temiendo fatigar.

–Por favor –responde Polanco, invitándolo a seguir, y yo y el criollo percibimos esa fineza.

–La fiera bloqueó la casa, seis días. Se tiraba contra la puerta. Mi mujer atajaba cada ataque con una tabla ardiendo. Las arrancaba del tabique, como les digo. Se le iban acabando. Juntó las últimas y ahuyentó al puma tirándoselas sin parar, un rato. Sacó a los chicos y corrió a la mina. Yo la encontré en una galería. Estaba sin conciencia. El hijo más chico había muerto, de hambre.

Todos callan.

Después Iribarne pregunta, con discreción:

–¿Su mujer...? En el puesto no la vimos.

–Se me fue también. Un parto. Quería que reemplazáramos al finadito.

–¿Y el otro hijo?

–Ya tiene catorce años. Está en la mina –y señala a la profundidad de la quebrada que vemos a la izquierda, donde corre el río en medio de un gran silencio–. Maneja el pico y se hace hombre. Yo lo espero acá.

Meses, supongo. Años de espera y soledad, calculo luego.

Los rastros se anudan, de puesto en puesto.

–¿Y cuándo fue eso?

–No más de medio año.

–¿Lo vio usted mismo?

–No. Mis muchachos sí.

He venido notando que para nadie, en toda esta región, el puma blanco es una criatura irreal, que a ninguno intimida con supuestos de que sea un mal presagio.

Todavía, acá en este rancho de chorizo, avanzo en mis observaciones sobre ese aspecto.

–Si le es lo mismo, señor, sabría decirle de choiques blancos.

–¿Quién los tiene? –se pone alerta la pasión profesional de Polanco.

–Tenerlos, no los tiene nadie... Andan salvajes. Yo los vi.

–¿Dónde? ¿Cuándo?

–Viniendo de Lonco Vaca, no hace mucho.

Advierto que Polanco consulta mentalmente la geografía; pero, con amargura visible, renuncia. Tomar el otro rumbo nos apartaría mucho de nuestro plan, mejor dicho, de su plan.

Y el hombre, desentendido ya de los avestruces, sigue comentando, con un tono de voz ajeno a cualquier apuro:

–Supe tener conejos blancos...

Pienso ir a manear mi caballo, que se está alejando demasiado. Lo que ahora menciona el puestero no es importante: conejos blancos. ¿Quién no ha visto un conejo blanco?

Sin embargo, otra vehemencia apenas contenida de Polanco me retiene:

–¿Cómo sabe que eran blancos?
El hombre lo mira extrañado, como si Polanco lo hubiera arañado con la pregunta.
–¿Por el pelo? –escarba Polanco.
–No, señor –responde con mucho aplomo el criollo–. Por los ojos.
–A ver, a ver –incita Polanco, seguro de que el otro sabrá responder–, ¿qué tenían los ojos? Diga.
–Eran colorados, señor.
–¡Justamente! –exclama Polanco y le tiende la mano para estrechársela con vivísima satisfacción, como si hubiera encontrado a un colega.
Más tarde, cuando estamos solos, nos explica:
–¡Admirable observación! Ese hombre tiene de esto –dice y se golpea la frente–. Él descubrió que hay conejos blancos comunes y hay conejos albinos y que la diferencia se nota en los ojos. El globo aparece rojo porque la pupila es incolora y deja al descubierto las venas.
Y trata de internarnos en una información ya más difícil de seguir.
–No hay diferenciación de pupila; en algunos casos, la niña del ojo...

El admisible colega de Polanco es el último ser humano que nos habla.
Para equilibrar la creciente merma de los víveres, en su rancho sólo pueden ofrecernos un costillar salado de chivato.
–Cazaremos –dice Polanco, y suponemos que es posible, aunque azaroso.
Cuando tengo al alcance una y otra procesión de martinetas, que puedo matar con municiones, Polanco me detiene:
–Todavía podemos esperar.
Recela de que el estampido ahuyente al puma, si es que está por estos campos huecos, sonoros y retumbantes al menor estímulo, porque el ruido golpea la montaña.
Hacemos dos días hostigados por el vaho de la tierra insolada ferozmente.

Recibo el crepúsculo como una purificación.
Descubro un movimiento rastrero. Vuelvo de un tirón la cabalgadura y me echo al suelo. Con las manos, aunque me cuesta algunos tropezones y caídas, capturo un piche.
Lo muestro como anuncio de la cena y lo cuelgo de la montura, en un saco de piola. El animal se ensucia de miedo y me lo arruina.
Aún hay luz para ver, sin confundirse, que en la lomada vecina trota una mula con dos niños a horcajadas sobre ella.
Les grito, los llamo. No me oyen y desaparecen.

–¿Qué vio? –quieren saber mis compañeros.
Les cuento y suponen, como yo, que siguiéndolos daremos con un puesto y con su gente.
Ganamos la cuesta de los cerros. Pero el monte es una cosa que se sube por una huella, o haciéndola, y luego tiene adelante otro más alto y no hay bajada. Se encadena un cerro con el siguiente y, mientras la subimos, la montaña crece.
Cuando la noche amenaza cerrar del todo, hacemos alto.
Ellos, los tres, se ponen de acuerdo en regresar. Yo apenas los atiendo. Vengo sintiendo un penetrante olor de huevo que me provoca un hundimiento del estómago y un mareo de hambre.
Dejo el caballo y, mientras los demás tratan de retenerme con un vocerío que no importa, desciendo la ladera, apoyándome en las manos, que por suerte tocan matas de hierba blanda y fresca.
No desvarío. Percibo el olor del huevo y no quiero llevar a los demás por otra ruta si no compruebo yo mismo que conviene. No dudo de que alguien, muy cercano, está preparando una comida.
No veo fuego, ni luz; el declive va desapareciendo. Mis botas pisan algo que, no puedo afirmarlo todavía, parece barro, y ya salir de la aridez sería mejorar.
Camino y camino y no hay barrancas, no hay quiscos, ni me caigo de espaldas resbalando.
Tanteo el suelo y en ese momento comienza a darme ayuda la claridad lunar. Toco agua fresca que corre.

Los llamo, ansioso por reunirme con ellos aquí, cerca del manantial o lo que sea.

Combadas haciendo un cuenco para el agua, me llevo las manos a la boca y entonces huelo en ellas aquel olor de huevo. ¿Qué he tocado para que quedaran impregnadas de este modo? Siento todavía marcado el tirón de algunas matas, cuando bajaba agarrándome de ellas. Sospecho: hay por acá alguna planta de ese olor y yo creía...

Entonces vuelco el hambre en el sacrificio del quirquincho y me imagino la carne grasienta, en cruz cortada, asándose en su propia cáscara.

El sol nos enseña el milagro del agua.

Estamos en una hondonada, humedecida por un agua que se escapa entre las piedras, más arriba, y se pierde quién sabe dónde, sorbida por la árida planicie.

Pero basta: la masa vegetal se adensa, fresca y florecida. A mi costado el amarillo mulle la ladera. El berro se aprovecha de cualquier mansedumbre de la corriente.

He dormido acurrucado por el frío nocturno y despierto los brazos con grandes movimientos de perezoso. Los abro, como si recibiera el día; vuelco atrás la cabeza para conquistar más visión del cielo...

Dos aves, altísimo, planean brevemente y se arremansan en una quietud inconcebible.

Las señalo y averiguo de Polanco:

–¿Jotes...? ¿Caranchos...?

–Cóndores.

¡Cóndores...! Y me extasío contemplando su modo ingrávido de apoyar las alas en el aire.

Mate cocido. La galleta entra en el jarro y la pulpa blanca surge impregnada de verde oscuro.

Iribarne y Giménez han salido antes, a explorar. Me dejaron dormir más que ellos. ¿Por qué? ¿Creen, tal vez, que anoche yo flaqueaba?

Mi caballo encuentra su comida sin dificultad.

Averiguo el secreto del amarillo trepador: él ilusiona con su olor de cocina. Las flores también poseen algo del huevo, el color de la yema.

Más abajo están las espesuras blancas y violáceas. Puedo descifrar sus detalles. Por la ramita trepan unas miniaturas verdes; arriba un ramillete de seis o siete florecitas blancas, modestas; pero agrupadas tienen presencia y parecen una sola de armoniosa constitución. Otras organizan su blanco en cúpula, resguardando, quizás, el punto amarillo que oscila al medio, mientras el verde asciende y se entrevera con la flor. Algunas se puede creer que nacen de un palito seco, del palito una espiga y en la cumbre cinco pétalos limpiamente blancos. Cinco hojitas violadas, circundando dos estambres, forman el pequeño ramo que emerge entre hojas de un verde terso, abiertas, como tres dedos, con algo de antiguo y de noble que parece heráldico. Y de la negrura de este otro enjambre de ramas ásperas salen hojas lanceoladas, de un verde firme, sólido, que se aparean como enamoradas.

El liquen, como una delgada capa de bosta seca de animal, cubre las piedras y sus costras se levantan. Con el dedo las ayudo a despegarse de su adhesión a la materia inerte, y me hallo en esto cuando suena un tiro. Dos.

–Liebres –dice Polanco y se agita, contrariado por el ruido. Pero yo percibo un espacio cargado de espera y de peligro. Y al momento me sacuden otros tres disparos, rabiosos, apenas distinguido cada cual del otro.

Cabalgamos a encontrarlos. No están lejos.

Absortos –tal vez fascinados– observamos en el suelo, revolcado, sucio de tierra y de sangre, el puma blanco.

Iribarne fue atacado y conserva el espanto: tiembla. Giménez lo conforta y trata de animarlo.

Mientras Iribarne bebe alcohol, convenimos con miradas cómo haremos para que no lo vea. Hacemos montar a nuestro compañero empavorecido; Giménez sube atrás, en el mismo animal, toma las riendas y parte al trote hacia el campamento.

Los sigo y los paso, aunque llevo también el caballo que sobra. Vuelvo con el de carga, que había quedado en el matorral.

Polanco recibe con avidez el botiquín. Empapa algodones con un líquido y tapona las heridas del animal sacrificado.

Me participa:

–Impido que se repita la hemorragia. No puedo permitir que la piel siga manchándose de sangre.

Hemos previsto el recelo arisco del animal de carga y enfardamos el puma con la red. Pero el caballo huele y, al acercarnos, patea.

Maneamos los tres caballos. Ninguno nos servirá, por el momento.

Polanco necesita que transportemos el puma adonde el sol no apresure la descomposición.

Lo llevaremos con nuestras propias fuerzas.

Desistimos de la red: corta nuestros dedos. Precisamos un palo largo y resistente, para atar el puma de las patas, lomo abajo. Pero aquí y en todo lo que anduvimos últimamente no crecen árboles, sólo arbustos, pasto y yuyo.

La carga es exigente, porque pesa demasiado y tiene una blandura, tan felina todavía, que se escapa de los brazos.

De pronto, algo me salpica. ¡El animal vomita! Se me revuelve el asco con un súbito temor, que pronto pasa.

Lo he largado al suelo y Polanco revisa la parte de piel que sufrió el golpe. En su mirada veo que me reprocha el nuevo deterioro. Procuro disculparme y él trata de que yo entienda que lo que hizo el puma muerto es natural.

–...produce vómitos el movimiento espontáneo del intestino. Olvidé atarle la boca.

Corta en tiras un pañuelo, las anuda y ciñe las mandíbulas sin vida.

En los descansos encuentro pormenores. Las pestañas claras, amarillentas, me lo pintan, no sé por qué, miope e inseguro en la vastedad del campo, ralo de presas para su hambre.

Ahora paramos cada quince o veinte metros. Yo miro con alguna ansiedad la cuchilla que esconde el paraje del manantial. Deseo que aparezca Giménez ofreciendo reemplazarme. Polanco no dice nada. Resuella y suda, pero no cede en su pasión. Si yo lo abandonara, estoy seguro, a nadie pediría ayuda: seguiría él, arrastrándolo a tirones sobre una manta que preservara al puma de otras llagas.

Me equivoco. Cuando llegamos, me echo al suelo, cansado como un perro que ha trotado al sol por el desierto, y Polanco en vez de seguir solo me ruega un nuevo esfuerzo, hasta donde corre el curso que forma el manantial.

Allí, en vez de reponerse, como trato de hacer yo, lava con el agua clara la pelambre hermosa que quiere despojar de polvo y sangre.

Y en cuanto ha terminado, me pide con urgencia hojas y tallos de plantas aromáticas.

Pregunto si le viene bien la menta. Como dice que sí, le traigo toda la que encuentro. Él hace un lecho para el puma y, luego de acostarlo con mi apoyo, empieza a cubrirlo asimismo con la menta. Pero se le acaba y quiere más.

–No hay, no veo –le digo.

–Ortiga, traiga ortiga. Sirve lo mismo para darle ambiente fresco y evitar que se corrompa.

¡Ortiga! Obedezco, porque soy el contratado y hasta ahora, ciertamente, no he servido de mucho en todo el viaje.

Hambrientos y mustios, en la noche nos consolamos con el fuego. Me duelen los músculos de tal modo que en la tarde no pude sostener con firmeza la escopeta.

Los caballos bebieron desconfiando y hubo que llevarlos bien lejos del refugio, porque intranquilos no descansan y mañana y pasado tendrán que galopar hasta salvarnos.

Pienso que si Polanco pretende regresar con el puma lo abandonaré. Sospecho que los otros pueden coincidir conmigo.

Iribarne, por su miedo que no se cura, ha tenido todo el día el privilegio de beber y esta noche lo conserva. Nos dejará sin grapa.

He observado que dirige miradas enternecidas a Giménez. Considero que son de gratitud, porque mató al puma. No me equivoco. De pronto, dice:

–Tenemos que hacerle un banquete a Giménez.

Comprendemos que está borracho y asentimos.

Iribarne insiste en persuadirnos, sin necesidad:

–Me salvó la vida. Él es un hombre.

Como reiteramos la conformidad, reclama el homenaje sin demora:

–Preparen el asado.

–¿Qué asado?

–La ternera con cuero.

–¿Ternera con cuero...? –sonreímos.

Como discutirle es imposible, lo dejamos hablando solo. Preservamos al rescoldo y nos echamos a dormir.

Duermo algún tiempo. Algo me despierta, aunque no del todo. Es Iribarne que se levanta.

–¿Adónde va?

–A matar las vacas para el asado.

Tapo la cara con el brazo, para que no me vea reír. Me alegro de que no perturbe el descanso de los demás; lo dejo ir y vuelvo al sueño.

En la mañana encontramos los caballos degollados.

Dejamos a Polanco acariciando con tristeza la maravillosa piel albina.

Perseguimos a Iribarne, que ha escapado. Giménez, que tal vez reserva para él una protección que no tendrá de mí, recorre el llano. Yo asciendo la ladera.

Cuando lo bloqueo, monte arriba, me grita a quemarropa su disculpa:

–Me confundí: pensaba que eran vacas.

Estoy por darle un golpe en medio de la cara, pero me acuerdo de su miedo de ayer y lo perdono. Un hombre con miedo no es un hombre.

Tenemos que volver a pie; mas ¿llegaremos?

El cariño de los tontos

Cuando empieza el temblor, Amaya piensa: "Lo que tanto he esperado". Y luego, fervorosa, enardecida: "Que me lastime. Que destroce todo, todo".

Se siente sola con el estremecimiento de la tierra. Pero llegan los gritos del marido:

–¡Salgan al patio! ¡Suspiros! ¡Amaya! ¡Suspiros, al patio, pronto!

No se le ocurre obedecer. "Suspiros, Suspiros –se repite–. También él la prefiere."

Atiende. Las aves pían con violencia. Una vaca muge como ansiosa de escapar. Todo lo demás es silencio y la tierra ha cesado de moverse.

Sigue el clamor:

–¡Suspiros! ¡Amaya!

Es lo único que queda del temblor: la voz de miedo de un hombre. Nada cayó, nada fue destruido.

Amaya se escurre de la cama. Los pies entran en unas chinelas sencillas y la combinación se desliza sobre las rodillas blancas.

Pasa al cuarto de la chica. Suspiros está despierta, con la cabeza en la almohada, los ojos muy abiertos, sin temor, esperando.

–¿No te he explicado que es el temblor? ¿Te acordás de todo lo que rompió cuando eras más chica?

–Sí; pero me olvido, mamá.

Amaya se resigna otra vez a que la hija sea de esta manera. La besa con amor y en brazos la lleva al patio. ¿Para qué? Ya no tiene objeto. ¿Para conformar al marido, que espera a salvo bajo el parral? No, sólo que, se burla, "es el rito del temblor: salir al patio". Mas repentinamente se ensombrece: advierte que también aceptó como posible la muerte de la niña.

Nadie llamó a la Colorada. ¿Dónde encontrarla? Ella renace con el sol. Regresa cuando tiene hambre. Pero a mediodía se cumple el deber familiar, con una o dos voces dirigidas a la quinta, por si está allí:

–¡Coloradaa...!

Ella se recuesta a la sombra en el tronco de la morera. Dice: "Tonta, tonta. Sos una tonta". ¿A quién? Nadie está delante, ni cerca de ella.

Oye el llamado: "¡Coloradaaa...!".

Dice: "Esperame, ahora vuelvo". Quita la espalda de la morera y entra en la luz.

Por debajo del hule de la mesa toca una pierna de Suspiros. Suspiros conoce la maniobra: pone una mano, dispuesta a recibir, y la Colorada se la colma de moras blancas.

Amaya llega de la cocina y previene a la hermana:

–Las manos.

Es preciso lavarse las manos para sentarse a la mesa de Amaya.

La Colorada es hostil a las órdenes y a lavarse por obligación. Discute indirectamente:

–No soy colorada.

Amaya se siente todavía como si hubiera perdido una oportunidad y no puede ser comprensiva. Le toma un mechón de pelo y se lo baja hasta la nariz, requiriéndole con energía:

–¿Y esto?

La Colorada, con su propio color delante de los ojos, sonríe blandamente y, señalando un retrato que se halla en la pared, replica:

–Yo soy ésa.

Es una memoria de familia: una hermanita muerta, de melena clara.

Amaya suelta el mechón y toda la indulgencia vuelve a ella. Recuerda: cuando la Colorada, de chica, preguntaba quién era la del retrato, el padre, aquel individuo solitario, para encubrir la tristeza le respondía: "Vos, sos vos. ¿No ves que sos vos?".

Después crecieron, también el padre murió y vinieron dos hombres a sus vidas: para la Colorada, uno que habría de atontarla más, dejándole engendrada una hija que luego se perdió; para Amaya, ese marido que entra por la puerta que da a la galería, un poco huraño –él sabe por qué–, un poco incómodo, reposando la mirada un instante, sólo un instante, en la comprobación de que ahí está, con ellos, Suspiros.

En la siesta el marido vuelve al lecho. Entonces a ella le gusta el negocio, porque está vacío, sombreado y fresco, porque las puertas permanecen cerradas a los compradores. Dos horas de silencio, de no estar con nadie. Le agrada la mercadería nueva. Probarse todos los zapatos de su número, oler las cajas de polvo, aflojar el tapón de cristal de los frascos de perfume, aspirar profundamente las colonias fuertes que usan los hombres...

Hurga el rincón concedido al dependiente. Hay un paquete de tortitas para la mediatarde, un guardapolvo gris enrollado, papeles sueltos, migas... Amaya busca la revista deportiva, con atletas musculosos y jóvenes. No la encuentra.

Se conforma con el diario. Ya no lee sino el diario. En dos estantes del comedor quedan sus únicos libros: textos de la Escuela Normal. El marido quemó una vez –él sabe por qué– todas las novelas. Ella pudo impedirlo, quizás. Ella puede comprar y leer otras. Pero no quiere, simplemente no lo desea.

"Lencinas defenderá su diploma"... "En la portería de la Compañía de Jesús numerosos fieles desfilan para ver el corazón del R. P. Roque González de Santa Cruz, primer civilizador de la cuenca del Paraná y del Uruguay"... Una fotografía: gente alrededor de una urna tallada. Cree reconocer a dos antiguas compañeras; aunque el sombrero redondo hasta cerca de los ojos iguala el rostro de las mujeres.

Prefiere las informaciones de las primeras páginas, las que dicen, al lado de la fecha, U. P., entre paréntesis. Son de otros mundos.

"Esta madrugada era esperado en Sevilla el «Graf Zeppelín». Entre las Azores y la costa de Portugal el dirigible encontró mal tiempo. En la ciudad andaluza se embarcará la duquesa de la Victoria."

Una noticia la hiere: "Buenos Aires, 30 (U. P.). –Por propia determinación...".

Consigna el apellido, pero en Amaya sólo queda fijado el nombre, José Luis. Y la edad, 31 años, y que era el poeta de aquel libro... que todavía está casi sin leer y que Amaya ignora.

Entonces siente el temblor, no el de tierra, sino uno que lleva adentro, un temblor y una angustia que aflojan sus carnes y la vuelcan doblada sobre el vidrio del mostrador.

Toma el ómnibus de las 4 y se entrega a las calles de la ciudad, para ser rociada de piropos. Porque está desesperada y la desesperación le da, después de la primera caída, una fuerza que pone vibrante su cuerpo, elástico, más joven.

Circula entre las frases galantes, las estimula sin mirar a los hombres. No la tocan, la rozan. Ninguna prende en ella. No obstante, le duele como un fracaso caminar una cuadra sin ofrendas amables o brutales palabras que aludan al sexo.

Ha provocado toda la tarde a los desconocidos, sin quererlos, sin atender a fondo, sin acceder nunca, buscando sólo que la reconsideren. Ahora provoca al marido; aunque de otro modo, hacia otro lado:

–¡Treinta y un años y cansado de todo!

–¿Lo dice el diario?

–No. Yo digo. ¿Por qué se mata, un muchacho? Por una mujer, ya sé, no me lo digas. ¿Te das cuenta? Por eso. Una mujer le hace dar asco de todo. Hasta ella le daba asco, tal vez.

Ahora piensa en silencio y el marido la escucha en silencio; pero él la mira a ella y ella no a él.

Rebrota el tema de la edad:

–Treinta y un años...

El marido sabe que de allí seguirá algo, un argumento distinto. Y es así.

–Treinta y un años... Pudo estar acá, algún verano. Pudimos verlo, vos y yo, cualquiera pudo verlo y nadie podría decir que se iba a matar.

Amaya se reintegra a la imaginación callada del veraneo de José Luis en Chacras de Coria. Tiene elocuentes los ojos, pero la tregua de palabras concede oportunidad al reproche del marido:

–Se ahorcó Cacciavillani. No dijiste nada...

–¡Sé por qué se ahorcó! Por las úlceras. Del otro no sé. Eso es lo importante: el misterio de la muerte de un muchacho de 31 años. –Su voz se hace íntima y concentrada–: Es hermoso...

El marido se fastidia:

–¡Qué palabra tonta!

La mujer pierde pie, sorprendida, porque le han quebrado el tono:

–¿Cuál, qué he dicho?

–Eso: hermoso. Y es muy sonso.

Amaya lo mira, mansamente contrariada. Siente que dentro de sí se desintegra toda la fuerza de la tarde, toda la vehemencia del diálogo de sobremesa. Enmudece y sus labios se ablandan, porque de improviso ha comprendido que no debe ostentar a José Luis fuera de ella. No sabe por qué; pero sin buscar comparaciones se ha puesto a recordar el terroncito de azúcar que disolvía en el agua para Suspiros, cuando Suspiros era muy niña. Percibe así disuelto, en su interior, como una dulzura, el recuerdo de ese José Luis que ella no conoció.

Esa dulzura subsiste en Amaya, días y días, como una espera.

Sin embargo, puede exasperarse fácilmente.

Preserva el comedor y la cocina de las moscas. Una se posa sobre el pan enmantecado de Suspiros, Amaya muestra repugnancia, aparta con violencia la rebanada y acude en busca del aparato del flit.

Persigue ensañada las moscas que se debaten contra la fina rejilla de alambre tendida en el hueco de la ventana. Descubre el gesto de reproche de la Colorada, que está muda pero se empaca. Entonces se descarga sobre ella:

–Pudiste elegir otro bicho menos sucio: la abeja, la avispa...

La Colorada no aguanta el reproche y estalla:

–Nadie elige los hijos, le vienen.

Amaya se reprime y cesa de soplar flit. Teme. Teme que se acuerde de la hija que no vivió. Teme que la Colorada se distraiga de su fantasía

que no daña: que ella es madre sólo de las moscas, porque una le entró por la nariz y se le quedó en la cabeza, y ahí cría, y de ahí nacen todas las moscas del pueblo. Y cuando los muchachos le preguntan qué hace con el Cataldo, responde con limpia naturalidad: "Hacemos moscas".

Pero Cataldo se descuida de ella.

Unas veces dice que el hermano le encargó que vigile la bodega y durante una semana duerme en el catre de lona, junto a las cubas. Otras anuncia que juntará plata para casarse y vende cañas que corta de los cañaverales silvestres; después compra caramelos y se los come con la Colorada, tendidos en el pastito junto a los canales, hablando de sus habitantes:

–Mis moscas...

–Mis gusanos...

Y se escuchan el uno al otro, mirando al rostro a quien habla, para atender y entender mejor, y nunca se interrumpen, y ese respeto los acerca.

Sólo que Cataldo se descuida mucho.

–Tantos días, Cataldo... ¿dónde anduviste?

–Estaba triste. Cuando estoy triste no quiero que me veas la cara.

–Ah...

La Colorada comprende y acata. Se concentra porque trata de que en ella se forme una pregunta que quiere hacer y tarda en concretarse. Después de un ratito le viene:

–¿Y por qué estabas triste...?

Pero entretanto Cataldo se desentendió de lo dicho y usa otro medio de disculparse:

–Andaba muy ocupado y no tenía tiempo.

La Colorada lo compadece:

–Pobrecito, Cataldo...

–¿Por qué, pobrecito?

–Porque si no tenés tiempo estás muy pobre, Cataldo.

–No estoy pobre. No tengo tiempo, nomás.

–Bueno, será así. Pero don Teófilo dice que los más pobres son los que no tienen tiempo, porque el tiempo les sobra a todos.

–Ah...

Otra vez suspenden el diálogo. Cada uno ha escuchado al otro, y todo está bien. La Colorada manosea el pastito y se deja encantar por el ruido del agua del canal. Piensa que más tarde le gustará mojarse los pies y pisar la arena caliente del borde, cuando Cataldo diga. Cataldo está vichando el movimiento de unas ramitas. Sabe que anda una lagartija. Quiere verla, no para hacerle nada, para verla nomás. Espera: ya saldrá.

–Podrías llevarla –dice el marido e indica con el gesto a Suspiros.

–¡No! –es la respuesta rebelde de Amaya.

Pero se turba, porque el marido está desconfiado, receloso, como en otro tiempo.

Sin embargo, él no insiste.

–Dejame un piyama limpio.

Atiende el negocio con pantalón de fantasía y saco piyama.

Amaya retira de la cómoda un piyama color salmón, de complejos alamares blancos, y lo extiende sobre el lecho matrimonial.

Suspiros observa. Dice:

–El hombre del circo tenía dibujos así. Pero el saco era rojo.

Amaya sonríe por la comparación y piensa que su sonrisa no es contra el marido. Mas de pronto se pone seria. Tiene piedad de él, porque ella sabe lo que puede hacer. Piedad, piedad que la conmueve. Algo que prefiere confundir, no entender: abraza a la niña y le habla, con fuego, de que la quiere, de que la quiere mucho, "demasiado" dice. Suspiros la deja hacer y la contempla con una mirada vacía. Amaya se desconcierta; enseguida decae.

Vuelve de la ciudad, alucinada. Pero insatisfecha. Alguien le ha dado un número de teléfono. ¿Por qué accedió a escucharlo? Procura olvidar el número; no obstante, las cifras persisten.

En el ómnibus, Amaya encuentra al veterinario, el sán-tafesino. Está en el asiento del costado y tiene la mirada en reposo sobre ella, quizás desde hace un rato, seguro de mirar sin ser visto.

Amaya no lo conocía así. Lo sabe altanero, despectivo. Ésa es la reputación. Le dicen doctor, si bien algunos dudan de que al veterinario, por más estudios que haga, le concedan ese título. Amaya no percibe su propia arrogancia de ese momento, ese disgusto interior que la aísla y la distancia, que posiblemente achica a los demás.

Se siente como en falta, una falta de cortesía, como si no hubiera correspondido a un saludo y saluda ella, con un gesto, al hombre que contesta sorprendido.

Nada más. Pero en el resto del viaje se miran, dos veces, a los ojos.

Entra por el negocio, excitada. Siempre escapa por el zaguán. El marido enjuicia la diferencia: "No se controla".

Besa a la chica, la besa mucho... con la mente puesta en otra parte.

Pregunta a la sirvienta por la cena. "¿Falta algo? Lo compro yo. Salgo. Estoy vestida." La sirvienta, con una actitud de indiferencia, dice que no.

Después cenan y el contraste entre lo que le pasa y lo que la rodea la sumerge, la aplana, la serena.

Se recoge en sí misma a tal punto que se toma las piernas con los brazos y permanece un tiempo en una sillita baja, en la oscuridad del segundo patio, el que se abre directamente a la quinta.

Atiende rumores, como si oyera pasos en la calle. Viene la luna e ilumina el pozo de balde que se usaba en otra época. Amaya ve desde allí lo que desea ver: que la luna revela, contra la pared blanca de la casa de enfrente, a un hombre que espera por ella. Un hombre inquieto y silencioso, que no se sabe quién es.

Y algo, en algún punto del cuerpo de Amaya, vibra. Y Amaya siente la necesidad de abrirse, de recibir más vida, otra cosa. Aspira, aspira profundamente, y la penetra el olor de la tierra regada, y eso que parece venir de la pulpa de los duraznos amarillos que están maduros.

–Mamá...

–Sí, voy.

Pero no va, se deja estar, un brazo bajo la nuca, sobre la almohada, los ojos dirigidos al lienzo del cielo raso, sin ocuparse de él.

Un perro ladra, no en la huerta, no lejos en la calle, sino como si estuviera en la casa. Pero, ¿qué importa?

Ha pasado la furia y ha pasado el desfallecimiento del día anterior. Ahora Amaya es una mujer sin apuro, sin necesidades inmediatas, indolente con placer de serlo.

–Mamá...

–Sí, voy.

Y empieza el día.

El almuerzo.

El padre acaricia la cabellera de la hija.

–Casi te quedaste sin gato.

–No tengo gato, papá.

–Cómo no, ¿y el gris?

–Ése es suyo, para que esté en el negocio y se coma los ratones.

La réplica desvía al hombre, que siente necesidad de contar, tal vez porque nadie habla. Porque Amaya y la Colorada comen ocupadas sólo de la comida. Amaya se levanta, trae más pan. Suspiros pide agua, bebe, se seca con el dorso de la mano, mira afuera y se deja llevar por su mirada.

–¡Un animal, un bruto! Trajo el perrazo al negocio. No me gustaba...

Amaya cesa de masticar. Espera.

–...El perro vio al gato. Ladra que te ladra. Y todo retumbaba que parecía caerse. Le grito: ¡Haga algo! Lo agarra del collar, es cierto; pero lo deja escapar.

Ya Amaya está en el episodio, lo vive:

–¿Lo mordió?

–No. Salió a la escalera y de ahí a las pilas de los zapatos, arriba de la estantería.

–¿De quién era?

–¿Qué?
–El perro. ¿De qué estamos hablando?
–Del doctor, el veterinario. Nunca viene a comprar. La vez que aparece, hace escándalo.
–¿Se disgustaron?
–Yo, por mí... Para la falta que él me hace... Pero quiso quedar bien. Me ofreció un cachorro. Porque no es perro, sino perra, y dice que tiene dos cachorros de tres meses.
Amaya lo deja hablar. Él está haciendo algún cálculo, alguna reflexión.
–La perra es fina. Él dice que es buena cría, quizás convenga.
–¿Le dijiste que sí?
–No. En ese momento no supe. Le dije que perros hay muchos por la calle y se mueren de hambre. No pensé.
Amaya sabe qué hacer. Habla a Suspiros, sin nombrar el cachorro:
–¿Te gustaría...?
Suspiros dice sí. La Colorada también: "Traelo, Amaya. Traelo".
El hombre extiende y abre verticalmente las manos sobre el mantel, levanta las cejas y parece disculparse:
–No me opongo. Yo no me opongo.
Amaya ve manotear al marido, se distrae de él. "Un bruto", ha dicho, "un animal". Amaya piensa: "Bruto, un hombre que puede mirar así, a los ojos, sólo a los ojos...".

Amaya irá a pedirlo y a traerlo. Pero eso no puede ser antes del lunes. Hasta que se acostumbre, no se puede dejar solo al cachorro, toda una tarde, pues aullaría sin cesar, y eso equivale a sacrificarlo. Mañana es día de cine, día de cine en la ciudad. La Colorada no va, porque ella...
En el teatro Independencia, frente a la plaza, conocen el cine "sonoro y hablado". Canta Jeanette Mac Donald con voz larga y aguda. Maurice Chevalier hace muecas y dice canciones alegres. "El desfile del amor."
Cuando encienden las luces y hay que irse, un cuchicheo que recorre la sala previene al marido, que verifica y alerta a Amaya:
–En aquel palco, fijate: Borzani, el interventor.

Y a Suspiros:
–Mirá, mirá, Suspiros: el gobierno.
Amaya calcula que la niña se hará idea de que el gobierno es un palco de teatro con un hombre canoso vestido de negro, que habla y saluda a mujeres de collares largos que les caen por afuera del vestido.
Piensa que puede ser condescendiente con la simpleza ocasional del marido y deja que susurre sus informaciones ("Aquél, aquél de barba, es el Dr. Viñas, director de escuelas. Dicen que le gustan las mujeres"). Amaya no atiende, porque algo hay, de todo ese ambiente, que le trae a José Luis. Se siente invadida por una ola tierna y se dice que un día vendrá sola al cine "para estar con él".

–¿Cuándo, mamá?
–Esta tarde, Suspiros. Esta tarde.
No se reprime tanto tiempo. Sale al final de la mañana, con Suspiros tomada de la mano.
Se detiene en la vereda. Nunca miró bien la casa del veterinario. Es vieja, antes de que él llegara la ocuparon los Gutiérrez; pero ahora está pintada y el jardín rebosa de geranios, amapolas y magnolias.
Interroga a Suspiros, con preguntas de doble fondo, porque en este momento hace de la niña su oráculo:
–¿Te gusta? ¿Entramos? ¿Nos decidimos?
Suspiros contempla largamente el jardín resguardado por tejido de alambre. Dice sí con los labios y la cabecita, y cree necesario expresarlo de modo más completo:
–Sí, me gusta.
El oráculo ha respondido. Amaya siente que adentro le crecen la confianza y la esperanza.
Llega a la puertita abierta. Pisa el sendero que se desenvuelve entre los macizos de plantas y la galería que ampara las habitaciones.
Golpea las manos.
Se revela, con la voz, una anciana que estaba al fondo, en una hamaca de madera y esterilla:
–¿Señora...? Buen día. ¿A quién buscaba?

–Señora... ¿Usted es la madre? Busco al doctor, digo, al veterinario. Perdone, ¿está?

Ha dicho todo atropelladamente, ha averiguado como buscando el vínculo familiar que la acerque.

La respuesta no desarma su gozo de aventura, de incursión en lo que puede suceder. Sí, ella es la madre; pero el hijo no está... ¿Volverá en la mañana?, pecha la urgencia de Amaya. No; no volverá. Y la contestación trae una imagen chocante e imprevista: "En la mañana no está nunca. Atiende el matadero". Ah, el matadero, repite Amaya y piensa en animales abiertos y en los brazos de él desnudos hasta el codo y con manchas de sangre que le pegotean el vello. Flaquea su arrebato inicial. Quiere cambiar la impresión que acaba de recibir. Mira el jardín.

–¿Podría llevar una flor?

–¿Una? Sí, cómo no. ¿Cuál? Elija, córtela usted misma.

Amaya elige. Quiebra el tallo de una vara de gladiolos y la savia le humedece los dedos. No mira las flores, un instante la retiene el tallo, con su herida fresca, y piensa en una sangre vegetal limpia y breve en su manar, que purifica.

Ya no le cuesta anudar el diálogo:

–Vine por el cachorro, un cachorrito que le ofreció a mi marido.

–¿Un cachorro? –la anciana no parece estar al tanto–. ¿Un cachorro de perro?

–Sí, de la perra grande de ustedes.

–Pero si ya los dio todos...

Amaya mira a la niña. Suspiros espera, confiada: ella cuenta con una promesa que vino, a través del padre, de un hombre poco conocido que sin duda es dueño de un perrito que quiere darles, y esa señora no tiene nada que ver en el asunto.

–¿Por qué no habla con él? Estará en la tarde. Puedo decirle que la espere.

–Sí, está bien, señora. Volveré, naturalmente. Vendremos.

Es como si se hubiera equivocado de casa, de gente.

–Puedo distinguir los colores con los ojos cerrados –dice la Colorada.

Sin maravillarse, Cataldo informa:

–Yo también.

–¿Vos también? –la Colorada se alegra de compartir un don con Cataldo.

Pero lo pone en situación de prueba:

–¿A ver?.. Cerrá los ojos y decí.

Cataldo no creía que llegaran a tanto. Traga saliva, junta los párpados y espera.

La Colorada no le propone nada, porque busca alrededor qué nombrarle y no lo halla.

Cataldo reclama:

–¿Y?..

Urgida, la muchacha explora en sí misma: mete una mano debajo de la blusa, encuentra algo y lo saca.

–¿Qué tengo?

Cataldo intenta tocar. Ella le da un manotón. Cataldo huele con vehemencia, ampliando las fosas nasales. Discute:

–Color, dijimos. Qué cosa es no me doy cuenta.

–¿Te digo?

–Sí; preciso. Decime.

–Es un bretel.

–¿Cómo lo sacaste? Se te perderán las enaguas.

–No te importa. El color quiero saber. Decí el color.

–Rosado.

–No, blanco.

Cataldo rezonga:

–Yo iba a decir blanco...

La Colorada se entusiasma:

–¿Sabías que era blanco?

–Sí.

–¿De veras? Entonces ganaste.

Lo ataja:

–¡Sin abrir los ojos! Vamos a seguir.

Se toma un tiempito y sigue:

–¿Tengo pecas?

–Sí tenés. ¿No lo sabías?
–Sí que lo sé; pero yo no sabía si lo sabés vos.
–Sí lo sé.
–¿De antes?
–De antes.
–¿Te fijaste en el color?
–Nunca, palabra.
–¿Cierto?
–Muy cierto.
–Entonces, adiviná.
–Tenés pecas rojizas.
–No.
Cataldo abre los ojos, extrañado, para comprobar. Examina bien las pecas de la amiga y tantea una averiguación, recelando de ofender:
–¿No son coloradas?
–No.
–¿Ni así: medio coloradas con marrón...?
–Dije que no.
Se resigna:
–Bueno, me equivoqué.
–Sigamos con otra cosa.
Cataldo acata con inquietud. Sin embargo, en un buen rato, la Colorada no sale adelante.
–¿Te ayudo? –se insinúa Cataldo con timidez.
–No, está bien; pero, a ver.
–¿Algo que esté lejos?
Ella acepta.
Cataldo aprieta los párpados y dice:
–Suspiros, tu sobrina, es azul.
–Sí, pero no vale. Lo sacaste por el nombre.
–No, te lo juro –argumenta Cataldo aprovechando para abrir los ojos–. Ni me acordaba del color de esas flores.
Se aleja del juego lo más que puede:
–¿Qué le llevamos hoy?
Porque todos los días los dos tontos le llevan algo: un cangrejo de pinzas coloradas, una larga espiga de cortadera florecida, un pichón

de gorrión de grandes boqueras amarillas que cayó del nido...
Amaya está dejando pasar la tarde.
–Mamá, el perrito.
–Después.
Se halla al fondo, frente a la quinta.
Ramírez, jornalero, forma meticulosamente los surcos de las lechugas. Las gallinas cloquean bajo y gangoso, con su sueño adelantado a la hora del poniente.
–Mamá, el perrito.
–Juegue un rato, hijita. Pídale un higo blanco a Ramírez y se lo come.
No hay tal perro, bueno, ¿y qué importa? ¿No usó el perro para acercarse a ella? Su propia vida, ¿está libre de mentiras? Sí, todo eso se entiende; sin embargo, ¿qué es lo que se ha encogido en ella? No podría ya ir a la casa, no podría buscarlo. Ésa es la palabra: buscarlo. Pero, ¿qué le ocurre, por qué necesita tanto a alguien más? ¿Y cómo, en fin, debe ser ese alguien? ¿Un veterinario? ¿De veras un veterinario de matadero?
Asocia: quiere imaginar a José Luis... Imaginar a José Luis como si él fuera...
–Mamá, ya comí el higo de miel.
–Sí, bueno; dejame.
–¿Y el perrito, mamá?
–¡Hay tantos perros sueltos por ahí! ¡Mañana te llenaré el patio de perros! ¡Dejame!
La niña se acoge a la prudencia del silencio. Cuando observa que la madre la olvida, se aparta y prende una mano y los pequeños dientes del alambre pulido del gallinero. Lo roe tenazmente, como una amargura.
José Luis. Veterinario. No, doctor en veterinaria. Sanaría las alas de los pájaros caídos y, para vivir y por compasión, curaría los perros y los gatos de la gente rica. Tendría en la ciudad una casa de patios con palmeras, poblados de jaulas techadas con los animalitos enfermos, todos mansos, todos limpios, aunque tristes... Todos confiados a su mano.
El marido. Amaya lo siente llegar.
Él dice "aquí está" y pone un cabrito en el suelo. Es de pelo liso, crecido, muy pulcro, con destellos brillantes como chispazos.

No puede ser el regalo ofrecido por el veterinario. La niña parece contenida por la misma duda, hasta que el padre la atrae: "Vení, es para vos", y ya se entrega, en una carrera que no para hasta tenerlo en los brazos.

Amaya desconfía:

–¿Lo conseguiste vos?

El marido distrae la voz, no la mirada, que sigue prendida del entusiasmo de la hija:

–No. Lo trajo él, el veterinario. Dijo que ustedes fueron, esta mañana...

Amaya se ha erguido, repentinamente.

–¿Está ahí?

–No. Se fue.

La mira. Se ha puesto serio, él sabe por qué.

–¿Te importa?

–No.

Dice no con arrogancia, pero a la defensiva. Luego, con humildad –ella sabe por qué–, se justifica:

–Hay que agradecerle...

–Ya le agradecí yo.

Por los fondos de la quinta aparecen los dos tontos. Traen frescas ramas de sauce. Se acercan con prudencia, al ver reunida toda la familia.

Cuando están a unos pasos, se detienen, mirando el cabrito nuevo. Suspiros lo alza, para que la Colorada lo vea mejor.

El padre de Suspiros pregunta "¿Te gusta el chivito, Colorada?" y responde el Cataldo, "Sí; es mansito, lindo chivo".

El veterinario irrumpe. Es un hombre voluminoso.

–¿Le gustó a la chica?

Tenía que gustarle. No era necesaria la averiguación. El padre de Suspiros se molesta, sin que el otro lo advierta.

–Hay que cuidarlo. Está recién separado de la cabra. ¿Puedo verlo? ¿Dónde lo tiene? ¿Le hizo cama de paja?

El padre se defiende accediendo a que entre. Lo lleva al fondo.

Suspiros trata de impedir, como se le ha enseñado, que el cabrito penetre a la huerta. Pero él más bien muestra otra necesidad y aplica los labios a todo lo que le recuerda una mama.

Amaya los ha visto pasar por el patio del parral. Se presenta silenciosa y se mantiene a distancia, observando al veterinario que abunda en instrucciones y habla con energía sin sosiego, como ordenando el mundo.

Amaya se siente serena y dueña de todo el tiempo que es posible imaginar. Espera.

El marido nota que está allí y recurre a ella como para sacar de encima de él la atención, la absorción de ese hombre.

–Mi señora...

–La conozco –y le tiende la mano–. Fue a mi casa. Yo no estaba. Nunca hemos hablado. Hace poco que vivo acá.

Y vuelve al marido y al chivito.

Aparece el dependiente. Se mantiene en segundo plano, aguardando que le concedan oportunidad.

–¿Qué hay? ¿Hago falta? –averigua el amo.

–Sí, lo buscan a usted.

–Deciles que ya voy.

–Por mí –indica el veterinario– vaya nomás. Lo espero. Linda huerta. La miraré de acá.

Queda con Amaya. Depone toda exaltación. No mira la huerta.

–¿Usted es maestra?

–Sí.

–Sin escuela, como yo.

–¿Maestro? ¿No es veterinario?

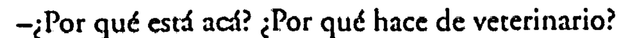
–Primero maestro. No puedo enseñar, el sueldo no basta para vivir. ¿Lo escuchó a Orgaz? No, usted no estaba.

–¿Orgaz?

–Arturo Orgaz, vino de Córdoba. Habló de nosotros en la escuela Patricias. Yo tenía ganas de llorar en la sala. No, mejor, de golpear y romper todo. Me ponía furioso de ganas de ser maestro, de enseñar cantando o a gritos.

Se enciende, mueve el aire con los brazos.

Amaya se repliega y se admira ante ese inesperado fervor.



–¿Por qué está acá? ¿Por qué hace de veterinario?

–¡Me engañaron! Vine con la intervención. Había trabajado en Santa Fe por el partido. Me prometieron todo y me dieron nada: veterinario de matadero en un departamento. ¿Lo ha visto? ¿Lo conoce?

–No –Amaya retrocede como embestida.

–Está a la orilla del canal, en Luján. La sangre y los desperdicios van al agua. La gente toma el agua, kilómetros y kilómetros más abajo.

Se calla.

Dice "Me voy. Buenas tardes".

Amaya dice "Lo acompaño" y él agradece, "Sé la salida".

Se va y Amaya permanece mirándolo, deprimida, aunque serena. No obstante la despedida, el hombre vuelve y quiere saber:

–¿Ha visto monos vivos?

–Claro, en el zoológico, en el circo...

Él se contraría; procuraba ofrecerle una novedad. Pero insiste:

–Ayer he traído dos. Puede llevar a la nena.

Se interrumpe y luego, de un modo terco, ofuscado, plantea:

–Si tiene otro hijo, que venga también.

Amaya persevera en su tranquilidad:

–No tengo otro hijo.

Él cabecea, pestañeando, tomándose tiempo para asentir, porque ha querido entrar en la intimidad de Amaya y tiene adentro un tumulto de cosas. Amaya lo sabe.

Después parte.

–Un atropellador. Una de esas personas que es mejor recibirlas con la puerta cerrada –dice el marido.

Amaya ironiza para adentro: "¿Cómo cerrar la puerta de un negocio? ¿Por dónde entran los compradores?". No procura defenderlo, aunque opina:

–No hace daño.

–Sí, no hace daño –consiente el marido–. Está comido por una furia, pero no la descargará sobre nadie, porque está furioso con él mismo. Un desesperado.

Ése es el retrato, medita Amaya: un desesperado. Ya no oye las frases del marido, que habla con la boca llena y levanta el tenedor junto con el tono.

Amaya se considera frente a ese desesperado: no docilizarlo, no hacerlo como los demás. Que no sea un resignado. Y envolverse, dejarse envolver por la desesperación apasionada de él. Quemarse, quemarse. Pero... ¿él lo merece? ¿Él la toma en cuenta?

–¿Podemos, papá?

Suspiros ha aprovechado la interrupción del diálogo de los mayores para recaer en el tema de antes: que si pueden ir a ver los monos.

Sí pueden. La Colorada también.

–¿Y el Cataldo? –reclama la Colorada.

No le hacen caso.

En la entrada, el veterinario está manso. No obstante, Amaya es suspicaz: ya sabe con qué facilidad puede ponerse fuera de sí. No teme, mientras la agitación no sea contra ella. Se siente espectadora, como de un fuego, que tuesta y seduce con el calorcito y la fascinación de las llamas.

Al pasar busca con la mirada el tallo herido de gladiolos. No lo identifica. No le pesa: ya tiene o puede tener más que eso, que un signo, que un símbolo, que una memoria. Tiene una incertidumbre cargada de promesas.

–Éste es mi padre.

El viejo estaba arañando la tierra del jardín con una aporcadora de dos dientes.

Ríe con buen humor y afectando resignación:

–A él le debo que todos me llamen por el apellido: soy Romano, nomás. Cuando firmo: G. G. Romano. Un admirador fanático de los teutones, que se descarga en el hijo con dos nombres que no se pueden usar todos los días...

Amaya muestra la curiosidad.

–¿Quiere saberlos? Gandolfo Gildas. ¡Gildas!, ¿se da cuenta? ¿Y sabe qué significa? "Dispuesto al sacrificio."

Romano está explicando que Gandolfo, también de origen teutón, equivale a guerrero, un guerrero valiente... Mientras, Amaya se repite: "Dispuesto al sacrificio, dispuesto al sacrificio...". Y ya no piensa en Gildas, ni en Romano, y dice, se dice dulcemente: "El dispuesto al sacrificio, José Luis, al sacrificio dispuesto...".

Romano se adelanta, deja atrás al padre, y Amaya lo contempla contra la luz que filtran los árboles, pleno de ademanes, eufórico y, sin embargo, tan propenso a caer, a derrumbarse, tal vez a gemir como un niño asustado. Y vuelve hacia él compasivos pensamientos: quizás no lo sabe, quizás no sabe su predestinación, aunque sepa lo que dice su nombre... Quizás José Luis no sabía...

Romano impulsa a Suspiros y a la Colorada para que avancen sin que él las guíe, derecho, detrás de esa pared, donde hay una puertita medio desarmada.

Amaya entiende que quiere hablar con ella. Acorta el paso. Él la detiene decididamente. Ya no es el hombre festivo de recién. Señala allá, adonde el padre sigue aporcando las raíces sobresalidas:

–¿Sabe qué le debo también? –dice con amargura–. Vivir acá. El pulmón –y señala en su propio cuerpo. Pero no hay lugar a equívoco: el enfermo es el padre–. En el matadero, la tuberculosis de las vacas. Aquí... ya ve.

Amaya se dice: "Otro mal, otra cosa que le pasa a él. Siempre escuchar. Pero a mí sólo me interesa mi historia". No obstante, habla con distintas palabras:

–Bueno, aquí no es raro. Hay muchos enfermos. Disimulan. Vienen de todas partes. Dice que el aire es bueno. Los ignorantes suponen que el aire se está contaminando.

Romano muestra desencanto. Sin afecto, sin cortesía, le enrostra:

–Sí, aunque esa no es la cuestión. A usted no le importa lo que dije de mí. No le interesa mi dependencia, mi destierro.

Amaya se defiende con otra aparente generalización:

–Nadie entiende al prójimo, nadie.

En realidad, está diciendo: "Tampoco a mí nadie me entiende, nadie". Romano percibe únicamente "Nadie entiende al prójimo" y replica:

–Nadie lo escucha. Todos son sordos, por eso uno se queda solo.

Vuelve la espalda y toma hacia adentro, dejando que Amaya lo siga como si eso tuviera que suceder, simplemente.

Detrás de la pared están los animales. No uno, no sólo los dos monos. Amaya se encuentra, de improviso, con las casillas y las jaulas que imaginó para el patio de José Luis. Nadie le había advertido de esto y en el pecho algo le golpea alborotadamente a favor de Romano.

No es igual, no, de ningún modo. Esto fue huerta, se ve; pero alguien la dejó secar y la tierra está dura y casi pareja. Sin otro verde que el de los árboles que asoman por encima de la tapia de adobones, parece que el sol baja no a dar la vida, sino a sorberla.

La perra, con cadena corrediza a lo largo de un alambre que va de punta a punta del cercado, sacude con sus ladridos el silencio que sobrevino al diálogo áspero. Ladra de afecto, al ver a su amo, y se le echa encima parada en dos patas, babeando de placer con la lengua colgándole a un costado. Romano se deja un momento y luego la aparta. La perra lo sigue, garroneándolo.

Suspiros y la Colorada han encontrado la jaula de los monos y se mantienen a distancia, mirándolos mientras los monos las miran.

El veterinario toma un monito de la piel del cuello, como se alza a los cachorros de perro, y el simio se debate.

–Hay que amansarlo. Se ponen muy buenos. Antes de seis meses lo llevaré en el hombro, por la calle.

Quiere que Suspiros le toque la dura pelambre amarilla. Suspiros se niega. La Colorada. No, tampoco.

–¿Y usted, Amaya, se anima?

La ha nombrado Amaya y Amaya lo mira a los ojos.

Sí, ella se atreve. Acaricia el costado del monito, que se abandona a las manos humanas, y acariciándolo acude a los ojos de Romano que están de nuevo en ella, intensos, ansiosos como un reclamo de adolescente.

Pájaros oscuros, callados, mustios, en otras jaulas.

–¿Para qué los tiene?

–Son ponedores. Con los huevos alimento las víboras.

–¿Víboras?

Ladrillo, cemento y vidrio: algo que estaba más allá, que no solicitaba la atención de Amaya. Adentro se enroscan, se aplastan unas a otras.

–Pienso elaborar suero antiofídico y venderlo a la Dirección de Salubridad.

De inmediato, Romano hace sorna de sí mismo, aunque sombrío, con un despunte de su ardor de otros momentos:

–Pienso. Pienso mucho. Mire.

Conduce a Amaya hasta otra jaula, de alambrado fino que forma dibujos octogonales. Movedizos, trepadores, ajenos a las leyes del equilibrio, corren unos centímetros, se detienen, observan, huelen, seis o siete ratoncitos blancos.

–Pienso criar y venderlos. Aquí es fácil y económico; sin embargo, ¿a quién se los vendo? No hay Facultad de Medicina, nadie experimenta. Tendría que mandarlos a Buenos Aires, a La Plata, a Rosario, a Córdoba, qué sé yo, y me encuentro con que hacen falta envases especiales. ¿Se da cuenta? Yo sé criarlos. No me sirve de nada. Podría experimentar yo mismo. Pero debe guiarme un investigador. ¿Se da cuenta? ¿Qué puedo hacer?

Se interrumpe abruptamente. Levanta la cabeza como para tomar luz en la frente. Sonríe, con amargura, pero sonríe.

–Venga.

La toma de la mano y tira.

Amaya obedece y a la vez mira buscando a la hermana y a la hija, para controlarlas, por si la controlan. Circulan de jaula en jaula, absortas, ajenas a todo lo que no sean los animales.

Contra el muro del final hay una ruina. Adobes, paja, un palo grueso plantado y sujeto al palo con una cadena un zorro pequeño, no desarrollado, que trata de encogerse, de no ser visto, adherido a la tierra, con la experiencia de que no hay escapatoria, de que en su cautiverio no existen rincones para él.

–Lo cacé yo, sin herirlo. Se me quiso escapar. Lo tomé del cogote, con las dos manos, y parece que entendió que podía matarlo. No pataleó más hasta que lo metí a una bolsa.

Amaya mira esas manos. No la asustan. Podrían ahogarla a ella. En ciertas circunstancias, tal vez, lo admitiría.

Romano hostiga al animal. Con una rama le chunza los flancos. El zorro se irrita y muerde haciendo saltar la corteza. Deja su hueco en la paja y puesto en pie, no con virilidad, sino medio agazapado,

ladra como un perrito, con la misma voz, aunque más chillón, más ridículo, más temible y lastimoso.

Romano se divierte.

Amaya siente próximas a la hija y la hermana, que han acudido en silencio a presenciar el acoso y no lo comparten, lo sufren.

–¿Por qué no lo suelta? –pide Amaya.

La diversión cesa para Romano.

–Soltarlo. Sí, puede ser. No lo había pensado. Podría venderlo a un zoológico, pero no vale nada y antes me arrancará una mano.

Todo su cuerpo amplio se retira y camina hacia la puertita desarmada, flanqueando las jaulas. Es como si anunciara: la visita ha terminado.

Amaya toma de la mano a su criatura, que la sigue doblando la cabeza para despedirse de los animales presos.

La tonta trota detrás, con su vestido verde.

Donde hay sombra y se respira, entre la galería y las plantas altas que cobijan el jardín, Romano retiene a la mujer tomando su brazo desnudo.

–Quiero ver con usted una figura de yeso.

–¿Dónde está? Vayamos, hay tiempo.

Es como decir: no soy arisca, no estoy ofendida.

–Aquí no. En la ciudad, en el taller.

–¿Qué taller?

–Del escultor. Se llama Cardona. ¿Lo conoce?

–No. Pero a la ciudad no puedo ir.

–Hoy no. Mañana, pasado, ¿podrá?

Busca otra vez el encuentro de los ojos. Sus ojos se comprenden.

–Sí.

Se ponen de acuerdo. Cierto ómnibus, el día de mañana...

–Hábleme de la escultura. Tal vez necesite justificarme.

Habla delante de Suspiros, delante de la Colorada, que no entienden en absoluto:

–Es un criollito, como el que riega las calles con el balde. Pañuelo al cuello, alpargatas. Fíjese, alpargatas en una escultura. ¿Usted sabe la pena que me da? Es la actitud, ¿comprende? Achicado, blando, vencido, ¡hambriento! Sí, olvidado de comer, tirado. ¿Se da cuenta? ¡Una vergüenza!

Se ha exaltado de nuevo. Su brazo derecho se alza y tiembla, iracundo.

Amaya entrecierra los ojos y sacude levemente la cabeza.

Romano cree que es de aflicción por el criollito. Baja el brazo y enmudece.

Vuelven a casa las tres mujeres, subiendo a las veredas embaldosadas, bajando a las arrugaditas de tierra dura y las polvorientas de piso flojo.

"¿Usted sabe la pena que me da?", recuerda Amaya. Pero suya es también la pena, otra pena, por ese hombre fuerte y desorbitado que quiere hacer dinero con ratones blancos y el veneno de las víboras; cruel con el zorro que no estranguló; condolido de los pobres hombres de la calle cuya estampita doliente anima los dedos del escultor.

De pronto se siente cansada, muy cansada. Mañana... Quiere explicarse que no, que no es por eso de mañana, y se dice que es éste, este día, uno de esos días que consumen, porque se vive tanto, y tan de golpe...

Siempre hacen un poco de vagabundos. Hoy no. La Colorada tiene adonde ir. Toma la mano de Cataldo y lo hace entrar en una viña, saltar un zanjón y pasar un dilatado baldío lleno de yuyos y de terrones calientes que queman los pies. De ese modo llegan por los fondos a la casa del veterinario. Trepan el muro bajo de adobones.

–Aquí es.

–Sí –para Cataldo, visiblemente, no constituye una revelación.

–¿Has andado por acá?

–Sí. El hombre grandote traía un canasto y algo chillaba. Me vine por la otra calle –es más fácil– y esperé para saber. Eran dos monos. Están allí. Cataldo habla con extrema tranquilidad, contemplando el terreno graneado de jaulas. La Colorada lo observa a él. Sigue la explicación y luego averigua, con prudencia y un respeto afectuoso:

–¿Me invitaste a venir y yo me olvidé?

–No –Cataldo no cesa de mirar al interior–. Nunca te dije. Es triste. Los animales que no se comen no tienen que estar encerrados.

–Ah...

–¿Aguantarías estar encerrada?

–No. Vos abrirías la puerta.

–Sí. Yo abriría.

Silencio y nueva meditación de la muchacha.

–Las víboras no se comen. ¿Las soltamos?

–Les tengo miedo.

–Yo también.

Buscan hacer algo. Tardan en determinar qué.

Ahora propone Cataldo:

–El zorro.

–Muerde. Yo lo vi.

–No importa. Tiene la boca chiquita. Morderá poco. Y no es venenoso.

–Amaya dijo que lo suelte. El hombre prometió.

–No lo ha soltado.

–No.

–Los ratones.

–Bueno. ¿Y si nos agarra la perra?

–Yo sé cómo.

Baja provisto de un palo largo. La perra corre de punta a punta del alambre pero sólo puede alcanzarlo con ladridos. Con el palo, Cataldo levanta el pestillo de alambre de la jaula y enseguida la pecha hasta voltearla de costado. La puerta queda abierta y los ratones blancos se evaden y se dispersan. En un instante han desaparecido por los agujeros que socavan el muro. Sólo queda uno que no se da cuenta de la posibilidad y corre velocísimo por la malla de la jaula. Cataldo la golpea con el palo y el bichito, espantado de más, dispara a cualquier parte y de esta manera acierta con la salida.

–Ayudame.

La Colorada le da una mano y Cataldo trepa el muro.

Cuando el sol declina, están en la punta de una hilera, sentados en la tierra, comiendo uva.

–Tengo hambre. Con pan es más rica.

–¿Vamos a buscar?

–No tengo ganas.

–Bueno.

Alguien viene por el callejón. Los dos tontos cesan de palabra y de movimiento, sabiéndose intrusos. Esperan pasar inadvertidos.

El contratista vuelve a la casa, azadón al hombro. Los ve y sigue de largo. "Para lo que vale la uva", piensa.

En la mano que sostiene el azadón lleva una servilleta anudada por los extremos, haciendo orejas. Se recuerda de ella y se desvía hacia atrás. Ante los dos tontos, que lo miran desde abajo, todavía masticando granos rosados, descarga el azadón, desanuda la servilleta y saca dos mendrugos de pan. Se los tiende en una mano, en una sola mano áspera de tierra y de trabajo:

–Con pan es más buena, tomen.

Cataldo recoge los mendrugos y alcanza uno a la Colorada. Empieza a comer el pan con uva y mira torcido al contratista, preguntándose por qué no termina de irse, ya que no los echa.

El hombre se limpia el sudor del cuello con la servilleta, la guarda en un bolsillo, carga el azadón y reanuda el camino.

Más tarde se reclinan en el yuyal crecido del callejón y la Colorada busca hinojo para masticar la vaina jugosa.

De pronto comienza a reírse, bajito, como para sí misma, concentrada, ausente.

Cataldo se sienta y la observa con prevención.

–¿Qué te pasa, ah? Decime, ¿querés?

–Tengo cosquilla.

–¿De qué? ¿Quién te la hace? ¿En dónde?

–Aquí –dice la Colorada y se levanta la pollera–. Entre las piernas.

Se abre de piernas y muestra los muslos hasta muy arriba. No para de sonreír, con altos y con bajos, como si la recorrieran ataques de comezón.

Cataldo se ofrece:

–¿Te ayudo? ¿Te rasco?

La Colorada acepta y se echa de espaldas, la pollera alzada hasta el bajo vientre, las rodillas separadas.

Cataldo le rasca con suavidad la cara interior de los muslos y ella se retuerce de risa.

–Estate quieta, si no no puedo.

Repentinamente, las risitas se acaban. Cataldo escruta el rostro de la muchacha. La Colorada se ha puesto el dorso de la mano sobre la boca, hace hic, hic, y lagrimea.

–¿Y ahora...?

No responde.

Él espera.

Después ella se repone y le explica:

–¿Que no viste que me dio el hipo?

–Ah...

La Colorada yergue el medio cuerpo y antes de bajarse la pollera se rasca todavía.

–¿Cómo te dio?

–¿Qué...?

–La cosquilla, ahí...

–Me acordé de los ratones.

–Ah...

–No me hagás acordar, que me da –y principia de nuevo a risitas.

Cataldo, en lugar de impresionarse como antes, se ríe, se ríe, se tira al pasto de risa. A ella se le pasa y a él también, y quedan muy alegres.

–Pudimos guardar uno.

–Uno... ¿qué?

–Un ratón blanco.

–¿Para qué?

–Para Suspiros.

–Cierto. ¿Qué le llevamos ahora?

–No tengo nada. ¿Otro sapito?

–Ya está la casa llena de sapos. El marido de Amaya pisó uno, reventó. Dijo porquerías.

–¿Esa piedra colorada?

–No me gustan las cosas coloradas.

–¿Y si en vez de llevarle la traemos?
–Es tarde. El sol se va.
–Hay juegos que se hacen con poca luz.
–Bueno. Amaya se fue a la ciudad.
–Podemos cazar murciélagos.
–Con cañas gruesas.
–A Suspiros le gustará bajar murciélagos.
–Sí, con las cañas gruesas. Le gustará.

El padre se ayuda con una linterna, pero lo mismo tropieza con los surcos y las hortalizas Llama:
–¡Suspiros...! ¡Suspiros...!
Lo sigue, cayéndose, llorosa y culpable, la sirvienta:
–Ramírez regó. Él pudo verla.
El hombre salta los alambrados; la mujer pasa entre los hilos. Pisan la verdura de dos chacras y orillan la amenaza de los perros.
Ramírez cae pronto en el catre: entre semana no es amigo del boliche. Su rancho está apagado. Sólo afuera queda el rescoldo del asado que fue la cena.
Lo despierta el cuzquito guardián, antes que el llamado del padre de Suspiros.
Sí, Ramírez la vio; pasó la quinta con la Colorada y el Cataldo. ¿No ha vuelto...? ¿Cómo puede ser? ¿Y la Colorada, tampoco...?
Ramírez se abotona el pantalón, termina de calzarse las alpargatas, y ésa es su manera de decir que ayudará en la búsqueda.

Son las 9 de la noche, Amaya regresa con la cara, el cuello, las manos cubiertas de besos. No vieron la escultura del criollito, no estuvieron en el taller de ningún artista. Antes de las 8 Romano decidió dejarla porque quería ver una asamblea del magisterio.
Amaya siente en la boca, todavía, esa presión húmeda, con un poco de olor a tabaco, que la violenta cálidamente, por ondas sucesivas que no se acaban.
Contra la costumbre, en el zaguán falta la luz; también en el primer patio. Pero no en los dormitorios, en el comedor, en la cocina.

Habitaciones abiertas, iluminadas, llenas de muebles, los muebles y las cosas de todos los días. Sin embargo, sin haberlo sentido nunca, Amaya percibe que su hogar está como las casas vaciadas de repente por la desdicha.
Se queda en el patio, con miedo de entrar, con miedo de que salga de algún rincón un desconocido y le cuente lo que ha pasado.
Todavía no imagina la desgracia de nadie en particular, no quiere suponer eso. Se le ha ocurrido otra cosa, como si se hubiera producido una retirada, una huida de ella, como si todos, hasta la buena y dulce tonta de la hermana, supieran lo que estuvo haciendo. Se siente como descubierta, como denunciada, como señalada por el silencio.
Pero es un momento.
Después piensa en Suspiros. Piensa con la aprensión de pensar, de quebrar algo con el pensamiento, de nombrarla, porque puede ser como convocar algún mal sobre ella.
Enciende la lámpara de la galería, que vierte claridad en la parte cercana del patio de baldosas, y esta acción ya le suelta las fuerzas para empezar a llamar, bajito todavía, oyéndose:
–Leonardo... Leonardo...
Y pasar a los dormitorios y abrir la ventana que da al segundo patio, pesado de sombras:
–Colorada... Colorada.
Y buscar en la cocina donde no hay fuego encendido para la cena ni tendría sentido llamar a la sirvienta.
Muda, con temor de violentar algo, corre a la vereda y con la mirada registra la calle, de arriba abajo, y cuando alguien viene subiendo y bajando las veredas desparejas, se refugia en el zaguán sin luz y deja que quien sea pase y no la vea. Y queda allí, una mano en alto, apoyada en el revoque cascarudo de cal, esperando lo que tenga que esperar.

Después, embarrada hasta media pierna, viene la sirvienta.
Tiene que averiguar si volvió Amaya, si Suspiros se ha reunido con ella. Es lo que quiere saber el patrón, mientras sigue invadiendo los cultivos y vaciando a medias una que otra casa de gente que se suma para colaborar.

Amaya la empuja para que le diga por dónde.
Y la sirvienta gime:
–Ahora no sé bien, señora. Iban por allá –y señala con todo el brazo un punto cardinal, que no es un sitio preciso ni una distancia.
No obstante, los sacudones, esa rabia inclemente de Amaya, la devuelven a la noche.
La van castigando las palabras:
–Si te han mandado, mujer, es para que volvieras. ¡Estúpida, estúpida, pensá!
Es peor. El entendimiento de la mujer se tupe más y se niega a continuar. Se echa al suelo y llora. Amaya la remece, impulsándola a levantarse, rogándole por último, pero no.
Entonces, Amaya se adelanta sola.
Tanteando sombras, llega al borde del canal. Más abajo, mucho más abajo, algunos faroles, como luciérnagas, hacen rayitas claras en el aire. Comprende: los hombres piensan lo mismo, que en las aguas...
Permanece ahí, débil, muy debilitada, aunque erguida y despejada, oyendo el agua que no quiere ver.
Mira hacia arriba, se humedece los labios mordiéndolos sin hacerse crueldad, y pronuncia su ofrenda:
–Renuncio a ese hombre. No me tocará más. Yo te prometo. Pero que ella esté viva. Aunque enferma, aunque herida, viva.

No, Cataldo no ha vuelto a su familia. No es raro: pasa tantas noches en la bodega vieja...
El hermano, inteligente y fuerte como para equilibrar el déficit familiar que representa el tonto, hace la punta del pelotón.
Desde lejos, lo va nombrando como todos lo nombran, "¡Cataldo!, ¡Cataldo!"; y también como Cataldo se sabe nombrado por el hermano protector y poderoso: "Negro, Negro flaco, que te busco!".
Cataldo oye y cesa de golpear el aire con la caña.
La luna le denuncia, avanzando por el último cuartel de viña, no al hermano bondadoso con él, sino una tropillita de gente irreconocible.
Tira la caña, toma de un brazo a la Colorada y escapa detrás de la bodega vieja.

Pero se acuerda y se desliza hasta el horno que quedó de la antigua casa. Convoca, quedamente:
–Suspirita...
Suspiros no responde. Queda desorientado. Busca con los ojos hasta donde puede alcanzar. No está. Recién estaba.
Cuando bajaron de un golpe el murciélago que salía de dormir en los tirantes de la bodega, se lo confiaron a Suspiros, mientras ellos seguían persiguiendo las fugaces sombras voladoras. Suspiros no lo cuidó, Cataldo ignora por qué, y se retiró junto al horno, a mirar ese zamarreo de las cañas altas, manejadas como finos zancos al revés, que siempre terminaba con un rezongo: "Le escapé", "Se escapó".
Cataldo no sabía por qué Suspiros se retrajo tan enseguida. El murciélago estaba en el polvo, y se movía, como empezando una fuga, un vuelo. Pero nada más. Y la chica se espantó del silencio del bicho, de tenerlo ahí, suelto, a sus pies, sin que él pudiera escaparse, y de que sufriera sin chillar, sin quejarse, cómo hacen las personas, como hacen los perritos pisados por los autos.
Suspiros no aparece ni cerca ni más allá del horno. Cataldo mide el avance de los desconocidos y retrocede.
Después los hombres se detienen ante la inmovilidad de la noche posada en la bodega y ni siquiera intentan una búsqueda.
Están por volverse:
–¿Qué hacemos? Aquí no andan.
–Ni rastros.
Sólo el padre considera, aunque inseguro, que se puede probar. Y dice "Suspiros, Suspiros...". Y repite, como para que la voz de tan baja y solitaria no lo desanime más: "Suspiros, Suspiros...".
Del horno, del interior del horno, se descuelga una pierna, que nadie nota.
Entonces baja del todo y, silenciosa y leve, Suspiros avanza hacia la voz que la nombra.

Amaya supone el diálogo. Lo pule, siempre en el mismo sentido, puesto que depende de su pensamiento y de su voluntad.

Ella le dirá "¿Usted cree en Dios?", ya que nunca llegaron a tratarse sino de usted, y él negará, porque no puede ser de otra manera: "No. No creo". Le pedirá que respete sus convicciones religiosas y él dirá que sí, que puede hacerlo, que puede respetar la fe de los demás. Ese será el momento para explicarle el compromiso, su compromiso, que debe cumplir, porque la criatura le fue devuelta...

Pasa el marido, con su piyama de alamares, consagrado a sus propias cosas.

Amaya deja la silla. Siente en los brazos que ha estado reclinada sobre ellos, echada a medias sobre la mesa.

Se dirige a la cocina. Calienta la leche en la lechera de aluminio. Sobre la llama, mientras comienza a dar su olorcito doméstico, la revuelve largamente con una cuchara. Y el vapor le entibia y le humedece la mano.

José Luis. Sigue con ella, sigue en ella. No se comprometió por él, sino por el otro hombre. No tiene que echarlo de sí.

La leche gira sola y lleva mano y cuchara como si no pesaran.

José, José Luis.

Sin oportunidad de usarlo, el diálogo se gasta en la memoria de Amaya.

No la busca, como si todo lo esperara de ella.

Lo encuentra en el ómnibus. Suspiros entre los dos, coarta las palabras que Amaya no aceptaría decir allí, porque de hablar de eso sólo puede ser para que él entienda... Él se inhibe, pero permite ver la extrañeza, que algo, o todo, se le escapa.

Otra vez, en la puerta de la farmacia, está discutiendo, exasperado. Se tira el cuello de la camisa con la mano izquierda. Transpira.

Amaya dice:

–Permiso.

Él balbucea mientras se aparta.

Cuando ella sale, él ha desaparecido.

Pregunta al marido:

–Y el veterinario... ¿nunca más vino?

–Sí... Compra brillantina, gomina... Siempre cosas para el pelo. Amaya se sonríe. Otras costumbres, tal vez, otros afectos.

Desea encontrar un cabo suelto, para saber si la recuerda:

–¿Nunca preguntó por la cabrita? ¿No quiso verla crecida?

–Nunca. No.

Con un ligero envión de la mano derecha, Amaya impulsa la rueda bruñida de la Singer. Al mismo tiempo hace presión sobre el pedal de hierro y el ruido cuchicheante de la máquina anega de nuevo la familia.

Siguen el carro, por seguirlo. Termina el invierno, les gusta caminar al sol y es bueno tener un pretexto para ir a alguna parte.

Con la revolución, Romano perdió el puesto. Ganó mal, de tantos modos. Se inscribió para escuela rural; pero había desaparecido de todas las listas de los posibles.

Ahora alguien le ha dado un dinerito para instalar un criadero de gallinas de raza. El otro pone la tierra, canal abajo de Chacras; compra los primeros planteles, una incubadora, el alambre para el cercado, maíz, Romano pondrá el trabajo, todo su tiempo; no tendrá ayudantes. Recibirá un tercio de la ganancia, cuando se venda. Mientras tanto, podrá engordar cerdos propios, siempre que no sea con maíz ni afrechillo. Dura condición.

Los dos tontos siguen el carro, por seguirlo, por ver adónde se va Romano, con sus jaulas vacías, con la cama y el baúl.

Después le nacen famas:

–Se va a hacer de plata.

–Gallinas gordas, blancas y coloradas.

–Y belichas.

–Dicen que campea con munición.

–Y perdigones.

–Supo encontrarle, a la tierra.

–En cambio, nosotros, con la viña, ya ve.

No ven. Piensan en lo que han visto y callan. Grandes tumbas, en los callejones, para la uva a medio madurar. Piensan en lo que verán, que dicen que ha de verse: las viñas arrancadas y el vino por las acequias.

–Sobra, dicen.

Hablan de la uva, del vino, sin mencionarlos. Hablan del gobierno, sin nombrarlo. Hablan de una regulación estatal que no entienden, porque destruye lo que ellos han construido, lo que sus padres o sus abuelos plantaron.

–Sobra, dicen.

–Dicen.

Quizá sea negligente, la señora Ignacia, por eso resulta tan fácil incorporarse a su vida y estar en su casa, disponiendo de las infinitas tardes.

El marido de la señora Ignacia pertenece a una de las fracciones de los conservadores –¿a cuál, la azul o la blanca? Amaya no lo sabe bien. Es un hombre dinámico, con las sienes finamente veteadas de canas, afecto a los sacos sport y los pañuelos de seda en el cuello. Tiene raquetas de tenis, aunque siempre permanecen enfundadas. Representa algo de importancia en el gobierno. También hace negocios: tractores y cosas así, en calle Lavalle, frente a "La Libertad"; aunque no se ocupa de un modo personal directo, pues otros trabajan por él. Podría ser profesor, si quisiera, en el Colegio Nacional. "¿Dónde hizo el profesorado, en Paraná o en Buenos Aires?" "¿Profesorado?, no. Él es contador, no más. Pero usted sabe..."

Sentadas bajo la enredadera de glicina, en las sillas de lona de toldo, la mirada se les va en el recuento de todo lo agradable que tiene esa casa de verano, alineada con otras semejantes frente mismo adonde nacen los cerros. La señora Ignacia suele comparar: "Antes no era así". Podría parecer que se encuentra sorprendida, por haber enriquecido tan de pronto. Podría parecer una disculpa. Sin embargo, no es más que una sinceridad: la evocación de otros tiempos sin "blancos" ni "azules" ni tractores.

Quizá sea negligente y por eso disculpa cualquier recuerdo ingrato que Amaya le confía:

–¿Y qué iba a hacer usted, mujer...?

Puede salir con ella y entrar a la confitería Colón, adonde su marido nunca la llevó, y no por lo que cuesta, piensa Amaya. Ver

una película –"Lluvia de millones", "La Sinfonía Inconclusa", "Pimpinela Escarlata"– y después estarse los ratos comentándola.

No hay apuro, no hay último ómnibus que se escape. El marido de la amiga dispone de auto oficial y la hora próxima a la cena los reúne.

Ese tiempo crepuscular que sobra se desenvuelve en ir y venir por una y otra vereda de la calle San Martín. Se desprenden de ellas, se adelantan, las dos muchachas, Suspiros y la hija de la señora Ignacia.

Las madres se despreocupan. Todo les resulta seguro, gozan la seguridad: su respaldo económico, la casa, el esposo, la hija, la vereda ancha de gente que supuestamente nada tiene que hacer...

Pero una vez Amaya observa: al paso de Suspiros se inclina el gesto codicioso de un piropeador. Amaya se violenta y trata de alcanzarla, sin forzar el paso, sin que la señora Ignacia se dé cuenta de lo que ha sucedido. Cuando la tiene al alcance de la mano, la hace volver y Suspiros le ofrece el rostro animado de un resplandor de gozo. Amaya busca, busca, qué hay ya en esa muchachita de trece años y advierte el nacimiento sutil y delicado del busto por debajo de la blusa casi transparente.

El marido recorre con la punta del dedo, sobre el diario, el extracto de los cigarrillos 43. "Sorteos mensuales ante escribano público... Premios de 5 a 5.000 pesos."

Amaya observa sin gran apego de atención la fotografía de arriba de la página: "El cuarteto de laúdes Aguilar...". Eso es lo de anoche.

Sí, fueron a escucharlo la señora Ignacia y el marido. No entra, sin embargo, en los gustos de Amaya. No los envidia. Otras cosas quisiera.

–¿Por qué no compramos un auto, Leonardo?

El marido retira el dedo del extracto. La mira como si esa pregunta lo hubiera sacado de un orden.

Amaya, sin esforzarse, sin violentarse, expone sus razones:

–Podemos hacerlo, ¿no es cierto?

–Sí, pero tengo otras ideas.

Y la uña sigue bajando por la columna del 19.

–Lo tiene para él. Lo lleva, lo trae. Ahora piensa que en esos cerros, si esconden algo...

–¿Agua?

–No. Minerales. Si él le da un indicio, los compra.

–¿Se venden los cerros?

–Sí. Hasta muy adentro. Una vez fuimos a los puestos de cabras. ¿Conoce...?

–Sí.

–Más allá todavía, mucho más dice mi marido.

–¿Y con una varita...?

–Con dos.

Amaya piensa en un mago de escenario, de smoking y turbante.

No es así. Usa pantalón blanco, camisa de mangas cortas y zapatillas de goma. Es un hombre bien formado y tiene largo pelo pajizo que le cae con cualquier movimiento, si la mano no lo fija en su lugar.

Lo encuentra con la señora Ignacia, frente a un vaso alto de refresco de granadina.

Amaya se cohíbe, porque no sabe de qué conversar con él y con la amiga al mismo tiempo. Pero no provoca en ella ninguna impresión especial.

La Colorada viene con la mano cerrada, agitándola de tanto en tanto junto a la oreja.

–¿Qué traés? –quiere saber Cataldo.

–Dos moscas.

–Ah...

–Suspiros es buena. Me devuelve las moscas que se me han caído.

–Sí, es buena.

Asiente, nomás, el Cataldo, sin participar.

–¿Tenés algo, Cataldo? ¿Conmigo...?

Sacude la cabeza el Cataldo.

La Colorada busca interesarlo:

–¿Y tus gusanos...? Cuánto que no me hablás de ellos.

–No tengo más gusanos. Se me fueron todos.

–Ah...

Es suficiente: la Colorada no pregunta más.

Pero Cataldo se queda rememorando:

–Cuando me vio el médico...

Y de pronto plantea:

–Ahora que me toca el servicio...

Hace un ademán en el aire, como explicando algo. Mas no termina la frase.

Tiene 24 años. Lo convocaron cuatro atrás. Estuvo en el cuartel; pero el examen físico y psicológico lo devolvió a la familia. Nunca hará el servicio militar; sin embargo, en ocasiones vive ese momento intermedio entre la revisación médica y la posesión del uniforme y el arma de soldado.

–¿Te vas, Cataldo? –dice con timidez la pena de la Colorada.

Cataldo aprieta la barbilla contra el cuello y afirma que sí, con bruscos cabeceos. Permanece con la cabeza gacha, como diciendo no hay remedio, y de ese modo ve, cerca de su pantalón, que la mano de la Colorada se afloja y se abre. Dos moscas escapan.

Esa noche, Cataldo sueña que su compañera le propone:

–Si tengo que quedarme sola, Cataldo, quiero que me ayudés a casarme.

–Te ayudo, Colorada, vos sabés que sí.

–Tenés que decirle, vos tenés que decirle.

Están caminando, sueña Cataldo, detrás del carro que lleva las jaulas, la cama y el baúl del veterinario Romano.

Y Cataldo, que se sueña vestido de soldado, le está diciendo que sí, que la ayudará a casarse con el veterinario que va en el carro.

En la mañana, Cataldo toma canal abajo y llega adonde quiere llegar. Merodea el criadero de Romano, divisa al individuo grande entre los alambrados. Mas no se resuelve.

Cuando encuentra a la Colorada, le dice:

–Estate tranquila.

Él sabe de qué habla; ella no, pero como carece de motivos para no estar tranquila, responde:

–Bueno.

Y los dos quedan conformes.

–Es un cómodo –piensa la señora Ignacia y participa su convicción a Amaya.

El rabdomante vive bien puesto, en el cuarto que le han dado, y nada corta su sueño. Dos veces, nada más, se le ha visto tomar hacia los cerros ásperos y sin sombra.

Lo demás del tiempo es para descubrir agua en tierras donde la pala la encuentra sin mayor esfuerzo. Sin embargo, él lo hace con dos varitas de mimbre, que para su sensibilidad vibran cuando da con lo que busca bajo el suelo. Entonces se detiene y manda: "Caven aquí". Infaliblemente, bajo la costra dura encuentran humedad, siempre más mientras más ahondan.

Cuando camina en camisa por la villa los chicos lo siguen y él anda contento con su corte. De noche entra al cine que está frente a la plaza, donde las películas carecen de final y de principio de acto, porque siempre está roto, entra o sale mal. No importa. Se divierte.

"Es un cómodo." No obstante, la indiferencia de la señora Ignacia nada opondrá a la simpatía con que el marido rodea al rabdomante.

Ahora Amaya se siente bien, como antes, bajo los árboles cercanos a la casa de su amiga. Igual le daría, piensa, si él no estuviera. Gravita tan poco... Sólo le complace que sea suave, que nunca le falte disposición para reír.

Él está en la reposera y Suspiros le conversa.

Más tarde, el rabdomante se acerca al mate de las dos mujeres y toma una silla de totora. Suspiros se echa a su lado, en el pastito del suelo, y lo contempla desde abajo mientras él habla con la señora

Ignacia. Amaya percibe esa mirada y le entra una punzante aprensión. Controla la blusa de Suspiros.

–Gaspar –dice la niña.

Y él entorna la cabeza con una sonrisa de bondad, como diciendo "Aquí estoy. Te escucho".

Pero vuelve al diálogo de los mayores.

Amaya se tranquiliza. Mira a Gaspar con buena voluntad. "Gaspar –piensa–. Es tan sencillo. Como decir mi nombre, como decir José Luis." Y nombra mentalmente a José Luis sin retirarse de todo lo que en ese momento la circunda.

–¿Por qué se llama Gaspar? –indaga la infancia subsistente de Suspiros.

Él ríe. "Tiene algo de hermoso, cuando ríe", piensa Amaya; pero acopla una frase de hierro del marido: "¡Qué palabra tonta, hermoso, qué palabra...!". Así, más o menos, comenzó aquello.

–¿Por qué? –ríe de la curiosidad–. ¿Has oído alguna vez un nombre persa?

–No –niega Suspiros, fascinada por lo que puede venir después de la pregunta.

–Sí has oído y lo has dicho: Gaspar.

A Suspiros no le satisface:

–¿Y qué quiere decir?

Amaya interviene, como mandada por un presentimiento:

–No quiere decir nada, los nombres de la gente son nombres, nada más.

Gaspar la ataja, afable, poniendo el brazo extendido hacia ella y la palma de la mano como si contuviera un borbotón:

–Sí. Sí significan... El mío quiere decir "el que custodia el tesoro".

Amaya se siente como envuelta en una reiteración: "¡Gildas! ¿Se da cuenta? ¿Y sabe qué significa?". Teme repetir, teme confundirse. La enardece esa posibilidad.

"Sin embargo, es diferente", quiere convencerse. Y trata de estar en los demás.

–¿Puede encontrar oro? –continúa el interrogatorio de Suspiros.

–Si hay... –dice Gaspar y al contestar posa la mirada en Amaya.

Amaya no recoge esa mirada, por primera vez, quizá, puesta sólo en ella.

Gaspar sigue explicando:

–Pero no busco oro, Suspiros.

Se puede hablar con él. Se puede estar a solas con un hombre y que ese hombre no la hostigue ni la asedie. La señora Ignacia los deja. No se fija. Es indiferente.

Conversan ellos dos y a veces viene Suspiros y se pone a los pies de la madre y mira los labios en movimiento de Gaspar. Amaya acaricia la cabeza de la hija. Piensa que esa pudo ser su familia. Pero retrocede: considera que Gaspar tiene unos seis años menos que ella.

No obstante, cuando Gaspar trata de interpretar lo que les pasa a los otros...

–Es el día tras día que destroza la belleza. Los días tras días tapan lo bueno, porque lo bueno es poco y la vida se compone más bien de ruindad, de torpezas, de monotonía.

Amaya quisiera decirle que, con él, los días tras días no ensucian nada, no afean nada. Que la conmueve que un hombre emplee sin rubor la palabra belleza, que no se sienta menos hombre por eso. No dice nada. Escucha.

–Matrimonios fracasados... No. Se fracasa en general. El que se casa se siente elegido y a la vez siente el placer y la responsabilidad de elegir. Pero después distraen tantas cosas... Se comprende que no se ha agotado la posibilidad de elegir y de ser elegido...

"Sí. Algo de eso hay", juzga Amaya. Y de repente se abisma.

"¿Elegir siempre? ¿Y si la elección los hubiera reunido a ellos dos, a José Luis y a ella...?"

Puede creerse que Gaspar está pronunciando una respuesta:

–Hay matrimonios dulces...

Matrimonios dulces, la expresión queda prendida de Amaya.

–...en la vejez de algunos matrimonios que sobreviven esa dulzura aflora. ¿Lo ha notado, Amaya?

Asiente y sin embargo se le ocurre que media cierto trecho entre la dura concepción de la vida que Gaspar expuso al principio y esa

observación templada del final. ¿Por qué? ¿Por ella? No le agrada que deponga su pensamiento por cortesía. No obstante, la posee una inexplicable fruición: como si él hubiera adivinado su comunión espiritual con José Luis y la cubriera de respeto.

–Mañana voy a la ciudad. Tendrás que cuidar el negocio.

Esa tarea es chocante para Amaya.

–¿Todo el día?

–No. En la mañana, no más –y añade, insinuante–: Vendré manejando yo.

–Qué... ¿Has comprado...? –no llega a decir "un auto".

–Un camión –informa él–. Para tres toneladas. Seis mil novecientos pesos. Los sacaremos en dos años de buena carga.

Amaya deja al marido haciendo cálculos. Dirige la mirada a la ventana y descubre enrarecido el azul del cielo. En el parral del patio, la uva cereza está madura. Algunas hojas se han vuelto amarillas. Las había visto antes; pensó que estaban quemadas por el sol. Ahora advierte que es el otoño, que viene. Sus amigos regresarán a la ciudad.

Piedra y maleza rodean el criadero de Romano. Menos por el lado del canal, de bordes frescos con sombra de sauces.

Cataldo mira desde afuera, unas veces desde el pedregal, prendido al alambre, otras desde la barranca, subido en la horqueta de un árbol.

Un peón viene al amanecer y se va con las luces del día. No obstante, el veterinario se mueve como si todo lo hiciera solo, furiosamente activo, enérgico y eficaz. Cataldo lo vigila, a distancia. A veces le ve una escopeta.

Esa escopeta tiene su historia. Cataldo no la sabe, otros sí. La policía la sabe.

Un hombre que había entrado de noche a los gallineros, recibió municiones en la pierna. Pudo escapar y arrinconarse en su rancho. Él no quería, mas la mujer, sin participárselo, le trajo un en-

fermero. El enfermero lo curó, pero quiso informarse: "¿Qué, anduviste peleando...?". El herido bajó la mirada. "Tengo que avisar a la policía. Es la ley." Peor, más cerrado el hombre. Y el enfermero pasó aviso. La policía consiguió que el hombre se explicara. En la comisaría, conociendo de cerca al hombrecito compungido sobre el cual disparara de noche su escopeta, Romano tuvo un recuerdo impreciso. Después, mientras contaba las gallinas New Hampshire del tercer corral, se acordó de repente: el criollito de alpargatas, el criollito olvidado de comer, de la escultura de Cardona.

Romano arrea dos cerdos de doscientos kilos y otro más chico, amarillos los tres. En la orilla, contra las raíces, suelen juntarse desperdicios que trae el agua y el criador los suelta un par de veces por semana para que coman eso y le ahorren inversiones en el chiquero.

Cataldo lo ve venir y se larga del árbol para disparar. Pero toma coraje y se queda moviendo los brazos como si se defendiera; es, sencillamente, porque prepara el ánimo.

Romano hace bajar los puercos y corta una rama de sauce, que desbroza con paciencia, para el arreo de vuelta. Sin embargo, tiene la atención puesta en Cataldo, que se halla a cinco metros, vacilante, pronto a escapar, ansioso de algo.

Le habla:

–¿Se puede saber qué querés vos? Te veo seguido, últimamente, por acá.

Lo provoca:

–¿Querés comer gallina? ¿Un pollito...?

Cataldo niega, con la cabeza, y después le sale:

–No.

Es suficiente: ya empezó a hablar. Ahora seguirá.

–No. Se trata de otra cosa.

–¿Y es...?

–Eso de la Colorada.

–¿Cuál Colorada? ¿La que anda con vos?

–Sí. Por el casamiento.

–¿Se casan?

–¡Cómo se casan! –se ofusca el tonto–. ¡Usted se casa!

La media sorpresa, la media burla que pone Romano en la cara no le sirven de nada. Para Cataldo es como si hubiera pasado otra etapa, en la cual Romano dijo que se casaría con la Colorada. Por eso atropella:

–¡Usted prometió! ¡Usted prometió!

Romano, que es tan grande de cuerpo, ya no está en cuclillas preparando la pértiga de sauce. Ahora está de pie, con la cólera subida al rostro.

–¿Qué prometí yo, desgraciado? Decí, ¿qué prometí?

Y se abalanza con la rama en alto, cimbreante y fina como un látigo.

Cataldo se tira ágilmente por el barranco. Romano lo sigue. Cataldo vuelve arriba, trepando con pies y manos por un sendero, y el veterinario quiere hacer lo mismo, pero le cuesta, porque con su peso hace deslizar la tierra floja.

El tonto lo espera arriba con una piedra. Cuando el hombre fuerte asoma, Cataldo retrocede de frente, le deja camino libre. Romano emerge y enarbola el látigo. Cataldo pone la piedra ante el ojo derecho y cierra el izquierdo. Ve su mano con la piedra y en una misma línea el pecho del enemigo. Bolea el brazo hacia atrás y, al volverlo adelante, lanza la piedra. Romano siente el golpe en el pecho como una herida. No es tanto. Sin embargo, suelta la rama y con el antebrazo se protege la cara. Cree que vendrá otra cosa dura a destrozársela.

Pero Cataldo escapa.

Se va diciendo a sí mismo:

–Ya está advertido, ya.

–Me lo pidió ella, delante de vos.

El marido rezonga, pero lo admite. Además, en aquel momento, él mismo les dio seguridades de que podían partir tranquilos, porque ese día estaba satisfecho, un poco orgulloso por la invitación del marido de Ignacia, que los recibía en su mesa.

–Tendrá que dar una vueltita, Amaya. Le pido... Hay tantas cosas que sólo puede ver una mujer.

La señora Ignacia vendría, claro, algunos fines de semana, y una mujer barrería de cuando en cuando y ventilaría las habitaciones. Además, quedaría Gaspar durante un tiempo; pero un hombre, claro, no es lo mismo...

No se podía hablar de casa cerrada, con Gaspar adentro, si bien Gaspar andaría tanto, con sus varitas de mimbre detectando minerales... No era un secreto: nadie iba a disputarle la búsqueda con tales elementos y menos tendría competidores su amo, para comprar los cerros secos, pelados y soledosos... También vendería maquinas para meter cuchilla al suelo que empezaba a ralear de viñedos en Luján y en Maipú. Era la zona comercial que se le asignaba.

Otra constituía, sin embargo, la misión reservada de ese Gaspar tan poco consecuente con su rabdomancia: estar atento a las emigraciones. Huertas de media, una y dos hectáreas, pequeñas viñas que se dilataban detrás de una casa de familia, comenzaban a quedar apretadas entre la edificación de los pueblos; pero desesperaban al agricultor que veía estancados los precios y el rendimiento, mientras los hijos crecían precisaban más cosas, ahí apenas le servían y se daban a soñar con la ciudad.

El amo, el funcionario, no podía mostrarse averiguando quién se iba y cuáles eran sus necesidades, reguladoras del precio. Otro lo hacía por él, y ese era Gaspar. La compra se legalizaba en una escribanía de la ciudad, mediante poderes. Tierras inútiles, y la familia de los cultivadores las entregaba por unos pesos, pensando que allí todo había terminado, que era preciso instalarse en la capital, sin saber muy bien para qué, tal vez, poner un almacén de barrio, emplear a la chica y los muchachos... Tierras inútiles, conseguidas con unos pesos, al grueso, por hectáreas; algún día valdrían, algún día se cotizarían por metro cuadrado.

Algo oye Amaya. Pero la señora Ignacia no deja que sospeche:

–Una limosna que les da mi marido, para que puedan irse, para que no protesten contra el gobierno, que hace obra y ellos no la ven. Son ignorantes.

La señora Ignacia cree que la tierra no vale nada. Es lo que le dijo su marido.

–Vos lo sabés, Leonardo. Estabas ese día.

–¡Pudieron dejar casero!

Amaya puede contestarle: "Está Gaspar"; pero eso es justamente lo que no debe decir, aunque el marido lo sepa.

Amaya incurre en una ostentación de la que no se da cuenta: esas tardes lleva zapatos bajos y faldas anchas. En cada ocasión supone que, si él está, caminarán mucho, por el camino que sale de la villa y bordea la falda de los cerros. En realidad, nunca van más allá de los eucaliptos que forman el vasto fondo de la propiedad.

No siempre lo encuentra. A veces, está durmiendo a las 4 de la tarde, con la estufa encendida, boca abajo, una pierna fuera de la cama, vestido, sin taparse. Amaya lo ha visto desde el corredor.

–Vendrán en agosto. Yo me iré antes –dice Gaspar.

–¿Cómo, y la escuela de la nena? –inquiere Amaya. Quiere decir que no pueden salir de la ciudad, donde la hija de su amiga tendrá clases hasta que empiece el verano. Quiere decir, casi, que no es necesario que Gaspar se vaya. Además, ¿por qué irse?

Gaspar ríe de la confusión:

–No; no son ellos los que vienen. Vendrán obreros, para hacer la pileta.

Harán una pileta de natación. Sobran cuatrocientos metros cuadrados, en verano espesos de pasto bajo y muelle, ahora barrosos, porque desborda la acequia del costado.

–Y usted, ¿tiene que irse?

–Tengo que irme, alguna vez.

–¿Acaso ha terminado su trabajo? –se empeña Amaya–. ¿No le resulta ventajoso estar aquí?

–Sí, pero... Debo seguir.

–¿Seguir por seguir?

–Sí –confiesa Gaspar, con tono grave.

No lo comprende, Amaya; sin embargo, empieza a entregarse:

–Todos los que me hacen bien se van... Se hallan de pie, bajo los eucaliptos. Amaya se apoya en un tronco blanco-plata. El agua golpea tumultuosa en la cuneta. Sin conciencia de ello, Amaya tiene los ojos puestos en el suelo cubierto de delgadas hojas caducas, ya marrones, próximas a la putrefacción.

–Tuve un novio...

–Caminemos –invita Gaspar con delicadeza.

Y caminan entre los troncos lisos de los árboles.

–Tuve un novio. Tenía 31 años. Se mató.

Él calla. Amaya piensa que cada vez es más cierto que pudo tener a José Luis.

–Dame fósforos.

El hermano bueno le da.

–¿Y plata no? ¿Querés un veinte?

–Ahora no.

Cataldo quiere fósforos, nomás.

Hace un fueguito y espera, entre las viñas sarmentosas o en el cañadón o detrás de una casa de adobes a medio derrumbarse... Le ha estudiado las costumbres. Cuando el veterinario pasa al pueblo para ver a los padres, para comer una comida completa en el hogar o aprovisionarse de algo, en algún punto del camino cae sobre él la granizada de cascotes. A veces Romano alcanza a ver al tonto, asomando por encima de una tapia, escapando entre la plantación de álamos... Otras no. Pero sabe que es siempre él.

Un cascote, dos, tres, con gran rapidez. Le dan en la cara, en la espalda, le hacen bailar las piernas cuando procura hacer frente y plantarse en donde lo agarró Cataldo. El veterinario lleva los bolsillos llenos de piedras, aunque casi nunca puede emplearlas. Sabe quién es. Puede ir a la casa y decirles: "El inútil ése. Se los voy a matar...". Pero prefiere cazarlo. No en la calle, no en el campo. Ahí no puede usar la escopeta. Ya hizo una y tuvo defensa. En algún momento el tonto volverá a los gallineros, quizás entrará. Entonces...

Y Cataldo, con su fueguito de brasas, para que no haga humo, se queda detrás del cobertizo de totora de los tomates, esperando. Cuando lo tiene a tiro, le larga dos, tres, seis cascotes, certeros, aporreadores, mientras se chupa los mocos y lagrimea su queja, para él solo:

–Es tuya y no te la llevás, tontón.

Otro cascote, otra sorbida de nariz:

–Y yo, que la quiero mejor que vos...

Amaya observa que él se lava alguna ropa. La ve tendida en el alambre.

–Deme las sábanas. Las lavo yo.

–Tengo muchas. Me dejaron un cajón lleno. Bordadas. ¿Quiere verlas?

–Deme otra ropa, entonces; lo que le haga falta. Diga.

–Búsqueme una mujer que lave. Puedo pagarle.

–¡Supongo!

La buena disposición de Amaya queda golpeada.

Pero Gaspar establece sin esfuerzo la conciliación:

–No se enoje –y la mira amistoso y sonriente.

Después, porque han estado en silencio, a pesar de todo:

–Quisiera ser ese muchacho que se mató.

–¿Quisiera...?

–Sí.

Amaya, en ese momento, podría llorar. Puede, conque se deje.

–Para usted, deseo ser como él. Claro que en lo demás me siento cómodo tal cual soy –dice con bonachona humildad.

Amaya le agradece, en el pecho, que un rato la conmueva y otro le dé estas alegrías sosegadas.

–Puedo ser un buen recuerdo, Amaya –le propone al verla recobrada, y no se puede decir con exactitud si su tono es ingenuo o intencionado.

Amaya no quiere discernir. Sólo le agrada que él sea así y diga cosas que la recorren.

Se siente blanda, dócil a una voz que, al parecer, todavía no se resuelve a decirlo todo.

–Esa chica tiene fiebre, ¿no ves?

–¿Fiebre? –se alarma Amaya, y le pone la mano en la frente–. No, no tiene.

–Hay sarampión.

–¿Sarampión...? Ya tuvo.

–Mirale los ojos.
–¿Qué tienen?
–¡No ves nada! ¡Tonta como la Colorada, andás!
Amaya se violenta y sufre por la hermana.
La Colorada se repliega de costadito, como esperando un golpe, aunque ya lo recibió. Ha entendido.
Cada cual se queda con su amargura adentro y desde ese momento nadie come a gusto.
Algo más tiene el marido, una furia de sospechas:
–¡Y no vas más!
–¿Adónde?
–Vos me entendés.
–¿Qué hay, Leonardo? ¿Qué te pasa? –y empieza a de-sanudar la servilleta de Suspiros–. María, ayudale a que se acueste, andá.
La Colorada se siente útil, porque le han dicho María, su nombre; revive, se lleva a Suspiros. Ignora que Amaya se acuerda del nombre sólo cuando siente por ella una lastimosa compasión.
–¿Por qué delante de las chicas, Leonardo? –está desesperada por la prohibición.
–¡Porque sea delante de quien sea, no vas más!
–No puede ser –casi está implorando–. Hemos prometido... –lo envuelve a él en la promesa.
–Yo no he prometido nada y vos no sos sirvienta de nadie, por más gobierno que sea él.
–Pero si no hago de sirvienta, vigilo, solamente.
–¿Y para eso...? –dice y se levanta.
Amaya retrocede, pecha una silla. Muestra que no le discutirá más.
El hombre se refrena. Pasa al dormitorio. Se acuesta y se vuelca de costado, de modo de darle la espalda cuando ella llegue.

Cataldo anda sucio, más sucio que en verano, y eso que en invierno lo sucio no se le nota tanto. De tanto esconderse y esperar tirado en la tierra, pisando barro, metiéndose debajo de los puentes...
Son cosas en las cuales la Colorada no se fija; Amaya le advierte:
–Decile al Cataldo. Si no, no te permito andar más con él.

Una prevención exterior: que no le ensucie demasiado a la hermana. Por lo demás, no son necesarias otras precauciones. Cataldo no podría engendrar hijos. Eso se sabe, de años.
Con el aviso, la Colorada nota algo, sí: que la nariz no está como Amaya exige que estén todas las narices, ni las manos, ni el talón que se sale de la alpargata... Pero ella no le dirá nada. Y esa es la base de la armonía de los dos: nunca señalarse sus roturas, nunca echarse en cara sus torpezas, nunca herirse...
Sólo que:
–Te vas, Cataldo.
–Sí, vos sabés. Pronto llega el uniforme.
Y como la ve triste:
–Pero antes dejo el asunto arreglado. A cascotazos lo voy tratando...
Sonríe satisfecho.
La Colorada no reacciona, desconoce de qué le habla el Cataldo. Sigue ladeadita.
Cataldo entiende: es porque él se va. Debe probarle que no tiene culpa:
–Es por la guerra, que hago falta. La guerra de la Abisinia. Los gringos están meta matar, nomás. Ya pronto llegan acá. Los manda un Mussolini, ¿sabés?
La Colorada se intimida, por ese meta matar, y esa mirada de pobrecita de su amiga remueve en Cataldo la responsabilidad que le han creado sus sueños:
–No te vas a quedar sola, porque yo te voy a apurar el asunto, ¿sabés? ¿querés?
La tonta desearía averiguar cómo puede ser eso de que, si él se va, ella no quedará sola; pero está muy derrotada, muy caída, y no lo intenta.

Gaspar pasó en el Chevrolet cerrado de ese comisionista. Con él suele volver, después de andar días por ahí. Eran las 11. Comerá algo, quizá, dormirá. O quedará esperando, bajo los eucaliptos, que ella llegue.

Amaya apura el almuerzo en la cocina. Prepara sobre la cama el delantal de tablones de Suspiros.

Llama a comer y, como el marido demora, lo urge. Pero se arrepiente. Él la ha mirado con renacida desconfianza. Amaya se aplana, tiene miedo. Siempre, ante ciertas situaciones, tiene miedo, ella sabe bien por qué.

Viste a Suspiros, controla los cuadernos, la pone a la puerta y la ve partir.

Deja que la sirvienta levante la mesa y corre al dormitorio a cambiarse.

En el corredor está el marido, con su chaleco de lana abotonado adelante. Revisa el diario, tan por encima que de sobra se nota que lo tiene completamente leído.

–¿Adónde vas? –y la mira como si la viera en conjunto, si bien lo que controla son dos cosas: la falda ancha, los zapatos bajos. También, pero eso se descuenta, el rostro afanoso y la gana de escapar.

–Ahí muy cerca. Voy y vuelvo.

Un solo paso.

El marido ha dejado el diario.

No se apresura. Ella no se moverá. Ni cuando le pegue. Ni gritará ni hará resistencia. Ni siquiera cuando haya caído sobre las baldosas y él la esté pateando.

No se moverá. Tiene tiempo de avanzar despacio y dejarse quemar por la memoria: las tropas que entran a la villa por la calle principal, bajo el aguacero de primavera; los ejercicios nocturnos de tiro, en los cerros vecinos, que cruzan de refusilos la noche, Amaya trastornada de alegría, atropellándose todo el día, y esas fugas, "¿Adónde vas?", "Al campamento, a ver las carpas, las ametralladoras"; la partida, en camiones que no dejan de pasar, pisando y pisando los tenaces cascarudos nocturnos que caen desde los faroles de la calle... Y ese lloriqueo de ella, ahí a su lado en la vereda, que al principio no parecía nada...

No se moverá. Él sabe. Ni cuando alce la mano, ni cuando la mano caiga sobre ella.

Y, a su vez, Amaya sabe que la golpeará y la golpeará. Será lo mismo.

Machucada, pero seca; colérica, pero seca, seca, se ha refugiado en la camita de la hija, encogiéndose sobre la colcha, a puerta cerrada.

La sirvienta junta los labios al hueco de la cerradura y susurra su complicidad misericordiosa:

–Señora, señora... ¿Precisa algo? –atiende, en espera de respuesta que no llega–. ¿Me oye? ¿Quiere algo, señora? ¿Un té...?

Después son unos golpecitos que llaman:

–Mamá, soy yo. Ábrame, mamá.

Es una voz seria, concentrada esta vez, la de Suspiros.

Amaya se acerca a la puerta:

–¿Estás sola?

–Sí, mamá.

Abre.

"¿Cómo?", pregunta con el asombro.

–No hay clase. Papá dice que sale en el diario.

Y explica, pero con fastidio, como si estuviera muy fatigada:

–La epidemia, mamá. El sarampión.

Y pide:

–Quiero acostarme, mamá. ¿Puedo? ¿Me deja...?

Entonces, Amaya le nota eso que el marido dijo: el brillo febril de los ojos.

"Diez días de clausura escolar. Epidemia de gripe y sarampión", dicen los diarios, por no alarmar. Pero ellos mismos dan indicios contrarios: "La Cámara de Diputados aprobó la vacuna antidiftérica obligatoria para toda la provincia".

–Difteria –pronuncia el médico, y es despótico: –Su hija no es la única, señora.

Amaya deja que parta, con su apuro y su indiferencia. Cuando ha pasado la puerta, pide al marido:

–Llamemos a otro.

Él acepta y sale a buscarlo.

Amaya oye el motor del camión: el marido tardará.

Vuelve a contemplarla en su sueño de fiebre. Recuerda que tiene la receta en la mano y llama a la sirvienta.

–Vaya a la farmacia. Que le den esto.

Queda sola. Sorbida por el silencio.

De pronto, le viene el llanto, un llanto silencioso, que no la doblega.

–Mi culpa –balbucea, asociando a una idea de castigo lo suyo y de Gaspar.

Piensa en Dios, pero no quiere comprometerse. Le pide, sólo le pide. Ruega y reza.

En la noche, con el segundo diagnóstico, se rinde. Cae de rodillas y promete.

Cataldo dijo que apuraría y ha desperdiciado dos tardes.

Se da pretextos:

–No viene con los chanchos.

Se concede ventajas:

–Ahora, que se fue el peón. Pero todavía no; cuando esté oscuro.

Algo truena en el aire. Cataldo mira y no hay nubes. En el crepúsculo viene un avión de tres motores. Pasa bramando por encima de los sauces y Cataldo queda perplejo:

–Ya llegaron... Ahí viene el Mussolini, seguro. Y yo...

Entonces lo sacude el coraje. Trepa el alambrado y se mete en los gallineros.

Desde su barraca, el veterinario descubre la invasión. Prepara la escopeta, aunque no la empuña. Sale y, presuroso, junta piedras.

Cataldo viene rumiando la exigencia y, por buscar frases, se distrae del peligro.

La primera piedra le da en la ingle. "Justito acá", piensa, porque quiere escapar pero súbitamente la pierna se le ha encogido. Sin embargo, no vacila y gira de regreso. En la espalda le pega el segundo golpe igual que un empujón. Penosamente, trata de alejarse entre el revuelo de las gallinas.

Romano lo sigue sin apresurarse. Lo tiene atrapado y espera arrinconarlo contra el alambrado, cuando el tonto, con la pierna martirizada, no pueda valerse para subir.

Realmente, cuando Cataldo llega y no puede, se desliza al suelo para hacerse un ovillo y aguantar mejor los golpes.

Romano se detiene a veinte metros. Quiere hacerlo sufrir más, con el miedo, antes de ir a cachetearlo. Hace puntería, una y otra vez, con lentitud, y lo magulla y lo lastima.

Cada pedrada estremece el cuerpo acurrucado del tontito. Cada vez se cae más, y ahora de frente contra el suelo. Al roce del pasto seco, Cataldo se acuerda de los fósforos. Escondiendo más aún las manos, saca la caja de "Victoria", frota, hace llama y prende el yuyo.

Se tira y gateando, bajo la pedrada, va llenando de fuego el borde de los gallineros.

Romano multiplica el vapuleo, pero con su temperamento de fácil encendido se arrebata, se va sobre las llamas, las pisa y manotea. Arranca tierra con las uñas y la echa al fuego, y con la tierra corta el pasto y de tal modo aumenta el combustible.

El tonto, todavía peor de atontado por los golpes, cesa de quemar fosforitos y empieza a recoger pedruscos. Se pone dos dedos en la boca y silba fuerte. Romano, sorprendido, se da vuelta, y un instante después algo le golpea la oreja, que le entra a arder como escaldada. Otro silbido. Comprende: el tonto lo llama buscándole la cara. Se echa el brazo al rostro, a fin de protegerlo, y escapa, tropezando, porque ve mal, hay humo y sombras y a él lo cascotean implacablemente de atrás.

Cataldo conoce el fuego. "Por aquí me come. Por allá está lerdo." Al mismo tiempo deduce: "Por algún lado él saca los chanchos" y encuentra la salida.

Romano entra a la barraca y recoge el arma cargada. Sale apuntando, aunque tembloroso, muy descontrolado. Entonces descubre que el fuego viene devorando, con ruido de caldera, y lleno de terror suelta la escopeta.

Reacciona un momento, sólo un momento, que le basta para intentar el salvamento de algo: suelta los cerdos y abre el gallinero de las blancas.

Las gallinas lo atropellan y lo llevan en un remolino de plumas hasta enredarlo con los chanchos que se revuelven desorientados por la chamusquina.

Huye al camino. A su lado corre un puerco y una gallina pasa volando junto a su cabeza.

La quemazón se agota en los campos incultos. Pero el humo se ha elevado en la noche y alerta en el contorno, más que el fuego, que fue bajo.

Comienza a extenderse el olor de las aves quemadas, mezcla de pluma y de carne, y la hambreada gente de los ranchos sale a oscuras a sentarse, para gozar en silencio la fragancia de los seiscientos pollos asados a la vez.

Olfatea y se anima la perrada; pero más tarde, sin esperanzas, los pichos se echan junto a los hombres, con el hocico mustio entre las piernas extendidas.

–Quiero ir –dice Amaya, y pone la punta de los dedos sobre el pequeño ataúd, a la altura donde pueden estar los labios de la niña.

La carroza es blanca y en las cuatro esquinas tiene ángeles gorditos de pelo dorado.

Junto al hueco abierto en la tierra –"tan grande, piensa Amaya, de paredes tan lisas"– espera un sacerdote.

Después ve que el fraile habla y que hace gestos conocidos junto al cajoncito.

Entre los demás, sólo distingue un llanto, un llanto de tonta revuelto con hipo.

Amaya hace todos los caminos sin casas al lado, horas y horas, un día y otro día. Vuelve cuando la hostiga el frío, a veces más tarde.

Medita.

Se dice: "He vivido. Ahora pienso".

Se supone lúcida, mas se contradice.

"Mucho he pensado lo que hacía. Ahora debo vivir."

Repasa la memoria de la criatura.

"Ya no le haré daño. Aunque me fuera con todos los hombres, nada más le pasaría."

"Soy libre."

Se siente liberada del compromiso: ella ofreció a Gaspar en cambio de Suspiros, pero perdió a Suspiros.

Y encuentra a Gaspar.

Él la mira y quiere retenerla con la mirada. Ella se detiene. Lo observa, alza los ojos a los eucaliptos. Contempla de nuevo al hombre suave, con tristeza, pero sin deseos. Le dice no, con la cabeza. Y sigue su camino.

Después, otra tarde, va diciendo: "Mi cariño, José Luis, es como el cariño de los tontos: mi cariño dura".

Y aún: "Debes perdonarme, José Luis. Debes perdonarme por Romano y por Gaspar. Te buscaba".

Absurdos

1978

Se excluyen de la edición original (Barcelona, Pomaire, 1978) los cuentos editados de libros anteriores: "Caballo en el salitral" y "El juicio de Dios". Varios cuentos fueron reeditados luego en la antología *Caballo en el salitral,* Barcelona, Bruguera, 1981. "Aballay", "Málaga paloma" y "Conejos" fueron también publicados en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor,* Buenos Aires, Celtia, 1987.

Málaga paloma

No alberga palomas este vasto foro, que es plaza y jardín, grada o pie del templo, de las termas y la justicia. De un costado se apiña en recova de mercaderes. En todo su linde alza las columnas armónicas de su peristilo, que nada sostiene, abierto sin ellas únicamente en la embocadura del acceso imperial, jamás hasta ahora surcado por emperador alguno (aunque está predicho que un día un Señor vendrá).

No tiene palomas, cuenta solamente con *una* paloma, que me pertenece, y su nombre es Alba, blanca y pura de toda blancura.

Las demás, pese a que en multitud importunen suelo y espacio con su hervor constante, pueden ser ignoradas, y de hecho lo son.

Cuando Alba remonta y se entretiene con sus juegos y sus laberintos, planeando, buceando, solitaria, dueña, sin tropa ni corte, aun si tienta el mayor altor desafiable por un alado de su naturaleza, no pierde atención a su amo, con una mirada que no me descuida, y un signo de mi brazo basta para ordenar su regreso.

Asciende si yo se lo pido y cuando lo dispongo. Mas arriba, ella, sin ningún dictado, a su capricho y fantasía enhebra en el firmamento los diseños y filigranas que maravillan al seguir su vuelo. Se detiene en el aire el instante previo al giro, que hace con un ala que apunta hacia abajo y la otra que se despliega para obtener un impulso de trompo, hasta que, vertical, erguida, recoge las dos sobre su cuerpo, como un capullo, huso armiñado, y entonces invenciblemente susurro: "Plena eres de elevación...".

Para acreditar estos méritos a la inmortalidad, se instala en el vacío justamente en el centro del foro, viene a ser su cúpula, sin que se logre saber cómo es que divisa y elige el punto preciso.

Al surgir de esa unción, todavía trepa y al cabo deriva hacia tierra, sin velocidad; se deja caer en impecables círculos que, al

estrecharse de más en más, bajan en espiral trazando una copa o cáliz de aguzado cono.

Seducida al principio por las acrobacias, la muchedumbre al final se entrega a un silencio que se ubica brevemente en los bordes de la actitud ritual y del misterio (que yo, bien claro quede, no propicio ni excito; tampoco trafico con mi colombofilia).

Cuando las gentes superan el trance y reanudan el paseo –con sus ostentaciones de la virtud o del éxito, los intercambios de mentiras y la frecuentación del mercado, del mesón y la taberna– llega Picasso.

Y no sé quién es. Sólo estoy al tanto de que esculpe y pinta, y que no obedece. Dicen que será célebre, una vez que hayan transcurrido los siglos.

Su túnica no es fastuosa, ni él arrogante, pero algo obliga a notarlo como a un ser distinto. Rasgos contradictorios concurren en este hombre. Se le atribuye genio. Tiene cabeza, porte y maneras de campesino. Me desconcierta. En su cercanía cede mi natural cordura y suelo padecer confusiones: incluso he visto en su rostro un solo ojo y, en otra ocasión, tres, colocados o abiertos en posiciones extrañas.

Posiblemente, como a la generalidad, la hora del tramonto se le vuelve irresistible: responde a la provocativa convocatoria que, como centro mundano del Virreinato, posee el foro. Espectador y partícipe, asiste y se incorpora al proceso humano, cálidamente asido al jarro, observador socarrón, bebedor alegre y envidiable.

Suele llamarme a que le muestre el ave. No la toca, como pretenden hacerlo tantos admiradores cuando la he descolgado del aire; no intenta tantearle la cabeza esquiva, ni pasar caricia por la lisura perfecta del plumaje terso.

En su consideración se absorbe y a lo más me pide que la sostenga sobre mis palmas como pedestal. Creo que toma apuntes mentales para una pintura o dibujo. No puedo afirmarlo, ya que no lo anuncia. Sí podría dar testimonio de que, cuando contempla ensimismado la paloma, Picasso parece convocar y recibir la paz, la paz del espíritu y entre los hombres.

La irrupción insolente en la plaza de algunos funcionarios residentes venidos de la metrópoli, con sus caballerías exasperadas a propósito, lograría desgarrar esas impresiones benignas y alterar el placentero

fin del día colonial; sin embargo no pasa de ser un desarreglo efímero para nosotros los mansos que tenemos algo mejor que esperar.

Yo espero a Málaga.

Si es Málaga quien viene, se ha producido la conjunción de todos los oráculos propiciatorios.

Ella no llega, aparece. No aparece, se vislumbra, asoma, hasta que en momentos se hace plenitud.

Como los demás ante los prodigios de vuelo mágico de la paloma, mi alma queda embelesada a la aparición de la joven que amo.

En cuanto descubro, o vuelvo a descubrir, por qué los maestros de la obra desdeñaron techar el peristilo de la plaza: para que, sobre esa imagen de novia que ingresa, circulando entre las columnas, desciendan los granos de luz rosada del crepúsculo vespertino.

Después, Málaga pasa junto a las fuentes recibiendo las salvas de su rocío, y se une al cónclave de Picasso.

No hago crianza de celos. Lo admito: es el universo de ellos. La mujer sensible e ilustrada cultiva la vecindad del artista; el artista evoluciona en la constelación de la mujer de luminoso encanto.

Puedo concebirlos a ambos, sin empeños de la imaginación, como oficiantes de mesas con buen vino y plática, también de las liturgias con que se reverencia el arte.

Sin omisión, en cada atardecer que condesciende al foro, Málaga crea tiempo para posar su interés, siquiera un momento, en mi Alba. Entonces se detienen los torrentes vitales que de ella irradian. Se envara, como si sólo le restaran fuerzas exiguas para sondear cavernas de sabiduría, que acaso sospecha en el ave mística. Calladas preguntas le encomienda, ¿de qué tenor?, ¿con qué temor?

Quién sabe si recoge respuesta; pero ya enseguida se reintegra al coloquio de Picasso con su junta, ingenioso a veces, festivo a menudo, no siempre feliz, ni de apariencia al menos. Puede que la palabra asuma, con discreción y reserva, melancólicos acentos. Tales los de Picasso, ahora que confía a mi amada (alcanzo a oírlo):

–Tú, Málaga, que tienes el nombre de un país remoto, quizás inexistente, del que hacen fama navegantes y guerreros, y yo que antes de volverme viejo decidí, por vocación, nacer en Málaga; tú y yo nos reuniremos, finalmente, en Málaga.

No crío celos: no es un sentimiento amoroso recíproco el que podría reunirlos. Ella acaba de brotar, es juventud genuina. Él, Picasso –lo ha declarado en este instante, al pronunciar su peregrina esperanza–, pese a su vitalidad ha ingresado ya en la edad que marca las fronteras de la existencia. No cuenta.

"Málaga", ha dictado. ¿Una manera de invocar el Edén...?

* * *

Una mañana, que no tendría por qué haber sido opuesta de sentido a las de otros días, cesó, para siempre, la presencia de ella; luego también se extinguió la de él, por causas diferentes, aunque igualmente desdichadas y merecedoras de ser lloradas.

Picasso era un artista, con preocupaciones de orden superior, y únicamente pudo concederme residuos de su tiempo y ciertas indulgencias menudas.

En cuanto a mi amada... era la esposa de otro, y yo apenas podía tener, sobre ella, los derechos de la veneración a distancia y una ilusión de amor. Pero inconfesa. ¡Dentro de mí, oculta!

Picasso propuso –y a lo mejor entre ambos se lo prometieron– el encuentro en Málaga País. ¡Málaga...! Una especie de cielo, tal vez, para la gente hermosa.

A mi turno, ¿dónde los reencontraré?, yo que sólo soy (así me llaman en el foro) el Tonto de la Paloma.

ABALLAY

En el sermón de la tarde, el fraile ha dicho una palabra bien difícil, que Aballay no supo conservar, sobre los santos que se montaban a una pilastra. Le ha motivado preguntas y las guarda para cuando le dé ocasión, puede que en los fogones.

Son visitantes, los dos, el cura y él, con la diferencia que el otro, cuando termine la novena, tendrá adonde volver.

La capilla, que se levanta sola encima del peladal en medio del monte bajo, sin viviendas ni otra construcción permanente que se le arrime, se abre para las fiestas de la Virgen, únicamente entonces tiene servicio de sacerdote, que llega de la ciudad, allá por la lejanía, de una parroquia de igual devoción.

Los peregrinos –y los mercaderes– arman campamento. Se van pasando los nueve días entre rezos y procesiones; las noches, atemperadas con costillares dorados, con guitarra, mate y carlón.

Aballay presenció un casorio, de laguneros, muchos bautizos de forasteros. Más bien deambuló de curioso y también necesitado de probarse entre la gente, pero alerta y sin darse con nadie. Contó cuatro milicos.

* * *

Mientras tanto en el altar declina la llama de los cirios, afuera se reanima y alimenta el fuego de las brasas, en las enramadas de vida corta, la de esas fechas no más.

El cura recorre el sendero de vivaques echando las bendiciones y las buenas noches. Solicitado al pasar por cada grupo, hace honor a una familia venida de Jáchal. Se asa un chivito, la abuela fríe pasteles, un hombre sirve vino, todos en sosiego y discretos. De las quinchas vecinas brotan cantos, tempranamente entonados.

Se nombra a Facundo, por una acción reciente.

("¿Que no es que lo habían muerto, hace ya una pila de años...?".)

Aballay ha sido una sombra en la andanza de la sotana, ahora es un bulto quieto, que no se esconde. Espera.

Uno de los jachaleros lo invita a acercarse. Con una seña dice no. Otro es su apetito.

Pero media el cura y Aballay obedece. Nada agrega a la conversación, tampoco propicia su intervención el fraile, tal vez acostumbrado a esos silencios de los humildes y los ariscos.

Pero a cierta altura, cuando ya las estrellas remontan el horizonte, Aballay lo sorprende con un toque en la manga y la consulta que le desliza en voz baja:

–Padre, ¿podrá oírme...?

–¿En confesión?

Aballay medita y al cabo dice:

–No todavía, padre. Pero ahora hablemos, le pido, usted y yo.

Más tarde se apartan de la animación de los fogones, eluden a los achispados de la cantina y se pierden entre las carretas dormidas donde reposan los niños.

* * *

Entonces hablan y, al calar el asunto que el desconocido le trae, el religioso se regocija de su eficacia como orador sagrado. He aquí quien le muestra que su verbo penetra y es capaz de causar inquietudes. Trata de corresponder a ellas agregando claridad y simplifica el lenguaje, la expresión, lo más que puede.

–No, hijo: no dije que fueran santos, sino que vivían en santidad. Era propio de anacoretas o ermitaños.

–Dispense, no fueron sus palabras.

–¿Que no...?

–No, padre. Los nombró de otra manera.

–A ver... estilitas. ¿Puede ser?

–Puede.

–Ah, bien. Significa más o menos lo mismo. Sólo que los estilitas eran una clase especial de anacoretas... ¿Conoces qué quiere decir esa palabra?

–Sí y no.

–Pongámosle que no y te explicaré. Los anacoretas eran solitarios, por su propia voluntad se habían retirado de los seres humanos. A lo más, mantenían la compañía de un animal fiel. Recorrían los desiertos o habitaban una cueva o la cumbre de una montaña.

–¿Para qué?

–Para servir a Dios, a su manera.

–No lo entiendo. En el sermón usted dijo que estaban arriba de un pilar.

–Sí... pilar o columna. Ésos precisamente eran los estilitas. Su rara costumbre sólo era posible en aquellos países del mundo antiguo, donde, antes de Cristo, fueron levantados templos monumentales, que apoyaban su techo en pilastras. Al desaparecer sus religiones y ser abandonados por los hombres, durante siglos y siglos, se fueron destruyendo. En algunos casos, solamente quedaron en pie las columnas. Los estilitas subían a ellas para tratarse con rigor y alejarse de las tentaciones. Permanecían allí, con viento o lluvia, enfermos o hambrientos.

–¿Cuántos días?

–¿Días...? ¡Eternidades! Se dice que Simón el Mayor vivió así 37 años y Simón el Menor 69.

Aballay entra en un denso silencio.

El sacerdote lo estimula:

–¿Y...? ¿Qué piensas ahora que sabes el tamaño de su sacrificio? ¿Podías imaginarlo?

Aballay no recoge esas preguntas. Tiene otras, muchas más, minuciosas: que si en tan estrecho sitio podían sentarse o debían estar de pie, en cuclillas o arrodillados: que por qué no morían de sed; que si nunca jamás bajaban, por ningún motivo, ni por sus necesidades naturales; que si puede creerse que no los tumbara, al suelo, el sueño...

El sacerdote está contestando, mas no omite sospechar que esa inquisitoria sea la de un descreído rústico, que lo esté incitando a perder fe en lo que ha predicado desde el púlpito. No obstante, se dice, hay respuesta para todo.

–¿Cómo se alimentaban? Lo hacían moderadamente, aunque algunos, según el lugar donde se estableciesen, se veían favorecidos

por la naturaleza. Éstos tal vez disponían de miel silvestre y del fruto de los árboles. De otros, especialmente de los caminantes del desierto, se cuenta que comieron arañas, insectos, hasta serpientes.

El tipo repulsivo de animales que evoca ahonda la naciente preocupación del cura. Por un sentido de seguridad, está observando a dónde han llegado. "Al fondo de la noche", se dice, considerando la espesura del matorral inmediato. Se han apartado del aduar, la concentración de carretas y animales de tiro. Se analiza junto a ese emponchado nunca visto previamente, que parece ansioso y díscolo, y de quien desconoce si debe temer el mal. Se sobrepone; hace por tranquilizarse y piensa que tiene que complacerse de esta provocación, tal vez ingenua, que lo ha llevado a la memoria de sus lecturas, aunque sea para transmitirlas a un solo feligrés y en tan irregulares circunstancias.

El religioso está explicando que asimismo podían sostenerse por obra de la caridad ajena, pero Aballay le cuestiona: "¿No era que estaban solos y le escapaban a los demás?".

–Desdichados y creyentes hacían peregrinaciones para rogarles su ayuda ante Dios y a esas personas de tanta fe les aceptaban algunos alimentos muy puros.

–¿Eran santos, entonces? ¿Podían pedir a Dios?

–Todos podemos.

Aballay se interna de nuevo en los callejones de su espíritu y se distrae del cura. Éste ya lo deja estar, hasta que reaccione solo.

Después:

–Usted dijo, en el sermón, que se retiraban para hacer penitencia.

–Dije más: penitencia y contemplación.

–Contemplación... ¿Acaso veían a Dios?

–Quién sabe. Pero la contemplación no consiste sólo en tratar de conocer el rostro de Jesús o su resplandor divino, sino en entregar el alma al pensamiento de Cristo y los misterios de la religión.

Aballay ha asimilado, pero su empeño consiste en despejar específicamente el primer punto:

–Usted dijo: penitencia. ¿Por qué hacían penitencia?

–Por sus faltas, o porque asumían los yerros de sus semejantes. Concretamente en el caso de los estilitas: montaban a una columna para acercarse al cielo y despegarse de la tierra, porque en ella habían pecado.

Aballay sabe qué grande pecado es matar. Aballay ha matado.

* * *

Esta noche, Aballay ha decidido despegarse de la tierra.

Bien es real que el llano, que es lo único que él conoce, no tiene columnas, ni nunca ha visto más que las de un pórtico, en la iglesia de San Luis de los Venados.

Recuerda que para escabullirse de las disciplinas de su madre, se trepaba a un árbol. Acepta que al presente está intentando lo mismo: huirse de su culpa, y busca a dónde subir.

No le valdría, actualmente. Ni un ombú, si probara el refugio de su altura y follaje. Sería descubierto, sería apedreado, aunque no supieran la verdadera causa, solamente por portarse de una manera extraña. Tampoco nadie le alcanzaría un mendrugo.

Está firme, a conciencia, en el trato consigo mismo de separarse del suelo y llevar su vida en penitencia. Mató, y de un modo fiero. No se le perderá la mirada del gurí, que lo vio matar al padre, uno de los escasos recuerdos que le han quedado de aquella noche de alcohol.

Pero él no podría quedarse quieto con su remordimiento. Él tiene que andar. Salirse (de un sitio en otro).

¿Cómo, si quiere copiar a los de antes, lo que contó el cura?

El fraile, dijo que *montaban* a la columna. Él, Aballay, es hombre de a caballo. Tempranito, a los primeros colores del día, Aballay *monta* en su alazán.

Le palmea con cariño el cuello y consulta: "¿Me aguantarás?". Supone que su compañero acepta y, mientras avanzan al trote suave, lo prepara: "Mirá que no es por un día... Es por siempre".

* * *

La primera jornada ha sido de voluntario ayuno, la segunda de atormentarse pensando en comer y no amañarse para hacerlo.

Gozó de aquélla. Privarse un día da pureza a la sangre, se argumentó como consuelo.

Después le vino el hambre tan grande y con tal reclamo que entró a desesperar de conseguir ayuda, y por consecuencia de no ser capaz de cumplir su intención.

Lo orientó un humo. Se ganó al rancho. Habían carneado y asaban las achuras en el mismo patio. No hizo falta que pidiera. Sólo que llamó la atención con su resistencia a ponerse a gusto, junto al puestero y los suyos. De todos modos, le alcanzaron una generosa porción ensartada en su propio cuchillo.

Supo que esa vez era diferente de otras. Había recibido el bocado hospitalario que, sin preguntas, nunca se niega al que hace camino. Antes también lo tuvo, en distintos sitios. Sin embargo, desde esta ocasión podría volvérsele necesidad de todos los días, y se le nubló el orgullo de su nueva condición.

Ya estaba cercado por los apuros que pudo prever y los que la penuria comenzaba a mostrarle.

En adelante debió socorrerse con imaginación y ahí donde la astucia fallaba o vislumbraba riesgo de quebrantar su designio, tomaba enseñanza del relato del cura.

No menudeaban los ranchos, por esas soledades, ni él se figuraba de entenado. Se haría de avíos o provista, algún recurso guardaba como para poder pagarla. ¿Cazar? Sí, pero, ¿cómo cocer la carne? ¿Fruta? La naturaleza de esa región la negaba.

Habilidoso fue siempre para las suertes sobre el estribo o colgado de las cinchas, con lo que le vino a resultar sencillo recoger agua en el jarro o, por probarse destreza, beberla aplicando directamente los labios a la superficie de los arroyos.

De dormir sobre el caballo tenía experiencia y éste de soportarlo. Pero, si no lo aliviaba de su carga, no le concedería descanso y sobrevendría la muerte del animal. Enlazó un cimarrón, lo convirtió en su parejero y se pasaba de una cabalgadura a otra, para darles respiro. El segundo no hizo resistencia ni al jinete ni a la rutina; seguramente había tenido dueño.

Pudieron someterlo a las prácticas menos ilustres sus necesidades naturales, de haber tomado con absoluto rigor la ley de vivir

montado. Tuvo el tino, aquella noche, de consultárselo al cura, que nunca supo a qué tanta averiguación sobre los hábitos y vedas de los encimados a las columnas. Dijo el fraile que no concebía penitentes a tal punto severos que se prohibieran descender a tierra por tan justificada razón, aunque no dudaba que algunos cometieron esos excesos de mortificación.

De todos modos, Aballay se proponía ser limpio. ¿Acaso no penaba por limpiarse el alma?

* * *

Aballay remueve las ramas de un arbusto, buscando vainas comestibles. Sorprende a un pájaro atolondrado que demoraba en volarse. Lo manotea en el aire. Lo retiene con cuidado de no dañarlo. Nota su agitación desesperada y lo dispensa del pavor.

Ya se proyecta el ave hacia arriba y al hombre le da contento su libertad.

Pero se le atraviesa una memoria empecinada: la mirada del gurí, cuando le mató al padre.

* * *

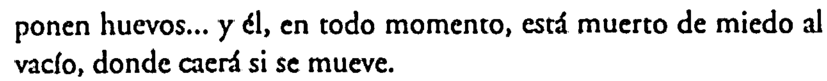
También terca, porfiada en volver, es su imaginación de los empilados. Suele, como esta noche, entremezclársele con las impresiones del día.

Él, Aballay, es un penitente y está parado en un pilar. No una columna de las de iglesia, tampoco pilón de portal de un cementerio: pilar de puente, de piedra, sólo que más fino y encumbrado, él arriba.

No está solo. Hay otros pilares y otros que penan. Son los antiguos, los santos, y para él resultan extranjeros. No se hablan, porque así tiene que ser, y si hablaran él no entendería su lengua. Se cubren, como él, con ponchos.

En una parte del sueño hay paz, después cambia en pesadilla: llegan los pájaros.

Le caminan por la cabeza y los hombros. Le picotean las orejas, los ojos y la nariz, o quieren alimentarlo en la boca. Hacen nidos,



ponen huevos... y él, en todo momento, está muerto de miedo al vacío, donde caerá si se mueve.

Aballay despierta a medias. Le ordena a su alazán: "¡Quieeto...!".

* * *

Encuentra una pulpería. Pasa de largo, no le sirve: no tiene reja empotrada al muro del frente para hacer su compra desde el caballo.

Al tiempo halla otra. El pulpero antes de entregarle el charque pone la condición: "Platita en mano". Aballay descuelga de su sitio algunos de los cobres que, con otras monedas de diferente ley, hacen el esplendor de su rastra.

Desemboca en el patio de una posta. Se juega. Baraja, taba. En el redondel, los gallos se dan la muerte a primera vista, o a ciegas, si se revientan los ojos a puazos. Se apuesta.

Se come y se bebe.

Aballay ha atado el cimarrón al palenque, con su alazán circula entre los grupos, por ver. Lo mismo ante el asador. Pero alguien lo provoca: "El que no se pone, no come". Aballay comprende. El provocador está por tirar la taba. Aballay desune de la rastra una moneda. El hueso que hace su vuelo e hinca el borde en tierra decide que gane Aballay. El perdedor paga: con desprecio arroja dos monedas al suelo, entre las patas del alazán.

Aballay observa los dineritos que podrían ser suyos, si se humillara a solicitar que alguien los recoja del polvo y se los ponga más al alcance. Podría tomarlos él mismo, corriéndose por la barriga del animal, asido de la cincha, pero daría risa, y tendría que pelear. Considera con vaga tristeza el doble relumbrón que lo espera, enfila hacia el palenque a desatar al parejero, y parte.

Desde entonces, por ese gesto, para los testigos nada fácil de descifrar y que tendría relación con el desprendimiento, a Aballay le nacen famas.

Él no se entera. Si fuera más avisado, las habría visto dar lumbre a los ojos admirativos de la moza que una mañanita le tendió unos mates con azúcar.

Amargos son los que él se ceba, de madrugada y a todo requerimiento de las tripas cuando se le vuelven quejosas. No abusa de la

licencia por causa de extrema necesidad o fuerza mayor –aunque para él lo sea la yerba– que creyó sobreentender de los ejemplos del cura. No pone pie a tierra ni para encender leña.

Dispone de los cacharros debidos. Elige un desnivel del terreno que le sirve de mesa en tanto él pueda arrimarle el caballo de manera que, aproximadamente, se recueste en el borde. Sobre esa prominencia, no más alta que donde va la montura, hace un fueguito y caldea el agua. Cuando la llanura exagera de chata, se interna en las rajaduras profundas y anchas de la tierra que abrieron olvidadas correntadas. De esta manera, busca el nivel desde abajo.

Para sus pausadas mateadas del ocaso, se entiende que coopere el cimarrón, tan sosegado como es. Sin incomodar al amo, ramonea toda la planta que halle a tiro. Mientras, el compañero libre de tareas explora a su gusto la terneza de los brotes y los pastos. Aballay tiene las piernas cruzadas sobre el dorso del cuadrúpedo, que es su asiento. Entrelaza los dedos para abarcar en el hueco de las manos el volumen de la liviana calabaza. Sorbe, con dilatadas pausas, de la labrada bombilla de metal plateado. Se absorbe, Aballay, no en pensamientos, quizás, sino simplemente en su parsimoniosa mística del zumo verde y cálido. No obstante, él, que no suele hablar solo, una vez, en voz alta, exclama: "¡Dios es testigo!".

Extrañado del clamor, entre un silencio tan tendido, el cimarrón reacciona con un relincho y se sacude. Por el remezón, Aballay se despeja.

* * *

En una trocha tropieza con cuatro indios mansos. Desprendidamente, le ofertan pescado, que a poco hiede. Está crudo, lo transportan en canastas de totora expuestas al sol, a campo traviesa, para feriar en poblado. Aballay no acepta, pero retribuye la intención: de sus alforjas les provee dos puñados de sal.

De inmediato, los indios acampan, prenden un fuego, destripan y asan los bichos de escamas nacaradas.

Ahora huelen pasablemente, para el hambre sin curar de Aballay. Aguarda, de horqueta en su potro.

Los cuatro pescadores se han puesto efusivos y pretenden forzarlo a bajar con ellos. Él no accede pero recibe su porción.

Los indígenas mascan en cuclillas. Uno lo observa de reojo, prolijamente, en todos los instantes. Deduce que no es que el blanco no quiera, sino que no puede despegarse de los lomos del animal, y traslada a su clan esta preocupada conclusión: "hombre-caballo".

* * *

Bultos duermen en la noche. Forman uno Aballay y su cabalgadura; hace el segundo la otra bestia buena. Anidan en un malezal, nada mejor han hallado en lo que la vista podía alcanzar. No hay luz lunar, la impide una cubierta de nubes.

Aballay está encaramado en un pilar. El sol le hace arder la boca que guarda resabios de pescado echado a perder.

Hay otro anciano. La columna de éste es más espléndida, pero la sed los iguala.

Es anciano y parece un santo, aunque no guarda la compostura de un santo. No tiene aguante. Se abre el escote del poncho, para ventilarse. Todo transcurre en silencio, hasta que el santo antiguo clama: "¡Agua!". No le parece a Aballay que dijera agua, aunque ése es el sentido que le encuentra a lo que hizo el otro; más bien se le figuró un trueno, casi encimado a un relámpago...

Cae, Aballay, cree que volteado por el relámpago o el rayo, y al golpearse despierta y ya lo empapa la lluvia. Un instante disfruta del agua que le contenta la boca ardida. Hasta que descubre que ha tocado tierra con todo su cuerpo.

Batidos los ojos por el chaparrón, intenta no obstante elevar la mirada, al menos la frente, en un confuso acto que no sabría desentrañar él mismo: ¿está pidiendo perdón, haciendo valer que no fue a propósito...?

Embarrado y trastornado, salta sobre el pingo y a su juicio y riesgo, aunque temeroso, decide que esa bajada no hay que ponerla en la cuenta. Admite que lo tiene agarrado un yugo que él mismo se echó. Lo acata con la obediencia más sumisa.

* * *

Los días de la polvareda grande lo tienen exigido y del apremio saca listeza para mejorar su sustento.

Por los indicios entiende que no es polvo del viento, sino de la caballada, y no montaraz, sino caballería de tropa armada. Malo eso para Aballay: puede ser reclutado, o lanceado, sin causa; puede perder los pingos, por requisa o por codicia.

Se ampara en las lejanías y yendo a ellas se aparta de las últimas huellas de la gente, cae en la bruta pampa.

Toma referencia de las ilustraciones del cura, cuando le contó de aquellos arrepentidos de los tiempos de antes que, si iban a dar al desierto, no todo era miel para ellos: de comer arañas y hasta víboras le habló.

Sopesa la alforja del charque y se le pinta, no muy distante, el hambre. Ésta le encadena ideas: serpiente-lagartija-piche. Seguramente en el desierto de los santos antiguos no correteaban los armadillos.

Precisamente de sus mareadoras corridas en varias direcciones, de sus zambullidas en las cuevas, del ahínco con que en ellas se prenden de las raíces, depende la dificultad para que Aballay logre cazarlos desde el caballo. No obstante, arriesga rodadas (suyas, al colgarse del potro lanzado a la carrera; del animal, si hunde la pata en los agujeros que cava el piche para vivir).

Fracasa y fracasa. Persevera y aprende.

Después, cocerlos es como caldear agua para matear. Sólo que hay que sacrificar los bichos. Puestos boca arriba, a punta de cuchillo los despena y los abre en cruz. En su propia cáscara, que sirve de olla, y en su misma grasa, que tiene abundante, se fríe el almuerzo.

De esta suerte, sobra comida. Pero falta el agua, omisión que obliga al regreso.

* * *

Harto astroso ha vuelto. No se ve a sí mismo, hace tiempo. Pero los ojos de los demás le controlan la presencia, no porque salga de lo común la aparición de un menesteroso, sino por resistencia a los

malentretenidos, que pueden cometer iniquidades cuando caen en la miseria extrema.

Halla conocimiento en un rancho. No lo reconocen a él, nunca lo vieron; le reconocen sus famas, que le han crecido, sin él saberlo, que son diversas y contradictorias, pero lo realzan, dentro de una concepción del bien.

"Lleva su cruz", se susurran, con actitud reverente.

Aballay, que afina el oído para pillar el secreto, considera que la verdad es justamente lo contrario: él no tiene ni una cruz, ni una medallita, ni una estampita siquiera.

Acepta unas pilchas, que le son propuestas con comedimiento. Es un día cálido.

Busca el arroyo y se sumerge en prolijas abluciones.

No tiene peine y se fija como primera meta un boliche o pulpería donde adquirirlo y reponer la provista de sal, yerba mate y tasajo.

En camino, al tranquito corto, una tarde a eso de la oración, con el cuchillo descorteza y pule un trozo de rama seca, luego uno segundo, más corto. Los une en cruz con un tiento. Con otro se la enlaza al cuello y la echa por fuera de la camisa o blusa que ahora posee por dádiva de los puesteros.

De donde conviven unas cinco casas le salen al encuentro unos estampidos que no han de ser de guerra, como lo distingue al poco por exclamaciones que son de entusiasmo y muestran alegría. Al pasar hacia la pulpería observa al costado la causa: entre tablones y con un tope de troncos, circulan, por mano de hombre, pelotas macizas y duras, de quebracho pueden ser, que ora buscan su senda con independencia y ligereza, ora se dan golpazos de matasiete. Lo tientan las bochas. Seguro que se podrá apostar. Lo ataja un recuerdo deprimente. ¿Y hacer un tiro? ¡Lindo sería...! ¿Desde el caballo...?

El peine, el charque, sal y yerba le consumen los valores de la rastra. Solamente retiene una moneda, la más valiosa, el patacón de plata, que era el centro del vistoso ornamento. Lo guarda en un pliegue, como bolsillo, que lleva por dentro ese cuero curtido que le faja la cintura con donaire y solidez.

Se incorpora no al juego sino al espectáculo de las bochas, sin entrometerse entre la hombrada. Como permanece, lo toman en cuenta, a la hora del asado:

–Hágale, con confianza.

Como está indeciso, le insisten:

–¿Y...? ¿Gusta...?

Aballay asiente, apenas con una inclinación de cabeza, sin comprometerse del todo, ya que adivina lo que sucederá a continuación: pretenderán que para arrimarse al asador descienda y se entablará el repetido duelo con sus resistencias.

Así ocurre, hasta que alguien toma razón del crucifijo y pide parecer a un vecino: "¿Será ese que..."?. Hay acuerdo en que puede ser. Van ellos, entonces, a rendir su ofrenda –pan y vino, como principio– a ese peregrino extraño que, según decires, no descabalga nunca.

* * *

Así terminó la primavera y pasó el verano, Aballay.

El invierno le hizo pensar que el estío había sido una gloria, para su vida al raso.

Por el fondo de los campos estaba subiendo el sol, pero Aballay no terminaba de despertarse. Helaba, y él se estaba helando. Lo poseían vagas sensaciones de vivir un asombro, y que se había vuelto quebradizo. No intentaba movimiento y lo ganaba una benigna modorra.

Mucho rato duró el letargo, ese orillar una muerte dulce, mas atinó a reaccionar su sangre a las primeras tibiezas de la atmósfera.

Al tomar conciencia del riesgo que había vadeado, se santiguó, besó la cruz de palo y controló sus apoyos, sobre los que discurrió:

"Si muriera encima de un caballo... ¿quién me despegaría de él? ¿Podría, la muerte...?"

* * *

Desde su carretón ambulante, el mercachifle lo convocó con una voz: "¡Gaucho!", que Aballay no reconoció para sí o lo predispuso

contra la intención de quien lo nombraba de esa manera, por unos cuantos aplicada con menoscabo. Iba a desentenderse de él; no obstante, el otro, a gritos para hacerse oír, sólo quiso preguntarle si tenía plumas.

Aballay se contuvo.

–¿Plumas?

–De avestruz. Las compro, o cambio por mercancía, buena mercancía.

Por este encuentro y la tal propuesta, Aballay creyó hallar oficio que no lo hiciera renegar de su voto.

Tuvo que correrse a la llanura central, menos árida, más solitaria, y rumbear al sur, hasta confines odiosos por sus peligros, los de tener encimados los territorios de tribus no avenidas con el blanco.

Acechó al ñandú. No para faenar sus carnes (empresa imposible sin echar pie a tierra). No que quedara sin vida, quería Aballay, que quedara sin plumas.

Supo de pacientes vigilias, aplicó el ojo avizor, se sometió a la inmovilidad (por no delatarse al zancudo).

Ensayó carrerearlos y sobre la marcha, al emparejarse, arrancarles los alerones o parte de la cola. Demasiado resistentes le resultaron; si el alazán por un trecho alcanzaba al ñandú y él se le aferraba a las plumas, los enviones del patas largas amenazaban arrastrarlo o le dejaban como recompensa un manojo escaso o maltrecho.

Lamentó su ineficacia con las boleadoras, de las que, de todos modos, carecía.

Ensayó el lazo. Aprendió que voltear de un tirón al avestruz no es dominarlo. El ave grande pateaba con una energía temible y le espantaba el caballo.

Comprobó, por último ante la reja del pulpero, lo engañoso de las ilusiones del trueque.

Que fuera oficio para mujeres, nunca se le avisó; lo daba por hecho como menester de varones. Sin embargo, ahí, al comando de la carreta, estaba una.

Por el momento, en aprietos considerables.

Aballay no fue tenido en cuenta, ni él se postuló, ni adelantó palabra. Meramente se detuvo a un costado a apreciar la situación

y tomó nota de que en el interior del carruaje estaban atrapados: otra mujer, de apariencia más delicada; un civil, quizás el marido, y hasta tres niñas.

Resaltaba que para la mujer carretera sacar del agua fangosa esa mole con ruedas era obligación de sus bueyes, y se los exigía con voces de mucho imperio y el duro estímulo de una picana bien manejada.

Aballay entró al pantano, a probar honduras. A continuación, desenrolló el trenzado y enlazó el pértigo. Se pasó a la vanguardia y con el de montar y el parejero comenzó a cinchar, cuidadosa pero firmemente. Todo ello, sin perder su posición sobre el alazán, lo cual motivó primero la atención, luego la estimación de la mayorala. Ésta entró a colaborar con él.

No sirvió el esfuerzo inicial por el mucho peso del carro y la carga entera. Menguó: Aballay desembarcó, uno a uno, a los cinco transportados y sin dar tregua a sus cinco caballitos los reimplantó a la cuarteada.

Hacia el crepúsculo, liberados de la prisión del cieno, aunque abundaran las injurias de éste sobre botas, ropa y rostros, los confortaba un fuego animoso sobre piso seco. La olla de mazamorra se confiaba al influjo de las llamas quedas.

Aballay pudo comprobar su destino –que no pretendía– de provocar desconcierto, teñido de admiración.

Con ese estado de ánimo, la carretera acató sin insistencia ni comentarios que rehusara desensillar para tomar una comida caliente y más tarde su descanso en forma natural. Ejerció una prudencia elemental y confió en hallar ocasión para retribuir mejor la ayuda.

Aballay durmió sobre el cimarrón.

Al despertar, sabedor del apego que le profesaba el alazán, que como de costumbre había quedado suelto, no le preocupó su falta; lo supuso verdeando largamente en resarcimiento del desgaste que tuvo el día anterior.

Saboreó él, Aballay, su propio verde aromoso, en sucesivas rondas que el postillón adolescente le sirvió con masa para masticar. Luego salió en procura del demorado.

Cuando lo encontró, estaba tumbado, sin inquietud, sin violencia, sin resuello.

Aballay entró a pensar y hubo de inquirirse si bajar por su potro le sería dispensado. Rumiada la duda, no lo hizo. Colgado del cimarrón, retiró el cabezal del alazán y dejó que la mano se demorara tiernamente asentando el pelaje sano y parejo.

Se le instaló el desamparo en la voluntad, una desolación que lo puso inservible hasta el punto de no atinar qué hacer para no matar con su peso al cimarrón. Estaba igual que al principio; para no asentar la bota en tierra precisaba un caballo más conque alternar.

Sin decisión, siguió la carreta.

Más adelante, en una parada, hubo ocasión:

–Concédame...

Con esta sola palabra, la mayorala le hizo don de la mulita, la de servicio, la que llevaba de rabo del carro para un rodeo o avanzada del postillón mozo.

* * *

Se sumó a la travesía, sin resentirse de la ojeriza que le dedicaba el hombre que mudaba destino, de un costado a otro del país, con sus bártulos y su familia de cuatro polleras entre los cueros del galerudo y lerdo transporte de bueyes.

Para Aballay estaba bien con que la mayorala tolerara sus hábitos. Si no se hacía mella de éstos, conllevaba tareas. De tal modo resultó que pudo darle a ella algunos desahogos, de media jornada y más, conduciendo él la carreta. Le bastaba pegar el salto de su cimarrón al pescante: no pecaba de posarse en tierra.

En la noche, el resguardo de la caja del carretón le aligeraba el trámite hacia un sueño con menos escalofríos. El yantar se le había vuelto seguro.

Aballay se incomodó a sí mismo con dos preguntas: ¿por qué ella me ampara? Lo que yo hago, ¿es penitencia?

De la primera pidió respuesta a la bienhechora:

–¿Por qué...?

–Porque me ayudás. (Ella lo voseaba, no él a ella.)

No lo convenció y se fue al silencio.

Entonces, la mujer se allanó a confesarle:

–Porque me recordás a un hijo que supe tener.

Conversaban en igualdad (a igual altura), en la noche. Para hacerlo real, él se arrimaba en la mulita y ella se sentaba en el piso del pescante de la carreta quieta.

Cuando la mayorala le alcanzaba un tazón o un cacharro, vale decir, alimento de tomar con cuchara, a Aballay le asomaba la inquietud. La cuchara, en su mano, le representaba el bienestar, y era cuando se preguntaba si de verdad hacía penitencia.

La llamaba "vida de balde" y sabía que eso era como "vivir de regalo", pero también sospechaba que fuera vivir en vano.

Pensó, una vez, ir al encuentro del cura o de otro hombre mayor e instruido con quien aconsejarse.

A sus dudas, como de una tiniebla, le venía la réplica, casi parecida a una justificación: vivir para pagar una culpa no era vivir en vano.

Podrían haberlo tranquilizado, esos pensamientos, si no se hubiera interpuesto, en cada caso, la cara del chico. ¡No había arreglos, con el gurí!

* * *

Aballay desaparece dos días.

De vuelta, se distingue sobre la mulita un fardo. Esa diferencia podría no tener significado; no obstante, la mujer de la carreta le atribuye alguno, aunque todavía incierto.

Que Aballay se lo confíe, como está haciendo, podría creerse contribución de su parte a los consumos del viaje. No es lo que la mujer considera, menos cuando deslía el bulto y encuentra: tocino, ginebra, sal, galleta... sí; pero además una pieza de percal, agua de olor, un pañuelo...

Algo, en la mayorala, se pone muy flojo.

Ahora ya casi comprende... Quizá, que no es un presente común. Que Aballay se va y paga. No, no paga: retribuye.

Casi lo puede entender de esa manera, pese a que Aballay aún nada explica, ni cuenta nada.

Ni dirá que entregó el patacón de plata, aquel guardado en el pliegue de la rastra para una ocasión especial. O para una gran necesidad (como la de hacer lo que ha hecho).

* * *

Como se perdió la carreta con su mayorala, se perdió el invierno y se pierden los años.

Murió el alazán, murieron el cimarrón y la mulita. Siempre pudo sustituirlos, nunca con ventaja. Los más, orejanos; los menos, dóciles. Por hallar sumisos, cuando enlazaba perdidos sin marca, los elegía viejos, reputados de mansos. Precisaba uno preferido para montar, y el ladero. Un tiempo se avino a llevar, de parejero, un burro. Precisaba, propiamente, un sillero. Ni silla, ni montura, ni bastos, llegó a tener.

Sospechoso de abigeato, y en reincidencia, un policía le cargó la mirada.

Aballay y su yunta fueron arreados al destacamento.

El milico le mandó el "Bajate, que el comisario te quiere ver".

El coraje que tuvo para no apearse le faltó a Aballay para la frase tranquila que se le formaba en la mente: "Si quiere verme, tendrá que salir".

Soportó el tono, soportó el enojo y las palabras puercas. Calculaba para enseguida unos guascazos y unos tirones, pero el milico decidió darle una oportunidad:

–Tenés que entrar, por las buenas.

–No me niego, si es montado.

–¡Ah, vos, con tu manía...! –lo reconocía y lo despreció, el uniformado, sin atreverse a más.

Fue a poner el litigio al arbitrio del comisario. Salió de vuelta no por contrariado menos altanero, e hizo las cosas como si se dirigiera a un tercero:

–De orden de mi superior, que el citado Aballay tiene que comparecer no más.

Si bien debió agregar, de distinta manera: "Andá adentro, te las tendrás que ver con el jefe. Pero pasá derecho al patio, podés entrar con tu flete".

El comisario, para no ser menos que el indagado, fingió que estaba al salir con apuro y subió a caballo. Sólo entonces, como condescendiendo a no dejar desatendida la cuestión, planteó el

reclamo: "¡Despachemos pronto! Me va a decir, Aballay, en qué asuntos se ha metido...".

Pero fue indulgente. Sabía (o creía saber) ante quién se hallaba.

* * *

Al tiempo de vida errante, le había salido al cruce una partida de jinetes.

Eran tres y los pensó en malandanza. De él quisieron sondear una suposición semejante (el crucifijo al cuello podía usarlo como un despiste) y, al parecer, con unos datos creíbles se les pasó tal idea.

–¿Querés trabajar?

–Según...

Enganchaban peones. Dos de ellos lo eran y el otro su capataz. Estaban formando una hacienda, para un patrón. Reclutaban hombres para el desmonte.

Aballay dijo no, que él no.

–Pretencioso el gaucho –soltó uno, con agresividad.

"¿Otra vez?", se consultó Aballay, y no pudo impedir que se le embravaran los ojos. Se los controló el retador y para acentuar la provocación le caracoleó el caballo por delante.

No le gustó el lance inútil, al capataz. Lo llamó al orden: "¡Pereira!", e increpó a Aballay:

–¿Quién sos?

A Aballay le salió de respuesta: "Un pobre", como un tenue desprendimiento. Lo miraba de frente y ya no tenía cólera ni soberbia en el rostro.

Entonces, para el principal de la partida cobraron sentido la cruz de palo y las trazas, ya de mucho oídas, del montado errante. Con respeto se llevó la mano al sombrero y se descubrió la cabeza.

Y Aballay supo que, al cabo de tanto, había regresado a la comarca acogedora de donde lo apartó la carreta.

* * *

Otras veces se encontró con gente de a pie. "Más pobrecitos que yo...", comprobaba.

Podía transcurrir un día sin que distinguiera persona, y quizás lo mismo le ocurría al otro; sin embargo, al coincidir raramente se excedían de estas manifestaciones:

–Buenas...

–... y santas, amigo.

Y cada cual proseguía, con el nudo de lo suyo, cerrado, dentro de un mundo tan abierto (y solo).

Podía dar testimonio del éxodo –vaya a saberse hacia dónde que imaginaban el pan– de familias que nada poseían, salvo los hijos. Tropitas polvorientas, en las que el padre hacía punta, y luego los chicos; uno, puede que de leche, bajo el cobijo del amplio chal de la madre, negras por lo común las vestiduras de ésta. El más animado, cuando no extenuado por la hambruna, era el perro.

–Buenas...

–... y santas, señor.

Resaltaba la respetuosidad, no sólo por darle a Aballay el trato de señor. Al ver de cerca al montado, se había recuperado del borde de donde descansaba. Sombrero en mano, lo sacudía del polvo contra la pierna.

–¿Me conocés?

–De mentas, señor.

Aballay lo dejó parado y meditó. El caminante era el tipo del venido a menos hasta lo muy mínimo, donde ya ni fe en sí mismo queda. Aballay consideró que podían hacer juntos el camino y se dio cuenta de lo provechoso de la cooperación entre un hombre privado de la tierra y un hombre a ras del suelo. Aballay se dijo que andar con otro demandaba plática y él no era de mucho hablar. Tan bien lo probó que al rato se fue sin revelarle que lo estuvo pensando de acompañante.

En una cuesta descollaba a distancia uno como ensotanado, por el poncho negro y caído hasta los pies. Gesticulaba, llamándolo a llegar a él más de prisa, lo que no obligó a Aballay.

Sostenía un largo palo para acreditarse, vivísimamente interesado en conquistar el uso del caballo que consideraba vacante.

Aballay toleró el discurso, notó codicia, midió la potencia del palo. Sencillamente le notició que se inclinaba a no tener socio alguno, lo cual exasperó al figura y ante este resultado Aballay se decidió a partir sin agregar palabra.

El taimado zumbó un varazo propio para hacer volar la cabeza del jinete, que con agacharse la salvó, mientras ponía distancia con la ligereza de sus caballos.

–¡Anda, ve con Dios! –le vociferaba, muy castizamente, el salteador fallido–. ¡Anda, ve con Dios...!

"En eso estoy", se consoló Aballay.

* * *

En una época siguiente, padece deterioro de salud. No lo esconde, tampoco lo pregona.

Las puesteras hacen lo que pueden por él: un té de yuyos, un caldo de ave, una tibia leche de cabra... No se atreven a medicar: piensan que a un hombre en ese estado hay que mandarlo a la cama, pero no a ese hombre.

Menos osaría ninguna propiciarle el rezo. Por descontado que Aballay llena sus retiros con la oración.

No es tanto así, como creen las mujeres. Sin embargo, Aballay reza, a su manera, y no para implorar por su salud. De siempre lo ha hecho igual. Su rezo es como un pensamiento, que continúa después que ha dicho las frases de la doctrina. Nunca hizo de la plegaria una queja.

Hoy, que se ha arrinconado con su fiebre en un barranco y tiene mucho frío, nota, con la vecindad de la noche, las majestuosas pinturas del cielo. Le llenan el espíritu y se antoja de hacer lo que nunca se le ocurrió: rezar de rodillas, sin que tenga que quebrar el voto, sin hincarse en tierra: doblado sobre su potro.

Prueba, con unción, con vehemencia, con tenacidad, pero no puede: arriesga una ruinosa caída.

Ciñe desesperadamente sus piernas al cuerpo del animal, dispuesto a no derrumbarse, a afrontar la infinitud de las sombras que se lo están tragando.



Sueña con hojas de flor de durazno.

Sueña que interpreta: ha de ser mi remedio, el tiempo soleado, ya que la flor se abre con la primavera.

Un día, a la vista de un duraznero que estalla de flores por todas las ramas, recuerda con benevolencia aquel sueño y se enseña del acierto de su presagio.

* * *

Una mujer le pide que le salve al hijo.

Aballay no entiende. ¿Que le ayude a llevarlo adonde se pueda dar con un médico...?

No. Que él lo bendiga y el niño se pondrá sano.

Aballay se espanta de esta atribución: lo están confundiendo con un santón.

Después se duele: "De haber podido, yo...".

* * *

El antiguo, que se cubre con poncho blanco, le impacienta el ánimo.

Entre tantos pilares de los templos descabezados, vino a subirse a la columna quebrada más cercana de la suya.

Traía un silencio odioso, muy diferente del que cumplía Aballay, porque en Aballay era como una costumbre de estar callado, sin ostentación.

El antiguo se apareció con un silencio medio peleador, como empeñado en que Aballay se fuera.

Aballay se sintió vigilado y aunque no pretendía ser más que nadie, no cedió, y vigilaba al vecino.

Se daba cuenta si el antiguo bajaba más de lo perdonable y tomaba nota igual que si nutriera un encono.

Al padecer la lluvia o el frío, resistía y comparaba, por verlo aflojar.

Si granizaba, menos calculaba los coscorrones en su cabeza que los que machucaban al otro.

Su comportamiento era mezquino, tenía que reconocerlo; pero, alegaba, por causa del control malintencionado que le aplicaba el intruso.

De todos modos, uno y otro lo pasaban pendientes de quién cayera primero.

Permanecían al acecho de los indicios: si se ladea al dormir, si lo marea el sol, si lo zamarrea el chucho...

"Puede que el poncho blanco le esté dando apariencia que lo favorezca de bendito..." –Aballay juntaba argumentos por menospreciar la ventaja que le llevaba el antiguo en recibir ofrendas: se acumulaban, éstas, en la base de la columna.

Después de unos cien años de rivalizarse, ninguno ganó en morirse. Los dos quedaron sin gestos justito en el mismo instante, y se secaron de a poco. Después se desmenuzaron como un par de panes viejos.

No pasó sin huella para el montado esta fantasía de la noche: le marcó ondas graves de desabrimiento y melancolía.

* * *

Siempre piensa en el gurí que le hincó la mirada.

Pasan años. Un día se encuentra con esa mirada.

Sabe que el niño, hecho hombre, viene a cobrarse.

Lo ha seguido, el mozo. Lo topa en un cañaveral.

Podría parecer un santón de poca edad, en digno caballo. Trae templados los ojos, pero decididos. Igual que Aballay, está en harapos.

Le comunica:

–Le he buscado.

–¿Mucho tiempo...?

–Toda mi vida, desde que crecí.

No pregunta, afirma:

–Conoció a mi padre.

Sería ocioso preguntarle quién es él y quién era su padre.

Le pide:

–Señor, eche pie a tierra.

Aballay decide que tampoco por este motivo puede. Además, está rumiando que no debe revelar el porqué: parecería un disimulo del miedo.

Como demora con su cavilación, padece que el otro lo apure:

–Señor, he venido a pelearlo.

Aballay hace un gesto sereno, que muestra conformidad, y el joven resume:

–Sé que tiene fama de que no se abaja nunca del caballo. Tendré que abajarlo. Le ofrecía, no más, la ocasión de un frente a frente en que los dos pisemos firme. Si usted no la quiere, me acomodaré a su modo.

Lentamente, del dorso desenvaina el facón cruzado, que es largo como la búsqueda que ha terminado.

Ágil y rápido, Aballay se inclina pronunciadamente y con incisión certera y enérgico forcejeo corta una caña gruesa y poderosa como de más de un metro. Toma posición, con ella en ristre igual que lanza, y ya ha guardado en la faja la hoja triangular del cuchillito.

El desafiante se asombra:

–¿No tiene cuchillo que valga...? ¿Ni ese cortón piensa usar?

Pero ni más palabras usa Aballay, aguarda.

No quiere matar, pero opondrá defensa.

Luchan. Con la caña hostiga y lastima superficialmente. Busca herirle la mano que empuña el arma, para que la suelte. El contendor lo pasa a la carrera, por el costado, bajando planazos que aciertan y escuecen. Vuelve y suelta un mandoble de partir la cara. Aballay esquiva y lo que corta el facón es la caña, formándole un chanfle perfecto. Aballay, por instinto, la mantiene rígida y no afloja. Con el extremo por ese azar afilado, la caña se incrusta en la boca del retador que atropella, y se la destroza. Resbala, manoteando inútilmente el pretendido sostén de las riendas.

Desde arriba, Aballay lo estudia, un segundo. No ha cometido lo que no quería: matar otra vez. Compasión y náusea le causa esa efusión de sangre que ahoga los ayes y enturbia el bramido.

Desmonta a dar socorro y llega hasta el vencido, pero lo bloquea su ley: no bajar al suelo, y lo ha hecho.

Angustiado, levanta la mirada, para consultar, y por su cuenta resuelve que en esta ocasión será justo que permanezca todo lo que haga falta.

El instante de vacilación basta para que el vengador de abajo, alce de punta el cuchillo y le abra el vientre.

Aballay cae, perdiendo aceleradamente las energías, y lo que se le embota primero es el sufrimiento de la cortadura.

Alcanza a saber que su cuerpo, ya siempre, quedará unido a la tierra. Con el pensamiento velado, borronea disculpas: "Por causa de fuerza mayor, ha sido...".

Aballay, tendido en el polvo, se está muriendo, con una dolorosa sonrisa en los labios.

Tríptico zoo-botánico con rasgos de improbable erudición

Primero del Tríptico

Vizcachas

Quizá su barco que remontaba fatigosamente la ruta hacia el atlántico norte pudo rozar el trayecto inverso del que traía de regreso a Sarmiento, ¡quién sabe! Quizás fondeó en los mares de alcohol de las tabernas en cualquier puerto donde más tarde delirarla Poe, y prescindió cansinamente de la aventura del oro que llamaba desde el Yukón. Vaya a saberse si escuchó el estallido de las balas y los sables del Norte contra el Sur, o sólo las mentas de lo ya ocurrido. Acaso supo de W. F. Cody; tal vez, si lo vio, fue desde los tablones del circo. Resulta posible tolerar la idea de que más se enteró de búfalos salvajes y de estoicos pieles rojas por lecturas y leyendas, cuando ya se había adentrado en las primeras estribaciones de la pampa y ensoñaba –y se atribuía– el West lejano del que se distrajo, hasta ignorarlo, entre sus pertrechos de desarraigado en el East.

Desarraigado allá y acá. Su estatura –seis pies y medio–, su barba y su pelo –como jugo de granada–, su inglés-irlandés –era un O'Hara, de nombre Ryan–, pudieron integrarlo sin resistencia en el país elegido. La convocatoria paterna, mejor dicho el reclamo de regreso atendido tardíamente, lo convirtió en heredero y estanciero. Pronto descubrió que asimismo podía gobernar su hacienda, mal que bien, desde la ventajosa ubicación en ciudad.

Buenos Aires, en la que había nacido, no lo recuperó: lo descubrió, con embeleso las damas, con celos y rivalidad los varones.

Su porte, su barba, la cabellera larga hasta la nuca, su aventura americana –imprecisa y por tanto inflamada– lo asociaron, en los salones, en el teatro, con quiméricas representaciones mixtas: de Búfalo Bill con los pieles rojas.

Fue por entonces que desertó de la ciudad para acaudillar huestes propias e irregulares, conquistadoras de tierras y ganado del desierto (incierto: yacía con vida). Y así, de un continente a otro, vinieron a revelársele el Far West y los indios, a cuya persecución propendió con saña exterminadora (para la opinión de muchos, insuficientemente motivada).

Las sensitivas vizcachas –presiento– ya están abandonando, una a una, esas seguras cavidades donde moran, hospitalarias, en promiscua convivencia con pájaros, lechuzas y algún ofidio friolento. Obedecen la seducción de la luna llena, que esparce sobre los campos su luz de plata suave y, en respuesta a los pausados acordes de la música del silencio, comienzan a danzar su ballet. Rito debido a la naturaleza o a una creencia animal, no sé; o ceremonial del cortejo amoroso o conjura de la muerte no visible pero siempre, sí, presentida y posible.

Ryan O'Hara, que fascinaba –o distraía– al enemigo con su barba color de infierno y lo producía con la boca llameante de su carabina, por fin fue desmontado. Quedó vencido y a pie en territorio indígena, pero antes que ser despenado, huyó, en pelo de un caballo sin jinete cogido al correr. Volvió a rodar más lejos y encontró refugio en una cueva donde cohabitó con una lechuza intrigada y acaso con una cautelosa serpiente.

Estoy a unos treinta metros. Es la distancia adecuada y es mi hora. Enfoco la linterna de cinco elementos (pilas) y aluzo con su faro cegador. Donde cae la lumbre posesiva ha cesado el baile y no menos de tres vizcachitas permanecen en una actitud orante –apoyadas en sus cuartos traseros, con las patitas delanteras unidas como manos en plegaria– que debiera causarme compasión. Ahora, ¡a los tiros a la cabeza!, que tienen que ser certeros (escopeta calibre 16, cartuchos de munición N° 3). He entablado la matanza y comprendo que la primera salva es eficaz. Después de todo, yo también soy un O'Hara.

Ryan Barba Roja ha escuchado la caballada que se acerca. Conjetura: tanto pueden ser indígenas como blancos (la muerte o la vida, para él). Son un grupo de civiles armados, sus subordinados o secuaces hasta aquella tarde. Pero no acuden para acordarle una prolongación de la existencia. El escondido lugar y la autoría sencillamente atribuible a los indios servirán para la venganza –de acumulados rencores– sin riesgo de punición.

Una que otra vizcacha, tal vez agónicas pero con suficiente vitalidad, ganan la cueva que será su sepulcro. No valen el esfuerzo de poner perros a escarbar por ellas. La cosecha es de 20 a 30 cuerpos. He de cuerearlas, vaciarles las entrañas para que no fermenten, apartar la carne blanca y tierna, sumergir las pieles en salmuera y alumbre y después estaquearlas con cañitas.

Ryan, el abuelo, también estaqueaba. Hombres.

SEGUNDO DEL TRÍPTICO

SARGAZOS

Preocupé la mente de Aristóteles, el naturalista.

Desconozco el fuego, mi elemento es el agua. Desconozco la muerte, no ignoro que llegado el tiempo debido he de presentirla, y entonces migraré. A menos que se me atrape, y entonces –sólo entonces–, conoceré, a medio morir, el fuego.

Preocupo a Aristóteles, naturalista y misántropo, filósofo podría ser, que cavila en Sicilia.

Me segrego de la ventura sin zozobras del estanque, emprendo la odisea del agua en movimiento, que unas veces se llama arroyo, y es mansa y dulce, y otras se nombra mar, y es convulsa y amarga, ora toma el color de los cielos, ora de los pastos joviales que bordeaban mi charca benévola.

Sospecho o intuyo la inmensidad a la que estoy lanzada, sin saber los tramos, pero hacia ella voy, con certeza predestinada. En el crucero presiento, como si las viera, las Columnas de Hércules; puerta estrecha concedida a la vastedad oceánica. Desde ella nos forman cortejo –cuya voraz aptitud de pesca no tardaremos en padecer– las gaviotas albas como los acantilados del otro paso, el del Norte, llamado Dover. Son multitud, las que vuelan, como nosotras, las que nadamos. Sin embargo, pese a sus alas, pueden menos y desisten.

A poco las sucede, en los altos aires, otra población alada, no blanca, parda, menos hermosa, nada temible: ni enemiga ni devoradora. Acaso, o seguramente, su búsqueda, igual que la nuestra, sea de largo aliento. Acaso conocerá los pueblos dorados de Aztlán, de cuyas huestes, pasados los siglos, Diodoro, el historiador siciliano,

pudo designar a los guerreros atlentoi que enfrentaron valerosa y fatalmente a las altivas amazonas.

Aquello es el país de Aztlán, esto que acá emerge, de este lago grande que se nombra Océano, son las cumbres isleñas de las Azores, por ningún azor voladas. Señal puede que constituyan de una sumergida residencia de los humanos, probablemente griega, que según arguye Platón se reveló a Solón por boca de aduladores sacerdotes de Isis, vecinos del Nilo.

Las aves pardas del esforzado vuelo que nos acompañan suspenden la rectitud del trazo que inscriben en el firmamento y se entregan a una danza circular, como dándole vueltas a la idea de que abajo, en las Azores, algo perdieron, o algo tendrían que indagar. Quizás reconocen, en las sombras que proyectan, las formas de otros pájaros, que ahí fueron felices. Memoria. Memoria que no les pertenece. Hilachas de la herencia.

Luego salen del círculo insistente y retoman el andar en derechura. Tal vez de atávicas, como nosotras percibimos serlo en cuanto nuestras pieles comienzan a gozarse del suave rozar con los sargazos.

Uno que otro sector, de la muchedumbre que somos, merma, a expensas del artero bocado de los escualos. Pero subsiste la cantidad innumerable, para bucear hasta media milla o más, desovar, procrear, morir las hembras madres y hacer, los jóvenes, la singladura del retorno.

Cavilará Aristóteles: ¿dónde anidaron...? Nunca sabrá cuánto de lejos. Al vernos enfilar por el estrecho de Mesina, a repoblar los ríos, los arroyos y las aguas estancadas, meditará los tiempos y lo abismará la precisión con que, cada dos años, partimos hacia donde él no logra imaginar. No puede, porque falta milenio y medio para que las Antillas sean festoneadas por la espuma de tres cascaritas de madera, venidas de Palos, que no llegarán a perturbar la selva de la Madre Mar de los Sargazos.

Intrigué a un naturalista, acaso filósofo, que se interrogaba en lares de Sicilia. ¡De Sicilia, como Diodoro, como Antonello de Mesina, como Luigi Pirandello...! Como mis abuelos, viticultores y músicos anónimos... Y yo (en cierto modo, por lo que hace a la sangre inmigrante) que no tendré plaza en su Parnaso. Yo que, inmerso

entre mis libros aquí no más en una ciudad de la América Latina, he pasado este rato especulando sin sujetarme al orden de las fechas ni a las precisiones de la geografía. Pensando... Pensando como humano y pensándome anguila. Anguila migratoria en medio del cardumen que de dos en dos años viene de Sicilia y fondea en los Sargazos. Desova, y mueren las hembras, y los machos, con los retoños, vuelven. Así, siempre.

Sólo que unas cuantas, sustraídas de las aguas por los pescadores, llegamos a conocer el fuego: la llama y la brasa con que se nos cuece. Tributo al depredador, al hambre del hombre, amo de la tierra. El fuego que nos aplica es uno de los tantos que enciende, incluso para alcanzar a sus semejantes. Con algunos mata y con otros ama.

Tercero del Tríptico

Conejos

Nacida con dos dones, florence taylor: el de los recuerdos y el de la maternidad. Los únicos que posee, probablemente. Ejerce el primero sin deliberación: los recuerdos la invaden, desde su interior, o se le forman asociados con algo que procede de afuera, unas líneas de la lectura, por ejemplo. Su segundo don, el de sentirse con ferviente disposición de criar, amar a un hijo, no tiene aplicación, dada su condición austera de soltera pasiva o paciente, resignada.

Fuera del Club de Señoritas –todas ellas de cierta edad, de familias inmigrantes inglesas, escocesas e irlandesas– se extinguen sus prácticas de la sociabilidad. Vive sola, aunque lo disimula. Envía a su empleada mulata, Anselma, a comprar el tabaco, a la cigarrería de don Emilio Mitre, cerca del Club del Progreso, "para el tío de la señorita Florence, el capitán". El tío de Florence, presunto capitán de un velero mercante, no existe. Quien fuma es ella. El humo –sin que tal sea el efecto buscado– propicia sus recuerdos.

Como éste: "Los conejos invaden la Patagonia", que la visita con atributos de memoria, pero, en verdad, tomado de un diario de Buenos Ayres que no ha visto, porque falta una centuria o más para que ese periódico sea fundado. Así de desdeñosos del curso razonable del tiempo suelen ser los recuerdos de miss Florence.

(La Patagonia en el siglo XIX es un desierto, en parte interrumpido de suelo fértil por las hierbas bajas, bordeado de Cordillera y Océano, también de indígenas replegados, a veces rebeldes, todavía insumisos, ante la expansión del hombre blanco.)

Todos blancos son los conejos, como tomada su blancura de las cimas de nieve eterna, arriba y sobre el flanco de los pasos montañosos, en verano accesibles para emigrar del Chile austral, tan lluvioso él, y por ende inhóspito.

Invasores y curiosos, se adentran en el silencio acogedor de las mesas tendidas de pasto tierno con proliferación del trébol rojo. En goce de esa paz nutritiva, casi sin hostilidades que los rechacen, pueden entregarse al amor. Del amor de los conejos nacen conejitos y conejitos, capullos albos de pelaje suave, al fin dominadores del ambiente en riadas siempre en crecimiento.

Miss Florence con su mulata y su mulata con la canasta de traer víveres, explora por las huertas que se han implantado a expensas de la caduca Quinta del Virrey. Exigente en su preferencia, indaga las conejeras en procura del absolutamente blanco. "¿Por qué tan blanco, tan blanco?", requiere la puestera. "No es para comerlo", consiente en explicar Florence.

No es para la mesa, sino para la falda. "Lo tiene de hijo y de mimado como a un gato", se atreve a murmurar Anselma entre las criadas de la vecindad.

Florence, en su sala, acaricia su vellón de ternura mientras gesta el proyecto para la Patagonia que no conoce, si bien la presiente. La ensueña incalculable de verde y viviente de bugambilias y pajaritos, zumbidos de abejorros y sinfonías de jilgueros, liebres primas del conejo, distantes ñandúes prestos a la escapada prudente... Imagina establecer el Club de Señoritas en una granja que sea como hogar, que de un costado les proporcione la vista azul y estimulante del Atlántico, con playas mansas y gaviotas claras, y del otro mire los verdores animados por el discurrir amable de los conejillos.

Despunta en Florence una descripción coincidente y sugestiva: "Seres que habitan los extraños bordes de la realidad". Recogida, por la vía del recuerdo, de la imposible lectura de un libro de Robert Sheckley, *Intocado por manos humanas* (Ballantine Books Editor, USA, 1954). Florence se consulta: "¿Yo, uno de esos seres, en los bordes de la realidad...?".

Sin hostilidades, el desierto, para los conejos. Casi. Porque les son adversas las tormentas de arena y la sequía, las famélicas langostas, la víbora y el zorro.

Quizás en el mismo momento en que un ofidio mira de frente y paraliza a un conejo, y luego lo engulle, en Florence, cuya palma se suaviza sobre la pelambre tan cándida, se inscriben estas palabras, que detienen su mano y la dejan en suspenso en el aire: "Caballo y jinete. Un lento estremecimiento recorrió su carne: la marea del pánico que infaliblemente acoge el encuentro del mundo humano y el mundo animal". Vale para ella la palabra pánico, que se le transmite, porque liga esa lectura anticipada con la bestia sutil citada en esta aclaración del pastor Totenson, de Noruega: "No de otra planta que la higuera es de donde descendió la serpiente...", y le crecen las ideas sobre el Mal y la Destrucción. En la Patagonia bien pueden crecer higueras, colige, que beban la humedad buscándola con sus profundas raíces.

A despecho de sus enemigos naturales, proporcionalmente escasos, los conejos, con su afán multiplicador, siendo tantos, están cambiando el paisaje. Abonan orgánica y naturalmente el suelo y consumen pastos que extraen de la tierra la sal que la envenena. No perciben al pronto otro elemento transformador: el cabañero de ganado menor, a medias agricultor, porque aún no actúa como devastador de su especie.

Con el hombre han venido las semillas y los cultivos: melón y zapallo, habas, el trigo y el maíz. El manzano y la higuera. Los conejos se aprovechan de los frutos y después serán perseguidos.

Con la casa del hombre han prosperado ciertos huéspedes, tan indeseados como tenaces: los ratones.

Entretanto avanza en torrentes conciliados, tan blancos y sin sobresalto como los de los conejos, un antagonista tan poderoso: la oveja con sus corderos, porque ha de disputarles su alimento primordial, el trébol rojo.

Las naves cargadas de lana y cueros arriman a la Capital del Plata, desde la Patagonia, productos y relatos. Éstos se esparcen y anegan las cavilaciones de miss Florence, ya tan viejecita, cargada a su vez con el fardo de aquella ilusión del hogar-granja que no se decidió a propulsar en el Club de Señoritas.

La trama de su melancolía acoge un hilo memorioso que enhebra una sonrisa, irónica acaso, de la vena de un sabio, Darwin,

Charles I: "Gracias a las solteronas es que todavía no se acabaron las chuletas de cordero en Inglaterra".

Acertijo del que –se le avisa a Florence por sus facultades anticipatorias– un glosador de 1977 desentrañará los sucesivos componentes: "Las solteronas aman apasionadamente a los gatos. Éstos son enemigos de los ratones. Los ratones exterminan muchos abejorros (sus nidos). Tales insectos son casi los únicos polinizadores del trébol rojo: donde no haya abejorros no crecerá el trébol. Y del trébol dependen los rebaños de ovejas y las chuletas de cordero. Por lo tanto, donde abunden las solteronas habrá muchos gatos, pocos ratones, cantidades de abejorros, buena cosecha de trébol, ovejas bien alimentadas y por último sabrosas y jugosas chuletas de cordero".

"Y conejos felices con su trébol rojo", añade miss Florence, quien prefiere desatender la alusión de Darwin a las solteras mayores y su mordacidad.

Está sentada a la mesa y aguarda su cena. Está recordando también, acto seguido, naturalmente que sin transportarse del 1800 y tantos, una lectura de Charles Darwin IV (born Bath 1934, died London 1975): "...y entonces los conejos, históricamente del género manso, para defenderse criaron garras, desarrollaron el tamaño y el filo de sus dientes y mudaron de pelambre, que tomó coloraciones tal vez simbólicamente color de sangre".

Florence calcula con horror la transformación del conejo blanquísimo que otrora albergaba en su cálida falda (la morada que ha heredado un gatito pardo). No obstante, acude en remedio del párrafo siguiente de Charles Darwin IV (nacido en Bath 1934, fallecido en Londres 1975): "Cuando acabó la guerra, en que fueron vencedores sobre el hombre, los conejos, al cabo de no demasiadas generaciones, recobraron los caracteres tradicionales de su estado natural".

Azucena, sucesora de la mulata Anselma, trae ya la sopa de tomate.

Florence, con tono distraído, sin interés real, sólo por gentileza con la humilde servidora, averigua: "¿Qué has preparado para esta noche?", al tiempo que la atraviesa la aguda aprensión de que Azucena le anuncie el plato que hace tiempo debió tener la precaución de prohibir en su cocina: guiso de conejo.



Pero no. Azucena mitiga el dolor del presentimiento con la inocencia de su declaración:

–Chuletas de cordero, señorita.

Hombre invadido

–Mejor atrápela viva –fue el consejo del experto.

–Sí, pero, ¿cómo? ¿Con las manos?

–Casi.

Se lo cuento a Irene, que ríe.

Ha venido de improviso. No es oportuna su presencia en casa con lo que está ocurriendo.

Dice: "Hace calor, Vicente", como si fuera posible ignorarlo. Se trata de una ironía, a causa de la camiseta. Estoy enfundado en una muy gruesa, la de los días de nieve.

Procuro que entienda: "Me cubro por si me ataca. Son infecciosas, lo sabes".

Ella se burla: "¿Y las manos...? ¿Y el rostro...? ¿Sólo el pecho de varón y la tierna pancita defenderás del mal?".

Parece advertir que me ha puesto incómodo y con seriedad me solicita: "¿Dónde está?".

Lo ignoro. De día no hay pista, no deja señales. Arguyo que tal vez se escabulle por la vecindad. Comprendo que con esa hipótesis mi precaución de la camiseta resulta exagerada.

Vengo fracasando con el veneno. Desdeña los confites rosados, o los digiere, porque desaparecen. Entretanto la rapiña y la destrucción prosiguen. Y si no la hubiera visto podría admitir que el caso es diferente, que no se trata precisamente de ella, ni de nadie ni nada de su especie.

De noche no me despierta porque previamente me ha provocado insomnio, aguardo su susurro. Si no se produce no logro dormirme. Si se produce, no me permite dormir porque susurra. Llevo así una cantidad de tiempo.

Me figuro el encuentro, cara a cara. Ignoro si me acalambrará

el horror o si yo le causaré pánico. Lo que sé de cierto es que, haga yo lo que hiciere, sea como fuere, no será sin repugnancia. No obstante, estoy enderezado a hacerlo: no se podrá impedir.

Finalmente, sucede. La sorprendo, ¿cómo diría...? en su intimidad. Casi es bella, en su género. No escapa, se humilla. No siento asco, sí compasión. No uso un garrote ni un arma de fuego, ni un hierro ni un saco: sólo las manos, como lo pidió el experto. Entonces ella se revuelve con fiereza, como un viviente manojo de fibras de acero, y me hinca un diente.

Más tarde, cuando la tengo a resguardo, percibo aún, en mis palmas, las palpitaciones de su corazoncito asustado y rebelde. Uno de mis dedos presenta un orificio, que mana sangre con prolijidad. Constituye en definitiva mi momento de aprensión: temo que por ahí haya entrado, ya irremediablemente, la peste. Me restriego con jabón, baño en desinfectante las carnes expuestas.

Falta consumar la ejecución. Carezco de método y decisión y me nombro "Vicente vacilante". Titubeo entre el martillo, una piedra, el fuego y el agua.

Entretanto, con mi estilo de postergarlo todo, lo que concedo –o quizá tenía elegido– es abandonarla a la muerte por hambre. Le he dado una habitación y ella peregrina por los rincones. Si debo asumirme como verdugo, revivirán mis tribulaciones previas y las sensaciones en la palma de mis manos. Sólo que será más sencillo encontrarla: la tengo confinada.

No come. En realidad, no le entrego nada para que se alimente. Me justifico con el razonamiento de que en su situación no puede tener apetito.

Dos o tres veces hemos cruzado una mirada. No revela desesperación, ni rencor; guarda recato; se sabe vencida.

Con no venir, Irene, mi prometida, me alivia de dificultades. Me deja solo con mi prisionera y con mi conciencia, de la cual a mi vez soy prisionero.

Por ejemplo, me cuestiono: esta venganza, ¿es solamente por las depredaciones?

Sé que no, que resolví eliminarla porque representaba una invasión, de mi casa y cosas; no me daba tregua ni campo para pensar, para crear, tampoco ahora. Hace que yo me sienta un hombre, un ser, invadido. Por eso debe morir.

Es de noche. La he tomado con guantes de cuero. La he puesto en una caja grande. La caja va, atada, en la parte de atrás de mi vehículo.

Posiblemente la ahogaré en un canal. Hasta que me decida le daré un paseo, si bien éste se producirá por la calle pedregosa, y con piedras que he colocado en la caja, de manera que las piedras del suelo provoquen un desarreglado movimiento a las piedras de adentro y, a ella, la sobresalten y la machuquen. Como si yo pretendiera que, por el tormento, suplicara mi magnanimidad. No lo hará (no puede hablar).

La someto al traqueteo de mi rodado que brinca sobre la calle de pavimento rústico, abarco la dimensión de su penuria y me hallo en tales especulaciones cuando me detiene la pareja de patrulleros, intrigados por lo que llevo ahí, la caja.

No la llaman caja sospechosa, pero se les lee en el semblante. Profesionalmente, ellos siempre están dispuestos a desconfiar; la nocturnidad de mis actos y de mi caja agrava sus prejuicios.

Me preguntan qué hay adentro.

Lo digo.

No lo conciben.

Se consultan. Como consecuencia, uno de ellos fuerza las ataduras y el otro lo cubre con su arma del riesgo de lo desconocido.

Aquél destapa; mi cautiva salta. Cae al pie de la rueda trasera de mi motocicleta, abulta, se encrespa y mete miedo, hasta a los poderosos policías. Elige su salvación huyendo hacia los recovecos de la calle oscura.

Para uno de los uniformados eso es igual que el fin, se limita a describir, con un amplio ademán de asombro: "Dios mío, grande como un can". No participa de esa parálisis el compañero: corre como un justiciero chasqueado y suelta tiros sin destino. Las balas

restallan sobre el empedrado, sacan chispas. Se abren las ventanas de los pisos altos y los pisos bajos, sueltan hornadas de luz amarilla y el rumor de voces que descienden hasta el nivel del pavimento y ascienden más allá de los techos. Hay mucha confusión y me resulta entretenido.

El policía que quedó entre el revuelto de motocicletas volcadas repite para sí, con voz notoriamente audible:

–¡Una rata...! ¡Una rata...!

Lo ha comprobado y no lo cree. ¡Yo se lo dije...! En fin, me mortifica que sea tan negador.

Después condesciende a que me vaya.

Ya me siento bien. Han disminuido mis responsabilidades. No tendré que matar.

A punto de partir, el patrullero me recuerda:

–La caja... Es suya.

Con un ademán, le digo:

–Si la quiere, es suya.

Un poco malvado, pretende, a esta altura, que su autoridad valga, y soñando que es astuto me indica:

–No, es suya, y no puede arrojar envases vacíos a la vía pública.

La levanto y arranco con la máquina. Arrojo la caja, a la vía pública, 39 metros más adelante.

Mientras mi madre, en la cocina, prepara la pasta (para los tres; es domingo y estamos abordando el mediodía), Irene me ronda, zumbona, acaso picada, acaso admirada. Entra y sale de todas partes como persiguiendo asuntos para cuestionarme. Me desentiendo. Sigo en lo mío: estoy, en la galería abierta al patio, terminando de modelar la arcilla.

Irene conoce qué es. Lo menciona, aparentemente sin reproche, pero exactamente como si no comprendiera. Dice:

–La rata.

–Sí, la rata.

–¿La pasarás al bronce?

–No, la haré de piedra.

(Podría agregar: "Respecto de mi crueldad, la piedra será mi expiación". Me abstengo de esa imprudencia.)

De pronto, descubro azorada a Irene, en el primer nivel del miedo. Recorro el curso de su mirada. Lo que ella ha distinguido es una rata, no tan voluminosa como la mía, no nocturna, puesto que luce al sol; pero rata al fin. Asoma y explora, desafía nuestra presencia y avanza pegada al zócalo. Luego halla por dónde, y desaparece.

Finjo indiferencia. Irene, desconcertada, intenta calmarse.

Medito, para mí, que verdaderamente se trata de una invasión y que ha inaugurado sus andanzas la sucesora de la primera intrusa.

Irene, con voz todavía templada, reclama:

–¿Qué es?

No dice: "¿Qué es ese bicho?", porque simula que no la preocupa. Respondo con la misma delicadeza:

–La modelo.

–¿Modelo de qué?

–De esta escultura.

Se turba. Tiene motivo, me hago cargo.

Irene ha pasado el almuerzo en tensión. De sobremesa, en tanto mamá cuela el café, procura sobreponerse y tantea una conciliación. Estamos cerca y ella favorece que lo estemos más. Acomoda la posición de mi cabeza con la punta de sus delgados dedos, que son largos, y me analiza, fijamente, creo que con buenas intenciones. Predispone mi ternura con la suya, para estudiarme.

Pero surge un tropiezo. Algo halló y tiene que ser grave. Ardida de vehemencia, me querella:

–¡Tienes ratas en los ojos!

De ser así, sería un prodigio. No entiendo lo que pretende atribuirle a esa parte de mi cara, y por no callar, lo que podría irritarla, me muestro medianamente ansioso:

–¿Muchas? ¿Cuántas?

–Dos.

Parece que se ha turbado de nuevo –quizás, lo reconozco, por mi reacción tan consecuente–, ya que de inmediato se corrige: "Tiene

restallan sobre el empedrado, sacan chispas. Se abren las ventanas de los pisos altos y los pisos bajos, sueltan hornadas de luz amarilla y el rumor de voces que descienden hasta el nivel del pavimento y ascienden más allá de los techos. Hay mucha confusión y me resulta entretenido.

El policía que quedó entre el revuelto de motocicletas volcadas repite para sí, con voz notoriamente audible:

–¡Una rata...! ¡Una rata...!

Lo ha comprobado y no lo cree. ¡Yo se lo dije...! En fin, me mortifica que sea tan negador.

Después condesciende a que me vaya.

Ya me siento bien. Han disminuido mis responsabilidades. No tendré que matar.

A punto de partir, el patrullero me recuerda:

–La caja... Es suya.

Con un ademán, le digo:

–Si la quiere, es suya.

Un poco malvado, pretende, a esta altura, que su autoridad valga, y soñando que es astuto me indica:

–No, es suya, y no puede arrojar envases vacíos a la vía pública.

La levanto y arranco con la máquina. Arrojo la caja, a la vía pública, 39 metros más adelante.

Mientras mi madre, en la cocina, prepara la pasta (para los tres; es domingo y estamos abordando el mediodía), Irene me ronda, zumbona, acaso picada, acaso admirada. Entra y sale de todas partes como persiguiendo asuntos para cuestionarme. Me desentiendo. Sigo en lo mío: estoy, en la galería abierta al patio, terminando de modelar la arcilla.

Irene conoce qué es. Lo menciona, aparentemente sin reproche, pero exactamente como si no comprendiera. Dice:

–La rata.

–Sí, la rata.

–¿La pasarás al bronce?

–No, la haré de piedra.

(Podría agregar: "Respecto de mi crueldad, la piedra será mi expiación". Me abstengo de esa imprudencia.)

De pronto, descubro azorada a Irene, en el primer nivel del miedo. Recorro el curso de su mirada. Lo que ella ha distinguido es una rata, no tan voluminosa como la mía, no nocturna, puesto que luce al sol; pero rata al fin. Asoma y explora, desafía nuestra presencia y avanza pegada al zócalo. Luego halla por dónde, y desaparece.

Finjo indiferencia. Irene, desconcertada, intenta calmarse.

Medito, para mí, que verdaderamente se trata de una invasión y que ha inaugurado sus andanzas la sucesora de la primera intrusa.

Irene, con voz todavía templada, reclama:

–¿Qué es?

No dice: "¿Qué es ese bicho?", porque simula que no la preocupa. Respondo con la misma delicadeza:

–La modelo.

–¿Modelo de qué?

–De esta escultura.

Se turba. Tiene motivo, me hago cargo.

Irene ha pasado el almuerzo en tensión. De sobremesa, en tanto mamá cuela el café, procura sobreponerse y tantea una conciliación. Estamos cerca y ella favorece que lo estemos más. Acomoda la posición de mi cabeza con la punta de sus delgados dedos, que son largos, y me analiza, fijamente, creo que con buenas intenciones. Predispone mi ternura con la suya, para estudiarme.

Pero surge un tropiezo. Algo halló y tiene que ser grave. Ardida de vehemencia, me querella:

–¡Tienes ratas en los ojos!

De ser así, sería un prodigio. No entiendo lo que pretende atribuirle a esa parte de mi cara, y por no callar, lo que podría irritarla, me muestro medianamente ansioso:

–¿Muchas? ¿Cuántas?

–Dos.

Parece que se ha turbado de nuevo –quizás, lo reconozco, por mi reacción tan consecuente–, ya que de inmediato se corrige: "Tiene

que ser una, pero se repite en cada ojo, se duplica". Se muerde la punta de sus dedos largos y delicados, se hará daño.

Tiendo a tranquilizarla sustrayéndola de esas ideas:

–Te engañas, querida. Es un gato.

–No –sostiene con enérgica réplica–: Es una rata. ¡Ves ratas por todas partes!

Con mi modo más seductor, le brindo este requiebro:

–En mi mirada sólo te tengo a ti, Irene.

–¿Y así me ves: rata o gata...?

Ahora entró en cólera. No era mi propósito.

Mas no me empeño en obstruir su desahogo. Que se sulfure, ya que en realidad peca de injusta: no quise decir que la viera ratona o gatuna. ¡Nunca me la figuré de esa manera! Suelo dirigirme a ella con nombre de flores.

Tolero su acaloramiento: es mi prometida, más adelante nos casaremos. Tal vez para odiarnos.

¡Vida terrible...!

Cínico y ceniza

Llovía, no agua; llovía, no nieve: ceniza.

Era una especie de lluvia seca, que apagaba la luminosidad de las cosas y daba a las distintas horas del día cierto uniforme tono crepuscular.

Costumbre temible que habían tomado los cielos, la de cernir esos grises residuos del fuego y esparcirlos, con ayuda del viento, como una oprimente melancolía general.

Miedo y perjuicio padecíamos todos: los del sur y nosotros, los del norte.

Allá, más cerca del volcán, más bien era pánico: se les desplomaban los techos, se borraban las aguadas, morían los pastos y el ganado. La gente huía.

A la búsqueda de aire puro, mi padre nos sacó de la ciudad. Quedamos instalados en una decorosa vivienda rural, dentro de unas parcelas urbanizadas, para familias medianamente acomodadas.

De la erupción del Descabezado, año 32, creía conservar solamente esos recuerdos.

La muerte de Luciano ha dado vigencia a otros.

Yo, que me considero un animal dañino, puro impulso de los sentidos; yo, negativo y negador, he regresado a recelosos pensamientos místicos.

He venido al tercer día, como estaba jurado. La inscripción, por mano de Luciano, está.

* * *

Fui al velorio. Se corrió un "¿Cómo se atreve...?", pero solapado, sin coraje.

Emilia, vestida de negro, de un negro lustroso y por consiguiente llamativo, se sorprendió de mi presencia, aunque no ingratamente (me lo comunicó su mirada).

Con mi descaro, que en el fondo algo podría admitir de transfiguración de un poco de pena, remordimiento y penitencia, me incliné sobre el vidrio ovalado para mirarlo en la caja. Estaba tal cual.

Justo lo que el cura, único que me habló, consintió en decirme: "De muerte natural". Claro, no deforma. Algo enfermizo me pareció, ya que le había mudado el color de la tez. No perfectamente "tal cual". Hasta se le habían desprendido unos mechones, lo que no era muy agradable presenciar. De todos modos, la merma de pelo podía pasar: cuestión de edad, aunque, a la de él, era temprano. Yo no podía juzgar: no lo había visto durante mucho tiempo.

El sacerdote era el mismo de la parroquia de nuestra infancia, ¡y pensar que yo suponía tan lejana la niñez...!

No me arrinconaron, en el velorio, los enconos ajenos, sino mis propias memorias: de la escuela, donde un guardapolvo blanco era Luciano; de la iglesia, a la hora de la doctrina, como si resurgiera en la yema de mis dedos el tacto de la madera sobada de los bancos.

Memorié las misteriosas conversaciones de la siesta, el pacto. "Si tenemos un alma que va a durar, si hay otra vida, el que muera primero tiene que avisarle al que quede."

"Si hay otra vida..." ¿Es que acaso dudábamos? No, si hasta nos asustaba la idea de que no hubiera, porque representaría el morir, morir de veras, cesar de gozar todo, sin compostura ni otra oportunidad. Eran desplantes –míos, yo propuse el pacto y el mensaje– copiados de mi alocado y deslumbrante tío, que los domingos venía de la ciudad, de visita, y nos dejaba cariño e influencias para toda la semana.

Yo quería sobrarlo, a Luciano. Siempre quise. (Cuando él, sin ostentación ni vanidad, me sobró en todo, en la vida, le quité por un tiempo a la mujer.)

Habíamos pronunciado otras promesas –de lealtad, de fraternidad, "por la eternidad"–, besando símbolos, sangrándonos un brazo e intercambiando nuestras sangres. Pero este voto recíproco pasaba a ser superior a todos los juramentos, porque nos remitía fuera de la existencia común.

¿Cómo cumplirlo? Decidimos que tenía que ser con una inscripción en la lava. Que no era lava, sólo ceniza endurecida. Preferíamos darle ese nombre porque nos habían contado *Los últimos días de Pompeya*.

La ceniza se negociaba, por monedas, de puerta en puerta. Eran épocas de crisis y abundaban los menesterosos. Caía dondequiera y podría suponerse que bastaba recogerla. Sin embargo, no servía si provenía de la superficie, pues se malograba por la mezcla con tierra. Únicamente si formaba un cenizal alto, o profundo. El mejor yacimiento resultaba el relleno de un pozo, si se extraía con cuidado de no adulterarla con el polvo de las paredes.

Se le daba el uso doméstico del puloil, para limpiar metales. Pero resultaba tosca y se comprobó que gastaba los cubiertos y mellaba el filo de los cuchillos. Decayó la compra por las amas de casa y quedaron en abandono vastas depresiones de los terrenos incultos, colmados de la muerta materia venida del aire.

De impalpable que parecía cuando volaba o hacía su descenso, almacenada en las fracturas de la naturaleza se aglomeró, se apretujó entre sí, tomó espesura, se volvió compacta. Sobre su costra pareja podíamos dibujar, con palitos o estacas, nuestras quimeras y bajorrelieves. Perduraban.

* * *

He vuelto. ¿Hacía falta detenerme en casa de Luciano? No es forzosamente aquí donde debe empezar el pequeño viaje que me he propuesto. Sólo que percibo que prefiero un previo repaso. ¿De qué, de quién? ¿De Emilia o de la tendencia de mis instintos?

Me justifico ante ella, posiblemente sin que sea necesario.

–No te saludé, en el velorio. Los demás me mordían la nuca.

–También a mí.

–Sí, lo supongo.

Creo que no tenemos de qué hablar. ¿Es que realmente he venido a probarme, a verla como mujer? Tal vez. Reviven ansias mías. ¿Me las provoca Emilia o es mi apasionada carga? ¿Se da cuenta de lo que me pasa? Considero que sí. Sin embargo, después de un

recargado silencio, le declaro, sin vehemencia, sin dureza, aunque con una convicción bien definida:

–Debí matarte.

La veo encogerse en el sofá. Para que no se quede tullida del susto, no me propongo aterrarla, le aclaro:

–Pasó el momento.

Esa especie de indulgencia la recompone y se anima a averiguar:

–¿Pero por qué, tanto me querías...?

La paro. Le pido que no sea lerda ni consentida. Ella me entiende. O no. No sé. Pero se aplana.

Tampoco comprende esta tentativa, que acabo de producir, de concentrar en ella la culpa de los dos. Advierto que la estoy castigando, pero no por lo anterior, como si fuera algo que ha sobrevenido y yo desconozco.

Parece que yo tendría que pensar –ante ella, dentro de esta casa– en algo más. Se me forma una ansiedad. Noto como el asedio de un enigma, que no resuelvo, ni punta le hallo.

Me he enmarañado y para cortar le anuncio: "Me voy". Ella me dice: "¿Tiene que ser así?". Yo le digo: "No hay otra manera".

Me sigue hasta la puerta. En el jardín está un perro que al llegar yo se mostró amistoso. Ahora lo tomo en cuenta. Creo reconocerlo. Me gana una onda de afecto, que viene de lejos, y cambio el talante conque me iba yendo.

Pregunto a Emilia: "¿Es aquel que...?". Emilia sabe, estoy tratando de ubicar el nombre. Es la primera simpatía que le comunico a ella esta mañana y se adelanta a servirme la respuesta, un poco triste: "Murió, hace tanto... Éste es el nieto. Se llama igual: Milo".

Me reinstalo en aquellas vacaciones, en aquel reino de la amistad y los nobles sentimientos: Milo... o Millo. Por Colmillo Blanco, nombre tan bien inventado pero tan largo, tan difícil de usar para llamar a un perro.

Al pasar, chasqueo los dedos. Lo incito: "¡Adelante, Milo!". Brinca con entusiasmo y se me pone a la par. No se atreve a sacarme ventaja porque no sabe a dónde iremos. Yo tampoco... durante unos segundos, hasta que me desprendo de la excitación que me ha creado el encuentro con Emilia y recuerdo que he vuelto porque se cumple el tercer día.

* * *

El robledal ha sido talado. Tiene que estar convertido en roperos o en ataúdes de lujo. El replante se ha hecho con la trivialidad de los álamos.

Insisto en el presentimiento de que, sin buscarla, me saldrá al paso, con su digno silencio, la capillita azul del 1700.

Milo se desmanda en cortas carreras y virajes, hocica supuestas cuevas de conejos silvestres, se frustra sin amarguras, regresa y me hace fiestas. ¿Por qué diablos me festeja? ¿Por mis perradas contra su amo?

¡Paz!, me impongo. Convierto el mandato en una acción física: me detengo, entrecierro los ojos, hago por sosegarme. No quiero enfermarme, sostengo en mi monólogo. Nada de que ahora venga la moral a encresparme los nervios... o a corroerme el alma. ¡No tengo alma, no tengo escrúpulos!

¿A dónde voy, entonces? ¿Qué pretendo demostrarme? ¿Que soy leal al amigo...? Ironizo contra mí, con una mueca.

Reanudo la marcha. El perro lo celebra. Disfruta de la travesía. Si me hace fiestas, ya comprendo, se debe a que es una bestia agradecida. No yo: carezco de gratitud y caridad. Me sorprendo aplicando estas palabras asimiladas en la clase de catecismo. Me veo vestido con el liso hábito escarlata, largo hasta los talones, y la sobrepelliz corta, blanca y almidonada; aprendiz o practicante de monaguillo, estoy de pie en una de las primeras gradas del altar, dándole con esmero el vaivén al incensario. Sonrío, sin burla.

Sin mortaja, como no sea la del silencio del campo y la fina gasa que trama la atmósfera durante el mediodía del estío, se me manifiesta el horno de ladrillos, con sus bastidores y contrafuertes, antes semisepultos-semisalidos, hoy entre gastados y derruidos... Me deja sentir que no se ha retirado de estos sitios la irrealidad que le conferimos los dos chicos. Nada más he de encontrar, seguramente, pero esto alcanza para que no haya desencanto.

Milo invade las ruinas y, ya a distancia, de verlo trotar sin altos y sin bajos deduzco que no hay depresiones, que los pozos han de haberse llenado con variedad de residuos hasta emparejarse con

el nivel de los terrenos. Luego, al penetrar yo mismo por donde me ganó el perro, me entero que predomina el relleno de ceniza endurecida, poco menos que petrificada en tanto tiempo, con una cubierta miserable de polvo y hojarasca, que cualquier día es barrida por el viento y lavada por las lluvias.

Con una mano que no vacila en ensuciarse, limpio, para reconocer, en su tumba a perpetuidad, aquel aire ceniciento, ahora macizo, que aturdió mi infancia.

No he descuidado lo que vine a buscar, no creo hallar nada. Igual que si me buscara a mí mismo: empeño sin sentido.

Sin embargo, lo encuentro.

En la amplitud del cenicero, distingo un espacio que tiene la superficie despejada, no por acaso, para que se ofrezca a la vista, a *mi* vista, una inscripción de letra enorme que dice... lo que no consigo leer. Es que me sacude la impresión; me pongo torpe, turbio y vacilante.

El perro, ese maldito Milo, se ha puesto a corretearle por encima y me hace crecer la confusión. Quiere despabilarme, porque ha notado que no avanzo y, tal vez, se ha dado cuenta de mi gesto perdido; pero sus patas y sus uñas, en los entusiastas giros y enviones, destruyen los trazos que labraron el mensaje. Trato de ahuyentarlo y es peor, lo toma a juego.

Ya está consumado el estrago. Nada más permanecen legibles que mi nombre y dos o tres palabras, o sus restos.

Confusamente me sugieren un llamado, un pedido, un clamor. No sólo las que están a salvo, todavía, sino las que vislumbré antes de que las garrapateara el animal. En procura de sentido, asocio las más completas: "investigue" o "se investigue" y "muerte".

Pero mi atención funciona con desorden. Me extraña la quietud en que ha caído el perro. Se me ocurre, con rencor, que él traía una misión: la de impedir que yo llegara a enterarme.

Considero que debo irme. No me iré. Me ato a este lugar. Tengo que descifrar... ¿qué? ¿Lo que decía el mensaje? ¡No tanto! El hecho de que el mensaje haya existido, escrito por Luciano, que está muerto, y hallado por mí en la fecha exacta que, veinticinco años atrás, fue determinada por el pacto de dos niños. Yo he cumplido. Luciano también.

Estoy sobrecogido. No acierto a distinguir si esto que me sucede es estremecerse o enternecerse. Se me pasan por la mente las designaciones a menudo malgastadas: milagro, prodigio, más allá...

Con claridad leí "muerte". Además, me parece reconstruible "vida". ¿No son, esas palabras, aquellas de nuestro dilema precoz: la vida después de la muerte? ¿U otra vida? ¿O, puesto a idear y a desear que sea así: "Te escribo desde la muerte"?

* * *

El sobrecogimiento y el sobresalto van cediendo... noto que estoy regresando de un estado de fascinación. Noto que, por unos momentos, he gozado la aceptación de lo fantástico. Ahueco las manos, para ofrendar el agua pura de mi deslumbramiento. Noto que no idealizo, que he construido el gesto real.

Querría disfrutar sin análisis el pasaje que acabo de vivir. No puedo. Admito el misticismo con que acudí a la cita y el acopio de espiritualidad que fui poniendo en los episodios del camino.

Me aconsejo: me digo que he de tomar las cosas con realismo, que no debo descuidar esa palabra que leí nítidamente, "investigue", que puede ser "se investigue" y, junto a "muerte", serviría para armar el grave encargo: "Que se investigue mi muerte".

Sin esfuerzos imaginativos se me representa Luciano, no muy consciente de lo que le estaba ocurriendo –¿qué?–, palpitándose su muerte, o un peligro mortal, sin voluntad de escapar, pero sí, aunque sin mayor empeño o interés, de que alguien la hiciera pagar... Que viene y se acuerda de nuestro juramento, se deja caer hasta aquí, vaya a saber en qué condiciones penosas, y con un palo o un bastón, por si yo guardo una fibra de apego, me escribe... Elige. Me elige a mí y elige un modo.

Yo, que nunca pretendí el perdón, me siento iluminado por esa misión que teorizo y pudo ser.

No obstante... rebajo esa ilusión. Malicio una burla. Luciano me sobró. Por un rato se habrá dado el gusto. Puso el mensaje con la pretensión de hacerme creer algo sobrenatural, siquiera un instante, lo suficiente para causarme la impresión o el susto. Desde luego, lo

escribió cuando estaba vivo. Quién sabe cuánto tiempo atrás. ¡Nada de ternuras, Luciano, ni tuyas ni mías; nada de aflojar la cuerda!

No alcanzan, esta hiel, este despecho, para oscurecerme una intuición.

Atravieso el predio pelado de lo que, en la realidad o en la leyenda, fue una capilla del 700, y que para mí tuvo formas y color (azul), aunque únicamente en la consistencia de la imaginación. Surco el que fue robledal y quedó apenas alameda. Desemboco en las vecindades del jardín que fue de Luciano y es de Emilia. El perro capta que aquí nuestros caminos se separan.

Recupero el auto y en la ciudad me procuro un abogado, de los de buena ley. Le cuento. Acato los pasos que propone. Me acompaña ante la Policía.

Desde ese punto nos engrana el procedimiento. Toleramos la mudez con que nos lleva y nos trae, con que funciona un vestido de civil, que es de la Brigada, puesto a escarbar el caso. Tolero que violente o roce la magia del cenizal de mi infancia.

Pero no más.

Porque cuando la autopsia revela envenenamiento paulatino, por tóxicos agregados a los alimentos, él pretende leer adentro de mi cabeza: que yo le enseñe quién.

Todavía aguanto la presión mental que me aplica el policía, no quiero quedarme a medias en saber.

Que me expliquen, él y el médico: ¿Entonces, no es verdad que, aparte de caerse el pelo, por mechones, viene la ceguera o una parálisis? El doctor me aclara que no, si las dosis resultan excesivas o precipitadas, o es débil la resistencia del organismo, porque en esos casos el proceso es rápido.

Por mi parte lo recuerdo bajo el óvalo de vidrio, con sus estropicios de la pelusa, y el de la pesquisa me instala un dato: si no sabía lo del bastón. Supongo que me está indicando que Luciano escribió el mensaje con un bastón, lo que es admisible y estuvo en mis conjeturas. Pero lo que ha averiguado y especifica es que Luciano lo precisaba porque, levemente, fue disminuyendo su facultad de usar las piernas. Hacia el final, dice, tampoco comía.

* * *

Ya se me despeja el mensaje.

Luciano fue envenenado de a poco. Calculo que cuando sintió la intensidad del daño se creyó sin salvación o realmente su organismo ya no podría recobrarse, aunque hubiera cesado de comer o vaya a saberse cómo se nutría. Quizá no descubrió exactamente qué se le estaba haciendo y prefirió someterse (por amargura y decepción tal vez, porque ha de haber intuido de quién venía el mal).

Se inmolaba, pero a través de esa resignación elaboró las formas de la venganza. Las imaginó sutiles, las condicionó al azar.

Él iba a sugerir que fue asesinado, pero lo haría después de morir. ¿Con una carta a la Justicia que llegara al juez cuando él estuviera en la fosa? No correspondía ese trámite al estilo del introvertido y retirado Luciano; probablemente, de considerarlo lo habría desechado por demasiado simple.

Escribiría un mensaje en la lava, donde podía permanecer un tiempo sin borrarse, y lo escribiría para una sola persona. En esta persona se daban dos condiciones que ninguna otra podía tener, respecto de él, de Luciano. La primera: estar ligados por un pacto (inocente) de sangre, que incluía un mensaje "desde más allá de la vida". La segunda: ser un amigo... pero, un amigo infiel.

En consecuencia, únicamente le importaba que funcionara su insinuación de denuncia si se producía a través del amigo desleal. ¿Por qué? ¿Para qué? Para ponerlo en la cruz: el amigo tendría que sospechar o deducir quién podía haber deslizado el veneno en la comida diaria, y asumir el terrible deber de marcarle el camino de la expiación.

Pero ese mensaje cumpliría su destino nada más que si aquel con quien se juramentó Luciano concurría a buscarlo, al yacimiento de ceniza, el tercer día, inspirado en el remoto pacto. Es decir, Luciano, alma crédula, dejaba a prueba la persistencia de un sentimiento fraterno, de un rito ingenuo, y libraba a esas casualidades la posibilidad de que se castigara el crimen.

* * *

Protesto, al pesquisante y al médico: "¿Cómo, y lo de muerte natural...? ¡No pueden haberlo enterrado sin un certificado de defunción en regla!".

–¿Usted no sabe lo que significa un certificado de favor y que aun para estos casos, con todos los riesgos, hay quienes...?

–Sí –dejo pasar.

–¿Quién pudo hacerlo? –me indaga el pesquisante.

¿Un certificado de esa clase...? Pienso en lo que haría yo mismo, si fuera médico, cierta clase de médico. Podría responder: "Un doctor que se larga por una mujer". Pero digo:

–¿El certificado? No me lo imagino.

–No quién pudo hacer el certificado, quién lo extendió se sabe porque está la firma; pregunto quién le dio el veneno.

Hasta aquí llegamos. Lo miro con cara de piedra.

Yo, cualquier cosa, menos soplón. Ni por un amigo. Total, ya está muerto. Y no hay más allá, ni, por consiguiente, castigo.

(¿No hay...?)

Pez

Los susurros de la noche reculan, para Lumila, y desaparecen. Se le hacen un vacío en la mente y se adormece. Por más que se enzarcen tenazmente en el monte, lancen bocadas como suspiros, o chirríen, o se parezcan a los lamentos y el peligro.

Duerme bajo la noche, la Lumila, un sueño ligero y frágil. Se le quiebra y le pone los ojos muy abiertos lo que le viene de adentro: el presentimiento. No vuelve su hombre. No es de fiar tanta ausencia.

Ya no dormirá, mientras no lo vea; se perece por verlo, aunque no aparezca sano... ni entero. Se retrae y se comprime ante este último pensamiento: que regrese, del boliche del ranchería lejano, con algunos tajos en la cara o en el cuerpo.

Todo el silencio –que no es silencio, sino murmullos apelmazados para su conciencia, porque no llegan los sonidos que ella aguarda– se apelotona y se le hace como una bola que le estorba en el vientre.

Tiene ganas de llorar, en estas altas horas más que nunca, pero se frena, atenta a oír, porque aun a distancia la consolará cualquier indicio del jinete. No tiene que adivinar la naturaleza de los ruidos, sin esmero los descifra todos, de las aves y las alimañas, o del aire. Busca quedarse en blanco de ellos, para filtrar el que le conviene. Busca recobrar memorias agradables, para distraerse, y las comunes, y se acuerda de otro terror de la infancia: el pájaro enorme con cuerpo de pez.

–Y sin patas –suele comentar su hombre, que asegura haberlo visto.

–¿Y cómo hace para posarse? –ella ha porfiado siempre, esperanzada en que sea falso que ese monstruo existe.

–Se posa en el agua.

–Por aquí no hay agua.

–Antes la había, grande como el mar.

–Pero si no eras nacido, Gabriel...

Acorralado, porque jamás logra establecer si vio al pájaro, lo soñó o es de oídas que lo describe, el hombre reargumenta:

–Asienta en la arena lisa, todo esto que fue el fondo del agua grande.

El oído entrenado de la Lumila no podría distinguir, tal vez, el asentarse de los cascos del caballaje que está volviendo, acallado por el manto de arena, si no fuera porque las herraduras se dan constantemente con las conchillas de moluscos, que tapizan de blanco, matizado de celeste, vastas extensiones de eso que, dicen, fue mar, y es donde el matrimonio anidó su pobreza.

El caballo se detiene. Merman para Lumila las referencias, y pasa rato. ¿Ha venido solo...? ¿Se ha desgraciado Gabriel...? Espera, mordiendo el borde de la sábana. Lumila no puede salir a ver con sus ojos, está anudada a la cama.

El animal suelta un relincho prudente, que a la Lumila le confunde las impresiones: parece relincho de alertar a los de la casa, o de sentirse solo y llamar a la gente habitual; también, por fortuna, semeja un modo de despabilar al que lo monta y avisarle que han llegado a destino.

Después, un ruido seco de fardo que cae (o de cuerpo muerto que se derrumba). Para Lumila subsiste la espera, aún, pero más desesperada. Porque ella imagina que le mataron al hombre, lo cruzaron sobre la montura y soltaron la bestia seguros de que enfilaría al corral.

Todavía se intriga, porque no puede acudir a indagar con su propia mirada.

Más rato y, tras algunos sonidos precursores, el amo del hogar, medio piltrafa el porte, se encuadra en el vano de la puerta, cara turbia frente al resplandor sereno de la candela.

Para Lumila vienen juntos un lloro rabón y consolado y una sensación que de una sola olida –ha irrumpido un vaho de alcohol en la atmósfera– le hace proferir el reniego de: "¡Jiede...!".

El hombre gatea hasta el lecho, lo escala como puede, prendiéndose de las curvas de hierro del respaldo, al tumbarse medio aplasta a la mujer pasiva, y sin preparativos lo fusila el sueño.

* * *

Lumila despierta con sed que apacigua un resto de agua que mantenía el tazón. Le apetece más; sin embargo, no la pedirá del durmiente, que con tanta serenidad, sin hacerse sentir, reposa a su lado.

Oscuras mariposas de terciopelo revolotean sobre Lumila y, al fin, le cubren los ojos, entregándola a una nada tranquila.

De cuyo dominio otra vez la extrae la sed. Pero ya es el alba y el ansia se le hace de mate que viene mezclada con hambre, porque el Gabriel faltó ayer a la hora de la cena y ella, claro, impedida como es, sola no puede.

Por esa reflexión –de que él faltó– comienza a enterarse que algo diferente les está ocurriendo. Extraña que amanezca sin que él la atienda con un mate aromoso y cálido, porque, si a las veces se pierde, de todas maneras hay que reconocer que cumplidor y hacendoso es, y compasivo, con ella, que por sí misma apenas se puede valer.

Ya se recuerda del todo y lo examina con una mirada prolija y un ánimo receloso y precavido. Permanece vestido, encogido y destapado. Y ahora que lo observa mejor descubre que la mano izquierda se queda casi en el aire, medio apoyada en el pecho, curvos los dedos, como si ahí, en el lugar del corazón, se le hubiera encendido una brasa y él llevara el ademán de arrancarla.

Después, Lumila entiende.

* * *

Se ha bebido su llanto, suelto sin control durante horas, y las lágrimas le han atenuado la sequedad de la boca.

Ha renacido, con el día, cuanto tiene vida en redor del puesto.

Los balidos, sin perder su natural humildad, solicitan con insistencia la libertad que niega el corral de retorcido palo a pique, impedimento del trote hacia el pasto ralo y los tallos tiernos que conceden la subsistencia a la magra majada.

Las gallinas y el pavo están en su rutina, afanado el pico en abatir insectos y deshebrar raíces.

Gandulean los perros, sin rebaño que acompañar a campo abierto.

El caballo, sin las restricciones del corral o del palenque, ha osado tomar su ración de pasto del cobertizo, y sólo le pesan el yugo de la montura por ahora inútil y el estorbo de las riendas que se arrastran y le enredan el paso si las pisa.

Prospera la mañana y viene ese momento de aplacamiento general, tal como si cuanto existe de animado acatara la magia de ese astro de ojo ardiente que se coloca por arriba de todo y por un rato permanece quieto y vigilante.

Los chivitos han acallado sus quejas.

El silencio se propaga y anega el rancho.

Cesan los quejidos y los hipos de Lumila. Se rinde.

Y allí están los dos, sobre el lecho, uno muerto del todo, la otra con la mitad de sus miembros poseídos por la muerte.

* * *

Lumila ha descuidado sus necesidades más íntimas, que ahora se le manifiestan, exigentes y perentorias por haber sido postergadas.

Sabe que afrontará un esfuerzo superior al normal, porque hasta para eso se venía sosteniendo en su hombre, y tendrá que hacerlo sola.

Se propone descender de la cama. Toma apoyo en el brazo izquierdo y procura favorecer el impulso con la pierna del mismo costado. Pero no le obedece.

Rehace la tentativa y falla.

Se le desmanda la pierna izquierda, igual que en otro tiempo y hasta el presente, quizás para siempre, se le desgobernaron pierna y brazo del flanco derecho.

Masculla una maldición y se asusta, más que de su estado, de haber proferido palabras profanas.

Se pregunta si está muriendo por partes y se mira la mano que todavía le sirve, con prevención de que también se invalide.

Entre tanto pesar y temor tamaño, se moja, y se avergüenza como si fuera la primera vez. Se excusa, se reprocha; gimoteando parece que quiere explicar que ella quiso y procuró ir a hacerlo donde se debe:

–Por ser limpia, me pasa...

Reacciona, reclamada por la necesidad de que esto cambie pronto, de inmediato, que cese el casi total tullimiento que de súbito padece. Acciona la cabeza para consultar, medio ladeada, las estampitas que tiene paradas en la mesa de luz, y con fervor, acezante, reza y ruega, reza y ruega, implora... "un milagrito, Señor, que se me resucite el Gabriel".

Se aplica a mirar intensamente al marido yacente y pálido, con algún sobresalto por si lo que pidió sucede de repente. En la espera Lumila se está preguntando por dónde podrá recuperar la vida: por la carne o por el entendimiento... Si primero que nada abrirá los ojos (que en el trance se le quedaron cerrados, tal vez porque finó cuando se hallaba durmiendo). O si se hará presente, más bien, de palabra, y qué misterios podrá decir. Y si para volver se sufre...

* * *

Atardece.

La acosan y la desgarran las necesidades. El calor no mengua. Transpira por el ambiente caldeado y por los empeños denodados de desclavarse del lecho.

–Tiene que ser por miedo... Miedo al dijunto, aunque sea mi hombre. El miedo mata y me mató la pierna que me quedaba sana.

Necesita ver algo viviente en su cercanía, junto a ella. Llama a los canes:

–Fiel, Lión, Capú...

No hace falta que siga: "Blanquita, Mancha, Canela...".

Ya están ahí los seis, sacudiéndose el polvo de la larga siesta en el patio o bajo el alero. "De seguro con hambre" se dice Lumila y medita: "Mismo que mí".

Sin embargo, contra la costumbre confianzuda de los seis, no pasan de la puerta, ni la Blanquita, tan mimosa que sin permiso se suele acomodar en la almohada.

La actitud reticente de los monteros empuja a Lumila hacia otra cavilación: ya no es Gabriel, es un muerto el que está en el rancho, y si esta presencia hasta a los perros vuelve cobardes, ¿qué noche le

aguarda a ella...? ¿Cómo soportará las tinieblas con un finado en su cama...?

La domina el ansia de encender la vela, a costa de cualquier esfuerzo. Le habla a su mano activa como si fuera una amiga, pidiéndole que no ceda, que la socorra, que no la abandone en la negrura... La excitación le hace malograr fósforos y trabajos, al cabo la llama brota. Lumila dice gracias y, al reencontrar por la luz las imágenes, se decide a encomendar otro milagro. Ya ha estado cavilando que pidió demasiado y teme haber causado ofensa y merecer castigo. "Era mi hombre –se justifica–, conmigo era bueno, aunque para los demás no fuera nadie. Pobrecito Gabriel, no hizo mérito."

La ronda la tentación de suplicar que vuelva el hijo, que se fue a la ciudad, a las fábricas. Ella podría decir, en su ruego: "Mi hijo, Señor, mío y del Gabriel, legítimo de los dos, con fe de bautismo y todo...". Se apoca, sin atreverse a reincidir: "Sería muy mucho pedir, un milagro demasiado grande...". Y se cobija en las deliberaciones: "Pudiera ser que vuelva solo... Que perciba el llamado". Se pregunta cómo será ahora, después de diez años. Si se acordará de ella, si podrá saber que el padre no vive. Y deduce que si el padre ha muerto ya es ánima y un ánima le puede hablar a los vivos, aunque sea cuando éstos duermen, y quizás el ánima de Gabriel puede avisarle al hijo que ella está sola y lo necesita desesperadamente... ¿Puede...?

* * *

Contra lo que calculaba, la noche no le agranda los terrores.

De cierta manera las sombras la amparan, le han concedido la misericordia de no ver tan patente lo que tiene al lado. Lo presiente, no hay remedio; pero no lo siente, o más bien ya lo siente, o quiere sentirlo, ajeno, y evita rozarlo.

Sin embargo, como una culpa recuerda que no le ha dado un beso de adiós en la frente. Se dispensa, hablando a alguien que no es él:

–Habrá tiempo. Todavía está aquí, no se ha ido.

Se defiende, hablándole a él:

–No puedo moverme para alcanzar tu frente. Ya ves, ni agua tengo y me muero de sed...

Entonces se transporta a preocupaciones más inmediatas. Necesita beber, necesita comer. Precisa un auxilio sobrenatural, pero debe resignarse a milagros más chicos que los que anduvo implorando, y los propone en manojo, a montones: que asome don Casimir o se apiade el achurero. Que le haga un cumplido la Inés, que se le ocurra pasar. Que venga la recorrida. Que venga el dentista loco. Que venga... Que venga...

Sin embargo, por ahí, corrientemente, no viene nadie. No se le esconden las imposibilidades: don Casimir, el puntillero, tendero ambulante, árabe y enamoradizo, sólo se interna por esas huellas a los meses, no muy seguido. (En Lumila retoña como dibujada la memoria de aquella fina puntilla que nunca pudo comprar.) El vendedor de achuras no les perdona la deuda, y una vez por semana –así saben que es martes– le escuchan sonar la corneta, pero bien lejos. (Cuelga vacía del entramado de caña del corredor la fiambrera de alambre tejido.) La Inés toma ese rumbo únicamente de paso hacia el caserío, cuando se anoticia de que los remolques de Sanidad traerán al médico, a las cansadas. En cuanto a la recorrida de la partida policial, sólo se arrima a los ranchos donde le halagan el paladar al comisario y más de cierto si lo despiden con lechón de regalo. Y el dentista, con su Ford de capota y el torno de pedal montado atrás... Se empecina en repechar por los rudimentos de camino y ni cuenta se da de los puestos que deja hacia adentro del campo, a menos que alguien se adelante a hacerle señas o lo persiga a caballo hasta donde se le atasque el coche, en algún jarillal. Lo evoca, Lumila, con su largo guardapolvo blanco, las manos pulcras y la mirada fanática, y se va diciendo: "Y tan bueno que es, pero tan loco...", hasta que vuelve sobre sí misma y se dice: "Tan sola, mi alma...", y se conmisera de su desvalimiento que nada alivia.

La gana el sueño y sueña que es moza y camina descalza por el arenal pisando y buscando conchitas de mar y el agua le lame los pies y los cubre de espuma y la corteja el Gabriel y se le niega ella porque tiene sed y sus labios no están para besos, codician el agua, y con Gabriel no quiere porque él... se ha muerto.

Despierta. Es cierto: está muerto, bien muerto casi junto a ella.

Grita. Necesita gritar.

Desde el patio, los perros la escuchan, a su manera la siguen, la copian, con lastimero aullido.

Pero uno, no. Se escurre, humildito, en la habitación, y va a echarse al pie de Lumila. Es el Fiel.

A Lumila la vence la ternura y llora lágrimas dulces.

Mas luego, consumida, se interna de nuevo en el sueño, y se sueña en la laguna o el mar que fue, y hay tormenta que abate las canoas de totora de los pescadores que usan las redes y el ave de enormes alas y cuerpo de pez irrumpe en su cuarto del rancho, con un graznido y un fragor.

Despierta. Nada alea. No hay aves raras que violenten ese ámbito triste y recogido donde el temor de Lumila va cediendo, tal vez porque cosa alguna ocurre, excepto en sus pesadillas, o porque la guarda el Fiel, tan sumiso.

"Así debiste llamarte –piensa que tendría que decirle–: Sumiso", y pronuncia el nuevo nombre con un tono acariciante.

Previene el día que vendrá. Como se está durmiendo, se le enciman ensoñaciones y deseos, y en ellas su puesto desborda de gente que la atiende en su luto y sin duda se ocupará de darle sepultura al finadito. Pero ninguno le calma la sed.

* * *

A la hora de las cabras, se le retuerce la pena por la chivada que no tiene escape al campo para su mascada, y ha de soportar resecos los lisos troncos de bebedero... A la par, codicia la leche de las ubres de cabra que podrían darle líquido y alimento.

Tolera el amanecer y los balidos que apenan. Sobrelleva o pretende ignorar la compañía forzosa que tiene en el lecho, porque –se conforta– es mejor no presenciar lo que está pasando en la piel de su hombre.

Pone los sentidos y la imaginación en la espera. Unos segundos escucha la campanilla de don Casimir el puntillero; otros la deslumbra un destello de sol en la hojalata que forma el techo curvo de la carretela del achurero, cuando está haciendo el codo de la huella hacia el rancho...

Nada de eso sucede. Nadie viene.

Viene, sí, y no convocado por voluntad humana alguna, el Zonda, el viento malo, caliente y terroso.

Zumba, danza y manotea, arroja sus aires cargados de polvo y arena, destroza los brotes y ramas. En la inmensidad, se afana en sacudir los ranchos dispersos de las familias pastoras de cabras, tan apartadas unas de otras que ni ante adversidades tales pueden fortificarse entre sí. Los cala, les vuela los techos.

En el puesto de Lumila es peor. La puerta de la habitación quedó abierta desde que regresó Gabriel. Ella no podrá cerrarla.

Con brutalidad, el viento la ahoga de tierra, mientras le va volteando y rompiendo los muebles débiles, el espejo de luna, sus calmos tesoros de adorno o devoción habituados a la tapa de la cómoda.

La puerta golpea sus clacs hasta que se desvencija. La ventana cincha, por no reventar.

Lumila se refugia bajo la cobija, se sofoca, se destapa, vuelve a cubrirse. Repite y repite el proceso.

Fama sostiene el malvado de cometer sus tropelías veinticuatro horas sin detenerse. Recordarlo lleva a la mujer a los bordes de la desesperación.

Pero esta vez, pasado el mediodía, declina en su furor y poco a poco concede que la atmósfera se torne más respirable.

Con una máscara de tierra embarrada en surco por los lagrimones, emerge Lumila. Contempla el desastre; imagina el detrimento, quizás la matanza, entre sus animales; se pregunta si el ruido fuerte de la mañana no fue la voladura del cobertizo... y trata de no mirar al hombre.

No puede no hacerlo.

Los desarreglos del viento lo han hecho caer de la cama. Ya lo presentía, Lumila, hace rato. Faltaba peso, faltaba bulto al costado. Sólo que no oyó el ruido, tapado por los bramidos del aire.

No se atreve a confesar que se alivia. Ya no lo tiene adosado, ya no lo verá si no lo busca inclinándose hacia esa parte.

Sin embargo, de otro modo, la presencia perdura:

"¡Jiede!", olisquea con rechazo Lumila.

Hiede. El calor abrasador del Zonda ha acelerado la descomposición del cuerpo.

La mujer se amarga y cruje de impotencia. Se cuida, por respeto a los muertos, de sublevarse contra "ese hombre".

* * *

La hambruna desbanda a los perros. Se internan en los montes a recuperar el ancestral oficio de cazar para comer. Sólo dos se quedan: el Fiel y la Blanquita.

El Canela y el Capú, estrechamente compañeros y solidarios, derivan pronto del rendimiento incierto del matorral al territorio humano, sabedores de que donde hay gente se producen sobras de comida, a veces.

Se avecinan a los ranchos donde en alguna ocasión llegaron con el amo; sin embargo, los ahuyenta la hostilidad de sus propios congéneres.

Cuando avistan el hogar de Inés, la perrada de la casa hace frente a la invasión, pero el litigio no pasa de los tarascones, ya que el puestero reconoce a los visitantes y aplica las leyes campesinas de la hospitalidad. Pone paz y los admite convencido de que su compadre, don Gabriel, ha de andar por las cercanías, tal vez recogiendo chivos sueltos, y ya se aparecerá tras ese par de adelantados.

Inés ha observado el proceder de su marido, le pregunta el porqué, él aduce sus razones y ella las atiende, aunque no las comparte. La alumbra un momento la sospecha de que algo anormal ocurre en el puesto de Lumila. Pero no hablará por ahora. Se propone hacerlo más tarde, cuando su hombre se dé cuenta solo que ha errado. No de taimada, por no contradecir su autoridad no más.

* * *

No al día siguiente, al otro después, el Fiel, ya el único doméstico consecuente en permanecer cerca de sus dueños –que por causa del hambre atroz saltó al corral y padeció cornada de macho cabrío– ambula con un desasosiego turbador. Sólo a ratos acude al reparo del cuarto matrimonial.

Ahora está enroscado en el hoyo que sus huesos han ido formando en el piso de esa habitación y se inquieta por las voces alteradas que, entrecortadamente, tan cerca de sus orejas, emite la mujer.

Lumila, en los límites del agotamiento, anda confundida entre cielo y tierra, y suplica otro milagrito: que le vuelva el uso de la pierna impedida –no la de antes, ya no demanda por ésa, la da por perdida–, de ésta que se le desmandó la primera mañana de su viudez.

Decide que se presentará un anciano, que el anciano le concederá el bien que ha pedido.

Se figura el rostro, radiante como chorros de sol, y con la belleza pura de los ojos zarcos.

Abre los suyos, a verlo.

En ese momento, del techo, a un costado, se desprende un bicho oscuro de alas muy amplias.

Una corriente de miedo recorre el pecho de la mujer trabajada por tantos decires sobre el pájaro con cuerpo de pez. No obstante, como su mente no está extraviada y recompone íntegramente su lucidez, se apresura a controlar con cuidado esa primera ocasión en su vida de darse con el monstruo de tantas mentas.

Se desencanta. Considera: "si es el que era, se ha achicado por demás". E intuye que, al menos ése, es apenas murciélago.

El aleo del oscuro "perro del aire" alborota al perro del suelo, mientras Lumila retoma el hilo de su petición de milagro y, ya confundida, sin saber de cierto si obtuvo o no el asentimiento, ensaya servirse de su pierna izquierda.

Le responde.

Entorna los párpados, en tanto por su interior desciende una onda de paz benevolente.

Aplica cuanta precaución puede, cuanto tino le resta, para reiterar la prueba, y también la segunda experiencia resulta.

Entonces la posee el vehemente impulso de correr, de llegar como pueda adonde se saciará de líquido. Maniobra con su medio cuerpo válido para descolgarse de la alta cama, a fin de caminar, o rodar o arrastrarse hasta el pozo, que ya en la boca del agua sabrá cómo darse maña para echar el balde.

No obstante, por la precipitación o por su lastimoso estado físico, se atropella, cae y se hiere con un pedazo del espejo roto.

Vislumbra que la oportunidad se escapa, y la postra el desmayo.

Se le entretejen vacíos y nociones. Una de éstas es que le besan las lastimaduras, con la sensación de que la aterra el beso, sea de quien fuere.

Recobra debilitados los sentidos y descubre que su perro pasa y repasa su lengua cálida por la herida. Cambia en consecuencia sus impresiones, confiada, y sonríe. Está exhausta y ha quedado tendida de espaldas. Ya se descansa y le dice, con cariño y gratitud:

–Sos mi perro y te llamás Fiel. Bien nombrao, siempre lo supe.

Sin embargo, una evolución acelerada en la forma de lamerle la carne sangrante, abierta por el filo del espejo, la punza de alarma. La lengüetada se ha vuelto áspera, golosa, voraz.

Lumila yergue la cabeza, en busca de algo que desmienta lo que está presintiendo. Se encuentra con unas fauces, unos ojos que la fuerzan a doblegarse y gemir:

–Fiel, vos sos mi fiel... No me fallés, perrito.

Pero más se le incendia la mirada al poderoso can.

–¡No me hagás daño, Fielito!

Se lo dice con espanto. Sumisa, como de rodillas.

Felino de Indias

En tierra de indias, sobre el espinazo de la cordillera de los Andes, un mercader español ha muerto.

Llevaba breve séquito de su raza y origen: primero, dos mozos de todo provecho, uno de ellos capaz con los números, en la práctica su contador cuando negociaba tejidos y especias, o piedras preciosas, si al caso venía. Enseguida, un malaespada que contrató en el Birú para su defensa personal y que, si era bueno para darse de copas, y de aires, más valía él con su trabuco, amén de los criados, que podían convertirse en leones si de perder el pellejo era el riesgo.

Mayor era el número en el servicio de indígenas, por las necesidades de la carga, aunque el peso fuese sobre doce mulos, y por su baquía para hallar el agua, los refugios y un rumbo seguro sobre el camino del Inca, que se vuelca del océano Pacífico a esas pampas que sólo acaban junto al Río de la Plata.

Dos años de traficar en Indias, descendiendo desde Santo Domingo, habían adherido a don Antolín de Reartes algunas costumbres, como las de andar por estos mundos sobre cabalgaduras que transportaban no solamente sus mercancías, sino una especie de su hogar, incluidos ciertos muebles de poco tamaño, con que se instalaba en las ciudades y puertos, tal Valparaíso, su reciente fonde.

Lo acompañaban dos animales, doméstico el uno, domesticado el otro. Un gato, que portaba en jaula y soltaba en las pausas de la travesía, sin cuidado de que escapara, por ser muy de su afición, y un papagayo, vocinglero e imitador, del que se hizo en el trópico.

Este remedón, por los últimos meses –desde que a don Antolín le atacó garganta y pulmones ese mal de humedad revelado en Esmeraldas y Guayaquil– tomó el hábito, al principio gracioso, después odioso, de simular su tos. Tosía don Antolín y el loro

tosía, o sin toser don Antolín tosía el loro, y los testigos del caso reían, algunos con burla. Don Antolín se andaba reconviniendo por perdonarle la vida al pájaro.

De modo que cuando el mercader español expiró, a vista y oídos de su comitiva, a cielo abierto, en las soledades de la montaña, quedaron bienes materiales, que rápidamente fueron objeto de saqueo y reparto, y quedó la voz rediviva de don Antolín, o su copia.

Los criados y el mercenario, en poder de la mulada y su rica carga, descendieron por la vertiente occidental hacia el país del Plata, luego que los indígenas fueron despachados con las manos vacías por la ladera oriental a las comarcas de Chile, y sobre un borde de la senda abandonaron gato y loro, aquél con tenues maullidos de entendimiento de su desamparo y éste con su terca remembranza de las toses del muerto.

En cuanto al dueño de las auténticas, fue cubierto con manto de piedras, por darle cristiana sepultura y ganar para sí, los fugitivos, una pizca de indulgencia a la mirada de Dios, o bien por darse más tiempo de huir antes de que la muerte y la consiguiente rapiña fueran descubiertas.

* * *

Siervos del mismo amo, no por afinidad entre ellos, sino por rutina de convivencia, el felino y el ave, al empezar se mantienen en vecindad, sin atreverse a incursiones mayores. Después poco a poco se salen del camino formado por los hombres y se internan en la abruptez del peñascal y las matas, más por instinto de conseguir alimento que en pos de recuperar un cobijo casero.

El vuelo sin altura del loro le basta para alcanzar ramas de las que descuelga tallos tiernos, semillas o bayas. El gato caza pajaritos, con escasa fortuna y contradictorio comportamiento, pues tanto son aves las necesarias víctimas de su apetito como el papagayo conque comparte penurias. Nada amaga el gato contra el camarada heredado de su aquerenciamiento con don Antolín. Compañeros de esclavitud, lo siguen siendo en esa libertad que se les pone tan dura de sobrellevar.

Hasta que un zorro taimado y escuálido asalta el arbusto donde se nutre el loro y lo derriba con revuelo y pérdida de vistosas plumas, y el gato, aunque no sea el atacado, lo juzga intruso en su territorio, lo percibe enemigo y peligroso, se echa sobre el rapaz y le presenta combate. Los arañazos y las dentelladas de crueles incisivos del felino pueden más que los mordiscos medrosos del sorprendido zorro, que se fuga ladrando su pavor.

Desplumado y golpeado, aunque no herido, sintiéndose en seguridad, el alado recobra su puesto de merendar. El gato, con cierta solemnidad, se afina los bigotes y se lame y compone el zarandeado pelo.

Cunde el verano. El agua de los deshielos baja de los glaciares creando arroyos transparentes, que sirven a las expansiones del loro –se baña y aletea, charla y chapotea–, en tanto al gato sólo le importan para su sed.

Distinta de tramo en tramo la montaña, no únicamente de colores, sino de naturaleza, en una zona árida y con paredes perforadas de cuevas diminutas, posee población de chinchillas. Su finísimo pelaje concluye en patitas cortas y menudas, con las que trepan y se sueltan en sus carreras, entretenidas en jugar, bobamente, sin notar que un extranjero extraño –el gato– las está vigilando, agazapado, por creer que son ratones.

Algunas chinchillas se dan su peculiar "baño", restregándose contra la materia mineral, con lo que otorgan lucimiento a su piel y se obsequian agradables sensaciones de limpieza. Ahí, durante esa distracción tan pulcra, mete mano el felino. Caza una, pasma a dos o tres. Ni desgarra ni pretende comer a la cautiva; la atrapa con ánimo de dominación. La pone allí, sujeta a su parálisis de terror, y caza otra. Colecciona tres y a continuación se aburre y traslada la mira a un gorrión. Las chinchillas tardan en darse cuenta de su salvación, pero al cabo se integran a su grey.

No asiste la misma impunidad al gato cuando elige como presa un tordo. Lo abate, es cierto, no obstante la agilidad del pájaro, pero no alcanza a sacar producto porque ya tiene encima una nube oscura de la que sobresalen decenas de picos. Es la bandada, que defiende y libera al hermano caído y ejerce su aguzada venganza, de la que el gato se escurre a los uñazos y hundiéndose en un zarzal.

El papagayo, que ha presenciado la escena posado en una rama, murmura un comentario, admirado por el poder de ataque de sus parientes voladores.

Gato y loro conocen ya más de dónde puede caer el peligro, quizás mortal, en esos salvajes dominios: hasta del mismo aire. Lo cual ahonda las cautelas del sensitivo felino; también las del loro, dentro de su habitual negligencia para vivir y conducirse.

Es así que este último salva de otro tropezón, que pudo ser fatal, a su compañero de correrías. Un poderoso buscón de carne –halcón o cuervo o jote– se desprende de una cima o breñal y se proyecta como pedrada sobre el gato. El loro acierta a emitir un grito de alarma, tan lindamente natural y primitivo que el felino, sin saber de qué hay que defenderse, se zambulle al instante en un hueco de la tierra bajo un arbusto espinoso. Pasa y se aleja el invasor frustrado.

Por causa de tanta sorpresa y adversidad, han crecido las desconfianzas del gato y unos balidos que surgen, aunque no lo arredran, lo ponen alerta y esquivo. Conoce las cabras, son animales comunes en muchos sitios donde ha vivido. No les teme; sin embargo le impresiona que sean tantas.

Luego de un par de jornadas de rehuirla, desde un punto elevado se aproxima a considerar la manada. El loro lo ha seguido, con sus vuelos de trecho escaso y sus esperas de protegido sin iniciativa propia. Días se han perdido, el uno del otro, y se han reencontrado, sin que el gato buscara al loro.

El gato observa el rebaño, el loro observa al gato. Horas se deja estar el felino en un miradero no expuesto que escoge, arrebujado en sí mismo.

Cuando, de pastoreo lento y tranquilo por una verdina, las cabras se acercan y atardece, los cabritos se prenden de las mamas de sus madres e inunda el aire una deliciosa fragancia de leche, que hace relamer al gato.

Desde entonces, se apega a la cabrada, aunque guardando distancia, sin hacerse ver. Se sostiene con su magra ganancia de cazador. Permanece a la espera de una ración de leche que en cada amanecer y cada ocaso pone aromas en la atmósfera, removiéndole el apetito, tal vez la memoria de las escudillas conque lo regalaba el amo.

No quita ojo al deleitoso yantar de los lactantes, hasta que la tentación golosa le insufla coraje y lo arrima a una cabra que, desprevenida, alimenta al hijo. De nada sirve la sutileza del gato, el paso afelpado que no causa ruido, pues el loro ha venido, por curiosidad, y quiere lucirse: se pone a toser. La cabra se asusta y escapa.

Sorprendido por el desgarrón, insatisfecho, ya que queda a medio comer, el chivito, de puro aturdido, intenta sustituir a la madre con el primer bulto que ve en movimiento: el gato, que le permite acercarse porque advierte que es inofensivo. Se toma confianza, lo hocica como buscándole unas tetillas, lo que al gato le resulta un juego, y juega. Juegan cabrillo y gato, y su amistad se entabla.

El episodio, con variantes, se repite, y el gato se hace sin embozo seguidor del rebaño, quizás por espíritu gregario, porque se siente mejor acompañado, ya que de leche jamás logra un lambetazo.

El loro anda por ahí, de rama en rama entre los arbustos, localizando sin esperanzas al amigo ingrato. Hasta que de tanto mostrarse sus llamativos colores, verdes listados de rojo, en contraste con pardos y ocres de los montes, cae bajo la mirada penetrante de un cóndor que planeaba en el firmamento al acecho de presa. Atraviesa el espacio, como un venablo, el ave muy grande de cuello muy blanco y testa muy calva, y en paso rasante sus garras capturan al bicho parlero que se ha vuelto mudo, ni tose siquiera. Remonta, el ladrón, a darse festín en alguna cumbre.

El vuelo en picada, tal arremetida, el poderoso aleo del vasto plumaje, han sido, para los cabríos, como un soplo trágico, que los ha volteado igual que hace el viento con el trigo en flor, empavorecida toda la manada.

Consumado el rapto, el gato atina a elevar la mirada y de esa manera puede distinguir a su camarada, preso entre las garras, que sube y que sube como un trapo verde, que se vuelve un punto y luego se pierde.

Soporta bien el hato al gato. El cabrito crece, juega mucho menos, ya no bebe de su madre y debe encontrar su propio sustento de pastos. El gato tiene que esmerar sus dotes de cazador y sus rastreos y exploraciones suelen alejarlo. Una vez, de recorrida, el azar lo enfrenta a un puma; dones de acróbata lo salvan. Colérico ruge el león,

que avizoraba el rebaño. El superior de los cabríos oye el rugido, lo recoge como pésimo indicio y se esfuerza en difundir señales conque guía a los suyos fuera de los alcances de la bestia tan temida.

Cierta mañana de bonanza, desde diferentes puntos en derredor emergen hombres. Son los pastores que, al término de la veranada en los valles, vienen a recoger su ganado. Acaban meses de libertad, en que las crías han multiplicado la hacienda, para las familias de colonos españoles de la aldea asentada en tierras más bajas.

Pese a estar inmerso en una existencia semisalvaje, los hombres no le infunden ningún miedo al gato; los canes sí. Sin embargo, los perros del pastor se percatan de la diferencia entre los enemigos y los agregados del rebaño, y en el redil a los gatos domésticos se les acoge y mantiene porque ahuyentan a los roedores y sus pestes.

Los pastores establecen un cerco alrededor del rebaño y con la ayuda de los perros organizan la tropa para el éxodo. Los canes orientan, gobiernan y mandan con ladridos y empellones enérgicos pero cuidadosos de no causar daño. El macho cabrío, que es jefe del clan, entiende y acata: lidera el descenso con rumbo al hogar. Su grande familia va detrás.

El gato se suma. Ignora de qué escabulle el cuerpo: del invierno de la cordillera, que está por venir, ha de ser hielo y nieve, ha de ser el viento blanco... y sería su muerte segura.

Así como el rebaño se adapta a las limitaciones del corral, el felino entra en proceso de sentar reales junto a los humanos y rehacerse a su trato y costumbres.

Guarda lealtad al chivito que lo unió a la manada, mas se le pierde: le ha pasado desapercibido que, por tierno, fue sacrificado a la mesa donde la familia toma su alimento.

Ronda la casa en que hay niños y hay gatos, en que de la comida se producen confortantes sobras que pasan a su alcance y gusto. Los avances del frío terminan de convencerlo y es suficiente un llamado bondadoso de mujer para que acepte un puesto al amparo de las brasas constantes de la chimenea.

* * *

Entre perdido y condenado, segregado de las ciudades, jinete de una cabalgadura suspirante, arrogante unas veces, suplicante otras, ebrio las más, merodea el espada. De aldea en hacienda, de huerta española a finca de criollos, de rancho de gauchos a tapera de indios. El naipe, el azar, los vahos de la mente, el malgasto, las malas partidas y peor compañía lo han desposeído en vida de lo que desposeyó a un muerto. Con sus miserias acude a cualquier paraje donde no le conozcan, por procurarse el mendrugo. Mejor si es con vino y con carne, y al cabo un jergón. Y si lo que se le da o presta son oídos, pues, ¡a fabular proezas!

Cuando aborda la aldea de cinco casas que se apoyan en las laderas de los cerros, con tres chivitiles de pirca, un hórreo de madera y otro de piedra labrada, no precisa que su fatigada mano se alce a golpear a las puertas. Por él ofician de llamador, con ladridos de prevención, los perros que se adelantan a desconfiarle. Porque son tan pocos los solitarios que osan surcar esas inmensidades vacías, tan dejadas de los caminos... Sólo en grupos se animan los hombres, y apenas los de la tropa que compra y arrea las reses.

Para el vecindario pastoril y aldeaniego la aproximación gradual del aparecido en rocín se vuelve un barajar de figuras buscándole imagen: que ni señor ni justicia, ni capitán, ni clérigo, aunque sí español.

Llega para su bien en buen momento, antes de la extinción de sus fuerzas, como en umbrales del extravío, por falta larga de una comida, por riguroso desvalimiento.

La hospitalidad de la casa mejor tenida, que para él se brinda, despacha un heraldo que se filtra hacia el día de afuera: el suculento efluvio de una pródiga fabada.

Aunque poseído de una sola idea, la de almorzar, suelta miradas ávidas, como dispuesto a distinguirlo y aprovecharlo todo, porque intuye o desea vehementemente algo así como un hogar, siquiera sea momentáneo. Ya ciertos enseres de uso se lo sugieren, en cuanto ingresa al porche: sobre el tablado del piso, dispuestas en orden por pares, encuentra las serviciales almadreñas, tales como el calzado tosco y recio de allá muy lejos... Y a continuación, la dilatada estancia, esa que contiene la existencia cotidiana en común, donde se guisa y manduca, se cose, se hila y platica. Cerca de las ollas de

barriga negra, a los costados del fuego de la chimenea, el tocino está puesto para volverse ahumado. Pendientes del techo, como en fiambrera abierta, con ajos y ajíes, laurel y cebollas, alternan los embutidos, las longanizas y los jamones. Fácil provocación para evocar, el espada, insignes perniles de Avilés de carne rubí.

Entonces, durante ese registro que a cuenta del disfrute anhelado intenta ubicar cuanto haya, descubre los ojos de un gato que alza la cabeza desde el alféizar de la ventana de vidrios. El gato lo estaba mirando y la mirada hundida en el recién llegado constituye, de un modo terminante, la fría negación del asilo que le han concedido las gentes.

Él no conoce a ese gato *–no lo reconoce–* pero cierta noción que no descifra le remueve, dentro de sí mismo, profundidades abominables y deliberadamente olvidadas.

Al pronto se sobrecoge y se embaraza, luego desborda. Sale, emprende a los trancos el pedregoso sendero, olvida el caballo, se pone fanático, se va en ademanes. No ha venido a cerrársele la razón: un susto insuperable se le ha atravesado. Quizás por rara ocasión, sin que él perciba el sentido, le asoman los signos de atormentarse su alma por causas de la conciencia.

Su figura se enhebra con la distancia y lo sigue, ya sin alcanzarlo, un cortejo de conjeturas y comentarios de extrañeza y asombro.

En su ventana el gato –enroscado el cuerpo, ceñido por una vuelta de cola– se reinstala en su bienestar, tal vez parecido a la paz del espíritu que tanto apetecen los seres humanos. Ronronea un sueño.

Obstinado visor

Rubén, que tiene siete años, regresa de la escuela a la hora del almuerzo. Come y desaparece. Desoye la orden de dormir la siesta y el llamado a jugar de los chicos del barrio.

Se instala, solitario, a una cuadra de su hogar. Sentado en la vereda, sobre el borde de la acequia, se aplica a observar, concentrada y largamente, el edificio de enfrente, uno que está al pasar la calle.

Es casa de una planta, chata y antigua; por sus puertas nadie entra o sale; las ventanas no tienen señoras que asomen ni jaulas con canarios movedizos. Está desocupada hace tiempo.

Nada revela particularmente distinto, apretada entre el almacén de comestibles y el taller del sastre. Conserva la fachada de un azul muy claro, con tonalidad de cielo, y a Rubén le agrada ese color, sin que sea la causa de que haya venido a establecerse ante ella.

A media tarde suspende la guardia a cambio del tazón de leche y las tortitas caseras. No muy enterada de la duración de su ausencia, la madre reclama: "¿Dónde estuviste?"; pero la absorben las peripecias de sus semidioses del radioteatro.

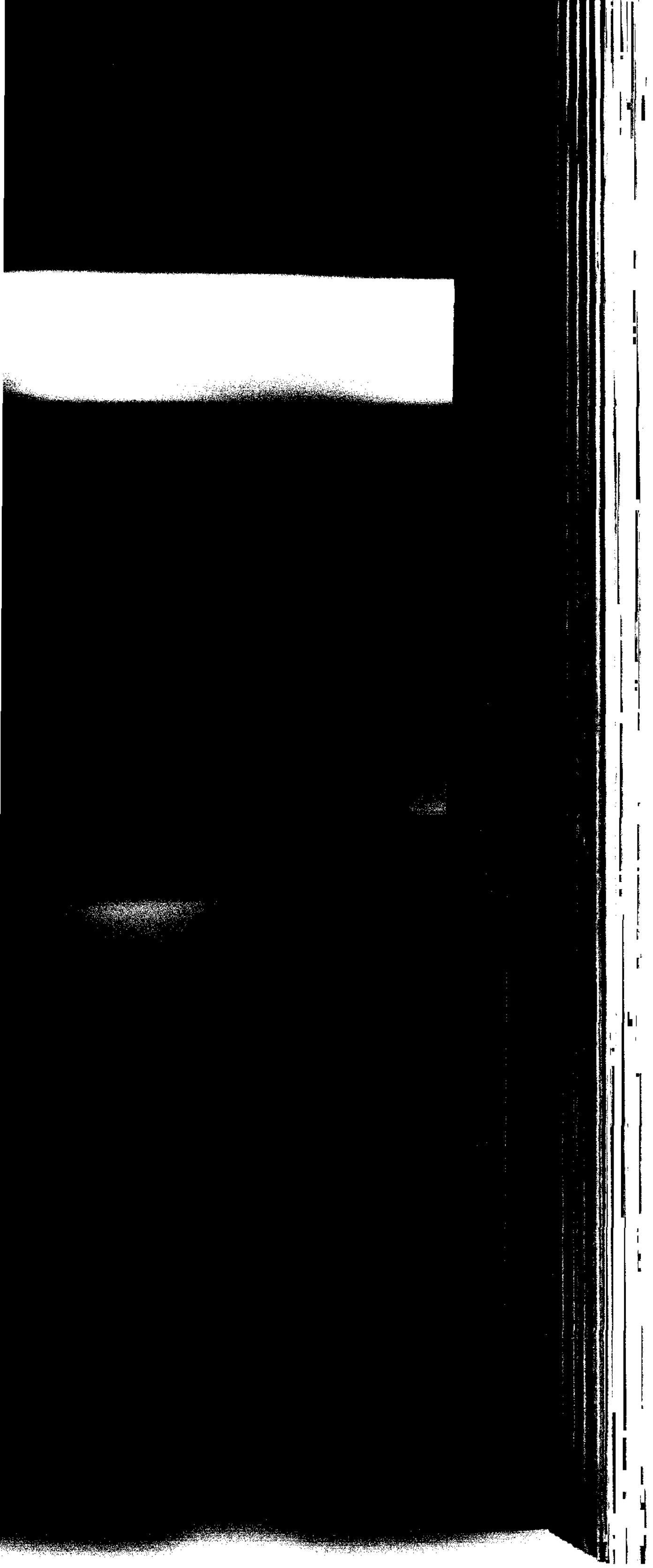
Rubén reitera su escapada, su abstraída contemplación, día tras día.

–¿Dónde estuviste, vago? ¿A qué hora vas a hacer los deberes?

Más adelante, el pequeño percibe que la situación puede empeorar: la madre traslada el problema al padre; éste habla de conducta y suelta turbias amenazas.

No por rebeldía Rubén extiende sus horarios: queda como cautivo, ante el paredón callado de la otra cuadra, hasta que el crepúsculo le borra el celeste. Padece, sucesivamente, reconvenciones, gritos y bofetones; después le dan todo junto, o revuelto.

Una mañana siente que no ha de tomar el camino de la escuela, sino el de su miradero. Recupera su sitio en la vereda de baldosas y



pone en descanso, a su costado, los cuadernos, los útiles y el trompo. Observa al descuido, pero espera; conoce que debe esperar.

Con desaprobación lo nota y menea la cabeza una vecina, que se dirige al almacén.

Un compañero, alumno del otro turno, el de la tarde, viene de comprar pan, y lo explora:

–¿Fuiste a la escuela?

Rubén le miente con descaro, para ahuyentarlo, porque en este asunto prefiere andar sin compañía:

–Sí fui, pero me echaron.

Deja al curioso estupefacto y corrido, ante tamaño infractor como lo hace suponer la severidad del castigo que le han puesto.

Rubén se desentiende.

A eso de las once de la mañana, mientras la gente circula con indiferencia, descubre que, sin ruido, en la pared que forma el frente de la casa que lo atrae, se empieza a abrir una grieta, como un rayo negro, de punta aguzada hacia abajo. Inmediatamente sobreviene un estruendo y más allá del muro, como caídas de punta entre la atmósfera de polvo, descuellan un instante, después desaparecen, las vigas de madera y las chapas de zinc acanalado: se ha hundido el techo.

Mientras los que andaban por ahí claman y huyen, Rubén retrocede, lleno de miedo, aunque sin quitar para nada la mirada.

Entonces se desploma la pared celeste y la catástrofe termina.

* * *

Rubén, que ya tiene nueve años, no logra seguir con atención la clase de Historia.

En las otras materias sus notas son satisfactorias, no en ésta. Y no porque le disguste; al contrario, lo seducen los héroes y sus hazañas, aunque ni sueñe ser como ellos, él es más bien pasivo y no dado a los grandes impulsos ni a ninguna actividad física muy exigente.

No es tampoco que se distraiga a propósito, es que le causa una sugestión dominante la presencia de la maestra. No lo que enseña, no lo que dice; sino ella, ella misma. No sucede con las demás señoritas que lo educan. Es con ésta, que nada podría lucir de

linda que le agrade ver, excepto la melena, y ni siquiera se muestra bondadosa con él. Ni lo perturba que se le haya vuelto severa y exigente desde que no rinde como un buen alumno.

En cuanto esa maestra entra al aula, a Rubén se le forma una inquietud. Algo le solicita que se mantenga a la expectativa, vigilante, casi la totalidad de los cuarenta y cinco minutos. ¿Por qué? ¿Le tiene miedo? No. Recela de algo exterior a ella. ¿Qué?

Sólo desea, cada vez, que termine la clase, que pronto se acabe el año, que al menos pase esa época de frío.

Al volver del recreo, si el ingreso de ella no es inmediato, se ata a la esperanza de que no venga, que esté enferma, que la hayan cambiado por otra maestra... Su aparición es el anuncio de otros 45 minutos mortificantes. Aunque nada pase.

Últimamente percibe que su tensión aumenta cuando ella, explicando el capítulo del día o al tomar la lección a un compañero, se desplaza hacia cierto ángulo del salón.

Se pregunta por qué se corre ahí. ¿Por qué? ¿Para qué...?

¿Qué hay en ese lugar...? Tiene que ser porque es el rincón más resguardado, donde no hay puertas que, mal cerradas, o abiertas a cada momento por cualquier motivo, dejen filtrar el frío; porque desde allí irradia la estufa que más o menos los entibia a todos. Rubén lo comprende. Sin embargo...

Hoy la maestra ha desplegado mapas sobre el pizarrón. Señala en las montañas la ruta de los ejércitos. Está trabajando con el gráfico colocado en el extremo derecho, el más próximo al rincón abrigado del aula. Ahí está, de pie, con su delantal blanco, con el extenso puntero que guía sobre los dibujos como motas castañas; ahí está, refiriendo algo, algo que Rubén no puede captar porque su mente se halla oprimida por lo que no sabe qué es, pero lo siente a punto de estallar.

De pronto, de atrás de la maestra surge una llamarada. Es de su guardapolvo blanco, que se ha encendido al rozar la estufa. Basta un instante para darse cuenta. El espanto produce lloros y alaridos, y la maestra, despavorida, huye hacia el patio, en tanto el fuego, favorecido por el aire, crece, prendido de sus ropas y ahora de la larga cabellera que le caía por la espalda.

* * *

Rubén, que tiene diecisiete años, se cuestiona.

Sus amigos de la misma edad, sus condiscípulos, ostentan noviazgos fáciles o bien se enamoran seria y recatadamente. Él no, todavía.

Gusta del encanto de una chica que ha venido a vivir en la vecindad, hija de un militar, y tiene para ella una actitud contemplativa, no acentuadamente fervorosa. Indeciso, alterna esa inclinación con el trato de una normalista que un par de sábados ha sido su compañera de baile en fiestas del Liceo.

No se considera a sí mismo en estado de amor, no se le produce por ninguna de las dos la especie de arrobo y ternura que, supone, tendría que causarle el auténtico querer.

No lo lamenta demasiado, quizás a causa de su natural calmoso, poco emprendedor, poco dinámico, quizás por su hábito de esperar, con cierta intuición, que las cosas, finalmente, sucederán.

Pero lo desazona –y a causa de ello se riñe a sí mismo– su comportamiento con cierta mujer. Es todavía casi una muchacha, fresca, sencilla, de rostro agradable, hasta bonito podría decirse. Está casada, está embarazada. Es la esposa de un técnico, no mucho mayor que ella, que hace trabajos de electricidad, y viven ahí cerca, de modo que la encuentra a menudo.

No se reconoce, Rubén, con ningún sentimiento que pueda llamar amoroso. La respeta y sus principios, que consulta íntimamente con preocupación, le impedirían la más leve tentativa de obtener o pretender algo de ella.

Y sin embargo, ¿por qué últimamente, cuando concurre a la plaza a tomar sol y se sienta a tejer lanas para el bebé que vendrá, él elige los mismos ratos, los mismos senderos para dar un paseo?

Se sonroja, inevitablemente, al intercambiar un tímido saludo a distancia, aunque la joven señora no revela síntoma alguno de incomodarse o sospechar.

Rubén se pregunta si no debe temer que –como le ha ocurrido otras veces, sobre todo cuando era niño– lo esté alertando, confusamente, el presentimiento de un desastre.

No se resigna a no entender, no alcanza a discernir un mensaje que pueda transmitir, a la mujer o al marido, para ponerlos a cubierto, si es que la amenaza un peligro. Lo tomarían al ridículo.

Hoy ha salido de su casa sin recordarla, sin haberla aludido con un pensamiento. Pero la descubre en la esquina y siente que no debe seguir hacia el centro como había planeado. Se detiene.

Ella espera un autobús, está en el sitio adecuado. Por consecuencia, él también lo hará. La saluda, apenas inclinando la frente, con una sonrisa. Ella le responde con igual delicadeza y Rubén percibe que lo atiende con simpatía. Se encariña con ese momento.

Se adelanta un ómnibus. Duda que ella dé un paso imprudente. No sucede.

Al visible estado de gravidez corresponde luego, en el interior del transporte, la gentileza de un hombre que le cede el asiento. Rubén, de pie, tomado del pasamanos, padece apretujones y se maldice por obedecer a su fatalidad.

Repentinamente, la joven señora prorrumpe compungida en algo así como "¡Ay, Dios mío, ayúdenme!", y él entiende, ya disipado el temor, que el bebé nacerá en el ómnibus, lo cual, sin que sea lo ideal para la seguridad de la madre y la criatura, no es tan malo ni extraño, se ha visto en tantas ciudades... Las pasajeras pueden ayudar (ya lo están haciendo) y él de inmediato hará que venga una ambulancia con asistencia médica, y avisará al marido y le dirá que corra, que corra... que todo andará bien.

Para eso –descubre, complacido de que esta vez haya sido por algo bueno– es que él tenía que estar allí.

* * *

Contra lo acostumbrado, el señor Rubén abandona su oficina apenas pasadas las seis y media de la tarde y lo distraen las calles de la ciudad ardiente y animada porque todavía la dora el sol, es verano y el comercio cierra sólo a las ocho.

No obstante, recapacita que no es simplemente para recrearse que ha salido. ¿A qué, entonces? Ningún misterio se cierne dentro ni fuera de él. Únicamente desea volver a casa. ¿Por qué, si la casa

ha de hallarse vacía? A esta hora, la empleada se habrá retirado; la hija andará de compras, el yerno en el consultorio...

Bien, por ese motivo volverá en estos momentos: porque quiere estar solo, con su soledad de viudo, una hora o dos, hasta que la hija acuda a los preparativos de la cena.

Al devolverse al barrio registra moderadas diferencias de fisonomía, de actividad, porque habitualmente no pasa por ahí hasta cerca de las nueve, cuando los pequeños comercios y talleres de esa zona semirresidencial han bajado las persianas y apagado sus letreros de neón.

Se halla en plena labor, en el comienzo de la cuadra, el servicio mecánico de los Fiat y los Volkswagen. En el patio, que por el portón da a la calle, atado al tronco de una parra está el causante de unos ladridos persistentes que, a través de la ventana de su dormitorio, viene escuchando desde hace unos días. Es la primera ocasión que tiene de verlo, ha de ser novicio en sus tareas de guardián.

Es un perro amarillo, de mediana alzada, que al fijarse en el señor Rubén –que sube pausadamente por la vereda– cesa de ladrar y de agitarse, lo mira intensamente, con una mirada llena, toda dedicada a él, y es una mirada posiblemente triste.

El señor Rubén la recibe con calma y se compadece de la situación de animal tan sensible, sometido a una cadena.

No se desprende de esa impresión. Admite que es natural que revele cierta pesadumbre en los ojos, dada su condición. Sin embargo, se le ocurre que resulta como si el perro hubiera tenido esa mirada preparada para él.

Como está llegando ante su vivienda, controla el techo, para ver si tiene una bandera. "¿Una bandera...? –reflexiona–. ¿Por qué busco allá arriba una bandera o algo de lienzo que flamee?" Queda perplejo, mas no cesa de interrogarse: "¿Y de qué color...? ¿Oscuro debe ser?". Al cabo de una hesitación: "¿Por qué me pregunto por el color de una bandera que no está, ni existe...?".

Renuncia al tema. Decide dejarlo en la calle no bien ingrese al hogar.

Puede tener su espacio de soledad como lo deseaba, sin voces ajenas, sin sobresaltos, sin pensamientos especiales.

Cenan, los tres.

Después, la hija se retira a poner orden en la cocina y los hombres se trasladan a la sala donde se halla el receptor de televisión.

–Papá, ¿quiere un café? ¿Se lo preparo...?

–No, hija. Gracias. Me quita el sueño y quiero dormir.

Sin embargo, cuando se retira, no obstante la noche apacible, el sueño no accede a ampararlo.

Recuerda al perro amarillo, quizás porque no se le oye. Tal vez reposa, él sí.

Hacia la una –el cucú del comedor acaba de decir la hora– el señor Rubén revuelve entre las sábanas el fastidio de su desvelo.

En ese momento comprende que, sin ceder a la impaciencia, sin irritarse, debe aguardar hasta las cinco. Aguardar... ¿qué?

Se resigna a ignorarlo y se resigna a esperar. Entretiene el tiempo pendiente repasando memorias, y surca la noche por tramos que desde el reloj entona el cuclillo: las tres, la media, las cuatro, la media... En minutos serán ya las cinco.

Al sentir que falta apenas, se levanta, sin encender una luz: basta a atenuar la penumbra el resplandor que penetra por la ventana. Se desliza en el sillón más cómodo, ese que tiene para leer, colocado en posición frente al lecho.

Aprecia el bienestar, distiende el cuerpo; serena y clara es su espera, igual que su mirada.

Luego, cuando el cucú está avisando que son las cinco, desde su sillón donde se ha sentado, observa que está muriendo en su cama.

ONAGROS Y HOMBRE CON RENOS

I

Mi abuelo nombraba a los renos. Eran para él familiares y resultaba como si estuvieran con nosotros.

En ausencia de mi abuelo preguntaba a mi padre cómo hacía para verlos donde yo no los veía, y si realmente podría verlos alguna vez. Él me animaba a esperar: "Cuando el abuelo los llame".

"¿Y cómo son los renos...?" Mi padre me informaba: "Como los ciervos". Y yo a mi vez: "¿Y cómo son los ciervos?". Desalentado, mi padre me decía: "Pues ahí los tienes, más en pequeño, no tan espléndidos...", y extendía un amplio ademán mostrándome el rebaño, mientras yo, con mucho enojo, murmuraba: "¡Pero son cabras...!".

Antes estuvimos detrás de ellas, luego estuvimos delante, o delante y detrás.

Estábamos o, más bien, estuvieron, mi padre Pablo y mi abuelo Jonás, pues yo no contaba, entonces.

Parece que la historia comenzó con una jauría. Primero se unieron a los perros, después a los asnos, posteriormente a las cabras. Nunca a los hombres.

Mientras la lengua servicial lo reconforta y lo limpia, el hijo de Jonás supone de sí mismo que finge la vida, que su mano aparentó estar viva al alzarse para acariciar con gratitud a esa perra que restañaba su sangre.

Cuando logra levantar la cabeza para entender lo que tiene alrededor y comprobar dónde está, descubre el tendal de mercenarios, sus cuerpos vulnerados por el hambre de una perrada cimarrona que ya reposa atiborrada.

Hecha esta observación, se deja caer y considera que más le conviene no fingir la vida y permanecer difunto.

Pero se quita de esos devaneos, más tarde, cuando a la preocupación por las heridas se enciman el hambre y la sed. Piensa en huir de la muerte y de los perros. Piensa en su padre, de quien cree haber oído voces subidas y delirantes.

Al padre de Pablo lo sacó de su buche el pozo.

El pozo es una hoya cónica, de paredes lisas que descienden honduras hacia una superficie líquida, de un puro verde, aparentemente quieta, que mira hacia arriba como un ojo de mar cautivo.

La naturaleza barrenó sin testigos ese vértigo, en medio de una silenciosa y siempre igual vastedad geológica, un tanto escondido entre los pliegues de las estribaciones montañosas.

Al padre de Pablo lo escurrió el pozo por empuje de alguna marea de sus canales subterráneos. Su cuerpo estaba hecho una vejiga inflada que estallaba por hartazgo de agua.

Cuando se vació y se secó solo –"el impulso de vivir, hijo, tiene sus procedimientos"– retrepó vociferando hacia la zona del despeñadero.

Una audaz obstinación lo llevaba a enfrentarse con quienes pretendieron deshacerse de él sumiéndolo en ese desfondado poro de la tierra.

Al asomarse a la meseta, calló de pronto las iras que venía gritando. Cesó su trompa de ulular ante la gente caída y tanto perro montaraz en posesión del sitio.

Sin embargo, temerario, quiso proclamar su victoria y se puso a clamar: "¡Jonás...! ¡Soy Jonás! ¡La ballena me ha devuelto de sus fauces!".

Antes que para los canes el ruido de esa bravata terminara de resultar indiferente, un despunte de conciencia del peligro lo echó atrás, a refugiarse entre los montes.

Descuidaba que a esos parajes, tan propicios al crimen sin castigo, había sido arrastrado, como él, su hijo Pablo.

Jonás fue entregado a las aguas. Para Pablo se eligió el acero.

Un grupo de la partida, bien pagado por su pericia homicida, debía inmolar a los cautivos. Otro, desligado de ese aspecto de la misión, estaba compuesto de arrieros acreditados por su baquía para moverse en esas abiertas soledades.

Desbarrancado Jonás, los enviados a matar buscaron diversión con la segunda faena, mediante pases intimidatorios y refinamientos de filo y punta, desde sus cabalgaduras. En sus primeras sangres, meramente superficiales, Pablo cayó del caballo, sin sentido por un descomedido planazo. Los cuchilleros suspendieron unos instantes su alarde, hasta que Pablo se levantara del desmayo. En esta demora reventó el tiroteo.

Los arrieros, que habían permanecido a distancia, creyeron ahogado al hombre mayor y acuchillado de muerte al hijo, que yacía en tierra. Entonces, hicieron su parte. Llevaban secreto encargo de borrar la posibilidad de traición o chantaje, de los asesinos a sus mandantes.

Por tales precauciones, los victimarios de Jonás y Pablo pasaron a la callada, sin tiempo para el asombro.

Cuando el bochorno del solazo en el yermo interrumpe la guardia de los canes, Pablo escapa, arrastrándose.

Ambula y asiste al desdoblamiento y la multiplicación del disco solar, como si no bastara uno para incendiarle la cabeza.

Desde su guarida, Jonás, que observa la meseta y sus contornos, ha visto errar a un individuo que marcha con dificultad y ahora lo deja aproximarse porque ha descartado el riesgo: entiende que está yendo a dar ahí por puro azar y verifica que, al menos a la vista, no carga armas. Pero la primera comprobación ha sido que ese extraviado posee la apariencia de su hijo.

No se exalta ni tampoco se apresura. Considera la probabilidad de que no haya muerto, pero algo se sobrepone a esa evidencia que le resulta relativa, y discurre de esta manera: "Si anda es como si hubiera resucitado. Si ha renacido tendrá necesidades, tendrá hambre, como yo, y me ayudará a buscar alimento, soy su padre. Como soy su padre tengo el derecho de imponerle un nombre".

Y cuando decide salirle al encuentro, lo nombra:

–Renato...

Dentro de su confusión, Pablo aún se aturde más: de esos sitios donde no había vestigios de vida, de esos silencios, ha salido un hombre y le ha hablado con voz de hombre. Y ese hombre, puede verlo, es su padre, y le dice que él ha renacido. Porque acaba de anunciárselo, con una sola palabra, que ahora está repitiendo, en forma pausada, con un añadido, que entre tanta turbación vuelve las cosas más claras:

–Re-nato, hijo mío...

–No hay plan –dice mi padre, alza otro huevo y lo agita con esmero, para mezclar clara y yema–. No hay plan. Hay hambre y tenemos que sobrevivir.

Con esos pequeños huevos de pintas amarronadas me ha reanimado y fortalecido y ya tengo la mente más despejada. Después de sacudirlos casca el extremo más agudo y me los pasa. Los sorbo de una buchada.

Me informa, sin el favor de un atenuante:

–No hay más, por ahora. Quién sabe si encontraremos otros. No son de ave, son de saurio.

De todos modos, lo insto a que busquemos, en cuanto yo haya descansado.

Reflexiona: "Somos recolectores. En menos de una semana hemos descendido a la condición más primitiva".

Me llama Renato y él se refiere a sí mismo como Jonás. No lo corrijo ni le pregunto los motivos. Antes, él y yo teníamos otros nombres.

Viene a despertarme, para decir:

–Se están yendo...

Pienso con aprensión que los que se van son los muertos.

Así de exhausta está mi comprensión porque me hallo desnutrido, porque hemos andado en penosos rastreos de huevos entre las piedras.

Los que se alejan son los perros, sin prisa, haciendo fila de escuálidos.

Mi padre comenta que, si parten, nada debe de quedar comible, ni para su ruin paladar. Dice que ha llegado el momento de que vayamos nosotros al saqueo, para proveernos de armamento y ropa, entre lo que haya aprovechable de cuanto llevaban los difuntos sobre sí.

"Se están yendo..." repite, y anuncia con determinación: "Los seguiremos".

La protesta de mis ojos es rabiosa. Luego vienen las palabras, no menos duras. Pero a poco tienen que ceder a la obediencia y a una resignada desesperación.

–Padre, reconozco a este malvado.

–No puede, ya no tiene ojos.

–Hampa pura, guardaespaldas de caudillos.

–No le estudies el rostro. Ya no te servirá de nada. Prueba a ver si sus borceguíes te calzan. Y procura otro par de repuesto, o botas; los echaremos a la espalda.

–¿Por qué seguiremos a los perros, padre?

–Nos llevarán de aguada en aguada, hasta que nos orientemos.

–Son carniceros.

–Nosotros también.

–No lo entiendo, padre: ¿Todos se mataron entre ellos...?

–No están todos. Lo que es seguro es que no falta ninguno de nuestros asesinos. Eran mercenarios, hombres de ciudad, buenos para matar, malos jinetes. ¿Quiénes los mataron a ellos? Los que les proveyeron mulas y caballos y los guiaron hasta ese pozo que se come los rastros, donde me dieron mi baño de purificación...

Se detiene, como a examinar lo que acaba de decir. Cuando concluye la pausa meditativa, excluye ese aspecto, como si sólo a él le concerniera. Prosigue el relato o su versión:

–Los mercenarios y los baquianos tenían el mismo amo. Los unos con orden de matarnos, los otros con orden de matar a los mercenarios.

–¿Por qué también a mí...? ¿Por qué matarme?

–Porque eres mi hijo y podrías ser mi vengador.

Pablo consulta con la mirada y Jonás, que descubre que puede haber sembrado un designio en el joven, quiere quitárselo de la mente.

Recoge de los despojos un estuche, lo destapa y pondera como una joya los binóculos que contiene. Los prueba, su visión conquista las distancias y animado y complacido se los entrega al hijo.

–¡Enfoca en esa dirección, es el camino!

Pablo lo hace y no avista camino alguno, sino la jauría en marcha.

Por las pendientes del malezal, cruzados pecho y espalda con pertrechos de rapiña, avanzan el hombre tonante y su hijo adolescente.

Agobian con su peso a un mulo, única cabalgadura que las balas no voltearon ni el fragor logró espantar.

Los canes se corrían en manada y uno hacía punta. De no impedirlo la catadura temible, podrían haber dado lástima, por lo escaso de sus carnes y lo andrajoso y sucio de sus cueros.

Jonás y Renato, amoldados a su tren de marchas y paradas, ya los reconocían hasta uno por uno, con la ayuda poderosa del largavista, útil para calcular el espacio de apartamiento apropiado, en previsión de hostilidades.

En la avanzada mandaba el mastín, soberana la cabeza, erguidas las orejas, alertas a los mínimos sonidos que ondeaban por el calmo monte arbustoso.

Evitaban la pura llanura, por no dejarse ver, y circulaban en circuitos entre la maleza, pero sin extraviarse ninguno del grupo.

El mastín los dejaba hacer, menos cuando se detenía a analizar los indicios que le traía el aire para los oídos o el olfato.

Viento no hacía, pero parecía soplar sobre la perrada propulsando sus invisibles velas, empujando sus grupas, haciendo aspas de sus patas.

Los ojos se les encendían con una avidez escarlata que reventaba en peloteras infernales cuando alguno, por su cuenta, conseguía una presa: un ratón de campo, una perdiz o su prole, víctimas aletargadas por el miedo ante el tropel que venía arrollando. El cazador afortunado solía cesar de serlo, lo despojaban y debía reducirse a gañidos impotentes.

Pero no eran muchas las criaturas del monte que se les rendían. Pese a sus disimulos y astucias, la hueste de pies ligeros en algunos terrenos se anunciaba con exceso, por la polvareda, y éste era aviso que tomaban muy a pecho los animales que se arrastran y los que vuelan.

Mordiendo el aire quedaban a menudo los dientudos.

De noche perdían el sigilo, y nosotros los perdíamos a ellos. Hasta que algo –su propio lobo o el reclamo del amor– los revolvía por dentro, o se ponían desoladamente lunáticos, y encaramaban los aullidos a la comba celestial, aún regándolos por la tierra.

Entonces no me bastaba el poncho rapiñado –carga y estorbo durante el día– para atenuar los escalofríos, aumentados por mi incapacidad de medir distancias; creía que ya los tenía encima y más me crujía por el pavor de que me asaltaran cuando estuviera dormido.

–Padre, anoche aullabas. No sólo los perros lo hacían...

–Yo era lobo y peleaba con la muerte. Por esta vez la ahuyenté.

Distinto es esta noche.

Las estrellas nos observan. No alumbran, miran. No se puede dormir, espiado así.

Con la misma inquietud y un tamaño enojo, Jonás se levanta y les suelta un grito salvaje.

Comienzan a despegarse y a descolgarse de la bóveda.

Caen y se funden o se trizan en la amplitud del espacio.

La noche rutila de chispas. Los perros alborotan; tal vez están tratando de apresarlas. El chispeo me pone fugitivo ardor en rostro y manos.

El cielo se desestrella, se desastra, se descama en un descendimiento lento y armonioso de partículas de luz que, más cerca de la tierra, flotan.

Por la mañana, sobre los campos ondula una nube de panaderos, esas estrellas vegetales frágiles y errantes, y se expande una música de órgano.

Las aves, que con sus vocingleros picoteos al silencio escandalizaban la serenidad del alba, nos proveían la seguridad del desayuno temprano. En cuanto sobre el horizonte listado de rojo se desplegaba la sulfarada con sus luces sin profundidad, se iban revelando las copas rebosantes de huevos tibios: los nidos, amarrados a las trabazones de los arbustos o en su base, entre las raíces sobresalidas.

En ese momento indeciso del amanecer, los perros se desenroscaban de su espiral de reposo, se desentumían con largos bostezos, ensayaban corridas, se embestían por juego, torpes e inofensivos como cachorros. No repetirían esas inocencias en el resto del día; estarían siempre tensos, prevenidos... Algunos festejaban a las perras, pero sin interés en molestarlas, ni se enzarzaban en riña si ellas o un rival les tiraban un tarascón.

Otro reclamo se les anunciaba desde las vísceras: el del apetito que jamás saciarían, y también era el único rato en que se desbandaban, tal vez sin ilusiones de comer conejo, aunque sí del alimento indefenso del nidal: huevos o pichones, lo mismo daba para entretener el fantasma que mandaba trotar por el mundo para cerrar las fauces sobre todo lo que codiciara el buche.

Cierta coincidencia se producía: cuando más padecíamos el hambre, y nuestras entrañas lo manifestaban, convulsas y ruidosas, los perros se comportaban de un modo más díscolo y nervioso. Se liaban en frecuentes peleas, cometían desa-cato al líder, tentaban aventuras solitarias quizás sin regreso y hasta en medio del día y de la luz propendían a esos aullidos quejumbrosos, entrecortados como latidos finales, que solían ser más propios de su noche.

La aprensión nos estrujaba. De día los vigilábamos con los binóculos. De noche, en el desvelo, aplicábamos la agudeza animal de los sentidos.

No se volvían, todavía, contra nosotros. Pero considerábamos que el mulo podía apetecerles. Quizás él no era ajeno a tal presagio, y enflaquecía de fatigas, de hambre y de terror. Le habíamos concedido la gracia de un alivio, pues ya sólo lo montábamos de a uno.

Jonás levantaba una ceja, la de un ojo siempre más advertido que el otro. No le acordaba reposo. Reservaba ese ojo insomne y casi todas las balas. No se permitía gastarlas para cazar, había que ahorrarlas para dar la cara a lo repeor: el puma y el asalto de la jauría.

Una tarde de esplendidez radiante –pero de belleza sin consuelo alguno para nuestra necesidad de comer bien– se está entregando como una heroína, de poderoso busto y larga melena roja, a los dominios del Señor de las Tinieblas.

Sobre los confines del ocaso nace una humareda como de locomotora, que luego muestra no ser humo, sino polvo, y la polvareda, ya virando al color naranja, se propaga a medida que avanza el tropel veloz que la origina.

Fascinado por esta gradual aparición, sin lograr discernir de qué se fabrica ella, vuelvo hacia mi padre una mirada de consulta, y tengo que admirar el júbilo en su rostro, mientras comienza a informarme, de un modo condescendiente y como si hablase de criaturas enseñadas por él mismo:

–Son renos, Pablo. Te lo dije...

Contagiado, contemplo unos instantes más la hermosura de la tolvanera que, en tanto crece por delante, en su último extremo

se desfleca en hebras anaranjadas que comulgan entre sí como los finos hilos de una gasa.

Yo no veo los renos, pero si Jonás lo dice...

Entonces, creo que sensatamente, pienso: "Si son renos, puesto que los renos son de carne, es carne que galopa", y sin decir palabra, tomo la de dos caños y se la ofrezco a mi padre.

Pero él aparta el arma con una mano tolerante, y por toda explicación me repite, persuasivamente:

–Son renos, hijo. Son renos...

La bien crecida liebre criolla no se esconde, escapa. La rapidez del perro que la persigue no es menor, pero ella es más hábil para torcer repentinamente el rumbo y dejarlo burlado unos instantes, suficientes para ganar terreno.

Sin embargo el perro tiene aliados que vienen detrás y no han perdido ni el ritmo ni la cambiante dirección de la carrera. La alcanzan dos, luego el que quedó atrás y, ya seguros de tenerla, por juego o por crueldad, la dañan de a poco.

Primero un tarascón le arranca la mitad de una oreja, que vuela y se convierte en bocado para el can de al lado. Éste se excita con el sabor de la sangre y embiste al sesgo, pero estorba al que corría junto a la presa y los dos ruedan en pelota, no sin pendencia.

Queda uno solo en carrera. Como sus posibilidades han disminuido por falta de apoyo, se resuelve a rematar: hinca los colmillos en una pata y la liebre se detiene, de repente.

Ya sabe: en el instante próximo, de una sola dentellada perderá la vida.

Una noche, Jonás grita inútilmente a las estrellas. Ni una sola se desprende, apenas tiemblan un poco más que lo ordinario, y quizás como reacción o revancha sueltan sobre nosotros copiosos cristales invisibles, muy helados.

Contra lo imaginable, mi padre, esta vez, se declara vencido. Se encoge de hombros, viene a hablarme y a justificarse, puede que de ofendido orgullo.

Se despoja un tanto de su riguroso afán protector del reno y pretende alentarme con la esperanza:

–Mañana cavaremos en la nieve y hallaremos a los pobrecitos renos que entregaron su aliento al frío. No cometeremos sacrilegio nutriéndonos de su carne: está muerta y no la matamos nosotros; tenemos que ser agradecidos de haber vuelto a vivir y probarlo conservando la existencia, por algo nos ha sido dada.

–Padre, no nieva. Son cristales que se deshacen al calor de nuestro cuerpo. La noche está fría, pero es verano y mañana no habrá nieve.

–Sí, hijo. Pero los hielos permanecen. Tienen millares de años y en su seno guardan íntegros, sin corrupción, los cuerpos de los renos antiguos, y los notaremos sin esfuerzo por el tinte anaranjado que su color da a los sitios donde están.

–Sí, padre.

Recuerdo el sabor de la sal, un bien perdido.

Recuerdo el sabor de la carne sazonada, cocida con arte, que soltaba vapores y olores apetitosos. Recuerdo el crujido tierno y la dulzura de la cáscara del pan dorado.

Mi paladar aprende gustos nuevos, no sin pasar la prueba de numerosos reparos y rechazos. Sin embargo, no manda él, son mis vísceras más profundas, que reclaman hasta hacerme doler.

A pesar de la presencia de mi padre, si no fuera por el hambre me sentiría muy solo.

Por la piel me corren pulgas. Es la comprobación de algo que podía prever, pero muy desagradable.

–Padre, tengo pulgas. ¿Qué hago?

–Hijo, ráscate.

Jonás predijo que los perros nos darían orientación. Su vaticinio no se ha cumplido y si se lo hago notar o lo lamento, se ofusca.

Averiguo de otros modos:

–¿Se sentirá nuestra ausencia...? ¿Nos estarán buscando...?

Nos hallamos junto a un charco. Arroja dos piedras, una tras otra. La superficie tranquila se altera ahí donde caen. Luego se restablece su lisura.

Jonás me enseña: "Las piedras somos nosotros... Ya ves, sí, algo se habrá revuelto, por un tiempo".

Ante tanto conformismo, medito en silencio y exploro en distintas direcciones:

–¿Extrañas algo? ¿Deseas algo?

–Sí. Quería saber de la guerra, allá en Europa... Las batallas del Marne, ¿tuvieron un vencido o dos?, si es que terminaron.

Mi comentario no pasa de ser un silencio. Tras él:

–Padre, ¿somos peregrinos? ¿Debo entender que has decidido elegir esta vida para nosotros dos?

–Hijo, yo soy el hombre, porque soy el espíritu de sobrevivencia.

–Y yo, ¿qué soy?

–Eres mi discípulo.

Jonás también predijo que los perros nómades nos llevarían de aguada en aguada, y en verdad apenas hemos padecido sed.

Si nos repelía remover el agua estancada con su cubierta de moho para hallarla debajo habitada por larvas de insectos, si la continencia no bastaba para frenar la urgencia de beber y uníamos la boca a los pantanos removidos por las patas de los canes ansiosos, no faltó el regalo del manantial depurado por los berros tiernos, ni el arroyo de nieve filtrada en las lejanías que descendía golpeándose, pero alegremente, con las piedras, y se amansaba, aún muy límpido, en la horizontalidad del llano.

Ni tampoco la fuente misteriosa, por su manar intermitente y vaya a saberse por qué remotos parentescos marinos sabía tenuemente a sal.

Hasta que un día lo descubrimos porque los perros nos hicieron desembocar, del cerrado abrojal que nos escondía, en los bordes de una planicie blanca, extendida como el océano.

Yo me sentí desnudo, expuesto, como si me hubieran colocado sobre un plato de alba loza a los ojos de todos los peligros.

Pero mi padre exultaba victorioso: "¡La nieve, Renato...! Llegamos al imperio de los reinos y seis de ellos vendrán a llevarnos para hacer hermosa nuestra libertad".

De esa nieve no se corría hacia nosotros, que estábamos en sus linderos, gelidez ni fresco alguno. Vahos ardientes se adelantaban y nos envolvían, hasta hacernos picar los ojos, mientras Jonás alardeaba de haber predicho que arribaríamos a los blancos Olimpos de los renos.

Entretanto la perrada soltaba sus lenguas y golosamente alisaba la superficie lamiéndola con gula.

No precisaba los binóculos para presenciar el desenfreno del asiduo lengüeteo, tan cerca estábamos. No obstante los canes, quizás ya acostumbrados a la retaguardia humana que no podían ignorar y –quién entiende por qué– todavía toleraban, no eran de fiar, y la cordura de mi padre volvió al cauce a su manera: tomaba puñados de sal y se los metía en la boca.

Quise hacer lo mismo, consciente de la necesidad de mi organismo, pero no resultaba igual que la sal de la mesa en la ciudad, terrosa e increíblemente amarga era. No pude soportarla, pero ya venía mi padre apurándome para que hiciéramos provisión –para los dos y el mulo, que también su banquete estaba dándose– y volviéramos al refugio del monte de abrojos. ¿Y de qué manera, en dónde? Absurdamente pensé en llenar de sal mis calcetines, pero ya no tenía calcetines. Cargué una bota de las que pendían a mi espalda y mi padre me advirtió: "Correrá el cuero". Sacrifiqué entonces los bolsillos a la codiciada materia, revuelta con tierra.

–¿Seguiremos dependiendo de los perros?

–Sublévate, hijo.

–No contra mi padre. Contra los perros.

–Ellos me llevan adonde quiero ir.

–¿A dónde?

–A ninguna parte.

Suelta una carcajada conmovedora, porque –me parece– se arrepiente de la desmesura que anuncian sus palabras e intenta desvirtuarlas.

–¿Y ahora, padre, a dónde iremos...?

Jonás carece de respuesta y tolera que se le vea perplejo, porque la jauría se ha dividido. ¿Cuál perrada seguir...?

Los binoculares contribuyeron a estudiar los movimientos, hasta que su alcance fue superado. El mastín lideró una manada, la más numerosa, que se salió del bellotal amargo de frutos purgantes, y que era peligroso de comer porque tentaba a los hambrientos: nosotros y los perros.

El hato menos numeroso se nos extravió de la vista en una región vegetada cuya naturaleza no conseguíamos descifrar. A distancia semejaba un tendido de flores, imposible en aquella aridez. Notábamos sin embargo que esas flores no se estaban quietas, a pesar de la falta de viento, a menos que dispusieran de un aire particular que las hacía estremecer, pero nada volaba, como es propio de cuando soplan las atmósferas invisibles.

Aguardamos unas horas, por ver si los animales se congregaban de nuevo, lo cual no sucedió, ni menos pasada la noche.

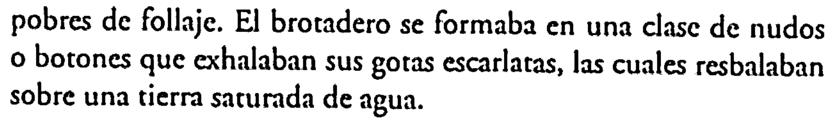
Durante las horas oscuras observamos a lo lejos, sobre el campo de flores, una especie de tormenta eléctrica, con relámpagos como cuchilladas blancas y netas, y nos asediaba un aroma de lluvia sobre el suelo.

En la mañana nos descubrimos confinados en la más rigurosa soledad. Nada, ni los perros... Era la primera ocasión y sentimos, como no hasta entonces, nuestro absoluto desamparo.

O volvíamos al bellotal de los chascos o perseguíamos al mastín desaparecido a través de huellas que no sabríamos encontrar, o nos dejábamos tentar por ese imán vistoso, cuya floración era indicio de agua.

Me sentía tan amistado con esos perros a los que temía, o necesitado de su asistencia remota, que mientras nos adelantábamos hacia su rumbo perdido me venían ganas de llamarlos con los sonidos que su especie reconoce.

Ingresamos a la rojiza extensión con rasgos de jardín. Lo que le daba esa apariencia no eran flores, sino una como especie de lágrimas que caían con intermitencias de sus ramas cortas y nerviosas,



pobres de follaje. El brotadero se formaba en una clase de nudos o botones que exhalaban sus gotas escarlatas, las cuales resbalaban sobre una tierra saturada de agua.

–Por tanto –me concedió mi padre–, no fueron imaginaciones tuyas: aquí llovió, anoche.

Pasé un dedo por un botón cuando soltaba su sustancia, y la probé y tenía sabor y olor de peras. El magro mulo, cuyos párpados se venían cayendo como mal presagio, también hizo su espontánea experiencia, tal vez complacido, pero desfalleciendo.

Prosperábamos por el peral, a menudo resbalando, por las condiciones del terreno llovido, quizás porque los jugos eran deslizantes o gomosos. Manoteábamos en el aire, para mantener el equilibrio.

Quien más debía mantenerlo, por su fama, el mulo, andaba inseguro y causando destrozos, siguiéndonos con modestia, y casi no se hizo notar cuando sus sostenes se rindieron y se arrodilló para ir muriendo.

Nada variaba en el curso del camino que sin meta nos hacíamos, hasta que de pronto nos hallamos ante una hondonada por donde corría un fondo de agua. Lo exploramos desde arriba, continuando su curso y observando que en sus murallones tenía entradas naturales. Ante una de ellas encontramos el grupo menor de la perrada, indolente y pacífico.

Con alegría que no imaginaba tener entre mis infortunios, distinguí a mi perra.

–Quedaremos a distancia prudente y observaremos qué comen –ordenó Jonás.

–Pues, no comen –rabió mi padre, al día siguiente.

–Ni comen ni buscan qué comer –lamenté, loco de hambre y ebrio por la fragancia del peral que exudaba su sangre gratuita.

Entonces Jonás mostró en el ceño una decisión, se fue sin mí y horas después volvió con una carne escasa y en extremo maltratada. Que era la del mulo no lo dijo y yo preferí no saber.

Para asarla lejos de los perros anduvimos tanto que sólo su aspecto detenía mi impulso de comerla sin cocer.

Con la vuelta del día volvió el hambre y era extraño que mi padre no mandara que fuéramos a reabastecernos de la carne del mulo.

Me reveló su indignado arrepentimiento por los reparos sentimentales que le estorbaron trozarlo y hacernos provisiones en cuanto murió. Lo poco que consiguió era lo que quedaba en los huesos y tuvo que peleárselo a los buitres y otras alimañas.

Volvíamos a la relativa vecindad de los canes y entretanto se formaban nubes cuyos límites no excedían en mucho el campo florido. Luego soltaron truenos y relámpagos y la lluvia hizo unos acordes.

Necesitados de refugio, nos envalentonamos y descendimos a una de las cuevas del cañadón.

En la penumbra, mientras afuera la tormenta hacía sus manifestaciones luminosas, Jonás declaró, sentencioso y como en goce de un añorado privilegio: "Ya somos los primeros pobladores de la Tierra".

"La Tierra... Podría ser; mas no el Paraíso", me guardé de opinar.

Los perros –que eran cinco perras, hinchadas por la maternidad que descubrimos en avance– han de haber notado nuestra mudanza, pero la dejaron hacer con total apatía. Yo estaba atento al comportamiento de mi lamedora, sin embargo ella no afectaba tomarme en cuenta.

Jonás daba vueltas hasta perderse, durante horas. Quizás sólo la seguridad de contar con agua de bebida lo determinaba a regresar de sus excursiones solitarias e inútiles.

"Cazaré –aseguraba–. Gastaré las balas, pero comeremos."

"¿Qué cazarás... –rebatía yo, que yacía, por demás desnutrido– si nos hemos entrampado solos donde no se ve animal alguno?"

"¡A esas perras –bramaba–, me las comeré!"

Este diálogo se repetía.

Lo que cazaba eran mariposas, de las muchas que acudían engañadas por las falsas flores de los perales. Se las comía; también consumía gusanos.

Cuando lograba ascender hasta el borde superior del cañadón, a la espera de los retornos de mi padre, me complacía en la contemplación de ese campo con clima propio, flores simuladas y mariposas engañadas, que jugaban a mover sus colores, unas y otras. Solía echar miradas llenas de amistad hacia las perras que se dejaban estar en el fondo del barranco, cercanas a ser madres, claras de tan flacas, inexplicablemente privadas de alimento y sin gastar esfuerzo alguno para obtenerlo. Pensaba que todo eso configuraba una mentira delicada de la muerte y que probablemente ya estábamos muertos otra vez.

En esas circunstancias conocí a la burrera.

"Es otra burla..." me dije cautamente al descubrirla sobre su asno.

Ella, de verme no más, huyó, azuzando al animal con los talones.

Todo fue una visión silenciosa y no lamenté para nada que acabara.

Se me ocurrió que mi padre, que andaba en una de sus cacerías estériles, habría procedido de otra manera, persuasivamente o con uso de la fuerza. No sabía yo si la habría retenido o por nuestras necesidades habría modificado su terco empeño, pidiéndole que nos llevara adonde encontrar gente, camino o pan.

Seguí en la dejación. Me conformaba: "Si no estoy en la muerte, bien cerca me hallo", me decía, y no era tan desagradable.

Un momento volví a pensar en la burrera y noté que, no obstante mi ausencia de ansiedades, me había causado y dejado una sensación: la de su presencia de mujer.

Extraño los espejos.

–¿Cómo está mi cara?

–Puerca, hijo.

Pero también Jonás quiere saber:

–¿Y la mía...?

–Endemoniada, padre.

"¡Han querido inmolarme en el desierto! –clama–. Pero erraron, eligieron el agua para darme la muerte, y el agua es la vida. El agua resucita."

Monologa hacia los cielos. Yo lo escucho.

Continúa: "El agua y el desierto purifican. Seré fundador de desiertos".

Opuesto a él, yo hago mi plegaria silenciosa: "No dejes que el desierto domine mi espíritu".

Se interrumpe para fijarse en mí:

–¿Qué haces?

–Rezo.

–¿Rezas...? ¿Por quién, por mí?

–Por mi madre.

Parece que, repentinamente, lo ha herido su recuerdo. Pero se rehace:

–También ella, a esta hora de misas, puede estar rezando... por nuestras almas. Nos supondrá muertos y no sabe que hemos resucitado. ¡Cristo, ella no lo creería!

Se embrava de nuevo: "¡Que rece por nuestros cuerpos, más bien!".

Atenúa el tono, se compadece; si no lo estuviera conociendo pensaría que gime: "Nuestros cuerpos, meneste-rosos...".

Sólo lo escucho, no he desviado la mirada (quizás eso lo enojó). No he interrumpido. Sólo que ahora rezo por mi padre (Jonás o el que era antes).

¿Por qué lo sigo? ¿Por qué vive tanto que con sus sobras de vida mantiene la mía? Pero, ¿me lleva a la vida o a la de-sesperación? ¿Es un castigo...?

–Padre, ¿somos penitentes?

–Todos, por doquier.

¿Qué hemos hecho, todos...?

¿Por qué, sin decir sí a lo suyo, voy con él?

–Te mortificas, te sacrificas, pero a mí, que soy tu hijo, también me sacrificas.

–No es así, pero si lo piensas, fortifícate: en la Historia Sagrada hay antecedentes.

¿Por qué lo acompaño y obedezco...? ¿Por piedad, misericordia...? Entonces, yo también soy el hombre, porque con otro hombre soy misericorde.

Desde la tierra, a la cual me estoy entregando con mansedumbre, veo venir un rostro alborozado. Jonás canta y zarandea con ostentación un cojeo y dos perdices. Se forma en mí la gratitud: "Gracias por traer a mi boca el alimento...".

Gasta reservas de las que es avaro: fósforos de una de las rapiñadas cajitas de "75", después la sal, en generoso riego sobre las carnes que se doran. Ha pasado por alto los riegos del fuego y del humo: no teme a las perras y me organiza un festín sin exigirme otra peregrinación para escondernos.

Los primeros bocados son tan desesperados que al pronto noto que arranco huesos; hallan tan mal preparado y sin costumbre el estómago que lo siento atravesado de dolores, como cólicos.

Jonás me disciplina: "¡De a poco y lentamente! El hambriento no debe comer a la carrera, hasta morir puede". Pasa el calambre, reanudo la masticación y el saboreo.

Gradualmente me retiro de la vaguedad en que flotaban mis sentidos y me considero y me veo como un convaleciente en una cama de hospital, blanca. Sonrío de esa visión. Sonrío indulgente de la sencilla comprobación, tan vieja, de que la carne sí tiene que ver con el espíritu.

Es tal la recuperación de mis sentidos que el sexto me avisa que alguien o algo me está observando. Por si es bulto de peligro, no me muestro alerta y busco con el rabo del ojo y lo descubro: es mi perra lamedora, sentada un trecho más allá sobre sus cuartos traseros, con su barriga que desborda hasta el suelo y una mirada expectante clavada en mí o en mi ración de conejo que, sin humillarse, pide.

Medito si debo privarme, yo que tanto necesito esos bocados; vence la gratitud. Mi mano inicia el ademán de arrojarle una presa, pero otra mano la detiene. Es la de Jonás, que sin violencia hace presión sobre la mía. Lo miro y sacude levemente la cabeza diciendo que no, y tomo razón de que le cuesta impedir esa compasión. Acato.

Después, junto los huesos que no hemos podido roer y se los llevo, como un residuo impuro de mi caridad cobarde.

Quizás por redimirme, aunque ya fue proeza obligar a mi cuerpo quejumbroso a que anduviera, bordeo el peligro de que me coma los dedos con los colmillos de la angurria, pues le ofrezco la comida servida en el hueco de mi mano. Ella la toma sin apuro ni rudeza.

Desciendo a beber, al cañadón. Satisfecha la sed, pero ardiente por la fiebre que acarreaba o por el puro sofocón de haber comido, procuro un agujero del barranco para dormir sin sol en la cabeza.

–Abuelo Jonás, ¿yo soy hijo de mi padre Renato y de la burrera?

–¿Cuál es tu nombre?

–Tario.

–No.

–¿Actario?

–No, no... –y el abuelo reía con toda su barba y todos sus ojos.

–No sé –tuve que avergonzarme.

–Los nombres no se gastan... Puedes usarlos. El tuyo es Lactario.

–Aaah, sí –me había olvidado.

–¿Y sabes por qué te llamas Lactario? –en su mirada había un anuncio de picardía.

–No.

–Lactario es un hongo, que da leche dulce. Fuiste criado con leche de hongos.

Reflexioné hasta donde yo podía, y luego:

–Abuelo Jonás, dice mi padre Renato que Lactario era un hijo de la perra que le lamió las heridas. ¿Sí...?

–Sí.

–Y yo soy Lactario...

–Sí.

–¿Soy yo entonces el hijo de la perra lamedora que nació en el desierto?

Mi abuelo me contestó con una carcajada enorme. Reía y bailaba como sentado, sólo estirando ágilmente las piernas, una vez

una, una vez otra, pero muy rápido. Se reía de mí, se burlaba, pero estaba muy simpático.

Todavía hay mucha luz, como esa de las cinco de la tarde del verano, pero Jonás dice que ya he dormido mucho y quiere que repitamos, entre dos, la hazaña de su cacería, pues ha dado con la manera.

Me deja despejar sin exigirme. Remoloneo recordando mi cama blanca de hospital y apetezco sopas o un té, algo caliente pero líquido, no agua de arroyo sino infusión cálida y con azúcar... Mientras, mi padre divaga hablando de hongos y palpando y escarbando las paredes húmedas de la caverna donde yazgo.

Trae una cantidad. "Apriétalos", dice; pero no me da y lo hace él: exprime un puñado y cae una sustancia. Pasa los labios por el borde de la mano donde se escurrió el jugo. Dice que es dulce y que es leche de hongos, los hongos lactarios que tiene apuñados y abundan sobre esas paredes.

Se regocija de su hallazgo, que considera un alimento, y se inspira. Dice como si hiciera ofrenda:

–El primero se llamará Lactancio y ya entonces no seremos dos, sino tres.

No sé de qué habla, pero averiguo lo que más me llama la atención:

–¿Por qué Lactancio si has dicho Lactario...?

–Huele más a santidad.

Lo dejé estar, pero cuando nació el primer cachorro –nosotros asistíamos a la procreación desde lo alto del barranco–, proclamó:

–¡He ahí a Lactario!

–¿Por qué Lactario y no Lactancio...?

–Después de todo, es un perro, no puede tomar el nombre de Lactancio, que fue un santo.

Los lactarios de la caverna no nos sirvieron mayormente, apenas de tanto en tanto para endulzar la boca o quitarnos el sabor excesivo de algunos víveres que no olían a santidad.

De haber elegido bien, Jonás se jacta, cuando llevamos hechas con regularidad tres comidas de carne fresca lograda, salada y asada por nosotros, y hasta podemos ayudar a la subsistencia de las perras y las crías que amamantan. Tres de ellas se han multiplicado con facilidad y fertilidad admirables. Repentinamente las hemos visto con aglomeración de cachorros sobre sus ubres.

Casi no ha habido gasto de balas. Jonás se ha revelado un cazador salvaje, con reflejos de pantera. Huele los conejos y les sale al cruce cuando emergen de su madriguera, se les echa encima con todo su corpachón, aunque salga magullado. Corre a las aves lentas para alzar vuelo, usa las piedras como proyectiles.

Nos veo cada vez más cerca de poder apartarnos del tutelaje de las jaurías. Pero él está halagado y agradecido. "Escogí bien –replica–. Los perros se separaron de las perras y ellas nos trajeron adonde hay agua y bastaba darse maña para encontrar comida."

–¿Por qué ellas no han hecho esfuerzo por comer?

Por mostrar que lo sabe todo, él me concede una explicación:

–A causa de la maternidad. Antes y después se abstienen. Es una medida sana, que aplican por instinto.

–Puede ser, pero no sé cómo se las arreglarán para producir leche. Los cachorros no tienen por qué ayunar.

Mi padre muestra que de algún modo siente el riesgo en que está la vida de los perritos:

–Si sus perros no las hubieran abandonado... Iguales que algunos hombres, a la hora de las responsabilidades, desaparecieron.

Blando estaba Jonás, moralista, recordado de la humanidad... ¡y equivocado!

Primero percibimos una excitación nerviosa en las perras. Enhiestas las orejas, activa la mirada, nada quieto el cuerpo, se deshacían de los cachorros como si fueran una molestia. Se alzaban en pie, mas luego les venía el arrepentimiento, digo yo, y se echaban de nuevo, brindándoles sus mamas casi agotadas, por las que ellos de todos modos se aporreaban entre sí.

Después fue una especie de fino galopar en el desierto. Después el removerse, por un sector, del campo de supuestas flores que creíamos nuestro dominio. Después, el miedo.

Volvían los perros, Mastín al frente.
Nos replegamos.
Huimos de la contigüidad de las perras. Perdimos minutos porque yo olvidé la chaqueta y las botas de colgar a la espalda, y mi padre el látigo de la rapiña... y tuvimos que regresarnos por la utilidad de esas pertenencias.
Pero la manada no volvía por nosotros, sino a reintegrar el clan.
Los vimos descender al cañadón, con certeza infalible, como si conocieran el punto exacto del aposentamiento de las hembras y se hubieran fijado el día y el instante.
Paramos la carrera y, alentados por la curiosidad, nos servimos de los anteojos de largo alcance. Vimos, pasándonos el aparato, que los animales echaban algo de la boca y las perras lo comían, con su hambre vieja y soportada, pero sin atragantarse.
Regurgitaban los canes esos víveres que en su almacén más carnal, su propio buche, habían guardado para sus hembras. Nada de alimentos magros y ocasionales para ellas. Sí la abundancia de una cacería seguramente feroz, al asalto de algún puesto o estancia de la lejanía, en disputa con los hombres y los asimismo poderosos guardianes domésticos de cuatro patas.
Regurgitaban y cubrían el suelo de alimentos. Cuando las perras se hubieron saciado, y ellos descansado, escarbaron, cada cual su área, en la parte más seca del cañadón, y soterraron sus raciones.

El retorno de los fuertes reavivó nuestras precauciones. Ya no el fuego, ya no las libres correrías en pos de la caza menor que nos nutría de perdices, martinetas y conejos.
Nos sentíamos en los lindes del peligro, pero la esperanza de un cambio impredecible nos arraigaba aún en ese simulacro de vergel donde eran ciertos los beneficios del agua constante.
Nos sentíamos vigilados. Nada habían hecho ellos que denotara agresividad contra sus parásitos, que veníamos a serlo nosotros; pero yo tenía la sensación de estar oprimido por un anillo fatal. Tal vez lo mismo recorría a mi padre, aunque bien se privaba de

decirlo; lo traicionaba su aire taciturno, que él atribuía al regreso a la era del hambre mal apagada.
Las tardes eran melancólicas. Las mañanas, de interrogación. Las noches, de rivalidad entre las tormentas particulares y misteriosas del campo de flores, con sus relámpagos y tronaderas, y los aullidos gemebundos de los lobos, o los perros, ya nos daba lo mismo, porque presentíamos...

Nos hemos retraído hacia una colina que nos aparta del cañadón del agua, pero que nos amplía el miradero y fortalece la seguridad. La huida reciente y esta estrategia de la retirada me alientan a suponer que Jonás está incubando, por temor, nuestra liberación de los perros; yo la ansío por vergüenza.
A lo lejos, más allá de la floración sangrante, en la llanura inhóspita se desplaza una figura montada. Mi padre se altera. Considero que ha tomado profunda aversión a los seres humanos.
No puede aguantarse y verifica con los binóculos. Espero mi turno, mientras él observa y rezonga.
Me los pasa con un comentario desdeñoso, sospecho que para despistarme: "Un espejismo... Es algo que ocurre en el desierto y en nuestra situación".
"Un espejismo..." Aproximadamente lo que imaginé la primera vez. El espejismo es una joven en su asno. Pero ahora no deliro, ni estoy desfallecido en tierra; ahora el hambre tirana me encuentra más fortalecido y me llena de claridades la mente, y todo lo veo con fijeza, y es desesperante y duro, menos esa imagen que se va por las pampas retiradas.
Una manada pacífica, con la alzada propia de las caballerías, se corre en su vecindad, como en dependencia de ella. Mulos o burros, quizás.

La presencia de los canes nos ha hechizado, nos ha vuelto indolentes y pusilánimes. Copiamos su inmovilidad, pero sin sus motivos ni ventajas: ellos vienen de alguna enorme cacería o pillaje, y

han aprovisionado el comedero de su tribu regurgitando la vianda de carne y de huesos.

–Cuando se les acabe –calcula Jonás–, esquilmarán estos lugares y en cuanto los cachorros los puedan seguir, se pondrán en marcha.

Con la garantía de su saciedad, no nos privamos de descender el terraplén para beber. Los perros nos controlan a distancia. Les sobran para ello las sensitivas orejas, cuyo movimiento, como de pantallas acústicas, revela el conocimiento de cada paso que damos.

Buscamos nuestro alimento en dirección opuesta, hacia donde crecen gradualmente las colinas. Nos laceran los arbustos y mi padre vacila en su método para el acecho. Permanece, como antes, quieto donde supone que pasará un animalejo. En los otros terrenos, si sucedía se le echaba encima. Aquí no se puede, lo espeso de las ramas espinosas le dañaría el rostro, tal vez los ojos.

En una de estas salidas de corto rendimiento, unos gruñidos o resoplidos primero, estiércol en el suelo que aún soltaba vapor y enseguida los crujidos del ramaje quebrado nos transportaron de la tensión a la alegría, y mi padre susurró que era bestia de peso, mientras tenía aprestada el arma. Se nos escabulló, porque cuidábamos de no andarle encima, y aún sin haberla visto, hasta que apareció en un claro, como a cien metros, y era un jabalí.

Quise atajar el acto temerario: "Si fallamos nos embiste", y observaba su fuerza y sus colmillos.

"No fallaré", decía, pero sin avanzar, estudiando el tiro que ya me pareció improbable.

Liquidé su entusiasmo irresponsable: "¿Y los perros...?". Quería decirle: "Si lo hieres con ruido, los perros no se espantarán, sabrán qué significa, mucho más si el jabalí bufa de dolor y de furia, y vendrán en tropel y...".

Jonás se ilusiona: "Ellos lo olerán. Van a cazarlo, algo sobrará y comeremos carne de cerdo".

Mira adelante hacia el cañadón lejano, expectante de indicios que indiquen si los perros han advertido que los ronda caza mayor.

Entretanto, el jabalí se aleja. Pero entretiene unos días las esperanzas de mi padre que desde la colina se pasa oteando lontananzas, hasta que como respuesta a su deseo ferviente o porque afinó el instinto, advierte que la jauría ya está en plan de caza –así lo dice–, aunque ya no veo por ningún lado al cerdo salvaje.

Es de mañana y la manada que sale del cañadón no es de todos los perros, ni tampoco se han quedado más que las perras. Es fácil deducir que parte de las huestes ha emprendido su marcha, cuando aún estaba oscuro, sin que podamos conocer a dónde ha ido.

El grupo que emerge a nuestra vista aparentemente toma el rumbo de donde ambulaba la bestia y Jonás se regocija: "Comeremos cerdo, te lo dije...".

Desde nuestro miradero describe la estrategia de caza de los perros, en forma que me admira cómo puede imaginarla. Va diciendo: "Acosarán a la fiera, no le darán batalla. La hostigarán no más, la cansarán, harán que se corra hacia donde ellos quieran. ¿A dónde procurarán que vaya a dar el puerco? Adonde estén los otros canes esperando y el jabalí ni lo presienta, sólo advertirá que lleva enemigos detrás. De repente tendrá encima, de frente, a los que van a matarlo de sorpresa: el mastín y los suyos, que son los que anoche en la negrura tomaron posiciones".

–¿Cómo puedes saberlo? –dudo.

–Así cazan las hienas.

–Las hienas no matan para comer, comen carroña.

Con sólo un gesto, Jonás, el poderoso, se compadece de mí, de mi ignorancia.

Sin embargo...

La perrada que salió casi al trote y parecía que iba a orillar la colina de nuestro apostadero, se ha detenido, o poco menos; al sobrepaso cambia la posición, se abre en abanico y ya tenemos, apuntando hacia nosotros, sus hocicos. La marcha decidida, la regularidad de la formación, no dejan sitio a la duda y a la esperanza menos: ¡se nos vienen...!

Mis manos buscan piedras; mi padre, de pie y sereno, dominante, ya empuña la dos caños y con el pie acerca a mí, que estoy sentado en tierra, otra arma.

Emprenden la carrera, y aúllan con acentos que perforan el vientre del Universo. Sus bocinas agoreras son como chorros que se lanzan desde la polvareda de la carga.

Son seis y Jonás de una gatillada hace rodar dos. También yo meto bala, pero cuatro eran y cuatro siguen siendo los que avanzan.

Otra andanada suya y quedan tres... al frente. Porque Jonás cae de cabeza, por la arremetida de un perro trepado a sus espaldas. (¡Nos asalta de atrás, la otra horda que no veíamos!) Con las dos manos afe-rra la escopeta y la hace una barra horizontal que se opone a las dente-lladas que buscan su garganta. Disparo a quemarropa y quemo cuero y crines y brotan sangre y una quejumbre cruda como un desgarrón.

En un instante estamos en un hervidero de perros, venidos de atrás y de adelante, y sé que hiero o mato y que me muerden y que me están matando.

Jonás rompe cabezas, patea, suelta fuego por los dos caños de acero y por la boca, pero condenado a perder, padre, hasta que ele-vas tu estatura en un clamor que llama: "¡Renos, a mí!", y todo el aire y los cielos y los perros que aún no hacen caso del grito... todo se anaranja y sé que es el preludio.

Irrumpe el rebaño convocado y hay un momento de batalla, ¡un momento basta!, en que magníficas astas de cristales recios topan a los canes y los echan a volar como despojos, y los renos pasan y pasan sobre nuestros cuerpos sin causarnos daño, sin peso, sin señales. Los que sobreviven, y son pocos, huyen empavorecidos como de haber visto en cuero vivo al supremo de los antiperros.

Y yo gozo en plenitud de sentirme en el núcleo de una apoteosis que glorifican himnos poseídos de un color naranja.

Renato yace boca arriba, Jonás se ha abatido diciendo: "...mas no para morir".

Renato sueña un sueño de héroes victoriosos, y él es uno; aun-que exhaustos y mudados en harapos de hombres.

Muchas, muchas aves, inscriben en el cielo dibujos de laberinto.

Renato sueña que esas aves son los héroes, los que en la contien-da triunfaron y murieron.



II

Sin restañar heridas, sin alboroto de Jonás, sin ceremonias de gratitud, sin recuerdos ni proyectos, dócilmente se entregaron al sueño y durmieron cuatro días.

Al cuarto fueron perturbados, o empezaron a notar las insolen-cias de los animales rapaces que confundían su sueño de la victoria con el eterno de los perros derrotados, esparcidos en el contorno.

En un rapto, Jonás se levantó, aplastó con la bota la cabeza de una víbora y la usó como látigo para ahuyentar a los osados.

Volvió a echarse ahí donde el suelo ya había tomado la forma de su cuerpo, porque durmió sin desorden todo ese tiempo, y boste-zando al cerrar los párpados, comentó: "No aprenden. La ley dice: Trabajar siete días y después descansar".

Al séptimo día despertó sin llamados, sacudió la cabeza leonada como espantando sombras, sacudió al hijo Renato que aún no salía de su letargo, y pensó en comer.

Renato, en su entresueño, veía una ventana con vidrios y de-trás un ojo.

Jonás ya estaba en acción, recogía y reunía ramas secas, y sin preocuparse de si Renato lo atendía, repasaba en voz alta su odisea del pozo, ya que, por primera vez y gracias a los siete días de ayuno y sueño, vislumbraba el porqué de su apelación a la ballena:

"... nadaba bajo la superficie para escapar del posible baleo de los mercenarios. No respiraba. El agua era transparente y salada.

"Tiene que ser de mar, una sonda del Océano que circula por los fundamentos de las montañas, desemboca de este lado de la Cordillera, y arrastra sus animales.

"Buscaba una salida y penetré en un armazón como el esque-leto de un barco submarino. Entré por un extremo y salí por el opuesto; uno era la boca y el otro la región de la cola de la ballena.

Pasé a través de eso que quedaba de su cuerpo y cuando me expulsó ya estaba yo en la corriente que desagota el exterior y forma un lago."

Jonás se extasía con su narración, que Renato no atiende, ha vuelto a caer en el sueño. Pero Jonás refunfuña como si dialogaran:

"¿Que cómo lo sé...? Porque nadé dentro de esa catedral de huesos marinos para mi salvación, estando muerto, y las memorias de un muerto sólo las puede conocer un hombre que duerme y sueña".

Piensa en los renos, y la complacencia porque fue escuchado y la seguridad de saberse protegido lo regocijan.

Renato cree que está despierto. Siente que cerca de él se halla alguien, un hombre andrajoso, arrodillado. Sin sorpresa comprueba que el hombre de al lado, el que se hinoja es él, Renato. Se está diciendo a sí mismo, con tono de oración: "Seguirás a tu padre...".

Entonces despierta y cavila: "Me estoy soñando".

Observa a su padre, tan vital y animoso, que le hace señas de que vaya a comer; pero el padre, aunque realiza los gestos de vociferar para llamarlo, no emite sonidos (para los oídos de Renato) y éste con reserva ladina se aconseja: "Sobre todo, hay algo de lo que debo desconfiar: que yo esté tan sumiso y obediente".

Padre e hijo comen, bien asado y bien salado, lo que, recuperada la libertad de hacer batidas, cazó el primero.

A punto de saciarse, Jonás dice:

–Evoco un manjar, si me esfuerzo diría que yo mismo lo probé en tiempos de los romanos.

Renato espera, receloso de dejarse envolver. Pero es inocente, en apariencia, lo que describe:

–Era algo así como si fuesen albondiguillas escabechadas... y formadas con carnes muy picadas de perdiz y asno.

Y entrecierra los ojos, como tamizando la luz de la complacencia, en la sobremesa del banquete de albóndigas.

El hijo se cuida de asentir. Revuelve reflexiones y se alarma de esta sospecha: que si reapareciera la burrera, posiblemente en busca del agua del cañadón, Jonás podría querer su asno, aunque fuera una quimera.

Renato mira rápidamente, con aprensión, por ver si viene burro con burrera, por controlar los ojos de su padre y constatar si tienen algún destello asesino.

Sin embargo lo que Jonás le está dando son motivos de tranquilidad; ahora toma en cuenta aplicaciones carentes de crueldad:

–Un baño nos hace falta, hijo, ya que cesamos de andar en cuatro patas con los perros, contagiados de sus pulgas.

–Pero el agua del arroyo no es suficiente, apenas alcanza para mojar las manos.

–Nos bañaremos en leche de burra, hijo. Un poco beberemos, será nuestro sustento. Otra cantidad será para bañarnos.

Calla, se concentra y después dice:

–Tenemos que mudar nuestras costumbres, ahora que nos hemos deshecho del embrujo de esos canes ruines, que tanto he odiado.

Parece que no tanto. Al atardecer, ya colmados los campos de soledad –que asimismo ha sido atraída hacia lo alto, como si fuera un pañuelo y alguien lo hubiese alzado con la punta de los dedos–, mi padre Jonás emerge, y aúlla, sonoro, gemebundo... y con nostalgia.

Por precaución, cuando se duerme, lo ato con los tientos, de pies y manos. Lo hago con afán y con temor, tratando de ver bien cómo lo enlazo y en un momento en que lo miro a la cara descubro que está despierto y me sonríe con tristeza e indulgencia, dejándome hacer.

Me pide que le deje suelta una mano. Se la suelto, a sabiendas de que me dará una trompada en la boca. Pero su mano liberada –yo inclinado en mi acción de amarrarlo– pasa por mi frente, buenamente, mientras se ahonda el círculo oscuro de sus ojeras azules.

–Padre, ¿sobrevive mi perra lamedora?

Me responde con firmeza:

–Sí.

La solidez de la afirmación y su mirada cristalina otorgan garantías.

Se renueva el aire que respiro, que ayudo a entrar con una inspiración profunda, y lo conmino con resolución:

–¡Padre, tenemos que seguir!

Es tan obvia esta necesidad que él no sólo la acepta, sino que la utiliza, pujando por no disminuir su rol de mando:

–Dispongo que sigamos, Renato; bien temprano, al alba. –Y ordena seriamente–: Apronta tu equipaje.

¡Mi equipaje...! Sonrío sin que me vea, ya que es de noche. En realidad, tengo ganas de reír a carcajadas y rodar riendo por el suelo.

Me despiertan unos "a-i", unos "i-a" entrecortados, sonantes y nasales, más o menos estirados: "aaa-i", "iii-a". No me provocan inquietud alguna, sólo curiosidad.

Me digo que son falsos rebuznos o que un burro rebuzna sin haber aprendido a hacerlo.

Es mi padre, que anda suelto por ahí, mientras su figura ambulante es todavía un borrón oscuro sobre el fondo del amanecer color de azufre.

Espero su regreso, cuando aclara el día y podemos vernos las caras, el uno al otro. Lo miro interrogativamente y se fastidia.

Pasa por alto, o ha olvidado, la orden de partida al alba. Le daré plazo, sin protestar aún.

Después todo el día sigue rebuznando, hasta que hacia el ocaso, abochornados los hombros, confiesa con desconsuelo su fracaso:

–No vienen...

–¿Quiénes? ¿Los renos?

–No, hijo; los onagros.

Quedo estupefacto: "¿Qué, quiénes son los onagros...?". No me decido a confesarle mi ignorancia.

Esa noche se vuelca a dormir tan quieto y agotado que me parece innecesario y algo cruel ensogarlo de nuevo.

Renato ha dormido con la mejilla apoyada en manojos de pasto seco. Su sueño ha sido sereno y al parecer no ha cambiado de posición en toda la noche. Tampoco ahora, que entreabre los párpados y normalmente tendría que ver el suelo a ras. No es sin embargo lo que descubre. Lo que encuentra delante de sí es como

un bosque no vegetal, sino animal, o un animado museo de pezuñas en las que vienen a parar patas vivientes.

Renato no se atreve a moverse ni siquiera a escudriñar hacia arriba, lo poco que se le alcanza son barrigas peludas y lisas de muchos cuadrúpedos.

Por lo bajo, rígido, pregunta:

–Padre, ¿estás ahí?

Con sigilo, pero sin ningún temor, Jonás contesta:

–Aquí estaba, a la espera de que lo vieras desde abajo y preguntaras: "Padre, ¿qué es esto?".

Jonás ríe, sin escandalizar, mientras la cara, que se le ha puesto roja y plena, suelta resplandores de satisfacción y orgullo.

–Y, realmente, padre, ¿qué es esto?

–Hijo, admíralos un rato desde abajo, primero, y saca conclusiones tú mismo. Bastante te darás con ellos, más tarde, y hasta podrás admirarlos desde arriba.

Renato querría actuar sin reservas, pero en verdad se nota envarado por esas patas como estacas, aprecia el poder de las pezuñas, imagina una coz en su mentón... y continúa comportándose de una manera muy prudente:

–Padre, ¿son burros?

–¿Burros...? –y Jonás se burla.

Ya se pone de pie, sin que los animales se aparten mayormente, viene hasta el hijo que permanece en tierra y se enseñorea sobre él:

–¿Que no estás viendo que son onagros...? Un rebaño completo de onagros para nosotros y nuestras necesidades.

A la sombra de Jonás y recelando de causar impresión menos amistosa que él, Renato se levanta. No se altera la pacífica asamblea de cuadrúpedos, que siguen masticando hierbas.

–¡Onagros! ¿Y de dónde han venido, padre? ¿Por qué...?

–Han venido de otro tiempo, del África o de Frigia, no lo sé. Han llegado porque los he llamado.

–¡Divagas, inventas! –le enrostra indignado Renato.

Jonás lo funde con la mirada.

"Bueno, son onagros –se dice, Renato, para adentro–. Tengo que ganar tiempo, salir del rebaño, considerar la situación con

serenidad, procurar que él se asiente en su cordura y podamos hablar y decidir qué vamos a hacer con estos mansos."

Entretanto, Jonás monta uno y lo exhorta con bravas y convincentes voces. En el desplayado, en pelo y sin riendas, con palmadas en el cogote y apretones de las piernas, dándole rumbo con tirones de las orejas, logra que su cabalgadura le obedezca y realice una especie de paseo de juego, haciendo dibujos de arabesco en sus sinuosas idas y venidas sobre el pasto.

Tomábamos leche de burra, y éramos otra vez nómades, y su alimento los animales se lo procuraban ellos mismos, y la blanca bebida no sentaba bien a mis tripas, pero era sabrosa y fortificante, y la bebíamos directamente en cuclillas boca arriba, debajo de las ubres.

Jonás rebuznaba un poco mejor, de tanto oírlos aprendió algo y se esmeraba en percibir los tonos procurando tal vez llegar a entenderlos y lograr que a la larga lo entendieran.

Un atardecer deslumbrante de luces, de colores, de grandiosidad y de hermosura, por uno de los senderos invisibles de la tierra tuve otra aparición, mas no fingida: venía hacia nosotros otro asno y en su cruz se apoyaba la mano de la burrerita.

Padre Jonás la dejó venir, sin echar mano a la carabina.

Se unió al rebaño y mi precoz experiencia de vivir con esos asnos permitió que algo yo percibiera, en la piel o en los sentidos, más finos, que me decía que los burros se complacían de su presencia, y que ella, o al menos su animalito, era como de la manada. Era igualmente como si nos hubiese mandado la recua por delante, un tiempo antes, a que lograra con nosotros, sin su gravitación directa, un acercamiento amistoso, o una ayuda, o a probar el trato natural que daríamos a esos buenos.

Tal vez algo semejante ha de haber advertido Jonás, pues no puso obstáculo, aunque me dejó la misión de recibirla y entablar relación. Él prefirió marcar una distancia.

Ella se me vino mirando con candor y sin reparos, y me inspiró sentimientos místicos. Se me humedecieron los ojos, alta la frente, mientras menor era cada vez el trecho que nos separaba. Reconocía a un ser humano, una persona, que estaría con nosotros en el desierto. Llegaba a poner fin al extravío, la soledad concluía. Escucharía otra voz humana, de mujer, previsiblemente modulada con delicadeza.

La esperé sin adelantarme, contemplando su ascenso lento a la colina con un fondo de franjas de colores celestes, dorados y rosados que le daba de respaldo el horizonte.

Su burrito se detuvo precisamente ante el punto donde me sustentaba en mi éxtasis, y ella, que venía de rostro afable y confiado, acentuó para mí la sonrisa, y ése constituía su saludo, porque hablar –a poco llegué a saberlo– no podía.

No en la primera época, en que se mostró hosco y mandón como para poner en claro su autoridad y no permitir fisura en su comando, sino algo después, hizo las presentaciones.

De mí se redujo a decir que yo era un débil mental, cosa que para mi alivio, ya que la joven oía perfectamente, ella no mostró comprender.

Pero la definición aleve de mi padre, su artero modo de disminuirme para crecer él ante la recién llegada, me ardió hasta cercanías mayores del encono y la sublevación, sólo que él tuvo instinto y tino para corregirse de inmediato:

–Más bien es un niño. Creció, y ustedes dos deben de tener aproximadamente la misma edad; pero él no creció para las durezas de la vida ni para saber ganarse su alimento...

Ella, gentil, puso en mí una mirada tan bondadosa, abrió los brazos con un gesto tan de ofrendar el pecho, que claramente quería decir: "Y bien, ¿qué...? Le ayudaremos".

Luego de presentarme de tan desventurado modo, como era de prever reincidió en su manía bautizante:

–Tú eres María –le dijo.

Y el nombre para mí era grato y piadoso; pero la joven negó,

con delicadeza, diciendo sencillamente no, con la cabeza, no que lo rechazaba, sino que ése no era su nombre.

–¿Cuál entonces? –pregunté, pero ella no podía decirlo.

Lo intentaba. Emitía un arrastre de sonidos para mí sin atadura, algo así como "Iaaa... jam", o laján o Yajam.

A medida que ella repetía, en procura de que yo captara lo que procuraba transmitirme (su nombre), mi padre Jonás, repentinamente callado, mudaba de expresión, era como si se atragantara de algo invisible, su rostro se enardecía y las sienes le transpiraban.

Lo consideré con extrañeza, pero sin compasión (por lo que me había hecho) y me alegré de que alguien, siquiera una vez, lo hubiera perturbado de manera tan parecida al miedo.

Entonces insté a Yajam a que repitiera su nombre, y ella lo hacía con gusto.

Jonás retrocedió con disimulo hacia la parte donde podía ignorarse el sobrecogimiento que se había apoderado de su ánimo.

Jonás, de pie, apoya la frente en la grupa de un asno. O sueña que está de pie y que apoya la frente en una grupa de onagro.

Acaricia el pelaje tibio con su mano ancha y considera que esa acción favorece su soñar tranquilo.

Sueña o tal vez evoca.

Sueña que los siglos se han producido hacia atrás y él está en uno de ellos y es un día de fiesta y solemne. La ciudad es de Francia o al menos en ella se habla francés. Sin embargo, el sueño trata de personas que van a Egipto, en condiciones dramáticas y dolientes. Pero no es un hecho real, sino que se está representando "teatro de locos" o "teatro de asnos". Porque a un asno se aguarda, mientras ya está elegida la joven más bella de la ciudad, que en la función figurará ser la Madre.

Jonás trata de recordar el canto de los coros, que no es meramente canto, sino conjuro, y va diciendo como puede los que fueron versos y han sufrido el deterioro de la memoria:

De las tierras de Oriente...
(Sí, de las tierras de Oriente)

viene viniendo un asno hermoso.
Es valiente, es corpulento
y alistado viene para su dulce carga.

Otro coro irrumpe, servicial, con voces de registro alto. Se tiende el canto como manos ante los belfos e invita con una anormal invitación:

Señor Asno, cantad, regocijaos...

Luego pide:

Abrid vuestra boca, señor Asno.
Tendreis heno en abundancia;
avena a granel, señor, tendreis.

Y la muchedumbre, fuera del atrio, en la plaza, propicia que llegue el Señor Asno, loa sus virtudes, ruega sus servicios para transportar la tierna carga.

Bien coordinada, unánime, pero nada musical, se eleva, como si fuera una sola, la voz de todos que dice: "Hia-ham", "Hia-ham".

Y no es una voz humana, es un rebuzno.

Tiembla Jonás. ¿Qué parte de Jonás tiembla? La que ha asociado, por la notoria semejanza de sonidos, ese rebuzno (Hia-ham) con el supuesto nombre de la burrera montaraz (Yajam).

Lo asedian las imágenes de otros símbolos: tropel de cerdos, y dice "Impureza"; tropel de asnos, y dice "Herejía".

Poseído por sus visiones, sudando fiebre, toma el báculo de pastor y lo eleva para recoger, en su pulida empuñadura, un rayo del sol que agoniza sobre el borde del horizonte.

Se siente purificado y, a la vez, siente apetito.

Yajam sacia el hambre del padre, Jonás, y del hijo de Jonás, Renato.

En sus alforjas porta cacharro cerámico y jarros de hojalata: calabaza, bombilla, yerba mate; lienzos con los que cuela la leche y envuelve la masa para fabricar el queso. Elige las hierbas finas de condimento para los tres humanos mientras su rebaño halla por cuenta propia las tiernas hojas del sustento.

Yajam emite algunos sonidos, sobre todo para anunciar el peligro, en cuyo caso se convierten en chillidos, nunca con el volumen del grito.

Su lenguaje se complementa de modo eficaz con movimientos de los labios y chasquidos de la lengua.

Por lo demás, dispone de los ademanes normales y la mímica; hace figuras con los dedos y, esencialmente, se comunica con los ojos. Una mirada dura y fija de ella es como la de un animal: un reto, una advertencia.

Ella mira a los asnos con ternura, los asnos se muestran gustosos de su resguardo; de tanto en tanto comprueban que permanece en su vecindad.

La primera vez que ella se ausenta –sin dar explicaciones a los hombres– el rebaño se organiza en caravana y la sigue. Pero ella vuelve el rostro y con la mano los persuade de quedarse. De lo cual Renato, reconfortado, deduce que volverá. Así lo entiende también Jonás, aunque dudoso y nada satisfecho de verla irse.

A los días, Yajam regresa con panales de miel. Incorpora el manjar al alimento de los humanos y unta los labios de sus animales.

Los asnos están hechos de azúcar morena y su cabezota es un nido de mariposas.

–Padre, ¿por qué abuelo Jonás los llamaba onagros?

–Porque lo eran.

–¿Y qué son los onagros?

–Asnos silvestres.

–¿Salvajes?

–No brutales e intratables, sino simplemente criados en libertad en medio de la naturaleza.

–Padre Renato, eso no lo sabías. ¿Te lo enseñó mi abuelo?

–No todo. Para él siempre fueron otra clase de criaturas. Parientes de las cebras, sin sus rayas; de los conejos, por las orejas; de las cabras, que los volvían soñadores; por la pelambre, de los monos grandes, y cuando les temía, de las brujas y de los monstruos de piedra que tienen las iglesias antiguas, de otros países, sobre sus desagües de los techos y los balcones.

(No puedo comunicarle al niño –no comprendería– que Jonás alababa de los onagros "cierta gloria o poder" y los nombraba "incorruptos". Hacía valer que se hallan representados, "bajo formas humildes", en frisos esculpidos de algunas catedrales del medioevo.)

–¿De qué color son los onagros?

–Jonás, por broma, decía: "O-nagro, o blanco o negro".

–¿Vuelan?

–Tienen alas, disimuladas; pero no vuelan. Los roznos vuelan.

–¿Qué son los roznos...?

–Los burros, de pequeños. Todos los burritos vuelan, con grandes alas de color canela, y van mascando margaritas.

–¿Y los hijos chiquitos de los onagros son como los borriquitos, tiernos y suaves para tocar?

–Los onagros, de chicos, se parecen a los murciélagos. De grandes son espléndidos, casi como los caballos, casi como los mulos sanos y robustos, útiles, resistentes y de mirada viva.

–Pero no vuelan...

–Y ahora, Tario, a dormir...

Jonás y Renato se han despegado de la tierra, las cabalgaduras dan alivio a sus piernas y ahorran heridas a sus pies.

Jonás procura algo más y como ha embridado su animal intenta que éste comience por alzar las dos patas delanteras llevándolo a él arriba, lo que consigue; luego, que camine, con sólo las traseras, y apenas algo logra.

Pero más adelante, cuando lo tiene así empinado, pretende que suelte el vuelo, y lo exige: "¡Anda, despega, cobarde! ¡No te caerás del aire!". El cuadrúpedo se estremece bajo tanto rigor, corcovea y hace por sacudirse la despótica carga que hasta ahora ha tolerado.

No vence y el resultado es una pelea en que Jonás desmonta, se arma de una piedra y quiere partirle la cabeza. Con horror y templanza, Epona, que ha previsto el desenlace, lo sofrena.

Jonás queda estupefacto, no tanto porque se haya impedido que ejerza su voluntad, sino porque vuelve como de un sueño y tiene que decir, de un modo lamentable: "Los onagros volaban... antes".

(¿Cuál es tu "antes", padre Jonás...? ¿De qué "antes" vienes o a cuál quieres regresar...?)

–Padre Renato, ¿la burrerita Yajam era mi madre?

–Dejó de ser Yajam. Jonás le dio el nombre de Epona.

–¿Y ella quiso ser Epona?

–En una época antigua hubo una ciudad. Estaba cerca de un mar y al pie de una montaña. El mar se hallaba en medio de la tierra. La montaña tenía fuego adentro, pero no se sabía. Una vez la montaña lanzó truenos y llamaradas y por sus costados bajaban arroyos encendidos que inundaron esa ciudad y otras ciudades. Murieron los hombres y los perros. Lo que desbordaba la montaña y al bajar perdía sus llamas pero no su calor, cuando después se enfrío quedó hecho un polvo seco y gris que lo cubría todo, se endurecía y ni el viento se lo llevaba. Tiempos y tiempos continúo asentado, lo tapó la tierra, creció el yuyo, hasta que otros hombres cavaron y cavaron. Se habían hundido los techos, pero las paredes no cayeron. En las paredes encontraron pinturas de abundante color carmesí. Una pintura era de una mujer joven, con un niño en brazos, los dos hermosos y con rostros iluminados y frescos, montados en un burrito.

–¿Un onagro?

–Un asno predestinado no más, hijo.

–Sí, pero ¿por qué Epona?

–Esa madre del niño en brazos era llamada Epona, protectora de los pesebres.

–Padre, ¿recuerdas a mi madre? ¿Cómo era...?

–Trigueña, hijo. ¿No es hermoso el trigo...?

Reanudan la existencia errante, en busca de pastos nuevos para los animales.

Aunque Renato entregue la mirada a las lejanías extendidas por todo el frente, siempre guarda el costado de los ojos para la burrera montés.

La custodia con celo, la preserva, y Epona a su vez atiende a sus necesidades y le presta protección.

Obedece el clan humano a Jonás, la manada de burros al ama que tenía o a la que se ha plegado con mansedumbre y lealtad.

Hacen noche.

Nace un burrito caneloso y conmovedor a la contemplación de Renato y Epona, no de Jonás que dictamina: "No es onagro, no es hijo de onagro, ha de ser no más un vástago de ese asnejón plateado que sultanea sin fidelidad alguna".

Renato y la montesa han tomado costumbre de unir sus manos en las horas del forzado reposo, cuando cesa la luz del día y ella concluye los menesteres de la alimentación.

Luego que la madre lo limpia de sangre con la lengua, Epona lo seca con un lienzo y toma en su pecho al burrito caneludo, que viene a ser como un montoncito caliente parecido a un hijo. La joven percibe los latidos del borriquillo, éste los de ella, y se adormece como si aún lo asistiera la tranquilizadora percusión, ese sonido rítmico de la vida, dentro del seno de la madre asna.

Un día es la moza montaraz quien marca el rumbo. Tal vez el bienestar ha puesto muelle y tolerante a mi padre Jonás, y la seguimos.

Ella, por toda justificación, con la sonrisa y la mirada nos invita hacia un más allá que no revela.

Sé que no iremos a su casa, porque hogar no tiene o lo dejó al unirse a nosotros, o antes.

Con las manos –para mí, no para mi padre– esboza formas que no reconozco.

En un descanso, sobre la arena que ha alisado con sus palmas, dibuja una especie de costillar, y los trazos del palito me hacen pensar en el esqueleto de buque submarino que mi padre ha evocado en su conversación de fogón, anoche, cuando me repetía por qué se llama Jonás, y Epona escuchaba.

La dificultad de comunicación de ella me impide establecer si supone que preferimos volver al pozo ojo de mar o, si al tomar tan decidido e incógnito derrotero, esta mañana, se preocupa por acercarnos a alguna ciudad o población.

Ninguna de estas ideas debo insinuar a mi padre, abominaría del socorro que nos presta Epona y quizás le disputaría el dominio de los asnos para alzarse con ellos y reemprender el viaje a ninguna parte.

Una vez he preguntado a mi padre si nuestra travesía durará hasta el invierno. Él ha respondido: "Y más", sin allanarse a discusión ni objeción alguna.

Otra vez le he indicado que si tenemos que afrontar el invierno debemos ser previsores y buscar sitio resguardado donde establecernos y construir una cabaña. Todo en tren de respetar su elección hasta donde resulte humano soportarla. Él me ha respondido con desdén: "Previsoras se puede llamar a las hormigas".

En una ocasión siguiente le he hecho notar que, en realidad, por estas llanuras y su inagotable borde de montañas, el verano da la impresión de demorarse, o ser eterno, y no lo he dicho por contemporizar.

Ahora le digo que vengo comprobando con sorpresa que este inhabitado y desconocido suelo, donde sólo un ser humano nos asiste, se presenta como si en él se hubiera invertido el orden de sucesión de las estaciones, ya que luego del verano parece venir la primavera. Y Jonás asiente, con una categórica afirmación de la cabeza.

Las hierbas rebrotan por doquier, una nueva floración colorea los arbustos. Los asnos rebuznan con otras energías, sus ollares respiran ansiosos; se revuelcan, muestran la dentadura enarcando el belfo superior... Las hembras jóvenes adulan a los machos, les sueltan miradas cálidas, al pasar raspan las ancas en sus flancos, los envuelven en trotecitos cortos...

A despecho de la energía de que hacen derroche, los borricos no reponen sus fuerzas del modo normal: prácticamente, no comen. Enflaquecen y sin embargo vibran de potencia, sus rebuznos son enormes y contienen una como amenaza o mensaje o canto, nada melódico ni armonioso, asnal no más.

Una tarde de luces encimadas –las del sol, sus resplandores, la copia que de ellos hacen los pantanos, las fibras de plata que a lo largo recorren el verde de las hojas–, una tarde en que ventea el Zonda sin polvareda ni acoso, sólo con aire de mediador para que la naturaleza se pronuncie por sí sola... arde la asnada en sus rebuznos de amor. Forman como un bronco encrespamiento de sonidos que al pronto se vuelve entrevero de los cuerpos y los resoplidos, en que ya se han depuesto todas las hostilidades.

Los pavos del monte, que han huido del tremedal del celo de los brutos, se refugian en un cañadón verdecido y reparado, se observan y comienzan su danza ritual de amor; mas su ceremonia será diferente, habrá sangre, porque los machos lucharán a muerte por la elegida.

Las bodas tumultuosas de los asnos ya declinan, pero ha subido al firmamento un algo como polvo rojo, inexplicable porque no es de ese color el terreno que ellos pisan. Un gallo canta al crepúsculo y es un gallo rojo. Un pavo del monte clava en su rival el pico y le atraviesa el pescuezo.

Jonás ha escapado, corriendo y alzando los brazos como un reclamo pánico, poseído por una ululante confusión: rebuzna, ladra, aúlla y grita por la salvación: "¡Renos, a mí!", pero no cambia al naranja el rojo del ocaso.

El hijo Renato y la silvestre moza perciben, iluminados y cohibidos, que están padeciendo contagio de nupcias.

Al alba no segó cardos para los asnos, sino flores de tallos largos y con los tallos trenzó adornos que enlazó al cuello de las burritas, y cada una tenía su pecho –blanco o canela o gris o rucio– florecido de sonrojos y sueños azules enhebrados.

Venía de decorar el mundo, de ofrecer su pagano tributo al amor, mi diosa de la asnería, y le crecían espigas de jacintos en el

pecho y se le formaban aretes y pendientes de azahares y jazmines. De puro contento de haberla hallado y tenerla, conminé a Epona: "Por ahora, no has de conducirnos a la casa de los hombres, ni a poblado alguno".

Ella formó la señal de acatamiento, con una inclinación de su frente.

Y así ha de haber sido que eligió los caminos inexistentes a cuya vera nadie mora y por su abandono y rusticidad más arduos son.

Nos satisfacíamos de nuestra convivencia, y al ceño opreso que al principio marcó el gesto de mi padre, sucedió su renacida alegría al recobrar el gobierno de tanto semoviente, y sólo se interesaba de cuando en cuando por el rumbo que le marcaba o corregía Epona, a sabiendas de que ella lo orientaba hacia algo que sería de su gusto.

Tenía dominados con mano firme a los cuadrúpedos, y los llamaba onagros, y nos prohibió que dijéramos de ellos que eran asnos corrientes.

Les echaba discursos de amenaza y les arengaba que castigaría la deserción o la desobediencia faenándolos y haciendo de su cuero látigos, riendas y arneses, o pretendía intimidarlos con la advertencia de que los volvería al estado vulgar de burros.

Nos decía, a la hora de reunión que teníamos por las comidas: "Están orgullosos de que se les recuerde su condición de onagros".

Otra vez: "Creo entender, del trato con estas bestias, que han comprendido que ser onagro es hallarse más cerca de lo mágico, y puede que con paciencia los saque voladores".

Otra vez sostuvo que si los arrancaba del trote lerdo que caracteriza al borrico, y lograba que de veras volaran como onagros, podríamos recorrer el tiempo hacia atrás, hacia los orígenes de la onolatría.

–Padre Jonás, ¿qué es la onolatría?

–La adoración de los asnos, en este caso de los onagros; son superiores y gozan de poderes ocultos.

De alguna de las correrías sobre su onagro predilecto, regresó entre radiante y espantado, pero mandó levantar al instante el campamento y dejó traslucir que nos corría un peligro.

Mascullaba y actuaba al mismo tiempo, con tesón, para que emigráramos sin el más mínimo retardo, y echaba reojos de inseguridad y desconfianza.

Cuando estuvimos lejos e hicimos noche, confesó la causa de la espantada.

Dijo que lo ocurrido le pasó por ponerse a recomponer solo los signos de la onolatría, sin que yo –me reprochó– le prestara la menor ayuda, y sin que esos burros –no los llamó onagros– mostraran disposición de participar en la búsqueda de sus orígenes.

Dijo que había ido a dar al centro de una deformación de la especie, una aldea de hombres con orejudas cabezas de asno pardo, hostiles y bravíos, que lo persiguieron con sus grandes dientes amarillos y a las perdigonadas, ya que manejaban armas de fuego.

Epona, que al principio lo escuchaba con asombro, al cabo reaccionó y dijo que no con un movimiento de vaivén del dedo: que tal aldea no existía.

Por mi parte, curtido de sus anteriores prodigios, me limité a objetar su procedimiento.

–Si hemos venido a dar a las puertas de una población tan fabulosa, ¿por qué nos alejamos de ella...?

–¿Quieres decir que me he encogido?

–No, padre. Pienso que los tres pudimos idear un acercamiento amistoso, y así ganar la ocasión de conocer y entendernos con seres fabulosos.

Después soñó que probaba con diplomacia y era recibido con cortesía. Lo dio por hecho y nos contó su aventura, sin justificarse por no habernos dado participación.

Epona no sabe por qué Jonás la mira de manera sospechosa. Ni Epona ni Renato saben por qué Jonás dice: "Menos mal que te hemos convertido", puesto que calla la razón: "Ya no tienes nombre sacrílego de rebuzno".

Apenas suelta una frase, sin conceder más explicaciones:

–En la aldea se lo pasaban diciendo: "Hia-ham", "Hia-ham..."

–Hijo, no hacemos la retaguardia de una hueste de perros, vamos al frente de un rebaño de onagros. ¡Conducimos! ¿Sabes qué...?

–¿Qué, padre...?

–Que hemos dado un paso en la escala humana.

A continuación se reconviene: "Pero aún somos recolectores", y al momento cambia: "¡Y qué dichoso estoy de serlo!".

Describe festines que hemos tenido en la travesía, de frutos perfectos, sin dueño ni cultivo: el de aquellas fresas en el arenal; el de las manzanas de lustrosa corteza de un verde claro, levemente dulces, levemente ácidas...

Sobre la ruta que Epona ha elegido –y que fanatiza a Jonás, quien presiente otra perspectiva sobrenatural para la andanza de delirio en que nos embarcó–, ponemos proa a los faldeos montañosos.

Al internarnos conocemos primero la escultura paciente del fondo de las edades, que ha mantenido, aunque tumbados y en piedra convertidos, los troncos de los árboles, con el arte labrado de la rugosa corteza que protegía el curso ascendente de la savia hacia la cúpula de hojas. Belleza mineral eternizada que ha sido vida vegetal perdida.

De anillos de humo negro caen graznidos. Son cuervos que giran en torno de su ilusión de meter pico en la caravana de hombres y burros.

Su insistencia altera al desbordable Jonás que ya apostrofa, ya amenaza: "¡Como no se vayan, les suelto mis onagros!".

Más arriba de los cuervos y los buitres, está suspendido en la atmósfera el cóndor de armiñado cuello, y todavía, en otra capa superior del aire, la intocable, el águila.

Los chingolos, que cantan, vuelan cerca de nosotros.

Otros días, en otra zona más adelante y más adentro.

Por la áspera superficie, medrosas, atropellándose al huir hacia sus cuevas entre las piedras y las manchas de pastos, ratean pieles que

hacen evocar a Jonás y a Renato costosos abrigos de mujer en salones de fiesta de gala. Ignorantes de la calidad de su pelambre, las tímidas parientas de la ardilla atinan a cuidar la vida alcanzando su cubil, mientras a distancia, vanidoso, el zorro luce el cuero que el sol dora.

Belleza posee también el dibujo que adorna la piel del ofidio falaz, pero no importa eso al asno, que más bien hace por su seguridad y la de sus amos, y si uno u otro retrocede con terror, no falta garañón forzudo que hinque como navaja la pezuña y de una serpiente haga dos, si bien para esa alquimia la priva de la vida.

Por esos calveros las bestias no alientan en forma numerosa... a la vista; mas se descubre su número de noche por sus gritos de celo, sus mensajes siniestros, sus apelaciones a los astros...

A la luz diurna se esconden o merodean tan apartados y se vuelven tan miméticos que hacen creer vacío de existencia el peladal, y con tal escenario gana en presencia y cada vez más a medida que la caravana avanza, el blanco de cal de unas formas quietas, a medio enterradas a medio emergidas, y parecieran ser las sobras, largo tiempo olvidadas, de una tragantona en que animales enormes hubieran sido devorados por otras fieras –o héroes– de poderosas mandíbulas.

Mondos huesos, con esmero pulidos por los vientos, a siembra ritual se asemejan, y a cementerio donde la muerte los hubiera clavado como estoques en el lomo del planeta.

Y al fondo sobresale, inmóvil navegante de una colina que resulta pedestal perfecto, una especie de construcción como los sucesivos arcos de un templo que aún no soportan techo ni están forrados de paredes... Pasa el aire, la luz pasa y enciende el albor de su estructura, por el equilibrio de los arcos cuya ojiva se une paso a paso por una vertebración de cumbre articulada.

Jonás, reverente, se descubre la cabeza y abre unos ojos tremendos de estupor. Se pregunta qué es eso, en tanto Epona con la intensidad de su mirada elocuente, con la fiesta de sus ojos, está asegurando: "Hemos llegado y es lo que no sabías que verías, pero querías verlo, padre".

Renato la interpreta, palabra por palabra de las que ella no ha dicho con lenguaje hablado, y concluye la frase con ideas propias: "... padre bueno y feroz, devorador de tu hijo".

Un gigantesco costillar de bestia horizontal... despegado y caído el cráneo, sin proporción con el tórax poderoso... cuatro muelas, cada una del tamaño de un puño, en uno y otro costado de la mandíbula...

A medida que observa y analiza, Jonás piensa vagamente en los megaterios y un instante se representa con vida y en su medio natural los antiquísimos pobladores de las pampas.

Su ciencia rudimentaria no es bastante fuerte para resistir las oleadas de su imaginación, que seguidamente contribuye agregando elementos, arbitrarios y desnaturalizadores, al que llamó megaterio. A la calavera que yace como en un encajonamiento más abajo, le añade numerosos cuernos como en ramo. En los huesos diseminados ve patas, que puede ser que de ellas fueran, son relativamente cortos, y les superpone corazas de escamas desorbitadas, y a los pies, uñas potentes, verosímiles. Para las que fueron rodillas inventa puntas o estiletes de hueso.

En estos cabildeos de sus fantasías anda, abstraído y sin hablar, y se le va arrimando su corte de humanos y animales, que él tolera.

Los deja llegar y luego, asistido por su presencia, entra y se instala en la concavidad del esqueleto fósil. Cabe entero, de pie, en la armazón ósea.

Proclama: "Aquí nos quedaremos, y ésta es mi casa".

Declara a sus onagros que ha terminado la vida errante que llevaban y confirma a Epona como ama de los establos y de cuanto ganado, sea mayor o menor, allí se críe.

En un principio los confundimos con monos de tierra y cavernícolas. La inteligencia que desplegaban para esconderse, robar, construir y no hacerse ver, sino que apenas era posible vislumbrarlos, hizo aumentar en Jonás la convicción de que eran enanos vellosos de pelaje oscuro que les cubría hasta los pies y que todavía no habían adquirido la facultad de erguirse. Tenía trastornadas nociones y medidas desde que tomó posesión del fósil prehistórico y lo admiraba como un monumento.

Los sucesivos fracasos en su propósito de establecernos lo desviaron hacia teorías que armaba tomándose de cualquier indicio que exaltara su imaginación.

Ordenó montar establos, pero madera apropiada no había, ni alambre ni herramienta, ni poseíamos el arte ni los músculos de los antiguos que unían piedras voluminosas y las soldaban sin argamasa. De ello nos daban ejemplo las pircas que subsistían en algunos sitios de los vastos espacios que recorrimos y que pasaron a ser nuestro dominio. Si fueron encierro de animales, perdida tenían tal utilidad, pues quedaban a flor de tierra sólo hasta el nivel de una piedra, y no más, no hacían muro, ni alto ni mediano no ya para contener cuadrúpedos grandes, ni siquiera cabras o cerdos.

No carecíamos de agua. No resultó sencillo, sí esforzado, desviar un curso como un hilo alegre que bajaba de los cerros; pero siendo el piso, en tramos, poco consistente, solía suceder que lo absorbiera.

El embrión de aldea tribal previsto por Jonás no pasaba de ser precario campamento de pastores, ya que por la comida de los burros preciso era salir con ellos a buscar las manchas de alimento que aquí o allá crecían espontáneas, y por tal causa Epona pasaba afuera toda la claridad del día, en tanto nosotros no lográbamos salir de la condición primitiva de recolectores y cazadores. Caza mayor podríamos haber realizado, con evidente provecho, de poseer armas adecuadas; pero padre no aceptaba que Epona repitiera los viajes a poblado que soportó al principio, pues éstos, como ya estábamos más lejos, serían de mucho tiempo, y sacrificados. Tampoco teníamos dinero o valores de cualquier especie que pudieran pagar los armamentos.

Padre Jonás se propuso cazar lo que podían ser monos o enanos, y que él designaba endriagos, sólo por no haber visto uno de cerca.

Descubrió bocas de galerías, de tamaño no mayor de dos manos abiertas. Acechó vanamente, escarbó con ramas gruesas y con huesos del yacimiento cuaternario. No abandonaba su empresa, de difuso objetivo, porque observaba huellas frescas, más bien como de animal, y la cavidad bajo tierra trabajada.

Jonás explora, vigila, escarba.

Un día está deduciendo desde la superficie el curso y los ramales de una de esas cuevas prolongadas, elige, cava y se hunde, produciendo un derrumbe que entre otros espacios pone al descubierto

una cámara grande. Allí dos bestias peludas estaban trabadas en riña carnicera, y en un rincón una hembra de su especie se retraía a la espera del resultado que diera la pelea.

Los rivales interrumpen el lance galante y se echan con furor a morder y desgarrar a Jonás, quien reparte costillazos a granel y se los saca de encima. Los animales se resignan a la derrota ante el hombre, pero aún maltrechos y ante su vista se enroscan de nuevo en su reyerta personal. Uno vence y se apresura a cobrar su premio de amor. Luego invita a la novia al banquete: se comen los despojos del anterior pretendiente.

De todo lo cual Jonás deduce que son animales, posiblemente topos, pero de alguna raza mayor.

Considera con Renato la posibilidad de convertirlos en alimento, pero la desechan por lo mucho que demanda localizarlos en sus viviendas subterráneas y lo peligroso de su agresividad, de dientes bien provista.

Por cierto que de su dieta Jonás sólo excluía la carne de onagro, ninguna otra, cualquiera fuese la que llegara a sus mandíbulas siempre entusiastas, y un día un cabrito perdido, por él encontrado, por él asado, por los tres comido, le encendió la utopía del rebaño de los mil chivos, criado por nosotros en tan propicios prados.

En realidad, no poseíamos ni uno solo con qué fundar la cabrada, pero él aplicó a esa su perseverancia mental que por incomprensibles medios solía arrastrarle algún resultado, y en la que yo hacía fe.

No mucho tiempo después, al frente de su recua de burros, si bien a los tirones del tiento que le había enlazado al cuello, regresaba Epona del diario pastoreo trayendo una cabra que resultaba imponente por los cuernos, por el rojo tostado de su piel, por su volumen.

Mi padre brincó de alegría y le gritaba a Epona: "Suéltala, es mi cabra". Ella, vacilante, tal vez previendo lo que podía pasar, la liberó del lazo, y la cabra eligió esa figura saltadora que era Jonás para descargar su enojo por haber sido capturada. Salió disparada

derecho hacia él y le metió tal topón en la barriga, de abajo a arriba, y lo expulsó del suelo con tal brío que al caer sus restos acudí a ver si ya estaba muerto o de cuántas cornadas más moriría.

Pero no le había hecho sangre y aunque Jonás no conseguía levantar su cuerpo vencido, estaba vivo frente a un contendor que no lo perdía de vista, que le daba tregua afilando la pezuña en el pedrisco, más de impaciencia que porque precisara esa arma. Lo tenía travesado ya con la mirada y podía travesarlo enseguida con sus astas.

Jonás, taimado, se tomó en el suelo más tiempo del necesario, a fin de recuperar fuerzas. Se levantó, pegó un balido, corrió muy erguido, de modo que parecía que saltaba sobre la punta de los pies, dio dos vueltas en torno del oponente, aunque no cerca, cambió de dirección, giró al revés, sin desconcertar con su circo al caprino que seguía sus evoluciones con la mirada fija y ladeando también su cuerpo para tener siempre de frente al hombre.

Hasta que Jonás, cambiando el balido por un grito intimidatorio –ineficaz– tomó la iniciativa para embestir, parecía que en forma directa, pero con un sesgo veloz atropelló el costado del cuadrúpedo y lo volteó rotundamente. Sin darle tiempo a otra reacción lo montó así tumbado como estaba, cerró sobre su cuerpo las piernas recias como prisión, y sólo entonces pidió auxilio, que se le tendiera tientos o maneas, que entre todos le pusimos.

Quedó un fuerte recelo entre los dos litigantes, pero uno y otro tuvieron que aguantárselo: Jonás quería fundar su granja de chivatos y el animal tenía que contribuir, bajo el rigor.

Ni la iracundia, ni el poder de las manos y los puntapiés de Jonás, ninguno de sus métodos doblegaron al animal, sino el trato cariñoso y el alimento que le procuraba Epona, quien se hizo cargo de la difícil y riesgosa tarea de domesticarlo, pues no era sencillamente un chivato, sino una cabra montés.

–¿Qué haremos con ella sola? –reclamaba rencoroso mi padre.

Epona le señalaba las ubres.

–No bastan, no tendrá leche todo el tiempo –argüía el inconformable.

Y decía también la parte lógica:

–Precisamos un cabro para la cabra.

Era una insinuación sutil, para no comprometerse a pedir de Epona el cumplimiento de una misión que ella asumió desapareciendo una madrugada, por muchos soles.

Mientras permanecemos solos, ausente Epona, mi padre, de humor temible, husmea. Ora levanta la cabeza y cata el aire, ora inclina el cuerpo y va oliendo el suelo. Siempre regresa con la boca cargada de denuestos.

–¿Qué haces, padre?

–Lo que hace la cabra, se le abren las narices absorbiendo un olor que ella conoce, y yo también.

–Olor de animal que ronda... tal vez el puma, su enemigo.

–¡Olor de amor! Huele al cabro. Alguno la anda galanteando. No se atreve a más porque ella está en cautiverio.

Y en cuanto nota el movimiento de los ollares de la cabra montés, Jonás calcula la dirección y sale atrayendo profundamente el aire hacia su olfato.

Un día distingue al seductor, que no alcanza a comprender que Jonás anda de casamentero, y más bien teme por su cuero. Huye, y mi padre le tiende emboscada, pero el otro atropella, pelea y sale libre.

Como consecuencia de repetidos encuentros y revolcones, Jonás exclama: "¡Se acabó!" y le lanza una pedrada, al animal en fuga, que le quiebra la nuca.

Lo trae y lo cocina al fuego. La cabra huele y bala. Mi padre arranca el pedazo de carne que se dora en la asadera y se lo arroja a la cautiva, mientras le va diciendo: "Ahí tienes a tu amado. Si no te amansas, irás al cielo como él... después de haber pasado por las brasas. Con que ya lo sabes".

Desde esa noche, la cabra fue dócil a Jonás.

Después él la llamaba "mi perro", porque lo seguía.

Ahora no son mil, tampoco ciento, trescientos pueden ser, los descendientes en pocas y rápidas generaciones de la cabra montés y de su cabro, traído por Epona de un rebaño ajeno, desde muy lejos.

Jonás ya es ganadero y dice al hijo: "Hemos dado un paso. Y todo hecho en un día". ("Otra noción del tiempo", se consuela Renato.)

Han domado el agua. Renato y Epona se guardan en una cabaña. Jonás duerme en su palacio de ojivas blancas, en invierno cubierto con cueros de cabras, en verano con hojas del tamaño y forma que tienen las rayas, esos peces marinos aplastados.

Como no se sale de su horizonte, Jonás no consigue la cebra que busca afanosamente para casarla con un burro.

Enlaza un potro salvaje, le da su tiempo, lo aficiona a una burra y obtiene un burdégano de ojos mansos y dorados.

Epona trae para la hacienda un carnero de exorbitantes cuernos retorcidos, arrollados en espiral, rugosos, y de lana densa que le cae en cascada y le tapa hasta las pezuñas. Jonás le aparea oveja y ellos le dan menudas baladoras.

Las ovejas se propagan como conejos.

Y todos, los burros u onagros, los chivos y las ovejas, los libres conejos y las liebres errabundas, roen minuciosamente el verde del valle y la pradera, que alegremente vuelve a crecer para que de nuevo se lo coman y la tierra sea hermosa y los animales, y Jonás y Renato y Epona, sean felices...

–... y justos –sentencia padre Jonás.

Medita y dice: "Yo soy el hombre, porque busco la justicia y me cuesta instalar ese equilibrio".

Tiene un vaso de licor espirituoso llevado a la boca, pero apenas se ha mojado los labios. Perdido el hábito, ha recibido con reserva el regalo u ofrenda de Epona.

Jonás no merca, tampoco Renato. Epona lo hace. Allá donde estos hombres no van, abandonándolos durante semanas y semanas, comercia cueros y lanas, y uno que otro hato de ganado en pie. Recibe en pago víveres, herramientas, semillas...

Esta vez ha traído dos botellas de ron.

Jonás ha sido prudente, sólo ha libado; Renato lo fue más aún, ya que se abstuvo.

Pero esta otra noche Jonás no es mesurado y consume solo todo cuanto quedaba en el frasco.

Se le endiablan los ojos, sale al campo y canta, canciones de ciudad, de cuando era joven.

Renato, que lo oye, tiene el pecho henchido de melancolías y recuerda a la madre, y a aquella joven que él aspiraba a que fuese su novia, pero ella se reía de él, no mal, sino lo mismo que si verlo le produjese un cosquilleo.

Jonás, vaya a saberse ya en qué honduras de la noche, alternativamente bala y ladra. Más luego rebuzna, pero todavía no ha aprendido a hacerlo bien.

Ladra otra vez, pero como los podencos agoreros, y Epona se estremece.

Después se establece un silencio al que cooperan la variedad de animales del establo y los que andan libres por el monte. Nada más que un lobo se resiste a acatar esa quedumbre tan general y oprimente, pero tras un aullido solitario también se pliega a la grande y grávida calma, minada de presentimientos.

En la mañana no se encuentra al padre en su nave de huesos. Sólo se le halla al explorar apartados terrenos.

Millones de arañas minúsculas caminan sobre su cara y su cuerpo. Él permanece indiferente durmiendo su sueño de ebrio.

Con ramas de hojas tiernas, Epona ahuyenta a las arañas, y después lava el rostro, los ojos, las manos del padre Jonás.

Parecía olvidada la suculenta embriaguez de la primera botella, parecía olvidada la segunda botella, pero Jonás muestra que la tiene presente y la solicita, más bien la exige, al cabo de otra comida. El alcohol se adueña de Jonás.

Esa noche se inflama su rostro como si hubiera comido toneladas de ají picante, y embravecido se lanza a través de los corrales produciendo los estragos del que camina a ciegas entre los débiles, aunque algún cabro al pasar le cobra la molestia y la imprudencia con una cornada sin puntería que Jonás desprecia.

Rebuzna, ladra, aúlla, recoge de la materia que queda en sus oídos las voces de cuanto animal escuchó en cualquier sitio. Brama como toro, rebudia como jabalí, rozna como hiena, rezonga como lobo, ayea como un búho...

Finalmente, al término de una hora o más de provocar pesadumbres y sobresaltos desde su irreconocible guarida entre las sombras, lanza un grito supremo, en que asocia alegría, goce y un desgarramiento.

Anhelan, los ojos de los que ha dejado, el despuntar del día, que no se esmera por darles pronto su lumbre.

Todavía entre los grises del amanecer salen los angustiados, sin visión suficiente ni guía alguna.

Hasta lo alto va llegando el sol y Jonás no ha vuelto, ni se le ha encontrado.

La brusquedad de las corridas los cansa y entre ellos dos se buscan y se hallan y en procura de una tregua se sientan en un bordón, donde las miradas se confiesan la desorientación y el miedo por lo peor.

Epona divisa desde allí, y discretamente se lo participa al varón, un reguero azul desprendido del azul del firmamento, que concurre a recaer en un lugar que el monte bajo oculta.

Desciende sobre un sector circunscripto de la vegetación donde parecen burbujear chispas y pompas, o glóbulos y barbas de plumas, o fluidos meteoritos, o algo indefinible, pero azul.

Los jóvenes llegan y ahí hay algo como un cuerpo humano bajo un hervor celestial, pero no se atreven a despejarlo como hicieron con las minúsculas arañas que antes se apoderaron de Jonás.

Pablo abate la cabeza y dice lo que piensa como lo diría su padre:

–Anoche a Jonás se le ha salido el alma y ahora, antes de alejarse para siempre, se despide del cuerpo.

Epona suelta dos lagrimitas. Ella no las puede ver, en el borde de sus párpados, pero si pudiera se daría cuenta de que son azules.

Pablo se hinca en el suelo y sus manos recogen el polvo que al entreabrirse los dedos él deja escurrir, y lo hace muchísimas veces, y no habla, ni se desespera de un modo ostensible.

Epona lo deja estar. Permanece de pie y ya se ha santiguado.

De pronto, la nube se pone a ensayar formas y elige alternativamente las de columna, flecha, inclinado cendal, tendido brazo, y en torrente que ondea en un curso escarpado busca la plenitud del cielo.

Pablo se endereza. Comunica su pensamiento a Epona: "Es su alma que emigra", y dice, con la punta de los dedos en los labios estremecidos: "Padre, adiós...".

Queda con la mirada seducida por las burbujas o migas azules que configuran un efluvio en tránsito a la ausencia.

Cuando ya es imposible verlas, Pablo, apoyada en un brazo la cabeza abrumada, se abandona en tierra... Epona se arrodilla a acariciarle las sienes y acentuar la compañía.

Jinete en su burdégano de ojos de oro, que luce alzada de caballo y, aunque manso, es vivaz y nervioso en el paso, Jonás sale a contrariarle propósitos a un desconocido que, asimismo montado, se corta solo por la pradera. Pero al fondo ha dejado una escolta.

"¡A mi hacienda nadie entra!", atropella Jonás, mientras su cuadrúpedo aún levanta polvo.

El otro hace por no contradecirlo y se detiene, transigente.

Pide disculpas, el recién llegado, y explica que sólo quería ver los burros...

–¡No son burros, son onagros!

–... y saber su precio –termina sorprendido el visitante.

–¡No se venden! –ha obedecido a un reflejo que lo contuvo cuando estaba por decir–: ¡No se venden, vuelan!

–Está bien, entonces –se allana el otro. Tira de las riendas y sin apuro se retira, no sin decir: "Buenas y santas...", su saludo.

Jonás se mantiene en guardia, altivo en su burdégano, hasta que comprueba que el que hizo de avanzada se reúne con los demás, parlamenta y todos en tropa se encaminan hacia horizontes donde seguramente hallarán caminos largos, de esos que ponen olvido.

Sin embargo, algo le escuece a Jonás, incrédulo de que lo que ha ocurrido empalme de acuerdo con la paz que ha venido existiendo hasta el presente.

Casi no se comenta, durante la comida, la incursión de los extraños. Jonás está concentrado y áspero.

En Renato persiste la emoción que le produjo ver surgir a los jinetes del vacío habitual de la llanura:

–¡Primeros hombres que vemos, desde tanto tiempo...!

–¡No son hombres, son cuatreros! –opone, tajante, Jonás.

Rezonga y todavía contradice: "¡Y no tanto tiempo, un día!", aplicando su caprichoso modo de medirlo.

Pero se ablanda para suponer un fatalismo que el hijo hubiera preferido no escuchar: "Hemos dado otro paso, Renato. Ya ni rapiñamos de la muerte, ni recogemos los frutos del Paraíso, ni marchamos al rabo de las manadas, ni andamos como los vientos, sin hacer pie. Producimos algo de lo que diariamente nos llevamos a la boca, multiplicamos en bestias domésticas la vida, vivimos en paz. Es fatal –es la Historia– que aparezcan los rapaces y merodeadores, con sus instintos de robo y dominio, que traen la guerra y la catástrofe".

Después de que Jonás se ha retirado a reposar en su esqueleto enmantado de rayas marinas, Renato le habla a la que no puede hablarle a él, y es por ello que con más celo lo atiende:

–¿Sabías qué es la soledad...?

Epona sacude la cabeza.

–Y sin embargo estabas tan solita con tus asnos...

Ella sonríe su conformidad.

–Mi padre estaba solo. Era el Doctor, el brazo se le curvaba con su carga de libros y papeles. Ganaba dinero, mucho; hablaba en los palacios de las leyes, tenía una familia... y estaba solo. Si ha corrido a los que vinieron es porque desconfía de unirse a los demás, teme que, aunque no sean siniestros como ésos, su soledad renazca... –lo explica Renato de un modo vibrante, ya que cree haber comprendido y quiere que ella se dé cuenta y lo asimile.

Suaviza el tono y se disculpa:

–Te hablo de una manera... Como hablaba en la ciudad y con gente nada sencilla. Ni el tiempo ni el desierto me han cambiado en eso, conservo mi lenguaje; debes perdonarme, no he hablado con nadie, nunca más. No he tenido ocasión de aprender otras palabras ni una manera distinta de decir las cosas.

Ella humedece los ojos de gratitud, reconocida de que él no men-

cione que el único ser que trata, fuera de su padre, esté impedido de emitir los sonidos propios del humano.

Pablo ríe, con una risa buena:

–Por lo mismo podría pedirte perdón en nombre de mi padre, pero él es diferente, se adapta. Él se empeña en aprender el idioma de las únicas criaturas que nos rodean y, qué te parece, no se ha perfeccionado en rebuznos, ¿pero no llegará a trinar cuando consiga volar y asentarse en una rama...?

Epona aprueba y se divierte.

Renato se abstrae unos momentos y luego dice con convicción:

–Te han seguido...

No necesita aclarar: que la siguieron los cuatreros cuando fue a una población a hacer el trueque. No se lo dice a Epona como reproche, le participa una certeza, y una preocupación.

Ella, sin culpa, humilla la cabeza.

Por la actitud nerviosa de animalitos que ante él nunca temblaron; por la espantada de algunos o de muchos; por los olores que traía el aire, de hoguera o de fogón, de carne y cuero; por el fragor lejano de balidos y aullidos gemebundos; por la densidad de la nube negra que ascendía con dinámicos impulsos... Jonás suspendió la caza de un animal fabuloso que perseguía por el monte. Con su burdégano se precipitó cuesta abajo aunque las zarzas lo rasparan y aguijonearan.

Alarmada, transida, por causa de la humareda que sobresalía de atrás de los cerros –ella había conducido el rebaño a la quebrada–, Epona cabalgó en su asnillo dejando las ovejas guardadas por los perros pastores.

Después, el hombre grande y frenético, la mujer íntegra y sensata, confluyeron en medio del desespero y coincidieron en que lo más imperioso era salvar la vida de aquel que ella y él querían, y que habían de hallar entre tanto animal muerto o agonizante y quemado.

Humean aún los rescoldos en la ruina causada por los ladrones de ganado.

Renato ha despertado, con las elementales medicinas de las caricias y el agua. Lo vela el cariño de dos seres que no se apartan de él.

Anochece.

Alborea.

Jonás ha salido a comprobar el alcance de la devastación y ver si puede ayudar a morir con menos pena a algún animalito.

Padece el robo de sus onagros. Lo sume tanta ausencia y procura confortar, con cariñosas palmadas, a los pocos que han quedado.

De pronto, recordado de la situación de su hijo, regresa en un arrebato.

Epona está procurando que beba un té y Renato, distraído de la llegada del padre, le está diciendo: "No sabías qué es soledad... y ahora sabes cómo es la destrucción de lo que crea compañía", y ella solloza sin sonidos.

Renato se debilita. Cae la mano, provoca la caída del jarro que contiene el té.

Jonás echa su cuerpo sobre el cuerpo del doliente, enhorquetados los brazos vigorosos para no aplastarlo, y acercándole la boca a la cara, sin mayores contemplaciones, tal vez con desesperación y piedad muy por adentro.

Primero imperativo, como si quisiera sacudirlo y darle lucidez: "Pablo, escúchame, soy tu padre, Jonás. Sigue mi ejemplo. ¿Sabes qué significa Jonás? El tenaz para exis-tir".

Después reflexivo, persuasivo y conciliador a su manera: "Tú, Pablo, eres débil de espíritu, débil de la voluntad, tu cuerpo y tus manos son débiles; pero eres un hombre, y hay hombres, como tú y yo, que hacemos más el otro gesto, ¿me entiendes?, el de vivir y construir". Y subiendo el acento, tonante: "¡No te me mueras, eh! ¡No te lo perdonaría jamás!".

"Parece –piensa Pablo más adelante– que esas graves razones decidieron que continuara su curso mi existencia."

Otro día, ya con mis entendederas en mejor condición de asimilar, mi padre Jonás me explicó que, según su convicción, vivir es asediar la nada.

Consideré que él buscaba reforzar, o justificar, sus gimoteos vehementes de cuando me mandaba vivir. Consideré que, posiblemente, también procuraba inculcarme ciertos pensamientos esenciales.

Después, a partir de esas ideas, discurrió aplicándolas a nuestra propia odisea.

Decía que, para los hombres de ciudad, el desierto, un vacío natural como éste, es la nada, y también lo es su concepción de cómo era la vida del hombre primitivo.

Sostenía que al llevarnos a morir, y en un desierto, nos mandaron a no ser, es decir, a ser nada.

"Y nosotros –argüía–, porfiados, ¿acaso no estamos llenando la nada y, a la vez, no sacamos energías de la nada?"

Yo, con reflexión humilde, más pesimista o menos constructor que mi padre, cavilé que él argumentaba con razón, si quería decir que vivir es conjurar la nada... a menos que, me dije, el hombre, aunque tenga o sea mucha, lleve dentro mucha nada.

Me pregunté, con crueldad, si era mi caso; pese a que no podría haber dicho si la nada es una carencia o la idea de una carencia, ni cómo se percibe: ¿como algo material que nos falta? ¿como algo no material que, afuera o adentro de nosotros, no está o no es? ¿como una participación nuestra en no estar...? Y ese no-estar, o ese no-hay, ¿es de momentos, o es de todo, es decir, universal y permanente?

Arribó un tiempo de suma blancura.

Del cielo, que por entonces licuaba su azul hasta esfumarlo en gris, descendían margaritas, perlas, nácares, azahares, fragmentos minúsculos de astros vivos.

El niño los capturaba, pero se le fundían en las manos.

–Es en vano –mascullaba Jonás.

–No importa, tengo de más –decía el niño, sintiéndose poseedor de una riqueza. No la tenía para atesorarla, sino para regalo de los ojos y sus juegos bajo la lluvia blanca.

Cuando lo roía el frío, abandonaba el entretenimiento y entraba al resguardo hogareño con algunos cristales en la punta de la nariz, y gozaba.

No el abuelo.

Lo habían preavisado los ñandúes. Su éxodo hacia el Septentrión, de empeñado rumbo, parecía fatalizado por el pavor, ya que atropellaban ciegamente, en su carrera, obstáculos y animales carniceros, poniéndose al alcance de éstos con suma torpeza. O en su tránsito apenas hacían una pausa para desovar sus grandes huevos y de ningún modo aplicaban su instinto maternal, ya no empollaban, huían. Recurso que quedaba para curar el hambre de insectos y lagartos, y si nos adelantábamos a éstos, para renovar nuestro sustento.

Después presenciamos, a distancia, el paso del humillado puma y su prole, de las comadrejas y las aves; de más cerca, el de las tortugas y su séquito doméstico de pequeños y verdes caparazones, tan lentas que tenían tiempo de crecer y cambiar de color en el trayecto.

¿De dónde venían todos...? Del Más Frío.

Había primaveras. Durante ellas, la emigración se contenía y algunas bestias, ilusionadas o a morir, regresaban a sus lares, heridas de bala o cojeando por haber escapado de las trampas.

Jonás deducía que con el buen tiempo los hombres del Septentrión salían a formar barreras para atajar los animales, que ya estarían invadiendo las ciudades.

Había primaveras y veranos, y cesaba la nieve, y retornaban a la pradera los verdores, y nos despojábamos de las pieles, largos abrigos y calzado forrado de industria casera, y entonces brillaban estrellas en los ojos de nuestros animalitos que podían comer con abundancia y no padecían la frialdad. Con todo, el tiempo fresco perduraba.

En las montañas los heleros comenzaron a permanecer mucho más debajo de su acostumbrado nivel de las cumbres.

Destilaban –uno de los últimos veranos, antes de que esta estación descuidara conservar su fama de ardiente– y el caudal formaba lagos y seducía hacia ellos traslúcidos témpanos celestes, y éstos eran como símbolos de lo inmaculado.

Más adelante hubo un tiempo de tormentas en que las aguas saladas del Océano que está del otro lado de la Cordillera vulneraban sus alturas. Desbordaban con toda clase de arrastre por las escarpas del Naciente y en cuanto disminuían sus ímpetus las alcanzaba el frío para darles congelamiento. Crujían dolorosamente las rocas antiguas con el territorio invadido por las aguas que se petrificaban sin perder su memoria y apariencia líquida.

Jonás dedujo que ya se habría corrido el confín de la población humana hasta distancias que no podíamos imaginar, en escape del crudo clima frígido que desde el sur lanzaba su invasión.

Pensé en mi madre, fuera de todas mis posibilidades.

Entretanto, volvió la primavera con sus tímidas tibiezas y como fue perseverante diluyó las capas de nieve que no habían afirmado solidez.

Las vertientes fueron lavando y puliendo superficies, hasta poner reluciente el ensimismado claustro de irregulares cristales excesivos, que cubría el costado y el faldeo de las montañas.

A continuación, el verano, aunque criador de riadas, acude con su llamado a desahogarse de tanto vivir sitiado.

Tienta la curiosidad, en el ánimo de los que han pasado sorprendidos esos ensayos de cataclismo, y una vez Jonás y los suyos se asoman a los bordes y otras veces más arriba y más adentro por la región de las heladuras.

Descubrimos que son masas transparentes. La mirada penetra sin esfuerzo y sondea hasta el piso o asiento del hielo.

A medio camino o muy hundidos distinguimos, incrustados en su rígida prisión, objetos, especies, para todos los cuales Jonás tiene un nombre y una explicación.

Los contemplamos con asombro y extrañeza, Epona a menudo con arrobo y recogimiento. Unos provocan rechazo y aversión, otros motivan el deseo de tenerlos. De algunos preferimos que permanezcan en su santuario.

Vamos viendo y Jonás o yo nombramos, y si yo nombro Jonás aprueba o corrige: Hipocampo, corona, ostras, espadas, un escapulario, condecoraciones, granada de mano, clarines, medallas, gastado dinero de Nerón, mariposas esfinges que a la tarde beben el zumo de las flores, una máscara del teatro griego, un mascarón de proa de un corsario, un estribo de guerrero, un espejo para egoístas, un hacha de cortar árboles, un hacha de cortar cabezas, un requinto, un basilisco, un juguete de los niños del Oriente...

La fantástica vidriera –escaparate, museo, yacimiento–, que es inviolable, de no ser con picos, palas y barrenos especiales y arduos trabajos, por la dureza y la hondura de los hielos, un día hace erizar la cresta de gallo vanidoso de mi padre.

Sin freno para su regocijo por los hallazgos sorprendentes, Jonás, que se nos ha adelantado en la incursión, se pone a señalar el bloque a sus pies y enfatiza: "¡Yo tenía razón, yo lo sabía! ¡Cuando Jonás lo dice...!". En el recipiente de hielo ha descubierto, encogido en la posición de sueño, a un enano parecido a un topo, un topo grande.

Diferentes de él, el encuentro nos pone el espíritu en suspenso. Sin embargo, de ese misterio a plena luz del día, nos aparta el imán de cuanto aún nos aguarda, en las gélidas laderas cristalinas. Ya que sigue la muestra, con palillos chinos de arroz, de circo y de tortura; un caramillo, un reloj de oro para ciegos, castañuelas con redobles de fiesta y de sangre, una gloria para poetas verdaderos...

–¿Gloria...? ¿Cómo es? Ahí no la distingo.

–Tampoco alcanzan a verla, sino muy rara vez, los mismos que la merecen.

...una escudilla y un escudo, una cuchara de comer y una cuchara de albañil, un martillo, un urogallo, la mochila de un soldado de la guerra del 70, tazas de porcelana decoradas con dragones, princesas y tiranos; mantas para ruines, armiños para poderosos y cobijas para los simples y los buenos, una Venus negra en talla de ébano, una herida en una piel de color, un halcón en cuyas garras permanece el guante del amo, un termómetro con la columna mercurial detenida en 40° –"la temperatura de la fiebre creadora, en la orilla del delirio", delira mi padre.

En las noches él revive entre nosotros esos objetos, nos dice si fueron serviciales o de uso perverso, su encaje en la Historia, los símbolos que entrañan.

–Hijos, todo eso así dispuesto a nuestra vista no es la acumulación del caos universal, tiene un orden y un sentido.

–¿Y cuál es su sentido, padre Jonás...?

–Se revelará a tu inteligencia, si la aplicas, y para cada persona puede ser distinto, mas para todos representa una advertencia.

Volvieron los cierzos y la escarcha, las nieves y los hielos.

En el aire la nieve entretejía y trababa sus piedrecillas preciosas e inventaba copos que descendían como sombrillas de azúcar.

En las montañas atronaban los derrumbes.

Jonás mostraba un temperamento pendular, su humor se corría de un lado para otro.

Melancólico, diagnosticaba:

–Es una glaciación, la quinta. Purgará y limpiará al planeta, sofocará las guerras, detendrá la avidez, obligará a los humanos a ser más solidarios entre sí para salvarse, mutarán las especies racionales e irracionales, y el pensante tendrá que deponer su orgullo y emplear con más justicia los dones de su naturaleza...

Otras veces, visionario de maravillas, o propiciador de ellas, ronroneaba con sonrisa de gato satisfecho:

–Renos... renos... renos...

Así se adormecía.

Hasta que nos reunió para anunciar y confesar:

–Hijos, ha vuelto el tiempo de los renos, y yo me iré con ellos.

Naturalmente, consideramos que era un decir y lo dejamos murmurando la felicidad de sus premoniciones: "Renos... renos... renos...".

En cambio, fue Epona quien...

Había salido a recoger de la quebrada sus rebaños, habilidosos para hundir las pezuñas hasta hallar el verde nutritivo; había salido al relevo de sus perros de pastora; había salido a socorrer, guardar y proteger corderitos que no cesaban de nacer aun sobre la nieve...

Había salido pero no volvía.

A Renato se le empezó a hacer turbia la ausencia, y su entendimiento y su pecho se llenaron de presagios.

Se cubrió de pieles y se encaminó a su encuentro, y la encontró en la quebrada en animosa actitud de andar, una mano en el aire, como si los dedos marcaran un acorde musical, mas ya en una posición definitiva.

De pie, en aparente marcha, la pastora permaneció cristalizada para todos los tiempos, pues ya no hubo primavera en Meridión.

Jonás, que al comienzo de la Quinta Glaciación había renunciado, con pena, al castillo ojival sacralizado por su fe, contra todos los peligros prefirió reintegrarse a esa arquitectura de intemperie, apenas protegida con cueros de chivato y lanas de cordero, por obra del desvelo filial del desolado Pablo.

Una mañana, la luz que despertó a Pablo no era de plata, ni la impregnaban vislumbres de amarillo sol, ni desplegaba plácidos rosados; difundía tintes anaranjados que, al arrojarse él a saber más, atribulado y ansioso, comprobó que saturaban la vasta extensión de todo lo nevado.

La nieve había cesado de abatirse sobre la corteza del mundo. La pausa contribuía al silencio que por algo tenía que ser quebrado, ya que era un mutismo opreso de preanuncios.

Tañeron distantes campanillas y se acentuaron los matices del naranja que pintaba las alturas y cuanto existe.

Cuando el carillón creció de volumen y orquestaba una música de gloria, hicieron su aparición los renos esbeltos y seguros, enramadas por artífice maestro sus testas soberanas. Ágil e ingrávido hacían deslizar el carro de labradas maderas, con pinturas extrañamente azules como fondo de anaranjadas flores en las barandas y el pretil y el respaldo del asiento.

Con providencial precisión se detuvieron al pie del castillo leve de arcos, huesos y vellones, y emergió Jonás, jocundo, bien plantado, plenamente entonado en su natural simpatía, con paso sólido, botas espléndidas que no le conocía, gorro de pieles, una vara delgada en la mano izquierda y un adiós dichoso en la diestra.

"Adiós, padre", musité, asistido por la certeza de que también él, con sus renos, emigraba, aunque no al Septentrión.

No precisaba de las riendas: los renos por su iniciativa viraron para partir y el movimiento animó el alma sonora de sus guarniciones de campanitas.

Volvieron por donde habían llegado.

El color naranja se fue corriendo, como si a su paso lo recogiera el carruaje que absorbía el horizonte, y así terminó la historia de mi padre, Jonás, que embelleció la nada.

Los reyunos

El aire está salpicado de langostas que, por ráfagas, le golpean la cara. Algunas se le enredan en las barbas, abundantes y jóvenes. De otras recela que, por voraces, le perforen el sombrero ciudadano de anchas alas. Escudriña la distancia con ansiedad y azuza al animal que tira del sulky, exigido por riendas inexpertas.

Un hervidero de insectos, patas de serrucho, que no dejará brote verde ni corteza tierna, recorre los arbustos de la llanura que se dilata a los costados.

Al cabo de una hora la racha se ha aliviado y ya no es una imaginación el caserío adonde debe llegar.

En apariencia, ni curiosidad provoca la entrada del coche, que no se puede ignorar por el traqueteo y la polvareda que levanta. Sólo los perros asumen la franqueza de mostrarse.

El forastero encuentra sin ayuda la comisaría o destacamento, pero ni el uniformado ha sido acogedor, espera adentro. "¿Sabe quién soy?" "Señor, sí: el investigador." Se disculpa por no haber salido a su encuentro, el zaino se le ha mancado. "¿Su grado es de agente?" "Apenitas." "¿Y el comisario?" "No hay." "¿Y usted lleva todo?" "Hasta la barrida del piso."

El recién llegado reconoce tras la cortina de arpillera una predecible trastienda: aquí adelante están las sillas de totora, el banco de madera y la mesa que puede ser de comer y escribir. Sobre el muro encalado de azul, un afiche con tres efigies impresas que representan la autoridad: el presidente de la Nación, el interventor federal en la Provincia y el jefe de Policía. Al pie del retrato con banda presidencial terciada al pecho, esta inscripción: Doctor Marcelo T. de Alvear (1922-1928).

Acude el mate, por mano de mujer sumisa.

"No he visto un alma, en este pueblo. Venía convencido que el único que faltaba era Fermín Reyes." "Él sí, no se puede negar", concede con desaliento el uniformado. "Bien, empezaremos a trabajar. ¿Tiene hecho el sumario?" "A mi laya, señor."

El investigador repasa lo que tenía leído en el informe con que sus superiores le asignaron la misión; en síntesis, y con la debida interpretación: Fermín Reyes, 58 años. De la casta, ya en tercera o cuarta generación, de los primeros pobladores. Dueño de campos y ganado. Señor de la pobreza y la subordinación. Solitario en su hogar. Viudo. Con hijos de distintas madres, muy pocos con su apellido, todos dispersos. No muy querido, sí muy temido. Influyente en la época electoral. Desaparecido, sin huellas, sin aviso ni despedida, en los inicios de la reciente primavera.

Mujeres de negro vestidas avivan el paso cuando advierten que detrás camina el policía del lugar con el desconocido que vino de afuera. "¿Por qué escapan? ¿A dónde van?" "Al cementerio, señor. Cae hacia el bajo de la calle." "¿Y tanto apuro por llegar al cementerio...?" Las calles suponen ser potreros tendidos a lo largo; las ramas de los carolinos, devorado el follaje por la plaga alada, figuran garabatos inmóviles en las alturas. Las casas, apoyadas unas en otras, se asisten en su decadencia. La capilla se queda sola; la campana, falta de un viento que la bata, sin su quehacer de sonidos.

El forastero nota lo que no hay: ni farmacia ni hospital, ni escuela ni correo. ¿Dónde se baila aquí? ¿Se baila...?

En la casa de Fermín Reyes encuentra habitaciones vastas y sombreadas, galerías abiertas y rincones umbríos con tinajas que filtran gota a gota el agua de beber, patios como jardines polvosos, conejeras y conejos sueltos. Gallinas que ambulan picotean con saña langostas cansadas que caen al suelo. Asoma un cerdo amarillo, luego se esconde.

Lo mismo querría hacer "la mujer que cuida". Les pasa mate, pocas palabras, muchísima desconfianza. "¿Cuál es su nombre, doña...? No por nada, por conocerla mejor." "Fui cristianada María, en la iglesia de la Colonia, por el mil ochocientos ochenta y tantos. Pero me llaman Rosa. Orden del patrón, cuando me trajeron a su servicio, mocita era..."

Después, habilidosa, suavemente incitada, provee la información elemental: hace una memoria de la muerta (la esposa de Reyes), la muertita (la hija de doce años que iba a ir a las monjas y se fue al cielo), los hijos desaquerenciados, el Marcelino ante todo; los choznos y el Cholo, que ha vuelto. Desde su puesto en la cocina, en salud o en desgracia, con todos ha convivido, puede dar fe de cómo eran y cómo son, y justamente por eso –lo pide con un sollozo– han de hacerle el bien de creerle que, aunque cosas ha habido, en qué familia no las hay, al patrón no lo ha matado nadie, al menos ninguno de los suyos, ni por odio ni por plata, son calumnias de los desalmados con sus envidias y rencores.

No hay posada. El policía dispone que el investigador se instale en la casa del amo ausente y Rosa, disimulando un reparo, alista sábanas almidonadas.

Temprano despertar. Leche azucarada y tibia, tortitas con chicharrones. Preguntas, pocas y cautelosas. "¿El Marcelino...? Tan sufrido, pero se volvió contra el padre." "...¿Y el Cholo?" "Ah, ¿ya vio la casa nueva?" "Casa nueva... ¿acá?" A medio obrar se halla. El Cholo, tan resuelto, se hizo del terreno, pisó barro, cortó adobes, levantó paredes, ahí no más, pasando la huerta, al fondo: pero últimamente paró. "¿Se había ido? ¿A dónde, a la ciudad?" Todos los jóvenes se van, unos con licencia del padre, otros huyéndose. Dicen que aquí no es vida. Suelen regresarse con el hijo, a que lo conozca la abuela. La abuela ya no está, ni para perdonarles el abandono.

El investigador sale al encuentro de las gentes, en sus moradas, espera que regresen de sus faenas en el campo. Desdeña citarlas en el destacamento, sería nada amistoso.

¿Cuándo lo vieron por última vez?

–Fue cuando vino a encargarme unas botas de caña alta, para él, y llevó zapatillas para la Rosa, dos porrones de ginebra y algo más del almacén...

–No, a la ciudad no iba, ni a la Colonia si no era por papeles de la ley, aunque el procurador le ahorraba trámites y viajes, así que, poco.

–Me roció a la Querubina, ésa es la verdad, y yo tuve que buscarle y decirle: Vea, don Reyes, que yo lo respeto, así que por favor no se me meta con lo que más quiero... ¿Que qué se entiende por *roció*...?

–Igual que don Reyes, se hizo humo la Carlina. Pero antes. ¿Quién es ella? Una chinita de crianza, ahora ya mayorcita, que había recogido mi mujer, de lástima, para el horno y el lavado. Supe, por decires, que se había untado a don Reyes, y que la tenía de puestera en Pozo Hondo. Me dije, de la Carlina, es su voluntad y qué le vamos a hacer. Pero anudé cavilaciones y –por las buenas, sin pretender corajearlo, yo acato a los mayores– me acerqué a su casa, y ésa fue, para mí, la primera vez que él ya no estaba.

–No dicen verdad si eso le han dicho. No le reclamé hacienda, ni sembrado, ni campo pampa siquiera. Yo había aprendido que no hay que rogar. Era su escuela, no tuve otra. Nadie da, hay que agarrar. Con los duros, ¡duro! Era mi padre, sí, aunque yo fuera su peón... ¿Por qué digo era? Y usted, que sabe tanto, a ver si me hace saber qué se puede pensar de un hombre viejo que se arrancó hace cuatro meses y, de ahí, ni un pitido más, –ha dicho Marcelino.

Cuando se retiran, el pesquisante quiere enterarse: "¿Por qué a éste, al Marcelino, le falta un pedazo de oreja?". "Un desgarrón, no más", contesta el uniformado, pero el forastero le duda.

En sulky, cortesía con el inexperto en montar, el agente acompaña al funcionario. Ganan el valle. Sobre el verde arraigado de los pastos bulle una nerviosa cubierta de semejante color: la langosta saltona, puesta de lleno a crear desierto. Ya asedia el Pozo Hondo, una olla con aguada, donde hay un rancho, un corral de cabras y a lo lejos la majada.

Sin temor, íntegra, a pleno sol, los espera una joven, con la noche derramada en sus trenzas. No invita a entrar ni a apearse. El policía le pregunta si está sola. Contesta un varón que emerge: "Estoy con ella". El investigador percibe que no ha dicho: "Está conmigo". "Las cabras", responde el mozo, con firmeza. "Las cabras son de don Reyes, vos lo sabés. También el rancho. También..." Está por decir –los otros tres pueden presentirlo–: "También la china", pero se controla y muda el tono: "Mirá Cholo, por ser quien sos no te plantés ante esa puerta, y menos con hombradas. El señor es justicia, así que tené medida". La muchacha, despejada y franca, se adelanta a decir: "No está aquí, entren". Nadie necesitó nombrar a Fermín Reyes. "¿Cuándo –indaga el pesquisante– lo

viste la última vez?" "Por las primeras mangas de la langosta. Trajo azúcar, yerba, harina y los duraznos tempranos." "Noviembre, entonces. ¿Dijo algo especial?" "Habló de trenes." "Estás mintiendo, india de porquería –se subleva el milico–. Aquí no hay trenes." "Así no, agente", corta el funcionario la prepotencia. Y para sí: "Tren significa viaje. Podría ser, como intención. Pero de ahí a hacerlo sin que se le notaran aprestos...".

En la discreción de los campos, el capataz, esa especie de gobernante que tiene o tenía don Fermín Reyes, desatiende o esquiva los mensajes. Comisionado, sale a campearlo el milico. Ha de citarlo en regla.

Regalado en la mesa con locro, durante la sobremesa con dulce de uvas y pasta de higos, el huésped, sin descuidar el oficio, propicia un tema de esos que acercan; el de los animales. Establece, por los encomios de doña Rosa, que el caballo favorito del amo es un alazán, ahora llevado a pasto, sería herejía condenarlo al corral hasta Dios sabe cuándo, y su perro seguidor y compañero es el Leal, que no se ha desaparecido, ahí está. Y si no estuviera, el uno o el otro –es el indicio que procuraba el pesquisante–, se dejaría ver un viaje, o una cacería, o un accidente, o una venganza exterminadora hasta de los animales encariñados. ¿Y con quién ha quedado el Leal? Se ha guarecido en la casa que levanta el Cholo. Como al presente allí nadie trabaja, parece que es a su gusto si no está don Reyes. "A ver...", propone el huésped. Pasan, doña Rosa y él, el huerto doméstico, el pozo de barro que de reseco ha echado costras, las pilas de adobes, los fardos de paja, e ingresan entre paredes sin techo, asombrosamente anchas, ¿por qué tan gruesas? Para que no se caigan con los temblores, comenta doña Rosa. Es razonable –conjetura el forastero– en esa parte del extremo sur de Mendoza flanqueada de montañas y volcanes.

Ahí está el Leal, grande, blanco, pelo corto, cabeza fuerte. Ante el visitante, aunque mitigada cualquier animosidad por la presencia familiar de doña Rosa, inquiere con la mirada y el olfato, alza las orejas. A una de ellas le falta un pedazo.

El retoño del policía –nueve años– cumple gustoso los mandados del forastero barbudo. "Traeme cigarrillos 43", y sale zumbando

al almacén, donde pedirá la yapa, un caramelo. "¿Me acompañás al arroyo?" De paso compran un "jabón de olor". Gusto del agua clara, en cueros, a la hora de la siesta. De vuelta: "¿Conoce el cementerio?". Todos los silencios del villorrio han cuajado bajo esas cruces. En las tumbas con templete –del 1800, del 1900–, predomina el apellido Reyes. Ante una: "¿La mujer de don Fermín?". "No sé." Al lado una más pequeña; ha de ser de la niña. Sobre ella se ha posado una flor artificial de terciopelo rojo. Sobre el terciopelo, menuda tierra.

En el linde posterior del camposanto, el labrado brocal de un aljibe. Se asoma el visitante. No hay agua, ni densas sombras, en las honduras: cae la claridad solar sobre unos cráneos y otros huesos de gente, blancos como purificados. "¿Y eso?" "Los pobres."

El hallazgo no alienta demasiado una hipótesis, no descartable, que le exigirá ayuda y sogas o escalera. Mañana, cuando vuelva el agente.

El capataz comparece, con un no para todo. Era previsible, ha de estar sacando ventaja de cuanto su patrón posee o poseía. El investigador lo instruye: dará cuenta de lo actuado y seguramente el tribunal, con vista a los herederos, extenderá medidas precautorias sobre los bienes, incluido el nombramiento de un administrador. El indagado se resquebraja un tanto, pero sigue con los no sé. "¿Estoy obligado a saber?" "Sí a colaborar. Puedo hacerlo detener." "Disculpe, señor –interviene de modo catastrófico el milico–, pero no tenemos calabozo."

Aunque lo deja en libertad, el investigador le impone presentarse diariamente, hacia el ocaso, y montado en el alazán, condición que causa una extrañeza al capataz.

"¿Le tenés miedo al Leal?" "Soy amigo de todos los perros", confía con naturalidad el niño. Se dirigen a encontrarlo, donde se socorre de su soledad. "¿Por qué le falta la punta de una oreja, estás enterado?" "Se la cortaron." "¿Quién?" "Don Reyes." "¿Por qué?" "Porque el perro era de él." El chico contesta distraído, mientras molesta a una perseverante caravana de hormigas. "¿Sabés que el perro se escondió desde que desapareció don Reyes?" "Se habrá muerto." "¿Don Reyes...? Puede haberse ido." "El Leal lo buscaría, no iba a quedarse echado."

"¿Qué tenés con esas hormigas?" "Van en fila a buscar comida. Vuelven en fila, sin hojitas, sin granos ni nada que abulte. Las pateo y no aflojan."

Amansado el calor de la tarde, no su orgullo, el capataz entra al pueblo en su propio moro, relegado el alazán al tironeo de una tienda. Ante la comisaría, el pesquisidor muestra que no le importan ni el capataz ni el moro. Con ansiedad hasta verlo de cerca, hace conocimiento del alazán. La soberbia bestia tiene despuntada una oreja.

"Doña Rosa, ¿qué clase de afecto tenía don Reyes por Marcelino?" "Siempre fue su bienquisto. Pero se volvió contra el padre y yo no se lo perdono." Guarda su asombro, el investigador, y prosigue: "Ahora dígame, ¿por qué don Reyes marcaba a algunas personas y a los animales que él quería?". La mujer padece repentino síntoma de inseguridad y destrucción. Aplica una mirada larga y desesperada al pesquisidor. Éste le exige, con fervor: "Hable, es por el bien de su alma". Ante tamaña invocación, ella se encoge, en su silla bajita, e inclina la cabeza.

"Se lo diré yo, doña Rosa, a mi manera. En estas tierras, en épocas pasadas, los caballos del rey (o del reino, como si hoy dijéramos del gobierno) se llamaban reyunos. ¿Sabe cómo se hacía para distinguirlos de los otros? No se los marcaba a fuego en el anca, se les cortaba la punta de las orejas. Don Fermín tiene que haber estado al corriente de esto, y por mostrar su poder (o su amor, quién sabe), por dejar señalado ante los demás lo que era suyo, le cortaba la oreja. Él era Reyes y tuvo sus reyunos. Así marcó al perro, al caballo y... al hijo, a Marcelino. No puedo saber si habrá cometido tal barbaridad con la hijita que se le murió y es raro que haya perdonado a esa hermosa muchacha que se guardó en Pozo Hondo." Llora, la mujer Rosa.

Las revelaciones de esta noche determinan una clase de bloqueo que al día siguiente, con humillación, le tiende ella. Provee su alimento, lo sirve, mas dentro de un anillo de silencio.

El huésped recoge costillas del asado y visita al Leal. Sin apartarse del territorio de espera o de fe que él mismo ha elegido, el can viene a recibirlo, con manifiesta simpatía.

Las miradas del investigador se inclinan sobre la doble columna de hormigas, tan ordenada hoy como ayer, de algún sitio del jardín a la pared más gruesa, y vuelta. El chico las llamó tontas porque no cargaban granos u hojitas. El hombre se dice ahora que pueden estar acarreando sustancias más pequeñas, poco visibles; recapacita que no son necesariamente vegetarianas y que incluso hay hormigas salvajemente carniceras, como algunas tropicales.

Poseído de una irresistible urgencia de actuar, recoge de la petaca el revólver inactivo, sacude la siesta del agente, le encarga que, sin alborotar al vecindario, se haga, "ya, en este momento", de dos testigos hábiles, mejor si provistos de pico y pala, con buen ánimo de ayudar y, "si los hay, que no anden enfermos de miedo a los Reyes".

En su morada, detiene al Marcelino, sin que pueda impedirle una mascullada injuria. En la casa inacabada, manda la demolición de la pared más gruesa. Se le obedece, con asombro. Hay acatamiento. No ocurre más oposición que la del perro, que es apartado sin daño.

Entretanto, los celosos ladridos han contribuido a remover al vecindario que aún con la somnolencia en los ojos concurre a presenciar la inexplicable destrucción.

La habilidad y el acierto de los operarios, o el azar, produce un boquete que, disipado el polvillo flotante, pone al descubierto un hormiguero viviente, encarnizado en el cuerpo humano enmurado.

Querría, el investigador, comprobar si hubo revancha, es decir, si le fue tajeada una oreja. No será posible, ya por ahí pasaron las hormigas.

Se ha extendido, entre la gente, como un pesado sueño de ojos abiertos. Las primeras reacciones son de movimientos, los de santiguarse.

Una persona se desprende de los grupos, la mujer Rosa. Va con la mano derecha levemente alzada a posarla sobre la frente de Marcelino. Completa el gesto maternal bajando la yema de los dedos hasta sus labios, y él responde con un beso leve, sin salir del todo de su actitud, que es como si estuviera al pie de su propia cruz.

Con voz enronquecida y queda, la mujer Rosa comunica al investigador: "No fue él", y pide: "No le hagan nada". Sabe que lo dicho no alcanzará como dispensa, por lo que añade la denuncia (o la traición): "El odio más callado y hondo, señor, fue el del Cholo".

En otro momento ha de hablar ante una pluma que se corre sobre el papel asentando sus palabras. Dice que el Cholo vino a resistir donde todos agachaban la cabeza. Dice que de la ciudad trajo un oficio, el de albañil. Dice que se presentó ante don Reyes y le pidió su parte, ¿qué parte?, la del bastardo. La ganó, ya que el padre le pidió los terrenos del fondo. El Cholo le dijo: "Levantaré paredes, una será para usted", y el amo se echó a reír. "Raro pago –comentaba–. ¡Vaya la ocurrencia!" A medias estaba orgulloso de hijo tan hábil y altanero. Hasta que el Cholo se siguió cobrando: le ganó la Carlina, y ésa, señor, fue la primera muerte de don Reyes: la muerte en el alma. Dice, la mujer Rosa, que se toparon justo en el medio, entre las dos casas, sin más testigo que ella, y que si el Cholo no hubiera sido ligero de vista y cuchillo, el amo no se habría bastado con tajearle la oreja.

Queda tanto por hacer: Aprehender al Cholo, obtener su confesión, completar las actuaciones... Sin embargo, el investigador se abstrae y, por una vez, se ocupa sólo de sí mismo.

Piensa en su propio padre. Lo conoció poco, de niño, y lo memora imperfectamente. Lo reproducen gastados sueños, sin curarlo de una ausencia nunca aclarada. ¿Murió acaso? Si vive, ¿dónde...?

Si bien concentrado en esta meditación, nota que por el patio avanzan langostas. Son saltonas, son verdes. Como las de Pozo Hondo. Recuerda a Carlina. Una ternura, como una caricia, le resbala por el pecho adentro.

Ítalo en Italia

Lunes, cinco de la tarde en Roma.

–Soy extranjero... –comunico a la señorita de fresco rostro, blusa abierta y ligera, que me ha visto entrar y me recibe, con mi sofocón por la atmósfera caldeada de las calles.

–Oh, lo sé –se hace cargo, con una sonrisa complaciente.

–...pero de familia italiana –pretendo dar la razón de mi discreto empleo de su idioma.

–Se comprende.

–Vengo de un país muy distinto –persevero en abundar, sin nombrar aún la Argentina ni describir mi absorbente permanencia actual en la Escandinavia, asimismo sin que logre causarle ninguna curiosidad hacia mi persona.

–Sí, y busca el sol. Le falta tiempo para hacer sus vacaciones en América.

–Eso –me siento desilusionado porque se me adelanta.

–Y bien, aquí lo tenemos, hervimos en él.

–Oh, no el sol de las ciudades.

–Quiere el sol y quiere el mar...

–...y colinas –me ayudo con las manos, dibujando formas, como lo hacen ellos–. Un pueblo en la roca, otro de pescadores, pocos forasteros...

–... pescado en el plato, un vino rojo en la copa, ¿no es cierto?

–Cierto.

Ella dispone, ahora animada y evidentemente dispuesta a arrastrarme a su proyecto:

–Lo tengo. ¿Le gusta la sardina? Irá a la capital. No quiero decir una gran ciudad, digo un pequeño puerto pesquero junto a las aguas favoritas de la sardina. En suma, una aldea en provincia,

en la Sicilia. ¿Colinas...? ¡Uh, si las hay...! Y con siete templos. –Y como si apelara a mi indulgencia–: Usted conoce, esos templos, eran cosa de los antiguos, los griegos...

Despliega mapas. Su cuidado dedito de oficinista primorosa traza sobre los colores de la lámina una ruta que comienza allí no más, en la Stazione Termini.

* * *

Otro día, jueves.

Pero es de mañana y ahí está el mar.

Está el sol, al comando del espacio.

Parece inmóvil; sin embargo, si acepto el desafío de mirarlo de frente, rueda o riela, y ese leve temblor se me antoja un presagio. Deslumbrado, heridos los ojos, los reposo tendiendo al azul de las aguas, y es como si el estremecimiento del astro se hubiera transmitido a la superficie. Entrechoca y forma espumas violentas, si bien por áreas ondea y produce armonías doradas.

No veo bandera que informe si hay riesgo, ni siquiera un mástil. Lo mismo me mojaré.

Desde las hileras de tiendas de lona –corte militar medieval, franjas rojas, franjas verdes–, me hace señas un individuo tostado, corto y vigoroso; desnudo hasta la cintura, pantalones arremangados, descalzo sobre la arena.

Me orienta, servicial; pero en cuanto he obedecido a su llamado me ubica y se desinteresa de mí. Ese trato mercantil me disminuye.

Al despojarme de las vestimentas observo que he traído en ellas dinero que debí guardar en el hotel. La suma es exagerada para un día de playa: 10.000 liras y 300 francos nuevos. ¿Por qué francos? Lo recuerdo: pagué, tuve vueltos durante la escala para el trasbordo de aviones en Orly; cambié, descambié, unifiqué en un mazo de billetes flamantes, dos veces doblados, con un pliegue al medio y otro montado en la nariz de Voltaire.

Coloco el dinero en un bolsillo del pantalón que me he quitado y quedará en la tienda de lona. Hago por darme confianza: Aquí no puede pasar nada.

Gano el borde marino, que las aguas, con su técnica incesante, se gozan en acariciar y retirarse, volver, retroceder... La arena, de color avellana, lisa, lavada y pasiva, está encendida de destellos.

No hay bañistas si no es lejos. La observación me revela que prefiero la compañía y no era absolutamente sincero mi propósito de descanso en soledad.

Compruebo que están las colinas (no distingo templos), que hay espacios áridos, arboledas, laderas de amapolas rojas y amarillas.

Camino hacia donde divisé gente. Me retengo antes de alcanzarla. No me colgaré de nadie.

Reviso el mar, sigue excitado. Percibo una leve fatiga y me echo de espaldas. El sol en los ojos me hace mal y me vuelvo de costado. Adquiero otra perspectiva, desde abajo, desde el nivel de la playa. Descubro el cuerpo de una muchacha, tan natural, tan confiado... Entre los dos, crecidas por el primer plano, sus sandalias... Al fondo (ahora sí), en el encuentro de dos colinas y con respaldo de otra, perduran serenas las columnas paganas...

He dormido y principio a despertar, ¿dónde? Es agradable la confusión, porque no tiene síntomas que puedan preocupar. El sol me alumbra con entusiasmo y coopera con mi memoria. Sólo en este pasaje puedo sentir que he llegado adonde quería. Me da satisfacción.

Algo se produce sin sonidos (o los apaga el mar). Cuando lo advierto ya ocurre.

Dos chicas están ahí, de pie, con sus mallas mínimas; están ahí como si en este momento hubieran cesado de andar. Cuatro muchachos están delante, de frente a ellas, como si en este momento estuvieran terminando de detenerse.

Podrían ser, con forma humana, con mucha vida contenida, las columnas del templo de las colinas que han respondido al antiguo llamado de las aguas.

Esta idealización, que me complace, es fugaz. Enseguida se me ocurre que ellas son extranjeras y los cuatro mozos, también de malla o shorts, sicilianos.

Considero con rapidez los volúmenes de las jóvenes, pero más seduce mis sentidos el misterio de la repentina inmovilidad de todos ellos, varones y muchachas.

Apenas dura, sin embargo basta para que piense que ellos están cautivados, las contemplan, y ellas quedan dominadas por la fuerza de la admiración que han causado, se sienten poseídas, aunque sea a distancia, que no es mucha, por la devoción de los cuatro adolescentes.

Es una quietud en que lo que sucede es como si se tocaran, pero no hay un solo ademán: es una adoración de los cuerpos.

Acudo al mar. Luchamos, yo por nadar y no hundirme, él por negarse. Mientras avanzo me desoriento y no distingo rumbo a la costa firme, ni embarcaciones ni bañistas. Interviene repentinamente la visión imaginaria de los despojos que van a dar a la playa, esas cosas que el mar ha destruido y expulsa. Se entrecruza la evocación de otras aguas, de otro tiempo, de otra franja de arena, donde uno a uno fueron traídos, del mar cruel, los cuerpos de aquellas nórdicas esbeltas, con sus largos cabellos claros chorreantes...

Una ola me arrolla; en el vuelco alcanzo a vislumbrar la playa y braceo hacia ella.

Al penetrar hasta la arena interior, seca y caliente, consciente de estar emergiendo de un peligro, alterado, amarga de sal la boca, persisten las impresiones de aquel mar de Valencia. Me suena el tableteo de hélice, del helicóptero de salvataje, que pasaba y pasaba, y revivo mis celos por la posición privilegiada que aquel tipo de la máquina tenía para verlas, a las tres, a pleno sol, bellísimas y muertas...

* * *

¿Cuál es mi tienda y dónde está el guardián? No es ése, porque el otro tenía dos orejas.

Él viene y yo lo espero. Dice como si se presentara: "Mi socio se fue a comer".

Con un ademán me da paso; era, en efecto, mi cabina.

Reencuentro mis objetos y algo me manda que, sin pérdida de tiempo, revise los bolsillos y recuente el dinero. Están las liras, todas las que tenía. Pero faltan 200 francos nuevos. Los calculo en dólares. Es una tonta manera de distraerme y postergar lo que tengo que hacer: protestar, proclamar el despojo. Emerjo al sol con

ánimo de gritar: "¡Me han robado!". El personaje sin oreja está a un paso, como si me esperara, y le digo, en efecto: "Me han robado", pero no a gritos.

Por lo contrario, es él quien alza el tono:

–¿A mí...? –le tiembla la voz de orgullo–. ¿A mí me viene con que le han robado? ¿Piensa que soy un ladrón?

–No –me defiendo, contra mi real pensamiento, porque sospecho de él.

Inflama el pecho, se hace firme sobre sus dos sólidas y cortas piernas, extiende un brazo y me conmina, grave y olímpico:

–Ahí está el comisario. Vaya si quiere.

Cerca de las carpas, hace un momento, no había nadie. Ahora tenemos asistencia.

Un hombre vestido –con ropas de calle– se ha adelantado y no suelta palabra. Tal vez no lo atrae simplemente la esperanza de presenciar una pelea, como a los demás. Pese a que no interviene, gravita. También el playero sin oreja percibe no sé qué, una especie de testigo peligroso, tal vez, porque sin perder la gallardía de su actitud, aunque ya menos aparatoso, plantea:

–Usted me arruina.

–¿Qué le arruino?

–Mi reputación, con este espectáculo que está dando...

–¡Pero a mí me han robado!

–Señor, yo no le he robado.

–¿Quién, entonces...?

–No lo sé. No yo, señor. Si mi amigo sacó algo, lo habrá tomado en préstamo.

–¿Cómo que sacó...? ¿Cómo en préstamo...? ¡No soporto más esta comedia! ¿Dónde está el comisario?

–Un momento, señor –contiene mi arrebato, dignamente, con un brazo en alto.

Le concederé tiempo, pero no quiero dejarme enredar ni en este trance ni ante todos estos que siguen llegando a gozar la disputa.

El veedor inexpresivo sigue en primer plano.

–Somos pobres, señor. Él es mi amigo. Nos hemos criado juntos, siempre en la miseria. ¡Puerca miseria! Es la primera oportu-

nidad que conseguimos de un trabajo estable. Es posible que él lo haya hecho, pero no nos arruine, señor.

De la agresión ha pasado a la súplica.

Éste es culpable, me digo.

–Y bien, ¿dónde está su amigo?

–Comiendo, ciertamente. Es la hora.

Al instante cambia el estilo, se pone desenvuelto e imperativo, y aconseja con amplitud:

–Creo que todos tendríamos que hacer lo mismo, para terminar esta historia de una buena vez, ¿no les parece? ¡A comer, será mejor!

Se vuelve en particular a mí:

–Vaya a aquella *trattoria* –y señala–, hallará buena pasta, fritos, sardina, bebida, y cuando esté tranquilo veremos. También yo iré a tomar lo mío.

Lo encaro:

–¿Quiere engañarme? Se pasó de listo y acusó al amigo.

Extiendo un ademán que abarca a los espectadores y lo prevengo con temeraria seguridad:

–Ellos serán mis testigos.

Como prueba, tomo del hombre al personaje mudo, y éste lo consiente.

Mi reacción impresiona considerablemente al playero. Exclama sordamente, llevándose un puño, en forma teatral, sobre el corazón:

–¡Yo no delato, señor! –y en voz más tenue agrega este comentario–: Eso es mortal.

(Pienso en la mafia.)

Se ve entrampado; sin embargo levanta cabeza con envolvente vivacidad:

–Usted, señor –me ordena–, no se mueve de aquí. Me espera. Yo iré a buscar a mi amigo.

Está partiendo, pero bruscamente retorna:

–Se lo juro, señor –y hace un complicado signo con dos dedos sobre su frente y su pecho–: Cuando éramos niños, mi amigo me comió una oreja. Si es culpable, yo le como a él las dos.

Me desarma.

La gente dice oh, y comienza el movimiento de retirarse: la función ha terminado.

Deduzco que como el cuidador de las casillas ha jurado de modo tan tremendo, y aquí el juramento es sagrado, de un modo general se ha supuesto "Basta la palabra": que la justicia se hará.

No es mi convicción, y noto que me voy quedando sin testigos, hasta el callado se va.

En sentido inverso de los que parten, se abre paso, llevando del manubrio una bicicleta, un chico, en quien lo primero que advierto es su ausencia de niñez, de ingenuidad. Con un susurro se acerca al playero, que se agacha para escuchar mejor. Imagino un mensaje de su cómplice. Imagino una sentencia de la mafia, ya que él acaba de traicionar, delató a un cofrade.

Terminada la confidencia, el guardatiendas se yergue y, como si no hubieran estado de parlamento, finge desfachatadamente descubrir su presencia:

–Finalmente, Guglielmino, has llegado. Dame la bicicleta, debo almorzar yo también.

–¡Cómo almorzar! –lo interfiero.

Me informa en voz baja: "Le digo almorzar para que me la preste".

No me conforma, pero tolero, lo dejo hacer.

Empieza a apartarse y todavía, deshaciéndose de mí con mucha soltura, me manda y promete:

–Vaya no más a comer. Después podremos vernos.

–Ah, no –reclamo con vigor–. Iremos los dos.

Me contempla con desconsuelo; suelta la bicicleta que cae en la arena; abre los brazos y dice:

–Pero señor... Qué mala suerte tengo yo con usted; no comprende. Ir allá, usted, no será bueno.

–¡No me importa! Usted no me dejará en la playa. No le tengo la menor confianza.

–¡Señor...! –pretende insinuar que lo ofendo.

No obstante, de repente se vuelve tolerante y amistoso, me tiende la mano derecha y se presenta.

–Mi nombre es Turí –y me invita–: Vamos. Adelante, arriba.

* * *

Realmente hacia arriba, en sentido contrario de la playa, abordamos la colina, por una cuesta áspera que busca las casas apiñadas de la aldea. Son de piedra, blancas de cal, simpáticas.

Me duelen las nalgas asentadas sobre el caño de la bicicleta y me baño en sudor por culpa del sol que yo mismo elegí para disfrute, sin saber en qué circunstancias lo tendría sobre la cabeza descubierta.

El ambiente y el paisaje han cambiado, la tensión cedió. Río por lo bajo, de mi posición sobre el cuadro de la vieja dos ruedas que el sin oreja –torito castigado y manso– pedalea con esfuerzo para llevar a tirones sus kilos y los míos, de tambaleo en zangoteo. Para no rodar y no cubrirme de magulladuras, estiro y recojo las piernas, a fin de ayudarle a mantener el equilibrio.

Le alcanzan las fuerzas para parlotear como si paseáramos y estuviéramos trabando conocimiento y camaradería. No hace caso de que yo, aunque me cueste, ponga cara hosca. Procuro que no me gane para su causa. Que ni me gane ni me sobre.

No se le escapa, sin duda, porque redobla argumentos que me convenzan de su sinceridad y, de modo lastimero, entona:

–¡Ah, Dios! En qué tremendo embrollo me has puesto, Fungo.

De espaldas a él, no puedo verle en el rostro la indignación que seguramente está aparentando, y si me muevo mucho sobre el caño iremos al suelo.

–¿Y quién es Fungo? –le consulto, aunque no es difícil deducirlo.

–¿Fungo...? ¡Mi amigo! –corrige–: El que se decía mi amigo. Lo odio. ¡Me comió la oreja!

Ahora le creo y deduzco el rencor lejano que lo carcome, mas le atajo cualquier tentativa de ablandarme por compasión, simplemente muestro una elemental curiosidad:

–¿Cómo fue eso?

–En pelea. Yo dije lo que era su hermana, alguien le contó lo que yo había dicho, él juró comerme las dos orejas.

Descuido las precauciones y me vuelvo a mirarlo, por si antes vi mal, y no, sólo le falta una, la otra está en su lugar.

Él lo pone en claro:

–Ah, pero no pudo. No pudo el muy flojo.

–¿Y qué era la hermana...?

Demora la respuesta un instante y después, muy caballero a su modo, me dice:

–Piénselo –y arranca a silbar una música, como apartándose el tema.

Querría seguir ese diálogo, conocer por qué el otro no pudo comerle o cortarle la segunda oreja, pero tengo que hacer tiempo hasta que suspenda el silbido, cuando a él se le ocurra, y además estamos entrando al pueblo.

Un chico lo saluda, alegre de verlo.

–Chao, Turí –y agita la mano.

–Chao, caro –responde con cariño y alza el brazo, para lo cual debe soltar el manubrio y el vehículo se va hacia donde yo peso; pero él nos salva del revolcón, es muy rápido.

Y enseguida:

–Ey, Turí. ¿Quieres probar? –es un chico que engulle una masa sostenida con un papel.

–¡Oh, si no tuviera estorbos...! –exclama con resignación bromista, y ha de haberle guiñado sindicándome como culpable de que él no pueda aprovechar.

Le estoy tomando afición, a este Turí. En media hora ha mudado mi disposición hacia él. Media hora, calculo, y una mirada a la esfera del sumergible lo confirma.

Me vuelve el gusto de las vacaciones, la despreocupación del turista. Me digo que los 200 francos no valen tanto como tratar a esa gente y sentirse incluido en la aventura que en definitiva puede terminar cuando yo quiera, con que me resigne a olvidar ese dinero.

Ya nos siguen dos o tres críos, lo que es sencillo para ellos, van a la carrerita, porque la bicicleta, con su doble carga, marcha lentamente.

Nos hacen cortejo, sin decir palabra, hasta que uno indaga:

–Ey, Turí, es un extranjero, ¿no es cierto?

–Se ve, Flaminio. ¿No lo estás viendo...?

–¿Americano?

–No.

Insiste:

–¿No yanqui? ¿No dólares?

–¡Pero no, míralo bien!

Podría contestarlo yo mismo, pero no. Prefiero ser un espectador (que pagó cara la admisión, 200 francos nuevos el ticket).

Entonces, el niño, ya debidamente informado, arremete: "Señor, cien liras...".

Y los otros dos: "Eh, señor, cien liras para nosotros".

Se desprende de una puerta otro pies desnudos, muy flaquito el pobre, y quizá convencido de que vine repartiendo en todo el camino, pide y se queja:

–Para mí también, señor, cien liras. ¿Por qué no a mí?

Si he pagado, sin proponérmelo, tan buenos billetes, qué poco será sumar unas monedas. Sonriéndoles con una implícita promesa de que tendrán lo que solicitan, busco el bolsillo y me apercibo de que sigo en malla y que el dinero quedó en el pantalón y el pantalón en el interior de la carpa, arrugado y expuesto sobre el piso de arena.

Trago saliva y se malogra la diversión que gozaba desde que decidí marginar la idea de que me han robado. Me siento víctima total, ahora de mi descuido.

Reflexiono que no he quedado sin recursos, conservo en el hotel más de lo necesario, lo cual no alcanza a desvanecer mi disgusto.

No obstante, van triunfando los malvones y las camisas y las blusas de colores que cuelgan de los balcones y las ventanas por donde unas vecinas comunican a otras:

–¡Ahí viene, el extranjero!

–¡El extranjero, María!

–¡Míralo bien, cómo es!

María, Paola, Fina, Rosanna, Lucía... Me siento como festejado, en la voz franca de las mujeres que se pasan el alerta de que yo he subido hasta su aldea.

Grata ilusión, disipable: no se me oculta, en el fondo, que dicen "el" extranjero y no "un" extranjero, sin duda al tanto de que soy el que acude no en tren de fiesta, sino de castigo y desquite, apañado por este Turí que ofició de delator.

Sin embargo, si es así, ¿por qué Turí continúa prácticamente agasajado con los saludos que levanta al pasar? ¿Cómo es que no se le condena, siquiera con los ojos, por traerme al reducto del ladrón?

Ya los chicos son más, y aunque nos siguen no piden. Mal signo. Bosquejo una interpretación que me sea favorable: cesaron de reclamar esa cuota de cien liras por cabeza al ver mi gesto cuando eché mano al bolsillito de la malla. Advierten que no llevo dinero encima. Son sagaces y sólo perseveran por curiosidad. Quieren ver a dónde me lleva mi osadía o a dónde me llevará Turí, quien al fin de cuentas es uno de los suyos y por algo lo admiran y es tan popular: deben de contar con que él me burle y astutamente desbarate mi operativo.

En tanto ascendemos desciende una mujer joven, que se corre junto a los muros. Creo que la descubro porque de pronto Turí canturrea, como nervioso, y sin armonía. Creo que no la descubro a ella, descubro su fuego.

–Te saludo, Giannina. ¿Te alejas?

–Será mejor, ¿no lo crees?

Intercambian un "Buena suerte"; los dos se han deseado lo mismo y llevan rumbos opuestos. Noto que se han hablado con cortesía.

–¿Quién es...? ¿Giannina la has llamado?

Turí, concentrado, sin que muestre enemistad hacia esa persona:

–La hermana del Fungo. Por ella he perdido mi oreja.

Pienso que no la analicé lo suficiente, lo merecía.

–¿Por qué dijo que será mejor que se aleje?

–¡Estamos llegando...! –me interrumpe, vivaz, posiblemente para eludir la explicación.

Turí suelta los pedales. Desmontamos, hago unas flexiones para reactivar mis piernas adormecidas.

Turí, cuando lo hizo, ¿insultó el honor de Giannina por despecho...? ¿El despecho del adolescente que ama a una mujer un poco mayor que él y a quien ella no quiere escuchar ni interpretar? Turí, que acaba de decir: "Por ella perdí una oreja", ¿no podría reconocer: "Por ella salvé la otra"? ¿Por qué lo imagino

así? Por su reacción de ahora ante ella, bien diferente del rencor. O ella impidió que el hermano le cortara las dos o es que a él ese amor lo ha marcado no sólo por fuera.

No hay puerta en esta casa, donde Turí golpea con un llamador de hierro: hay portón, quizás así de ancho para que trajine sin impedimento no el bulto, sino el rebulto de esa matrona que está empezando a aparecer.

Entretanto se han agrupado los chiquilines, mujeres con bebés, canes.

Tenía que ser así: quedamos los tres, solos, ante el portón, sin que haya sido necesaria una presentación. Un semicírculo despejado nos distancia de los espectadores, que calculo en medio pueblo, sin hombres, andarán trabajando.

Apenas ha mediado un saludo, parco el mío, inhibido el de Turí, que la abultada no responde. Me estudia, corporalmente, con mueca de dignidad ofendida, supongo que a causa de que todo lo que me cubre no es más que una malla corta y, ciertamente, no estamos en la playa sino ante una casa de familia. Sólo ahora, realmente, asigno alguna importancia a cómo he venido. Turí usa malla pantalón y se ha echado encima, aunque suelta, una camisa sport.

Tanto controlarme no me estorba vigilar al genio, que se porta de una manera pasiva y expectante; ni me impide atender a la matrona, que me espía prolijamente, pero de costado, con un solo ojo. Si posee otro, hace economía, porque lo mantiene cubierto con un párpado. ¡Lindo par: el Una Oreja y la Sólo un Ojo!

Se comunican, pero me cuesta entenderlos. Emplean un siciliano restringidamente dialectal y además no puedo compenetrarme: me siento explorado, tal vez condenado, por esos muchos jueces. O quizás temo, no el peligro que insinuó Turí antes de subir, sino ser escarnecido, hacer un ridículo papel.

Comienzo a captar el diálogo cuando ella lo humilla:

–¿No tienes vergüenza de hablar de mi hijo con un extranjero?

Me propongo impedir que me envuelvan de nuevo con su destreza para argumentar y no respondo a su menosprecio, le planteo:

–Señora, yo no hablo el dialecto, pero usted podrá entender mi italiano. Escúcheme: yo quiero recuperar mis 200 francos, sin

que pretenda saber si los tomó su hijo o no. Si usted no tiene nada que decirme sobre ese dinero –y es ante usted que me ha traído Turí– descenderé rápidamente al comisariato, con o sin bicicleta.

Me desdeña ostentosamente, alzando un hombro, y luego, sin siquiera dirigirme el ojo, cede apenas, respondiendo no a mí, sino a Turí, y en su dialecto:

–Mi hijo no está en casa, ni vendrá a comer.

Anuncio, muy decidido:

–No es asunto mío. Voy bajando al comisariato.

Turí se atiene a su diplomacia de la paciencia: "Espera, espera un momento, hombre. ¿A qué tanto apuro? Todo se va a arreglar". Me tutea. Pero ya lo conozco y no me molesta, se le ha soltado su natural. Le creo aún más que procura arreglar, porque es evidente que teme a la policía.

Como ha conseguido que no me vaya, se esmera, con vehemencia, por poner en razón a la madre del Fungo. Le pinta el riesgo.

Logra que me tome en cuenta, ya que por primera vez ella me habla:

–Mi casa es de gente de bien. Mi hijo no hace lo que usted dice. Él vendrá y podrá desmentirlo. Pero...

(Sentencia:)

...si ha robado tendrá que saberse. Ahí está mi marido...

(Señala hacia adentro, con su grueso brazo, pero el marido no aparece; seguramente es viuda.)

...y le va a poner el pie en el cuello, lo va a matar, sí, pero confesará.

La asamblea de mujeres y niños ha podido enterarse, a la perfección: el hijo debe confesar; la madre lo ha declarado y ella, ciertamente, es la autoridad principal de la familia.

Ya existe un pacto. Como sucedió en la playa, pronunciando el compromiso el interés decae y cada cual vuelve a lo suyo.

Sólo se demoran algunos perros, que dormitan al sol, y unos cuantos pedigüeños, los menos informados, que corren detrás cuando tomamos velocidad en bajada, yo como antes sobre el cuadro de la bicicleta:

–Dame cien liras...

–Las cien liras, ¿me las das...?

Turí se regocija, sólo le falta cantar, y a mí me pone de mejor ánimo.

Inclinada en su balcón, una mujer me llama:

–Extranjero...

(Y cuando la atiendo me vuelca su maldición, por las monedas:)

–... ¡Que con tu hiel te las comas!

No ha cesado de sonreír, para decirlo.

Lástima de dinero, que no llevo, para dar gusto a los chicos... para que no me consideren ni extraño, ni hostil, ni miserable.

Ella no me ha humillado.

(Entre los barrotes del balcón se escapan los tallos florecidos de la hilera de geranios; junto a las piernas de la madre asomaba una nena de ojitos celestes, ajena a esas guerras.)

* * *

Antes de salir de la aldea, nos intercepta Guglielmino. Viene en otra bicicleta, pintada de verde, más nueva. Supongo que nos reclamará la suya y estaremos condenados a una caminata.

No es así, el chico avisa vivazmente:

–Lo he visto, pero al verme tomó de la otra parte.

Turí no se impresiona ni se lanza a la acción. Con parsimonia me propone su filosofía:

–¿Para qué correr? ¿Para qué buscarlo...? Irá a su casa, ¿no es verdad? Allá lo espera la madre, y basta.

Estoy por aceptar el cómodo razonamiento, pero algo ha ocurrido allí en la placita. Alguien se escurrió y una mujer gritó: "¡Alto! Está el extranjero". A él no lo reconocí, a ella no la veo.

Reclamo a Turí:

–Ha dicho: "¡Alto! Está el extranjero".

–¿Quién? –se sorprende–. ¿Quién ha dicho alto?

–Esa mujer.

–¿Cuál mujer?

¿Cómo indicarlo? La calle, por ese sector, se ha vaciado; la placita estaba sola.

Turí extiende sobre mí su tolerancia:

–Caro señor mío, usted no se ubica. Una mujer cantaba, en dialecto, por eso no la entiende.

Me prohíbo rabiar: no cantaba. Pura artimaña: modulaba la voz, para producir el disimulo.

Turí sugiere:

–¿Podemos tomar un vaso de vino...? Yo invito.

Como me ve amoscado, y no se le oculta que estoy en lucha conmigo mismo, él sabe por qué, insiste en distraerme:

–Hace calor, el vino está fresco, el bar es vecino.

No transijo y volvemos a la bicicleta.

Ralean las viviendas de la aldea en tanto descendemos y nos recibe la brisa del mar, que modifica la temperatura y acaso los pensamientos. Sutilmente lo percibe Turí, el tenaz:

–¿No siente sed, tampoco ahora...?

Digo sí, pero no de vino. "Una coca, puede ser..."

Turí, el censor, con su instinto mundano se muestra condescendiente:

–También yo, a veces, bebo una coca.

Absorbo el desplante y me corrijo.

–Puede ser un café.

–Puede ser café helado –se empeña.

Ante el mostrador del bar, me pliego a las costumbres de la región, que seguramente tienen su razón de ser.

Después transijo en que nos sentemos, hay mesitas y el salón está fresco. Acepto un almendrado líquido, igualmente frío, y enseguida otro, y charlamos.

Ya el descanso a la sombra es suficiente; está entrando a operar, otra vez, mi mecanismo de desconfiar. (¿Por qué me retiene tanto tiempo? ¿Ha olvidado su trabajo?)

Intento el pago, sin pensar que no tengo dinero conmigo. Turí, que me ve hurgar en vano el bolsillito, pasa su billete al mozo, sin prisa, porque no le ganaré ni podré impedir su cumplido.

Soy yo quien se apura, porque recuerdo que allá en la carpa quedó lo mío y doy por hecho que, con un playero fugado y otro atorrando de pesquisa conmigo, las casillas han de estar sin cuidador y libradas al saqueo.

Se lo digo, mientras nos dirigimos a la puerta, y él, con maneras que parecen ponerlo por encima de pequeñeces, rechaza mis inquietudes, quiere despreocuparme:

–¡Señor...! En estos lugares todos nos conocemos, vivimos en paz, nadie codicia lo ajeno. No hay ladrones. Ni cárcel, no hace falta. No se conoce la delincuencia. Si alguien mata, señor mío, es por amor.

Surgimos al exterior y padezco la ofensiva del sol, que me para y me deslumbra.

No he prestado atención a lo que hace Turí, hasta que lo oigo causar bulla:

–¡Me han robado! ¡Me han robado! ¡Desvergonzados, ladrones! –y algunas lindezas suplementarias.

Medio yo se divierte, el otro medio está despistado. Aguanto su vociferación, después procuro serenarlo y conseguir que me conteste:

–¿Qué diablos es lo que te han robado?

–La bicicleta, ¿no lo ves? Y no era mía, bien que lo sabes.

Busco una silla de paja bajo un quitasol enorme y amarillo. Le doy tiempo a que, de un costado a otro, entre los que se acercaron, blasfeme, insulte a sus conocidos y a los desconocidos, apele a los poderes divinos, reniegue de la justicia y, en fin, después de haberlo visto trotar un kilómetro por la carretera sorteando coches de autistas que no le hacen caso, o lo maldicen, lo acojo en la silla de al lado y hago que le traigan un café.

–Tilo, precisa éste –me dice el mozo, sin compasión ni respeto para Turí.

Turí lo mira de reojo, con una mirada homicida que se le clava al otro, y le dice:

–¡Veneno!, pero no para mí. Te lo sirvo yo, si te gusta, basura.

Evidentemente, son decires. Ni se declaran ofendidos ni hay síntomas graves de ansiedad por golpearse.

Turí olvida al retador y, meditabundo, sorbe el cafecito helado.

Le propongo:

–¿No harás la denuncia a la policía?

Lo medita. Displicente:

—¿La policía...? Puede ser. Más tarde, cuando lleguemos al comisariato.

—Usa el teléfono, ¿para qué está? Si demoras, el ladrón escapa.

—Aquí no hay.

—¿Qué no hay, ladrones?

—Teléfono.

—¿Cómo que no? En el bar, lo he visto yo.

—Es inútil, no marcha.

—¡Estás inventando! Hace un momento, alguien lo usaba.

Se fastidia y rezonga:

—La policía no sabe de estas cosas. Nunca descubre nada.

Asimilo su recelo y me arriesgo a darle motivos para ofenderse:

—Vamos, Turí... ¿Verdaderamente no crees en la eficacia de la policía o lo que ocurre es que esa bicicleta era robada?

Me echa una mirada inteligente, pero la encubre con palabras supuestamente ingenuas:

—¿Cómo puedo saber si era robada, señor? La bicicleta no me pertenece. Me la prestaron, usted lo vio.

Me resigno a no seguir escarbando: miente con tanta verdad...

De pronto, se rehace como si diera un brinco:

—Después de todo, ¿qué importa la bicicleta? ¡Basta una caminata, al sol! Es tan bueno...

Admiro sus mecanismos, su facilidad para vivir.

Después de todo —me digo repitiendo su frase—, tiene razón. Él resucita al vagabundo que lleva adentro o que posiblemente ha sido, y yo he venido a buscar la vida al aire libre. Soy un turista, ¿no? Mejor —aunque sea esta vez, con un tipo como éste— ser vagabundo.

Exagero. No me puedo llamar vagabundo por cinco kilómetros con rumbo fijo, hacia la seguridad. Si lo pensé es por influencia de Turí, que maneja la realidad como le place y le conviene.

Contagiado, no me he apercibido de que ando descalzo. El piso caldeado de la carretera me pone en lo cierto. Confieso: "No podré hacerlo". Turí considera que podré; es cuestión, dice, de marchar fuera del pavimento, porque el terreno es arenoso y no daña los pies. Puede predicar: él va calzado con una especie de alpargatas abiertas, sostenidas por lazos que se anudan hasta arriba del tobillo.

No quiero desmerecer y me esfuerzo. La arena existe y aunque caliente no quema como el alquitrán del camino; pero está accidentada por matas de hierbas salvajes, algunas muy duras y hasta cortantes, que no es simple sortear, y me lastiman.

Estoy a un paso de renunciar, aunque sostengo los andrajos de mi estoicismo y no haré dedo. Cedo lo mínimo:

—Ésta es la vía del mar, por aquí tienen que pasar autobuses.

Dice: "Pasan", nada más, y sigue andando, yo atrás para no exhibir mi marcha lamentable.

Comento:

—Podemos tomar uno.

Asegura:

—No podemos.

Especula de hermético y yo no transigiré más.

Todavía dilata la explicación, hasta que se decide sin que yo lo urja:

—No podemos porque se me acabó el dinero. Lo gasté en el bar, y usted no tiene.

Lo sabía, lo supo en todo momento, el muy diablo. Por lo menos —me corrijo a su favor— está al tanto desde que no pude dar las cien liras a los chicos de la aldea.

Intento:

—Podemos subir al autobús, contar al chofer lo que ha ocurrido y pagar cuando lleguemos. Yo pagaré por los dos.

—A usted lo llevarán aunque sin dinero. No a mí. Puede suceder también que, si el chofer me reconoce cuando nos vea en la ruta, no detendrá la máquina y pasará de largo. Vaya usted solo. Yo seguiré a pie.

Entretanto me mantengo indeciso, se descalza. Me presenta, en sus manos, las alpargatas, de las que caen los cordones lacios.

Acepto.

Continúa, pisando con sus plantas desnudas. De a ratos, payasea, tal vez por entretenerme: salta al pavimento, exagera horrores la escaldadura, simula brincar sobre brasas, finge ser una tea humana, retorna a la naturalidad, camina con elegancia de salón, se ríe una barbaridad y baila con una pareja invisible.

Ya llegando, al amparo de los primeros árboles, proclamo:

–Antes que playa con sol, alameda con sombra. La merezco un rato.

Concede:

–Hace bien.

Y aprovecha para declamar su parte:

–El mar está malo. Pienso que yo puedo ser necesario a los bañistas. No debo faltar tanto tiempo, si no, perderé el empleo...

(Extraño que lo recuerde.)

... además, las tiendas sin cuidador nadie las paga...

(He aquí la verdadera causa.)

... así que usted puede quedarse hasta que se reponga. Yo parto. Adiós.

–¡Eh, un momento! –reclamo–. ¿Y mi ropa, y mis pantalones con el dinero?

–Usted no me había contado exactamente eso, señor. No hace confianza en mí. ¿No quedamos en que su dinero de-sapareció cuando usted estaba en el mar...?

–No quedamos en nada. Dije desde el principio una cosa, y eso no ha cambiado: cuando fui a la playa, dejé el dinero en la tienda. Mientras me bañaba, alguien lo robó.

–¡Y ahora dice que tiene el dinero en los pantalones, dentro de la tienda...!

Finge asombro, me mira con reproche, como si me descubriera en falso testimonio y pretende ser benévolo al censurarme:

–¿Me quiere meter en un embrollo, señor mío...? En todo caso, ¿por qué esta comedia? ¿Por qué me ha hecho perder mi tiempo, mi bicicleta, mis propinas y tal vez un amigo...? Ah, no, señor mío: con un siciliano no se juega...

Le he permitido divagar o jugar su farsa (él tiene que saber que no me robaron todo el dinero, que parte quedó en mis ropas); pero ya no le aguanto el acento de amenaza:

–¡Se acabó! Lo he postergado todo el día. Pero ahora...

Corto el parlamento y arranco a andar con energía, el pensamiento puesto en el comisariato, hasta que advierto que no sé por dónde se halla. No será difícil averiguarlo. Consulto a un transeúnte y, como mi condición de ajeno al país es manifiesta, él cree que no entiendo su idioma y me orienta haciendo señas. Son tan ampulosas

que, si Turí nos está espiando, aunque no pueda oírnos ni le haya dicho concretamente lo que haré, caerá en la cuenta sin esfuerzo.

No importa, que lo sepa; podrá suponer lo que le espera. Mejor que se arrepienta y que me dé alcance, plata en mano.

¡Hecho! Ahí está llamándome, a mis espaldas. Aparento no prestarle atención.

–Eh, señor. No siga, escúcheme. Atienda un minuto.

Yo sigo, casi corro.

Estamos provocando la atención de la gente que circula.

Como no lo veo, no me explico por qué no se afana en alcanzarme, es tan ágil, y deduzco que con algo cuenta a su favor. Acierto. Me grita a todo pulmón:

–¡Se lleva mis alpargatas! ¡Ey, deténgase! ¡Son mías!

Ahora sí que me miran y concurren a presenciar lo que, evidentemente, sobrevendrá.

Lo ha conseguido, este maldito. He tenido que detenerme y, por añadidura, me avergüenza en público. Peor para mí si lo conocen: ¡que un pillo de aldea me acuse de ladrón de alpargatas...! ¡Y usadas...!

Indignado, torpe, violento, hago por desanudar las complicadas ataduras, rompo un cordón y arrojo la alpargata al suelo; me armo de la otra para estampársela en la facha.

Lo veo venir –la gente le abre paso–, con pleno dominio de sí mismo, Guglielmino al lado; con ellos la segunda bicicleta, la verde...

Calmoso, manteniendo distancia –se cuida de la alpargata que enarbolo– me advierte en voz alta:

–Quédese con eso, puedo andar sin ellas. Además, yo mismo se las presté.

Controla el efecto y se adelanta, no mucho. Viene diciéndome:

–Guglielmino ha visto al Fungo y sé que esta vez puedo arrinconarlo. Haga fe en mí. Yo volveré con su dinero.

Antes de ponerse a mi alcance, monta y parte en la bicicleta.

Le entrego mi cansancio a un banco.

Entonces distingo al niño. Ha permanecido, como dejado en custodia. Si es así, cumple el encargo de un modo que intimida. Está callado y solo, me mira de frente, con frialdad y fijeza.

–¿Qué esperas?
No responde.
–¿A dónde ha ido él?
No responde.
–¿Volverá?
Cabecea de arriba abajo, muy expresivo, y siento que principia a establecerse la comunicación.
–¿Traerá la plata?
Hace un ademán, también afirmativo, concluyente, que se asemeja a esto: cuando uno pone en la mesa el naipe del triunfo.
–¿Cómo lo sabes?
No responde.
Este chico, ¿es mudo? No. En mi presencia esta mañana susurraba al oído de Turí. ¿Defectuoso vocal? Tampoco. En la cuesta de la aldea habló con normalidad.
Quiero aceptar que puede ser desenvuelto con los suyos y tímido ante extraños. Quiero confiar en que está de mi lado, o al menos que defiende a Turí y lo ayuda a que atrape al verdadero culpable, supuesto que sea el Fungo.
Con estas esperanzas, lo interrogo aún, pausada, pacientemente:
–Guglielmino, dime, ¿qué parte te toca en esto? No la del dinero, ¿cierto...? Turí es tu amigo, se ve; o tu hermano, puede ser...

* * *

Cubre mis palabras, nos sorprende, atronador, un helicóptero que irrumpe y vuela sobre nuestras cabezas osadamente bajo. Alcanzo a darme cuenta de que es una máquina naval.
Percibo, en los demás que pasan, una corriente de inquietud.
Guglielmino ha desaparecido.
Me parece que una alarma moviliza a los lugareños, que emergen de todo sitio; a los turistas más informados que yo, a las mujeres vistosas que cierran sus boutiques para acudir.
Me agrego a ellos, sin averiguar, pues algo me atrae dominadoramente y me late que ese llamado procede del mar; no puedo comprobarlo porque tengo la visual tapada por los árboles de la alameda.

De nuevo zumba, rasante, el helicóptero, y su ronco traqueteo me transporta a la playa de Valencia donde recostaron su muerte las tres muchachas nórdicas.
En unos momentos desemboco en la ribera. Entre el mar y yo está el bloqueo de la multitud, pero enfilo como sabiendo por dónde hender hacia un punto determinado, que las cabezas no me dejan ver ni establecer qué se desarrolla en él.
Con riesgo de incomodar y causar reyerta, pugno por adelantarme. Me impele una preocupación creciente: preciso verificar si se ha hecho realidad mi presentimiento. Si el vuelo de ruidos sombríos de la máquina aérea urde con la playa una repetición de Valencia. Si ya en la arena las aguas cortejan los cuerpos que esta mañana, cuando vivían, infundieron la fascinación a los cuatro adolescentes sicilianos.
Por ternura hacia ellas, las hermosas muchachas forasteras; por apego romántico a la escena mágica que propició el sol que yo buscaba; tal vez porque los trajines del día han quebrado mi entereza, aunque me adelanto con fuertes empellones me perturba una conmoción sentimental. Si es visible no me avergüenza.
Entonces, los que trababan mi avance, los que me rechazaban, se repliegan y permiten mi tránsito, que se vuelve holgado y es asistido por un silencio vasto que parece piadoso.
Al fondo del sendero abierto para mí, está la costa; en el borde, nítido, un cuerpo de mujer, muy blanco.
Estremecido y vacilante es mi andar: la emoción me sacude, pero también se debe a que mis pies escaldados retomaron el contacto con la arena ardiente. Y a mi paso se desprenden las compasiones:
–Ni caminar puede...
–...¡pobre alma...!
–¡Infortunado novio...!
Alguien corrige:
–No es el novio; es el padre.
Y yo prosigo, con una absoluta fijeza en mi determinación.
Algunas mujeres sollozan. Una de ellas me echa los brazos al cuello y procura que desista:
–No la vea, no se atormente más; le hará daño. Recuérdela como era viva, la desventurada.

La descuelgo de un tirón y le protesto: "¡Pero señora...!".

¿Cómo sabe que cuando la descubrí su inmovilidad era distinta, que palpitaba al sol, erguida y anhelante, detenida un interminable instante por la veneración de los varones...?

En el último tramo, algunos bañistas –mujeres y hombres– me extienden la mano y pronuncian palabras de condolencia, en distintas lenguas. Les aplico miradas de impaciencia.

Llego.

La contemplo largamente donde yace.

He contenido el impulso de doblar la rodilla.

Me recuerda a una artista de cine, no sé cuál; pero no es ninguna de las chicas que vi esta mañana.

Se seca mi congoja, porque yo aposté a mi presentimiento. Naturalmente, me da pena que una muchacha tan linda se haya ahogado, pero...

He quedado tan quieto, meditando todo esto... Viene a interrumpirme otra mano que se me tiende, supongo que a dar el pésame, que rechazaré porque ya no estoy alucinado. Pero es la mano de un uniformado con galones de oficial, es policía.

Sin soltarme, aunque de un modo bondadoso, despliega frases que posiblemente considera oportunas y reconfortantes:

–Ahora, caballero, que ha pasado el primer *shock*, el primer golpe de la desesperación, y que espero haya llegado a usted un poco de conformidad ante los designios insondables del Señor, le pido que, si se siente en condiciones de colaborar con nuestra penosa pero necesaria misión, procedamos al reconocimiento del cadáver. ¿Nos quiere decir el nombre y el apellido de su desdichada novia?

He soportado su discurso sin animarme a interrumpirlo, pero ya que ha concluido y me encuentro tan cansado, me limito a sacudir la cabeza y decirle, con una voz que me suena algo ronca, aunque muy neutra en materia de sensibilidad:

–Señor oficial, no la conozco.

Noto en él la decepción; noto además que no me cree.

Tampoco la gente que está cerca y me ha oído, porque una mujer comenta, afligidísima:

–El dolor lo ha trastornado. Se ha vuelto loco.

Otra sabe más:

–No es locura, le ha dado un ataque de amnesia.

Otra se conduele:

–No reconocer a su propia hija...

–La esposa, diría yo.

–No es la esposa, caramba; es la prometida. ¿No ven que desvaría...? Por la esposa nadie pierde el seso.

Los dejo hablar. Parece que, a la par de mí, el policía se despreocupa, aunque quizás aguarda que yo reaccione y revele mi verdadera relación con la muchacha. Como debo desengañarlo, repito:

–No hay parentesco, ni es mi novia. Francamente, no la conozco. Estoy desolado por el trastorno...

("¿Ve...? –suelta alguien, triunfante–, dijo que está trastornado".)

–...pero puedo asegurarle que nunca la he visto. La confundí con Valencia.

Entiendo que acabo de favorecer el malentendido y los pensamientos sospechosos. Quiero enmendarme y no alcanzo, porque se superpone el tableteo de las palas del helicóptero y prácticamente nos barre la onda de aire desplazado. Casi he caído sobre la muerta. La miro con aprensión.

El aparato hace un giro amplio y retorna ya sin causar sorpresas. Calculo el porqué de su extrema y peligrosa aproximación: sin duda no hay comunicación de radio entre los policías que están ahí, en ese punto de la costa, y el piloto, y éste, con señas, intenta hacer comprensible un mensaje, que todos tratamos de descifrar. Parece avisar que traen otro cadáver y siento que no me interesa, estoy exhausto.

Mientras el oficial, que posiblemente con igual interpretación de las señales del piloto, se pone a dar apresuradas órdenes técnicas, prefiero segregarme sin producir más equívocos.

Pero no hallo paso franco como se me concedió al venir. Ahora tengo que marchar contra los rostros y sus ojos, y percibo que se han formado dos partidos.

Desde uno me asestan: "comediante", "farsante", "no se juega con los sentimientos de una pobrecita muerta", consideración que

puede haber percutido en los oídos de quien a continuación me embiste con una sola frase: "Degenerado mental".

Desde el otro bando, que se manifiesta más tímidamente, me otorgan la clemencia de admitir que, en verdad, por la pérdida de un ser querido he perdido también las entendederas.

De todos modos, entre la expectativa que los excita por la inminente llegada de la segunda víctima de las aguas, resuena un cierto fragor relativo a mi persona.

Es peor: un grupo me encierra. Alguien me salva: "¡Déjenlo partir! No está en su juicio. Le volverá cuando salga de la emoción, y si no, vagará por el mundo sin saber qué le ha pasado".

Retorno al fresco de la alameda.

Por un rato nadie se ocupará de mí, ya que se ha vaciado la zona urbana a la vista, todos pululan en la playa.

Me reconforta el aire del mar, que antes de llegar se hace camino entre las hojas y aunque las deje temblorosas les roba su aroma y me lo entrega.

Me tiendo en el banco, cara al cielo, y me da placer como si ya lo hubiera ganado.

Me llamo vagabundo, lo cual me regocija porque bien reconozco que tengo hotel y en el hotel la valija y en la valija una billetera y en la billetera una suma... ¡a la que le falta algo! Sí, los francos y las liras. Pienso que debo recuperar al menos lo que quedó en el pantalón de playa. Pero ahora, en la playa, está la muchedumbre atraída por la tragedia. Me figuro a los muchachos rapaces. Me figuro la aventura del merodeo, por las hileras de casillas. Imagino un animado pillaje en que los pillos se divierten.

Decido: "¡A olvidarlo!", y me entrego a hacer cuentas para establecer cuánto conservo en la cartera. Es tanta mi pereza o mi fatiga que, antes de andar hasta el albergue, prefiero memorizar cifras, reconstruir gastos y computar la equivalencia de moneda extranjera. Postergo incluso la ducha, y el bocado que me falta desde el temprano desayuno. Prefiero contemplar, boca arriba, desde un banco de madera en el paseo público, la marcha armoniosa del cielo sobre mi frente que ha sido invadida por lo absurdo.

* * *

Frena una bicicleta. Sencillo saber, sin mirar, cuál es y quién viene sobre ella, posiblemente a recomenzar maniobras para entramparme.

Como no me muevo, permanezco de espaldas y he cerrado los ojos, Turí me toma un pie y lo sacude con precauciones. Retengo mi posible estallido, de indignación o de risa, no sé en qué parará.

Me susurra, como si tuviera mandado despertarme en mi lecho sin darme sobresalto:

–Señor, señor...

Lo dejo hacer, sin reaccionar.

Prueba de nuevo. Finjo un ronquido.

No lo veo pero creo que, sorprendido, ha de haber echado un paso atrás. Entonces, sin tocarme, tal vez creyendo que no será oído, rezonga:

–Despiértate, dormilón.

Alzo medio cuerpo y lo examino: está con las ropas rotas y revolcadas, la melena en desorden y claveteada de hierbas.

Al verme despejado, me sonríe con sencillez. Echa mano al bolsillo de atrás y, sin palabras, me tiende unos billetes de banco. Reconozco el dibujo y los colores de los francos franceses.

Entramos en una pausa muy serena, cómodo el uno con el otro, conciliados.

Quiero saber:

–¿Cómo lo hiciste?

Con discreción explica:

–Se había refugiado en el bosque. Guglielmino me enseñó dónde y me dijo que lo vio esconder el fajo de liras bajo una piedra.

–Entonces fuiste, levantaste la piedra, retiraste el dinero, pacíficamente, y has regresado a entregármelo.

–Propiamente, tal como usted lo dice.

–¡Zorro, mentidor de oficio! No seas modesto, Turí. Con la camisa rasgada, golpeado y lastimado, ¿cómo harás para que crea que todo fue fácil? Has peleado. Por mí, ¿no es cierto?

–No, señor, no por usted. Por mi honor y el honor de la familia.

Digo: "Sí".

Valoro el gesto que ha tenido Turí y siento necesidad de mostrar reconocimiento. Una acción noble, me digo, no se compensa con una propina. ¿Cómo lo haría él, en una situación semejante? Trato de concebirlo y me veo sentado a la mesa familiar, invitado a compartir la sabrosa comida que cocina la madre.

Compartirá mi mesa, aunque pasó la hora del almuerzo y lo haré a mi estilo:

–¿Quieres beber una copa? –le propongo, sin decirle dónde–. Esta vez pagaré yo –declaro, con alegre complacencia, y adivino que he estimulado su confianza.

–Se lo agradezco; pero vino no, a esta hora...

–...y menos llevando el estómago vacío –agrego, con alarde de haber entendido–. Whisky o cerveza, ¿puede ser? Y unos sándwiches tostados, o gruesas tajadas de jamón y blancas rebanadas de pan, ¿no te parece?

–Cerveza, va bien, y el jamón. Verdaderamente, estoy ansioso –y muestra satisfacción.

Echamos a andar por las calles, que han quedado despobladas, y él comenta:

–Noto algo extraño, como si todos se hubieran ido a dormir. Este lugar no es así. –inquiere–: ¿Ha ocurrido algo cuando yo estaba en el bosque?

Evidentemente, ignora la tragedia del mar y el grotesco que protagonicé en la playa. Prefiero no volver sobre esas impresiones. Digo para él: "Nada, sólo andanzas de un hombre que tuvo un delirio".

Se asombra, candorosamente: "¿Deliraba, en pleno día...?".

No sé cómo explicárselo; lo despisto:

–Vayamos por la cerveza –dispongo.

Y ahí vamos, los tres; yo, él y su vehículo.

Le pregunto qué hará con la bicicleta cuando entremos a tomar la copa. Me dice: "No entraremos a ninguna parte. No me fío. Podemos beber cualquier cosa en la calle". Le participo: "La guardaremos en el garaje".

–¿Esta bicicleta en un garaje...? ¿Qué garaje?

–El del hotel.

–¿Me lleva a su hotel?

–¿Por qué no?

He acertado, con un tipo de cortesía que seguramente no le sucede recibir en lo común de su vida. No esconde el agrado, que le crece cuando descubre qué hotel es, el mejor de aquí.

Asisto, sin tomarla a lo serio, a la desorientación con que el portero me escucha que haga poner en la cochera la bicicleta de mi acompañante. Turí aparenta que le resulta natural, pero no dudo que para él tiene que ser una especie de revancha, si bien encuadra en su género de vida, al salto y la casualidad.

Por el ascensor de bañistas monto a mi habitación a echarme un short y una polera, y en minutos estoy de nuevo con Turí.

Disimuladamente, alguien de la recepción me llama aparte. Presiento el entredicho, pero no cederé.

Argumenta que debe prevenirme, puesto que yo, salta a la vista, no conozco a ese invitado que he traído. "Es un buscavidas –me sopla– de mala fama y torcida historia, ratero, peleador y todo lo demás."

Le replico, simple y categóricamente, que viene bajo mi responsabilidad. E indico a Turí el bar.

Turí actúa con cordura: "No, señor, ¿así...?", y se muestra, sugiriéndome que lo examine de la cabeza a los pies. Pone de manifiesto lo que, de afectuoso y hospitalario que estoy, he pasado por alto: anda realmente desgreñado y rotoso.

Lo llevo a la habitación. Lo invito a higienizarse a su gusto y lo toma al pie de la letra: se ducha y canta. Le ofrezco una camisa flamante, de anchas rayas de fantasía. Se resiste a aceptarla. La acepta.

Descendemos al bar.

Disfrutamos dos rondas de cerveza helada, la segunda con un apetitoso jamón campesino. Turí no admite la tercera. Insinúa que sabe medirse.

Lo estudio y considero: "Es un pillo, pero conmigo fue leal y no lo supe valorar". Estoy pasando por alto contradicciones y embustes, considero lo esencial.

Incluso creo que en este instante puede estar sacando conclusiones sobre el placer de ser honrado, si alguien –como yo– viene y al fin algo

de noble reconoce en él. "A no temer más, Turí, que vuelvas a mentirme", me digo, aunque me abstengo de hacerle saber mi acto de fe.

Se me produce una visión repentina: la fisonomía de Giannina, con el fondo de las paredes blancas de la aldea arriba de la colina. Adornan su imagen, en mi evocación, los signos, los dones de la honestidad.

Ya con el refuerzo de la reflexión, la veo arrinconada, la veo mártir.

No pido confidencias a Turí; le aseguro, con resuelta integridad masculina:

–Fuiste cruel con Giannina, un poco canalla, ¿no es cierto?

Lo he sorprendido y pierde firmeza. Esboza un defensivo gesto de fastidio; sin embargo, admite:

–La ofendí, es verdad; pero sólo de palabra.

–Palabras bien dañinas, ya se ve...

Pretende un movimiento de fuga y lo contengo:

–...pero sucede que la amas, y de ese sentimiento no se escapa, ¿eh, Turí?

Me mira desde lo hondo de su tormento.

Estoy por reclamarle: "¿Qué harás con ella?", o "¿Qué harás por ella?", pero decido no meterme y le propongo: "¿Ahora sí, el whisky?".

Dice "Sí"; comprende que no removeré más lo suyo íntimo.

–¿Realmente, whisky?

Bonachón, aclara:

–No me gusta, el whisky. Otra cerveza, ¿puede ser? –y se recompone prestamente.

Bebemos. Él lo hace con tanta avidez como al principio.

Llamo al camarero, por la adición, y de un modo mecánico echo mano al bolsillo. Extraigo billetes y son los franceses, que aquí posiblemente no tienen curso en el comercio, y es torpeza mía pagar con efectivo, si basta que firme la cuenta.

Con Turí me burlo de lo aturdido que me ha dejado esta jornada tan disparatada.

De pronto recuerdo que él, cuando describió el rescate, dijo: "Guglielmino lo vio esconder el fajo de liras bajo una piedra". Repito la frase para Turí, a fin de preguntarle: "¿Por qué dijiste liras? Aquí están los billetes que me has devuelto: son francos franceses".

Impávido, me ilustra:

–Usted fue robado.

–¿Aceptas que fue así?

–Oh, sí. Ahora lo admito. Perdió su dinero...

–Francos franceses.

–Sí. El Fungo se los llevó y para gastar libremente los cambió por liras italianas, el cantinero de un restaurante le hizo ese servicio. Yo consideré que si usted había perdido sus francos, francos tenía que recuperar. Obligué al Fungo a que me confesara dónde cambió los francos por liras; exigí que fuéramos al restaurante donde estaba el cantinero y recobrara los francos. Pero el cantinero ya los había negociado. Tanto me enojé que todavía se ganó otra bofetada. Le dije: "Desgraciado, ya cargaste demasiado mi paciencia; te daré golpes hasta que juntemos todo el dinero francés que tenemos que devolver al extranjero". El Fungo quería discutir, decía que no era necesario, que bastaba darle liras; pero yo le dije: "Es una fineza que debemos tener con ese caballero".

–Gracias.

–No es nada. Pero la verdad es que no pudo entenderlo, el infeliz, de modo que con un par de bofetones lo estimulé para que buscara francos en cuanto bar se nos pusiera en el camino, siempre bajo mi ojo, eh. Con tal sistema, unos billetes por ahí, otros por allá, reunimos el total de 200 francos. ¿Va bien, señor? ¿Los ha contado? ¿Le falta alguno? No me asombraría, habiendo pasado el fajo por los dedos de ese bribón...

No debo decírselo: no necesito controlar más, ya los conté mientras él se duchaba, son veinte billetes de 10 francos nuevos cada uno. Aparte de eso, han resultado ser exactamente los que me pertenecen.

Los reconocí cuando me los dio, después los revisé y lo he comprobado. Estaban flamantes, han vuelto un tanto sobados y desprolijos por los azares del día. Tienen un particular y arbitrario doblez; no sólo el del medio que se produce al plegar los papeles de banco, sino otro paralelo a éste, un centímetro al lado, que pasa por la nariz de Voltaire. No lo hice yo, el pliegue estaba hecho cuando recibí el cambio en Orly.

Todo lo cual significa que estos billetes son los míos y anduvieron juntos, los veinte, desde que fui saqueado; no es verdad que,

obligado por Turí, el Fungo haya tenido que desarrollar un raid para obtener unos por ahí, otros por allá, cerca, lejos...

Luego, los dos son ladrones, o se encubren el uno al otro y comparten los beneficios. Si el Fungo es un bandido, no lo es menos este pícaro al que acabo de quitar la sed.

* * *

No permito que la decepción me mine. Prefiero despedir a Turí con un buen tono de dignidad.

Imagino la escena. Yo pregunto: "¿Amigos?", él me estrecha las manos y responde con firmeza: "Amigos". Quizás agrega: "Para siempre". Cada uno toma su camino y no nos vemos más.

Me repruebo por estos pensamientos, ya que al menos, si estoy con un ladrón, no es un ladrón cualquiera, y se ha arrepentido.

Ante el hotel pasa una calle, muy ancha; por el medio de la calle pasa un canal, más bien angosto, más bien tranquilo.

Cuando salimos del garaje, él con su bicicleta tomada del manubrio, por enfrente, del otro lado del canal, circula el Fungo. Levanta el brazo y nos saluda alegremente: "Chao", como si nada hubiera ocurrido.

Turí parece surgir de un sueño leve, alza la mano y la agita en saludo:

–Chao, Fungo. Esperá. Iremos juntos. ¿A dónde vas?

–No lo sé –vocea el Fungo desde su distancia.

–No importa –le avisa Turí.

Urgido por la inquietud del encuentro, se desentiende de mí con un "Hasta la vista, señor. Gracias, tantas gracias por todo", y nada de "¡Amigos!".

Monta y antes de impulsar el pedal, como está de espaldas y me da la nuca, miro su oreja única y me pregunto si este loco dichoso no está corriendo tontamente a entregársela al otro para que se la coma y termine de cumplir su juramento. (Hoy el Fungo podría hacer valer motivos nuevos.)

Por el puente inmediato Turí ingresa a la segunda banda del canal, donde el Fungo lo espera. Turí se detiene, el Fungo se acomoda

sobre el cuadro de la bicicleta, y parten. Hacen eses, fanfarronean, se divierten.

Pleno de sol, el día me ofrece aún infinitas posibilidades. Pero necesito dormir y entro al hotel.

Son las cinco de la tarde.

Cuentos del exilio

1983

Cuentos del exilio, Buenos Aires, Bruguera, 1983. "Hombre en un agujero" se publica (bajo el título "Soñar en un agujero") en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.

Ilustración para el lector

El título de este libro, posiblemente aprovechable en una ficha bio-bibliográfica, se debe a que los textos fueron escritos durante los años de exilio. Que, bien considerado, vino a ser doble: cuando fui arrancado de mi hogar, mi familia, mi trabajo, los amigos y luego, al pasar a tierras lejanas y ajenas.

No se crea que, por más que haya sufrido, estas páginas tienen que constituir necesariamente una crónica, ni contener una denuncia, ni presentar rasgos políticos. Como me lo ha enseñado Lou, el silencio, a veces, equivale a una protesta muy aguda.

Acaso lo que dejen trascender, especialmente algunos cuentos, es que no pueden haber sido escritos sino por un exiliado. Pero nada más.

Ya que son, sencilla y puramente, ficciones.

el autor
en Madrid, el 30 de abril de 1983

Otra información

Estos cuentos aparecen por primera vez en libro. En ese sentido son lo que se llama verdaderamente nuevos.

Bien es cierto que uno que otro figuró en letra impresa, pero sólo en periódicos, suplementos literarios o revistas de existencia pasajera.

Extremadura

El hombre siente gratitud. Cuando pidió trabajo, en el Hotel del Rey de las Navas, se le concedió al instante, como si lo estuvieran necesitando premiosamente. Está extrañado, no por haber llegado con buena suerte, sino de verse en el espejo. Le impresiona su cuerpo, como encorsetado, como puesto en una vaina blanca que resplandece. Lo destinaron a la cocina, de inmediato al salón comedor. Tuvo que despojarse de la chaqueta raída y calarse una bata corta.

En el extremo de una mesa de banquete debe permanecer a la espera de órdenes de los camareros que requieren que tales platos o cubiertos sean retirados para ir al fregadero. Se mantiene de plantón al pie de una columna revestida de maderas lustrosas y espejos halagadores. Sin embargo, al mirarse con su chaqueta pulcra, se nota desmejorado y pálido. Se sabe hambriento.

En cuanto se habitúa a las voces del mesurado festejo, algunas conversaciones le llegan en fragmentos.

Una señora de muy cuidada apariencia ha presentado el marido a sus contertulios indicando que es marino, de la marina mercante, y el marido ha contado que a veces, con su barco, el *Saturno*, llega al golfo Pérsico.

Ahora, el señor, que no viste uniforme sino un elegante traje claro, está explicando algo de una travesía y dice que los veteranos de la ruta le aconsejaron que al pasar por el estrecho de..., se instalara a estribor y de ahí arrojara al mar una botella. En la botella, encorchada, una carta, para una amiga o un pariente, de cualquier lugar del mundo, y que agregara un billete equivalente a un importe razonable en liras. La botella sería arrastrada por la corriente hasta la playa al pie del faro, el farero la recogería y entregaría la carta al

correo, hacia su destino. Con el dinero el farero compraría los sellos del franqueo.

El señor de barbas, junto al marino, hace una pregunta demostrativa de que no ha entendido el relato: "¿Y en la botella que arrojan al mar, qué ponen: un dedo amputado, la piedra extraída de un riñón... qué?".

El marino, algo sorprendido por la reacción, muy cortésmente repite el informe paso a paso: que una botella, que una carta, las liras, el corcho, el farero...

El señor de barbas asiente, indicando que comprende, y se disculpa: "Perdone, ahora lo veo, usted dijo...". Con la pausa vacilante pide ayuda.

El hombre de mar apunta amistosamente:

–Dije Mesina, me refería al estrecho de Mesina.

–Ah, yo había entendido Medicina, pensé en la Facultad de Medicina y que ustedes mandaban en las botellas el residuo de las operaciones quirúrgicas.

El hombre de la chaqueta blanca al pie de la columna se sonríe. Él también creyó escuchar Medicina y pensó en un sistema de Universidad para deshacerse limpiamente de las sobras de los operados.

Cuando termina el banquete, el hombre de la bata blanca pasa con los otros asistentes y camareros a una mesa de la cocina, donde puede comer, sin limitaciones, un guiso de cordero con patatas, y se siente agradablemente satisfecho.

Le informan que desde ese momento tiene tres horas libres, que puede salir o descansar, a su aire, hasta que todos deban ocuparse del servicio de la cena, que ha de ser preparado con anticipación. Como todavía no le han asignado cuarto ni lecho, elige andar.

Recuerda sus impresiones de la mañana, la tranquilidad y contento que le dio ser aceptado, recuerda el sabor del guiso de cordero, que aún lo acompaña, y se dice que debe agradecer esos dones. Busca al azar a quién y dónde, andando, ora en línea recta, ora en zigzag, conforme lo impone el caprichoso trazado de las callejas estrechas.

Empieza en el confín de la Plaza Mayor, donde nace la Calle de los Quesos, "dedicada a Hernán Cortés", que tiene contiguas la Calle de las Vidrieras y una que asciende como escalera encurvada

y seguramente debe su nombre –Resbaladero de las Monjas– no a cuando monta sino a cuando por ella se desciende.

Pasa la Calle de la Tea, la Calle de los Toros, la de El Pollo y en la Rúa de la Zapatería la divisa de una freiduría pone un cartel agregando la especialidad de la casa, que son los morros. Hasta los morros del sacrificado cerdo han de dar en el aceite ardiendo, se dice el hombre que anda. Piensa en los mártires, pero desiste considerando que es un pensamiento sacrílego, aunque no logra contener su reflexión compasiva por el animal.

Ya ha llegado a otra plaza, una que al costado deja caer enredaderas floridas en altas guirnaldas. Resbalan en picado por los muros de una casa señorial. Entre las recias paredes abre la boca un túnel que una escritura en azulejos designa como Cañón del Palacio del Conde.

El hombre, que camina por el piso de piedra bajo los arcos de las bóvedas, se interna hasta dar con un encumbrado portal donde está escrito: Llamar.

Él es un ser que hace tiempo cesó de imaginar que un día podría darse a boca de jarro con una advertencia mágica, de modo que se deja convocar por esa palabra imperiosa, pero descree de los beneficios, en caso que obedecer le reportara una consecuencia.

Llama, pues, con la aldaba verdosa que en las zonas más usadas descubre su alma, de un metal como bronce, y se presenta una mujer mayor, de mantilla negra, que no le pregunta quién es ni qué le apetece, sino que lo introduce en un jardín de hierba fresca y recortada. Arriba avanza una construcción que al hombre le sugiere palacios extranjeros que nunca ha visto.

Luego lo hace pasar a una cochera donde, sobre un costado, se reclina en la perpetuidad una carroza. La prestancia de sus líneas, la calidad del brocado de los asientos y las cortinillas, el banco trasero, exento, para el mozo de caballerías, vuelven ocioso el intento de información que intenta la servicial guardadora:

–No es carruaje fúnebre, sino de bodas, del casamiento del conde.

Al adentrarse en el palacio, el hombre tiene, al pronto, ante la vista, de un modo total, un salón muy claro de cuyas paredes sobresalen cornamentas y cornamentas.

Nada mágico tampoco, se dice el hombre, ya que en un rincón están, reveladores, los instrumentos: escopetas de uno y dos cañones que hicieron posibles esos trofeos.

Las retorcidas testas de ciervos ceden espacio, en tal bosque de astas que brota de la lisura del muro, a la cabezota de un oso, la mirada penetrante de un lince, la dentadura todavía feroz de un lobo. En el centro, sobre una mesita de mármol, en caja de cristal, una perdiz primorosamente blanca, cual paloma.

Campanadas, que vienen de fuera, están diciendo algo. El hombre se vuelve, en consulta:

–¿Van a cerrar, hay que retirarse?

La señora, que ha caído en oración, con la mano le dice que no, que no aún.

Sin embargo, el hombre agradece y gana el exterior, donde descubre el nido de las campanas, que señorea las alturas de la iglesia al mismo nivel que el nido hirsuto de las cigüeñas.

No puede saberse, de primera mirada, a qué advocación está consagrada esa casa de la fe. Puede que a la de San Francisco de Asís, ya que el sacerdote, de pie en la parte adelantada del altar, con sotana alba vistosamente bordada de oros, está diciendo, con tono de admonición: "La pobreza es una virtud y como tal la cultivaba el hermano Francisco".

El hombre empieza a ponerse en ambiente: distingue, en el retablo mayor, figuras de bulto sin vestiduras especiales, nada suntuosas, como cocidas en bizcocho; en el lateral derecho, luces, de colores y brillos, con la imagen de la Virgen en medio. En el respaldo de una puerta, un cartel de la venida de Juan Pablo II. En toda la nave, no más de siete fieles: cinco mujeres, un caballero y un niño.

De pronto, el oficio ha terminado, el sacerdote ha descendido y, tras la severidad de la jaculatoria, se ha puesto sonriente y amistoso, lo que place a las viejecitas, que se le cuelgan, si no de sus hábitos, de sus consejos parroquiales.

El religioso repara en la presencia del hombre y puede creerse que le dirige con la cabeza un gesto interrogativo, seguramente lo desconoce como habitual de su grey.

El hombre se siente tocado, más bien recordado de que salió del hotel con pasos dirigidos por el impulso de la gratitud, que ya, no más entrar, debió haber expresado con un rezo.

El sacerdote se ha desprendido de los creyentes. El caballero se evaporó sin un roce, la criatura escapó corriendo entre las filas de bancos vacíos.

El sacerdote se establece, recogidamente, en el confesionario.

Con prudencia, para no perturbar, el hombre de la bata blanca se aproxima al mueble de confesión, se arrodilla y dice:

–Perdón, ¿se puede?...

La voz del sacerdote asiente, sin excesiva benevolencia. Aunque modula el tono al averiguar, a su vez:

–¿Quieres confesar?... ¿De dónde vienes, quién eres?

–Soy un pobre.

Lo ha dicho, el hombre, sin miseria ni arrogancia.

–¿Tu nombre?

El preguntado titubea, con reparo, antes de decirlo:

–Francisco.

El religioso calla, pero le echa una mirada como de llamas, que traspasa la tenue celosía del ventanuco.

Plasencia

En busca de la mirada perdida

Había cesado la vida de Albatros. Fuimos casi hermanos hasta que nuestra actividad nos diversificó. Admiraba su fertilidad: un libro al año. Un libro –regularmente deslumbrante.

Acudí a saludar a la esposa. Es una de las pasadas costumbres, que no perduraba en nuestra cultura. Pero me renació, como un mandato afectivo. Estaba tan vacía la casa, sólo con ella adentro... Ni el muerto, me dije, considerando el dolor de la mujer. (Porque los cuerpos son volatilizados, sin intervención familiar, y los deudos reciben únicamente la notificación del deceso.)

Con igual disposición respetuosa, llegó el editor de Albatros. Después partimos juntos en mi velotubo. Me confió: "Qué vacía he sentido la casa...". Mascullé: "Humm". Añadió: "Sólo con ella... Ni siquiera el muerto." Me fastidió que repitiera lo que, para mis adentros, yo meditaba media hora antes, y le repliqué con cierta afectada impiedad: "Si lo que usted insinúa es un velorio a la antigua, con flores y todas esas cosas, le recordaré que, de cualquier modo, al difunto se lo llevaban, aunque fuese un día más tarde". Divertido por mi irritación, el editor ironizó: "Sí, pero en la casa quedaba el fantasma. ¿O usted no cree en fantasmas?". ¿Pretendía burlarse de mí? Yo podía burlarme de él: "Por cierto que sí. Sin cementerios, sin la conservación de los cuerpos, ni de sus cenizas, si el fantasma es el espíritu de un cuerpo privado de reposo, estamos elaborando más fantasmas que seres vivientes".

Comprendí que era como si un fantasma hablara por mí, pues el fondo de creencias que removía no eran de la época en que el editor y yo vivíamos. Cosa que él pasó por alto y me dijo: "No sé cómo reemplazará la viuda a Albatros: con su fantasma o con otro esposo. Pero en la editorial, para los temas que él frecuentaba, tendré que sustituirlo como escritor, y puede ser que con usted".

* * *

Yo era un ex escritor. Cuando excedí el período presuntamente útil (tres años, que se contaban desde el último libro), sin hacer nada que mereciera aprobación editorial, fui dado de baja. Mediante tests se determinó que mi segunda aptitud me facultaba para la agronomía. Hice los estudios intensivos y desde entonces trabajé en el Departamento de Agricultura, sección técnico-científica.

Podía volver al servicio activo, es decir, gozar los beneficios del status de escritor, si un editor me rehabilitaba y, desde luego, si yo mismo me rehabilitaba con mi obra. Entretanto, nada me impedía escribir lo que quisiera. Pero yo, como autor, me abandonaba. Me tentó la incitación del editor.

* * *

Las computadoras denunciaron que mi rendimiento, en Agricultura, disminuía. Mi esposa consideró, minimizando, que yo andaba sonámbulo o alucinado. Hasta que, con vergüenza, tuve que confesárselo. Le dije que el editor me veía como posible sucesor de Albatros y me había encargado que pensara una novela que describiera el Universo del año 2900, "de un modo verosímil y admisible para la ciencia". Le dije también, a mi mujer, que mi fantasía estaba extinguida, pues había estado tratando, intensamente, de penetrar en ese tiempo lejano, de inventarlo, y me resultaba dramáticamente imposible.

Mi chico, mi amado hijo, respetuoso, inteligente, sensitivo, escuchaba, pues hablábamos en su presencia, y creo que sufrió por mí. Por lo cual, a fin de no formar en él una imagen disminuida o decadente de su padre, exploré justificaciones: "¿De qué modo imaginar cómo será el Universo en el año 2900? La ciencia, la aventura del hombre y las alternativas físicas quizás puedan allanar más sus misteriosos rumbos, sin que el paso que se esté dando hoy permita prever todos los demás; aunque también puede haber destrucción, ¡y de repente!, en los mundos y en las mentes". "Sí, pero si se aplica la ciencia-ficción...", opuso mi mujer. "Eso es lo que yo debería hacer –reconocí

con desaliento–. Sin embargo, tengo la impresión de que, en los libros y en la televisión, ya todo sobre el futuro ha sido inventado."

"Inventado y desmentido" –mastiqué, y la secretaria alzó los párpados con prudencia para medir el brote de mi malhumor. Ella había llamado a la biblioteca pública a fin de pedir la "Botánica de especies adhesivas", que no poseíamos en Agricultura. En el fonovisor apareció otra joven como ella que propuso: "¿Edición original de 1997? ¿La versión de Donaldo, del 2063? ¿Volumen o mirada proyectada?". Elegí Donaldo, elegí volumen. En unos minutos, tras recorrer cuatro kilómetros, por el cicloconducto domiciliario, el libro vino a posarse en mi escritorio.

Debía hacerle entender la frase "inventado y desmentido" que ella entreoyó y le causó el sobresalto: "¿Tienes idea de qué es 'Fahreinheit 451'?". Confesó que no. Le informé: "Un clásico de la ciencia-ficción del siglo XX, escrito por Ray Bradbury", y la insté a consultar. Solicitó una síntesis ilustrativa. La chica del fonovisor averiguó: "¿De cuántas palabras?". El mínimo, por cierto. ¿Cómo ella no iba a conformarse con el menor esfuerzo?, pero se pudo enterar de lo esencial. Entonces le hice notar: "¿No estamos viviendo aproximadamente en la época que Ray Bradbury previó y describió?". "Creo que sí." "Sí, bien cierto. Y ahora dime ¿dónde están los bomberos de 'Fahrenheit 451' que incendian los libros y actúan como inquisidores del pensamiento?"

Brotaron los acordes musicales que convocaban al lunch y seguramente ella preferiría que yo terminara de convencerla en otro momento. Menos, debe creerse, estaría dispuesta a la polémica que, tal vez, yo andaba buscando. (Para desacreditar las negaciones que endilgaba.) De modo que en el comedor acústico, el B, de los que gustaban de conversar, pues en el A se almorzaba en silencio –una forma de reposo y regulación de energías– la tomé con el colega más cercano, aunque él se mostraba desganado para discutir: "¿No es la cultura un bien preservado y favorecido?". "En esta parte del mundo, sí." "En esta parte, digo." Yo estaba por transigir, admitiendo la situación diferente en que se hallaban las Comarcas, cuando me corté. También él, y los demás, porque a eso nadie acabará nunca de habituarse: las nubes que en instantes ahogan la luz diurna y se

filtran al interior de los edificios. Una nube estaba rellenando, presurosa y blandamente, el comedor, ponía todo gris y difuso. Miré mis manos: una hermosa irrealidad las transformaba.

* * *

Regresaba a mi casa y ya había pasado el cuartel fabril y el periférico de inmuebles para familias que no muestran perturbaciones por la contaminación atmosférica –aunque allí fuese tan baja– ni presentan el sindrome de enteramente refractarias al ruido urbano. Tras el predio de neutralización llegaba el privilegiado sector, que a causa de sus fueros yo tendría que flanquear, de los que se comprometieron a no producir emisiones sonoras –ni de aparatos domésticos, ni su risa, ni sus riñas– que pudieran ganar el exterior de las viviendas, y para toda especie de escape tenía tamizadores.

Descubrí a distancia que "los impenetrables" estaban perturbados: ciertos vehículos, ciertas señales, ciertas indicaciones para la circulación... Interrogué y el primer dato que se me concedió al pasar fue pequeño, aunque alarmante: "¡Peligro: un animal!". Allá adelante se desplazaban brigadas de caza y decomiso. En el área se tendía el cordón de cuarentena contra las pestes.

Mi mente fue accionada a la ficción: tramé la ciudad subrepticiamente invadida. Tramé bestias resurrectas o seres animalizados, enfermos y contagiosos. Tramé la llegada de ellos, no desde arriba como en tantos libros de mis predecesores, como en tanto cine, sino reptante, desde abajo, en ascenso por la estructura de sostén, aunque eso fuera imposible.

Fui devuelto a lo que en realidad estaba sucediendo: escuché que no era sólo un animal, sino más de uno y que se trataba de ratones. ¡Ratones! Inconcebible en la Ciudad-Estado del Aire.

Confié en la eficiencia de las brigadas. A poco cancelarían el riesgo sanitario. Seguramente por televisión se nos haría observar los despojos de los roedores exterminados. Muchos habitantes de la Ciudad jamás habían visto uno vivo.

En el jardín interno de nuestro piso elevado, Aldo jugaba al fútbol con su robot. Mandó al robot a su cuarto y acudió a recibirme:

"Buenas noticias: Mamá está guisando". De verdad lo eran: no habíamos tomado una comida preparada en casa desde el cumpleaños del chico. Durante la sobremesa ensalcé el acierto de sus platos y, sin premeditación, fui recayendo en el tema que me dominaba:

–¿No comemos, como se hacía antes, alimentos naturales recién cocidos, aunque sólo sea a veces, y bebemos cerveza, gaseosas, zumos de frutas? ¿No estamos organizados en familias, trabajamos, hacemos deportes, nos apasiona la ciencia y disfrutamos de los espectáculos...? Nuestra civilización –se equivocaron los anticipadores pesimistas– no ha sido pisoteada por monstruos. No se produjo invasión de marcianos, ni de selenitas ni de venusinos, ni existen siquiera; ni se acabó, todavía, la especie humana por el mal uso de la energía nuclear...

–...que solamente ha causado el recalentamiento de la corteza terrestre– dijo Aldo, como se lo enseñaban en el colegio primario.

–Sí, hijo; nada más que eso. Y el recalentamiento –claro, después de haberse arrasado algunos países– provocó al hombre para que estableciera nuevas formas de vida, más evolucionadas. Ya no existe Roma; pero ha nacido Gamine.

Y continué, dirigiéndome a la madre:

–¿No dormimos ocho horas, estornudamos, decimos la verdad y muy a menudo no la decimos? Tenemos inventores y sabios. Tenemos asesinos y hay castigo. Nuestra moral no es inferior a la del segundo milenio; nuestra fisiología no es distinta ni el índice mental promedio resulta superior.

"¿Qué tiene el mundo actual de extraño?", quise que respondiera, si bien me adelanté a conceder: "Excepto, naturalmente, cuando nos asomamos a los balcones de los bordes y observamos lo que está allá abajo...".

–O bien –dijo ella, concentrada– cuando miramos a través de los pavimentos transparentes.

* * *

Resolví declarar al editor mi insuficiencia para componer el libro y esa decisión me dejó descargado.

Mi secretaria me esperaba con algo así como una adhesión. Había estado leyendo y se puso mordaz a propósito de los muchos novelistas y pensadores que dieron como indudable que en el tercer milenio el hombre estaría de vuelta en las cavernas. Por la manera de sonreír podía apreciarse cuánto festejaba el desacierto del vaticinio, se sentía a placer en la etapa cultural que nos había correspondido. Aceptaba yo el triunfo de concepto que me concedía; pero ella y yo sabíamos que estábamos haciendo abstracción de la condición de las Comarcas.

Respaldaba la joven el descrédito que, en apariencia, yo sembraba sobre la literatura de anticipación de los sucesivos períodos. Sin embargo, yo callaba mi real convicción: que esos tanteos, a veces geniales, siempre consultaron dos ansiedades esenciales del ser humano: la de conocimiento y la de futuro.

No imaginaba yo, aquel día, de qué modo tan íntimo iba a padecer una negación de porvenir.

* * *

Porque Aldo enfermó. Y empezamos a perderlo. (No se admitía, por juiciosas reglas de medicina preventiva, la convivencia con los enfermos, y nos comunicábamos mediante monitores de televisión: el suyo en el hospital, suspendido sobre la cama, uno nuestro en el hogar y otro en el velotubo para verlo mientras andábamos en circulación.) Después ya supimos, mi esposa y yo, que él moriría, no entonces mismo, tampoco más tarde de cinco a seis meses. Tendí el pensamiento por encima de ese tiempo establecido. No, me dije, martirizado pero firme. No. Él no podía llegar a faltarnos *del todo,* para siempre.

Demandé autorización para emigrar, yo y los míos. No a otro planeta. La colonización de los astros no se había producido: era otra falacia de ciertos políticos y los novelistas. Las bases, restringidas y de costoso acceso, sólo para los físicamente entrenados, servían nada más que a la ciencia y la guerra. No a una Colonia productora agropecuaria, de mi Estado o de cualquier otro Súper, confederado o amistoso. Solamente obtendría un contacto directo

con el suelo, con el auténtico humus, soportando esforzadas condiciones. Porque las Comarcas, agrícolas y pecuarias, arraigadas en la cáscara de la Tierra, aunque dirigidas técnicamente por las Ciudades, son meras servidoras y proveedoras dependientes de éstas. Causé asombro y disgusto, que desbordó a la opinión pública, con mi tenaz propósito: emigrar a una Comarca subdesarrollada. Se consideró un crack: un ex escritor, es decir, un intelectual, no podía involucionar de ese modo; no podía renegar de la Civilización Súper de las Ciudades Suspendidas en el Aire mediante las cuales la parte de la humanidad, que se consideró a sí misma como más dotada y eficiente, logró separarse de la corteza terrestre cuando el ardor radiante de ésta amenazó los cuerpos orgánicos. Humillaba al Estado desdeñando sus ventajas y me volcaría a la existencia primaria y azarosa en tierras abrasadas por los incendios espontáneos. Sin embargo, mi Ciudad, la Ciudad-Estado Gamine, respetó mi voluntad de ciudadano.

Al desprendernos de Gamine, una noche, cuando descendíamos en el cohete de vuelo inverso, cesamos de pensar en ella como un prodigio de física antigravital y la contemplamos, con sus luces, semejante a una bandeja de piedras preciosas sin apoyo en el espacio.

* * *

Es como si estuviéramos en el mismo libro de Historia, aunque algunas páginas más atrás.

Nos hallamos en el paralelo 50, zona austral de un Continente, donde la elevación de la temperatura no es tan rigurosa, la demoran el deshielo y los vientos. Los océanos han crecido y desgarran la costa de tierra firme. No hay invierno. Como el régimen de lluvias es intenso, la vegetación silvestre se enmaraña y se corre. Los aires del norte suelen chamuscarla. Al resguardo de los bosques se reproduce una fauna que aumenta en osadía y salvajismo. Castas de ofidios asedian al hombre y a los animales útiles apegados a éste. Aunque la cultura podría confundirse con el nivel de la cuzqueña o la centroamericana de fines de 1800, quedan vestigios de los adelantos que se estancaron décadas más adelante, tales los rasca-

cielos que, desprovistos de elevadores de agua y servicios eléctricos, se han convertido en cuantiosos refugios del mal vivir. Cunden pobreza y ruina.

Hemos preferido el campo, donde puedo aplicar mis conocimientos de agricultura. Poseemos una granja y su producción nos sustenta, pese a las depredaciones de los animales rapaces que merman el número de aves y ganado menor.

Ya dejamos de ser involuntarios excitantes de la atención. De las Ciudades Suspendidas en el Aire se tejen imaginaciones y poco de concreto se sabe, por vía indirecta, ya que para impedir los excesos de población y preservar el standard de vida de las Ciudades-Estados vedan el acceso a los comarcanos. Lo más que perciben de ellas son los residuos cuando pasan al gran vaciadero del espacio. Aunque muy poco o nada material se llega a ver o palpar, ya que, lo que fuere, se desintegra antes de llegar, pero se recela de esos "riesgos del firmamento" a los que se atribuyen plagas y tristezas. Los comarcanos, cuando miran hacia arriba, lo hacen de reojo. Los más inocentes, los niños, suelen esperar que caiga algo íntegro y les sirva a ellos aunque sea en sus juegos.

* * *

Mi pequeño doliente murió. Pero estuve –estuvimos– con él esos cinco meses y catorce días. Suavemente cesaba su vida. Hacia el final, no intentaba hablar. Sonreía, con ternura, no para él, para nosotros. Hasta que sobrevino lo que tenía que llegar, quizás con un desgarrado dolor. Me miró agudísimamente y su mirada se iba, como cayendo con terror en un pozo, mientras se le ponían opacos los ojos, por última vez abiertos.

Ha muerto, ¡pero lo tenemos!, su cuerpo no será volatilizado como el de mi amigo Albatros. Lo tenemos en el cementerio de la loma. Un borde de tierra encuadra las plantas de flores que la madre cuida. La madre se hinoja, remueve el terrón y extirpa malezas. A veces le habla, o bien canturrea, meciendo la voz. Permanezco en su cercanía; me asiste todo lo demás, que es recogimiento y mucha soledad. Al cabo, con respetuosa suavidad, le pido que vayamos, que

ya es tarde. Antes que el sentimiento la trastorne, antes que el ocaso del día estimule hacia los caminos las bestias que salen de la espesura.

De noche, en la granja, ella se recoge luego de la cena. Me ahogo entre muros. Echo a andar hacia los corrales y el comienzo de los sembrados. Dispongo tareas que podré hacer en la mañana o más tarde. Arrojo a los cerdos unas hortalizas que perdió aquel carro.

Extraigo del aljibe un balde con agua... y afluye el recuerdo. Porque esta noche, al asomarme sobre el brocal, he encontrado en el fondo un ojo de luz penetrante que mira y se mueve. Yo sé que es el ojo de un astro que el pozo refleja en la superficie de su agua quieta; que no es el de mi Aldo; que no hay fantasmas, ni podría serlo mi pequeño porque ya no pena. Sólo que me mira desde esas honduras, con tanta fijeza como cuando se moría; sólo que esa mirada se va para adentro, como la de él se iba. Me llama y me llama para que lo siga, y yo le respondo, con una voz firme como mi decisión: "Sí, hijo. Ahí voy contigo".

Hombre de escasa vida

En la calle F... la mañana empieza con el reparto de pan, que viene de la panadería en cajas de plástico destapadas. El repartidor las deja junto a la puerta del angosto despacho. A las ocho llegará la Pili, subirá la persiana metálica y entrará las cajas. Luego barrerá y fregará el piso, hasta la acera.

Junto al cordón suele quedar de vigilancia una furgoneta policial, con cuatro números adentro, que hasta cierta hora fuman y hacen bromas. Después se duermen. Sólo los altera la llegada del camión recolector de residuos, con su traqueteo y su trituradora de botellas, que al Teuco le suena como música moderna.

Tumbada en la acera, encogida, está una niña. El carro policial al costado. No se sabe si la niña busca su proximidad por sentirse protegida o si es por el calor que desprende el motor o para no recibir en la cara la claridad de los faroles callejeros: la carrocería del vehículo intercepta esa luz directa.

Más dentro de la mañana, pero aún temprano, la tendera saca sus tiestos a la ventana. Desde un piso alto de enfrente, una chica, que fue estudiante y ahora vive sola y trabaja, observa a la señora que pone los tiestos en fila para regarlos en orden. El agua chorrea sobre la acera y salpica a los transeúntes madrugadores.

La chica de la barandilla lo ha visto pasar, siempre a la hora en que la mujer instala los tiestos.

Le agrada que el hombre pase. Le agrada aunque sólo sean las espaldas lo que de él ve. Le agrada su figura, bien ceñida por el abrigo azul. O es la melena, más bien larga, lo que le place.

Como pasa a la hora de los tiestos y la chica de la barandilla suele asomarse entonces a ver cómo está el día, repite la experiencia y reitera la imaginación.

Imagina que él lleva la mirada perdida. Lo deduce de su paso vacilante o débil.

Hasta que desea verlo de frente y de cerca, mirarlo a los ojos. Lo hará mañana mismo.

Entretanto llega ese mañana, como pasan unos días, la chica de la barandilla tiene tiempo de aprobar y desechar una conjetura: que el hombre del abrigo azul pasa a esa hora, por esta calle, para ver a la señora de los tiestos. O para que la señora lo vea a él.

O simplemente pasa rumbo al trabajo o a la oficina.

Sin embargo, sospecha que no pasa por otra, sino por ella, aunque nunca alce la mirada a su ventana de barandilla. Lo que, a su gusto o a su ilusión, le añade mérito: quiere decir entonces que es discreto. Lo llamará, en adelante, el Discreto Enamorado.

Desciende, por fin, a la hora que calcula propicia. Él viene, pero puede creerse que sin verla, con la mirada perdida como ella lo imaginaba, aunque en el momento de cruzarse, la una con el otro, él clava la mirada en ella, como algo duro y caliente, como si quisiera cogerla en el aire.

Cuando ya ha ocurrido, ella advierte y se lamenta que no le haya visto los ojos, ni el color ni el tamaño, sólo la mirada.

Ella se da la vuelta y él está detenido, como esperando que ella se vuelva a echarle una mirada o dejarle caer una palabra. ¿Debe hacerlo?

Retorna ella a su barandilla y abajo, enfrente, los tiestos emergen y se alinean en dócil formación.

El Discreto Enamorado pasa por debajo sin alzar la mirada, no se da cuenta que es observado y alguien lo espera. Ni muestra curiosidad por registrar con la vista las ringleras de ventanas y balcones donde está quien lo espera. ¿Lo sabe o no lo sabrá nunca? La chica de la barandilla que vive sola y está tan sola desea fervientemente que no sea así.

Un día, a la hora señalada, ella siente inquietud que no se explica, otro día teme. Otro, nota que cada día el paso está cada vez más irresoluto y vacilante.

Otro día, cuando la vecina saca los tiestos y él aparece puntualmente, ella se dice: "Puntual hasta la muerte" y también, muy de

inmediato se corrige: "Puntual como la muerte". No sabe qué le ha dictado tales pensamientos, pero se le estruja el corazón.

Él sigue, calle abajo, y entonces... ¡la aguda sirena del carro policial que hace un momento no más estaba todavía abajo, junto a la acera! Ahora se da cuenta que antes de la alarma de la sirena escuchó como atenuado, como sordo, como solamente para ella, el ruido de un trompazo, una embestida de coches.

La gente, con ser poca tan temprano, se congrega más allá hacia la esquina y hay un pequeño hervidero alborotado.

La chica de la barandilla busca ansiosamente el ascensor y al pronto se descubre en la calle braceando para abrirse paso.

Lo puede ver, tumbado en la calzada, un momento antes que la espalda del policía corpulento se lo oculte.

Violenta, en riña con sus pensamientos, ella se hace lugar para reflexionar: ¿Sabía él que iba a la muerte esta mañana? Y de ser así, ¿por qué no llevaba la cabeza despeinada, revuelta por un viento de tragedia?

El policía se ha inclinado y ella puede introducirse y ver, al sesgo, lo que hay que ver: no hay sangre derramada, el policía le ausculta la pulsación y deja que la mano auscultada caiga. El policía levanta los párpados del caído y la chica de la barandilla, al fin, le ve los ojos de frente y de cerca.

El muerto la tiene a ella en los ojos, como impresa o fotografiada. Ella en la mirada.

El Escorial

Recepción

Demora mi ingreso (¿demoran mi admisión?). Viene la empleada. Digo mi nombre. Antes no era necesario. Han cambiado la persona de servicio. Vuelve. Anuncia: "Dice la señora que espere". Antes era mi amigo quien salía a recibirme. La esposa era secundaria, acataba lo que el marido hiciera y dispusiera por atenderme y agasajarme.

Al cabo, aparece él mismo. No muestra alegría por verme. Me recibe con cortesía, sin expansiones.

Me acompaña al salón. Procuro disculparme con el tono jovial que solía aplicar: "No he venido en todo un año... o más. No sé cuánto. Pero no te olvido ni menos esta fecha. No podía faltar".

No parece que le importe. Aprueba: "Sí, sí...".

Me dice: "No es necesario que te guíe. Ya sabes, están en el jardín. Enseguida iré yo". Y me deja solo que continúe mis pasos.

Me acerco a algunos. Como el jardín es vasto y tiene macizos y canteros altos y están dispersos, no abarco con la mirada a todos los que participan.

La reunión transcurre con mis aproximaciones de grupo en grupo.

¿Hay reservas respecto a mí? ¿Hay contención?

Considero que mi lugar apropiado, por la amistad que nos une, es junto a los dueños de casa. Los busco.

Saludo a la esposa. Me responde con dignidad. He observado que al verme, Mariana, la hija, ha hecho un gesto de contraerse, de replegarse hacia la protección de su joven esposo. Voy a saludarla en la forma paternal que me autorizan mi edad y el largo conocimiento de ellos. Noto que por encima de mi hombro lanza una mirada de consulta al padre. Tanto me desconcierta que, contra toda prudencia, me vuelvo a escrutar la actitud de éste. El padre asiente,

concede. Entonces, al tenderle yo la mano, ella expone sólo la punta de los dedos, sin entregarlos del todo. Apenas rozo las yemas y ella ya los ha vuelto a su actitud encogida. Evita mirarme de frente y por lo contrario su joven esposo mira secamente, con paciencia, como un perdonador que contiene sus verdaderos impulsos.

Recobro vagamente algo que ocurrió en otro momento, que me concierne, sin darme cuenta cabal de qué es lo que fue.

¿Qué ocurrió entonces, qué me ocurrió? ¿Fue por esa época que no logro establecer cuando comenzaron los días que he olvidado?

Aparece un camarero repitiendo la ronda con la bandeja. Se acerca en primer término a la dueña de casa, invita. Ella dice no, gracias. A la hija, quien con el gesto rehúye. A mí, uno de los no miembros de la familia que circunstancialmente integra el grupo. Me alivia la perspectiva de romper con algo este hielo. Me posesiono de una copa con la esperanza de propiciar un brindis que nos lleve a otro estado de ánimo, más festivo. Pero sucesivamente mi amigo y su yerno se abstienen de munirse de copas. Por consiguiente, me dejan sin forma de compartir.

Me siento incómodo, con el vaso, yo solo, y desconozco si corresponde que lo lleve a los labios.

No hay conversación, en ese parque donde más son los espejos que las plantas, y se podría suponer que los invitados se hallan más pendientes de su propia imagen, que ven reflejada en los cristales azogados, que de sus contertulios. El ambiente es de bochorno y recapacito si debo permanecer o no.

Miro el reloj. Sé que no debo probar el atajo de la frivolidad. Simplemente, me excuso: "Debo irme".

Nadie hace por retenerme. Último intento: "No quería faltar este día...". Estoy por agregar: "Nunca lo he hecho", pero me abstengo, pues la duda ha renacido en mí. Subrayo, más bien: "Ya he cumplido". No hay respuesta ni comentario. Finalmente, mi amigo, sin empeño: "Y bien, si tienes que marcharte no te lo vamos a impedir".

Al apartarme, no me acompaña.

Quedan aún sobre el césped, junto al sendero, unas personas, que no podría afirmar que las conozca. De todos modos, saludo con vehemencia, como por mostrar que estoy enteramente bien, que

nada me deprime, que no tengo de qué avergonzarme. Me contestan apenas con un saludo corto.

Hacia el fondo, ya más próximo al portal o a las gradas que debo ascender, pues son las mismas por las que, al llegar, descendí al jardín, hay otro grupo que identifico plenamente. Mi tía Rosa, como siempre, se halla junto a un rosal. La acompaña un caballero sobrio, de fino bastón, y al lado otro hombre de actitud discreta que, como él, guarda una respetable solemnidad, con un aire diligente hacia tía Rosa y la anciana, todas las dos vestidas de negro, largo, liso, tubular, como propio de otras circunstancias. En lo alto de tanta negrura se doran, con el último resplandor solar de la tarde, los cabellos prodigiosamente rubios y ondulados de tía Rosa. Por encima de la gargantilla y del rostro muy blanco o muy pálido, como en óvalo, retrato de familia, resalta la noble cabellera de nieve de la madre de mi padre, altiva, erguida, sólo apoyada en el mango de la sombrilla, la venerable dama, que murió con 82 años de edad.

Me entrego confiado a la presencia familiar. Voy al abrazo de la abuela, a recibir su beso y su cariño. ¿No me ha visto llegar? Le tomo con delicadeza el brazo, me saluda con discreta cortesía, como si yo no fuera su nieto mayor. Inclina la cabeza, acaso fatigada de la reunión, acaso por una súbita emoción, mientras busca reclinarse en el hombro de mi tía, que me mira compasivamente (¿por qué?) sin pronunciar palabra.

Rosa le susurra algo y la abuela recompone la actitud, al fin muestra reconocerme y me besa.

Me siento como si volviera a ser alguien y se me humedecen los ojos. Ella también, llora un poquito, pero cierra el caudal muy prestamente y recobra el gesto de lejanía.

Siento que de nuevo he quedado fuera del grupo, aparte del sentimiento de los demás.

Antes de darme cuenta que ya me he retirado, noto que me voy yendo, que estoy lejos, camino solo.

El lugar del malo

Sobremesa familiar, al resguardo del parral que cierra el paso a las furias del sol de verano sin privar a un aire suave de filtrar ráfagas de alivio, a expensas del aleteo de las hojas de vid que forman ese techo de donde empiezan a descolgarse los primeros racimos de uvas.

Esta sobremesa, como todas las sobremesas en su casa, al sobrino le resultan pesadas, ociosas y fastidiosas, sin embargo obligatorias, pues tiene aprendido –lo decía la abuela– que es una falta de respeto retirarse antes de que lo hagan los mayores. A su vez, el tío recela un tanto de esa hora, a veces más larga, en que satisfecho el apetito a él se le vuelve irresistible participar, al puñado de familia que le queda: la hermana viuda, ya mayor de treinta y cinco años de edad, y el sobrino de casi quince, su opinión sobre los sucesos del día que acaban de conocer merced a los diez minutos de noticias por radio. Porque es también el momento en que a él, al tío solterón, se le suscitan los recuerdos y, ¡zas!, las reflexiones. Es cuando alega: "Si por mí fuera...", "Si en mi tiempo yo hubiera escrito sobre eso mi artículo de fondo...", o "En esas circunstancias de la vida...". Y entonces sobreviene el tono paternalista aplicado ya a la propia hermana, doce años menor que él, y al sobrino, que no sabe cómo desasirse de la red de consejos e instrucciones y apela a algunas réplicas u observaciones que muestran su irritación creciente...

Hoy viene de perlas que la madre, a la hora del postre, sirva el roscón de Pascua, porque al muchacho se le ocurre una pregunta que, cree, apartará al hermano de la madre de las monsergas habituales. Lo interrumpe cuando el tío está diciendo: "¡Vaya con ese furor por las motocicletas...! Ya ocurrió con Faetón en la mitología, que es un tesoro de símbolos: cuando a Faetón su padre, Helios, le dio permiso para guiar el carro del Sol durante un día, corrió tanto y tan desastrosamente que a punto estuvo de incendiar el Universo.

–Tío, se me ha ocurrido preguntarle, a usted que sabe tanto, si eso de que nunca hay que pasar por debajo de una escalera es superstición o tiene que ver con alguna leyenda...

De perlas también las fechas para el tío, ya que se posesiona inmediatamente del tema, con avidez pero no sin prudencia, dado que el chico acaba de provocarlo con esa connotación, que a él le ha parecido burlesca: "Usted que sabe tanto...", y por consecuencia decide dar la información pedida de una manera que se le ocurre más amena:

–...porque mira, Alberto, te diré que es una superstición, pero tiene que ver con una circunstancia derivada de la historia sagrada aunque no pertenezca propiamente a ella. Se origina en la costumbre de algunos pintores de la Edad Media en cuanto a su forma de representar la Crucifixión de Cristo. Lo pintaban en los momentos anteriores al descendimiento, con la cabeza volcada de un costado, todavía en la cruz, y apoyada a ésta la escalera que utilizó uno de sus verdugos. Debajo de la escalera, el pintor ponía al diablo. De ahí que de tanto ver pinturas de ese tipo en la gente se hiciera la idea de que el diablo habita o se agazapa bajo las escaleras. Y como el diablo representa lo contrario del amor y la caridad, refleja el Mal y el daño, el Mal con mayúscula...

No deja de sorprender, al chico, que el tío tuviera tan a mano respuesta tan elocuente, que lo ha despertado un tanto de la somnolencia en la que estaba entrando. Sin embargo...

–Pues te diré, Alberto, que aunque ya no se crea que el diablo se acurruque bajo las escaleras, ha quedado, como un destello de la conciencia colectiva de los pueblos, que el daño o el peligro puede esconderse al resguardo de las gradas. Es el sentido de lo disimulado y oculto. Aun en el caso que lo consideres una superstición te digo que las supersticiones, con todo y ser creencias falsas, pueden haber sido dictadas por la experiencia de alguien, como en los refranes. De modo que para aceptar o rechazar una superstición, igual que pasa con los proverbios, conviene tratar de saber o imaginar si corresponden a algo que le ocurrió a alguien o a muchos y en el caso de los temores y las prohibiciones, si los consejos, en su origen, están fundados en una experiencia y un razonamiento sensatos.

–Sí, tío; pero...

–¡Sí!, porque lo que se refleja en los proverbios es la sabiduría popular que, como la ciencia, crece a base de experimentación y experiencia.

–Sí, conforme; pero... Experiencias con el diablo y el Mal, dicho así, con mayúscula... Y debajo de una escalera, por escondido que esté, siempre se ve, ¿no es cierto? Porque los peldaños de una escalera de madera, por ejemplo, están espaciados, y permiten ver si alguien trata de ocultarse.

El tío percibe, en la mirada de su hermana, que no debe aceptar ese conato de discusión, y así quedan las cosas.

Otro día, al presentarse a la hora de la comida, el tío observa un cierto silencio y a la hermana como con ganas de desahogarse, quizás rabiosa. Él está por preguntar qué ha hecho Alberto, qué ha sucedido. No hace falta, ella tiene a flor de labios la queja sobre el hijo:

–Llegó con la ropa manchada de pintura... ¡hasta los libros! Habían andado por el suelo.

–Alguna reyerta de estudiantes... –acepta, indulgente, el hermano.

–No, no fue eso.

Pero la comida está pronta y hay que ir a la mesa. Donde Alberto se muestra concentrado, mohíno, sabiéndose estudiado por el tío y seguramente privado de momento de la solidaridad de la madre.

Para explicar o para repetir la explicación ya dada a la madre, se dirige al tío:

–No lo vi, lo juro.

El tío se abstiene de preguntar qué es lo que no vio. Él lo dirá:

–Al doblar hacia esta calle, me di cuenta que no había un alma, seguramente porque el calor ya estaba apretando. Sólo sobre la acera de este costado, una escalera de tijera, usted sabe, esas que son dos hojas o hileras de escalones, y al abrirse dejan deslizarse, hasta quedar extendido, una especie de descansillo o tablado horizontal.

Cuenta luego que al ver la escalera abierta se acordó de la advertencia del tío y confiesa que le salió como un impulso de desafío al consejo, sin pensar para nada –agrega– en el diablo, él no cree en esas cosas...

Bien, vio la escalera y arremetió, corriendo, a pasar por debajo, por el espacio entre las dos hojas inclinadas. Atropelló y de pronto

sintió que lo detenía algo como una cuerda tirante: era un alambre, ese que se pone atando las dos hojas de la escalera, a fin de que al abrirse se mantengan separadas, pero no se desplomen ni se abran demasiado. El chico no había visto el hilo de metal porque, tío, un alambre es algo tan delgado que de lejos no se distingue, y además él venía de carrera.

En la embestida, la escalera se bamboleó y de lo alto cayó un cubo de cal preparado para pintar el frente de esa casa. Se derramó sobre él que estaba detenido y enredado por el alambre tenso.

¿Y bien? parece decir la mirada del tío, sin acritud, más bien divertido por la malandanza.

–Y bien, tío... que ya tengo la experiencia– concede, aunque un poco a regañadientes.

Feroces

Es un día del medio invierno, bondadoso de sol.

Carlitos, que tiene su coche propio, sus ideas propias y sus placeres personales, se aconseja: "Limpiecito para correr", en cuanto se libera del tránsito suburbano de San Rafael.

Carlitos lleva su plan: a las seis de la tarde estará en Mendoza, a las siete cumplirá con gusto el ritual del noviazgo oficial y a medianoche... "¡la vida!", se regocija. Mañana a las doce se hallará de nuevo en San Rafael, sentado a la mesa familiar, con pesadumbre en los párpados, tal vez, pero también con un gozo secreto impregnado en todo el cuerpo.

Don Pedro hace el trayecto de Mendoza a San Rafael con pausas recuperativas: a las once tomó la comida en Tunuyán; más adelante se detuvo en Campo Los Andes a beber un té digestivo bien caliente con la familia de un oficial amigo. Ahora se cubre las piernas con una manta. El sol dora el aire, pero don Pedro debe prevenirse de dos fríos: el natural de julio, que se cuela en el automóvil como en una cueva húmeda, y el propio de su edad, que se le suele recostar en los huesos.

Don Pedro compara el color de la atmósfera con el de sus vinos blancos de reserva y la mirada, trasladada un tanto a la comba azul, subyugada por este color, se entrega como a la meditación del vasto cielo.

Don Pedro queda pensando en el cielo. Se le ocurre que este momento es como un anticipo que se le ha concedido.

El automóvil rueda, sin urgencia, sin excesiva prisa, mantenido en una velocidad de crucero.

Entonces revienta un neumático delantero y el auto, como aturdido por el estallido, enloquece. Vibra, brinca y se retuerce. Otro coche, a unos metros, en dirección contraria, acude como al asalto.

Pero el coche de don Pedro, desbocado, supera las energías del volante, domina al conductor, gira y corta el camino. El vehículo de Carlitos, desatado en la carrera, no se puede detener, desacata el freno e hinca profundamente sus fauces calientes en el automóvil accidentado.

El chofer de don Pedro ha muerto en el asiento. Don Pedro no lo sabe. Él ha caído en el piso del coche, con algo muy desgarrado, que no quiere mirar, porque siente las brasas de la carne en sangre. Llama: "¡José! ¡José!", pero advierte que el auto puede incendiarse y no espera. Repta con impulsos de la pierna que todavía le responde y apoyándose en el codo izquierdo, pero lo mismo se hace crueldad en el costado abierto y purpúreo. Consigue apartarse y arrojarse al suelo de la carretera. Cree haber llegado muy lejos y estar ya fuera del peligro de la explosión y de las llamas. Ahora puede gritar.

Grita, grita, llamando a José, nombrando sus brutales dolores y también la muerte, como recurso para conmover tanto silencio tendido en el largo camino sin tránsito de ninguna especie. Porque don Pedro oye sus gritos, sus gritos nada más y se aterra. Está en la pampa, a muchos kilómetros de donde viven las gentes, y está solo, despiadadamente solo, porque José su servidor no le responde y tampoco aparece quien sea que los embistió.

Sin embargo... una sombra lenta se expande sobre sus ojos. Alza la mirada, con un súbito recelo, como si temiera un atraco o un golpe de gracia.

Ante él está Carlitos, el abrigo abierto, doblado el cuerpo sobre un brazo que le contiene el vientre.

No habla, mira no más, con curiosidad y un poco de espanto, como si considerara su obra, algo que hizo sin querer hacerlo y le salió monstruoso.

Don Pedro, de verlo tan callado y tan quieto, le pierde la desconfianza. Le ruega, aunque con vehemencia:

"¡Ayúdeme! ¡Sálveme! Llame a alguien. Busque a un médico".

Carlitos sonríe extrañamente, entresacando la sonrisa de su propio estupor.

Don Pedro se asusta de verle esa cara, pero aparta el temor porque necesita su socorro. No hay más nadie a quien recurrir. Le implora, le ofrece dinero para seducirlo, cualquier cosa de valor que desee, con tal que consiga o le preste auxilio.

Carlitos sonríe, ahora con bondad, compadecido de la ingenuidad del caído, y le dice, apenas:

–Yo también, viejito... ¿No ve?...

E intenta un ademán para mostrar lo que tapa con el brazo cruzado, pero esa acción, o la conciencia de su estado, de súbito le afloja las energías. Parece que se desploma, que caerá encima de don Pedro. Entonces a Carlitos le viene el miedo, un miedo total y espasmódico.

Cuando llega otro automóvil, un coche cualquiera, con gente de viaje, a don Pedro sólo le quedan sus propias convulsiones y un cacho de vida.

Se han apeado tres hombres. Dos se ocupan de los tumbados en la carretera y el tercero revuelve las entrañas de los coches entreverados. Muy pronto comunica en voz alta a sus compañeros:

–Aquí hay otro, muerto también.

Esto escucha don Pedro. La voz lo despierta y le revela sobre su cabeza dos rostros preocupados e indecisos.

–¿Qué podemos hacer por usted?

La pregunta suena tan inútil a los tres...

Don Pedro parece acatar lo que esa pregunta significa. Suavemente, responde:

–Nada... Ya nada. ¿Qué podrían?...

Pero de súbito se rebela. Concita todas sus fuerzas para un impulso final. Pretende tomar de las solapas al hombre que está inclinado sobre él. Sólo le obedece una mano y apenas alcanza el borde de una solapa. Pero ruge:

–¡Se me acaba la vida! ¡Se me acaba!

El atrapado padece el terror de ese puño anormalmente fuerte que lo retiene tan cerca del rostro pálido y furioso. No busca lidiarlo ni excitarlo, mas no acierta a darle un consuelo:

–No importa. Tendrá otra vida, de eterno sosiego.

Don Pedro niega con un alarido:

–¡No! ¡Ésta es la vida!

El esfuerzo le hace chorrear sangre de la nariz.

El hombre de la solapa siente encimarse esa sangre a las palabras con que el herido está rasguñando su piedad y su fe. Siente que le nace una náusea y que puede descomponerse sobre el hombre mayor.

Don Pedro sigue gritando:

–¡No hay cielo! ¡No hay cielo!

Es el momento en que la voz se le extingue, epílogo que no alcanza a conmover al otro, que se sacude para arrancarse de la mano y le escupe: "¡Blasfemo! ¡Maldito!".

Los otros dos viajeros se dicen a sí mismos que ya está, pero ninguno de ellos, todavía, alentará un gesto ni una voz.

En sus mentes, subordinadas a la disciplina del respeto ante los muertos, habrá un largo momento lechoso.

Al surgir de esa nada, uno mirará hacia el campo, adonde está el otro con vómito, y el que aún ha de guardar la actitud recogida reactivará su mente con la memoria de cada párrafo del diálogo feroz, y se dirá con energía: "Esas cuestiones para mí no existen. Todo lo que aquí se ha dicho, ni se ha dicho ni se ha oído".

El coche de viajeros que iba de paso por el campo de jarillas, vuelve hacia el norte, a llevar aviso y movilizar gente.

Al cuidado de todo lo destruido, cuerpos y máquinas, queda uno de ellos.

Permanece de pie, entre todo eso tan cruel que ha estado ante sus ojos un cuarto de hora. Necesita depurar sus imágenes. Recoge la mirada del árido suelo circundante y se da con la plenitud de la tarde. El sol, aunque ya más débil, todavía tibio, se entrega pródigamente a la tierra. El espacio es inagotable y está diáfanamente cargado de serenidad.

TRÓPICO

No sé cómo hiciste para encontrarme, me creía en el lugar más perdido del Universo.

Te hice huésped de mi casa (mi cabaña, mi rancho) donde todo este tiempo he vivido solo, con un perro y un lagarto manso como el perro. El lagarto gusta no de las piedras al sol, ni las cuevas o escondrijos, sino del agua, y como tenemos tan manso río... El perro también es de buenos modales, acaso demasiado pacífico, como que está tan gordo... En épocas de hambruna he pensado comerlo.

Tengo vecinos, sobre la costa, a unos trescientos metros. Un matrimonio francés, con el que te has entendido perfectamente en inglés.

Hacía calor –estamos en el trópico– y la mujer provocaba al marido sin darle tregua. Ella pasa de que yo sea testigo de sus actos lascivos.

Cuando llegaste, puse música, nada que nos recordara el país.

La francesa, como una mulata, se mecía tendida en una hamaca entre dos árboles.

Quisiste preparar una paella para congraciarte, pero me opuse:

–Es muy pesada, no amoles. Estamos en latitud cero.

Pretendías que repasáramos nombres de allá, el de los amigos, los del colegio. Yo te dije:

–Déjate de amolar, hermano. Yo he muerto para ellos.

Como un gesto de delicadeza me prestaste tus chinelas a fin de que no me estropeara los pies pisando arena y casquillo.

Me di cuenta que seguías siendo un potro, un padrillo, y te aconsejé:

–No le quites la mujer al francés, él no tiene más que a su francesa. Ni uses la argucia de que sólo la tomarás prestada para devolverla después del uso.



Todavía le dije:

–Te conozco mucho, Andrés. A mí no me la pegas. Al francés tampoco, mira bien que hizo de chulo en una película de Jean Renoir. Vayamos a comer algo. Hace hambre. De paso me dirás cómo llegaste aquí. Pasando el río, me doy cuenta, ¿pero cómo podías saber...?

Quezaltenango, Guatemala

Volver

Le explico a Horacio:

–Hoy he recibido la invitación para el acto de Manuel que se hizo el lunes.

Horacio comenta:

–Lindo tema para un cuento fantástico.

No me dice cómo, queda a mi cargo.

Decido volver al lunes, pero el acto se ha suspendido. Tengo que volver al jueves, el día que hablé con Horacio.

Pero al regresar ya no es jueves, sino viernes. Entretanto el jueves ha ocurrido que...

Reflexiono que de otra manera ya me ocurrió. Yo tenía que buscar, hacia atrás, a una mujer. Y ella tenía que buscarme a mí. Retrocedimos, pero cada uno por su propia inspiración y sin ponernos de acuerdo previamente.

Nunca coincidimos en nuestros retrocesos e intentando dar con el día exacto para los dos, malgastamos la vida.

Cada vez llegábamos más atrás en el calendario.

Deduzco que, de una y otra experiencia, podría sacar una conclusión, aunque evidentemente amarga: no se puede volver a lo que se quiso.

Encuentro

La vastedad del mundo es inclemente: no impide que ella y él se encuentren en una esquina.

Cada uno reconoce en el otro un recuerdo, por eso se miran tan vagamente, y él se detiene como si dejara pasar, delante de sí, los años.

Ella se escurre por la acera, casi adherida al muro.

Él queda en la esquina, mirándola huir.

Ella se siente observada y le duele tanto, porque quisiera ser, para él, como fue.

Precisa, perentoriamente, sustraerse a la mirada de todos los hombres que están en las calles.

Tiene a un paso un cinematógrafo y se entrega a la penumbra que apaña las butacas. Pero del espectáculo no aprecia nada, nada entiende.

Solamente lo tiene presente a él, él que la mira, todavía sorprendido o desconcertado en aquella esquina, como una pena que no se puede declinar.

Siente que empieza la acometida del llanto. Busca el disimulo del pañuelito de mano, pero es tan pequeño para tanta lágrima...

Huye a refugiarse en los servicios. Apoya un brazo en el pulido revestimiento de azulejos y se abandona a ese sostén, llorando y sacudiendo la cabeza, como si negara ¿qué? ¿Haberlo visto? ¿Que él haya descubierto cómo es ella actualmente?

Otra mujer pasa la puertita de vaivén. La examina, sin hablar, buscando la manera buena de sacarla de esa desesperación. Pone sus dedos delicados en la nuca de ella, para hacerle sentir su presencia y un consuelo.

Ella espacia los sollozos. Cesa de llorar. Abre los ojos con timidez y bochorno, todavía resistiéndose a admitirlo, blandamente, con un movimiento de cabeza.

–Fume, un cigarrillo, le hará bien.

Ella suspira, recogiendo todo el aire que puede. Se disculpa con timidez:

–Nunca he fumado. No sé hacerlo.

–Pruebe, tenga uno, yo lo enciendo.

–No, por favor. Más bien, dígame la hora.

–¿Tiene que volver a casa? La acompaño.

Pero ella niega, con la frente vencida. Hundida en la desolación, atina a justificarse:

–Mi marido me espera en el centro, a las 7.

Bueno como el pan

El padre habita país de exilio, convencido de estar sufriendo todas las penurias posibles. Sin embargo, llega, desde la tierra de origen, una carta que habla de una desdicha más penosa aún, que la padecen los suyos, los que quedaron allá.

Entonces se da cuenta que sobre la saturación de dolor, aún cabía éste, que le quema el pecho y lo aturde mentalmente.

Se dirige desde la sucursal de Correos a refugiarse en su habitación, a perfeccionar el cultivo de su soledad.

Empuña el bolígrafo pensando en la frase apropiada para acercar consuelo a la hija, pero pronto lo suelta, convencido de que las palabras no bastan para mitigar necesidades materiales.

Prepara un té y se da cuenta que lo bebe para serenarse; sin embargo, está argumentando mentalmente para sostener, ante sí mismo, que él hace cuanto puede para socorrer económicamente a la familia. Le parece que ya ha encontrado qué escribir: le hará notar a la hija que no se separó del hogar por su voluntad, que de todos modos puede sostener que era una persona honesta y los años de destierro incluso han moderado su carácter y acortado sus bríos, desplantes, arrogancias y actos irreflexivos. Mea culpa...

Dice, con ánimo de escribirlo después: soy frugal, soy económico, me sostengo con lo poco que me pagan por mi trabajo... Especialmente contigo, hija, soy bueno, como no me conociste, bueno como el pan...

Con estas meditaciones se asoma al balconcillo y abajo, sobre el aparcamiento, hay un hervidero de palomas, como todas las mañanas. El cielo se ha despejado de los celajes grises de las primeras horas y en su aire azul dorado vencejos y golondrinas trazan repentinas rayas obscuras. Un vecino está por arrojar algo, un papel, y las palomas

no han necesitado ver el ademán para intuirlo y alzarse en un vuelo precipitado, sin embargo de prolija formación.

Con las palomas en fuga prudente, con los píos perforantes de las golondrinas, se entrecruza el trino tenaz y repetido de otro alado, un prisionero. Un canario que no goza de iguales libertades, pendiente su jaula de una ventana allá enfrente.

El hombre presta ojos a los pájaros, como si fueran algo importante, dándose cuenta que no lo son, ya que lo tiene capturado el ansia de alegar lo que se ha propuesto: pasar al papel que él es bueno, bueno como un pedazo de pan.

De tanto contemplar los monótonos desplazamientos de las aves, ese día y otros días, la búsqueda acuciosa del pico de las palomas entre los desperdicios que las señoras de los pisos altos arrojan al patio y la terraza, el hombre se va adormeciendo, como pan en el horno, como pan que duerme al abrigo del fuego.

El padre se está panificando. Se vuelve pan, se dora y se seca, se resquebraja. Luego sopla un poco de viento y como el pan se deshace, el aire carga con él y generosamente distribuye las migas a las palomas que entretienen el hambre rondando sobre el techo del aparcamiento de coches.

Relojismos

Se ha establecido en una mansión almendrada, sobre el *quai Lamennais*, en un flanco de la place de la République.

Por dentro, la casa sostiene como un añoso vaho de almendras, exhalación indecisa entre amarga y dulzona, sin que ni un aire la agite.

Vista de afuera, su semblante es también almendrusco; hasta el color, almendroso seco.

Para él comienza el trabajo cuando media la noche. Ha de ser puntual, a las 12 clavadas.

Como está algo viejo, los sentidos se le han resentido. Incluso el del tiempo. Precisa reloj. Si luminoso, mejor, porque la visión se le va apagando.

Llevar uno consigo no puede. Si de pulsera fuese, luciría mal un objeto de metal. Si de bolsillo, ¿cómo, sin tener bolsillos?

Además, le ha mermado el sentido auditivo. Intermitente se le ha vuelto: desfallece, revive, se borra... Que a veces oye bien y, a veces, nada.

Tan negado que se halla, apenas le sirve, para orientarse, el encumbrado reloj de la *Mairie* (cúpula de forma de cebolla, tallo de oro). Si el oído se duerme, no le avisa de las campanadas y él cumple con defecto su deber.

Ha decidido cambiar, guiarse por un reloj más moderno. El de la fachada del Prisunic, sin campanas, pero tan campante con su elevada posición y sus luces, tan mirado...

Sin embargo, pasa que retarda. Con una irregularidad perezosa y sin que persona alguna se ocupe de ponerlo en su punto.

Todo lo cual a él le provoca un afán suplementario: cuando aumenta la noche y ya su presencia –si se le viera– no causaría ansiedades, acude a regular las manecillas. Así está bien.

Sólo mojarse le fastidia un poco, al pasar sobre el *quai*, zona tan descubierta. Cuando tiene que volar, desde la casa almendrada al reloj del Prisunic. ¡Llueve tanto en Bretagne...!

Rennes, Bretagne

Espejismos

Sin boca

El loco se mira en el espejo y se saca la lengua. Piensa que el espejo se está burlando de él. Lo rompe.

Se arrepiente, a la hora de peinarse.

Sobre una mesa, fragmento a fragmento recompone el espejo, que queda casi completo.

El loco prueba a mirarse de nuevo y ve su rostro, pero no la boca (falta esa parte, que se pulverizó con el golpe).

Desde entonces, nunca más habla.

Pesadilla

El espejo es un ojo: no lo miramos, nos miramos y él nos ve, nos está mirando.

"Saloon"

El espejo del bar de cowboys, cuando empiezan los disparos de revólver: "¡Ay, me parece que no llegaré a la próxima película!".

Denuncia

"Yo vi al que robó el espejo."

Firmado: El espejo

Ligados

El espejo ebrio a la fea: "Nos odiamos".

Shakespeare

El espejo de Shakespeare a Shakespeare:
"Puedes ser o no ser, pero no te lo creas, porque no eres: soy".

El enamorado

Despechado, el espejo que se enamoró de la adolescente: "Ella sólo tenía ojos para sí misma".

Sacalenguas

Observación del espejo: "Los niños se sacan la lengua a través de mí".

Precocidad

El espejo es chiquito, la muchacha hermosa.

Ella verifica en él la perfección de sus labios y enseguida lo hunde en las tinieblas de su cartera de mano,

El espejito, apasionado, jura: "¡Cuando yo sea grande…!"

Las manchas

El espejo con cochambres negras: "No son de azogue. Las forma el residuo del alma que van dejando los que vienen a mirarse en mí".

La seducción

El hombre logra en sueños lo que no logró despierto: seducir a una mujer carnal, perfumada y esquiva.

Lo despierta un golpe en las costillas: la esposa, que duerme con él, le ha hundido el codo en el costado.

Ha soñado que el marido se ha dejado seducir por una mujer carnal, perfumada y esquiva, a quien ella no conoce.

Durmientes

En su interioridad tan guardada que ni murmura lo que está soñando, en la noche para nada interrumpida en su silencio, el hombre sueña la muerte repentina de un ser querido.

La mujer, que duerme a su lado, da un grito desgarrado de pena.

El hombre despierta.

Ella sigue durmiendo, pero soñando que llora.

Oscurecimiento

El suicida se cuelga del cuello con el cable telefónico. La ciudad queda a obscuras.

Muerte de una telefonista

La telefonista, pobre chica, que había sido ultrajada, sin poder soportar la vergüenza y la humillación, decidió morir: se ahorcó anudándose al cuello el hilo del teléfono, con una llamada de larga distancia.

La duda

Lleno de soberbia, se dice que se encontrará a sí mismo, tal día, a tal hora, en tal lugar.

Cuando llega, comprueba que no está.

Desde entonces, duda que sea todopoderoso.

Hay un pero

El escritor que quiere escribir un cuento con animales, para adquirir experiencia y poner verosimilitud se vuelve mono, pero...

Crece... crece...

Le dije que no renunciara a su atractiva melena larga, que si se la cortaba sería de mal augurio para lo nuestro.

Ella se la cortó.

Después murió y he soñado que volvía a mí con una cabellera aún más fascinante.

Escarbo en su tumba, donde lleva diez años. Extraigo el féretro y lo abro. Desborda una cabellera que no ha cesado de crecer.

La dificultad

El escritor que quiere escribir un cuento infantil se vuelve niño, para cosechar vivencias y lenguaje.

Lo está adquiriendo y concibe una historia, pero como todavía no ha ido al colegio no sabe escribir.

Reproche ético

Cree haberse encontrado con su doble, que no es otra persona, sino él mismo, afuera.

Le encomienda las malas acciones, que el doble ejecuta sin mostrar descontento ni penoso esfuerzo.

Comprende que el otro no es un impostor, ya que ni siquiera es otro, sino su parte mala.

Sin embargo, tenaz en su inconformismo, sin hablarle le reprocha:

–Lo malo yo lo hago mejor.

La fidelidad

¿Quién podrá fiarse de las afirmaciones femeninas?

La sombra me promete: "Te soy fiel". Y en cuanto no hay sol me abandona.

Dos hermanos

No busca las cajas, las encuentra. Refutaría –¿ante quién?– el cargo o la mera suposición de que ejerce una practica sistemática de la búsqueda. Si bien podría admitir, como hábito nocturno irresistible, una inclinación por cuya pendiente resbala entre la cena temprana y el sueño evasivo o postergado. Sucede después del trago prudente, bebido al paso, que cada vez estimula la repetición de su vuelco al andar sin rumbo.

No las busca, las descubre. Ellas *están*. Permanecen, en sitios no previstos, o salen a darse con él.

La mujer surgió del adormilado portal al pie de un alto edificio. Vencía su figura hacia un costado el peso de un cubo de residuos; no balanceado por la caja, aparentemente ingrávida, que sostenía bajo el otro brazo. Su salida fue repentina y casi furtiva, como la que disimula una mala acción que se va a cometer en cuanto nadie observe. El verla cargada y presurosa contuvo al hombre en una vacilación, no sorprendida, sino más bien cortés, como para darle paso.

Con rapidez y ya abierta decisión, la mujer volcó los desechos sobre el borde de la acera, a los que quizás iba a sumarse la caja de cartón. Si tal era su propósito, como lo esbozó un ademán, lo cambió en el último instante, pues impetuosamente se arrancó la caja y se la tendió al transeúnte, igual que si hubiera hallado el medio de no contaminarla, de no unirla a la basura. Sin una palabra lo hizo y se reintegró a las sombras del portal de donde había salido.

El hombre, comprendiendo que eso, lo que fuera, quedaba con él y para él, estudió el objeto, oblongo, liviano y tal vez frágil. Era un estuche de bazar, decorado y estropeado. Una caja de muñecas. Guardaba, precisamente, una muñeca, vestida con el refinado estilo de una señorita de otra época.

Pudo sentirla concluyente y definitivamente confiada a su cuidado, y presentirla, no tanto como un enigma, sí como una propuesta de meditación. Sin embargo no ancla en ésta cuando, de regreso en su cuarto de hombre solo, instala la muñeca de pie sobre un mueble a fin de interrogarla prolijamente con la mirada. Se le representa fácilmente la imagen de una madre culpable o miserable que entrega a un extraño, o al sostén del azar, a la hija que no puede alimentar ni conservar junto a sí.

Con suavidad, la contemplación del objeto –figura de niña, juguete de niñas– realimenta la fuente de evocaciones del hombre que, en otro tiempo, tuvo un hogar y una familia.

Más tarde, devuelve la muñeca al estuche que, envuelto en hojas de periódicos y amarrado con una delgada cuerda, queda guardado en el ropero, a salvo de la curiosidad –posible profanación– de la mujer del aseo, que viene cada mañana.

Hace tiempo que aplica una cautela adquirida, fogueado por la experiencia: porque otra vez, sin prevención, retiró una tapa y hacia él saltaron las garras enfurecidas de un gato aterrado por el encierro y algún maltrato sufrido antes. Trampa o chasco armado por desconocidos contra desconocido: formas del mal indiscriminado, sin saber siquiera a quién se hará. Del mismo orden que la elaboración de la náusea: la caja de apariencia inocente, en ocasiones de vistosa presentación, como olvidada ante el umbral de una casa o junto al banco de una plaza, que esconde el piloso cuerpo abatido de un murciélago o los restos masacrados de una rata.

Él lo aprendió, como víctima. Desde entonces, explora. Cuidadoso examen exterior. La prueba del pie: con éste hace desplazar el bulto para calcular peso, o por descubrir si contiene piedras, ladrillos o un perro ahogado. Golpea con la punta del zapato a fin de notar si adentro se agita una alimaña viva.

Cuando se precave de sorpresas repugnantes o dañinas, suele suceder que se interrogue por qué obedece la seducción que las cajas tienen para él al extremo de sentir que tales impulsos y el cúmulo de precauciones con que se desenvuelve lo rebajan hasta la humillación.

¿Qué espera que alberguen? No siempre intenta responderse; si lo procura, en la cavilación hacia una posible clarificación de la causa,

toma importancia este detalle: que prefiere las cajas que presentan algún agujero. ¿Porque le sirve para mirar sin abrirlas? No del todo, ya que lo que haya dentro suele resultar indescifrable si el interior queda a obscuras, es decir, si la caja sigue tapada o cerrada.

¿Qué, entonces? ¿Que la revelación del misterio plantee todavía un trance preparatorio? ¿O es –alternativa imposible– que le bastaría distinguir apenas algo que se pareciera a él mismo?

No decide. Tal vez prefiera no saber. Sí, comprueba que cuando entra en posesión de una caja, si ésta se halla perforada, hasta que escudriña por la cavidad lo gobierna un estado de ansiedad y vehemencia.

Entonces, al aplicar la mirada a ese conducto tenebroso, revive fascinado la edad cuando pegaba su ojo al ojo de la cerradura. El ojo de la cerradura en la puerta del dormitorio de sus padres. Papá y mamá con el pesado silencio que caía sobre ellos a la hora de la cena y continuaba instalado entre ambos en la escena posterior, de ahondado aislamiento en compañía. Acaso sentados, uno en cada borde de la cama, dándose las espaldas, algo encorvadas éstas, como si transcurriera por la alcoba el saldo diario de una derrota insuperable. Poco más que esas conjeturas podía sacar de sus riesgosos y fugaces fisgoneos, hasta que, recogidos en lo hondo de ese monótono distanciamiento, apenas introducidos en el lecho, los padres extinguían la luz y ya no quedaba ni la posibilidad de que emanaran de ellos voces ni susurros.

Entre los desperdicios de una posible mudanza o limpieza de oficina, en la empresa donde trabaja, una caja le entrega hasta una docena de guías con horarios caducos de trenes y de aviones. Carga con ellas y se las lleva. Cuando se transforman en lectura tranquila bajo su propia lámpara, los áridos esquemas, los mapas simplificados le hablan de lejanías, a las que viaja con el pensamiento y la memoria, convencido del error y lo perdido. Recorre de tal manera las comarcas de la infancia y aquella ciudad que le provoca para decirse: "Ahí he sido... fui". Puede repasar el lugar lejano merecedor del lamento, "Allá pude ser...", y ese otro más cercano en los años "donde quedó... dejé...", y ese más apartado que lo hostiga: "donde hice aquello...". La geografía se le desgarra en jirones.

Ayer se atribuía una sarna no comprobada, en la que ni creía, aunque consideraba ventajoso tenerla, para que los demás no se le acercaran demasiado. Esta noche, sin embargo, ha cedido a la flaqueza de preferir por el momento no padecer esa sucia enfermedad contagiosa. Ha hecho escala en un bar a fin de tomar su copa –nunca más de una– prescindiendo de apoyarse en la barra, para ganar el transitorio reposo de sentarse a una mesilla de hierro forjado con cubierta de mármol.

Sin propósito de interesarse por nadie, ha circulado con la vista por la superficie de los parroquianos que no conoce ni lo conocen. Hasta que se ha encontrado con una mirada puesta en él. Aplicada con intensidad. Ha mostrado, la dueña de esos ojos jóvenes, algo, nada extraordinario: en todo caso, que ha notado la existencia de ese hombre solo ahí sentado.

A su vez, él ha considerado, de ella, el rostro, el tipo de ropas, la actitud de espera, la falta de prisas, y algo así como una pregunta suspendida en el aire... No lo ha intimidado tal encuentro, no es un timorato y no rehúye el intercambio de miradas. De otra parte, no pretende presumir de superior o indiferente ante esa mujer de la noche.

Ella sostiene la mirada directa y seria, que no es juego ni provocación. Él casi admitiría, ya lo piensa así, que es mirado sin causar la admiración ni la extrañeza y, sin embargo, como si un rasgo lo caracterizara y ese atributo inspirase respeto, una consideración humana, en la muchacha. Pero ella se distrae. Su mirada lo abandona, sin irse, y no regresa.

Él se inclina sobre la copa que contuvo el vino que ya bebió y establece que tal como se halla, vacía, vaciada, quedó la mirada que unos momentos lo diferenciara entre los hombres que están en el bar (que hay en el mundo). Le cuesta admitir que también se agotó esa otra especie de vino espirituoso que le sirvieron, escanciado por aquellos ojos. Al cabo, acepta que no puede ser de otra manera. Recoge de la silla su propio cuerpo y se lo lleva al aire exterior.

Por las calles, esta noche, menos que nunca, no busca cajas, ni les dedica un pálido pensamiento. Más bien lleva adentro otra ansiedad, que se asemeja a un desencanto.

No busca cajas, pero encuentra una.

Reposa –¿lo espera?– apegada a un recipiente de residuos domésticos. Está acondicionada con esmero, cubierta de papel y ligada en cruz por un cordel. Sin ser voluminosa, posee cierto tamaño.

La impulsa con la puntera del zapato. La caja resiste, tiene carga. No obstante, se desliza sobre el piso obedeciendo al impulso del pie del hombre.

Este controla que no haya espectadores. No los hay, la hora avanzada los ha borrado. La iluminación de la calle es escasa; de las ventanas no emanan resplandores.

Pone mano al paquete y percibe una impregnación húmeda, pringosa.

Se ha excitado y quiere saber, con toda urgencia; pero no logra deshacer los nudos de la atadura. La elimina expeditivamente con un tajo de su navaja eficaz.

Destapa, sin convencerse de lo que viene a distinguir. Nerviosos, los dedos, hurgan y desgarran el grueso cartón. Queda del todo revelado el contenido: es una cabeza de hombre, seccionada, que ha sangrado con abundancia encharcando la cavidad de la caja.

El hombre se ha puesto de rodillas para verificar la fisonomía, casi intacta, casi atroz, desencajado el gesto por el sufrimiento y el último miedo.

Cree sentir que las sensaciones se le agolpan tras la frente y le atormentan la nuca.

Después se echa al suelo, fascinada la atención por el despojo humano. Conserva apegada a éste la mirada, sin alcanzar respuesta: la cabeza del descabezado no tiene ojos, no se podría conocer su expresión, caídos como están los párpados.

El hombre que vive y está echado en el piso le habla (o runrunea) al pedazo de muerto:

–Amigo, hermano...

Insiste con esas palabras, a media voz, como entonando una letanía, con algo de dolor y de lástima, en la voz y en el acento.

Luego se entrega a otra concentración quizás sin pensamientos. Advierte que ha dejado por el suelo, abierta, la navaja de hoja de metal poderoso y, éste, ligeramente curvo, semeja un hueso blanco.

Calla. Luego preludia un balbuceo, dirigido a la cabeza, del que sólo emerge un nombre:

–Abel.

Es un susurro pasmado de culpa.

Asmodeo, anacoreta

Asmodeo erró por el desierto un número innombrable de lunas. Padeció sus rigores, pero igualmente supo de la guarida de los cañadones y saboreó la pulpa de los dátiles y la carne fresca de las palomas.

Siempre huyó de las caravanas y jamás se acercó a un oasis mientras las voces humanas se sumaban a las del viento o de las tórtolas.

Cuando quiso regresar no recordaba siquiera el rumbo establecido por las estrellas. Y fue el retorno más incierto y sacrificado que su voluntario ostracismo.

Una noche descubrió en el fondo de un valle el resplandor de las viviendas de los hombres. Descendió a ellos juntamente con la madrugada.

El camino, en las calles, se le abrió holgadamente, porque a su paso todos se apartaban; sin disimulo mostraban la repugnancia y el desdén.

Asmodeo dedujo que las gentes son más hostiles que las arenas, si no nos aman.

Sin embargo, no obedeció a la tentación de reintegrarse al desierto.

Atendía su hambre con unos desperdicios; levantó la frente y encontró unos ojos benignos que lo contemplaban. Asmodeo sintió que le nacía un sollozo de afecto.

El hombre compadecido de Asmodeo le preguntó qué deseaba y el anacoreta, al oír de nuevo una voz humana que formaba palabras para él, de momento no comprendió. Alzó una mano de paz, pidiendo tiempo.

Pensó todo lo que necesitaba: algo de comer, una túnica, tal vez un jergón; también, amor... A pesar de ello, habló y dijo: "Si quieres, si puedes, bondadoso hermano, préstame un espejo".

El apiadado escondió su asombro, para no ahuyentar al anacoreta. De su hogar trajo el objeto.

Asmodeo lo tomó con las dos manos, ávidamente; pero luego de unos instantes de concentración ante su imagen, lo apartó de sí.

Más extrañado todavía, el dueño del espejo interrogó a Asmodeo: "Cómo, ¿acaso tienes miedo de ti mismo?...".

Asmodeo consideró reflexivamente la cuestión y al cabo dijo: "Sí, porque me he visto a través de la mirada de los otros hombres".

No obstante, sonrió para mostrarle su gratitud y hacer entender que lo creía distinto de los demás.

Después, se devolvió al desierto.

En la cintura de la aldea notó que un perro lo seguía a distancia. Temeroso de sus fauces, Asmodeo le arrojó guijarros, que no llegaron a las visibles costillas del animal, ni lo pusieron en fuga.

Asmodeo se dijo: "Ahora tendré que buscar alimento para dos bocas".

Y continuó andando.

Orden de matar

Dormido junto a su esposa, el señor de Salta 1410 sueña. Sueña que debe matar.

Ha sido llamado a una oficina y la persona que lo recibe le da órdenes. El moblaje es suntuoso y antiguo. No se puede resistir al dueño de ese despacho imponente. ¿Quién es? Puede ser un ministro. Dice algo que ahora se entiende mejor: que él, el visitante, tiene que matar. Matar. ¿A quién? El funcionario lo está diciendo y cuando el funcionario habla pareciera que lo hace con estricta claridad, pero cuando las palabras llegan al señor de Salta 1410 ya no se entienden tan bien.

La víctima designada tiene algo de conocida, ¿quién es precisamente? Un nombre, un rostro que no se puede fijar. ¿A quién hay que dar la muerte?

El señor de Salta 1410 no pone excesivo celo en comprender el encargo, porque algo le dice que es imposible y que él no tendrá que cumplirlo.

Sin embargo, no está cómodo ante el funcionario. Ese funcionario que se pronuncia con tanta fluidez y al mismo tiempo con tanta suavidad, tan confiado en su jerarquía y en su dominio, tan seguro de que el señor de Salta 1410 le obedecerá...

Durante el día no piensa en el sueño, no lo recuerda tampoco.

En la segunda noche, soñando, acude puntualmente a la nueva citación del funcionario. Cuando está allí, delante del escritorio de molduras, se pregunta cómo ha llegado. No es, sin embargo, lo que más le preocupa. Cavila: "¿Otra vez?"... Y ahora se amilana. Presiente que el funcionario insistirá en el mandato y será más enérgico. Tan ciertamente lo ha previsto y tan largo y poderoso ha sido el momento de temor, que ya la reclamación se ha producido y ha sucedido todo. Queda con la orden adentro, atravesada como un mal bocado.

Despierta. El cuarto permanece a obscuras. Resulta una situación muy desagradable. Enciende la lamparilla veladora. Sí, la esposa está echada a su lado, lo cual no tiene importancia ni lo conforta. Si apaga y vuelve a dormirse, ¿continuará el sueño? Apaga y se duerme. No sueña más, esa noche.

Ya desde la mañana desconfía de las horas nocturnas, recela del sueño. Por nada, se dice, sólo porque le fatiga los días.

Encarga a la mujer:

–Si hablara dormido, despiértame.

Comprende que ésa no es la solución. Debió indicarle:

–Si me hablaran cuando esté dormido, despiértame.

Puede entender que inquietarla, con esa advertencia, a la compañera se le antojaría un disparate.

El sueño de la tercera noche reitera los anteriores. Sin embargo, el señor de Salta 1410 percibe que se ha familiarizado con la situación. Se atreve a discutir la necesidad de matar a esa persona que él sabe y no sabe quién es: "¿Por qué hay que matarlo? ¿Es tan condenable?". La respuesta o el diálogo con el funcionario se enreda en una bruma.

Una bruma que no se despeja en la vigilia y lo obliga a preguntarse: "¿Conoce realmente al individuo que los sueños han elegido para que perezca por su mano?". Casi podría contestarse que sí, que es alguien muy cercano, conocido por dentro, como se conoce una persona a sí misma, porque sabe más que los espejos y que los ojos de los demás; no le es ajeno el sabor de su boca, la sensación del estómago satisfecho y la palabra que se le forma y no pronuncia para esa mujer que un instante ha compartido con él la circulación por la acera.

El señor de Salta 1410 sospecha que, para saber quién es el condenado, únicamente le falta algo así como despertarse.

El señor de Salta 1410 es religioso. El sueño de las tres noches lo perturba y quisiera dilucidarlo para no temerle. Pero, ¿hay en él suficiente coraje para tratar de entender los designios del funcionario?... ¿Dios?... Ante el pensamiento de Dios se persigna mentalmente, porque está en la calle y no le agradaría ser visto en acto de sumisión religiosa. ¿Dios? No; su Dios no puede disponer el crimen. Y es por eso que al señor de Salta 1410 lo aterra suponer quién pronuncia las órdenes nocturnas.

Cuando no distingue el follaje de los árboles a través de la ventana, reconoce la noche, ya se está cerrando, como el tiempo que precede al indeseado enfrentamiento. Tendrá, tiene que luchar, no contra el sueño, porque no puede; no contra quien fuere el funcionario, sino simplemente contra el mandato. Hay una manera.

Al soñar, en la cuarta noche, padece el encuentro con el funcionario; éste, de más en más exigente, aunque con sus maneras siempre delicadas: "¿No ha cumplido hoy tampoco?". Tiene que admitir que no. Está quemándose de preocupación. Pero saca, despacito, su recurso: muy humildemente argumenta que puede haber un error y, por si estuviera en lo cierto, pide que el sueño sea transferido a otra persona. El funcionario lo atiende y después se expide: "No hay tal error. Sin embargo, si usted no está de acuerdo, lo consideraremos".

Al despertar, el señor de Salta 1410 nota como las huellas de que ha dormido las últimas horas con una sonrisa cortesana y esperanzada. Lo siente en los músculos que rodean los labios.

En la quinta noche, un hombre que tiene su lecho en Salta 1422 sueña que es llamado ante un funcionario y que el funcionario le ordena matar a alguien que, por motivos que no le explica, debe morir malamente.

El hombre de Salta 1422 piensa en el mandato mientras hace su trabajo normal de la mañana. La orden del sueño coincide con rencorosas razones propias.

Tempranito, en la tarde, el hombre de Salta 1422 mata al señor de Salta 1410.

Así de grande

Eustasio sólo bebe durante las comidas. A mediodía no se deja vencer; de noche sí: como para ayudar el sueño.

Al lavar los platos, con la prudencia que manda el respeto a los mayores, la hija pide a la madre:

–Mírele los ojos, mamá, cuando toma.

La mujer cree entender la recomendación:

–Sí, ya lo he notado, la cuenta del vino crece todos los meses. Mientras él pueda pagarla...

Pero no es ése el sentido de la advertencia que ha proporcionado la muchacha.

Otra noche lo descubre la mujer. Mira al marido en los ojos y cuando están en la cocina confiesa a la hija:

–Tengo miedo.

La niña responde: "Yo también", y se quedan calladas.

Una vez las insulta, abre un cortaplumas así de grande, que parece navaja, y las persigue. Ellas se encierran en el dormitorio matrimonial y él duerme en la cama turca, en el cuarto de la chica.

El cortaplumas se muestra, con un riego de insultos, otras noches, hasta que ellas se acostumbran o se resignan o se retiran, bajo llave, antes que él empiece a revelar por los ojos el extravío y la ferocidad.

Cuando declina la época de calor, comienza a disminuir el monto de la cuenta del vino.

Por último, él no bebe más en la cena que en el almuerzo.

Hoy, 4 de septiembre, él apenas se moja los labios. Madre e hija verifican, muy calladas, y se sonríen entre sí, serenísimas, aunque él no haya vuelto a ninguno de los gestos o palabras afectuosas que hicieron memorable su buena época de padre.

Las dos mujeres consideran, sin mencionarlo, que ha llegado lo que hace tiempo se tenían prometido: no encerrarse más, si él cesara, como ha cesado, de beber, insultarlas y perseguirlas. Les agrada saber que la habitación, esta noche, tendrá un poco de ventilación.

Dejan que él tome la iniciativa en cuanto a elegir dónde dormir. Eustasio, acostumbrado, se echa en la camita turca.

Ellas dejan entreabierta la puerta, extinguen la última luz y se duermen abrazadas, henchidas de confianza.

Esta noche, la del 4 de septiembre, él las degüella con ese cortaplumas así de grande.

El barquero

Sólo el río, que ya es mucho decir, porque no es estrecho, ni pando, ni calmo, separa las dos aldeas.

La del Poniente es eminentemente pobre: no tiene, para comer, carne de res, sólo frutos de mar, o más bien de río, acaso los más cascarudos y sin substancia. De leche también está privada, ni de cabra, ni de burra. Aparte del agua se bebe un llamado vino, que es aguardiente, fermentado con hierbas.

A falta de puente, la única comunicación con el mundo exterior (que es la otra aldea) se establece mediante la barca, de poco calado y con sólo un barquero, que no adiestra en el oficio ni a un mozuelo, cuidándose de ser desalojado, un día.

Laboriosas diplomacias y costosos trueques abren la posibilidad de que la aldea del Poniente se haga dueña de una vaca lechera.

El barquero sale al Naciente a traerla; se la entregan pero todavía con una condición: que transporte también a tres mujeres, que están solas y desvalidas y resultan una carga para el pueblo. Ellas muestran, resignadamente, voluntad para emigrar, y el barquero las tolera a bordo.

Cuando llegan al medio del río y las aguas se encrespan y forman remolinos, el barquero, con temor de perder el control de su nave, reflexiona que lleva demasiado peso. Decide aliviarlo.

Sugiere a las mujeres que naden hasta la otra orilla. Ninguna acepta, no saben nadar o no se reconocen con fuerzas para tal travesía.

El barquero, que no es más que un gañán, intenta forzarlas a hacerlo, pero ellas se resisten.

En conciliábulo con dos, consigue que le ayuden a arrastrar a la tercera. Lo secundan y cuando están junto a la borda deshaciéndose de la que han dispuesto sacrificar, el gañán aprovecha y, de un empellón, se desembaraza de una de sus cómplices.

Le queda una sola, arrinconada, desesperada, comida por la angustia; el rústico, preocupado otra vez por el riesgo de naufragio, la alza en vilo, la viejecita no es más que una bolsa de huesos, y la arroja al violento curso de agua.

De tal modo, ya con menor riesgo, completa la travesía.

Cuando llega y los aldeanos celebran la aparición de la vaca, el barquero luce y se le ensancha el pecho como triunfador. Como héroe, según la exclamación de los festejantes. El festejo, claro, se hace con el vino-aguardiente, lo que enciende la oratoria del patán, que hasta el momento nunca había ostentado. Describe su cruce, exagerando méritos y peligros.

Ya más turbado por el alcohol, proclama también que para traer la vaca tuvo que eliminar a tres pretendidas viajeras.

El Anciano interviene:

–¿Quiénes eran?

–No lo sé. Tres mujeres grandes de edad.

–¿Y las has muerto?

–De ninguna manera, ellas se ahogaron.

La argucia no satisface al Anciano, quien pone en juego su condición de Justicia y considera que el barquero debe ser castigado por haber dado muerte a tres seres humanos.

El barquero se defiende; hace notar que a ese precio ha traído la vaca con cuya leche muchos podrán enriquecer su alimentación diaria.

El tonto de la aldea aprueba:

–Una vaca lechera por tres viejas, hemos ganado con el cambio.

Tal sentencia complace al barquero, pero abisma al Anciano en dudas y remordimientos. Está pensando la forma de castigar al desaprensivo homicida sin alterar el ánimo público, tan gozoso con la adquisición del animal que da leche.

En la noche, el flujo de las aguas arroja sobre la playa de la aldea del Poniente el cuerpo de una de las mujeres. El Anciano, de poco dormir, se ha alzado al alba y recorre en solitario la arena.

Hace la comprobación, la medita y corre al pueblo vociferando el nombre del barquero. Al clamor despierta la mayoría y el Anciano advierte que está el número necesario de vecinos para formar Consejo.

Ante el cual hace comparecer al barquero y lo acusa: "¡Has ahogado a tu madre!".

–¿Cómo lo sabes, Anciano?
–La conocí antes de que se trasladara a la aldea del Naciente.
Apunta con un dedo acusador, con toda la extensión de su brazo derecho, al barquero, y le espeta:
–Es la que te dio a mamar su leche cuando eras niño.
Están a punto de llevar al barquero a un promontorio para lapidarlo, pero él todavía alega:
–Les he dado, a todos ustedes, la fuente de leche.
Y todavía, ya arrastrado, insiste en zafios argumentos:
–Yo no la conocía... O no la recordaba (y luego de otro respiro): "Y la vieja, con ser mi madre, tenía los pechos secos".

Visión

Tenía 15 años y deseaba estar rigurosamente sola. Había terminado los estudios primarios y vivía con sus padres en la casa del monte de manzanos y cerezos. No se le presentaban muchas oportunidades de trato con niñas de su edad, ni su familia era muy sociable con las otras gentes de la vecindad. Todo esto favorecía sus tendencias y aumentaba su sensibilidad. La atemorizaba el trato con los hombres. Algunas palabras la lastimaban aunque fueran pronunciadas por mujeres.

Encerrada voluntariamente durante el día, con gran preocupación de la madre, emergía al aire al atardecer, cuando los trabajadores abandonaban el monte para no volver hasta la madrugada siguiente.

Entonces se paseaba gozando de las ausencias y el silencio. Los padres no temían por ella: sabían que su regreso sería puntual, antes de sobrevenir las sombras.

Una vez del verano tuvo la impresión de que en el otro borde del canal de riego se hallaba una joven. Al instante percibió que se había confundido: era un varón, muy esbelto, con ropas algo distintas de las campesinas.

No retrocedió, no se sustrajo; estaba tranquila y confiada. Esperó a saber.

El extraño le habló:

–¿Puedo ayudarte?

–No me he extraviado, mi casa está cerca.

–Puede ser que más adelante me precises. ¿Me encontrarás?

Ella consideró que debía cuidar su dignidad y no interrogarlo: él, muy discreto, dijo adiós y partió. Su figura se perdió entre la arboleda de la propiedad contigua.

Ella quedó arrobada.

Ambuló muchas tardes por esos lugares. Lo necesitaba.

Nunca más lo vio. No lo olvidaba; sin embargo, el sentimiento amoroso hacia él no resultó duradero: otros afectos, tímidos y juiciosos, lo relegaron a un fondo difuso.

No lograba entender si había sido solamente un joven algo más seductor que los conocidos hasta entonces. Prefería atenerse a esa suposición. Sin embargo, cuando lo recogía su memoria, refluía en ella un raro y fugaz encanto.

Y tenía que confesarse: "Cuando lo extraño y lo evoco, es como si evocara mi propia pureza, o la pureza perdida de alguna otra persona".

Martina espera

Martina espera al marido.

Quiere complacerlo. El marido amaba los gatos. Ella cuida un gato de lujo, de suave y copioso pelaje.

Martina casi no precisa del mundo exterior. Sólo asoma para recibir o gastar en lo imprescindible sus discretas rentas.

A los doce años regresa el marido. Viene canoso, pero fortalecido por la lucha con los bosques y las montañas, los pantanos y los ríos. No trae los dólares que su esperanza le tenía prometidos al partir.

Martina lo ve hundir los dedos en la pelambre ya opaca y algo crenchuda del gato. Como si lo saludara, con más ternura que a ella. Después no lo toca más.

Un día Martina observa que abre una ventana y se queda mucho rato mirando hacia afuera, al cielo.

Deja la ventana abierta y ella le dice "Hace aire" y él le responde "Cambia el olor de las cosas".

Más adelante desaparece, él con la maleta.

Martina comprende que se ha ido, sin un adiós. Sin explicaciones. Nada más comprende.

Contempla, examina la sala y se dice que está como era doce años atrás.

Se registra el rostro ante el espejo; se fija en la melena y se concede indulgencia: "Como me peinaba entonces, como a él le gustaba".

Se sienta, absorta. Trata de entender.

El gato se desplaza, de un sofá a otro, para dormitar más cerca del rincón predilecto.

Martina lo observa. Le reprocha, con una voz tenue, como sin dolor:

–No le gustaste, por eso se fue. ¿Qué iba a hacer aquí, sin un gato que le gustara?

La imposibilidad de dormir

La imposibilidad de dormir es horrible. Si no duermes, no puedes soñar. Puedes pensar, y recordar, pero pobre de ti si el desvelo despunta recuerdos y trama pensamientos. Sufrirás por ellos y por la urgencia de dormir, que si no mañana de pie estarás dormido y no entenderás las órdenes y te vapulearán.

De día, prohibición de extenderse en la cama: prohibición de dormir y dormitar.

Prohibición de dormir sentado en el asiento, que tampoco ofrece apoyo: carece de respaldo. Si a pesar de la prohibición te duermes, te hielas. Es que todo en torno son muros de cemento y ventanas sin vidrios, sólo envarilladas de rejas.

De noche, el guardián lo despierta, una y muchas veces.

Una noche, el guardián no aparece ni al deslizarse de recorrida por los pasillos va golpeando los barrotes con el palo. Repentinamente se enciende la luz, gobernada desde el exterior. Se apaga y con ello se extingue la alarma de una requisa nocturna, que te haga saltar en cueros y ponga todo en un gran caos y destrucción.

La luz se apaga y al aflojar la tensión, retorno al sueño y la ensoñación. Enseguida, irrumpe de nuevo la luz, una y otra vez, se apaga y se enciende, con pausas de claridad, como para que florezcan, muy unidos, el miedo, el hastío feroz y la esperanza. Se enciende, se apaga, toda la noche. Se apaga.

El hombre sueña que está soñando que el guardián no le concede reposo.

El guardián lo despierta, con un violento zamarreo y la admonición: ¿Conque durmiendo...? ¡Arriba, es de día!

Gracias a Dios

En un aeropuerto doméstico, de madrugada, en invierno. Aún no se abre la cafetería.

El hombre trata de obtener café de la máquina, con monedas. La máquina absorbe los cuartos pero no entrega el café. Él la sacude y la golpea.

También fracasa con la máquina que expende cigarrillos.

Una señora se le acerca y le habla en su idioma, el idioma de él. Le aconseja cómo tratar las máquinas rebeldes. Él prueba y... nada.

Después, a bordo, en vuelo, cuando se apaga la señal "No smoking", ella le pasa un cigarrillo.

–¿Cómo se dio cuenta de que yo era extranjero, si no hablaba?

–Refunfuñaba malas palabras.

Fuman y después él quiere saber de ella, y ella corresponde a la curiosidad.

Ella dice adivinar que él es escritor y él asiente, complacido.

–¿Por qué escribe, porque está solo o para sentirse solo? ¿De qué escribe?

–De amor –lo ha dicho con intención, como si le tendiera una seducción–. Pero –le advierte– de amor dentro de los límites morales.

La mujer quiere saber: –¿Qué moral?

Él responde: –La cristiana.

La mujer pregunta: –¿Eso lo hace sentirse bien?

El hombre replica interrogando a su vez: –¿Y usted? ¿Está casada? ¿Es feliz?

Ella dice que sí y él se retrae como ante una puerta cerrada. Intenta el asedio por otro camino: –¿Cree en Dios?

Ella declara que sí.

Pero él indaga algo más: –¿Se atiene a sus principios?

–¿En qué aspecto? –requiere ella.

–En la conducta, en lo que hace.

–Gracias a Dios, no –declara ella.

Keene, New Hampshire

La búsqueda del diablo

Ocurrió –o se pudo imaginar– en 1431, año del sacrificio, por fuego, de Juana de Arco.

Eudosio, alquimista y sabio, ha invertido la vida en la búsqueda del diablo. No lo quiere ni le teme: se propone, sencillamente, destruirlo.

En su lecho de muerte, a Eudosio sólo le obedece el entendimiento, no las fuerzas físicas.

Tarde, en el crepúsculo, lo guarda la mujer. Están solos. Ella le susurra:

–Gastaste tus días y tus noches en pos del diablo y lo tenías en casa: el diablo soy yo. Hice contigo tres hijos, con los que ayudaste a multiplicar los males del mundo. Uno matará a su hermano, después que éste haya robado y cortado cabezas; el tercero es mercader.

Hurté tu tiempo y no te di sosiego para cavilar: cuando estabas concentrado en tus cavilaciones, yo enfermaba aparatosamente y tú te distraías para atenderme.

Te daba el gusto, con exceso, en las comidas (sopas espesas, tocino grueso, callos, especias picantes que enseguida reclaman más vino) y tú engordabas, te embriagabas y tu pensamiento se ponía pastoso.

El moribundo ha escuchado sin poder impedirlo. Quisiera matarla, pero apenas consigue decirle:

–Pérfida mujer, ¿qué ganabas con eso?

–Que no encontraras al diablo.

Hombre-pan dulce

Recuerdo retablos pintados sobre madera o lienzo, recuerdo retablos tallados de piedra o leño, recuerdo retablos vivientes de la Europa central con cientos de figuras; retablos medievales, modernos y rocieros, mecánicos y electrónicos.

Recuerdo los retablos que venden en las jugueterías y en las tiendas parroquiales, con piezas sueltas para que los niños los armen. Recuerdo que los comerciantes tienen, para que los pequeños los agrupen en el establo: el asno, la vaca, los camellos, el cordero y, también, el león. Recuerdo, sin precisión, un villancico inglés, pienso que es de Longfellow y dice que en Navidad el león y el cordero comen juntos.

Veo entonces, conciliados sobre una sencilla ración, el que es poderoso y sanguinario, con el que es débil y manso.

Veo después el cuadro del día siguiente: el león está solo, se ha comido al cordero.

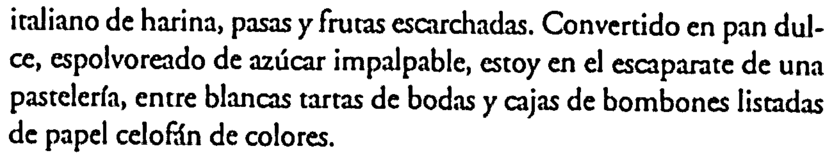
Consulto a quienes saben más. Se me hace entender que la primera representación, la del villancico, está contra la naturaleza: el cordero se alimenta de hierbas, el león es carnicero: el león apenas probó los pastos de la ración y se quedó con hambre...

Deduzco que el error fue asociarlos. Cada cual tiene sus instintos, anda y se nutre en su medio. El cordero no puede compartir con el león, sí con la paloma.

Veo que el cordero masca lo suyo y la paloma pica briznas o semillas de la boca del cordero. Veo que el cordero se fastidia y pisotea y mata a su compañera de yantar.

Deduzco que mis ensoñaciones son amargas y considero que, sin embargo, no soy bilioso ni malvado.

Me proyecto a un opuesto perfecto de la amargura, la violencia y el mal, y me veo a mí mismo convertido en pan dulce, el "panettone"



italiano de harina, pasas y frutas escarchadas. Convertido en pan dulce, espolvoreado de azúcar impalpable, estoy en el escaparate de una pastelería, entre blancas tartas de bodas y cajas de bombones listadas de papel celofán de colores.

Una señora elige y compra ese pan dulce, es por la Navidad. En su hogar un filoso cuchillo me corta, una mano me distribuye y muchos dientes me destrozan.

Rincones

Creo que era amor y, sin embargo, no perseveramos.

A los diez años de ese encuentro/desencuentro, me di de frente con ella al entrar a una oficina.

Hablamos. Yo me había casado, ella no, pero no insinuó que me culpara de su soltería.

Quiso defenderse de lo que ya había pasado, y dejó caer un cargo trivial:

–No te entendía, Pedro. Tu carácter tan complejo...

Dejó colgado el reproche caduco y se recompuso para confesar su propia debilidad:

–Bueno, si yo tampoco entiendo las cuestiones más simples.

Opiné que ella perseveraba en dañarse con su excesiva modestia. Lo aceptó, a su manera:

–No sé... Soy así. Siempre me encontrarás en los rincones...

Enseguida, esa mañana, nos dejamos ir.

Después, al descender de un autobús, otro autobús tronchó su cuerpo.

Lo supe por un diario de la tarde. Acudí con el pequeño cortejo de sorprendidos y dolientes que ella podía concitar.

Alguien había ejercido la piedad de componer, aunque toscamente, su faz muy malherida. Pero nadie tuvo la compasión de cubrir el óvalo de vidrio del ataúd, para que no nos detuviéramos ante el rostro mancillado.

Ya no era ella.

Ahora me deslizo por los rincones. Los rincones que poseen las casas que construyen los hombres y los rincones que tienen los espacios abiertos: calles, plazas, alamedas. La busco.

DE CÓMO NACEN LOS HOMBRES LIBRES (I)

Cuando el Coronado logró que su ejército de eunucos matara a todos los varones del reino, juzgó que estaba exento para siempre de librepensadores, porque las mujeres cumplirían todas las tareas necesarias a la vida de la nación.

No dudaba porque sólo quedaban dos hombres sin castrar: él y el Alquimista, y él había renunciado sin pesadumbre, por causas que ignoraba, a todo acto de amor, en tanto el sabio lo era demasiado para apartarse de sus libros.

Sin embargo, después de unos años se empezó a tener noticia de jóvenes airosos, surgidos en actitud de rebeldía, cuyo nacimiento y crianza las madres habían sabido ocultar con harta maña.

Menos preocupado por su cabeza que por el fallo de su despotismo, el Coronado llamó al Sabio y le preguntó cómo, sin la entrada de ningún extranjero, sin que mujer alguna del reino hubiese ido más allá del muro, pudieron ser engendrados estos sedicentes "hombres libres".

El Alquimista dijo:

–No cometas la ligereza de sospechar de las mujeres ni agraviarlas. Los hombres libres nacen por generación espontánea.

Aunque esa opinión podía ser refutada de subversiva, el Coronado contuvo su malestar porque al Sabio todo se lo toleraba, incluso que estuviera equivocado y dijera la verdad.

En realidad, el Sabio estaba al tanto de esa licencia, pero ni siquiera él, con tal privilegio, se había atrevido a pronunciar íntegramente la realidad ante el Omnipotente, ya que, pese a su virilidad oculta, el Alquimista no amaba el servicio de las armas.

DE CÓMO NACEN LOS HOMBRES LIBRES (II)

Más adentro de la montaña, el Señor de la Maza sometió a todos los hombres, pero el refinamiento adquirido en su visita al Imperio Celeste lo indujo a conservar un Hombre Libre.

No le temía ni mucho ni poco porque era su prisionero y después de un tiempo hasta se atrevió a exhibirlo al pueblo.

Este exceso de confianza lo puso en una situación delicada, porque el prisionero, en su jaula, al verse rodeado de multitud, intentó arengarla.

Un guardia decidido impidió el discurso, pero ya la costumbre estaba sembrada; los ciudadanos sometidos consiguieron insinuar que, en adelante, durante cada festejo de cumpleaños del Señor de la Maza, se les permitiera ver en la plaza al último de los Hombres Libres.

El Omnímodo fingió aceptar.

En su siguiente aniversario, llevó al Hombre Libre en una cruz de leño.

Cumplió, la muchedumbre podía verlo.

Pero la gente, en silencio, aguardaba algo más: que reanudara aquellas palabras interrumpidas en la jaula, que les recordaban un lenguaje antiguo y perdido y los hacía ilusionarse con un futuro.

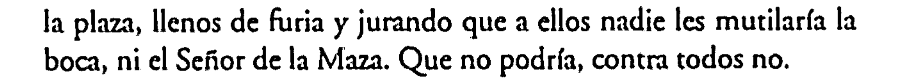
El hombre en la cruz los miró una vez, con tristeza, luego apartó la mirada y la encumbró, con desesperación.

Sobre el silencio, alguien le alcanzó una orden que parecía un ruego:

–Habla, te esperábamos.

El hombre en la cruz de palo humilló la vista e hizo el gesto de hablar, y se pudo ver que su lengua había sido cortada.

Cada hombre de la multitud, cada mujer, sintió un desgarro, evidenció piedad y, enseguida, prescindiendo del crucificado, desbordaron


la plaza, llenos de furia y jurando que a ellos nadie les mutilaría la boca, ni el Señor de la Maza. Que no podría, contra todos no.

De cómo evolucionan los oficios del hombre

La hija del verdugo era hermosa y gentil. No ignoraba la actividad de su padre, sin discutirla ni horrorizarse por ella, pues, como todos en la comarca, la consideraba una profesión necesaria.

Sin embargo, nunca presenciaba una ejecución, ni en familia se hablaba de las alternativas del trabajo de papá.

Papá preparaba sus instrumentos en el taller de la parte subterránea de la casa y la hija observó que la cuerda era muy tosca. Dedujo que sus ásperas fibras, aparte de cumplir su misión de quebrar el cuello o suspender la respiración de los ajusticiados, seguramente con su roce inclemente los lastimaba más de lo necesario.

También soportó con naturalidad y resignación ese descubrimiento.

Hasta que supo que el verdugo tendría que ahorcar a la hija del marqués, que había pecado contra el honor de la familia y del rey. No quiso admitir la idea de mil pequeñas lastimaduras en la blanca piel de la dama que, en secreto, era su modelo y su ídolo.

Entonces, como un tributo, formó una cuerda de seda, suavísima, y le pidió a su padre que la aceptara como regalo, para celebrar la distinción que el rey le había concedido encargándole la ejecución de la hija del marqués, con preferencia sobre todos los otros verdugos oficiales.

El padre se sonrió discretamente ante la ingenuidad de la joven, que le daba una cuerda de seda para usar en vez de su fuerte cordel de cáñamo, pero la estiró entre sus potentes brazos y comprobó que resistía.

La usó para el cuello de la hija del marqués y satisfecho del resultado decidió incorporar el lazo de seda a los instrumentos de su oficio, seguro de ganar otra ventaja por encima de todos los demás colegas de su país y otros países.

Por lo cual, al volver al hogar, declaró a la hija:

–Gracias por tu ayuda.

Pero en lugar de sonreír con acogimiento por el gesto, la joven sollozó.

El padre percibió que esas lágrimas obedecían a una confusa causa, que no era la de una emoción filial.

La verdadera historia del pecado original

A la luz de los conocimientos científicos modernos, se ha establecido que no fue la serpiente la que indujo a Eva a brindar su manzana a Adán.

En realidad, Eva dormía en el huerto del paraíso, a la sombra del manzano, cuando el fruto prohibido se desprendió y cayó, por la ley de gravedad que Newton enunciaría más adelante.

No sólo la golpeó con dureza, sino que la sacó de sus virginales sueños de doncella.

En su vecindad, Adán aguardaba que ella despertara, para invitarla, como todas las tardes, a inocentes juegos. Pero Eva lo creyó culpable: supuso que él, inmoderado en sus travesuras, le había arrojado la manzana a la cabeza. Entonces, furiosa, le gritó:

–¡Te la vas a comer!

Él, intimidado, se la comió.

Eva quedó satisfecha.

Pero ya habían pecado.

Sueño con arca y pavo

Llovió tanto esta primavera, ¿recuerdan? La granja no estaba preparada para esa exageración. Ustedes saben: se inundaban las conejeras, cayeron techos y aplastaron gallinas con crías, los cerdos vivían a gusto con el barro a mitad de su alzada, sin embargo el exceso de humedad les hace mal y algunos enfermaron y murieron. Dirán que agrando, pero hasta los patos se ahogaron. No es porque fueran patos tan especiales que no supieran nadar, los arrolló la correntada.

Yo no podía dormir, por las preocupaciones y por la lluvia que golpeaba en la ventana, y si me dormía, soñaba cosas como ésta:

La radio anunciaba un mensaje fuera de lo normal. A continuación hablaba el ministro de Estado del Tiempo y declaraba que se había hecho forzoso revelar a la población que no soportábamos una simple lluvia, sino un Diluvio. En consecuencia –alentaba– cada granjero debía construir su propia arca y cargar en ella a la familia y una pareja de sus animales más valiosos.

Acaté el informe oficial, me puse la chaqueta impermeable y armé el arca. Pronto andábamos en ella sobre un mar que cubría por completo lo que fueron estas tierras, y seguía lloviendo.

Yo era el capitán, nos sentíamos relativamente a salvo y aguardábamos el momento de soltar la paloma para localizar tierra firme y volver a poblar el Universo, nada menos.

Pero la situación cambió. Los animales se amotinaron, bajo el mando del pavo, y me hicieron prisionero.

El pavo comandó la nave una cantidad de días, hasta que las otras bestias lo cercaron y lo mataron. Los carnívoros se lo comieron.

Entonces mis animales, que sin las inspiraciones del jefe del motín volvieron a ponerse razonables, me liberaron.

Pregunté por qué decidieron eliminar el pavo, que era su líder, con la esperanza de que me respondieran: "Para que recuperaras el mando del arca, que te corresponde".

Sin embargo contestaron: "Hoy es 25 de diciembre y él era el pavo de Navidad. Había que sacrificarlo".

Desperté. La lluvia vulneraba todo, pero ya no estábamos navegando en el arca.

Superados los sueños, la pesadilla nocturna, acudí al corral de pavos. Al rato, mi mujer –que está aquí y dirá si miento– se acercó con sus botas y el paraguas. Quería saber por qué demoraba tanto. Le expliqué: "Busco a uno… y quiero estar seguro".

Creí descubrir cuál era. Lo aparté, lo vigilé, tuve cuidado de que no se ahogara, que no se resfriara… Y es el que estamos comiendo esta noche de Navidad, ¿no es cierto, María?

LA PRESA FÁCIL

(Narra y explica una mujer de 30 años:)

Soñé que un zorro atrapaba un pato salvaje. Un cazador, que había salido armado a buscar el pavo de Navidad para su familia, se asomaba desde un barranco y disparaba sobre el zorro. Muerto el zorro, el cazador le quitaba el pavo. Debajo de esta escena se extendía una leyenda pintada con letras fluorescentes: "La presa fácil".

En el sueño escuché el estampido y medio desperté.

Volví a adormecerme y el sueño se rehízo: un cazador disparaba sobre un lobo que llevaba entre las fauces a una mujer. La mujer era yo, vestía solamente ropa muy liviana, de dormir, o una túnica tal vez, y mis prendas estaban teñidas del negro de la viudez. Al pie otra leyenda insistía: "La presa fácil", pero entonces escrita con pintura escarlata.

Escuché el estampido y recobré la conciencia. Lloré y, desde esa noche, mi receloso comportamiento ha dado motivo a algunos hombres para que me llamen pretenciosa y altanera.

LAZARILLO DE HERMOSILLA

En mi ruta de rutina, de la oficina a mi habitación, de mi habitación a la oficina, paso y repaso el subterráneo peatonal que abre la boca en Goya, se cuela por debajo de la calle Doctor Esquerdo y emerge frente a la tienda de miel de abejas. Por ahí a la vuelta, en esa calle de farolas que antes alumbraban con gas, vivo yo.

Donde el túnel se achata por debajo de la calzada y de los autobuses, ahí donde se apagan los ruidos, estaba el perro. En invierno lo veía arropado con una manta.

Adormilado y tendido en el piso de baldosas lo más del tiempo, permanecía su amo. Él no ostentaba al perro, ni tenía el don de la música que explotara haciendo sonar un violín o un acordeón, como tantos lo hacen; ni para solicitar la caridad pública desplegaba un cartón escrito: "Estoy sin trabajo, murió mi mujer, tengo seis hijos y se incendió mi chabola". Su sombrero, boca arriba en el suelo, hacía todo el menester.

Me interesó su estilo, tan sobrio, y admiré la paciencia del perro, que seguramente a ciertas horas recibía del amo su alimento, comprado con lo que diera la cosecha diaria de pesetas.

Pero ellos no me importaban tanto como para que yo soltase prenda.

Un día que me fue bien –no iban a cesarme del empleo, todavía– quise expresar que estaba agradecido, pero no sabía cómo hacerlo ni a quién. Dejé caer una moneda en el sombrero vuelta arriba.

Después me molestaba haberlo hecho, porque el hombre, al verme avanzar por el túnel, con mi barba respetable, me miraba fijamente, aunque con prudencia. Sin embargo de ese reto a mi compasión, mi acción no se iba a repetir.

Todavía más me llevaba a resistir lo que me dijo el hombre cuando caí en la debilidad de interesarme por él.

Quise saber:
–¿Qué hacía usted antes, qué era?
Me replicó:
–No era. Soy.
–¿Qué es, de qué se ocupa?
–Soy inventor.
–¿De qué?
–¿De qué se puede ser inventor?
–No lo imagino.
–Soy inventor de lo que no existe.
–Ah… ¿y cuál es su último invento?
–El perro.

Desistí. Tanta arrogancia y la sospecha de que acaso había querido burlarse de mí, me apartaron de la inclinación que tuve por ayudarlo.

Desaparecieron, perro y hombre. Habrán cambiado de puesto, supuse con alivio, y les deseé un emplazamiento más próspero.

Después el perro volvió y estaba solo. Ni hombre ni manta. No podía preguntarle por el amo.

En adelante lo mismo: perro solitario, aunque no echado, como le era habitual, sino sentado sobre sus cuartos traseros, en una actitud ansiosa, al filo de una expectativa. Pensé: el hombre está enfermo o anda en algo y ha dejado al perro para que le cuide el puesto, no sea que lo ocupe otro pordiosero.

Con la impresión de que el dueño volvería en cualquier momento y considerando que el perro tenía que comer, puse a sus pies (sus patas) unas pesetas.

Una señora que me observaba imitó mi actitud, acaso sin demasiada convicción, ya que a primera vista resultaba un tanto estúpido proporcionar dinero a un animal.

El miércoles, igual. Sólo que las monedas anteriores habían desaparecido. Imaginé algo mágico, que pudo haber ocurrido con la calderilla o con el can. Me apresuré a renegar de tal conjetura. Lo maravilloso no cabe en mi vida: nunca la ha embellecido la menor fantasía. Jamás me ocurrirá nada prodigioso, ni siquiera llegará a rozarme algo que se pueda considerar extraño.

El jueves: perro y monedas intactas, incluso un par de duros. Deduje que había pasado la noche en su sitio, que el dueño no había regresado y, si alguien le dejó una limosna, bien, estaba acostumbrado, pero si otro intentó cargar con ella bastaron a disuadirlo unos gruñidos con exhibición de colmillos.

Me convencí de que el hombre había muerto y acudí a la casquería, de donde traje al pobre bicho unos callos y unos rabos de toro, en fin algo más consistente para que sostuviera la espera quizás ya inútil, pero de la que no podía desengañarlo. Agradeció, supongo, lo que le pasé. De todos modos, le hincó el diente. No con excesiva voracidad: conservaba las buenas maneras.

Los domingos no trabajo y este domingo me quedé en mi habitación. En cierto momento por los fondos, los que dan a la plaza de juegos de los niños, subió una voz… de perro. Ladraba con energía, imperativamente.

Me asomé al balcón y allá abajo estaba él. Creo que me vio o me olió y, como me encerré con rapidez y cobardía, al perderme se puso a gemir, con tonos lastimeros.

Uno de los pensionistas se impacientó y lo chistaba, alguna vecina se condolió, algunos perros se solidarizaron y proferían aullidos sordos y agoreros.

Los falderos al parecer sollozaban. Cuando se hizo de noche se alzó un ulular solitario y yo entre mis paredes adivinaba el ronco murmullo acusador de las familias.

El lunes con la primera luz me apliqué a atender por si seguían los sones plañideros. Ni una nota en el aire. Con mayor seguridad pude acercarme a mirar; lo hice desde el borde de los tiestos con geranios, y nada.

Se me ocurrió que tal vez andaba de recorrida por las aceras en procura de alguna sobra o desperdicio de comida en los portales, y que muy pronto retomaría su posición en el subterráneo. De manera que acudí al metro saliendo a la superficie, ya que a esa hora la calle Goya tiene aún poco desenfreno de coches.

La fuerza de las tinieblas agazapadas en la oficina me dieron el zarpazo y las uñas quedaron con pedazos de mi piel. Digo que me habían cesado en el empleo.

He pasado unas semanas sin trabajo, ya más de un mes, y manteniendo al perro, con el que solemos encontrarnos en la plaza –que le llaman parque– ante la iglesia de la Sagrada Familia. Parque, propiamente, es el de la Fuente del Berro, donde el perro se anima y está mejor. Es joven y muestra que querría retozar, pero yo no puedo seguirlo en sus distracciones.

Como nos llevamos muy bien, sigo sin ocupación y su amo no ha regresado, he tomado el puesto de éste, en el túnel para peatones que corre por debajo de la calle Doctor Esquerdo.

Con el perro a mi lado, sin implorar, sin cartón escrito –guardamos las apariencias– permanezco de pie en actitud de espera. Mis facciones, supongo, piden por mí: están pálidas, dolientes y enflaquecidas.

Por si no fuera suficiente argumento de persuasión, alargo el brazo a las buenas gentes que pasan; consciente yo de mi hipocresía, para engañarme con que no estoy tendiendo la mano para recoger limosnas, en la mano llevo una escudilla de plástico.

Envidio las habilidades de un competidor que viene cada dos o tres días, seguramente cuando se le agotan los recursos, provisto de una guitarra, que sostiene con un brazo, mientras la otra mano le sirve para pulsar las cuerdas y sopla una armónica sostenida por un barbijo con la que se acompaña en su música, y por cierto llama la atención más que yo.

Envidio a la pareja joven del metro de Goya, él con su flauta de sones como de Manuel de Falla y ella con sus faldas largas, de gasa, y las trenzas negras que parece propiamente una gitana.

Cuando la competencia me arruina, envidio a todo el mundo, hasta al hombre de la acera del Corte Inglés, que ostenta sus muñones, de una pierna y un brazo, sin necesidad siquiera de explicar si ebrio lo arrolló un tren o si es un mutilado de guerra sin pensión de ex combatiente.

Yo tengo nada más que mi hambre, mi escudilla y mi cara. Una señora que se ha detenido en actitud vacilante –duda que sea un mendigo auténtico– cuando abre la boca para decirme algo, sin cesar de observarme y ya con aire retador, me plantea: ¿No le da vergüenza servirse de un pobre perro para inspirar compasión?

La dureza de la amonestación, pronunciada de frente y coléricamente, no consigue exasperarme; sin embargo, me limito a no responder lo que tendría que replicarle.

–Es mi lazarillo, señora, ¿no lo comprende? ¿Qué desea que yo haga para llegarle al sentimiento, que perfeccione la imagen del lazarillo de ciegos caminantes vaciándome los ojos? ¿Tanto valen, señora, sus reales?

Doy la vuelta, para alejarme. El perro demora en reaccionar, pero en fin puede creerse que se da cuenta de este colmo de mi humillación que la mujer me ha hecho pasar, pues me sigue con la cabeza gacha y con piernas que le flaquean.

A medio andar hacia no sé dónde –la ofuscación me ha cegado realmente– se me aclaran los pensamientos y me echo a pensar en algo que me incita a silbar. Observo a ver si el perro atiende y sí, le he comunicado mi ánimo en alza.

Me detengo, en forma repentina, atravesado por una idea. Ya sé lo que tengo que hacer.

Vuelvo sobre mis pasos, al subterráneo. La harpía ya no está. No importa, la demostración la montaré para mí mismo.

En cuanto llega a su lugar habitual, el perro, luego de consultarme con la mirada, y ante mi falta de respuesta, se echa como de costumbre, pero yo, con voz imperativa, le mando que se alce. Así lo hace. Entonces, ocupo su lugar. Me vuelco en tierra y me echo a ladrar.

Calle Hermosilla, Madrid

Bata rosa propicia, de la nada, el espanto

a propósito de un cuadro
de María Rosa Pereda

Cantidad de hojas, frescas, verdes, se descuelgan del mero aire y en un árbol hacen nido. A su manera. Caen en bandadas y se prenden de las ramas desnudas. Las visten sabiamente, con orden, sin sobrecarga.

Por debajo corre una franja de matorrales.

En primer plano sobresalen, como láminas decumbentes o espadas fatigadas, unas quizá espadañas, cuyo verde está levemente embebido de azul y los colores le corren listados.

Con bata rosada y cachetes sonrojados, la empleada doméstica ha venido a colocar esa vegetación y lo ha hecho con buen gusto.

Un rugido o el cansancio de un rugido ha acudido a reposarse en la maleza, atigrado, largo y, muelle, y no deshace el esquema natural.

Por encima de todo está el sol. Riela sus iras: está encarnado, por reventar.

El tigre dice: Aloja mi furia y, naturalmente, se enciende. Pende del cielo en mi campo heráldico, aunque a mis espaldas, propiamente emblema en la sede del trono.

Después de esta vanidad, el tigre, soñoliento pero lúcido, se echa a visualizar una ciudad, de casas apretadas y macizas y calles empedradas, donde reposa un huevo caído y abandonado, grande y cascado.

El tigre comprueba que, excepto el huevo, la ciudad nada contiene, vacía de habitantes y de objetos.

Se pregunta de qué ave o de qué ofidio será. No puede contestarse y se resigna a suponer que de un monstruo vulgar. Deduce

que tamaño huevo, puesto ahí, en la plazoleta donde confluyen calles urbanas, asustó a la gente y todos se fueron.

Monte Esquinza, Madrid

Hombre en un agujero

El hombre que atraviesa un campo solitario cae en un pozo. Es un pozo angosto y profundo, donde entrar por su voluntad le hubiera costado un gran esfuerzo.

No puede salir del pozo, rasguña la tierra sin lograr aferrarse a nada.

Grita, a sabiendas de que no será oído: está muy lejos de todo.

La luz solar se extingue. El hombre tiene sed y desesperación. Cuando ha avanzado la noche, por el agujero de la boca del pozo puede ver las estrellas nítidamente estampadas en el cielo, él tiene hambre y una cierta paciencia. Se dice que tendrá que esperar un nuevo día y acaso entonces pasará alguien y verá el agujero en el suelo y a él adentro. Porque él resultará visible desde la superficie, aunque esté en lo hondo.

Gritará para hacerse notar y el caminante que recorra el campo lo descubrirá.

Entretanto está tratando de salir del pozo, y las manos no alcanzan a cogerse del borde para tomar impulso y salir, sus rodillas carecen de apoyo para reptar y escapar.

El hambre lo despierta y piensa que la realidad es parecida a un sueño.

Hay un momento en que el sol le cae a plomo sobre la cabeza y él deduce que ya es mediodía y que ésta es la hora en que resultaría más visible desde la superficie, si estuviera fuera del pozo o si pudiera agitar una mano o un arbusto sostenido por la mano.

Da gritos perentorios, luego lastimeros; se agota, duerme y sueña. Sueña que está en el ataúd de su padre, pero el padre no se encuentra ahí. Le extraña, porque él lo dejó en el féretro, muerto. Se asombra de la posición de la caja mortuoria: es vertical, y el ataúd fue colocado en el nicho en posición horizontal, acostado, digamos.

No arañará más tratando de salir, desprende tierra y el polvo se le introduce en la garganta, con lo que la sed aumenta.

Se entrega mansamente al crepúsculo vespertino.

Sueña que está en el vientre materno. Recuerda que la matriz, cuando él fue gestado, era más cómoda; este pozo es muy estrecho y lo comprime; el seno materno le permitía mayor libertad de movimiento.

En el sueño trata de recordar cómo se dice uñas en inglés. No lo consigue, trata de captar la palabra afinando la atención, se atormenta en vano y las siente, siente la sensación de tener uñas. Tiene que ser que las uñas le están creciendo, como feto o como hombre desarrollado que está atrapado en un pozo y si las uñas le crecen demasiado, ¿cómo hará para cortárselas?

La impresión de estar en el seno materno lo pone peor, a causa de cierto aviso intestinal al que no querría dar curso, por respeto a la madre: no quiere ensuciarla por dentro.

Vuelve a sonar que está en el féretro del padre. Tampoco ahora está el padre en su ataúd. El hombre advierte que el padre se está paseando al extremo de una cuerda que él tiene en la mano, por el exterior de la tumba, en el pasillo de la galería de sepulcros. Piensa entonces que cuando salga del pozo y deje de soñar tendrá que ocuparse de la educación de su padre, no es posible dejarlo sin preparación: su padre no sabría comportarse con las mujeres, ni siquiera cómo seducirlas, y si su padre, con tal inexperiencia, no fuera capaz de hacer el amor con una mujer, ¿cómo podría nacer él, el hijo? Nunca sería engendrado.

En un costado de su agujero nota un movimiento en la tierra.

Como está tan obscuro, no puede descubrir qué es, hasta que sale una cabeza de ardilla o de topo que seguramente ha cavado un túnel de su tamaño. Apenas roza su cuerpo –el hombre ha percibido el roce– la ardilla o topo se retrae y huye hacia arriba, hacia la luz.

El hombre lamenta la fuga y se pregunta si está muerto y el animalito lo rechaza porque no quiere tratos con la muerte.

Un grajo o cuervo que se ha posado en el colchón vegetal del prado lanza picotazos contra una ardilla o topo. Quizás son picotazos negligentes o poco diestros, o la ardilla es muy movediza y ágil, ya que

el cuervo no logra alcanzarla con su pico. Esto ha soñado el hombre que está en el pozo.

Se despierta y dice: "Tengo hambre", mucho hambre, y solloza, como una persona que se está muriendo de hambre.

Al oír su llanto, el hombre ha despertado, soñando que alguien lo lloraba, ¿quién era?

Se convence de su soledad y su desamparo y se dice: "Mejor morir, muerto soñaré mejor".

Pero no muere, se duerme, y entonces sueña que él es un hombre, y sueña que él es un hombre que ha caído en un pozo.

Peterborough-Chicago,
Estados Unidos de Norteamérica

Ortópteros

Tal como me lo contaron lo cuento. Esta aclaración es debida, ya que el lenguaje, con pretensión de ser tan llano como el del relato original, está un poco más acomodado. El que toma la palabra, en este caso, no es un poblador de los parajes evocados, sino una persona de ciudad, un periodista. Para quien la historia, aunque luego incline su mirada sobre lejanías de un pasado sin fechas, empezó, o fue vivida, hacia los años 30.

Tal vez antes, porque el fenómeno arañó los nervios de don Jacinto Benavente y, dadas las circunstancias, esto sólo puede haber ocurrido cuando le otorgaron el Premio Nobel de Literatura, es decir, en 1922.

Don Jacinto viajaba en tren, con una compañía de teatro, acaso la de Lola Membrives... No, no puede ser, con la Membrives repitió el viaje, no su azaroso percance, unos treinta años más tarde.

El trayecto que los viajeros debían cubrir era el de Buenos Aires a Santiago de Chile, con paso obligado por Mendoza. La llegada a esta ciudad andina, prevista para tal hora, sobre medianoche, se produjo en la mañana siguiente, con sofocada alarma de los que tenían noción de quién era Benavente y ya estaban al corriente, por telégrafo, de que al pasar por una estación de San Luis se había encaramado en el tren un estafetero con algo fuerte en su cartera de cuero. Este servidor de correos preguntó de vagón en vagón quién era, entre los pasajeros, un señor de apellido Benavente y al ubicarlo le pasó un telegrama. Las cuatro líneas le daban el mensaje de la Academia de Suecia.

Cuando el tren que por entonces se llamaba presuntuosamente De Buenos Aires al Pacífico y tenía administración inglesa, lo que con su retraso representaba un borrón en la foja de servicios de los sucesivos responsables de toda la línea, tan puntuales con el horario

y tan orgullosos de esta fidelidad, hizo su entrada y los más presurosos, el jefe de estación entre ellos, se abalanzaron sobre la pequeña y ya venerable figura del español "nobelado", éste, todavía enredado el ánimo con sus impresiones, los recibió con el terror en la garganta: ¡Las langostas!; ¡Las langostas!...

¿Qué pretendía decir? Que el retardo se debía a la invasión de langostas. Explicación que ya conocía, por los diligentes servicios telegráficos, el ferroviario jefe, pero ni él ni los demás entusiastas de la recepción podían imaginar que hubiera dejado tamañas huellas en la expresión y en los ojos del Premio Nobel tan recién cocido.

Porque estaba asustado con un susto duradero, como si aún el bicherío le subiera a la cara. Dicen que pidió que, lo antes posible, lo llevaran al zoológico, a fin de comprobar la existencia del reino animal, pero con la certeza de hallarlo entre rejas, inofensivo. No alcanzaría tal desquite en ese viaje, pues hacia 1922 el parque zoológico de Mendoza no había sido formado.

No es ésta sin embargo la historia principal, de la que quedó anticipado que padecerá algunos retrocesos, siendo tolerable que un ordenamiento cronológico ajustado, cuando de tejer fábulas se trata, ni de Borges se podría pretender. La otra historia, la propuesta en las primeras líneas de este escrito, es de orígenes tan indecisos que, acaso, se viene arrastrando desde los primeros indios. Tal suposición engarza bien a poco que se tenga en cuenta que describe, o pretende revivir en la imaginación, la formación fantástica de las plagas, por lo menos de una, y sus perfidias.

La parte más moderna de estos sucesos, que el sentido común no consiente, se abre camino hacia los años 30, época reconocible por lo que le ocurrió entonces a quien esto escribe. Que era un periodista joven y, a causa de los daños económicos que causaba el desorden de los servicios ferroviarios, fue encargado de una especie de pesquisa o comprobación periodística. Tenía que comprobar si era válida la excusa oficial, que los trenes no podían llegar sino penosamente, a causa de que, con el enorme peso que arrastraban, las ruedas de acero patinaban y no podían avanzar al entrar en una zona, entre la pampa bonaerense y la pampa puntana, donde se posaban inagotables

mangas de langostas famélicas y devoradoras. Al asentar sobre los rieles, si pasaba un tren, el primer vagón pisaba el bichaje y como las langostas tienen el cuerpo de una consistencia aceitosa, ese vagón, y más los siguientes, al patinar y no conseguir un avance normal, se convertían en una monstruosa oruga de hierro. Lerda además, lo que generaba el caos de la línea B.A.P., "De Buenos Aires al Pacífico".

El ingreso del periodista en la comarca infestada no fue acometido por manadas de insectos, ni siquiera por un espécimen solitario que se posara en el vidrio de la ventanilla como anuncio de lo que se venía. El signo fue la lentitud previsora, precautoria, que asumió el convoy, como si empezara a entregarse a una plácida dormición. El periodista y el fotógrafo, sin deliberación, se plegaron a ese abandono, hasta que, venida del aire, apareció, y buscó apoyo y sostén en el vidrio, una langosta. La que, de acuerdo con la mejor tradición de esas tierras, se entregó a jinetear, sobre el cristal, en misión de pasar aviso. Luego se despegó y se fue, incorporada al viento.

El tren no descarriló, el maquinista ostentaba baquía en la relación con esa peste. La trató con sumo cuidado y consiguieron llegar a una estación, de un pueblo grande, éste, que es donde se enredó la trama.

Descender en el andén fue como poner pie en un cangrejal. Las personas que no se apeaban en la estación miraban al periodista y su fotógrafo con lástima, aceptando que, si iban a ser devorados, ellos se lo habían buscado, se entregaban mansamente a ese holocausto.

Consiguieron avanzar, aunque sobre los cadáveres que a cada pisada iban causando. El periodista se hizo rápidamente una conjetura: si estas bestias de pequeño tamaño tienen un alma y el alma les cayó vengativa, se cebarán en cuanto me quede quieto. Lo intranquilizó también la idea de que la quietud no bastaba: los trigales, aun sacudidos por el vendaval, soportan la adherencia de las langostas que, ni en esas circunstancias tan inestables, cesan de devastar granos y hojas.

Se apaciguó al ser instado por el fotógrafo a una escala en el bar de la esquina, frente a la estación.

Pidieron un vino, a la sombra y reparo del techo y los muros, donde de la multitud de insectos que incordian la existencia humana únicamente había representación de las moscas, asimismo intolerables, pero con las que uno está más familiarizado.

Esta meditación del periodista fue atravesada por el veloz desplazamiento de su vaso de vino blanco sobre el estaño del mostrador, impulsado por el ademán del patrón, no con tanta rapidez que escapara de los designios suicidas de una raya verde, que cayó en diagonal y se hundió en la bebida. La raya verde era una langosta, que quedó atravesada en el vaso como una rama de menta en un cóctel, por el color y la traza vegetal lo parecía. Insufrible para la irritación creciente del visitante.

Propuso al compañero de aventura el sosiego de la pequeña plaza del costado, que la vio arbolada, preguntándose si tendrían sus hojas un olor repelente, ya que aún permanecían a salvo del poder devorador cernido del cielo.

Al entrar bajo ese amparo de sombra vegetal, tan predeciblemente a punto de ser borrado de la ornamentación urbana, la incipiente miopía del periodista le mostró, de los árboles, una especie de superficie o corteza, más que rugosa, móvil y mimética, pues parecía verde y parecía formada por cuerpos de langostas. Y no se contentaba con parecerlo, era así. Lo cual dio ocasión de entrar en funciones al hombre de la cámara; de actuar, pero no con lucimiento, ya que el tema no se estaba quieto, bullía, y lo instaba a la proeza de una instantánea, imposible para la época.

No obstante, entusiasmado por la dificultad, el fotógrafo se aplicó al intento de una toma magistral y la buscaba de árbol en árbol en la profundidad mezquina de la placita. Bastaron sin embargo esos desplazamientos para que el periodista quedara solo y atendiera los requerimientos de una absurda curiosidad. Notó que la ochava de la edificación correspondía a un banco agrario, tomó nota que ya era la tarde del sábado, o la siesta, que es más perezosa, y se asombró de que una clase de comercio como ésa estuviera en funcionamiento, lo que ciertos indicios delataban.

Entonces se puso en pie y fue a ver, más de cerca. La ventana tenía la persiana a medio alzar, lo que instó al periodista a buscar un sitio más favorable para observar el interior. Montó sobre una tapia baja y, logrado su objetivo, ante la vulgaridad de la escena de trabajo, volvió a tierra.

Donde se sintió solicitado por otra apacible escena: una joven, sentada en un banco, que cuidaba a unos niños. No parecía tener

edad para ser la madre de ellos. Se acercó a preguntárselo directamente a ella. Interfirió en ese momento uno de los chicos que, ante la aparición del desconocido, se echó a llorar con fuerza, lo que provocó el lloro del otro. Éste, para perfeccionar el espectáculo, agregó, al derrame de lágrimas, unos aspavientos que desarmaron la prudencia del reportero y lo movieron a avanzar con aire amenazador, salido de quicio completamente, con la pregunta amable en los labios pero ya truncada la intención que, a lo mejor (lo pensó después), lo que buscaba era un acercamiento sentimental con la niñera. Se paró frente al grupo y conminó a los niños a que dejaran de llorar. El efecto, como previsible, fue el contrario. El periodista, descontrolado, quiso salvar la situación apelando a la energía y advirtió a la adolescente: "¡Hágalos callar! Si no se callan me llevaré a uno".

Amenaza de la que tuvo que asombrarse, al evocar sus palabras en la comisaría, a donde fue arrojado por un comisario con algún instinto terapéutico, pues, al ser llamado a proceder, al instante descubrió que esa exaltación requería un calabozazo, no como castigo, sino como perentorio sosiego.

Intuición que supo explicar al ser exigido para hacerlo por el jefe de la estación.

Porque, cuando el periodista increpó a los niños y a la niñera, el fotógrafo cesó en su empeño fotográfico para atender el percance y presenció que la joven, con un puchero de sollozo, salió a escape y enseguida estaba de regreso con un policía de uniforme que no se entretuvo en parlamentar y cargó con el agresor.

El fotógrafo, mortificado por haber visto la derrota del colega sin animarse a intervenir, pensó necesaria la mediación de alguien con alguna autoridad, y a falta de conocer a otra persona de mayor importancia, recurrió al jefe de la estación a donde habían desembarcado una hora antes. Exhibió credenciales, ostentó la máquina fotográfica y esgrimió las defensas orales que antes se le habían atragantado.

El ferroviario, también funcionario de uniforme (y con la palabra "gefe" bordada con hilo de oro sobre el bolsillo superior de la chaqueta, "gefe" con "g", como la escribían en los ferrocarriles británicos de Sud América), se enojó sin el comedimiento de acentuarlo mediante la expresión, pero no fue débil a la hora de actuar.

Hizo valer, en la comisaría, la condición periodística del arrestado, lo que en ese tiempo y en ese lugar no valía para nada, pero sí tuvo peso decisivo la afirmación de que era un invitado de los ferrocarriles "De Buenos Aires al Pacífico" para documentar el escándalo, del que las autoridades ferroviarias eran inculpables, del atraso de los trenes, que se producía justamente en esa zona, por culpa de las bandas de langostas y repercutía no tanto ahí mismo sino en el otro extremo del tendido de rieles.

Quedaba abonado el espíritu policial, en la persona de ese representante, para que la cuestión no fuera a mayores. Sin embargo, el interpelado, que veía que frente a los poderes de la empresa ferroviaria llevaba las de perder, poseía una ventaja: ya tenía guardado al extraño en chirona.

De modo que en vez de rezongar, como paso hacia la negativa de libertad inmediata, deslizó con aire triunfal una sospecha. Le preguntó al jefe de la estación si sabía bien quién era el infractor:

–¿Infractor de qué?

–De la ley.

–¿Qué ley?

–Cuál ley no sé. Después, más tranquilo la voy a buscar. Pero seguro que hay una que condena el rapto.

El jefe no se permitió sorprenderse a ojos vista, no obstante adujo una defensa, haciendo fe en la imposibilidad de que al delgado visitante se le pudiera atribuir tamaño delito.

–¿Rapto de quién, de la chica? ¿Intentó llevarse a la chica para un hecho deshonesto?

–No. No digo tanto. Pero le advirtió que se robaría al nene.

El jefe de la estación y el fotógrafo se aliviaron y, a una, pudieron replicar:

–Pero no se lo llevó, ¿no? No hubo secuestro.

–Secuestro no, pero amenaza... Y usted sabe cómo están las cosas...

Lo que hundió de nuevo en la extrañeza a los defensores, que apenas atinaron a interrogar:

–¿Cómo están las cosas? ¿Ha sucedido algo?

Con el viso de autoridad que da el saberse más informado que el interlocutor, el comisario sacó a relucir:

–¿Que no sabe? (se dirigía sólo al jefe, al fotógrafo prefería ignorarlo). ¿Que no se ha enterado...?

–¿De qué?

–Del secuestro del baby Lindbergh, el hijo del aviador.

Esto, el encierro del periodista que investigaba el retardo de los trenes de la línea que iba a dar a la mar, es decir, al borde del océano Pacífico, ocurría, como ya quedó dicho, por la década del 30, época real del sonado secuestro del infante de Charles Lindbergh, "el águila solitaria" que en 1927 había pasado de un vuelo el océano Atlántico, de Nueva York a París, y a quien años después le robaron y asesinaron a su pequeño hijo.

El jefe de estación aceptó el exceso de celo del empleado policial, cuando éste le advirtió que precisaba guardar la forma, que tendría al periodista un par de horas a recaudo, tomando mate con él. "Por si después viene el padre de la criatura, que es el gerente del banco, reclamando a gritos: y la policía... ¿no hace nada, con tanto forajido que llega cada día?"

Realmente fueron dos horas puntuales, plazo del que se pasó advertencia al arrestado, que pudo saberlo por el propio compañero de viaje.

Dos horas de palique y mate con el comisario que, desinflado y abuenado, lo puso al cabo de sus teorías, en relación con la plaga de langostas.

Le habló amistosamente de un hombre y una maleta, o un baúl. El hombre era como él, como el periodista: un extraño que se afincó en el pueblo, se decía que por amor. Sin embargo, era un solitario, que se hacía llamar profesor. Un solitario que, por lo que podía saberse, ponía esmero en ahondar su soledad. Al principio iba a la oficina postal y despachaba cartas, y también recibía cartas. Después se notó que ya no hacía más el camino al correo ni para enviar ni para recibir. De lo que el comisario dedujo que él no tenía respuesta porque ya no escribía a nadie.

Entretanto, el profesor reducía de más en más sus provisiones de alimentos, se hacía con unos paquetes de fideos en el almacén, de un pan diario, de unas patatas... y más aisladamente de un huevo de gallina.

Así como se reducía su compra, mermaban sus carnes y como vestía habitualmente de negro y se le formaron grandes ojeras lívidas, daba una impresión fúnebre al asomar a las calles.

–Usted me dijo –se atreve a proponer el periodista– que llegó al pueblo por amor. ¿Amor a quién, al lugar o a una persona: una novia acaso?

–Puede ser que haya existido, ella. Puede ser que haya muerto antes que él llegara. En todo caso, nadie sabía, en caso que la novia del profesor hubiera vivido aquí, dónde estaba enterrada.

–¿Él visitaba el cementerio? ¿Llevaba flores a alguna tumba en particular? –el periodista teme haber cometido una desconsideración y al tratar de enmendarse aumenta el despropósito:

–Perdone, pero ¿tienen cementerio ustedes aquí?

Con una pizca de orgullo, el comisario informa:

–¿Y cómo no, mi amigo? Bien colmado y bien atendido; aunque, hay que reconocerlo, no todos los muertos son del lugar, el cementerio es compartido entre dos municipios.

Retorna el hilo:

–¿Que si lo veía honrar a algún difunto? Me parece que no. Yo, para qué se lo voy a negar... Yo, porque es mi oficio, desconfiaba de él, y más cuando sucedió aquello, mejor dicho cuando empezó con sus planes. Porque quería enseñarnos cosas, lo reconozco, pero le salían torcidas. No hablaba mucho, no era muy confidente ni persona de echar peroratas. Sin embargo se hizo escuchar cuando nos machacaba con su manía de las flores. Decía que muchas se reproducen por el polen de otras y que, para ser fecundadas, las plantas han de recibir el polen. El polen lo trae el aire, decía, pero mejor es si le ayudan algunos insectos. Y él tenía elegida una flor que gusta a las abejas, y las abejas, bien alimentadas con esas flores, harían la miel. Veía el progreso del pueblo en los colmenares.

Se ofreció a traer los insectos polinizadores, subió al tren y después de un tiempo volvió con una maleta o un baúl, yo no lo vi, no estaba todavía destinado a este destacamento. Me lo han contado y por eso no tengo seguridad.

–Maleta o baúl, ¿con qué adentro?

–Langostas. Abrió el baúl y se echó a volar la bichada. Que donde se posaba limpiaba de granos, flores y hojas los cultivos o las matas salvajes.

–¿Ese es el origen de la plaga que soportan?

–Yo no diría tanto, porque la aventura del profesor es de añares.

–¿Como cuántos años?

–No sabría decírselo. ¿Quién lo sabe? A lo mejor lo que le estoy contando ocurrió cuando por estos pagos estaban las tolderías, o más antes...

–¿Por qué dice, entonces, que era un profesor, que escribía cartas y viajaba en tren?

–Por si un acaso, ¿usted no cree que puede haber sido el jefe de la tribu o el hechicero y con el paso del tiempo, a medida que se ha ido contando, han llegado a pintarlo como a un hombre sabio, un profesor?

–¿Con lo cual me dice que usted me ha contado una tradición remota, tal vez anterior a la llegada de los españoles?

Es la única objeción que el periodista se animó a plantear, cuidando de no acusar al comisario de que hubiera querido burlarse, por no levantar asperezas en momento tan delicado para su libertad.

Sin embargo, el policía no pareció haber reparado en la incredulidad, ya que se limitaba a contestar con una reflexión donde no había huella de enojo ni de suficiencia.

–¿De antes de los españoles?... Podría ser. Hay tantas mentas de éstas, pero que cuadren al pueblo, a este pueblo, unas pocas, ya se las voy a contar.

El periodista se alarmó con el anuncio y echó una mirada precavida al reloj de pulsera.

El comisario lo advirtió y lo reconvino cortésmente:

–No se preocupe, ya se va a ir. Hay tiempo para todo. Sólo con la muerte no se puede. Y hablando de muerte...

No aceptó tan mansamente el periodista esta insinuación de que el comisario pasaría a otro sucedido. Hizo un gesto involuntario de impaciencia, que el otro asimiló y volvió al asunto:

–Usted quería saber si el profesor visitaba alguna tumba en particular, y dejamos de lado lo del amor del profesor, ¿amor a quién? Después se supo. Hubo una muerte extraña. Yo intervine en el caso. Desapareció la maestra de la escuela. Hicimos rastreos hasta encontrarla dormida en el campo. ¿Qué digo dormida? Muerta. El indicio

fue una columna de langostas en forma de torbellino que se alzaba por encima de los girasoles.

–¿Qué relación tuvo esa muerte con el profesor?

–¿Qué relación? Usted verá: 1. El remolino o espiral de langostas se elevaba desde el cuerpo de la maestra. 2. El cuerpo estaba vaciado, por dentro sólo tenía langostas. 3. Las langostas fueron traídas al pueblo por el profesor.

–De cualquier manera no entiendo la relación entre el profesor y esa muerte.

–Por mi parte, yo también los relacioné.

–¿Usted también, dice? ¿Quién más lo había supuesto?

–El médico forense.

–¿Cómo lo sabe?

–A veces los médicos forenses se atribuyen las funciones de pesquisantes o detectives. Era el caso.

–Y el juez, ¿no le prestó atención a usted ni a sus sospechas?

–No.

–¿Cómo sintió el profesor esa muerte? ¿Qué hizo, que fuera visible?

–Dejó al descubierto su desesperación, de una manera también sorprendente. Hizo una confesión pública, en el salón de la escuela donde teníamos el velatorio.

–¿Qué confesó, el crimen?

–No tanto, mi amigo, aguántese. ¿Quién dijo crimen? El profesor declaró que había traído las langostas para que las bordadoras les copiaran las alas. Quería una tela, no blanca como la de todas las novias, sino ligeramente verde y de apariencia membranosa, como las alas de esos insectos, que él llamó... ¿cómo era la palabra? Ortópteros.

–Muy bien, ¿y cuál es su conclusión, comisario?

–¿Mi conclusión? ¡Mis conclusiones!

El periodista consulta de nuevo el Longines, ya sin disimulo, ante lo inminente de otra enumeración, que se produce:

–Una. El profesor tuvo que ver con su muerte, aunque nunca le fue probado, ni tampoco se puso esmero especial en hacerlo, ya que ¿qué puede hacer una triste policía de campaña sin el auxilio de la

policía científica, que jamás ha asomado por estos pagos? Dos. No se pudo, y ya no se podrá nunca, saber cómo murió la maestra. El médico forense no se lavó las manos, quiero decir no se desentendió de su obligación de presentar una hipótesis, pero la única que dio no vale nada. Dijo que las langostas se la habían comido por dentro, entrando por las fosas nasales o la boca, que quedó abierta al morir. Yo he oído hablar de las avispas asesinas, pero no de langostas homicidas. De todos modos, una cosa es que un insecto mate a una persona y otra es que se la coma, sobre todo, si se tiene en cuenta que, como lo reconoció el forense, la langosta no es un animal carnívoro. Tres, y ya al margen de la muerte de la maestra, puedo confidenciarle que tengo otra conclusión, de mayor importancia. ¿Se la digo?

Antes de avanzar, el comisario preguntó al arrestado qué hora marcaba su reloj, si ya había vencido el plazo que él mismo dio. El periodista respondió con tan negligente casi, casi... que el narrador se sintió autorizado para proseguir:

–Comprendo que usted ha tomado mi relación como una fantasía y la muerte de la maestra como un hecho mágico, y conste que esa parte no corresponde a la memoria de los indios. Pero apercibiéndome de la malicia con que usted, sin confesarlo, me está escuchando, le diré la conclusión que más me da vueltas en la cabeza y me reservo una por si quiere matear conmigo otra tarde, antes que se vaya de regreso a su tierra. Digo que usted ya me ha escuchado y si me cree sacará cuentas de que ésta de ahora es por lo menos la segunda invasión de langostas que soporta este pueblo. Serían dos, ¿no?

–Cierto.

–Sin contar la de Egipto.

–¿Qué tiene que ver?

–Atienda, yo no recuerdo bien lo que aprendí en la escuela o en las clases de religión. Tendría que preguntárselo al cura, pero no nos hablamos. Bueno, me parece que una de las siete plagas de Egipto fue la de langostas, ¿es así? Usted sabrá. Bueno, lo que se me ocurre, con o sin Egipto, aunque el Egipto vendría bien para una cuenta más seria, la realidad que tenemos encima, es que las langostas, como toda plaga, vuelven. Y yo calculo que todo vuelve, menos nosotros. Cuando morimos, como la maestrita, sanseacabó.

–¿Conclusión?

–Que hay que sacarle gusto a la vida, mientras aguante. Sin hacerle daño a nadie, ¿entendido?

Se hizo casi de noche, no totalmente, porque en verano, en esos campos, todo el cielo destinado a ellos, aun sin descargarles su peso de sombra, la luz tarda en resignarse a una retirada completa y permanece concentrada en la luna o las estrellas que crecen, igual que inflamadas de reflejos vibrantes.

No era de noche, y sin embargo algo, en el interior del organismo, llamaba a comer. Ante la puerta de la comisaría, el fotógrafo invertía otra cuota de la santa paciencia con que ejercía el compañerismo. Por lo que el periodista, que era quien administraba los fondos que les había provisto la empresa para gastos de viaje, propició, no que eligieran el mejor restaurante, porque en ese pueblo no lo había, sino que se nutrieran tales como lo que eran: un par de hombres hambrientos.

Sin embargo, despachados los fiambres y unas empanadas de carne, el fotógrafo opuso buenas razones a la multiplicación del pedido de otros platos:

–Mañana tendremos que trabajar.

Lo que al periodista le sonó como "Mañana tendremos que empezar a trabajar" y lo halló una advertencia justa:

–De veras, en vez de trabajar me he pasado el día en ocios de preso.

Como habían decidido madrugar, salieron con las primeras claridades del día en pos de la nota gráfica, con la esperanza de que las langostas no hubieran levantado vuelo todavía. Tenían razón en el cálculo.

Aún cubrían el tronco de los árboles y las que habían reposado en el suelo seguían sobre él desprevenidas o practicando una especie de gimnasia matinal para ponerse en forma, pensó el periodista atribuyéndoles costumbres humanas a los saltos propios de bestezuela tan equipada para ello en virtud de sus largas extremidades.

Después, mientras el fotógrafo en plena faena se divertía instándolas: ¡Posen, preciosas! ¿Qué hacen? ¡No miren a cualquier parte, miren la cámara!, el periodista acortó distancia entre sus ojos y unas

langostas sobre las que aún pesaba el letargo nocturno. Dispuesto a comprobar la semejanza entre las alas del insecto ortóptero y el encaje que el profesor había elegido para el traje de novia con que quería desposar a la maestrita rural.

La posición del sol recién nacido, que se desfundaba de los celajes vestidos en la aurora, favoreció rayos de luz que le dieron la visión de la masa integral de las langostas: el cuerpo recto, alargado, con cuatro alas plegadas.

Más tarde, cuando subiera un poco más el disco solar, su faro haría el trasluz y él podría imaginar el encaje sobre la piel joven de la ausente que, así como no se podía saber a qué sucumbió, nunca podría él gozarse en la consideración de su rostro.

Extraviada la noción del tiempo en estas divagaciones, entretanto fue formándose un acercamiento entre el bichaje que, al cerrarse, alzó el vuelo en perfecta formación, estorbando un momento la visión del cielo.

Todo ocurrió sin ruido, sin sonido alguno y el periodista se preguntaba si es propiedad sigilosa de esas criaturas del aire la falta de voz que puedan percibir los seres humanos. Dijo ¡qué maravilla!, sin saber a ciencia cierta qué lo maravillaba, tal vez aún con la fantasía de que los miles de langostas habían emprendido vuelo para formar, más acá del lienzo azul del cielo de todos los días, un cielo verde nilo como el destinado a un solo día, el que tuvo que ser del traje de novia.

Fotografiaron langostas en tren de comer y en trenes parados porque no podían avanzar sin riesgo de deslizarse peligrosamente y descarrilar. Fotografiaron langostas de cerca, de lejos, de muy lejos imposible, la cámara no daba. El fotógrafo gastó placas a conciencia, convencido de que incurría en derroche de material, quería registrar también las mandíbulas de una langosta mascando las hojas y no sabía si las langostas tienen mandíbulas.

Fotografiaron al jefe de la estación, a los maquinistas de los trenes parados, a los vecinos del pueblo que se prestaron a opinar...

Almorzaron una comida más frugal que la de la noche, descansaron un rato en las camas de la pensión y al andar el periodista anunció al compañero que tomaba rumbo a la comisaría.

–¿Otra vez? –se asombró el fotógrafo.

–La conversación con el comisario quedó trunca. Y me esperan unos mates...

–Cuestión de ser sinceros, mejor: ya te acostumbraste a estar preso.

El comisario dijo que lo esperaba y mostró la pavita sobre las brasas y el mate cargado de yerba.

Dijo que si lo que el periodista buscaba era conocer el destino del profesor después de la muerte de la novia secreta, la última parte de la historia se lo participaría.

Manifestó sus dudas de ser creído, aun en el supuesto de que a lo anterior el periodista le hubiera prestado fe, porque ya, aclaró, la forma de actuar del profesor se volvió más chocante, no porque cometiera desarreglos, sino porque apelaba a lo que al vecindario tenía que resultarle forzosamente extraño.

El profesor anunció que procuraría la bendición del agua, consciente de haber defraudado con la experiencia anterior, cuando ofreció insectos polinizadores y aportó langostas que fueron causa de perjuicio y destrucción hasta que, transcurrido el tiempo, cesaron de asolar los campos simplemente porque se alejaron de ellos, en obscura nube que habría ido a saquear otros cultivos y de nuevo el pan de los hombres.

En el pueblo y sus sembrados agua no faltaba, pero no bastaba al deseo de extender el área productiva y eso y otras bondades propias de la naturaleza constituyeron su renovada oferta.

No regresó con maleta ni con baúl, sino con un personaje de barba y cabellera negras, cortadas como suelen lucirlas los faquires de feria. Al principio lo hurtaba al trato con la gente, cuando empezó a franquearse se limitaba a presentarlo con el nombre de Garrick. Sin agregar señas personales ni exaltación alguna de virtudes que pudiera poseer. Tampoco hacía ya referencias a la promesa de agua y sin embargo la población no podía menos que presentir en Garrick a un mago que haría llover más de lo habitual, para llenar estanques o lagos de donde derivarían canales a través de los campos sedientos.

Un día, el que a él le pareció bien, el profesor se puso a la tarea con Garrick. Instaló pilares de madera verticales, desplegó una carpa y armó como una tienda espaciosa.

Convocó a la población y pretendió desvanecer equívocos contando a todos que Garrick no era un mago ni un saltimbanqui o volatinero. Que era un actor.

Desde las gradas alguien preguntó:

–¿Cómico?

Y como respuesta el profesor se sonrió, pero de forma ambigua.

La gente aceptaba al profesor como era, sobre todo considerando que había perdido a su amada de manera tan inverosímil.

El profesor explicó enseguida que Garrick era un actor dramático, aunque –curiosa intuición, dijo, la de ese señor del público– la historia de Inglaterra lo tuviera puesto en la nómina de los artistas célebres por su facultad de hacer reír.

Aclaró que quizás los ingleses tenían sus razones para catalogarlo de esa manera, pero al venir a América él había continuado con su verdadera vocación, el arte dramático. De ahí que, al orillar los teatros montados en las grandes ciudades, como Buenos Aires, había preferido la lona del circo. Bajo ella, en el redondel de arena, informó también, había representado gestas gauchescas de amor y coraje, tales las de Martín Fierro, Santos Vega y Hormiga Negra, personajes que además trató en la realidad y con algunos de los cuales, los dos últimos, compartió la escena.

Esta propaganda no complació a la concurrencia.

Se cuchicheaba y se decían unos a otros que Santos Vega y los demás gauchos fueron muy nobles y capaces de las mayores osadías, hasta las de enfrentar a una partida armada o sostener una payada con el diablo. Pero no era lo que se quería, que se esperaba el agua y si no el agua, siendo como era, el extranjero, actor, que hiciera de actor, pero cómico.

–Lo uno y lo otro –dijo Garrick, con visible asentimiento del profesor, que había atendido las murmuraciones y se las había participado al artista.

Éste se retiró y volvió al punto cargado de disfraces y máscaras, todo propio de la vestimenta de clowns, payasos, toninos, saltimbanquis, caricatos, bufones y mamarrachos.

Pero dejó de lado, ostensiblemente, los instrumentos para la mascarada y, con toda naturalidad y soltura, se dedicó a hacer reír con

historias, bromas, ocurrencias, imitaciones y mucho, mucho ingenio, alguna mueca también, discreta, sin exagerar en modo alguno.

Y el pueblo gozaba, reía, como liberado, reía hasta llorar.

De las lágrimas se hizo un curso como un arroyito, que creció a través del pueblo y volcó su caudal en las afueras.

De ese modo se formaron, por mágica virtud de las lágrimas de alegría, lagos, lagunas y otros aposentamientos, a cada uno de los cuales, si son mayores, se llama mar chiquita, repartidos en la vastedad de la América criolla.

Madrid, invierno del 82

Otros cuentos

Este apartado reúne cuentos que han sido reescritos por el autor, excluidos en reediciones o no retomados en libros.

entre los padres y él quedará interpuesta la inamovible lápida. Fin. Vino un acorde musical y se ha truncado. ¿Lo oíste, hermana? Ni la pregunta escucha; él no la ha pronunciado, habla para adentro, ¡Dios mío!

Tal vez la exclamación, tal vez esta solemnidad de los féretros que han suspendido su trajinar tendidos sobre el mosaico, tal vez la expectativa del qué se hará a continuación, pintada en el rostro de los ayudantes y de alguna buena señora que deposita sobre la madre unos crisantemos, lo provocan para asumir sin derecho memorias de seminario. Escudado en la monacal ropa oscura –desmentida, sin reparar en ello, por la corbata mundana–, pronuncia, como un murmurio, en latín, el viático. Transportado, con firmeza que toma del recogimiento logrado entre los circunstantes, dice en voz alta y en el idioma que todos entienden, el Salve y, sin pausa, emprende el Padre Nuestro que los demás acompañan. Se anticipa, que nadie le tome la delantera, por ser el hijo, a culminar con unción y fuerza: Amén. Mientras ha trepado a su mente un pensamiento, enredado con sentimientos maltratados, que lo hacen callar este dictamen: soy un parricida. Hoy he armado la mano del hombre que le cortó la cabeza a mi padre.

La hermana, desdichada, se ha estremecido con la ceremonia y su transido cuerpo se desploma al piso. Sin rumor ni ostentación.

ÍNDICE

Cuentos claros – 1957 95

(Se respeta el cambio de título –*Grot* por *Cuentos claros*– que realiza el autor en la segunda edición del volumen: *Cuentos claros*, Buenos Aires, Galerna, 1969. Varios cuentos fueron reeditados luego en dos antologías del autor: *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios*, Buenos Aires, Orión, 1975."Enroscado", "As", "El juicio de Dios" y "No" fueron publicados también en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.)

Declinación y Ángel – 1958 185

(*Declinación y Ángel/Decline and Angel*, edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Biblioteca Pública San Martín, 1958. "El abandono y la pasividad" fue reeditado luego en sucesivas antologías del autor: *Two Stories*, edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Voces, 1965; *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios*, Buenos Aires, Orión, 1975 –libro que incluye también "Declinación y Ángel").

El cariño de los tontos – 1961 231

(*El cariño de los tontos*, Buenos Aires, Goyanarte, 1961. "Caballo en el salitral" fue reeditado luego en sucesivas antologías del autor: *Two Stories*, edición bilingüe español-inglés, Mendoza, Voces, 1965; *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981; *El juicio de Dios*, Buenos Aires, Orión, 1975; *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.)

Absurdos – 1978 309

(Se excluyen de la edición original –Barcelona, Pomaire, 1978– los cuentos editados de libros anteriores: "Caballo en el salitral" y "El juicio de Dios". Varios cuentos fueron reeditados luego en la antología *Caballo en el salitral*, Barcelona, Bruguera, 1981. "Aballay", "Málaga paloma" y "Conejos" fueron también publicados en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.)

Cuentos del exilio – 1983 501

(*Cuentos del exilio*, Buenos Aires, Bruguera, 1983. "Hombre en un agujero" se publica –bajo el título "Soñar en un agujero"– en: *Páginas escogidas de Antonio Di Benedetto. Seleccionadas por el autor*, Buenos Aires, Celtia, 1987.)

Antonio Di Benedetto es un fenómeno literario: un escritor [illegible], que practicó una literatura silenciosa, inestable, en cambio constante. Un escritor que no cabe en el molde uniforme de [illegible] un escritor extraño o, mejor, un escritor de la [illegible] del extrañamiento.

Con las particularidades que le da Di Benedetto, el cuento es el laboratorio de su escritura, el [illegible] del proyecto, la estructura que prefigura toda posibilidad de relato; en él se expanden algunas de las mejores páginas del autor. La forma breve, en Di Benedetto, es el punto de partida y de llegada de la trayectoria de creación y es, también, el espacio privilegiado de la innovación, del experimento, de la variación genérica.

Los postulados de escritura del autor lo asocian con una filiación subterránea de la literatura hispanoamericana que prolonga la literatura fantástica concentrándose en efectos y sentidos semejantes [illegible] de los textos clásicos del género. Con prácticas muy variadas, podrían incluirse en esa corriente [illegible] Hernández, Silvina Ocampo o Virgilio Piñera. Son todos escritores donde lo fantástico se desarrolla como impresión y no como fenómeno argumental, como horizonte y no como mecanismo narrativo.

Además de los relatos publicados originalmente en forma de libro, esta cuidada edición de los [illegible] *completos* que conmemora los veinte años de la muerte de Di Benedetto (1922-1986), incluye [illegible] relatos publicados en diarios y revistas pero nunca retomados en libro, así como cuatro cuentos [illegible] ahora inéditos.



ISBN 987-1156-53-7
9 789871 156535

Antonio Di Benedetto nació en la ciudad de Mendoza en 1922 y murió en Buenos Aires en 1986. Es autor de novelas y varios libros de relatos: *Mundo animal* (1953), *El pentágono* (1955; reeditado en 1974 con el título *Anabella*), *Zama* (1956), *Grot* (1957; reeditado en 1969 con el título *Cuentos claros*), *Declinación y ángel* (1958), *El cariño de los tontos* (1961), *El silenciero* (1964), *Los suicidas* (1969), *Absurdos* (1978) y *Sombras nada más* (1984).

Además de narrador, Di Benedetto fue periodista y guionista de cine. Recibió numerosos premios y becas y sus libros han sido sucesivamente reeditados y traducidos a otros idiomas. Detenido por la dictadura militar en 1976, tras un año de cárcel se exilió en España, de donde regresó poco antes de su muerte.

En su proyecto de reedición de la obra completa de Di Benedetto, Adriana Hidalgo editora publicó:

Absurdos
Cuentos claros
El pentágono
El silenciero
Los suicidas
Mundo animal/El cariño de los tontos
Zama